



Colaboracion

LAS PROVINCIAS

de
VALENCIA

LII)

1921-1925

De nuestra colaboración

Madrid teatral

El éxito de «El emigrante».—Dos autores jóvenes de porvenir.—Una reposición de «La casa de la Troya».—Dos estrenos más: «El Cristo pobre», en Lara, y «Pasa el lobo», en el Centro.—«Las perversas», en Cervantes. El Tenorio, andaluz.—Regreso a España de la compañía Guerrero-Mendoza

Los idílicos amores de Mari Peaña y Antolín, que la maledicencia tan corriente allá por tierras de Galicia intentó destruir, aunque en vano, han servido a Juan Ignacio Luca de Tena para componer las bien habladas y bien sentidas escenas de *El emigrante*, y han dado ocasión a José María Franco para revelarse como un músico inspirado, de gran porvenir, poseedor de todos los secretos del hermoso arte a que se consagra. Por descontento se tenía el éxito de esta obra al estrenarse en el teatro de la Zarzuela; pero si los ensayos habían dado esa satisfactoria seguridad, la realidad superó a las esperanzas, y los dos jóvenes autores, entusiastas e inteligentes, vieron premiado su noble esfuerzo por espontáneas y calurosas ovaciones, que se han repetido en sucesivos días.

El señor Luca de Tena va afianzando, en cada producción, su personalidad dramática. El éxito de *Lo que ha de ser*, en Eslava, hace dos o tres años, cubrió ya las óptimas que para el cultivo del teatro tenía. En sucesivas obras, estas condiciones se confirmaron, y ahora, en *El emigrante*, se nos muestra el libretista dominando la mecánica teatral con la misma sutura que pudiera hacerlo un autor avezado.

Otro mérito tiene, a mi juicio, el libro de esta obra: su buen gusto, lo cual, en los tiempos que corremos, no es cosa, ciertamente, despreciable. Con recursos nobles, con diálogo limpio y ágil y con situaciones arrancadas de la misma realidad, ha hilvanado el autor una trama de amor, en un ambiente mezcla de poesía y de superstición, en la que, al mismo tiempo que nos interesamos por el protagonista y por ser otro desventurado Naco, que, por ser jobado, parece condenado no disfrutar jamás de cariño, evocamos ese gran problema social de emigración, que tanto debía preocuparnos en España.

Nobleza de sentimientos, interés en la acción y en sus distintos detalles, bellos y animados diálogos, la bonita idea muy bien desarrollada: tal es el libro.

En cuanto a la música, desde el primer instante pudo advertir el público que se encontraba ante un va-

lor positivo, que comienza triunfando en plena juventud. José María Franco era muy conocido en Madrid, desde hace años, como excelente violinista. Había dado algunos conciertos, y el mejor éxito le había acompañado. Pero, compositor antes que nada, no quiso contentarse con sus victorias como concertista; dueño de una gran cultura y de una preparación musical poco común, acometió, pues, la tarea de hacer la partitura de *El emigrante*, con esa ilusión que se pone, si no en la primera obra que se hace, por lo menos, en la primera que se va a dar a conocer. El libro le ofrecía, desde luego, ambiente sugestivo y situaciones apropiadas; pero también dificultades innegables. Hacer una música sobre temas populares gallegos, estando aún tan reciente el éxito resonante de *Maruxa*, era tarea que requería muchos ánimos y muchas condiciones. Y la partitura de *El emigrante*, orquestada con colorido y riqueza tales, que muchos trazos les hubiera podido firmar José María Usandizaga, obtuvo la más calurosa acogida, sin que nadie tuviera para qué acordarse de la famosa ópera de Vivés. Hé aquí su mejor elogio. De los muchos números que agradaron de modo extraordinario al auditorio, se destacaron una romanza de barítono, el dúo de la tiple y tenor, el intermedio del segundo acto—hermosa página de elegante factura,—y un aire de fado, que fué repetido por unánime petición del público.

El emigrante tuvo una acabadísima interpretación por parte de Tonia Lloró, Arturo de Castro, Federico Caballé y Pablo Gorgá, que hicieron gala de sus grandes facultades de cantantes.

En el Infanta Isabel también hemos vivido estos días en Galicia. Se representó, con honores de reestreno, *La casa de la Troya*, y ha dado la obra una serie de magníficas entradas. Bien es verdad que la interpretación dada a la comedia de Linares Rivas y Pérez Lugín ha sido acabadísima, pues si la Moneró y Pilar Pérez acertaron en la composición de la Carmina y la mendiga, no menos acertados estuvieron Alarcón, Calle, el excelente galán Navarro y los demás artistas. Para la semana que viene se anuncia el estreno de una nueva comedia de los señores Alvarez Quintero, titulada *La prisa*.

Lara nos ha brindado otra novedad: una comedia en dos actos, original de los señores Navarro y Jaquonot, distinguidos militares que ya han sido aplaudidos en otras ocasiones. Algo artificiosa y un poco ingénuo, la nueva obra tiene, sin embargo, la ventaja de su buena intención. Se titula *El Cristo pobre*, y este Cristo es el de una pobre iglesia, en la que el cura hace una vida modestísima, sin contar apenas con recursos. Por casualidad—como en la casa del peón caminero de *De cerca*—aparece en la iglesia una pareja que iba en un automóvil y se ha visto interrumpida en su viaje por una avería del coche. No son marido y mujer; pero ella no es por eso una mujer mala. Y así lo prue-

ba el hecho de que, después de unos cuantos episodios simpáticamente fiernos, los dos enamorados se convierten en matrimonio, y ellos transforman aquella iglesia, dotándola de cuanto necesitan, y auxilian al bondadoso pastor de almas, corrigiendo todas sus necesidades. El Cristo pobre ha hecho el milagro, y ha devuelto a aquellos lugares la ventura.

Leocadia Alba, Carmen Jiménez, Simó Raso, Balaguer y los restantes intérpretes destacaron, en la medida posible, sus respectivos papeles, contribuyendo al buen éxito que la comedia obtuvo. Los señores Navarro y Jaquonot salieron a escena al final de los dos actos.

Borrás, prosiguiendo la interesante campaña que realiza en el teatro del Centro, ha estrenado, cuando aún resuenan los aplausos tributados a *El rebaño*, una obra dramática del famoso autor siciliano Luis Capuana, adaptada a nuestra escena por Gutiérrez Roig y Luis de los Ríos, con el título de *Pasa el lobo*. Conocido este drama en Madrid, por haberlo dado a conocer Mimi Agullia Ferrau hace años, durante su breve actuación en la Princesa, era, no obstante, un verdadero estreno para la mayoría de nuestro público. Las situaciones intensas y los conflictos capitales de la obra original subsisten en la adaptación; drama de supersticiones y de odio, de pasiones violentas y de arrebatos impulsivos, era, como pocas, apropiada para engrosar el repertorio, no excesivamente numeroso, del gran actor catalán. Enrique Borrás está, en efecto, muy bien en la obra, secundándole sobria y justamente sus compañeros. *Pasa el lobo* hizo bastante más que pasar, y los afortunados adaptadores no lo pasaron tampoco mal.

Ramón Peña, que lleva *La ciudad eterna* por cerca del medio centenar, ha reforzado el cartel, estrenando ayer tarde, en Cervantes, una zarzuela, *Las perversas*, libro de los señores Muñoz y Lapena y música de los maestros Soutullo y Vert. El resultado fué muy satisfactorio desde las primeras escenas. Un diálogo lleno de gracejo y unas situaciones muy ingeniosas, forman el fondo de una trama sentimental hábilmente desarrollada. El título predispone el ánimo del espectador de buena fé, por parecer indicar un ambiente algo de chocarrería; pero la obra, limpia de chocarrerías, no tiene por qué inspirar el menor reparo. Es graciosa, y posee emoción suficiente para interesar y entretener. Desde luego, supone un paso importante en la carrera dramática de los señores Lapena y Muñoz. Las situaciones líricas, ofrecidas a los músicos, han sido aprovechadas por los maestros Vert y Soutullo, componiendo unos números alegres e inspirados, de los cuales se repitieron varios, entre ellos, un sexteto, una canción coreada y un intermedio, de brillante y frondosa orquestación.

Buena parte del gran éxito de *Las perversas* correspondió a Peña, que puso la obra con gran cuidado e hizo un coronel delirioso; a Julia Font, a las señoras Benítez y Gerriño, y a los demás intérpretes.

En el Coliseo Imperial ha surgido una nueva parodia de *Don Juan Tenorio*. Figúrense ustedes que Don Juan hubiese sido andaluz y que la acción de toda la obra se hubiese desarrollado en aquella hermosa región. Y así resultó que en la *Hostería del Laurel* todo el mundo pide *unas cañitas*, que Don Diego Tenorio *salea* a su hijo, que los parlamentos están llenos de exageraciones, y que Don Juan no entra de ningún modo en el cementerio, porque le da miedo. La parodia, hecha por don José María Granada, según rezan los carteles, con muchísima gracia, gustó anoche muchísimo, sobre todo en su primer acto, pues luego, en los demás, fatiga algo. De todas maneras, es obra que ha de dar dinero a su autor y a la empresa del Coliseo.

En Eslava se espera con verdadero interés a *Don Juan de España*, de Martínez Sierra.

El Real nos ha hecho saber el plan de la próxima temporada. Y Fernando Díaz de Mendoza y María Guerrero acaso hayan pisado de nuevo a estas horas tierra española. Tiempo habrá de ocuparnos de los planes de este matrimonio, que viene a ser, una vez más, embajador de nuestro espíritu.

De nuestra colaboración

Madrid teatral

Una obra de arte elevado.—La interpretación dada al «Don Juan», por Martínez Sierra.—El gran triunfo de «Don Juan de España».—Lo que es y simboliza la obra.—Sus diferencias del «Tenorio».—El argumento por actos.—Otro éxito: «La Prisa», de los Quintero.—Más estrenos.—El Real se inauguró

Madrid 20 de noviembre.

En la última semana, pródiga en novedades, ha habido dos importantes: *Don Juan de España*, en Novedades, y *La Prisa*, en el Infanta Isabel. Cada una en su género, merecen la mayor consideración, y ambas han sido dos éxitos grandes; desde luego, los mayores éxitos, hasta ahora, de la temporada.

Hablemos de *Don Juan de España*, y vaya por delante la confesión de que escribo aún bajo la impresión de entusiasmo que la nueva obra, de Martínez Sierra, me ha producido. No dado de que la crítica ha de poner—es obra de la que se escribirá mucho,—reparos y lunares a esta última dramatización de don Juan; pero esa labor serena, fría, no puedo hacerla yo cuando aún me domina la emoción que me ha producido la tragicomedia del autor de *Canción de cuna*. Voy a exponer, pues, lo que acaso interese ahora más a los lectores: lo que es *Don Juan de España*, lo que es, en conjunto, el espectáculo ofrecido por Esclava, y algunas reflexiones, lógicas, deducidas del efecto que la obra produce.

Desde luego, *Don Juan de España*, obra de poeta, es una comedia de arte elevado que hay que colocarla, para disculparla, en un plano superior al de las producciones que vienen estrenándose en nuestros teatros. La sensación del público en la noche del estreno, fué de asombro. Esa es la verdad. Es una de esas obras ante las cuales uno—el espectador—se considera más pequeño que nunca.

¿Una nueva interpretación de Don Juan? A muchas personas habra parecido osadía sin límites volver a tocar en nuestra escena este tipo legendario, después del *Tenorio* de Zorrilla, sobre todo, en vista de los desgraciados intentos de Bataille y otros autores extranjeros al mostrar nuevas modalidades del burlador famoso. Sin embargo, después de ver la obra del señor Martínez Sierra—sin duda su mejor producción,—se piensa que éste no sólo tenía derecho, sino el deber de darnos esta nueva versión de Don Juan, que no tiene más relación con el de Tirso y con el de Zorrilla que aquella que se deriva de la parte espiritual del personaje: otros son los episodios, otros los tipos, otra la filiación de los actos. Solo permanece fiel a la tradición el tipo; el extraño tipo, conquistador y galante, burlador cruel, libertino y noble, que al fin se redime después de dolorosa expiación. Los actos, o sea los episodios, son aislados, independientes, y, sin embargo, existe entre ellos un espíritu de continuidad. ¿Qué los une? A simple vista, el tipo de Don Juan y el de su criado Pánfilo. A mi juicio, un símbolo: el de la Fatalidad—la fatalidad de la muerte,—que persigue al héroe de la tragicomedia como una sombra.

Sitúa Martínez Sierra las acciones de su obra en Italia, Flandes y España, y en la época del reinado de Carlos I. Cada acto tiene su título, que luego diremos, pero posee también su significación, que pudiéramos sintetizar del siguiente modo: el primer acto es la conquista de la mujer fácil; el segundo, el de la mujer enamorada de Don Juan sin saberlo y sin conocerlo; el tercero, el amor imposible; el cuarto, el amor inevitable; y el quinto, la muerte de Don Juan.

Y ahora, hablemos de lo más saliente de cada acto. El primero, titulado *Italia, jardín gigante*, es en Florencia. Quimera, bella cortesana,

da una fiesta, a la que concurren muchas damas casadas en compañía de ilegales galanteadores. Quimera—quien ágasaja Leonello, un caballero rico,—está esperando a un Duque...—que no llega. Pero llega Don Juan, que ha tenido con el Duque una cuestión, le ha matado y acude, en su lugar, a la cita. Don Juan enamora a la cortesana, con gran desesperación de Leonello, que intenta matarle a traición, pero es descubierto a tiempo. Hay una escena de seducción muy lírica; durante ella, en un momento, Don Juan retrocede espantado al aparecerse ante él una dama enlutada, con el velo cuajado de estrellas. Ha sido una visión, no más. Vuelve el coloquio de amor, y, abrazados, en amorosas efusiones, hacen milis Quimera y Don Juan. Cuando desaparecen, sale, siguiendo sus pasos, la dama enlutada, se sienta a esperar, y el telón cae. Por el público ha corrido un estremecimiento escalofriante ante la aparición de la sombra trágica. Y suenan los primeros aplausos calurosos.

Segundo acto: *Por donde quiera que fui*. Flandes. Interior de la casa de un viejo armador flamenco. En escena están acabando de comer—ya de noche,—el viejo y su nieta, más una viejecita y su nieto. Es una comedia de vísperas de esponsales. Los dos jóvenes se van a casar al día siguiente, y se adoran. Juranse luego eterno amor, y él regala a ella un collar de perlas que era de la abuela. Se hace tarde, y se despiden la viejecita y el nieto. Llega hasta la casa rumor de pelea. Se asoma el viejo y tranquiliza: «Son soldados españoles que reñían». Máchanse nieta y abuelo a acostar, y queda la escena sola. De pronto, por la ventana, penetra Don Juan. Viene huyendo, como consecuencia de una aventura, y entra allí para esconderse. Le encanta el ambiente que se respira, y encuentra, sobre la mesa, el collar, que la jovencita dejó olvidado; pero no osa apoderarse de él. La muchacha vuelve buscando las perlas, y se horroza al encontrar un hombre a quien cree un ladrón. Don Juan no puede contentarse con que se le tenga por tal, y dice que está allí... porque se ha enamorado locamente de ella. ¿Cuándo? Ayer mismo. Le dice quién es, y sólo el nombre produce en la muchacha enorme efecto. La fama de Don Juan, de sus fechorías, de sus conquistas, ha llegado hasta ella, y ahora forma como una aureola de la figura del caballero. Siente una atracción insospechada hacia él, mezclada con un sentimiento irresistible de terror. Y Don Juan—siempre el mismo,—saca partido de las circunstancias, fingiendo un amor que no siente, y vendiendo color con el fingimiento. Pero el novio de ella ha visto descolgarse un hombre hasta la ventana de la casa; ha corrido alarmado a despertar al viejo, y ambos aparecen cuando la seducción se halla en todo su apogeo. El muchacho reta al que considera su rival apasionado. Don Juan intenta escapar por la ventana, pero el joven le corta el paso y le obliga a aceptar el desafío. Riñen y cae muerto el muchacho. Don Juan escapa entonces. Y allí queda ella, llamándole, desde la ventana, con voces de enamorada, hasta que se da cuenta de que, junto a sí, yace su prometido sin vida. Y la alternativa entre las voces llamando a Don Juan y los abrazos al mancebo muerto—la lucha entre el amor que ha nacido y la ilusión desaparecida,—es la nota interesante dramática del final del acto. Martí-

nez Sierra vuelve a ser fervorosa mente aplaudido.

Tercer acto: *En mitad del camino de nuestra vida*. Patio descubierto de una venta de Aragón. En escena, un soldado, un trajinante, un estudiante que canta, el ventero y su hija. El estudiante no tiene dinero y ha de seguir para Salamanca. La chica, de poco más de quince años, le mete en el morral media hogaza, sin que nadie lo advierta. Vase el estudiante y hay unos requiebros del soldado a la moza, que ella sabe repeler, demostrando tener carácter entero y cualidades de mujer superior. Se susurra que la moza no es hija, sino recogida del ventero. A tiempo de contestar a uno de los desplantes del soldado, llega Don Juan. Pronto se fija en la muchacha; pide alojamiento, y tiene con la moza una escena en que parece que la seduce; pero la chica, que ha aprendido a odiar a los hombres, huye de él y se encierra en su cuarto. Vuelve el estudiante, reconfortado con la hogaza, para dormir y seguir el camino a la mañana siguiente. Don Juan sale de nuevo. Se ha despertado en él el deseo de conquistar a la moza; fuerza la puerta de su cuarto, y entra. A poco sale ensangrentado; la moza ha resistido y ha clavado sus uñas en el cuello del osado. Don Juan reconoce su fracaso. Sale de nuevo ella, y le explica algo de su historia. No es hija del ventero; sino de una señora de alcurnia que fué engañada por Don Juan. Este reconoce la verdad de lo que ella cuenta, y... no se atreve a descubrirse. ¡Ha intentado seducir a su propia hija! Y en cuanto llega la mañana, se despide. El estudiante, que lo ha conocido, le dice desde la puerta: «Adiós, Don Juan». Entonces, cuando él se ha alejado, ella comprende: «Pero, ¿es Don Juan?» «¡Claro!» La muchacha, dirigiéndose hacia por donde se supone va Don Juan, le increpa: «¡Cobardel! ¡Cobardel!» Nuestro héroe no ha tenido valor para aceptar el amor paternal. Y antes de caer el telón, cruza el fondo de la escena la dama enlutada del primer acto. La impresión de éste en la concurrencia ha sido extraordinaria, y el autor es aclamado.

Acto cuarto: *Zambra trágica*. Una cueva de gitanos, en Sevilla. Hay fiesta en honor de Don Juan. Una gitana baila, otra le dice la buena-ventura. Unos marineros italianos quieren entrar, y si no que salga una gitana joven que canta y baila a las mil maravillas. Don Juan que se ha enamorado de ella, se opone. Va otra gitana, pero no complace a los marineros, y entonces entran, faca en mano, a buscar a la que desean. Surge la riña. Don Juan se opone a que se la arrebatan. Un marinero va a asestarle una puñalada; pero ella se interpone y cae. Los marineros huyen. Don Juan acude a socorrer a la gitana; y ella, loca de amor por él, le pide que la quiera como nunca, que la besa. Apagan los gitanos la luz por temor a la justicia, y entonces, ante una nubecilla de luz, se puede observar que la gitana a quien besaba Don Juan se ha transformado en la dama enlutada. Don Juan le arranca el velo que cubre su rostro, y es la Muerte. Se horroriza. Rómpele el fondo, y aparece un retablo iluminado y los peregrinos de una procesión. Es Don Juan ante su propio entierro. Y entonces, el burlador y libertino cae de rodillas pidiendo confesión. Es de una grandeza trágica este final extraordinario. La ovación del público se transforma en un homenaje a Martínez Sierra. El acto ha durado diez minutos.

Quinto acto: *Expiación*. La entrada de la Catedral de Sevilla. Se reduce a presentarnos a Don Juan arrepentido, resistiendo las tentaciones y haciendo sacrificios como el de recoger y llevar en brazos a una leprosa. Para poner paz entre unos mendigos que riñen, interviene, y uno le da una puñalada. Don Juan cae y expira en brazos de una mujer buena, símbolo del perdón, que cierra sus ojos pecadores. Es un epílogo de menos intensidad que los actos.

Sin duda, el tercero y el cuarto son los mejores; después, el segundo; luego, el primero, y por último, el epílogo. A mi juicio, le ha faltado a Martínez Sierra valor para

afrontar con la misma arrogancia que en el resto de la obra la verdadera expiación de Don Juan.

Como se ve, por la idea que domina en la obra, por la diversidad de los episodios y por su desarrollo, es esta producción algo que se aparta de lo vulgar.

La presentación, fastuosa y cuidadísima (25.000 duros de gastos); las ilustraciones musicales, de Conrado del Campo, muy en ambiente y la interpretación acertadísima, sobresaliendo el señor Martori y las señoritas Barrón, Leal y Santautaria.

De *La Prisa*, de los señores Alvarez Quintero, hablaremos en la próxima ocasión. Es una de las más afortunadas producciones de esta ilustre pareja, y el éxito fué extraordinario.

La ópera *Glorias del pueblo*, del maestro Millán, en la Zarzuela, otro triunfo merecido, así como *El último ensayo*, de Torres y Asenjo, con preciosa música de Ernesto Rosillo, en Cervantes.

Los planes del abuelo, de Muñoz Seca, en el Rey Alfonso, y una zarzuela de Allens Perkins y Luna, en Apolo, han tenido peor fortuna.

Y Parsifal, al inaugurarse anoche, brillantemente, el Real, obtuvo una interpretación perfecta, por el especializado cuadro de artistas alemanes.

G. FERNANDEZ SHAW

Madrid teatral

«Antón Caballero», sus autores y su resultado.—Triunfo de Arniches en la Comedia, con «¡Es mi hombre!».—Un drama vigoroso.—El espectáculo «Linterna mágica».—Un éxito del Sr. Hernández Casajuana.—Las obras de Pascua. Dos traducciones y otra comedia del Sr. Muñoz Seca. Más estrenos.—En el Real: «Los maestros cantores».—Esperando a Lázaro

Madrid 25 diciembre.

El noble esfuerzo de don Serafín y don Joaquín Álvarez Quintero, haciendo una producción esencialmente galdosiana con apuntes, esbozos, escenas sueltas, fragmentos de otras, tipos a medio crear y argumento sin concluir que dejó al morir don Benito Pérez Galdós, ha tenido la sanción favorable del público madrileño. La hija del gran novelista y dramaturgo entregó todos los apuntes que, sobre esta producción a medio hacer, tenía su padre a los felices adaptadores de *Marianela*. Y los señores Quintero tuvieron que hacer una labor mucho más difícil y más ingrata que para escribir una obra propia: aceptando todos los errores y renunciando a todos los aciertos.

El éxito de *Antón Caballero* en el teatro del Centro fué, desde luego, claro y decisivo. El público se dio perfectamente cuenta de que se hallaba ante una obra característicamente galdosiana: el diálogo—no descuidado ni aun en los detalles comicómicos—, los tipos, la ideología de la obra, todo, en fin, aparecía como una continuación de la producción que comenzó en *La fontana de oro*, culminó en los *Episodios* y dió sus últimos destellos en *Sor Juana de Castilla*.

Antón Caballero, que guarda cierta analogía con *Doña Perfecta*, es una faceta del eterno drama español del caciquismo. Doña Matya y su marido—cacique máximo—viven felices con su sobrina, sabiendo que Antón, el marido de ésta, que era una mala persona, se halla lejos, en América, en donde adaso haya muerto. Su fortuna, así podrán disfrutarla ellos y aun el joven que buscan para nuevo marido de su sobrina. Pero Antón no ha muerto, y se presenta de improviso en el pueblo, dispuesto a reconquistar el cariño de su mujer y vivir honradamente. Calcúlese el efecto de su vuelta en los caciques; Doña Matya, que es el espíritu fuerte de verdad del matrimonio, agarra el brazo de un malvado para que mate a Antón; pero el tiro no hace blanco por completo, y Antón solo resulta herido. Su mujer reclama entonces su dote a cuidarle, y no tarda en llegar entre ellos la reconciliación.

No es *Antón Caballero* uno de los tipos que mejor encarna Enrique Borrás; pero, así y todo, sabe dar al complejo personaje el suficiente relieve, haciéndose acreedor al elogio y al aplauso. La señora Canejo, la señorita Vía y las señoras Romana y Ruiz Talay contribuyen al excelente conjunto. Y los señores Álvarez Quintero tuvieron la satisfacción de comprobar que, merecida a ellos, el público de Madrid aclamaba nuevamente el nombre de Galdós.

En la Comedia, el mismo día del sorteo de Navidad, le correspondió a Tirso Escudero un premio gordo nada despreciable. *¡Es mi hombre!*, la nueva traedia grotesca de don Carlos Arniches, fué uno de los éxitos mayores de este autor, tantas veces triunfante. La prisa, de los Quintero, en un aspecto, y *¡Es mi hombre!* en otro, son, hasta ahora, las obras de la temporada. En esta farsa, dramática y cómica al mismo tiempo, están combinados con felicidad lograda como pocas veces, los elementos grotescos y trágicos. Muchas veces—cuando el estreno de *La heroica vida*, entre ellas,—se ha dicho que Arniches, dueño de los resortes escénicos, es el rey del contraste. En *¡Es mi hombre!* áncese esta condición a otra, muy frecuente también en el teatro de este

gran autor: la de su finalidad. Pocas obras de Arniches, sobre todo, en estos últimos tiempos, carecen de lo que pudiéramos llamar moraleja; todas tienen su enseñanza, siempre popular; todas van encaminadas a la condenación de algún vicio o a la exaltación de ejemplares virtudes. De ahí la transcendencia del teatro de Arniches, que el señor Pérez de Ayala, con su percepción crítica, vio cuando aún nuestro autor apenas si había salido de los límites del género chico, en el que hizo muchas obras de tanto mérito como las de ahora, y de tanta consideración o más que muchas comedias serias de tesis, que han sido muy aplaudidas por esos escenarios.

¡Es mi hombre!, en cuanto a fuerza teatral, debe ser considerada como gemela de *La señorita de Trévez*; comedia que, si no se representa en relación con el éxito que obtuvo, es por la dificultad de encontrar una actriz lo suficientemente joven para que pueda parecer casadera, y lo bastante fea y «melida en carnes» para que la posibilidad de su matrimonio pueda resultar una cosa ridícula.

El miedo y el hambre son los dos factores utilizados por el señor Arniches para la construcción de su nueva obra. Don Antonio y su hija están pasando *las de Cain* para poder medio vivir; no tienen un real, deben hasta el aliento. Y el infeliz padre, hombre apocado, pero padre al fin, se ve obligado a aceptar para que su hija coma, el puesto de inspector de una casa de juego, a la que va con un cartel de valedor, imprescindible en esos cargos. Los apuros que don Antonio pasa para parecer más bravo que el Cid, no son para despreciarlos, y las incidencias cómicas a que esos apuros dan lugar son innumerables. Pero llega un momento en que, uno de los rufianes habituales en la casa, intenta atropellar a la hija, y entonces el padre se transforma, y aquel hombre apocado y temeroso es valiente de veras y arroja a tiros y a silletazos a todos los *guapos* de profesión presentes, que resultan unos cobardes. Queda aún una parte por resolver, y es que don Antonio, metido en aquel ambiente de vicio, está a punto de caer en las redes de una mujer, que solo quiere explotarlo; pero la hija está allí para algo; abre los ojos de su padre, y al fin todo se arregla, convencidos intérpretes y público de que no hay nada mejor que el trabajo, que es fuente de bien y de salud. Las situaciones, el diálogo y los efectos acusan a cada paso el ingenio del señor Arniches. El primer acto, de verdadero sainete, gustó muchísimo; el segundo alcanzó un éxito clamoroso, y en el tercero se mantuvo en la concurrencia la óptima impresión.

La interpretación fué magnífica. Desde los tiempos de Bonafé no triunfaba en la Comedia ningún actor como Valeriano León: triunfó encarnando el tipo de don Antonio. Fué su consagración. La señorita Redondo, el señor Tordesillas y los demás actores de la Comedia, contribuyeron con su meritoria labor al gran éxito de *¡Es mi hombre!*

Miguel Muñoz y María Grau, que continúan en el teatro Puencarral, su campaña de arte dramático, nos han dado a conocer un drama digno—como ambos artistas—de mejor teatro. *En el llano*, obra dramática de ambiente popular, original de los señores Serrano Anguila y Mayral, tiene intensidad de acción y personajes dibujados con trazos vigorosos. El primer acto, de ex-

posición, está bien; el segundo, muy bien, y el tercero decae algo, por resultar más forzado. En conjunto, resulta un drama de autores hechos y no de dramaturgos que comienzan una carrera. Fué justa y calurosamente aplaudido. De los intérpretes se destacaron Marta Grau, en una ciega, y Muñoz en el protagonista.

Esclava ha compuesto, para hacer pasar a su público unas Pascuas divertidas, un espectáculo variado y entretenido, mezcla de teatro y *music-hall*; de baile ruse y de pantomima clásica. Es una serie de números o de escenas, con sus argumentos breves y sus acciones cómicas o sentimentales, con música selecta y agradable. Como si fuera—tal es su título—una *Linterna mágica*, van desfilando sobre el fondo negro las figuras de las distintas acciones; a quienes acompaña, para ayudar a la imaginación, elementos de decorado. Todo ello presentado admirablemente con un sentido moderno de arte. De los números del espectáculo gustaron especialmente el de la caja de soldados y *El bailale humorístico llamado «El candelabro»*. La notable compositora María Rodrigo merece un aplauso por su labor instrumentando, componiendo y concertando la música.

El Coliseo Imperial ha encontrado también su obra de Pascua. Y ha sido un valenciano—el señor Hernández Casajuana—el autor del valioso regalo. *El tercio extranjero*, estrenado anteanoche con gran éxito, asegura muchas entradas al teatro de la calle de la Concepción Jerónima. La obra, repartida en cinco cuadros, es, en esencia, la vida del legionario, desde que decide ingresar en el Tercio hasta que regresa, triunfador y regenerado, a su hogar. Escenas de campaña, de hospital; tipos vistos en la realidad; parte cómica muy bien tratada, y emoción, verdadera emoción patriótica en todo momento, son las características principales de la última producción del señor Hernández Casajuana. El público madrileño, que nada suyo conocía aún, comprendió desde el principio que no se las habla con un novel, sino con un escritor de experiencia y de positivo talento. En todo instante respondió la gente a los resortes del autor, aplaudiendo con verdadero calor todos los cuadros—el mejor es el tercero, que transcurre en un bloque—y entusiasmándose en los momentos culminantes. La señora Barbo y los señores Fresno y Serrano, participaron en el éxito del señor Hernández Casajuana.

Una obra peluculesca ha venido a ocupar, durante las fiestas de Navidad, el cartel del Rey Alfonso. Es francesa; y los traductores, don Eduardo Marquina y don R. F. Torres (el duque de Tovar), la han titulado *Rata de hotel*. Esta «Rata» es Fifina, antigua ladrona de hoteles, a quien descubre, y de quien se enamora, redimiéndola, un caballero, al que ella corresponde con su amor, que pone a prueba realizando una nueva hazaña de su antiguo oficio, para rescatar unas cartas que comprometen a él. La Gelabert, ora vestida de Fantomas, ora luciendo elegantes trajes, da al papel de Fifina todo su encanto peluculesco. Thuillier está muy acertado también. La obra tiene interés, y a ratos, emoción. Gustó bastante, aunque sin entusiasmar.

Las amerosas, traducción libre de autor inédito, con música inclusiva, de *L'ecole de cocottes*, ha servido para reforzar las entradas del Reina Victoria en estos días de fiesta, y para demostrarnos, una vez más, la esplendor y el arte del señor Cadenas como empresario. Lo más saliente del «vaudeville» es un lujoso desfile de «amerosas» célebres de distintas épocas, teniendo como fondo un friso animado, muy bonito. El libro es ingenioso y la música agradable. La señorita Hidalgo, secundada por la señorita Villar y el señor Moncayo, lleva brillantemente el peso de la representación.

No podía faltar un estreno del señor Muñoz Seca en época de Pascuas, y ha sido nada menos que en la Princesa. *La farsa*, juguete cómico en tres actos, hizo reír mucho, sobre todo en su primera mitad. El argumento se reduce a las artes de que se vale un actor—incluido parecer un ser abyecto—para rechazar los amores de una joven romántica. Los lances cómicos son muchos, y el público los siguió ayer tarde con unánime regocijo. La señora Artigas, en el personaje de la muchacha enamorada; Díaz de Mendoza, en el suyo, y Santiago, fueron los principales intérpretes de la obra. Con ella son ya trece los actos estrenados por el señor Muñoz Seca desde octubre último.

La Latina ha estrenado una zarzuela, *Los chisperos de Madrid*, de los señores Cobos y Torcal, y Marín una revista de los señores López Manis y Fuentes, titulada *La hoja de parra*. Ambas gustaron.

Y el Real—sea los primeros los últimos—ha dado por vez primera al público madrileño la versión completa de *Los maestros cantores*, dirigida por el eminente maestro Muck. Ha sido un espectáculo de arte elevado, que nos ha hecho admirar nuevamente el genio de Ricardo Wagner. Ahora se espera con interés el debut del famoso tenor Lázaro. Esta vez—menos mal—el «divo» será español.

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW

De nuestra colaboración

Madrid teatral

El triunfo de «La prisa», de los Quintero.—Una comedia que da dinero y honra.—El éxito creciente de «Glorias del pueblo».—Una bonita partitura de Millán y una creación de Gorgé.—«Bataclán», o un melodrama con gracia.—Las noches del Real.—Un diálogo y dos sainetes nuevos.—La carrera del maestro Rosillo.—Otras noticias interesantes

La prisa, de los señores Alvarez Quintero, continúa llenando la sala del Infanta Isabel. Es uno de los éxitos más claros y más de público obtenido por sus ilustres autores en estos últimos años. La calidad del éxito recuerda al de *Puebla de las mujeres*, y anteriormente, a los de *El genio alegre* y *Los galeotes*. *La prisa*, comedia moderna, de diálogo limpio e ingenioso y de acción siempre divertida, no tiene frases rebuscadas ni chocarrerías. Le ha bastado para triunfar la gracia de la trama, la originalidad y la oportunidad del tema, la fuerza de las situaciones y el donaire del diálogo.

Esta inquietud, esta impaciencia que, en las ciudades, parece que a todos nos corre; este afán de hacer muchas cosas en poco tiempo, sin que nos preocupe si las hacemos bien o mal; este constante anhelar de la vida moderna, que no es más que consecuencia de los rápidos medios de locomoción que nos ha dado el progreso; el placer de correr en automóviles y en tren y hasta de volar, sin que muchas veces la prisa tenga objeto; esta locura del movimiento, en fin, han constituido los elementos con los señores Alvarez Quintero han constituido su bella comedia. Como es natural, para que tales exageraciones tuviesen el debido realce, los autores han buscado el contraste; y éste lo ofrece un pacífico matrimonio, enemigo de toda precipitación y partidario decidido de la calma como base de felicidad. Ya se comprenderá con esto que la finalidad de los autores no es otra que demostrar, no que la inercia es lo más recomendable, sino que dentro de las ventajas del progreso y de la actividad, ha de buscarse el término medio que permita hacer las cosas útiles, pronto y bien y no malgastar la prisa en inútiles menesteres.

La obra, admirable de técnica, no decae en ningún acto, y lo que sienta el público, al final, es que se termine.

La compañía del Infanta Isabel interpreta la comedia con indiscutible acierto, haciéndose acreedores a especial elogio la Moneró, Alarcón, el galán señor Navarro, Calle y Albar. El Infanta Isabel no tiene que preocuparse ya ni siquiera de la obra de Pascual.

Rápidamente habló la semana pasada del éxito del maestro Millán en la Zarzuela. Hoy puedo añadir que, hasta ahora, *Glorias del pueblo* es la obra musical que más ha gustado en Madrid esta temporada. Para nadie es un secreto el hecho de que, si artísticamente la Zarzuela iba haciendo excelente campaña, económicamente no marchaba del mismo modo. *Glorias del pueblo* se estrenó, por estar el público distanciado del teatro, con menos de media entrada. Obtuvo buena prensa, pero como coincidió su estreno con el de *Don Juan de España*, la atención preferente de los críticos fué para la tragicomedia del señor Martínez Sierra. Sin embargo—y ello es más digno de elogio—el teatro fué poco viéndose cada día más concurrido, los aplausos fueron cada vez más nutridos y ahora, por las noches, se ve la sala totalmente ocupada. Indudablemente las bellezas de la obra se han impuesto. Dos cosas son los principales atractivos que encuentra el público: una música muy inspirada, en la que Millán destaca su personalidad, apuntada más o menos abiertamente a sus obras anteriores, y una creación de Gorgé—el formidable bajo, tan conocido en Valencia,—que hace un tipo lleno de vis cómica. Con tales alicientes, no es extraño que la gente acuda a diario a deleitarse a la Zarzuela. La acción de *Glorias del pueblo* transcurre a mediados del siglo anterior y en el estudio de un pintor. El argumento sencillo, con sus notas de emoción y sus caricaturescas pintaladas, distrae, y los números, entre los que se destacan dos romanzas y un dúo, son de verdadero efecto. Millán sigue avanzando; posee condiciones y ganas de trabajar; lo cual no es poco en estos tiempos.

Ahora ensayan en la Zarzuela otra obra en un acto, libro del señor Moyrón y música del maestro

Lara, ha estrenado *Bataclán*, obra inglesa, adaptada libremente al castellano por los señores Paso y Gabardas. En su origen, *Bataclán*, que se llama *Mister Riph*, es un melodrama moderno; es la tragedia del payaso, tratada en España y en el extranjero muchas veces.

El contraste del hombre que hace reír y lleva dentro el dolor, ha sido motivo de inspiración para muchos poetas, novelistas y dramaturgos. Al payaso de esta obra le ocu-

rrre lo que, desde el principio, el público se teme: que, al final, la mujer en quien ha puesto todas sus ilusiones le engaña, y el hijo, que hubiera podido ser la alegría de sus últimos años, no solo no le reconoce como padre, sino que reniega de la profesión de *Bataclán*. Como este asunto era, a palo seco, demasiado serio para una comedia de Lara, pensaron los adaptadores en la necesidad de intercalarle la mayor cantidad posible de elementos cómicos. ¡Y aquí del señor Paso! Un tipo—el que hace Leocadia Alba,—aparece completamente nuevo; y alrededor de ese tipo y del mismo payaso hay una verdadera lluvia de chistes de todos los calibres. De tal modo está recargada la parte cómica, que pudiera decirse, haciendo un elogio de la habilidad de los adaptadores, que *Bataclán* es un melodrama de muchísima gracia. La obra no hubiera podido representarse en Lara de no estar allí un actor de las condiciones de Simó Raso. Interpreta el protagonista y está, durante toda la comedia, sobrio y muy en tipo—un tipo extranjero algo indefinible, muy de *clown*, que pasa de humilde payaso a famoso artista de circo europeo,—y tiene al final una escena muda de gran intensidad dramática, que le valió una gran ovación. La Alba, Carmen Jiménez y la niña Aenza, que será una buena actriz, trabajaron también con entusiasmo y con acierto.

En el Real, después de *Parsifal*, ha representado el cuadro de cantantes alemanes *La Walkyria*, y tanto la crítica como el público han estado acordes al apreciar que es la vez que mejor se ha oído en Madrid la famosa creación wagneriana. Carlota Dahmen, en la *Sigunda*, y Kirchoff, en el *Sigundo*, llegaron a la perfección, dando con la voz, con el gesto y con el ademán, la sensación de lo inmejorable. La soprano señora Wildbrun, el barítono Weill y el maestro Blech, participaron en el gran éxito. Ahora prepara la empresa *Guillermo Tell*, que hace tiempo no se ha cantado en Madrid.

En Apolo hubo anoche una novedad: el estreno de un diálogo de los señores Alvarez Quintero. Se titula *El mal ángel*, y está escrito expresamente para Casimiro Ortas y Rosario Leonís. Esta hace una moza andaluza, inquieta y graciosa, que acaba de reñir con un truhán, jaranero y aún más inquieto, de quien, sin embargo, está enamorada. Y, para darle acares, acepta conversación con otro mozo que es el reverso del anterior: un mal ángel, calmoso y pinturero, al que no puede aguantar. Tanto Ortas en este gracioso tipo, como la Leonís, bordaron el diálogo. Respecto al mérito de éste, basta decir que durante los veinte minutos que dura su representación, el público no cesó de reír, aplaudiendo al final efusiva y largamente.

José Ramos Martín—cuyo reciente éxito en Barcelona, con *La alsaciana*, en colaboración con el maestro Guerrero, le está dando honra y provecho,—estrenó en el Cómico un sainete de tipos bien observados y acción sencilla, titulado *La costilla del prójimo*. Como se desprende del título, se trata de un individuo que pretende explotar la infidelidad de una mujer casada, y, al final, se encuentra chasqueado. Gustó mucho, y especialmente un trozo de pantomima—que tiene como fondo unas ilustraciones musicales de Guerrero,—en el que está muy gracioso el actor Castro, tan popular entre el público de Loreto y Chicote.

También hubo estreno en La Latina, y sirvió para demostrar, una vez más, el porvenir que tiene en el teatro el maestro Rosillo, ya considerado como uno de los valores más positivos entre los músicos jóvenes. De los cuarenta *parriba*, sainete de don José María Granada, muy gracioso, obtuvo una acogida muy favorable, a pesar de los tropiezos de la interpretación, por falta, sin duda, de ensayos. La música, en cambio, pudo apreciarse en todo su valor, y tanto el danzón cubano, como la zambra gitana, como un fado y como un dúo, valiente e inspirado, fueron premiados con calurosos aplausos, que obligaron más de una vez a la repetición. Pero lo que más entusiasmó al público fué un magnífico intermedio; página que, por sí sola, basta para asentar la fama de un compositor.

Y pongamos punto final, diciendo que la Escuela de Danza de Loie Fuller, que se nos presenta por las tardes en Eslava, es un espectáculo artístico, que podemos considerar como uno de los antecedentes que tuvieron los *Ballets rusos*, y añadiendo que Cadenas ha dado a su revista *El Príncipe Carnaval* un nuevo impulso, llevando a ella un número de baile muy interesante, que dará tiempo para esperar a la segunda parte de la misma revista, que preparan Cadenas y el maestro Serrano.

G. FERNANDEZ SHAW.

De nuestra colaboración

Madrid teatral

Inauguración de la Princesa.—«El caudal de los hijos», de «Parmeno».—Los éxitos del Sr. Fernández del Villar.—La comedia de un autor novel.—Peña en Cervantes: la opereta «S. M. al Dólar».—Una nueva obra del maestro Millán. Más estrenos.—Ante las obras de Pascuas y otros acontecimientos

Madrid 15 de diciembre.

Nuevamente hemos visto planteado en el teatro el problema del hombre, presentado tantas veces y bajo muy diversos aspectos. En realidad,

El caudal de los hijos—o sea la honra que heredan de sus padres,—nos ofrece, si no un caso nuevo, un conflicto dramático interesante y fuerte, desarrollado con esa habilidad escénica y con ese nervio de autor que en otras ocasiones hemos admirado ya en el señor López Pinillos. Obra intensa, de efectos seguros, de trazos firmes y de lucimiento para los actores, constituyó su estreno, en la función inaugural de la Princesa, un éxito grande para *Parmeno* y para los intérpretes. Y en los aplausos de la concurrencia se unían el homenaje al completo acierto del dramaturgo y la bienvenida a María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, felizmente regresados de su nueva excursión artística por la América española.

El drama de *Parmeno* está basado en el concepto del sacrificio de amor propio herido, por el bienestar y la honra de los hijos. Así, Agustín Zárate, casado a la fuerza, no mata ni da escándalo alguno cuando sorprende a su mujer intentando escaparse con un antiguo novio; tienen un hijo, y por la felicidad de éste se sacrifica y sigue viviendo con la que eligió por compañera, si no esclava de un cariño, víctima de un deber. Y así, Rodrigo Zárate, su hijo, cuando llega a hombre y se casa, encuéntrase, al verse en circunstancias parecidas a aquellas en que se vio Agustín, con que sus propios padres son los que le impiden tomar violentas decisiones, porque de ese nuevo matrimonio hay ya también un hijo por quien sacrificarse. Claro que, en este segundo caso, Marta, la mujer de Rodrigo, no acepta el porvenir de una existencia sin cariño, e intenta huir. Entonces es cuando la madre de él, que supo afrontar en su momento el sacrificio, le corta el paso con la bala de un revólver.

Los varios momentos de verdadera fuerza dramática que tiene la obra dieron ocasión a María Guerrero para demostrarnos que sus excepcionales facultades continúan en el mismo grado de plenitud. Mendoza tuvo también momentos muy felices, y la señora Ruiz Artigas y Fernando Díaz de Mendoza y Guerrero contribuyeron, principalmente, a la cuidadosa y notable interpretación.

El caudal de los hijos había obtenido en Buenos Aires un gran éxito; el de aquí no ha sido menor. El autor de *Esclavitud* ha tenido con él su definitiva consagración.

Para que no fuera todo trágico, la Princesa nos sirvió al final un divertido juguete cómico del señor Muñoz Seca, titulado *Dentro de un siglo*. Si las doctrinas sociales que los comunistas intentan propagar prosperasen, el mundo, en el año 2021, sería algo muy antipático, a juzgar por la obra del señor Muñoz Seca; pero la gente, que sabe que para entonces otros serán los que tallen, no se para a reflexionar sobre esas posibles incomodidades futuras, y se limitó a reír y celebrar

las graciosas ocurrencias del juguete—de sal gorda, por supuesto,—en cuya interpretación se destacan Elena Salvador y Pepe Santiago.

En el Rey Alfonso y en Apolo, con a sola diferencia de un día, se han estrenado dos producciones de un mismo autor. Y justo es reconocer que el señor Fernández del Villar, cuyos progresos son tan evidentes como su fecundidad, logró algo que no era fácil ni mucho menos: dos éxitos claros en dos teatros que hasta ahora habían tenido esta temporada solo fracasos. No quiere esto decir que ni *La diablesa* ni *Inmaculada* sean dos portentos y dos éxitos extraordinarios; pero son—sobre todo una,—dos obras agradables, limpias y bien hechas, que darán un muy provechoso resultado a quien las escribió.

La diablesa es la que menos vale. El señor Fernández del Villar, que lo sabía, no se atrevió a estrenarla sin música, como en Barcelona, y la convirtió en zarzuela, con partitura del maestro Alonso. La obra, en realidad, no tenía grandes situaciones musicales, de modo que la ayuda del compositor no pudo ser grande. Aun así, el maestro Alonso supo acertar en tres o cuatro números, que se oyeron con mucha complacencia y se premiaron con nutridos aplausos. El libro tiene gracia, y aunque languidece por efecto de sus excesivas dimensiones, se escucha también con complacencia. Rosario Leóns y Ortas son, como siempre en este teatro, los que llevan el peso principal en la representación.

Inmaculada es, sin duda, una bonita comedia. La idea no es por completo original, pero su desarrollo resulta nuevo. La muchacha jeraplar, con vocación de religiosa que no duda en arrojar sobre sí la culpa de un pecado cometido por su hermana para salvar a ésta del deshonor, es un tipo simpático y atractivo que interesa desde el primer momento. Claro que María de la Concepción, que es como se llama la muchacha, no consigue hacer creer a todos su culpa. Allí está su tío, el virtuoso sacerdote que sabe descubrir la verdad mirando en los ojos de Concepción, por donde se asoma el alma pura de la que siempre ha sido y es *Inmaculada*. La comedia tiene delicadeza y emoción. La Gelabert en la protagonista, y Thuillier en el sacerdote, saben traducir esa emoción, y Mora ha acertado al componer el tipo cómico de la obra.

En Lara se ha revelado un autor novel: don Félix Carazony, notario de un pueblo de Castilla. Su comedia en tres actos, *La señora presidenta*, llegó al teatro recomendada por don Jacinto Benavente, y la otra noche, el fallo del público confirmó el juicio del maestro. La obra, en efecto, gustó mucho, y aunque la gente advirtió ciertas deficiencias de técnica, propias de quien comienza un arte difícil, apreció, en cambio, muchos aciertos y bellezas, y, sobre todo, una idea original e interesante. El asunto se reduce, en términos generales, al cambio que se produce en el modo de pensar de una mujer caritativa que reparte los frutos de sus haciendas entre los colonos y

campesinos del pueblo en que vive, y, casada luego con un sociólogo idealista y llegada a la ciudad, deja de hacer sus piadosas obras, arrendando las fincas y subiendo los precios de ellas. Esto responde a un gran problema social de actualidad palpitante, que el señor Carazony plantea con rasgos firmes, pero no resuelve. La parte cómica, un poco exagerada, está tratada con soltura.

La señorita Rodrigo y los señores Peña y Balaguer se hicieron acreedores a participar en el éxito, legítimo y alentador, del nuevo comediógrafo.

Peña, en Cervantes, continúa luchando valientemente contra las malas condiciones del teatro. La opereta *S. M. el dollar*, adaptada por el señor Giralt y el maestro Obradors, y puesta en escena con lujo extraordinario, logró un éxito grande. Si se hubiese estrenado en un teatro céntrico, sería obra de centenares de representaciones. En Cervantes nadie puede responder de que así sea. Como se puede suponer por el título, el lugar de la acción es Norteamérica, y allí triunfa, sobre el amor y sobre todo otro ideal, el dinero. La opereta está cortada con arreglo al molde clásico: la pareja cantante y la pareja cómica. Y no hay que negar que Peña y Julia Fons forman esta última deliciosa-

mente. La música es muy alegre y tiene profusión de bailables, rítmicos y melódicos, que se repitieron entre grandes aplausos. La Benítez y Severo Uliverri también fueron muy elogiados.

El maestro Millán, no satisfecho con el resultado económico y con el éxito musical de su obra *Glorias del pueblo*, ha estrenado una nueva zarzuela que se llama *Sol de la noche*. Ha hecho mal Millán en eso, porque no lo necesitaba, y ha rebajado, aunque momentáneamente, su nivel artístico. No quiere esto decir que la nueva obra no gustara; pero el público hizo comparaciones con la anterior, y se quedó diciendo que prefería aquella. En *Sol de la noche*, cuya fábula sencilla transcurre en Noruega, hay números cómicos que se aplaudieron mucho, y páginas serias que se aplaudieron menos. Millán sabía ya el valor de su obra, porque hace dos años la estrenó en Barcelona, con buen resultado, pero sin grandes entusiasmos. Acaso su propósito de ahora haya sido solo reforzar el cartel; pero éste no precisaba de refuerzos con *Glorias del pueblo* y con su insuperable intérprete Gorgé.

Loreto y Chicoje, en el Cómico, han estrenado con gran fortuna una obra de Pascuas, en tres actos, titulada *Los ilustres doctores*, escrita por los señores Linares Bécerra y Estremera; el público no cesó de reír. Y en La Latina logró el esperado éxito la revista *El sol de España*, de don Miguel Ventura, música de Quinito Valverde y Acevedo.

Ahora el interés teatral está en la reposición de *Los maestros cantores*, en el Real, y en los estrenos de *Antón Caballero*, en el Centro, y *Es mi hombre*, en la Comedia. Y luego, en las obras de Pascuas, que ya se están ensayando.

G FERNANDEZ SHAW

De nuestra colaboración

Madrid teatral

1922

=

El «debut» del tenor Lázaro en el Real.—Un buen Radamés y una excelente Aida.—Hay que esperar a nuevas audiciones.—Las obras infantiles.—Pinocho en Eslava. Dos estrenos de producciones cómicas: «La Guillotina», y la «Divina Dora».—La crisis teatral.—Teatros que se cierran. Causas y efectos

Madrid 5 enero de 1922.

Tras diversos aspectos nos ofrece la actualidad teatral madrileña: la presentación de Hipólito Lázaro en el Real, las funciones infantiles, y la crisis del teatro unida a la terminación natural de muchas campañas. Vayamos por partes.

Hipólito Lázaro, compatriota nuestro, reconocido en Nueva-York como el sucesor de Caruso, vino precedido de una fama tal, que hace falta ser todo lo buen cantante que es para no haber fracasado anteanoche en el Real. Mentiría si dijese que al levantarse el telón contaba con la simpatía de buena parte del público. No. Unos, porque son contrarios al *divo*, no por el *divo* en sí, sino por las idolatrías que produce, y otros porque habían tenido que pagar por sus localidades precios superiores a los de costumbre, se mostraron reservados desde el primer momento. El número de entrada del tenor en *Aida*, tan famoso y tan popular, produjo gratísima impresión; pero, de verdad, el público no se entregó hasta el concertante del acto segundo, en que la voz de Radamés, robusta, vibrante, cálida, destacaba sus notas impidas sobre el magnífico conjunto de los coros y la orquesta. Ahí, sí. Ahí resonaron bravos y entusiastas aplausos, y el número hubo de ser repetido. Después, en el tercer acto, y sobre todo en el dúo, Lázaro demostró aún más sus grandes facultades de cantante, y fué nuevamente ovacionado.

¿Es Lázaro el mejor tenor que ha pisado la escena del Real—como han afirmado sus más incondicionales admiradores,—desde que murió Gayarre? No me atreveré yo a decir tanto. Lo que sí es, desde luego, uno de los mejores. Es, además, un cantante muy hecho, con un timbre de voz muy bonito, y con facilidad y seguridad de emisión extraordinarias. Sus grandes éxitos en los principales teatros líricos del mundo se comprenden perfectamente.

Sin embargo, a pesar de su éxito claro y rotundo en *Aida*, el público de Madrid, para convertirlo en ídolo suyo—como hizo con Anselmi, con Titta Rufó y con Schipa última mente,—espera a nuevas audiciones; quiere escuchar a Lázaro en *La Africana*, en *Tosca* y en *Manón*. Y si el *divo*, como es de esperar, muestra espléndida su voz, entonces le rendirá el aplauso clamoroso de la consagración.

Bien es verdad que anteanoche, la admiración del público hubo de compartirse, pues si magnífico fué el Radamés, no lo fué menos la Aida, acertadísimo interpretada por Ofelia Nieto, que cada día parece mejor cantante, y cada vez está más guapa.

De los teatros que se han preocupado en dar espectáculos para los niños, en estos días de primeros de año, ha figurado, en primer término, Eslava. Merced al Rey Mago que se llama Gregorio Martínez Sierra, los niños madrileños han podido disfrutar de las mil travesuras de Pinocho, el célebre muñeco de los cuentos infantiles, y de otros héroes de historias divertidas. Por unos días, de Navidad a Reyes, hemos añado nuestro espíritu, como Benavente nos aconsejaba en su obra maestra, y hemos gozado viendo a los niños divertirse como hombres. Dos comedias estrenó Eslava: *Matemos el lobo*, original de don Luis de Tapia, y *Viaje al portal de Betén*, de don Manuel Abril, con ilustraciones musicales de don Conrado del Campo. La primera, esmaltada con frases de gran ingenio, es una historia en la que desfilan ante el espectador, Pinocho, Pulgarcito, el Galo con botas y otros muchos pequeños personajes, confabulados para matar al lobo, que tiene asustados a los moradores del conerno. ¿Puede dudarse de que los protagonistas consiguen su propósito? ¡Vaya si lo logran! Como que si la fábula no acaba a gusto de todos, el público infantil, más tirano que los demás, hubiese acabado en un momento con el autor y con los intérpretes.

El *Viaje al portal de Betén* es otro acierto. Alzase el telón y aparece un Nacimiento. Las figuras de los pastores y de los personajes sagrados adquieren vida, cantan villancicos, bailan, pronuncian loas y llevan nuestra imaginación, burla burlando, a los tiempos ingenuos y primitivos en que los zagales requiebrazan a las pastoras con delicadezas que hoy día no se comprenden. Por la presentación, por los episodios, por la música, por el diálogo y por los tipos, es esta obra, sin duda, la más propia de públicos infantiles que han ofrecido—si exceptuamos *La cenicienta*—los teatros de Madrid. Completa el espectáculo de Eslava varios números de la pasada *Luzerna mágica*, que están también muy en ambiente. Ahora, el teatro que dirige Martínez Sierra se prepara a dar un solto considerable: de las caudorosas y alegres comedias infantiles, a la tragedia popular, «cruda y sin veladuras», según anuncian los programas, de que es autor don Alfonso Vidal y

Planas. Se titula *Santa Isabel de Ceres*, y se habla del enorme éxito obtenido por la obra en varias capitales españolas. Sin embargo, lo muy atrevido del drama hace que no deje de ser peligrosa la aventura.

De obras de inocentes, francamente cómicas, dos han sido las más interesantes: *La Guillotina*, en Apolo, de los señores Paso y García Pacheco, con música de los maestros Soutillo y Vert, y *La Divina Dora*, en Lara, del señor Luque. Esta obtuvo un franco éxito de risa, que compartió el autor con Carmen Jiménez, Leocadia Alba y Ricardo Simó Raso, principales intérpretes del juguete cómico. *La Guillotina*, que es el apodo de una artista muy guapa, que la llaman así «porque quila la cabeza», gustó menos de lo que se esperaba. La obra es graciosa; la gente no deja de reír; la música es agradable, pero... ¡El eterno pero! Pero se había hecho a *La Guillotina*, antes del estreno, un ambiente de obra de gracia tan grande, que le perjudicó luego muchísimo, porque la gente salió diciendo: «Sí, es graciosa; pero no tanto». De donde se deduce que muchas veces, los amigos apasionados, perjudican a los autores.

El Español, dicho queda que volvió a representar *La cenicienta*, con la que ha alternado el *Cyrano de Bergerac*, muy bien declamado por Ricardo Calvo.

Varias son las compañías líricas que terminan ahora su actuación. La Zarzuela y Cervantes cerrarán dentro de dos o tres días, y Apolo un poco después. En honor de la verdad, ninguno de los tres teatros ha hecho negocio, y en ninguno de los tres pueden achacarse las pérdidas a falta de esfuerzo y deseo de las empresas por agradar al público. Lo que pasa es que el «respetable», este año necesita que le estrenen todos los días *La verbena de la Paloma* para acudir al teatro. Los sucesos de Melilla, que han hecho que muchas familias no hayan vuelto, desde agosto, a pensar en diversiones; la carestía de la vida, que cada vez se nota más en los hogares, y la inevitable subida de precios de los teatros—como consecuencia de las mejoras concedidas a cuantos viven de lo que hemos dado en llamar el arte dramático,—han dado por resultado que apenas si ha habido teatro que haya visto su sala llena quince noches seguidas. Y se han estrenado obras como *La prisa*—que empezó con mucha fuerza,—*El caudal de los hijos* y *Glorias del pueblo*, que, cada una en su género, hubieran bastado para mantener durante varios meses el negocio de un teatro. Se habla de decadencia del género lírico, y, para apoyar esta afirmación, se cita, como ejemplo, el mal negocio hecho en la Zarzuela. Yo no digo que este género no esté pasando una crisis lamentable, pero sí afirmo que lo ocurrido este año no puede ser citado como ejemplo, porque las mismas dificultades y tropiezos han encontrado los teatros de comedia.

Por eso es más de estimar lo hecho por Ramón Peña en Cervantes, pues ha tenido enfrente, además de todo lo apuntado, la situación pésima del teatro, al que no va la gente de Madrid ni con las localidades regaladas. Como autor, sacrificó una obra que fué un gran éxito, y que le daría mucho dinero el día en que Madrid la conozca, y como actor ha tenido la constancia de mantener una compañía a fuerza de talento y habilidad, y de hacer, en plena calle de la Corredera, un brillante abono aristocrático.

Se va Peña; se van los excelentes cantantes de la Zarzuela; se irán, dentro de unos días, la Leonís, Ortas, Galleguilo y sus compañeros; nos quedamos con las obras atrevidas de Martín y de La Latina, y con las populares de Novedades, por toda representación del arte lírico nacional.

¿Será que lo tendremos merecido? Menos mal que el año que viene, entre los concursos abiertos por la Sociedad de Autores, y los propósitos de varios empresarios, parece que será otra cosa. Y si no fuera así, ¿volveríamos a echar al público la culpa de todo?

G. FERNANDEZ SHAW

De nuestra colaboración

Madrid teatral

Cántabros y romanos.—«Ehora» y su triunfo sobre la escena.—En Eslava: una tragedia demasiado popular.—«La Africana» de Lázaro y la consagración de un tenor.—Otra obra del Sr. Muñoz Seca: «Tirios y Troyanos».—La revista «¡Qué te crees tú eso!», en el Cómico.—Por otros teatros.—La reaparición de Raquel Meller, en Maravillas

Madrid 15 enero de 1922.

El poeta Marquina nos ha ofrecido con su tragedia *Ehora* una visión de la España antigua, en los primeros tiempos de la dominación romana. El estro del autor de *En Flandes se ha puesto el sol* ha vuelto a triunfar, haciendo elevar nuestro pensamiento a regiones que, por desdicha, parecían desterradas de la escena española. Puede oponerse a la obra del señor Marquina algunos reparos, tales como la época justa en que se desenvuelve la acción y algunos trozos de métrica moderna, que no parecen de la misma inspiración que otros rotundos, de clásico abolengo, de la misma obra; pero una y otra cosa pueden darse por bien empleadas, ante el conjunto artístico y noble de la última producción del señor Marquina, que puede ostentar, sin mengua para el género, el alto calificativo de tragedia.

Supone el autor la acción de su obra en la época del Emperador Trajano, y funda el argumento en el ansia de libertad que tenían los pueblos cántabros, pobladores de España, sometidos al poder de Roma. La obra es eso: la lucha de los pueblos bárbaros contra la opresión romana. Si tenemos en cuenta que bajo el Imperio de Trajano ya estaba la Península pacificada, y que tales luchas fueron posteriores, se advertirá el error del poeta, que encontramos disculpable por el natural deseo de dar en una sola obra una visión de conjunto de todo aquel épico período que llena el principio de nuestra historia.

La romana Licia Licinia, mujer de un Príncipe cántabro, hace traición a éste y a todo el pueblo indígena, pactando con el pretor Máximo Guadiano la entrega del ejército cántabro. Se realiza el acto; el viejo Rey Turmo se suicida; su hijo el Príncipe muere también, y queda solamente la Reina Ehora, que jura vengarse de la traidora romana.

Ehora ha educado para hacerle gaudillo de los cántabros, a Ansonio, hijo de Licia, y ella descubre al pretor, que se ha casado con ésta, les devaneos a que se entrega la caprichosa romana. Máximo Guadiano rechaza a la infiel, pero la venganza de Ehora no es completa, por que cuando llega el momento en que Ansonio, caudillo de los cántabros y vencedor de los romanos, puede hacer pagar a su madre la traición cometida contra los indígenas, el cariño filial se sobrepone al deseo vengador.

En toda la obra, oída con creciente interés, hay conceptos e imágenes de gran valor. De los parámetros, el canto al Ebro, de verdadera grandeza de pensamiento, se destaca por su brío y su majestad, María Guerrero supo darle expresión, siendo poeta y actriz ovacionados.

Ehora tiene en la gran trágica española una afortunadísima intérprete. Díaz de Mendoza y su hijo Fernando, la señora Díaz de Artigas y la señorita Hermosa, compartieron con ella y con el autor el acierto y el aplauso.

Otra tragedia, aunque llamada popular, ha merecido la atención del público madrileño: la tan anunciada *Santa Isabel de Ceres*, del señor Vidal y Planas, que había obtenido ruidosos éxitos en otros escenarios españoles. Como demostración del arte de «hacer teatro» de un dramaturgo, es una indiscutible promesa; como prueba del talento de un escritor, es una realidad incontestable; como orientación artística, es una reprochable equivocación.

Me explicaré. En el teatro, en efecto, deben haber todas las tendencias y todas las opiniones, pero siempre que dominen el buen gusto y el respeto al público. Y una y otra cosa pueden existir, pero no dominar desde el momento en que se ofrecen en la escena lugares de acción abyectos, ambientes corrompidos por los más bajos vicios y lenguajes, que, a fuerza de ser real, es inadmisibles. Dirá el autor que sin poner los personajes de su tragedia en un marco de tan triste realidad, no habría modo de desenvolver su conflicto dramático. Acaso tenga razón y sea yo el equivocado, puesto que el mismo público, que podía considerarse ofendido, ha sancionado con sus aplausos esos ambientes y esos tipos. Pero, ¿es lícito halagar sentimientos populares de esa categoría? Y, sobre todo, un hombre de las condiciones del señor Vidal y Planas, ¿ha debido dedicar su talento a una obra que, si da dinero, cree la gente que se debe a su índole atrevida y no a los méritos del dramaturgo? En el curso de la tragedia hay tantas frases felices, tantos pensamientos bonitos y tantos rasgos que pudiéramos llamar geniales, que da pena que se hayan empleado en tejer una trama de tan baja estofa.

La idea capital de la obra es una idea de redención. El autor sale a la defensa de las pobres víctimas del

amor sin alma, y pide para ellas compasión. Hasta ahí, el pensamiento no solo es admisible, sino digno del mayor encomio. Pero luego quiere poco menos que santificar a tales víctimas, y eso ya sí que es pasarse de la raya. Y como ya es ficticio y rebuscado, el público se interesa menos al final de la obra, y, en vez de quedar con la impresión del deber de redimir a esas mujeres desgraciadas, queda en la sensación del ambiente malsano que ha estado respirando durante toda la representación.

Los tres primeros actos de la obra gustaron bastante más que los dos últimos. La notable compañía de Eslava, puesta a prueba de flexibilidad esta temporada, dio a la interpretación de *Santa Isabel de Ceres* el matiz más apropiado posible.

En el teatro del Centro terminó Borrás, que a estas horas estará actuando en Valencia, y comenzó a actuar la compañía Alba-Bonafé. Borrás representó *Buena gente* en la noche de su beneficio, y cuantos no le habíamos visto encarnar—el tipo del avaro señor Bautista—uno de los mejor concebidos por Rusínjel, tuvimos un nuevo motivo de admiración hacia el gran actor catalán.

La Alba y Bonafé, con los mismos compañeros que les acompañaban el año pasado, se han presentado con la comedia de los señores Alvarez Quintero, *Ramo de locura*. Parece que traen en cartera estranos de fuerza. Si es así, pueden hacer, a pesar de la crisis teatral, un bonito negocio, pues ambos artistas son en Madrid aplaudidísimos.

El Real ha vuelto a sus noches de brillantez de otros tiempos con los triunfos de Lázaro. Después de *Aida* y de *Tosca*, nos ha sorprendido con *La Africana*, y si la ópera de Meyerbeer pareció al público que había envejecido, de un modo considerable, la voz de Lázaro produjo en él ¡Oh, paradiso! tal entusiasmo, que desde ese momento ha dejado el tenor español de ser discutido, para ser considerado como una de las más sobresalientes eminencias del teatro lírico contemporáneo.

Cantar siempre con Lázaro y obtener siempre éxitos parecidos a los suyos, es empresa que solo una seprano de los méritos de Ofelia Nieto puede realizar satisfactorio. Y no deja de ser satisfactorio que los dos artistas que hoy son ídolos de nuestro público del Real, hayan tenido por cuna esta España, que nosotros somos los que menos sabemos apreciar.

En el Coliseo Imperial, Fernando Fresno ha estrenado, para alternar con las representaciones de *El Tercio Extranjero*, de Casajuana, una comedia cómica de los señores Muñoz Seca y Pérez Fernández, que lleva por título *Tirios y Troyanos*. La obra es muy graciosa; pero más que al género *astrakán*, en el que es rey el retruécano, parece pertenecer a aquel otro de hace dos años de las comedias de enredo, en las que triunfa el equívoco. El enredo de este juguete cómico en tres actos está a base de dos familias: la de los Tirios y la de los Troyanos, y los incidentes que se producen por motivos a que no son ajenas las faldas, hacen pasar al público un rato de risa franca. Claro que la obra está plagada de chistes, porque para algo la firman los señores Muñoz Seca y Pérez Fernández, pero no son aquéllos sino el complemento de las situaciones, muy hábilmente dispuestas.

Otros estrenos ha habido en el Cómico: el de la revista *¡Qué te crees tú eso!*, que nos ha probado que a los señores Linares Becerra y Burgos—abastecedores del mayor de melodramas policíacos,—no se les ha olvidado escribir obras cómicas y alegres. Su revista es una divertida exposición de cuadros populares y un continuado desfile de tipos, si no nuevos, arrancados del pueblo. Loreto Prado y Enrique Chicote tienen papeles de lucimiento.

La obra se aplaudió, y con ambos artistas compartió los elogios del auditorio el resto de la modesta compañía del Cómico.

En los demás teatros nada nuevo ha ocurrido. De Apelo se habla mucho; de disgusto, de planes, de si podrá o no podrá actuar, mientras que la compañía de Ortas esté fuera, la de Dionisia Lohera. Cervantes se abrirá pronto con una compañía de comedia, y Lara anuncia un estreno, del que ya hablaré...

Lo único positivo, por lo pronto, es que Raquel Meller, en Maravillas, con unos precios muy elevados, llena todas las tardes y las noches el teatro del emprendedor Campaña, que no ha tenido inconveniente, según un periódico, en firmarle por contrato de cuarenta funciones por quince mil duros.

Raquel parece más artista, si es que nunca. Y el público, que siente por ella idolatría, no le regatea, ni su dinero para verla, ni sus aclamaciones para expresarle su admiración.

G. FERNANDEZ SHAW

De nuestra colaboración

Madrid teatral

Una obra poética de importancia: «La dama del arriño», del Sr. Fernández Ardavin.—Toledo y el Greco.—El argumento del nuevo drama.—«Los pescadores», en el Español. El homenaje a Loreto Prado y Enrique Chicote.—Los actores de la popularidad y de la estimación artística.—«El oficial de guardia», en Lara.—¡Circo en la Zarzuela!

Madrid 25 enero.

Toledo y el Greco. Intimamente unidos aparecen el ambiente toledano del siglo XVI y la figura del gran artista cretense, en el drama en verso *La dama del arriño*, estrenado anoche, con entusiasta acogida, en el teatro de la Princesa.

Con esta obra, el señor Fernández Ardavin ha dado el gran paso que necesitaba en su carrera dramática. Como poeta había merecido ya, desde hace años, la admiración de los amantes de estas cosas. Como autor, solo se nos había mostrado hasta ahora como libretista de obras líricas de positivo mérito, pero en las que siempre el libro, ofreciendo situaciones musicales, tiene que estar supeditado a la partitura. Y así, tanto *El señor Pandolfo*, como *Balada de Carnaval*, reflejan un espíritu culto e inspirado, que sabe sentir las situaciones líricas y experimenta el anhelo de llevar a la escena, siempre, una ráfaga de buen gusto.

La dama del arriño es, pues, la primera producción dramática en que vemos al señor Fernández Ardavin como único creador y responsable. Justo es adelantar que el éxito fué grande y que la obra es un nuevo avance en el camino para llegar al renacimiento del teatro poético en España.

La juventud del señor Fernández Ardavin le ha llevado a acometer una empresa de grandes aspiraciones; su condición de inspiradísimo poeta ha hecho que la riqueza y sugestión de la forma triunfe sobre el conflicto dramático; por eso el entusiasmo del público se desbordó anoche, especialmente, al finalizar los bellísimos parlamentos que esmaltan al drama.

La dama del arriño—título del famoso cuadro del Greco—tiene cuatro actos, que su autor tituló *Juventud, Amor, Muerte y Eucaristía*. La acción de la obra se desarrolla, como queda dicho, en Toledo, en 1586. Para su argumento da el poeta por comprobado que la señora tomada por modelo por el Greco para su cuadro fué su hija Catalina; hecho no dudado aún por los modernos biógrafos de Doménico Theotocopuli. En realidad, no habría obra—y sobre todo, obra buena,—no admitiendo esa suposición.

Catalina, la hija del Greco, que ha aceptado homenajes del discípulo predilecto de éste, Luis Tristán, está enamorada del judío Samuel, maravilloso orfebre, que en el barrio de la judería (primer acto) dedica a Catalina sus más tiernos madrigales.

Después el judío pronuncia conceptos que varios obreros suyos, cristianos, consideran heréticos, y por los cuales lo denuncian a los tribunales.

El segundo acto es en la casa del Greco, adonde ha acudido Samuel para vender unas joyas. Allí reanuda su plática amorosa con Catalina y allí es sorprendido por la llegada de la justicia que acude en su busca; pero la muchacha le oculta en su cámara, exponiendo por su amor, su honra.

La muerte, sin embargo, acecha en las sombras. Samuel es al fin capturado y condenado a la última pena por hereje. Se presiente la tragedia en la calle (tercer acto), y llega a saberse que en la plaza inmediata se está levantando un tablado. Pero la intervención del famoso trinitario Fray Hortensio Paravicino, gran amigo del Greco, y los esfuerzos de Catalina, consiguen convencer al inquisidor mayor, y Samuel es perdonado.

El último acto es todo contento. Es el jubiloso día del Corpus. Samuel, converso, es recibido como esposo de Catalina, en la casa del Greco. Pasa la procesión del Corpus Christi, con toda su pompa, y Samuel cae de rodillas, proclamando su nueva fe. Solo hay una nota fríste en este cuadro optimista y reconfortador: la morisca Tarifa, antigua enamorada de Samuel, por quien se ha sacrificado en numerosas ocasiones, no puede resistir a la contemplación de la felicidad de Catalina, su rival. Y poco antes del paso de la procesión se suicida.

Esta es la trama tejida sobre el fondo admirable de Toledo y el Greco. Ambos elementos parecen a primera vista lo accesorio, y son, no obstante, lo principal. En todo momento flota en el ambiente del drama ese espíritu, medio místico, medio oriental, que caracteriza la obra del Greco. Y en todo instante la evocación de aquella época en la ciudad del Tajo, domina sobre los parlamentos y las acciones.

Los trozos aislados que más gustaron fueron la semblanza que de sí mismo hace el Greco; la descripción del Corpus en Toledo, en boca de Catalina; la plegaria de ésta, y la teclura de una carta. Estos cuatro parlamentos, de versificación magnífica, fueron con justicia ovacionados.

La interpretación fué digna de la Princesa y del drama. María Gue-

rrero dió al papel secundario de Tarifa importancia primordial con su talento y su autoridad. Fernando Díaz de Mendoza encarnó con acierto admirable la figura del pintor cretense, diciendo los versos del segundo acto con verdadera maestría; la señora Díaz de Artigas, en la protagonista; Fernando Mendoza, jo; González Marín, Mariano Díaz de Mendoza y Juste, hallaron también en la medida de sus papeles respectivos varias ocasiones de lucimiento.

La presentación de *La dama del arriño* fué, como siempre en aquella casa: ajustada a la verdad histórica y sin omitir detalle alguno de riqueza o de arte, en cuántas ocasiones la obra lo requiere.

Otra obra en verso que merece, si no un elogio tan apasionado, un estímulo evidente para su autor, es el drama *Los pescadores*, original del señor Mac Kinley, estrenado por la compañía de Ricardo Calvo en el teatro Español. Bellas imágenes poéticas, algo difusas; una acción interesante que acaba en tragedia, una sensación de rusticidad primitiva y acaso—como han indicado algunos críticos—un poco de influencia del teatro de D'Annunzio, son las características principales de este afortunado ensayo de gran obra; de esa obra, fruto de experiencia teatral en quien tiene condiciones, que el señor Mac Kinley no tardará en brindarnos, para satisfacción de los que creemos que la forma poética no está llamada a desaparecer, y mucho menos en España. La señora Moragas, el señor Calvo y los demás artistas del Español participaron, con el autor, de éxito de *Los pescadores*.

El suceso teatral más saliente de los últimos días ha sido—aparte de los descritos—el homenaje tributado a Enrique Chicote y Loreto Prado, con motivo de sus bodas de plata con la escena. La función que en su honor, se celebró la otra tarde en el teatro de Apolo fué, por todos conceptos, brillante, y sirvió para que el público de Madrid evidenciara a los popularísimos artistas el cariño que les profesa y la simpatía con que siempre los ve.

A propósito de este homenaje ha recordado el ilustre *Andrenio* que allá por el año 1890 conoció en el Palacio de Altamira a las señoritas de Prado (Loreto y Araceli), hijas de un funcionario público, que, al morir, dejó a sus hijas, por toda herencia, unas excelentes cualida-

des para el arte teatral. A las reuniones de casa de Altamira acudían las señoritas de Prado, y allí representaban las escenas más en boga de las obras más aplaudidas en los teatros. Años después, Loreto Prado, arrastrada por vocación irresistible, aparecía como actriz de precocidad de género chico en el teatro de la Infantil, que más tarde había de llamarse teatro Romea. Su fama creció pronto; aquella artista pequeña y nerviosa, que hacía reír y llorar a su antojo, que poseía una intuición extraordinaria y el maravilloso don de la simpatía comunicativa, fué en seguida unánimemente admirada por todo Madrid. Con Chicote, ya conocido como actor de gracia natural, se asoció artísticamente algo más tarde; y desde entonces, la pareja artística, encarnando tipos que han dado la vuelta a España y obteniendo triunfos siempre ruidosos, ha sido como algo inherente a la vida madrileña. Madrid sin Loreto y Chicote no podía concebirse. *Los chicos de la escuela*, *Los granujas*, *Las estrellas*, *Alma de Dios*, *Los perros de presa*, *El pilluelo de París* y tantas otras obras en las que se entremezcla lo cómico con lo melodramático, forman el cuadro de honor estos artistas, como muy pocos populares. Tanto lo han sido, que ello ha perjudicado muchas veces a los autores, fiados, más de lo conveniente, en el arte de Loreto para el éxito de sus obras. Últimamente todas las producciones escritas para ellos parecían cortadas por el mismo patrón; y Loreto y Chicote, repitiendo tipos que han hecho ya en muy distintas formas, no han podido dar a su teatro la misma variedad que al principio.

Pocas artistas habrán merecido al mismo tiempo la alta consideración de la crítica y la admiración popular en la medida que Loreto Prado. Por eso esta actriz, que puede llamarse trágica, ha podido advertir ahora que en el homenaje a ella tributado ha habido, sobre todo, una nota: la unanimidad.

En Lara, don Joaquín Téllez de Sotomayor nos ha dado a conocer un juguete cómico, titulado *El oficial de guardia*, que obtuvo favorable acogida. No han faltado personas que lo han encontrado meril y anticuado; pero a esos enjuiciadores hemos de objetar que el señor Téllez de Sotomayor solo se ropuso—y lo consiguió—hacer una obra limpia y entretenida, sirviéndose de un gracioso episodio de cuartel. La gracia de la obra está en las situaciones, como en algunas obras de Vital Aza, que gustan siempre que se representan y que ararán mucho más que los grandes éxitos del moderno teatro cómico, a base del retruécano. La compañía de Lara hizo la obra muy bien.

Mañana se presenta en el mismo teatro Lola Membrives. Hoy se ensena en el Infanta Isabel una comedia extranjera. Lázaro ha obtenido un nuevo triunfo con *Rigoletto*, en el Real.

Y... nada más. ¡Ah, sí! En la Zarzuela comienza esta noche la temporada de circo. ¡Todo sea por el renacimiento del arte lírico nacional.

G. FERNANDEZ SHAW.

10-2-922

Madrid teatral

Lola Membrives, en Lara.--De tiple de género chico a actriz de género grande.--La argentina más española.--Una excursión con don Jacinto Benavente, por América.--Otro tenor en el Real: después de Lázaro, Lauri Volpi.--Una «Carmen» bilingüe.--«¡Que no lo sepa Fernandal», logra un éxito de risa en el Infanta Isabel.--Otros estrenos: «San Pedro», «El cuarto de gallina» y «La Venus de Chamberí». Lo de Apolo

Madrid 5 de febrero de 1922.

El interés teatral de los últimos días, ha estado en la actuación de Lola Membrives en Lara. Aquella excelente tiple de género chico que hace más de quince años conocimos en el teatro de Apolo; que fué ídolo del público madrileño y que logró también legítimos triunfos en otras ciudades españolas--Valencia una de ellas--ha aparecido ahora, convertida en una primera actriz dramática de exquisito temperamento y de una fuerza de emoción realmente extraordinaria.

El recuerdo que de Lola Membrives se conservaba en Madrid, hizo que fuera muy numeroso el público que acudió, desde las primeras funciones, a Lara. Y pronto pudo la concurrencia convencerse de que la simpática artista argentina sigue tan identificada como antes con el alma española y con nuestro teatro nacional.

Fuó allá por los primeros años del siglo cuando la Membrives, que entonces era muy joven, vino a España, conquistando en poco tiempo uno de los primeros puestos en el teatro de Apolo. Eran los tiempos de la empresa Arregui y Aruej; aquellos en que, con razón, se comenzó a llamar al teatro de la calle de Alcalá la Catedral del género chico. Artistas de verdadera fibra dramática como Joaquina, Isabel Brú y Matilde Pretel, habían dado a las obras que estrenaron interpretaciones que se recordarán siempre en Madrid con admiración. Llegó Lola Membrives, y el público vió en ella una tiple más de alma, con voz cálida, con temperamento. Estrenó muchas obras, obteniendo constantes éxitos; se casó con un buen barítono español, Juan Reforzó, y así, argentina por nacimiento y española por adopción, esta artista gozó de popularidad y de simpatía. Hace unos diez años se alejó de Madrid; una de las últimas obras que aquí estrenó fué la zarzuela *El pretendiente*, libro de don Miguel Echegaray, con música de Vives. Marchó a la Argentina, en donde continuó cultivando el mismo género, y allí, un buen día, comprendió que ella tenía condiciones de verdadera actriz. Y se dedicó a la comedia.

Hemos de hacerle la justicia de reconocer que así como otras actrices argentinas--la ilustre Camila Quiroga entre ellas--se han dedicado casi exclusivamente a la producción nacional, la Membrives cultivó desde el primer momento el repertorio español, contribuyendo a su difusión y siendo una eficaz colaboradora de los autores en los éxitos de las obras. Siendo, sin embargo, la nota dramática la que más sinceramente sentía, mostró sus preferencias por el teatro de Galdós, de Benavente y de otros dramaturgos, hacia los que tiene verdadera veneración.

Y ya en la plena posesión de su arte, con un prestigio y una posición conquistados, con laureles bien obtenidos y con ilusiones bien fundadas, para España ha venido de nuevo, con un doble objeto: el de mostrarnos su último matiz artístico, y el de iniciar en la Península, con don Jacinto Benavente, la gran excursión que ella y su compañía se proponen realizar por América, representando, con asistencia de su autor, las obras principales de nuestro insigne--y desde hace un par de años--dramaturgo.

Importante es la empresa que la Membrives y los suyos proyectan: mas, a juzgar por los preparativos, no puede presentarse bajo auspicios mejores.

Por lo pronto, Lola Membrives, al presentarse en Lara con la difícil y compleja comedia *El mal que nos hacen*, ha probado que siente y comprende los personajes benaventianos extraordinariamente bien. Su interpretación de la protagonista de esta obra no desmerece de la ofrecida por Margarita Xirgu.

Pero la Membrives no ha podido olvidarse por completo de que ha sido una notable tiple, y como conserva voz y tiene muy buen gusto para cantar, cuando termina la representación de la comedia brinda a la encantada concurrencia una colección de canciones argentinas y españolas, a las que da notabilísima interpretación. Las argentinas

son coplas populares que encierran o dejan adivinar pequeños argumentos, unas veces graciosos, otras picarescos, algunas sentimentales, y no pocas dramáticos. Y la artista, que en todo momento surge, sabe destacarlos con tal donosura o con tal emoción, que hay momentos en que no se sabe si admirar más a la actriz de *El mal que nos hacen* o a la *coupletista*--valga la palabra--de *El pálico del Colón* y otras deliciosas canciones.

En el Real terminó su contrato Hipólito Lázaro, entre nuevas aclamaciones. Las más efusivas, sin duda, de las que ha alcanzado en Madrid, las obtuvo en la noche de la función a beneficio de los soldados madrileños. Aquel día, el entusiasmo del público rayó en el delirio. Cantó *Favorita* y *Africana* (un acto de cada una), y después varios fragmentos de *Marina*, la ópera con que él se dió a conocer, hace diez o doce años, en un teatro del Parnelo, de Barcelona. En la famosa *Costas las de Levante...* llegó la ovación a su punto culminante. Ahora tenemos en el Real a otro *divo*: el tenor Lauri Volpi, que ya el año pasado fué consagrado como primera figura. Debutó con *Tosca*, y fué aplaudidísimo. Lauri Volpi, cantante de voz preciosa, pertenece más a la escuela de Schippa y Anselmi que a la de Lázaro. Este es más fuerte de voz, más amplio, más grande; aquel, más delicado, acaso más selecto. Y la última novedad del Real ha sido una representación de *Carmen*, la ópera francesa, de ambiente español, de Bizet, cantada por la Besanzoni y las segundas partes en italiano, y por el gran tenor Kirchoff--el héroe de la Tetralogía wagneriana--en alemán. *Carmen* obtuvo una excelente interpretación, pero no dejaba de resultar raro oír, en la escena de nuestro primer teatro, a unos personajes que quieren ser muy españoles, expresarse en dos idiomas extranjeros, ninguno de los cuales es siquiera el del autor de la obra.

El Infanta Isabel, que va ya por cerca de la centésima representación de *La prisa*, ha reforzado su cartel con una obra graciosísima de positivo resultado. Es un *vodevil* francés titulado *La dame du Cinema*, que los señores Gutiérrez Roig y Luis de los Ríos--razón social que se ha acreditado mucho en estos últimos años--han adaptado al castellano con la denominación de *¡Que no lo sepa Fernanda!* Obra de entredo y de situaciones, que los adaptadores han salpicado con chistes de su propia cosecha, tiene, si no la fuerza de *El orgullo de Albacete*, la de *Lluvia de hijos*, *El verdugo de Sevilla* y otros grandes éxitos cómicos. La flexibilidad de talento de la señorita Moneró, la gracia natural de Atarcón y el buen deseo de toda la compañía dan al juguete el relieve y la animación que necesita para tener a la gente en constante hilaridad.

En Cervantes, la compañía de Rafael Ramírez ha estrenado una comedia en dos actos, mezcla de sentimental y de cómica, titulada *San Pedro*, original de don José Ramos Martín, uno de los autores jóvenes que más están produciendo este año. *San Pedro* es un portero de casa grande, a quien le gustan las mujeres del prójimo más que la propia. Al final, como es lógico, paga cara su afición. El primer acto, que es más de sainete que de comedia, logró ya el éxito, que se mantuvo luego en el segundo. Ramírez, Rafaela Las Heras y Montenegro sobresalieron en la interpretación de la obra.

Ramírez Sierra ha renovado su espectáculo para niños con un nuevo episodio titulado *Viaje al país de los animales*. El popular *Pinochó*, entre animales de cuentos de hadas, hace unas travesuras que alternan con la proyección de una película de *Aladino o la lámpara maravillosa*.

El cuarto de Gallina es el título del juguete cómico de los señores Paso (hijo) y Dicenta (hijo), estrenado en el Coliseo Imperial. Supondrán ustodes que Gallina es un señor que alquila su cuarto, y que en él pasan una porción de cosas. Pero como los laúces tienen gracia y cierta originalidad, y como Fresno y los

suyos están muy acertados, la gente de de buena fe y pasa un buen rato, que es lo que se propusieron los autores.

También ha habido estreno en Martín, teatro especializado en el género subido de color. La obra nueva es *La Venus de Chamberí*, y sus confeccionadores, don Fernando Luque y los maestros Soubillo y Veri. Gustó mucho, aunque lo mejor de la obra--la parte sainetesca y de gracia más fina--fué lo menos apreciado. De la música, agradable, se repitieron algunos números.

En Apolo preparan para muy pronto el estreno de *La Alsaciana*, que ahora aplaude el público valenciano. También ensayan una nueva zarzuela de los señores Muñoz Seca y Pérez Fernández con música del maestro Guerrero. Se habla de una avenencia en el pleito entre el nuevo propietario del teatro, señor Vetasco, y el señor Vila. De ser así, en septiembre, Apolo, reformado, comenzará una nueva etapa en su vida. Se remozaría... ¡que buena falta le hace!

G. FERNANDEZ SHAW

Madrid teatral

Ante las representaciones, en la Princesa, de madame Pierat y de M. Lagnard Poé.—El teatro moderno francés y España.—«La tizona», interpretada por Calvo.—Resurrección de «El sombrero de copa».—El éxito de «La Alsaciana» en Madrid.—En el Cómico: una frase popular, en dos revistas.—«Los diablos azules», aparecen en Novedades.—«¡Ay! ¿Que tendrá mi marido?».—Todo es música

Madrid 15 febrero.

La ilustre «sociétaire» de la «Comédie Française», de París; la que heredó el arte de la Rejane y el puesto de la Bartet, se presentará mañana, por vez primera, ante el público madrileño, en el teatro de la Princesa. Viene al frente de una compañía—que dicen que es excelente, y hora es ya de que las grandes figuras del teatro francés no traigan a España elencos mediores,—en la cual figura como primer actor M. Lagnard Poé.

Para ver y admirar a ambos artistas hay verdadero interés en el público aficionado de Madrid. Y digo «aficionado», porque, por desdicha, es solo una minoría de nuestro público la que sigue con atención las elevadas manifestaciones artísticas del extranjero. Para muchos ha sido, poco menos que una revelación, el nombre de madame Pierat. «¿Cómo se llama esa gran actriz que dicen que va a venir?»—preguntaba el otro día una persona que blasona de culta. Y es que, aparte de Sarah Bernhardt, de la Rejane, de La Bary y de alguno más, nos son aquí, en general, completamente desconocidos los principales actores franceses contemporáneos. Madame Pierat, por ejemplo, la desconocida de ese culto madrileño, fué aquella deliciosa actriz que adquirió relieve de primera figura representando *Les Marionnettes*, de Pierre Wolf, y que consiguió su consagración al interpretar prodigiosamente la protagonista de *La marche nuptial*, de Bataille; ha sido la heroína, últimamente, de numerosas obras clásicas y románticas francesas, y ha logrado su mayor éxito con un drama, que mañana se estrenará en Madrid, concebido por ella—claro está que en su esencia,—y desarrollado por el poeta Paul Geráidy, uno de los más significados representantes de la juventud francesa que triunfa. *Atmer* se titula el drama, y en él parece concretarse todo el arte de madame Pierat.

En cuanto a su ilustre compañero Lagnard Poé, su labor, encaminada siempre a dar al teatro la mayor altura, le hace acreedor a la consideración y la simpatía de todos los públicos.

En el Español hemos tenido una docena de brillantes representaciones de *La tizona*, cuyo protagonista no habíamos visto encarnado hasta ahora en Ricardo Calvo. Y si la sensación de fuerza que daban Borrás y Morano, pierde en esta nueva versión, la armonía de los rotundos y bien contruidos versos puestos en boca de don Lope, adquiera sonoridades y bellezas nuevas, de indudable y acariciador encanto. Para alternar con *La tizona*, ha desempeñado la dirección del teatro municipal *El sombrero de copa*; aquella comedia, fina y graciosa, de don Vital Aza, que nos habla de un largo período que parece lejano y está aún muy cerca, en que los autores y los públicos iban a los teatros con absoluta buena fe.

Entonces se produjeron muchas obras de verdadero ingenio, que a los auditorios de hoy parecen candorosas, no sé si porque, en efecto lo son, o porque el gusto está estragado con las truculencias y con las astracanadas que hoy privan sobre la escena. Fernando Porredón tuvo el buen gusto de elegir *El sombrero de copa* para la noche de su beneficio, y el público—que, entre paréntesis, rió de buena gana,—le premió con sus efusivos aplausos.

En Apolo hubo anoche éxito grande, y lo obtuvo *La alsaciana*, que ya ha aplaudido el público valenciano. El triunfo de la obra en Valencia y en Barcelona. Así, al menos, lo aseguraban ayer varias personas que habían presenciado éste y aquellos estrenos. De lo que no cabe duda es de que el maestro Guerrero, ante la crítica y el público de Madrid, ha conseguido lo que desde hace mucho tiempo perseguía: un éxito definitivo, en una obra verdaderamente lírica y en uno de los principales teatros de España. Y véase cómo Apolo, que tan desastrosa campaña viene haciendo desde septiembre, encuentra la obra de dinero por que suspiraba, cuando ya está comprometida la compañía para marchar a Zaragoza. Claro que ahora se puede asegurar que volverá pronto, si la nueva zarzuela, ya en ensayo, de Muñoz Seca y Pérez Fernández, pegase también, aún podría el señor Vila, con ella y con *La alsaciana*, quitarse un poco del mal sabor de boca que le iría quedando de esta temporada.

Volviendo a la zarzuela de Pepe Ramos Martín y Guerrero, diré que la sencilla fábula ideada por el primero, agradó sin reservas desde el principio, y que, de la música, se repitieron con entusiasmo varios números, y algunos se cantaron tres veces. Como la obra es más conocida ahí que aquí, no voy a referir el argumento ni a describir su

ambiente. Si he de decir que la gente salió encantada, por haberlo pasado muy bien, asistiendo a un espectáculo artístico, y que el nombre del maestro Guerrero se cotizaba muy alto.

De los intérpretes mereció el primer lugar la señora Rossy, cuya figura y cuya voz se hermanan con un temperamento de actriz. Para ella fueron los principales aplausos tributados a la interpretación. Galleguito estuvo muy gracioso, y el barítono Santos salió airoso de su cometido. Los demás, en sus papeles secundarios, no desentonaron siempre.

La alsaciana no fué presentada con el cuidado escénico que sus bellezas merecían; aún así dará en Madrid, juzgando por lo ocurrido anoche, muchas buenas entradas.

Estava estrenará hoy una obra cómica en tres actos, titulada *Manolito Pamplinas*, y el Infanta Isabel, el Rey Alfonso, la Comedia y Lara siguen defendiéndose con sus últimos estrenos o con repertorio.

Las compañías de género chico tienen menos aguante. Loreto y Cócote, que han acostumbrado a su público a darle un estreno cada quince días, no cesan de renovar el cartel; lo cual habla mucho en pro de la laboriosidad de estos dos infatigables artistas. El mes pasado la revista *¡Que te crees tú eso!*, original de don Luis Linares Becerra y don Javier de Burgos, con música de los maestros Quisilant y Badía, alcanzó un legítimo éxito. Los números alegres e inspirados y las escenas graciosas que acentúan a intercalar en la sutil trama de la revista, regocijaron tanto a los habituales del Cómico, que la obra dió dinero.

Animada la empresa y animados los autores por tan feliz resultado, pensaron que la revista tenía una segunda parte, cuyo título completaba el popular dicho madrileño comenzado en el de aquélla. Y... (nunca más propiamente dicho), pusieron manos a la obra. Anteanoche, en efecto, se estrenó *¡Pero que no es eso!*, que es otro conjunto de escenas y números, y que valió nueve aplausos del cada día menos respetable.

Vale menos esta segunda parte, pero, aún así, cumplirá su cometido, que no es otro que el de dar tiempo a que terminen los ensayos de otra nueva obra, también de los mismos autores, que lleva por título *Los tres mosqueteros*. Ahora que los principales cinematógrafos están proyectando una excelente película del mismo título, en varios episodios—todavía Dumas triunfador,—y que Artagnan ha vuelto a ponerse de moda, llegan estos mosqueteros a la escena del Cómico con una indiscutible oportunidad.

En Novedades también hubo anoche estreno: el de una zarzuela dramática, hecha por el señor Soler, sobre el argumento de una novela francesa. La zarzuela se titula *Los diablos azules*, y, como podrá suponerse, estos diablos no son otros que unos enamoradizos soldados. En la acción van combinadas las notas cómica y dramática; aunque domina esta última. El público del barrio de la Latina celebró los lances graciosos y no se conmovió de nada por los trágicos. De todos modos, se dió por satisfecho y aplaudió al final. La música es del maestro Fuentes.

Y en el teatro de la Latina, por último, se estrenó un *vaudeville* francés, adaptado por los señores Mihura y González del Toro, con el título de *¡Ay! ¿Que tendrá mi marido?*, cuyas situaciones cómicas fueron muy reídas, y de cuyos números de música fueron repetidos tres o cuatro. En la interpretación se distinguen la señora Aracil y el señor Velasco.

Nada más se ha ofrecido ante nuestros ojos de curioso espectáculo. Novedades próximas hay varias, y entre ellas, el estreno, en el teatro del Centro, de *Los sucesos de Madrid*, original de don Maximiliano Clave, por la compañía de la Alba y Bonafé.

Se habla de que para la primavera próxima se prepara una buena temporada lírica en la Zarzuela; hay quien, cree, sin embargo, que todo eso no es más que música. Y no precisamente de Serrano, de ves, ni de Luna.

G. FERNANDEZ-SHAW.

De nuestra colaboración

MADRID TEATRAL

El arte de María Teresa Pierat.—Las distintas manifestaciones del teatro francés moderno.—Desde Dumas (hijo) a Paul Gerdaldy.—Obras y argumentos.—«Aimer» y su moral. En el Español: interesante reposición de una obra de Tirso de Molina.—El beneficio de Carmen Moragas.—«Manolito Pamplinas», triunfa en Eslava.—Éxito en Apolo de «El número 15».—«Los Tres Mosqueteros», en el Cómico.—Dos nuevos números de «El Príncipe Carnaval».—«Rirri», y otras novedades.—¡Llegaron las máscaras!

Madrid 24 de febrero, de 1922.

La serie de representaciones de madame Pierat en el teatro de la Princesa, nos ha demostrado la flexibilidad del talento de la exquisita actriz. De las obras representadas. *Les Marionettes*, de Pierre Wolff, es la que acaso ha gustado más, por ser obra más asequible a las predilecciones actuales de nuestro público; pero ello no quiere decir que el arte de María Teresa Pierat haya sido más estimado en esta obra que en las demás; los que hemos seguido las distintas interpretaciones de la gran artista francesa, hemos podido apreciar su mérito en conjunto y en detalle. En *Monna Vanna* la hemos visto dando a la dicción, al gesto y a la actitud, el mismo realce, y prestando a la figura una severa grandeza; en *Aimer* hemos admirado el temperamento femenino y delicado de esta mujer, que infunde vida y emoción a un psicológico personaje moderno; en *Amoreuse* la hemos encontrado adorablemente seductora—con esa seducción que es parte principalísima en el arte de las comediantes francesas;—en *La Princesse Georges* nos ha impresionado transmitiéndonos íntegros los efectos melodramáticos de la obra; en *La marcha nupcial* nos ha hecho asistir, con sensibilidad extraordinaria, al desengaño terrible de una mujer que equivocó su amor, y en *Les Marionettes*, por último, nos ha mostrado la transformación de un alma femenina todo ingenuidad, que, comenzando por aprender a flirtear, termina por despertar la pasión del hombre que se casó con ella sin quererla, solo por meras conveniencias sociales.

Como se ve, hace falta una gran flexibilidad de temperamento para poder encarnar todas estas heroínas tan distintas, compenetrándose con ellas en absoluto, como María Teresa Pierat hace. Y hé aquí la razón primera de su triunfo en todos los papeles. Actriz sincera y devota de su arte, sabe identificarse con los personajes de tal modo, que, cuando este, su carcajada brota espontánea y lezana, y cuando llora, las lágrimas acuden a sus ojos, y la emoción a su voz, con una sensación completa de realidad.

De las obras representadas por madame Pierat, solo eran novedades para nuestro público dos: *Aimer*, que era estreno, y *La Princesse Georges*, que hacía muchos años que no se representaba.

Amoreuse y *La marche nuptiale* han sido interpretadas no hace mucho por otras compañías extranjeras. Sus argumentos son fácilmente recordables. En la primera—considerada como la mejor obra de Porto Riche,—Germana llega a empatagar con su exceso de solicitud amorosa a su marido; tanto, que está, cansado, echa de menos su antigua vida inquieta en compañía irregular con una amigueta. No tiene al fin inconveniente en decirse a su mujer; y entonces, Germana, para vengarse, le traiciona con otro hombre. El marido, cuando se da cuenta del motivo de la traición, perdona, y el mutuo cariño vuelve a hacer felices a los esposos. En la segunda obra, Gracia de Plassanes, soñadora y romántica, que ha hecho del amor una religión, se ha fugado con un hombre tímido y vulgar, al que ha rodeado de todo su cariño y toda su ternura. Y cuando se da cuenta de que se ha equivocado y de que el hombre hacía quien de verdad se siente atraída es imposible ya para ella, se da castigo—obediendo a personalísimas ideas,—renunciando a la vida.

Otras dos obras, *Monna Vanna* y *Les Marionettes*, las conocíamos por haber sido traducidas al castellano, y representadas, aquélla, por la Guerrero y Mendoza, y ésta, por Morano y su compañía. *Monna Vanna*, el drama de Maeterlink que—respondiendo a una modalidad distinta de *La intrusa*, por ejemplo,—acusa vigorosamente el modo de hacer del autor, es el sacrificio de una mujer por salvar una ciudad (Pisa), y el rasgo posterior de la misma para librar de la muerte al hombre de quien se ha enamorado; todo ello, desarrollado sobre el fondo vistoso y atrayente de la época del Renacimiento en Italia. *Les Marionettes*, de Pierre Wolff, por el contrario, es obra eminentemente moderna. Roger, que se ha casado con Fernanda por imposición de su

madre, tiene para la esposa un no disimulado rencor. Fernanda, ingenua, no logra con sus procedimientos sencillos despertar en su marido la menor emoción. Pero luego, cuando advertida, comienza a flirtear y hace ver a Roger la posibilidad de no serle fiel, parece a los ojos de éste hasta hermosa, y el cariño vuelve a unir a los esposos. Como puede comprenderse, su argumento, menos libre y abreviado que los restantes, tenía que ser más del gusto del público español. Es obra toda de matiz, y en ella, madame Pierat hace una verdadera creación.

La Princesse Georges es la más antigua de las representadas, pues su autor, Alejandro Dumas (hijo), la estrenó en 1871. Es obra melodramática, con efectismos teatrales, propios de aquella época en que todo se sacrificaba al mecanismo teatral. Enterada la Princesa Jorge de que su marido piensa huir con una amiga suya, casada, se lo dice al esposo de ésta, y aun cuando inmediatamente se arrepiente de la delación, no puede ya detener al marido ultrajado. Por fortuna para ella, la víctima de la venganza resulta otro galanteador. Los tres actos están llenos de situaciones fuertes; es obra que se presta, como se ve, a otra clase de lucimiento para una artista.

Aimer, la obra nueva, original de Paul Gerdaldy, ofrece la particularidad de que en su acción solamente intervienen tres personajes, no saliendo la protagonista de escena durante la representación de la comedia. Es un alarde de autor y de actriz. Desde nuestro punto de vista católico, con una ley que impone a los cónyuges eterna fidelidad, *Aimer* no puede ser considerada como obra moral, y, por lo tanto, recomendable. En Francia, donde se practica el divorcio usualmente, la comedia de Paul Gerdaldy puede incluso estimarse como ejemplo de moralidad. Ese tipo de mujer que duda entre continuar siendo fiel a su esposo o abandonarle para casarse por otro hombre, y, al fin, opta por no dejarle al comprender que es de verdad el depositario de su cariño, representa un conflicto psicológico en el alma de una mujer honrada. Aquí, esas dudas en una mujer casada nos parecerían sencillamente reprobables, y formaríamos muy mal concepto de ella. Por eso *Aimer* es una obra que no se ha traducido al castellano, en la seguridad de que, traducida, no sería del agrado de nuestro público. Representada por la misma actriz que dió vida a la protagonista, y hablada en el idioma en que nació, el auditorio se pone, sin querer, más en situación, y comprende cosas que no dejaría pasar de otra manera.

M. Lugne Poe, el fundador del teatro de la obra, compañero ilustre de madame Pierat, nos ha probado, compartiendo con ella los aplausos y las atalanzas, que es un concienzudo autor y un escrupuloso director artístico. En el resto de la compañía hay artistas muy estimables, que forman un buen conjunto.

En el Español, Carmen Ruiz Moragas celebró su función de beneficio, resucitando la bella comedia de Tirso de Molina, *Marta la Piadosa*, que, sin ser una de las mejores obras de este famoso autor de nuestro teatro clásico, hace muy buen papel junto a otras célebres producciones suyas y de sus contemporáneos. Las mujeres de Tirso—tipos todos de una pieza, concebidos y realizados de mano maestra,—han sido inspiradoras de una porción de obras modernas. Esta Marta, que para impedir que sus padres la obliguen a un matrimonio de conveniencia, finge tener vocación religiosa, es encarnación de aquellas damas del siglo XVI, que, valiéndose de ardid y siendo astutas y aun valerosas, lograban desasirse de los lazos con que les sujetaba muchas veces la autoridad paterna, atenta a la codicia y al interés más que a los dictados del amor. Con variación de costumbres y de procedimientos, esta atracción del dinero prevalece en nuestra época; las Martas de hoy día—con excepciones que reconocemos,—no tienen que acudir a estratagemas más o menos ingeniosas para evitar matrimonios de interés. Son ellas las que tienen influencia sobre sus padres, y éstos, por regla general, no hacen

más que lo que sus hijas quieren.

La obra de fray Gabriel Téllez, rica en versificación, fecunda en donaires y hasta en juegos de palabras, que pudiéramos estimar como precursores de retruécanos de hoy, no desprovista de emoción y entretenida siempre, es una demostración más de lo muy injustamente que está olvidado nuestro teatro clásico. Fuera de media docena de obras—casi todas de Calderón,—no viven en nuestro repertorio actual tantas y tantas lindísimas comedias como han deleitado a nuestros abuelos. «¡Son aburridas!» dicen los que no las conocen; pero cuando una empresa se decidiera a montarlas con lujo y a entregar a personas de competencia sus adaptaciones... hasta negocio podía ser una campaña de arte clásico español.

La Moragas fué muy aplaudida en *Marta la Piadosa*.

En Eslava, don José María Granada logró el éxito que necesitaba para consolidar su reputación de autor. Comedia sainetesca eminentemente cómica, alcanza su principal objeto sin retorcimientos de frase; hace reír con naturalidad; por la fuerza de la situación y por las «recurrencias» del diálogo. El segundo acto, que era el más difícil de hacer—por ser su lugar de acción una sacristía,—es el que obtuvo más favorable acogida. *Manolito Pamplinas*, que así se titula la obra, asegura a Eslava y al señor Granada un bonito beneficio.

La compañía de Apolo, con un pie ya en el estribo para marchar a Zaragoza, estrenó anoche un sainete en seis cuadros (dos actos), titulado *El número 15*, original de los señores Muñoz Seca y Pérez Fernández, y el maestro Guerrero, a quienes hay que hacer la justicia de reconocer que han dado la obra, sacrificándola, a conciencia de que a las pocas representaciones habrán de ser éstas interrumpidas. El sainete obtuvo un gran éxito; tiene parte melodramática y parte muy cómica. *El número 15* es un hombre más bueno que el pan, con ideas bolcheviques, a quien le dan una broma, que consiste en enviarle una supuesta bomba para que la haga explotar en sitio determinado. Y el pobre hombre se pasa media obra sin atreverse a poner la bomba en ningún lado, por miedo a que haga daño a alguien. Luego resulta que la bomba es un reloj. Las ilustraciones musicales obtuvieron gran éxito; el número de la *Giralda* lo cantó la Leonís tres veces. En la interpretación se distinguieron ésta y Ortas, que está graciosísimo.

Los tres mosqueteros, en el Cómico, triunfaron, como era de esperar. Artagnán, encarnado en Loreto Prado, volvió a divertirnos con sus aventuras. En el Reina Victoria, los dos nuevos números puestos a *El Príncipe Carnaval*, constituyeron dos clamorosos éxitos para el maestro Serrano y para la dirección artística del teatro. Uno es el de «Los caballeros blancos», y otro el de «Las perlas luminosas». Los dos tienen gran efecto, y seguramente no tardarán en ser conocidos en Valencia.

Rirri, comedia inglesa estrenada en el Rey Alfonso, gustó sin entusiasmar. Es obra simpática y entretenida. No apasiona, pero distrae. Acaso por eso esté dando buenas entradas.

Y en el Real, coincidiendo con la llegada de la carroza de Momo, se uliman los preparativos de la fantomina *Mascarada*. El Real, cultivando la actualidad, no es cosa que se ve todos los días.

G. FERNANDEZ SHAW

MADRID TEATRAL

Los acontecimientos de la decena.—El sorprendente y definitivo triunfo del tenor Fleta. «Almas brujas», en la Princesa.—Una obra de muñecos del Sr. Linares Rivas.—¿Dónde está la felicidad?—«El admirable Crichton», en Eslava.—Las jerarquías en la vida y en el teatro.—Un éxito del Sr. Muñoz Seca y otro del Sr. Pérez Fernández.—«El simpático García», en el Infanta Isabel.—Opereta en Apolo

Interesante ha sido la última decena teatral madrileña. Muchas novedades, y entre ellas, tres acontecimientos; no puede quejarse el exigente público de nuestros coliseos.

Los acontecimientos han sido: dos, de obras dramáticas—una española y otra extranjera,—y uno, de un gran artista nacional: el aragonés Fleta. Comenzaremos por hablar de éste, para examinar luego, aunque someramente, la tragicomedia del señor Linares Rivas, *Almas brujas*, y la comedia del autor es cocés Barrie, *El admirable Crichton*.

Fleta es un caso sorprendente de facultades y de sensibilidad artística. El éxito que ha logrado en el Real ha sido aún mayor que el de Hipólito Lázaro. Quizás haya influido en ello el hecho de que no venía impuesto por los norteamericanos, ni por nadie. Los sueltos de contaduría habían dicho mucho y bueno de él; pero ya sabemos todos hasta qué punto hace la gente caso de los sueltos de contaduría. Así, cuando la otra noche se presentó en el Real con *Carmen*—la obra en que recientemente había sido muy aplaudido el gran tenor Alemán Kirchoff,—fue una revelación; los espectadores, subyugados desde el primer momento por el torrente de voz de Fleta y por la cualidad de esa voz, comenzaron por mirarse unos a otros, sorprendidos, quedaron después suspensos de sus labios y rompieron, al terminar el primer número, en una ovación cerrada, que fue la primera de una larga serie de entusiastas aclamaciones. La versión que en realidad da este tenor del personaje de don José es seguramente la que soñó Bizet. Y es que Fleta, en plena juventud, llenó de entusiasmos y de ilusiones, con un porvenir brillantísimo, asegurado por excepcionales condiciones, tiene, además, alma de artista. Es un cantante, un extraordinario cantante, actor; y esto es tan raro, sobre todo, en tenores, que solo por eso bastaría para profetizarle, con garantía de acierto, una ilimitada sucesión de triunfos.

En *Tosca*, que es la segunda ópera que ha cantado, electrizó Fleta lo mismo a nuestro público. Y es tan cordial, tan simpático, luego de agradecer las efusivas muestras de admiración, tan llano, en una palabra, que en pocos días ha quedado convertido en un verdadero ídolo, para el que se está organizando ya el correspondiente banquete, que será presidido, según se dice, por el ministro de la Gobernación, como buen aragonés.

La temporada del regio coliseo está a punto de terminar; el balance de ella no puede ser más favorable a nuestros compatriotas, pues si se exceptúa al cuadro de artistas alemanes, a la Vix y la Besanzoni y a Lauri Volpi, todo el peso de ella, y por consiguiente toda su brillantez, ha corrido a cargo de artistas españoles, entre los que han desollado María Barrientos, Ofelia Nieto, Hipólito Lázaro y Miguel Fleta; cuatro ases, como ahora se dice, capaces de competir con ventaja con los mejores cantantes extranjeros.

Almas brujas, la nueva obra del señor Linares Rivas, estrenada con gran éxito en la Princesa, había despertado lógico interés. La personalidad del autor de *La garra*, en la actual dramática española, es tan definida, y sus aciertos han sido muchas veces tan rotundos, que

la gente espera siempre de él algo bueno. Y en honor a la verdad debe decirse que el señor Linares Rivas en raras ocasiones le decepciona, porque es un hombre que trabaja con fe, teniendo un exacto concepto de la conciencia artística. Podrá equivocarse en un argumento, e incluso en su desarrollo; pero siempre, en cualquier obra suya, hay un intento noble; afrontando vitales problemas humanos, y hay un derroche de ingenio fustigando vicios o lacras sociales.

En *Almas brujas* ha abordado el señor Linares Rivas la tragicomedia, único género que aún no había cultivado. Es la comedia de muñecos con su tragedia interior; es el problema de la felicidad en la vida llevado a la escena. No por vivir tenemos derecho a ser dichosos; y así, cuando no lo somos, nos revoltamos contra nosotros mismos, sintiendo haber sido creados. Tal es lo que les pasa a los muñecos de cartón y trapo de Maese Bartoloméu. La gran ilusión de éste sería dar vida a los marigotes de su teatro ambulante: a la preciosa María Deseada, al escapo Pasamontes, a todos, en fin. Quedase dormido, y entonces Maese Bartoloméu sueña. Sueña que es realidad su deseo; que ha infundido alma y movimiento a aquellos seres inanimados. Ellos conviven con él, y en ellos se desarrollan las mismas pasiones y los mismos enconos que entre los hombres. Y cuando Maese espera que va a encontrar la gratitud de unos y de otros, solo encuentra en ellos reproches y ataques por haberles hecho desgraciados creyéndolos. Únicamente María Deseada le defiende y disculpa por dictados de amor. Pero todo ha sido un sueño. Al despertar Bartoloméu, halla a sus muñecos como los dejó, y piensa que bien están como están, y no han menester para su felicidad de más componentes que sus trapos y sus cartones.

Como se comprenderá, dada la índole del asunto, el diálogo está todo él esmaltado de sutilezas y pensamientos más o menos filosóficos, a los que es tan aficionado el señor Linares Rivas. Los primores del diálogo tienen fuerza suficiente para que *Almas brujas* sea digna de verse; acaso el haberse recreado en tales primorosos parlamentos sea la causa de que la obra resulte en total más literaria que dramática. Cuando los personajes hablan mucho, aunque sea, para decir cosas bonitas, la acción decae, y algo de eso ocurre en las juiciosas e ingeniosas figuras de esta fábula.

Obra de gran altura intelectual, digna de los prestigios bien ganados de su autor—comedia que hace pensar y que recrea al mismo tiempo la mirada con el arte de su presentación,—tuvo su complemento en los intérpretes de la compañía de la Princesa, y especialmente en Fernando Díaz de Mendoza, protagonista sobrio y seguro. María Guerrero no tenía papel. De ellas se desfacó su sobrina, y de ellos su hijo Fernando—feliz encarnación de Pasamontes,—González Marín y Juste.

La concurrencia tributó a la obra y a la persona de su autor, el homenaje merecido de admiración y respeto.

De *El admirable Crichton*, vertido a la escena española por el señor Martínez Sierra, y estrenado en Eslava con precioso éxito, ya hablé el verano último con ocasión de su estreno en San Sebastián. Aquí la

obra ha sido mejor comprendida y más apreciada. El característico humor inglés, en el que Barrie, con Bernard Shaw, con Pinero y con algún otro maestro, campea en toda esta deliciosa producción, sanamente instructiva. Aquí no ocurre como en *Almas brujas*; aquí en la naturaleza, en la vida, está la fuente de la felicidad. Así, al menos, piensa Crichton, el etiquetero mayordomo de lord Loan—defensor en Londres de todos los rigorismos de las jerarquías,—que luego, al haber naufragado con su señor y con las hijas de éste en un mar lejano y haberse salvado en una isla abandonada, llega a ser, por ley de su talento y de su valer, el verdadero amo, hasta el punto de que Lady María, de quien llega a enamorarse, no tiene inconveniente en corresponderle. Pero eso allí, en plena naturaleza, transplantado al origen de las especies, dominando y ocupa el primer lugar el más apto, todo vuelve a cambiar cuando, merced al propio Crichton, son salvados los naufragos por un buque y trasladados a Londres. Allí torna Crichton a ser mayordomo y se convierten de nuevo en señores el lord y sus hijas. Lady María piensa en su matrimonio con un noble. Y entonces Crichton—que, siendo mayordomo español, hubiese tirado los pies por alto,—no sabe indignarse; comprende lo que son las conveniencias sociales, y británicamente resignado, acomete, seguro de su valer, una empresa industrial, acompañado por el dulce cariño de una criada que, sin él saberlo, le ha venido consagrando un amor noblemente sincero. La obra, sugeridora y sutil, fue escuchada con extraordinaria complacencia, siendo principalmente alabada la labor del señor Collado y las intervenciones de la señorita Santalucía.

No ha habido en esta decena obra nueva de la razón social Muñoz Seca-Pérez Fernández; pero en cambio se han estrenado dos comedias en tres actos, una de cada uno. Como se ve, estos dos prolíficos autores son incansables. La nueva obra del señor Muñoz Seca se titula *La señorita Angeles*, y ha sido dada a conocer por la compañía Alba-Bonafé, que actúa en el Centro. No es, como pudiera suponerse, un juguete cómico, aun cuando—sobre todo en su primera parte,—no le faltan chistes y situaciones graciosas. El señor Muñoz Seca ha pretendido otra cosa y ha abordado un tema serio, tan interesante, aunque tan delicado, como el de la redención de los pecadores por la sociedad moderna. El asunto está tratado con mucha teatralidad, y esa es la razón del gran éxito que la comedia obtuvo; pero si dramáticamente nada hay que oponerle, mirando a la realidad,—donde debe acabar toda ficción,—no puede admitirse su tesis. ¿Qué duda cabe de que es hermosa la idea del perdón y reintegración moral de quien se descarrió en la vida! Pero ¿no ofrecería peligro aconsejar a todos los hombres que perdonasen y ofraciesen sus nombres en matrimonio a cuantas pecadoras arrepentidas hallasen en su camino? De todas maneras, *La señorita Angeles* supone un legítimo triunfo para el señor Muñoz Seca. Irene Alba, Juan Bonafé, María Fernando Ladrón de Guevara y el que desde ayer es su marido, Juan Rivelles, dan a los principales personajes de la obra una acertada interpretación.

¡*Arriba los corazones!* la comedia nueva de don Pedro Pérez Fernández, creo que es ya conocida del público de Valencia. En el Español, hecha por la compañía de María Gómez, gustó mucho, riendo la gente el gracejo del diálogo e interesándose por el argumento. La misma compañía ha estrenado un acto de Torres del Alamo y Asenjo, titulado *El «as» de los novelistas*, que es un pasatiempo gracioso, en el que se evidencia una vez más el ingenio de sus autores.

Los del Infanta Isabel consiguieron un nuevo éxito con la nueva obra de don Pablo Parellada, *El simpático García*. Comedia placida, sin atrevimientos de ninguna clase y con las felices ocurrencias que han dado fama y dinero al «simpático» Melitón González, se mantendrá largo tiempo en el cartel de este teatro, uno de los predilectos del público en esta temporada.

La compañía de opereta del señor Bargués está realizando en Apolo una bonita temporada, aunque los resultados prácticos no sean aún todo lo que hay derecho a esperar. Los artistas, y sobre todo la Romo, Dionisia Lahera, Anselmo Fernández y Viñas, han producido el mejor efecto. *La holandesa* satisfizo mucho en la noche de su estreno, pero no ha interesado después. El público, que ve en esta compañía un valioso elemento, espera estrenos de obras de nuestros autores. Se habla de una opereta de Luna. Bienvenida sea, y mejor si no viene sola.

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.M.

29-III-922

De nuestra colaboración

MADRID TEATRAL

Benavente a América.—Su actitud con respecto al público español.—Propósitos de nuestro gran dramaturgo.—El «adiós» de Fleeta.—Exito de «La Corte de Luis XVIII», en la Comedia.—«Mimosa», en el Rey Alfonso.—Reaparición en Eslava de Catalina Bárcena. ¡Vuelta al trabajo!—Otra obra de Arniches en perspectiva.—La campaña de Concha Torres, en el Cómico

Madrid 25 de marzo de 1922.

Camino de América va don Jacinto Benavente; en Madrid ha sido objeto estos días de múltiples homenajes, que no han sido sino muestras de la admiración que nuestro público siente hacia el gran dramaturgo y de los deseos que tiene de que la excursión artística que ahora emprende le sea provechosa por todos conceptos. No es ésta la primera vez que marcha Benavente a tierras americanas; hace diez y seis años fué en unión de la compañía Guerrero-Mendoza; pero de entonces a ahora ha obtenido el insigne autor de *Señora ama* sus más legítimos y resonantes triunfos; ha llegado a alcanzar en la dramática española un paesto que ya nadie le discute, y ha conseguido lo que en aquella fecha, aunque parezca mentira, no había logrado: que sus obras diesen dinero en abundancia. Benavente, escritor sutil, todo ingenio y agilidad, llegó al teatro cuando estábamos bajo los efectos de los últimos escritores románticos. Sus obras, desprovistas de efectismos, y teniendo su fuerza en la agudeza de los diálogos y en los matices de las frases, comenzaron por aburrir; después —coincidiendo, en honor de la verdad, con una mayor teatralidad en el modo de hacer del autor,—gustaron mucho y se apreciaron en alto grado. Acaso entonces fué la mejor producción de Benavente. ¿Quién puede negar que *La noche del sábado* es cumbre en la obra benaventina? Pero hecha ya la fama de nuestro dramaturgo, y consolidado su prestigio, surgieron *Los intereses creados*, *La fuerza bruta*, *Por las nubes* y otras comedias, que arrebataron en grado sumo al público, y que fueron, para la afortunada empresa de Lara, un verdadero río de oro. El triunfo de *La malquerida* no dejó ya lugar a dudas. Y desde aquel día, el repertorio de Benavente ha sido negocio para las empresas.

En los últimos años pareció enfriarse algo el entusiasmo de nuestro público hacia el ilustre escritor; influyó en ello, no poco, la parte política; figurando en una agrupación determinada, todos los adversarios de ella creyeron advertir en sus obras tales o cuales tendencias; fué catalogado idealmente, y en artículos y en conversaciones empezó a hablarse de una supuesta decadencia. Fué preciso que Benavente hiciera aquel alarde de estrenar, en la temporada de 1920-1921, cuatro o cinco obras, y de ellas, algunas del éxito de *La cenicienta* y de la fuerza de *Una mujer*, para que las plumas se aquietasen y los labios murmuradores enmudecieran. Benavente seguía siendo el mismo, y, si unas veces acertaba más que otras, siempre sus obras tenían esa altura intelectual que obliga a considerarlas como cosa distinta de lo que es usual en estos menesteres.

Después... Después Benavente no ha vuelto a estrenar en España. ¿Disgustado? ¿Amargado? Lo ignoro. Los periódicos han dicho estos días que su propósito es no volver a estrenar aquí.

Desde luego, no creo esto, a juzgar por lo que le escuché la otra tarde, durante una de las fiestas, en su honor.

«Dicen que no he estrenado—exclamaba,—pero ustedes me dirán si un hombre que ha dado en la temporada anterior cuatro o cinco obras nuevas, no tenía bien ganado el descanso en ésta. Además, cuando he estrenado mucho, me han dicho que hacía mal en escribir tanto, porque iba en perjuicio de la calidad. Ahora me preguntan por qué no escribo. No sabe uno cómo acertar.»

Si estas palabras son sinceras—y no tengo por qué dudar,—Benavente no piensa dejar de estrenar en España. La excursión que tiene proyectada durará año y medio; cuando regrese, esa obra nueva que lleva a América, cuyas primicias, lógicamente, ha guardado para aquellos países, con objeto de asegurar el buen resultado del viaje, no tendrá inconveniente en dárselos a conocer. ¿Que eso supone una postergación? Será en todo caso un castigo que el gran dramaturgo nos imponga como consecuencia del injusto desvío con que castigamos nosotros sus aventurillas políticas... a las que, por otra parte, tenía como particular, perfecto derecho.

Y cuando vuelva y reciba de su público de España, que supo elevarle, nuevos testimonios de su admiración, a buen seguro que esos aplausos no los cambia por todos los que va a recibir, entre monedas de oro y ramas de laurel en las amorosas repúblicas de habla española.

Con Benavente van a la Argentina, primera nación de la turné, la gran actriz Lola Membrives, Puga, Celia Ortiz y otros notables artistas. Elementos son todos que seguramente contribuirán al éxito de la excursión.

De las últimas novedades en los teatros madrileños, tres ha habido

dignas de comentario especial: las últimas representaciones del Real; el estreno de *La corte de Luis XVIII*, en la Comedia, y el de *Mimosa*, en el Rey Alfonso.

El final de la temporada en el regio coliseo fué a beneficio de Fleeta: dos *Toscas* con el teatro abarrotado, pagándose las localidades a precios inverosímiles, pues matrimonio hubo que pagó por dos butacas veinticinco duros. El entusiasmo de la gente fué el mismo de antes, si bien el último día llegó al delirio cuando el tenor aragonés, vestido aún con el traje de Cavaradossi, apareció en el escenario en unión de una rondalla de su tierra y comenzó a cantar *jotas* con tal arte, con tal voz y con tales bríos, que el público se puso en pie para aclamarle, como movido por un resorte.

También Fleeta va para América; no tardará mucho en salir. Pero éste no irá a la América del Sur, sino a la del Norte, donde le esperan los dólares de los yanquis. Lo que hace falta es que ahora no se olvide de nosotros y que cumpla la promesa que hizo la otra noche, al terminar el banquete con que le obsequió el empresario del Infanta Isabel, Arturo Serrano: procurar que en todos los teatros donde él actúe se estrene *La Dolores*, ópera española, en la que él, como buen baturo y buen artista, hace una verdadera creación.

El estreno de *Napoleonette*, traducida muy bien al castellano por el señor Alberti, con el título de *La corte de Luis XVIII*, fué un precioso éxito. Es una obra del estilo de *Madame Sans Gene*, de Sardou; toda la vida llena de intrigas de aquella época interesante de la historia de Francia, revive en esta comedia, en la que alternan las frases ingeniosas con los efectismos teatrales. Obra de actriz, da ocasión a la señorita Redondo para demostrar que sus aptitudes dramáticas tienen bastante más consistencia de lo que todos—yo el primero—creíamos. *Napoleonette*, la ahijada del gran Bonaparte, es hija de un coronel entusiasta del Corso. En las campañas de éste, sigue a su padre disfrazada de lancero, y toma parte, como tal soldado, en varias operaciones. Después, ya pasado Waterloo, *Napoleonette* figura en la corte de Luis XVIII y escandaliza allí por sus travesuras y por las verdades que dice con la mayor tranquilidad, lo cual no quita para que el viejo Rey Luis le llegue a tomar una estimación extraordinaria.

Siendo muy interesante el tipo central, lo que más atrae, sin embargo, es el fondo de época que la obra de Gyp, Andrés de Lorde y Marceille ofrece. Por eso es más de lamentar que los detalles de presentación—complemento valioso en producciones de esta clase—no hayan sido cuidados con el esmero que tenía ocasión de evidenciar una empresa, tantas veces rumbosa.

El señor Alberti, al trasladar a nuestra escena la interesante comedia francesa, ha demostrado una cultura y un buen gusto muy estimables; cosa que no tiene nada de extraño tratándose del autor de *Los jacaros*—la obra poética que fué premiada hace años en el concurso del Ayuntamiento,—y traductor de numerosas comedias de éxito, entre ellas *Jimmy Samson*.

De la señorita Redondo a la señora Gelabert; o sea, de *Napoleonette* en la Comedia, a *Mimosa* en el Rey Alfonso. *Mimosa* es una pobre muchacha, a quien su propia belleza está a punto de ser causa de su infelicidad. Tiene un novio, y está enamorada de él; pero el galán no corresponde a ese cariño, y se casa con otra mujer menos bonita, que tiene, en cambio, dinero. *Mimosa*, desengañada, se hace artista de variedades, y entonces su antiguo novio va a buscarla al teatro en que trabaja, con el saludable propósito de engañarla, prometiéndole de nuevo venturas, para abandonarla luego. La obra es una tragicomedia; así es que no puede terminar, después de habernos emocionado, con una nota triste. Hay que volver a la comedia, y de ello se encarga el padre de *Mimosa*, que enterado de los propósitos del aprovechado joven le sale al paso, impide el proyectado rapto y convence a su hija del peligro que corría. La obra, como de los señores Paso y Rosales, está llena de chistes de todo género; los más atrevidos, a cargo de un artista de music-hall, que es un especialista en colmos y retruécanos.

La concurrencia no se entusiasmó con la tragicomedia, pero tampoco la rechazó. Rió de buena gana las ocurrencias y situaciones cómicas, se interesó en algunos momentos y aplaudió discretamente al final. En la interpretación se distinguió la señora Gelabert, que avanza notablemente en su carrera artística.

Párrafo aparte merece la reaparición de Catalina Bárcena en Eslava, acogida con regocijo por sus muchos admiradores. La Bárcena

llevaba muchos meses de impropio trabajo; en Madrid, durante el invierno y la primavera, y en provincias, el resto del año, no había cesado de actuar por las tardes y las noches. Los médicos, al comenzar esta temporada, le impusieron un período de descanso, y en cuanto terminaron las representaciones de *El ardid* se retiró a su casa, donde ha permanecido hasta anoche. Durante todo este tiempo, Martínez Sierra ha hecho todos los esfuerzos imaginables para defender el negocio sin mengua del arte. Don Juan de España, *La linterna mágica*, el teatro infantil, *Santa Isabel de Ceres*, *Manolito Pamplinas* y *El admirable Crickton* han sido los encargados de tal defensa; y justo es reconocer que han salido airosos de su empeño. Ahora Eslava, con su primera actriz nuevamente a su frente, reanudará la serie de estranos de obras hechas para la Bárcena. La primera será de Arniches; esto era de suponer, después de los éxitos del año pasado con *No te ofendas*, *Beatriz*, y *La chica del gato*.

Anoche, en *Pigmalión* fué objeto Catalina Bárcena de inequívocas demostraciones de admiración y cariño. Y los que aplaudían querían decirle con ello lo mucho que se alegraban de verla restablecida y lo no menos que se felicitaban de ver que sigue siendo tan artista.

En el Cómico, la joven y entusiasta actriz Concha Torres, que se presentó con *Locura de amor*, nos ha probado cuánta es su fibra dramática. Es una artista de mucha alma y muy clara dicción, que trabaja muy a conciencia. El público lo ha reconocido así y acude, a pesar de las noches de intenso frío, a premiar su labor con sus aplausos. Ello debe servir a Concha Torres de aliento para proyectos que pueda realizar.

G. FERNANDEZ SHAW.

Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.

8-3-922

MADRID TEATRAL

El beneficio de María Guerrero, en la Princesa.—Lo que representa para el arte español la labor de la Guerrero y Mendoza.—«Koenigsmark» y su estreno en España.—En el Real: la Vix en «Thais», y el éxito de «Mascarada».—Debut de la compañía de María Gámez, en el Español.—Cambio de elenco en Apolo.—Los estrenos de Novedades y Martín.—¿Crisis teatral?

Madrid 5 de marzo de 1922.

María Guerrero es el mayor prestigio de nuestra escena en la actualidad. No puede decirse, porque sería insensato, que esté en la plenitud de sus facultades artísticas; pero conserva tal dominio del gesto y de la dicción, tiene tanto talento y son sus entusiasmos tan juveniles, que sigue ocupando el primer lugar en nuestro teatro contemporáneo. Ella y Fernando Díaz de Mendoza, llevando a tierras de América la manifestación más elevada del arte dramático español, han hecho una obra patriótica, por la que todos le debemos gratitud sin límites. En la Argentina, en Chile, en el Uruguay, los públicos hispano-americanos, aclamando a María Guerrero durante muchos años, no han cesado de aclamar a España. Nuestro teatro clásico, romántico y moderno, difundido por estos ilustres actores no ha podido ser apreciado en toda su integridad; han abierto el camino para otros artistas españoles, y han dado un paso importantísimo para el intercambio espiritual e intelectual entre España y las naciones, hablando nuestro propio idioma, tienen hijos en cuyas venas late nuestra propia sangre.

Se viene hablando en círculos y periódicos madrileños de un gran homenaje proyectado en honor de ambos ilustres artistas. Se quiere que el acto tenga carácter nacional. Nada más justo. Si no rendimos públicamente nuestro tributo de admiración a las grandes figuras que honran a nuestra patria en el extranjero, no podremos quejarnos luego de falta de estimación en los extraños, cuando no sabemos apreciarlo nosotros mismos.

Por fortuna, María Guerrero une a su mérito, su popularidad. Lo malo para un prestigio español en España, es no ser popular. Y la Guerrero—como el pueblo dice,—ha llegado a conmover de tal modo, con la fuerza de su arte, a los públicos, que bien puede decirse que no hay persona que la haya visto representar que no sea un sincero admirador suyo.

La otra tarde, por ejemplo, en el teatro del Centro, fué bien patente esa unánime admiración. Se verificaba la función a beneficio de los hambrientos rusos, que transcurría entre aplausos cariñosos y corteses. Para leer una composición de Eduardo Marquina, se presentó en el palco escénico María Guerrero, y, en cuanto apareció, el público, como un solo hombre, antes de que ella pronunciara una palabra, rompió en una ovación clamorosa. Y la gran actriz tuvo que comenzar a leer los versos con una voz velada por no fingida emoción.

Como se comprenderá, la noche de su beneficio, días después, en el teatro de la Princesa, fué una gran fiesta de arte, en la que reinaron la admiración y el cariño. Un lleno a rebosar, ovaciones sin cuento, regalos de todo género; cuántas manifestaciones puede inspirar el más sincero entusiasmo, se exteriorizaron como anticipación del homenaje a la gran artista.

Habla escogido ésta, para la función de su beneficio, una interesante obra francesa, traducida por Marquina: *Koenigsmark*, de M. Pierre Benoit, el famoso autor de *L'Atlantide*. El drama no pasa de ser interesante. Hecho por Benoit sobre la base de su novela del mismo título—más bien folletín literario que otra cosa,—resulta, escenificado, un melodrama de alta categoría, pero melodrama al fin.

Se desarrolla la acción en el pequeño principado de Lantenburgo, imaginario Estado alemán, antes de la guerra europea. Se sabe oficialmente que el gran duque Rodolfo ha fallecido durante una excursión científica al Congo. Sin embargo,

no todo el mundo cree que haya ocurrido así la desaparición del gran duque: entre los que sospechan figura el francés Viguerie, profesor del Príncipe, quien recuerda de pronto la historia de Koenigsmark. El conde sueco Felipe de Koenigsmark fué un caballero elegante y culto que pasó por favorito de la Princesa Sofía Dorotea, esposa del que más tarde fué Rey Jorge I de Inglaterra. El conde de Koenigsmark murió misteriosamente; el hecho de que Sofía Dorotea y su marido se separasen, dió a este suceso gran resonancia; más tarde, el cadáver del conde fué hallado oculto en una chimenea de la sala de los Caballeros, del palacio de Hannover.

Viguerie, haciendo observaciones lógicas y observando coincidencias entre drama y drama, llega a realizar el descubrimiento que persigue. Y en una gran chimenea del castillo de Lantenburgo encuentra el cadáver del gran duque, muerto a consecuencia de sus amores con la Princesa rusa Aurora Eleonora. El tipo de esta mujer, altiva y misteriosa, valiente ante el peligro y enamorada intensamente en algunos momentos, halló en María Guerrero la más adecuada intérprete. Los muchos instantes de lucimiento que tiene el papel fueron aprovechados brillantemente por nuestra actriz.

Así, la obra alcanzó un éxito grande, merced a ella.

La Guerrero fué secundada por la señorita Larrabietto y los señores Artigas, Juste, Vedia, González Martín y Capilla.

En el Real ha habido dos novedades: la representación de *Genoveva Vix*, con *Thais*, y el estreno de la pantomima *Mascarada*.

La *Vix* renovó sus triunfos de cantante exquisita y mujer elegante. Sus admiradores van tanto para oír como para verla. Y es que el arte de Genoveva Vix es todo distinción; lo mismo en las estudiadas frases que ofrece a lo largo de la representación, que en la escena mínima del intermedio—en la que demuestra cualidades meritísimas de actriz,—y que en la lujosa aparición del primer acto, la figura de la cortesana de Alejandría, encarnada en la tiple francesa, adquiere un valor plástico extraordinario. Desde luego es la *Thais* más femenina con que pudo soñar Massenet. Claro que este compositor tendría que poner alguna objeción que otra a las condiciones vocales de la *Vix*; pero sabe manejar ésta la voz con tanta habilidad, que cautiva en muchos momentos... aun cerrando los ojos.

Mascarada obtuvo un gran éxito. Don Mauricio López Roberts, el ilustre diplomático, es, ante todo, un artista; como escritor ha logrado un renombre envidiable con unas cuantas preciosas novelas—algunas premiadas,—y con una serie de entretenidos cuentos; su afición por la música le llevó hace pocos años a cultivar la composición melódica. Secundado por el maestro Conrado del Campo, que aportó sus conocimientos para la instrumentación, hizo López Roberts un poema titulado *El milagro de Santa Catalina*, que tuvo la más favorable aceptación por el público que asistía al Price a los conciertos de la orquesta Filarmónica. El año pasado estrenó otra obra, que era el origen de esta *Mascarada* de ahora; el argumento y la música que constituyen la obra de López Roberts agradaron desde el primer momento. Es la historia de Pierrot eterna, como el amor imposible. Y llevados por el hilo de la sencilla fábula, se suceden los motivos delicados, las inspiradas frases, las tiernas y alegres melodías, que son como piedras finas, que forman, en su conjunto, un valioso joyel. La maestra de baile del Real, señorita Ross, y el director artístico don Luis Paris, han colaborado con acierto en *Mascarada*, pues las figuras y combinaciones de las danzas y la estética presentación, entonando los colores de modo que las figuras destaquen vigorosamente sobre el fondo, contribuyen a dar al entretenido y moderno espectáculo una sensación de arte extraordinaria.

El señor López Roberts escuchó muchos y muy justos aplausos cuando terminó la representación de su obra.

En el Español terminó su actuación la compañía de Ricardo Calvo y comenzó la de María Gámez. Calvo se despidió con varios llenos, representando *En el seno de la muerte*. La Gámez, que se presentó anoche con la linda comedia quinteteriana *El mundo es un pañuelo*, que estrenó, puede hacer una bonita temporada si hace lo que se propone, que es variar mucho el cartel. Precisamente se trata de una actriz que posee un extensísimo repertorio y cuenta con muchas simpatías. Los autores de prestigio la apuntarán se-

guramente, porque esta compañía es, en provincias, una de las que con más provecho para ellos trabajan.

Con la Gámez vienen elementos de positiva valía, como son Amalia Sánchez Ariño, Juana Manso, Manuel París, Espantaleón y Manrique. Es, sin duda, una de las mejores compañías de comedia que hoy actúan. La concurrencia que ayer asistió al Español, así lo expresó con sus prolongados aplausos.

En Apolo terminan hoy las huérfanas de don Juan Villa, que, con Ortas y la Leonís al frente, marchan a Zaragoza. ¿Tardaremos mucho en verlos volver? Los profetas teatrales de la calle de Alcalá dicen que sí; pero no olvidemos que el mundo teatral da, como el otro, muchas vueltas. Para sustituir a los que se van, han llegado ya los actores y actrices de la compañía de opereta de Bargués, que debutará el día 7 con *La holandésita*, del maestro Kahlman, el autor de *La Princesa de la Czarada*. El señor Bargués piensa estrenar luego *Los dragones de París*—dos actos, del maestro Luna,—y *Las pobres millonarias*—tres actos, del maestro Calleja.—Luego, si los compositores españoles le llevan cosas que valgan la pena, las dará a conocer, y si nuestros buenos músicos se muestran vagos, estrenará, entre otras obras extranjeras que trae montadas, *Donde canta la aton-dra* y *La rosa de Stamboul*.

En Novedades, el veterano Eduardo Montesinos y el señor Porsset lograron anteayer un éxito muy lucido con su zarzuela *La Reina de las tarantas*, de corte dramático, con algunas notas cómicas bien ponderadas. La experiencia y el arte de «hacer teatro» de Montesinos, y la indudable disposición de su colaborador, han logrado una obra honrada y bien construida, que dará muy buenas entradas en Novedades.

El teatro de enfrente—La Latina,—dió inesperadamente cerrojo. ¿Por qué? Se estaba ensayando una obra del maestro Alonso, para estrenar en seguida; pero la empresa se habrá encontrado seguramente con dificultades insuperables cuando optó, sin esperar a nada, por licenciar la compañía y contratar un espectáculo de variedades.

En Martín, la revista *El gran bajá*—presentación lujosa, desfile de mujeres, asunto atrevido y frases y chistes de doble sentido y dudoso gusto,—obtuvo resonante acogida por aquel público de paladar fuerte. La música es muy bonita, y se repitieron de ella varios números.

El Coliseo Imperial estrenó dos episodios de Carnaval, con éxito.

Para la semana próxima hay una porción de novedades preparadas. Se habla hasta de teatros que van a abrirse otra vez. Esto de la crisis teatral va a resultar todavía que es una broma.

G. FERNANDEZ SHAW

Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.

De nuestra colaboración

Madrid teatral

La temporada de la compañía Bargues en Apolo.—El éxito de «La rubia del Far West».—en el Infanta Isabel: «Constantino Plá».—Una obra de Bataille: «El hijo del amor» y su llegada a España.—Otra comedia francesa: «La extraña aventura de Martín Pequet».—Otras noticias

Madrid 5 abril.

Comencemos hoy por los teatros de género lírico y hablemos de la temporada de la compañía Bargués, en Apolo. El estreno de *La rubia del Far West* y la reposición de *Las golondrinas*, *Los pápiros* y *Los cadetes de la reina*, han servido para demostrar que la compañía es una de las más completas españolas que existen hoy, dedicadas a la interpretación de zarzuelas y operetas. Para que los notables artistas que acudilla Anselmo Fernández tuviesen en Madrid el grado de éxito correspondiente a sus méritos, solo les hubiese hecho falta ser un poco más populares. El público madrileño es muy especial; tarda mucho en familiarizarse con los actores, y especialmente con los actores cómicos. Recuérdese el caso de Ortas, hoy un ídolo, que se pasó toda una temporada en el Gran Teatro sin hacer apenas gracia, y tenía tanta como hoy. Y ahí está el ejemplo de Bori, que hasta este año, cuando volvió con la compañía Ozores-Puchol, no entró de verdad en nuestro público. Ahora Viñas hace reír en Apolo, a pesar de no ser conocido, y Anselmo Fernández triunfa en papeles cómicos, luchando con el recuerdo de los años en que actuaba en el mismo teatro como barítono de género chico. Pero tanto ellos, como Dionisia Lahera, más presente en la memoria de sus admiradores, como la Romo, la Betoré, la Cas trillo y la Escuer, como el barítono Murcia y el tenor Santa Coloma y como otros excelentes ejemplares, han conseguido imponerse y reciben a diario el aplauso fervoroso de la siempre complacida concurrencia.

La rubia del Far West, primera obra española estrenada, ha logrado un gran éxito. Las llanuras del lejano Oeste norteamericano nos son familiares merced a las películas; en el teatro, en cambio, tenía ese ambiente una absoluta novedad. Un libro gracioso, perfectamente documentado, con justeza en la pintura de los tipos, con interés dramático creciente—mezclado con la parte cómica,—y con profusión de situaciones musicales muy bien aprovechadas por el compositor, tenía forzosamente que dar por resultado los calurosos aplausos con que el público premia a diario la labor de los autores; Federico Romero y Luis Germán, de la letra, y Ernesto Rosillo, de la partitura. La amistad fraternal que con ellos me une, muy especialmente con Romero, debía poner freno en mi elogio, que pudiera ser o parecer apasionado; pero también sería pueril que, por tales consideraciones, dejase de decir lo que honradamente pienso sobre una obra que el público de Valencia no tardará en juzgar.

Dicho queda lo que es el libro, ya que su argumento —hazañas de *cows boys* en California y episodios derivados de ellas,—no he de descubrir con inoportunidad manifiesta. En cuanto a la música, baste señalar que se repitieron cinco números —un intermedio, un *duetto* y tres *fox trots*,—y que otros como la entrada del barítono y el dúo final fueron aplaudidos con verdadero agrado. *La rubia del Far West*, por su novedad, por su gracia y por su partitura, merece vida próspera y larga por esos escenarios.

Ahora anuncia Apolo otro estreno: el de *Veronique*, la opereta de Meseguer, muy conocida en el extranjero, y adaptada con el título de *La condesa del Triánón*; y para el Sábado de Gloria el de *Los dragones de París*, del maestro Luna.

El Infanta Isabel reforzó su cartel con una comedia nueva del señor Fernández del Villar, que sigue con paso seguro por el camino del éxito. *Constantino Plá* era una obra esperada con verdadero interés, después del cenar y pico de representaciones alcanzadas por la entretenidísima *Alfonso XII*, 13. Justo es decir que la gente no se sintió defraudada y que durante toda la obra no cesó de reír y de celebrar sus principales situaciones y las más felices frases del siempre animado diálogo.

La idea de la obra no tiene nada de particular; es un tema un poco gastado, que, según el ingenio y el arte de quien lo vuelve a tratar, logra más o menos resultado. Un joven calavera es, la preocupación de toda su familia; ésta, para traerle al buen camino, decide casarle y le elige como novia a una primita; pero no han contado sus parientes con la voluntad del muchacho, opuesta a aceptar esta imposición.

Lo malo—o, mejor dicho, lo bueno para él—es que luego, en el transcurso de la comedia, el joven calavera se enamora de verdad de la encantadora primita, y es él quien quiere «baya boda». Al final, pues, todos contentos, incluso el público, que queda muy satisfecho por lo que ha disfrutado al través de las diversas incidencias de la obra.

La gracia que fluye de la mayoría de las escenas espontáneamente y la claridad en el desarrollo de toda la comedia, dan a ésta la misma nota simpática que hallamos generalmente en el teatro de los señores Alvarez Quintero. Se advierte en el señor Fernández del Villar una soltura y un dominio de los resortes teatrales de buena ley, propios ya de los autores consagrados. En el legítimo éxito obtenido fueron colaboradores suyos, valiosos y eficaces, Joaquina Pino, las señoritas Moneró, Lajos y Montosa, y los señores Alarcón y Navarro.

El Español nos ofreció algo de positivo interés dramático, que tenía, además, una triste actualidad: *El hijo del amor*, de Henri Bataille, traducido por don Alejandro Mac Kinley y don Enrique López Alarcón. Es *L'enfant de l'amor* uno de más resonantes triunfos del gran dramaturgo francés, recientemente fallecido. Se estrenó en el teatro de la Porte Saint Martin, y marcó el principio de la fama de Bataille. El asunto, como el de casi todas sus obras, bordea el mal y afronta el dolor. Un ilustre crítico ha llamado a Bataille el poeta de las situaciones equívocas. Nada más cierto. Los amores irregulares, al pasar por su pluma, se espiritualizan, adquiriendo un valor moral que en la vida luego no vemos. Es el arte del dramaturgo; es el talento de este creador de seres pecadores que encuentran purificados sus pecados por el dolor. Mauricio, el protagonista de esta obra, es el hijo del amor. Liana, su madre, lo tuvo como consecuencia de un momento de locura, que pasó. En la actualidad, Liana, que vive con el rico banquero Ranz, ha ido apartando de sí, poco a poco, por las conveniencias sociales, a su hijo; pero éste, a pesar de todo, la quiere. Y así, cuando Ranz piensa abandonar a Liana, Mauricio, que descubre sus propósitos, sale al encuentro de éstos e increpa al banquero, hiriéndole en donde más puede hacerle daño: en su hija y en su pasado. Pero Mauricio resulta un insensato; ha olvidado que es el hijo del amor, y que, cuando él increpa, puede ser humillado vergonzosamente primero, y alejado del hogar de su madre después, puesto que Ranz, al fin, se casa con Liana, y es ésta misma la que consiente en que Mauricio marche a otras tierras, donde no sea un testimonio vivo de afrenta.

El hijo del amor ha llegado a nosotros cuando ya está casi olvidada en Francia; de todos modos, es tan interesante que hemos de felicitarlos de la buena idea que inspiró a los señores López Alarcón y Mac Kinley al decidirse a adaptarla.

María Gámez tuvo que poner a prueba la flexibilidad de su talento para interpretar con acierto un tipo como el de Liana, tan distinto de los que tiene la buena costumbre de interpretar. Espantaleón obtuvo un éxito personal, y los demás artistas del Español se esforzaron por dar a sus intervenciones el adecuado carácter. Para todos hubo aplausos, aun cuando, en verdad sea dicho, no todos los que correspondían, proporcionalmente, a una obra de tan gran éxito en París.

El mismo día que *L'enfant de l'amour*, conocimos otra comedia extranjera. Fue en el Rey Alfonso, y fué una obra de un plano más bajo, pero mucho más en consonancia con los gustos de nuestro público. *La extraña aventura de Martín Pequet*, original de M. Pierre Chaina, adaptada por los hábiles Laris de los Ríos y Enrique Gutiérrez Roig, es una farsa muy regocijada. Un pobre diablo que anda muy mal con su conciencia y muy escaso de vergüenza, tiene la idea de cometer con un honrado ciudadano, M. Martín Pequet, un *chantage* en toda regla. El plan no deja lugar a dudas: presentarse a él en nombre de una muchacha y decirle que esa joven es el fruto de una aventura que tuvo M. Martín Pequet en su juventud; amenazarle con el escándalo, y, al fin, prometer el silencio mediante determinada cantidad en metálico. Pero el estafador no ha contado con que M. Martín Pequet y su esposa viven deseosos de tener una hija y

desean conocer a la muchacha. Tiene, pues, que inventarla y cuando encuentra a una hospicianta, engaña a ésta diciéndola que ha encontrado a su padre. El final es que al fin, el honrado matrimonio y la muchacha viven felices como padres e hijos; pero hasta llegar a este momento los *quid pro quos* son muchos y divertidos. Emilio Thuillier, la Gelabert, Nieves Suárez y Villanreal, bordan sus respectivos personajes.

Don Javier Bueno (*Antonio Aspetua*) nos demostró con su drama *Liberto*, estrenado por Miguel Muñoz en el teatro Fuencarral, un recto temperamento dramático, que le ha hecho abordar un tema tan importante como el del problema social. En el Coliseo Imperial, el señor Fontes, siguiendo las huellas de Muñoz Seca en *La venganza de don Mendo*, ha hecho una caricatura en verso de melodrama romántico, que ha tenido un gran éxito de risa. Se titula *Don Paco de Perates*, y tiene gracia de buena ley.

Novedades ha alcanzado otro éxito con la zarzuela *Camino del desierto*, que intenta noblemente la desaparición de las deportaciones por carreteras, presentando cuadros que mueven a compasión. La nota cómica está felizmente entremezclada.

Y nada más, como no sea esperar el homenaje a María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza.

GUILLERMO FERNANDEZ SAW

18-11-922

MADRID TEATRAL

Los estrenos del Sábado de Gloria.--Un éxito grande del maestro Luna: «Los dragones de París», rivales de «Los cadetes de la Reina».--El triunfo de un barítono.--Otros estrenos.--Los señores Paradas y Jiménez, obtienen dos éxitos el mismo día.--Una comedia graciosa y un sainete divertido.--«¡Arrea, cochero!», en Lara.--La campaña del señor Santacana, en la Princesa.--La Isaura y Martiáñez vuelven a Madrid.--Más novedades.--Titeres y payasos en Parish y la Zarzuela

Madrid 16 abril.

De intento he aplazado hasta hoy la redacción de estas líneas, con objeto de poder dar cuenta de los estrenos del Sábado de Gloria. Significan éstos el comienzo de una nueva temporada teatral; para este día los autores y las empresas reservan siempre las novedades en que más esperanzas tienen; hay inauguraciones, debuts, estrenos, cuanto, en una palabra, puede apeteer el público después de la Semana Santa y de los días en que la preceden, en que las empresas agotan las obras ya estrenadas, reservándose para «dar el golpe» al comenzar la campaña de primavera.

Solo dos teatros importantes de Madrid no han juzgado preciso variar su cartel: el Centro y el Infanta Isabel. Ello es la prueba más elocuente del buen resultado que están dando *La señorita Angeles*—el mayor éxito en esta temporada, del señor Muñoz Seca,—y *Constantino Plá*, del señor Fernández del Villar.

Otros dos teatros pensaban estrenar ayer, y no lo hicieron: el Español y el Reina Victoria, que tenían preparadas una comedia, también del señor Fernández del Villar, y la segunda parte de *El Príncipe Carnaval*, de Cadenas y el maestro Serrano. Circunstancias imprevistas obligaron a aplazar ambos acontecimientos para la semana que mañana comienza. Y otros dos teatros, en fin, tienen anunciados estrenos, para la semana próxima: el de una comedia del señor Linares Ricas, el Rey Alfonso, y el de *El indeciso*, traducción del famoso *Triplepatte*, de Tristán Bernard, Esclava.

Los demás coliseos madrileños ofrecieron anoche novedades interesantes, y bueno será adelantar que a todos acompañó la mejor fortuna, como consecuencia del arte y el ingenio que previamente había acompañado a sus autores al confeccionarlas.

Aplazó encontró la obra que la compañía Bargués necesitaba. El maestro Luna, en unión esta vez de los distinguidos escritores catalanes Armando Oliveros y José María Castellón, consiguió uno de los más clamorosos triunfos de su carrera artística. *Los dragones de París*, opereta en un acto, es, por su composición y por su éxito, digna hermana de *Los cadetes de la reina*, y no es aventurado asegurar que ha de dar al inspirado músico aragonés parecido resultado. Obra de ambiente—y éste es uno de los principales méritos de los libretistas,—ofrece al compositor amplio campo para que éste desarrolle su arte, tantas veces triunfante. Y el maestro Luna ha sabido aprovechar la ocasión para hacer una partitura, toda ella de exquisita línea melódica, en la que se destacan con poderoso relieve tres números, que fueron acogidos ayer—uno sobre todo—con otras tantas entusiastas ovaciones.

De los dos cuadros que tiene la opereta es, sin duda, muy superior, el primero. En él se hallan las escenas más felices del libro, y esos tres números más importantes de la música, con la casualidad de que el número bomba, el que anoche se cantó tres veces—y no se cantó más porque el barítono se fatigaba sensiblemente,—es el primero de la partitura y comienza en el momento de levantarse el telón. Ya se comprenderá por este detalle la fuerza con que la obra comenzó, dicho en términos de entre bastidores. Es un número éste en tiempo de marcha, que termina en un cuplet; lo canta el capitán de los dragones, que tiene como fondo a la oficialidad del regimiento. Los otros dos números de gran éxito, que fueron repetidos, son un *duetto* cómico y una romanza del barítono, que para mi gusto, es lo mejor de la obra. También se aplaudieron el dúo de tiple y barítono y un ballable, que se hallan asimismo en el primer cuadro. En el segundo no hay números de efecto; pero la magnífica impresión del primero se mantiene, y cuando el telón cae, la sensación del conjunto no puede ser mejor. Así, anoche, el público que llenaba la sala de Apolo, después de aplaudir con verdadero entusiasmo a Luna, a sus colaboradores y a los intérpretes, tributó al final una merecida ovación al músico zaragozano, que hacía ya algún tiempo que no había vuelto a retatarle los oídos con los primores de su inspiración.

La fábula del libro de *Los dragones de París*, es interesante. En los albores de la revolución del 48 se reúnen en una hostería, cercana a la capital francesa, conspiradores y bellas revolucionarias, y, sin sospechar la clase de compañía, oficiales de un regimiento de dragones. Llegan de pronto unos policías, que sospechan algún complot. Los revolucionarios se ocultan y solo quedan las muchachas, a quienes el jefe de Policía quiere detener. Marta, la principal y más bella de las conspiradoras, se niega a obedecer. El jefe de Policía intenta recurrir a la

fuerza, y entonces Alfredo de Montigny, el capitán de ella, se interpone y arroja de la hostería a los polizontes.

Surgen unas escenas de amor, que terminan con la salida de todas las muchachas protegidas por los dragones. Pasa el tiempo. La revolución ha comenzado, y las tropas reales persiguen a los conspiradores a sangre y fuego. A una granja llegan huidos unos cuantos revolucionarios; entre ellos, está Marta. A poco aparecen sus perseguidores. Son dragones, y los manda Alfredo de Montigny. Júzguese de su impresión al ver a la mujer adorada; pero el amor, que renace en él, es más fuerte que el deber, y después de renunciar a hacer prisioneros a los acompañantes de la muchacha, entrega al primer oficial su espada y une su suerte a la de Marta, quien, a su vez, renuncia a sus manejos revolucionarios. Es el amor el único que, al final, triunfa.

En la interpretación se distinguió, en primer término, el barítono Manuel Murcia, que obtuvo anoche su consagración. Su preciosa media voz hizo prorumpir al público más de una vez en bravos merecidos. Fue larga y calurosamente aplaudido durante toda la obra.

También fueron muy aplaudidos la primera tiple, señora Betoré; la señorita Escuer, muy elegante, y Anselmo Fernández y Rafael Díaz, muy graciosos en sus respectivas intervenciones.

La obra estuvo bien presentada; las decoraciones, de muy bonito efecto, aun cuando el luminoso fondo de campo del primer cuadro demuestra que el escenógrafo se olvidó de que en París, ni aun en los días más claros, tienen ese cielo tan azul, que por aquí disfrutamos, ni esos edificios tan blancos, que son privativos de los países meridionales.

Y vamos con otros éxitos. Tranquilos y satisfechos pudieron acostarse anoche los simpáticos, laboriosos y seguros Paradas y Jiménez. Por la tarde, en Lara, un gran éxito con *La clave de sol*; por la noche, en la Comedia, otro éxito, no menor, con *Los pollos bien*. En total, cinco actos de risas y de aplausos. No es mal comienzo de temporada. ¡Qué bien van a veranear!

La clave de sol, comedia en dos actos, tiene una gracia fina, sin chistes retorcidos. Su efecto está en el ingenio del diálogo y en la fuerza de las situaciones. Sobre un fondo triste, reflejo de la vida de una familia modesta, desfilan unos cuantos tipos arrancados de la realidad, que mantienen a los espectadores en constante regocijo. Por si ello fuera poco, *La clave de sol* tiene hasta un número de música, un faço, cantado nada menos que por Leocadia Alba, la imitable. Para ésta, y para Simó Raso, que llevan el peso de la obra, fueron los principales aplausos a la interpretación, en la que también se distinguieron las señoritas Rodrigo e Hlescas y los señores Balaguer, López Lagar, Peña y Córdoba.

Como uno de los principales méritos de los señores Jiménez y Paradas reside en sus dotes de observación, nada de particular tiene que en su sainete en tres actos, *Los pollos bien*, acertaran, asimismo, plenamente. En el ambiente madrileño en que se desenvuelve esta obra son expertos los afortunados autores de *Mi salvador*. El tipo del hombre aprovechado que pone los puntos a una viuda, dueña de una pollería, aprovechándose de que los hijos de ésta, por estar bien de dinero, andan distraídos queriendo imitar las elegancias y las costumbres de los muchachos de familias finas y acomodadas, es un acierto de composición indiscutible. A su alrededor giran las demás figuras del sainete, que termina volviendo las cosas a su primitivo y debido lugar y llevándose el aprovechado sujeto su merecido. Valeriano León, el héroe de *Es mi hombre*, en Madrid, renueva en este sainete sus triunfos. Con él y con los autores fueron también aplaudidísimos Carmen Andrés, la señorita Bassó, y los señores Gorriz, Tordesillas, Tobías y Roa.

En Lara, formando cartel con *La clave de sol*, se estrenó otro sainete, en un acto y dos cuadros. Se titula *¡Arrea, cochero!*, y son sus autores los señores Ramos de Castro y López Marín (don Manuel), que han compuesto unas cuantas regocijadas escenas, sobre todo, varias que se desarrollan en el interior de

un coché de punto. Fué otro felicísimo éxito.

En la Princesa, el estudioso actor Juan Santacana, que posee entusiasmos grandes y aspiraciones muy legítimas, demostró que también tiene condiciones muy estimables para el cultivo del género trágico y sus derivaciones. Anoche se presentó al frente de una modesta, pero conjuntada compañía, con el drama del señor Gómez de Miguel, *El idiota*, y para decir verdad, el público, que había acudido, creyendo en parte que hasta se iba a regocijar con las truculencias que la atmósfera que se había hecho a esta campaña prometían, comenzó por interesarse con la obra y el actor, y terminó emocionándose de verdad y aplaudiendo sinceramente al dramaturgo y a Santacana y sus compañeros, entre los que sobresalen la señora Guerra, la señorita Osote, y los señores Martí, González y Piedrola.

En el Coliseo Imperial, los señores Paso (hijo) y Dicenta, en vista del centenar de representaciones de *El cuarto de gallina*, se aventuraron con otra obra de gracia gorda—a veces demasiado gorda,—titulada *En casa del señor cura*. Hubo carcajadas y aplausos en abundancia, de los que participaron los actores de la compañía que acaudilla el señor Fresno.

La de la Isaura y Martiáñez se presentó en el teatro de Fuencarral, interpretando *La raza* y *El adversario*, y cantando Amalia Isaura, como fin de fiesta, varias de las canciones de su extenso repertorio. La admirable artista, su marido y sus compañeros tuvieron una acogida cariñosísima. Pueden hacer una temporada muy lucida.

El circo de Parish abrió otra vez sus puertas, con un entradón, y la Zarzuela presentó nuevos números de circo, que harán la competencia a los de «Monsieur Leonard».

Si con todos estos atractivos el público madrileño no se siente satisfecho, será cosa de ir pensando en que nuestro tradicional buen humor se ha convertido en lamentable misantropía; que todo pudiera ser, por culpa de los precios de las pícaras subsistencias.

G. FERNANDEZ SHAW.

MADRID TEATRAL

Comienza el desfile.—Cerrojazos y beneficios.—La crisis teatral de este año.—¿De quién es la culpa?—El entusiasmo, condición indispensable para la buena producción. ¡Hay que hacer un esfuerzo!—El ejemplo de Arniches.—El éxito de «La hora mala», en Eslava.—La Bárcena y su beneficio.—María Gámez, su campaña y «La quema».—Una equivocación en Lara.—Dos éxitos de una pareja de autores.—Vuelve Raquel

Madrid 6 de mayo de 1922.

Nuevamente ha comenzado el desfile. Los teatros, cuyas temporadas adquirieron, al parecer, nueva vida en la llegada del Sábado de Gloria, necesitan reforzar otra vez sus cartones, y aquellos que no pueden, dan el cerrojazo o piensan en dárselo, con la esperanza de que, para el otoño, las cosas habrán cambiado, y los negocios teatrales serán, al menos en Madrid, más francos que ahora.

Porque no hay más remedio que confesarlo,—la temporada teatral madrileña ha sido, apreciada en conjunto y desde el punto de vista económico, muy deficiente, pues han sido muy escasas las obras de éxito, y aun de gran éxito, que han dado dinero, y pocos los empresarios que pueden ufanarse de haber obtenido provecho. Ahora mismo, con los éxitos legítimos obtenidos por varias obras, a partir de Semana Santa, puede decirse que solo tienen buenas entradas Eslava, el Centro y el Infanta Isabel, aparte de Martín y Novedades, que cuentan con públicos especiales. Aun así, el Infanta Isabel cierra, aun cuando ello es por otras razones sabidas de antemano: tener la compañía comprometida adquiridos con empresas de provincias.

¿A quién culpar de esta mala situación de los negocios teatrales? En primer lugar, a mi juicio, a las necesidades de la vida actual, que obliga a los teatros a poner los precios de las localidades más elevados que nunca—como consecuencia de los aumentos de gastos en nómina y fuera de nómina,—e induce a las familias aficionadas al teatro y no conquistadas aún por el cinematógrafo, a reducir el número de veces de acudir a él, concretándolo, en ocasiones, a una noche al mes. Y en segundo término, a la escasez de obras que, de verdad, sugestionen, interesen o entretengan. Los autores pueden alegar en su disculpa que las compañías ofrecen cada vez conjuntos más deficientes; pero el caso es que, por unos o por otros, a fuerza de éxitos, y con escasas y muy honrosas excepciones, que en el pensamiento de todos están, el público, que paga caro por ir al teatro, se encuentra con que lo que le sirven no está en proporción con lo que él cree que tiene derecho a exigir por lo que ha abonado, y, si no protesta, no vuelve, y ¡desgraciada de la obra que no tiene virtud para atraer a un espectador más de una vez!

Un ilustre crítico decía ayer, comentando con varios amigos el resultado adverso de la obra estrenada anteanoche en Lara: «Estamos atravesando por un verdadero período de crisis teatral. Los autores de primera fila dormitan, y entre los que quieren llegar, no se ve destacarse vigorosamente a ninguno. Se da el caso de que un extranjero que ha llegado a Madrid con objeto de estudiar el teatro español contemporáneo, no ha encontrado hasta ahora, apreciable, más que la última obra del señor Arniches. Y es que la producción de los demás autores con sagrados no se hace; y lo que se hace de otros autores, no puede ser estimado como representativo de nuestro teatro contemporáneo.»

Aun cuando algo exagerado, este juicio da idea de la obligación ineludible en que se encuentran cuantos se consagran al cultivo del arte dramático de hacer un esfuerzo para devolver a nuestra escena—especialmente en el género lírico, que es el más decaído,—el esplendor de pasados tiempos. Es preciso que el verano próximo—época de trabajo en los retiros de las sierras y en las playas,—sea aprovechado por dramaturgos, compositores y libretistas, para hacer labor seria y provechosa, que tenga ideales y entusiasmo. Y aquí la suprema necesidad: el entusiasmo. Sin él no podremos reaccionar; y la reacción es precisa si no queremos ver nuestros escenarios invadidos, todavía más de lo que ya lo están, por obras extranjeras que no lo son generalmente, ni mucho menos, de un mérito excepcional.

El ejemplo de don Carlos Arniches, citado, de pasada, por el ahudido crítico, es algo que debe prestarse a la meditación. Este formidable hombre de teatro, considerado ya sin discusiones como uno de nuestros primeros autores, es un caso admirable de fuerza de buena voluntad, de talento y de entusiasmo por la profesión. Si no tuviera esos entusiasmos, no continuaría, al cabo de treinta años de labor intensa, cobrado siempre en la brecha, laborando sin cesar, evolucionando y mejorando siempre, y, lo que es más difícil, sorprendiendo con recursos que parecían habían de ser reducidos, da-

do el carácter personalísimo que a todos sus trabajos da el ilustre autor de ¡Es mi hombre! Y al citar este título, dígame si un autor que no tuviera los entusiasmos del señor Arniches y hubiese logrado un éxito como el de esa obra—iba a haberse puesto inmediatamente a trabajar en otra cosa, en vez de dedicarse a saborear con tranquilidad las mieles del triunfo. Ese afán de superarse a sí mismo es impulso juvenil, y el señor Arniches lo tiene como si contara ahora veinte años.

Viene todo esto a cuenta del nuevo éxito logrado por él en Eslava, con su nueva comedia *La hora mala*, estrenada en la noche del beneficio de Catalina Bárcena. Después de *La chica del gato*, Arniches tenía la obligación de hacer una nueva obra para esta cautivadora actriz, que tan a maravilla sabe encarnar los tipos de muchachita madrileña, con su alma escondida, que Arniches lleva desde la realidad de nuestros barrios populares, a la fricción de las tablas, con mucha frecuencia.

La heroína de la nueva comedia es una muchacha buena y desgraciada; la moderna *Cenicienta*, que se ve colocada constantemente en segundo término, por aquello de que su hermana es más bonita. Pero llega un momento en que surge un galán; el galán inevitable en toda obra. Y este muchacho comienza a hacer el amor a la muchacha y transforma en alegría inaudita toda la tristeza que albergaba en su alma. Es la liberación de la pobre *Cenicienta*, que no ha conocido hasta ahora más que el trabajo duro, para mantener a su madre; y los desaires intolerables. Y ocurre que el novio, cuando menos se espera, la engaña. Ha estado simulando unas relaciones con ella para conquistar el corazón de la hermana, y, cuando consigue sus propósitos, huye con ésta, dejando a quien prometió cariño y felicidad en la mayor desesperación. Entonces es cuando la muchacha tiene una hora mala. Cegada por los celos, por el despecho y por el desengaño, decide castigar a quienes así le roban la dicha; piensa en la venganza, y cuando ve alejarse a la pareja, sus manos se apoderan de una pistola. ¿Llega a consumarse la tragedia? No; no es posible. Un pindo sacerdote detiene la mano de la

desdichada. Y las palabras del santo varón, en las que se halla lo más fundamental del pensamiento del autor, consiguen elevar de nuevo su espíritu, colocándolo por encima de las miserias humanas. En el tercer acto vemos a nuestra heroína al frente de un gran taller de modista que ha montado. Es feliz; ya pasó la hora mala, y ha seguido, con más fortuna ahora, trabajando para su familia. Hasta procura una entrevista de la madre enferma con la hermana ingrata, para procurar el consuelo de aquélla. Y como no hay acción buena en este mundo que se quede sin la debida recompensa, ella, al fin, encuentra en otro hombre el amor y el apoyo que necesitaba. El final, consolador, deja en el público—que no ha cesado de emocionarse y de aplaudir, de reír y de interesarse,—una gratísima impresión.

Tanto en la noche del estreno como en representaciones sucesivas, la obra ha obtenido un éxito grande y legítimo; justo es consignar que la labor de Catalina Bárcena es superior a todo encomio, y que los demás artistas—Eslava forman un conjunto perfecto. Los muchos aplausos que el público dedicó en la noche de su beneficio a la señora Bárcena, tuvieron una doble significación: premio a la labor realizada, y estímulo para que el año que viene, si su salud, como es de desear, y de esperar, se lo permite, vuelva a mostrarnos toda la gama de sus muchas facultades, sin encerrarse, como este año ha tenido que hacer, en el cultivo de un género determinado.

La Gámez, predilecta también de nuestro público, terminó su campaña en el Español. También tuvo una brillante noche de beneficio, y es que los ilustres hermanos Alvarez Quintero le hicieron el delicioso regalo de un entremés, ingenioso y bonito como todos los suyos. Se titula *La quema*, y es digno de figurar al lado de *A la luz de la luna*, *Herida de muerte* y otros que son escenas de amor, en cuya iniciación, desarrollo y desenlace hay todo un argumento. La quema a que se refiere el título, es la que hace una pareja de las cartas de amor combinadas entre uno y otro en tiempos aún no muy lejanos. Como en todas las obras de los Quintero, la observación reina en todo momento. María Gámez y Manuel París bordaron el entremés, que obtuvo la más favorable sanción de la concurrencia.

En Lara, para beneficio de Luis Peña, se estrenó una comedia de don Augusto Fochs, titulada *Su eminencia*. El resultado fue peor que adverso; y digo peor, porque el público no solo exteriorizó su desagrado, sino que tomó a risa las escenas más serias y entonadas de la obra. Y cuando un público se pone en esa situación, sabido es que ya todas las frases y todas las situaciones hacen el efecto contrario. Leocadia Alba, ovacionada en un mutis; Peña y los demás actores de Lara, hicieron cuanto pudieron para sacar a flote esta producción, toda inexperiencia. Es, sin embargo, de apreciar en el autor, un buen deseo de hacer algo distinto de las cosas que ahora gustan a la gente que no quiere que le hagan pensar en el teatro.

En Novedades hubo anoche un éxito: el de la zarzuela *Picardías*, libro de los señores Navarro y Aceves, con música de los maestros Fuentes y Guerrero. De la partitura se repitieron tres o cuatro números. El libro ofrece la novedad de que, tratándose de una obra de toreros, no es ningún diestro el protagonista, sino el puntillero. Y eso, aparte de otros aciertos, fué suficiente para que la gente aplaudiera complacida.

Los señores Aceves y Navarro (don Fernando) han entrado en el teatro con buen pie. Hace pocos días estrenaron en Martín otra obra, con el título de *El cuerpo de las mujeres*, y aun cuando en los resultados económicos de las zarzuelas de Martín no influye solamente la gracia, el interés o la inspiración del libro y la música, ya es suficiente prueba de las aptitudes de los nuevos libretistas el hecho de que todas las noches se llena el coliseo de la calle de Santa Brígida.

De *varietés* hay, como nota de especial importancia, la próxima reaparición de Raquel Meller en Maravillas. Cuando vuelve con los mismos precios que había en la temporada del pasado otoño, es señal de que entonces, su actuación, fué negocio. Y para eso no hubo carestía de la vida, ni nada. Solo se acordó al público del deseo de ver a la Raquel. Luego la culpa de lo que ocurre en el teatro...

G. FERNANDEZ SHAW

MADRID TEATRAL

El cierre de Apolo.—Un negocio malo que pudo ser... regular.—¿Música española?: en el Reina Victoria y en los festivales del Retiro.—Un recuerdo a «Parmeno».—Beneficios y despedidas.—«Cabellos de plata», de los señores Alvarez Quintero.—El teatro del señor Muñoz Seca y sus ventajas e inconvenientes.—Los chistes de «La encerrona», y el público del Centro.—Dos estrenos más: «La señorita Simón» y «El secreto».—Varias noticias e impresiones

Madrid 16 mayo.

Consecuencia lógica del mal negocio que estaba haciendo la empresa Bargués fué el cierre de Apolo, que para nadie ha sido una sorpresa. Más de veinte mil duros de pérdida, según propia confesión del empresario, son motivo más que suficiente para dar el cerrojazo. Pero, ¿cómo puede ser—se preguntará la gente,—que en poco más de dos meses pueda perderse ese dinero en el teatro mejor situado de Madrid? La razón, a mi juicio, está: primero, en la nómina tan cara de la compañía, y después, en la escasez de novedades ofrecidas al público. La compañía Bargués vino a Apolo confiando en explotar *La holandesa*, que en Barcelona y en otras provincias había dado resultado excelente; pero aquí la opereta de Kallman gustó sin entusiasmo, y no dió dinero. Luego estrenaron otra obra extranjera, *La condesa del Triánón*, que se hizo dos veces, y dos españolas—*La rubia del Far West* y *Los dragones de París*—gracias a las cuales esos veinte mil duros de pérdidas no se convirtieron en cuarenta mil. ¿Cómo no estrenaron más, cuando tenían obras de Calleja, de Luna y de Vives en perspectiva? Pues porque estas obras se fueron retrasando en su entrega, y la empresa, atenta a renovar siempre los viernes el cartel, pensando en las entradas de sábado y domingo—cosa que, en Madrid, es una equivocación extraordinaria,—tuvo que dedicar gran parte de los ensayos a obras de repertorio, muy conocidas aquí, y dió de ellas versiones que no fueron deficientes, merced a la valía de los actores, pero que no pudieron superar en ningún momento a las que el público tiene costumbre de ver en Madrid.

Sea de ello, en fin, como fuere, lo cierto es que al llegar las fiestas de San Isidro, época en la cual todos los teatros madrileños tienen buenas entradas, por la gran población forastera que hay, se hallan Apolo con variedades—la primera vez que tal ocurre—y la Zarzuela con circo. ¡Triste resultado para el género chico español, recluido en novedades solamente, ya que las revistas de Martín pertenecen a otro género muy distinto!

Así resulta que la persona que hoy quiere escuchar en Madrid música española—de músicos españoles,—no tiene, aparte de esos dos coliseos citados, que son en realidad dos teatros de barrio, más que al Reina Victoria, en donde sigue aplaudiéndose la bella partitura puesta a *El Príncipe se casa!* por Pepe Serrano, y los conciertos matinales de los domingos en el Retiro, en los que la banda municipal ha tenido el buen acuerdo de recrear de nuevo los oídos de los madrileños interpretando preciosas páginas de nuestro repertorio de zarzuelas y sainetes, que parecían olvidadas o poco menos, con injusticia que ahora se está haciendo palpable.

Si el panorama que el género lírico nos ofrece es tan desconsolador, el género dramático, más boyante, ha sufrido también una pérdida de importancia con la muerte de «Parmeno». López Pinillos era un temperamento de gran autor. Veía y sentía los asuntos en grande y los desarrollaba con vigor y con teatralidad. Había conseguido, en Madrid al menos, numerosos adeptos, y dos o tres de sus estrenos últimos—*Esclavitud*, *La tierra* y *El caudal de los hijos*—habían sido resonantes triunfos. La muerte le ha sorprendido en la plena madurez de su talento y cuando hubiera hecho, seguramente, su labor más considerable. Dos obras, al parecer, dejó terminadas. Una de ellas, *Embrujamiento*, ha sido en Barcelona un gran éxito de público, del que ha participado Enrique Borrás, afortunado intérprete del personaje central. Obra de celos, de contrastes y de supersticiones, tiene las características todas del teatro de «Parmeno». Del modo de hacer y de la fuerza dramática de López Pinillos queda, como sucesor, un autor muy joven, que ya tiene personalidad propia: López Merino. Si trabaja y avanza todo lo que su labor anterior promete, pudiera llenar el hueco indudable que ha dejado la muerte del autor de *El enemigo*.

En los teatros de Madrid pocos estrenos ha habido en estos últimos días; en cambio, han abundado los

beneficios. En el de Irene Alba deleitose el público con un nuevo entramado de los señores Alvarez Quintero, titulado *Cabellos de plata*, todo ingenio y delicadeza, habilidad y galanura. En el de Bonafé se estrenó ayer, con vario resultado, un juguete cómico en dos actos, de los señores Muñoz Seca y Pérez Fernández, que tiene por título *La encerrona*.

Los estrenos del señor Muñoz Seca—los de obras cómicas, se entiende,—se caracterizan por lo que se parecen a sucesivas batallas, que se van ganando o perdiendo al través de la representación. En la producción de este fecundísimo y popular autor, hay dos tendencias distintas: la que le encamina al teatro verdad, que busca en la realidad el interés y en la observación la gracia, y la que le lleva por los derroteros del disparate, en pleno reino de astrakán. Esta segunda modalidad es la que le ha dado popularidad y dinero; sin embargo, como es un verdadero autor y un hombre de ingénito buen gusto, en cuanto puede hace una obra a su placer, y así, *El roble de la Jarosa*, *La verdad de la mentira* y *La señorita Angeles*, son preciosas comedias que hacen honor al señor Muñoz Seca. Pero el público, que, en honor de la verdad, va estando un poco cansado de las estrakanadas, aún exige al autor de *El rayo* nuevas obras distocadamente cómicas. Y el infatigable autor las hace rápidamente, aun a riesgo de que no todas resulten de las condiciones apetecidas. Estas obras, aparte de unas cuantas situaciones graciosas, tienen que tener, porque ya el público los espera, una serie ininterrumpida de chistes y retruécanos de todos calibres y marcas. Y de ahí, lo que antes decía: cada chiste es por sí una batalla que se gana o se pierde, según haga o no reír. Y en uno u otro caso, al final el público se muestra tacaño en el aplauso: si los retruécanos no le han hecho gracia, porque se ha aburrido; si le han obligado a reírse, porque le da rabia haberse reído «con esas gansadas», y reacciona, negando el aplauso a quien le ha divertido durante unas horas.

Pero la excesiva confianza que, a pesar de todo, tienen con el público el señor Muñoz Seca y su asiduo colaborador el señor Pérez Fernández, les hace excederse en la medida del chiste. Y cuando esto sucede, el público que otras veces les ha pasado atrevimientos parecidos, se ofende ahora y protesta indignado, diciendo que «no hay derechos». Efectivamente, ni en el teatro, ni en la novela, ni en la prensa, deben consentirse ciertas licencias; pero eso mismo debió pensarlo el público que aplaudió de buen grado chistes análogos, en los que los autores no hubieran insistido si antes no hubiesen sido alentados por los mismos que ahora se indignan. Ciertamente, si en estos momentos a broma, desde un escenario, los nombres de Berenguer y Sanjurjo, no es un exceso de discreción; pero la gente que con razón entiende que esos nombres no tienen para qué aparecer en vueltos en una farsa cómica, no debería reírse en la misma obra de alusiones burlescas al director de Orden público, al señor Cambó y a otras personas respetables. Por lo tanto, haya un poco de igualdad en el criterio.

Ya comprenderá el lector que todo esto viene a cuento de las protestas—algunas justificadas,—que levantaron ayer algunas frases de *La encerrona*. Lo malo no fué eso, porque con quitar esos chistes ya hubiese estado todo arreglado; lo malo es que la obra, por su falta de novedad en el asunto y en los tipos, fatiga y no llega a hacer gracia; por lo menos toda la gracia que sus autores se propusieron, seguramente; que tuviera. Por fortuna para ellos, estos autores son de los que se desquitarán dentro de unos cuantos días de este contratiempo; contratiempo que no tendría nada de particular que les diese más resultado económico que una obra fina de un superior nivel artístico. Bonafé, en un papel inglés, y la Alba, en una señora ridícula, procuraron dar a la obra el mayor relieve posible.

La compañía del Centro, que es una de las que mejores campañas han hecho esta temporada, marchará en breve. Fuera de *La señorita Angeles*, los estrenos más bien la han entorpecido que ayudado. Y ahí están, para no dejar mentir *El auto de fe* y *Los sucesos de Madrid*, que se hicieron una noche cada una.

Para substituir a las huérfanas de la Alba y Bonafé, viene la compañía de opereta Ozores-Puchol, dispuesta según se dice, a actuar durante todo el verano. El debut está proyectado para el 1.º de junio y el primer estreno será el de *El alma de Friné*, libro de Paso (hijo) con música de Fornes, que ha gustado mucho en varias poblaciones donde ya se ha representado.

En el Infanta Isabel ha habido también novedades: varios benefi-

cios—todos los que faltaban—y el estreno de una comedia de don Luis de Vargas, titulada *La señorita Simón*, que la gente escuchó con agrado. Pocas representaciones llevó esta obra, sin embargo, porque la compañía, con Paco Alarcón a su frente, se despidió el 12 del público de Madrid, para dejar paso a la otra compañía del mismo teatro, que dirige Francisco Hernández, muy aplaudida esta tarde al presentarse interpretando *Frente a la vida*. Como primera actriz viene Carmen Muñoz.

El Rey Alfonso se quedó sin estrenar la obra que preparaba para el beneficio de Salvador Mora; una enfermedad de este notable actor hizo aplazar el estreno, que se verificará ya en provincias. La compañía de Thuillier ha terminado ya sus tareas y marcha a Burgos, Barcelona—donde actuará mes y medio—y el litoral cantábrico. En el Rey Alfonso se presentará pasado mañana la que dirige Pedro Zorrilla, con repertorio exclusivamente cómico y con una obra de García Álvarez nueva, *La frutería de Frutos*, como plato de fuerza.

En Lara también hubo beneficio: el de Luisa Rodrigo, la joven y ya consagrada primera actriz que esta temporada ha compartido con Lola Membrives las preferencias del público de aquel teatro. Para su función de beneficio no quiso recurrir la señorita Rodrigo a estreno alguno: interpretó por la tarde *La fuerza del mal*, de Linares Rivas, y por la noche *Pipiola*, de los señores Alvarez Quintero, obra ésta que constituye uno de sus más legítimos éxitos, y que fué la que le sirvió hace un par de años para darse a conocer en Madrid, en una temporada de verano que realizó en el Gran Teatro. Ahora, la señorita Rodrigo ha confirmado las esperanzas que entonces hizo concebir. Si continúa estudiando puede llegar a obtener un puesto preeminente en la escena española.

En el Cómico, la compañía dramática nos ha ofrecido una comedia dramática, interesante y bien escrita, del señor Contreras Camargo, ya conocido como hombre de teatro por nuestro público, por los diferentes ensayos que anteriormente había hecho en el Español y otros coliseos menos importantes. *El secreto*—que así se llama la obra—tiene una acción derivada de un conflicto real: el miedo de la mujer casada, feliz en su matrimonio, a confesar a su marido un pasado desdichado. Este temor, que es humano, tiene por consecuencia el grave disgusto familiar—y sus derivados,—que se produce cuando el esposo se entera fuera de su hogar, de lo que debió saber antes de crearlo. *El secreto* satisfizo mucho al auditorio y continúa haciéndose en el Cómico. La campaña de Concha Torres, en conjunto, está siendo brillante.

Otra temporada modesta, pero, en cierto modo, provechosa, es la que realiza la compañía de Amalia Isaura. No estrena; se defiende con obras de repertorio, representando algunas, como *La chica del gato*, en las que la Isaura está muy bien, y que brindan la novedad de no haber sido hechas aquí más que por la Bárcena. En realidad los tipos de ingenua que para ésta escriben nuestros autores, son los que mejor se acomodan también a las aptitudes de la Isaura. No olvidemos su gran triunfo con *Madame Pepita*, de Martínez Sierra. Y al pensar que hay tantos buenos artistas dispersos, al frente de diversas compañías, no puede uno menos de desear ver alguna vez a varios de ellos reunidos, dándonos conjuntos que serían seguramente perfectos. ¿Podría apetecerse nada mejor?

G. FERNANDEZ SHAW.

De nuestra colaboración

MADRID TEATRAL

La temporada de Cora Laparcerie en la Comedia.—El arte de esta actriz y sus éxitos. «La danseuse rouge» y la Mata Hari.—«Mon homme» y su ambiente.—Una impresión poco favorable.—¿Y las obras de Jacques Richepin?—Otros estrenos: «El abogado defensor», en el Rey Alfonso.—Pedro Zorrilla, actor dramático.—«¡Al demonio se le ocurre!», en el Infanta Isabel.—«La villa silenciosa».—Más teatros que se cierran

Madrid 26 de mayo de 1922.

Cuando la temporada teatral toca a su término, ha llegado, y bien venida sea, la compañía francesa de Cora Laparcerie. Apareciendo se presentó en la Comedia, y ayer ha dado su segunda función. En ambas habrá formado seguramente un gran concepto del público de Madrid, que le ha llenado la sala y no le ha regateado sus aplausos. ¿Qué concepto, por su parte, ha formado el público madrileño de la artista francesa?

Cora Laparcerie no es una gran actriz, ni creemos que blasone de ello; es, sí, una excelente artista, de grandes atractivos, que sabe llegar al público, y que, en la comedia especialmente, ha tenido muchos y legítimos éxitos. De ahí su popularidad en París, sobre la cual no cabe la menor duda. Cora Laparcerie, que no es ninguna niña, aun cuando se halla ahora en la plenitud de sus facultades, ha convertido el teatro de la Renaissance, en el que desde hace varios años actúa, en uno de los predilectos del público de París. No es solo la fama de las fastuosas y artísticas presentaciones que este teatro ofrece; no es tampoco únicamente el género algo atrevido que en él con frecuencia se cultiva; es, además de todo eso, el arte señor y personal de la primera actriz, que encanta, entretiene y emociona.

El prestigio de Cora Laparcerie data, principalmente, de su boda con Jacques Richepin, el notable autor dramático, hijo del célebre poeta, autor de *Les chemins*, Jean Richepin. A partir de entonces, orientado su arte por caminos firmes y llevado el teatro con sabia dirección, se han sucedido en la Renaissance los triunfos de obras y de actriz. Es lástima que, por las dificultades que ofrecía traer el decorado y el atrezzo imprescindibles, no hayamos podido conocer las verdaderas creaciones que Cora Laparcerie hace, según se asegura, de la *Afrodita*, de Pierre Louis; de la *Lysistrata*, de Maurice Donnay, y de la protagonista de *Le minaret*, obra oriental de gran espectáculo, original de Jacques Richepin. Y no deja, asimismo, de ser sensible que este autor, que ha venido al frente de la compañía, no haya encontrado ocasión para darnos a conocer alguna de sus últimas interesantes producciones, que tan del agrado han sido del público cosmopolita de la capital de Francia.

Pero a falta de esas novedades, la compañía francesa nos ha traído otra que nada hubiésemos perdido con no conocer. Es indiscutible que *La danseuse rouge* apasionó mucho en París y fué un gran éxito de taquilla; pero aquí, fría y desapasionadamente, no hemos podido menos de encontrarla sumamente artificiosa y de muy escaso valor literario.

La analogía de su argumento con lo acaecido durante la guerra, en Francia, con la bella Mata Hari, fusilada por el delito de espionaje, hizo que la gente se interesase vivamente por una obra cuyo fondo y cuyo desarrollo son exclusivamente melodramáticos. Y aunque el autor, el conocido novelista Carlos Enrique Hirsch, jurara y perjurara que no había tenido ni un solo instante en el pensamiento, al escribir su obra, el recuerdo de la infortunada bailarina, lo cierto es que el público no cesó de encontrar analogías, y que hasta la concurrencia de anoche en la Comedia, se creyó trasladada, o poco menos, a aquel sangriento episodio de la contienda mundial.

Pero eso, en fin de cuentas, no es un inconveniente. Lo malo—lo desagradable mejor dicho,—es que el autor, aun intentando vestirla artísticamente, nos presenta toda una

serie de horrores que no pueden ser del agrado de ningún público imparcial. El Consejo de guerra, con fatigosas y crueles escenas; la prisión de San Lázaro y hasta los tiros que al final anuncian haberse cumplido la sentencia de la última pena, son cosas que, aunque hagan efecto, parecerán siempre de dudoso gusto. Claro que una obra de estas condiciones, con un personaje central que va pasando en sucesivas gradaciones desde las alturas de la adulación y del lujo hasta el fondo de la más terrible tragedia, tiene que tener momentos que se presten al lucimiento de una actriz. Y Cora Laparcerie, que ha estudiado el tipo con cariño, aprovecha esos instantes para transmitir las emociones dramáticas intensas, que en ellos se producen, con toda su fuerza de expresión.

Por su versión de la desgraciada Toutha hemos comprendido su feliz disposición para el género dramático. Emocionar en obras artísticas es más difícil que producir grandes entusiasmos con producciones de mérito. Y eso hay que conocerse a Cora Laparcerie.

Mon homme, representada ayer, es desde el punto de vista teatral, más entretenida; desde el punto de vista artístico, tan deficiente, y desde el punto de vista moral, más probable que *La danseuse rouge*. La obra de Francis Carco u André Picard había despertado en Madrid justificado interés. Se sabía que en ella figuraba la famosa canción, que da título a la comedia, y que, estrenada con gran éxito en París por Cora Laparcerie, ha recorrido todos los escenarios de Europa y logró el año pasado un triunfo en España al inclinarla el señor Cadenas en la partitura de la ópera *Los clavos rojos*. Ayer, escuchada la canción en su propia salsa, cantada por su creadora, le pareció a la gente aún más cruda y atrevida y ni siquiera se atrevió ésta a aplaudirla. Y es que el ambiente en que se desarrolla *Mon homme*—apaches, gigolletes y gentes de los más bajos fondos de París,—y el desarrollo del argumento, atrevido hasta unos límites inverosímiles—no hablemos de crudezas de frases,—hicieron en nuestro público una impresión de sorpresa que no pudo ocultar. Se comprende que en París, donde hay población de todos los gustos, numerosa aún para el cultivo de las aberraciones, pueda aplaudirse a diario una obra que suscita emociones malsanas. No quiera esto decir que en Madrid, por desgracia, no haya aficionados a esta clase de obras *gran guignolescas*, que se desarrollan entre el crimen y el vicio; pero la masa general de nuestro público, y desde luego, el que anoche fué a la Comedia, está muy lejos de necesitar esas excitantes antiartísticas, y no puede sacar más que una impresión pensosa de representaciones de esa índole.

Parece que *Mon homme* ha sido traducida al castellano. Si gusta en Madrid y da dinero, habrá que hablar muy alto de la pericia y la habilidad de los adaptadores o habrá que reconocer un cambio brusco en el sentido moral de nuestro público.

Cora Laparcerie, fogosa y ardiente—demasiado en ocasiones,—emotiva y dueña del gesto y del ademán, da en esta obra vida real a una figura que no puede ser simpática.

De la compañía, el señor Collin ha demostrado ser un buen actor.

Esta noche termina la breve temporada con *Zazá*, conocidísima al través de la Refane y otras ilustres artistas extranjeras, y de Rosario Pino, María Tubau y Margarita Kirgu, en su traducción española.

Dudamos mucho de que el público madrileño haya formado idea exacta del arte de Cora Laparcerie por las obras que la ha visto interpretar.

En el Rey Alfonso ha sustituido a la compañía de Thuillier la de Zorrilla, el gran actor cómico. Pero este «rey de la risa», como le llamó recientemente un cronista, ha querido recordarnos que es también un gran actor dramático. Y antes de «destaparse» con la prometida obra de García Alvarez, ha estrenado una comedia del dramaturgo italiano Mario Morais, traducida por don José Nogué Masó, con el título de *El abogado defensor*. Es una obra con un tipo, muy bien entendido por Zorrilla y con una tendencia sana, que acaso por el contraste con las de la compañía francesa, parece aún más plausible.

Trátase de un nuevo rico que no olvida su origen humilde y hace que los suyos tampoco lo olviden. Hombre de corazón y de conciencia, no se ha desvanecido con el brillo del oro. Ha dado a su hijo una carrera y el muchacho debuta como abogado, defendiendo a una muchacha que hizo desaparecer el fruto de unos ilegítimos amores. El padre se muestra encantado oyendo las ideas regeneradoras expuestas en la vista por su hija. Y cuando luego, en su casa, se encuentra con que Tina, la muchacha huérfana a quien recogió y educó en su hogar, ha sido engañada por su propio hijo, se erige en defensor de ella y consigue, con los mismos argumentos del abogado, restituir la paz y la moralidad a su casa. Es el padre honrado, el hombre digno el que habla entonces; y sus nobles acentos no pueden sino producir el efecto apetecido... que siempre es teatral.

Con Zorrilla, que hace una creación del simpático personaje, trabajan acertadamente Dolores Valero, María Cuevas y Amparo Martí, y los señores Gentil, Cobella y Porres.

En el Infanta Isabel, la compañía que dirige Francisco Hernández, estrenó un juguete cómico, del señor Acevedo—autor aplaudido en otras ocasiones,—titulado *¡Al demonio se le ocurre!*. Obra de movimiento, de situaciones equívocas y de mucha animación, cumple muy bien su cometido de hacer pasar, a los asíduos concurrentes a este teatro, un par de horas agradables. Se le podía achacar falta de novedad; pero, cuando tantas cosas insensatas se aplauden, ¿se va restar el elogio a una obra que por todo pecado tiene el de emplear recursos gastados? Empleando ese criterio íbamos a poder admitir con alabanzas muy pocas producciones cada año. Los del Infanta Isabel demostraron ser los meritisimos artistas de siempre.

Terminó Concha Torres en el Cómico su actuación. La última obra estrenada fué *La villa silenciosa*, loable intento dramático del notable novelista don Salvador Martínez Cuenco.

Lara se ha defendido, a última hora, reforzando su cartel con Isabelita Ruiz, bailarina de positivo mérito, y el Centro está dando las últimas funciones de la compañía Alba-Bonafé, que el año que viene actuará durante todo el invierno.

A medida que los teatros van cerrando, los comentarios sobre planes futuros van aumentando. Es lo de siempre. Lo que hace falta es que esos planes tengan, en general, mejor desarrollo que los que el año pasado se hicieron.

G. FERNANDEZ SHAW.

10-VI-912

De nuestra colaboración

MADRID TEATRAL

Los de Lara en Apolo.--Los elementos componentes de un buen negocio.--La «vista» de don Eduardo Yáñez.--Planes en Fuencarral.--La Isaura y su última campaña.--Zorrilla en el Rey Alfonso: «La frutería de Frutos o ¡qué colección de brutos!».--Los chistes de García Alvarez.--La compañía Puchol-Ozores en el Centro: «El amor de Friné».--El maestro José Fornes y su labor pasada.--El teatro y el «cine»

Madrid 7 de junio de 1922.

Los de Lara, en Apolo: he aquí la novedad más interesante de la decena teatral. ¿Por las obras que representan? No, porque todas son conocidas. ¿Por reformas notables en la compañía? Tampoco, porque las huestes artísticas de don Eduardo Yáñez no han experimentado la menor variación. Sencillamente por las consideraciones que suscita el hecho de que Apolo se haya vuelto a ver lleno, como en sus mejores tiempos, ya lejanos.

Hay empresarios que creen que para hacer negocio, lo que hacen falta son figuras preeminentes, que sean populares en el público. Un buen actor—dicen—equivale a varias filas de butacas seguras. Hay autores, en cambio, que proclaman como verdad incontrovertible el tan conocido adagio: «Obras son amores, y no buenos actores». Y la realidad se encarga de demostrar que ni los unos ni los otros están en lo cierto más que en parte, puesto que en Apolo ha habido, en la temporada pasada, buenos actores y obras excelentes, y el negocio, sin embargo, no ha podido ser peor.

Hace falta que se reúnan, además de obras y actores buenos, condiciones de comodidad y economía en los teatros—no olvidemos la carestía actual de la vida,—y presentaciones acordes con lo mucho que ha progresado el arte escenográfico.

Lara, durante este año último, lo ha reunido todo, menos una cosa: la comodidad del público para ir. Siempre ha sido un teatro apartado, que ha tenido por concurrentes asiduos las familias de la barriada cercana al mercado de San Ildefonso, y los verdaderos aficionados al teatro. Cuando ha tenido en el cartel una obra de mérito excepcional, Madrid entero, como es natural, ha desfilado por su sala; pero cuando, como este año, los éxitos han sido excelentes, pero no extraordinarios, su clientela, aparte de la aristocrática, que tiene sus días señalados, ha tenido que verse forzosamente reducida, por una causa que no podía ser prevista: las obras del segundo trozo de la Gran Vía, que han dejado la calle de la Corredera de San Pedro sin comunicación directa con la Puerta del Sol. De este modo, el que ha querido ir este año a Lara, ha demostrado ser un verdadero admirador del género y de los artistas de aquel teatro.

Don Eduardo Yáñez, que se dio perfecta cuenta de esto, vió con toda claridad el negocio que podía ser trasladar su gente a Apolo—felizmente fracasado con las *varietés*,—siempre que diese a la temporada un carácter económico. Y, dicho y hecho: hizo el traslado, y *Balaclán*, *¡Arrea, cachero!*, *El puesto de anti-quités*, y otras obras, están haciendo las delicias de un público numerosísimo. Este, en efecto, encuentra todo lo que puede apetecer: obras entretenidas, actores como Leocadia Alba, Ricardo Simó Raso y Carmen Jiménez, sobre cuyos méritos no es posible dudar un solo momento; teatro céntrico y cómodo, y precios reducidos. ¿Se puede pedir más?

Esto debería servir de ejemplo para lo sucesivo. Claro que una campaña de zarzuela es mucho más costosa—la orquesta, los coros y el archivo musical no son renglones despreciables,—pero a pesar de eso, el empresario que montase su negocio limitando sus aspiraciones de ganancia en esa forma, se aseguraría la obtención de ésta y prestaría un bien al género lírico, procurando fomentar la afición.

En el teatro de Fuencarral parece que se va a iniciar en breve una campaña encaminada en este sentido. Los precios serán módicos, y las presentaciones muy cuidadas. El repertorio será lo mejor del género, pues se va a rendir homenaje a los grandes maestros que cultivaron la zarzuela española. La presencia de Jacinto Guerrero en la dirección artística, es una garantía para el buen resultado de la campaña. En el mismo teatro continúa aún actuando, con general aplauso, la compañía de Amalia Isaura. No ha estrenado nada importante. Es lógico. Por requerirlo así la clase de público de aquel barrio, se ve precisada a cambiar el cartel casi a diario, lo cual supone para la compañía un gran esfuerzo, que apenas si la permite dedicarse a ensayos de obras nuevas. Y como a los autores de firma no les conviene estrenar en esas condiciones, se está dando el caso—y es una lástima—de que una actriz como la Isaura, de un temperamento y de una flexibilidad admirables, tenga que contentarse con representar obras ya conocidas de nuestro público, que tienen, además, el inconveniente de suscitar comparaciones. La Isaura se merece un buen teatro y una campaña larga en Madrid, con estronós de importancia y con mejor compañía.

En el Rey Alfonso nos dió a conocer Pedro Zorrilla la prometida obra de García Alvarez. El público no salió defraudado. Fue al estreno pensando solamente en que se iba a

reír, y lanzó grandes y sonoras carcajadas. Luego decía que la obra valía poco, pero no se atrevía a llamarse a engaño. García Alvarez le hizo reír valiéndose de toda clase de recursos, buenos y malos; y como eso era, por lo visto, lo conveniente, no pudo el público tomarse otra cosa en cuenta. Una vez más venció, pues, el saladísimo autor de *La alegría de la huerta*.

¿Qué es *La frutería de Frutos* o *¡qué colección de brutos!*? Pues un juguete cómico hermano de *La tragedia de Lavina* y de *El puesto de anti-quités*, que tiene un primer acto muy movido y gracioso, y un segundo menos afortunado. El asunto, en síntesis, es lo siguiente: Un padre que adora a su hija, y que quiere mucho también a un muchacho que frecuenta su casa; pero, en cuanto se entera de que los dos jóvenes se han enamorado, se indigna y cambia todo su afecto anterior hacia el muchacho, se enfada y oposición. ¿Cuál es el motivo de este cambio? Al final de la obra nos enteramos; pues, sencillamente, la causa es que el muchacho y la chica son hermanos; aquél, fruto de unos amores ilícitos que el padre ha ocultado, hasta que no tiene más remedio que confesar la verdad. Luego resulta que el padre se ha equivocado y que el muchacho no es su hijo, y todo acaba a gusto de todos.

El papel de Zorrilla es un tipo secundario: es el hermano de Frutos, que tiene por oficio el del «hombre anuncio». A su cargo corren los chistes más gordos de la obra, y justo es consignar, que la autoridad y la gracia personal del gran actor contribuyen en alto grado a que, por lo menos la mayoría de ellos, surtan el efecto deseado.

El resto de la compañía del Rey Alfonso compartió los aplausos de la concurrencia con Zorrilla y con el autor.

En el teatro del Centro, Irene Alba, Juan Bonafé y sus compañeros, han sido substituidos por el matrimonio Puchol-Ozores y los suyos. El buen éxito que la compañía que el año pasado presentaron obtuvo, les indujo a formar, hace unos meses, otro elenco parecido a aquél. Lo han logrado, y con él consiguen conjuntos muy estimables, que fué el principal mérito que se advirtió en la «Compañía Olímpica» del año pasado. La interpretación, cuidada en todos sus detalles, de *El amor de Friné*, dice mucho de lo que cabe esperar de esta compañía.

Ozores, como actor—gran caricato,—como director artístico y como autor de los figurines que en la obra se lucen, ha evidenciado una vez más que tiene cualidades muy apreciables para estar al frente de una campaña más larga que la que en el Centro se proponen hacer.

Ignoro si *El amor de Friné* es ya conocida del público valenciano. Si la conoce, sabrá que se trata de una opereta entretenida y vistosa, con una música muy agradable. Los li-

brelistas, señores Paso (hijo) y Fornes (don Rafael), se han limitado a buscar situaciones de lucimiento para el compositor, el sastre, el escenógrafo y el director de escena. Y todos éstos se han portado como buenos, especialmente el joven maestro José Fornes, a quien esperan muchos éxitos en el teatro. El caso del maestro Fornes merece ser comentado. Tiene veintitantos años y ya es catedrático, por oposición, del Real Conservatorio de Música de Madrid. Siendo abogado siguió la carrera de música, con tal aprovechamiento, que, al terminarla, hace dos años, le fué otorgado por unanimidad el premio extraordinario de composición. El año pasado salió a oposición la cátedra de Estética y Teoría de la música, y fueron tan notables los ejercicios que hizo, que, a pesar de tener como contrincantes a verdaderas autoridades en la materia, obtuvo la plaza, que este invierno ya ha desempeñado. Su afición al teatro le llevó a escribir una zarzuela (libro y música), que se estrenó ya hace algún tiempo en la Zarzuela. De entonces a ahora ha gapado de un modo considerable en técnica y en conocimiento del teatro. Como, además, es un correcto escritor, sus críticas de música, en el *Heraldo de Madrid*, tienen general aceptación. Un hombre que antes de cumplir los treinta años tiene en su haber la labor que el maestro Fornes ha hecho, da motivo para que en él se pongan esperanzas sobre su colaboración en la obra necesaria de resurgimiento musical.

La partitura de *El amor de Friné*, que está muy bien—de la que se repitieron varios números,—no es sino una muestra pálida de lo que puede hacer el joven y estudioso músico.

No hay más teatros de importancia abiertos. *La Reina mora*, sin embargo, se aplaude todas las tardes. ¿Dónde? Pues... proyectada por el cinematógrafo, en un teatro que acaba de inaugurarse con el nombre de «Sala de la Reina María Cristina». Los señores Alvarez Quintero y Serrano han adaptado la obra a la película, agregando episodios y conservándole toda la gracia y todo el ambiente del afortunado sainete que todos conocemos.

Ya están en cinematógrafo *La verbena de la Paloma* y *La Reina mora*. No creo que ello perjudique a las obras originales; más bien me parece que les sirve de propaganda, siempre que, como ésta a que me refiero, estén bien hechas. Por eso, los autores, lejos de poner dificultades, deberían no solo autorizar la proyección, sino hacer ellos mismos las adaptaciones. Ha pasado la época de ser el cine un rival del teatro; ya se ha convertido en un auxiliar suyo, que puede ser utilísimo. En saber aprovecharlo, para propaganda y efectos escenográficos, está la habilidad. ¡No siempre había de salir el teatro perdiendo!

G. FERNANDEZ SHAW

Biblioteca. F.J.M. Legado Guillermo Fernández Shaw.

18-VI-922

MADRID TEATRAL

Una comedia cómica y sentimental: «Nuestra novia», de don Antonio Paso y su éxito. Del reinado del astrakán al imperio de la sátira.--Los de Lara, siguen estando afortunados.--El beneficio de Teresa Saavedra en el Reina Victoria.--Los teatros que funcionarán este verano.--Las últimas funciones de Novedades.--Una nota interesante dada por los aficionados: dos obras de la Pardo Bazán, resucitadas

Madrid 15 de junio de 1922.

Dentro del teatro cómico de don Antonio Paso, *Nuestra novia* es una modalidad nueva y plausible. Tiene esta nueva obra, estrenada con éxito en el teatro de la Comedia, una finura de matices, una tan ponderada unión de los elementos gracioso y sentimental, y una casi total ausencia de retruécanos en el diálogo, que la hace totalmente distinta del género francamente *astrakanesco* que con tan gran fortuna ha venido cultivando estos últimos años el autor de innumerables juguetes cómicos, con y sin música, que han hecho las delicias de nuestro público.

Con *Nuestra novia* ha tenido el señor Paso un feliz hallazgo: el de un nuevo género, que puede producir el mismo provecho y más honra. He dicho antes que representa una novedad, y más bien pudiera afirmar que parece una resurrección; porque, en definitiva, el corte de esta comedia es el mismo de muchas divertidas obras, más ingenuas y más naturales que las de ahora, que hicieron felices a nuestros abuelos. La gracia está en las situaciones, y la comicidad del diálogo fluye, naturalmente, de cada situación graciosa. Los toquecitos sentimentales que tiene la obra le dan delicadeza y destacan más, por contraste, la parte cómica. Es algo de lo que hacen ahora los comediógrafos ingleses y norteamericanos—y ahí están *La muchacha que todo lo tiene*, *Rirri* y otras obras,—con la diferencia, de que *Nuestra novia* es menos infantil, menos candorosa, y posee, como aditamento que la avallora, una sátira que, si no llega a las sutilidades de Bernard Shaw en *Pigmalión*, sí pasa de las que tienen por costumbre servirnos, en las obras cómicas, los autores españoles.

Podrá discutirse si la sátira que ha puesto en su nueva obra es o no acertada, y si demuestra conocer poco o mucho lo que satiriza; pero de lo que no es posible dudar, es de que le ha guiado una excelente intención y de que ha conseguido, en el público, los efectos que se proponía. Y la gente, que no se detiene a pensar y solo sabe si lo ha pasado bien o mal, saca como consecuencia que *Nuestra novia* es una comedia muy amena y muy simpática, que se escucha con deleite no interrumpido y se aplaude con verdadero gusto.

Los personajes principales de la obra, son tres: Julita, una muchacha monísima, todo candor; Lázaro, un pintor impresionista, y Plácido, un químico que ha inventado un específico que no sirve para nada. La trama es muy sencilla: se reduce a que los dos muchachos, íntimos amigos, trabajan juntos y viven con la simpática Julita, por quien sienten un fraternal afecto. Para ellos es una compañera ideal, una camarada encantadora; pero ocurre lo que en el mundo y en las comedias sucede siempre: que Plácido y Lázaro se enamoran de la muchacha, y ésta viene a ser, para ambos, «Nuestra novia». La situación, sin embargo, es insostenible, siendo la propia Julita la que la resuelve, eligiendo a Plácido por esposo, y teniendo el gran sentimiento de no poder elegir también a Lázaro.

Esto, que da origen a una porción de situaciones sentimentales con su matiz cómico, es en la obra el pretexto para la sátira; ésta corre a cargo de todos los tances que se derivan del arte ultramoderno del pintor y de la química mixtificada de su amigo. Tanto los cuadros como el específico, absurdos y falsos, llegan a triunfar por virtud de los caprichos de la moda, y ambos modernistas logran la consagración del público, y, lo que es más importante para ellos, el aprecio económico de sus trabajos.

Conociendo el dominio de la técnica y la experiencia teatral que el autor de *El orgullo de Albacete* posee, fácil será formar idea de lo interesante y divertida a la vez que *Nuestra novia* resulta.

En la interpretación, la simpatía de la bella e inteligente señorita Rendón triunfó, en unión de la gracia personal de León y Tordesillas, y del acierto indiscutible que tuvo, en la composición de su personaje, el señor Gimbernat.

Con el refuerzo importante que para el cartel de la Comedia supone esta obra, y con el retorno de los días frescos, la sala del bello teatro de la calle del Príncipe está viéndose de nuevo como en los felices y no lejanos días de *Es mi hombre!*

Apoyo continúa su excelente temporada a favor del repertorio de la compañía de Lara. *El oficial de guardia*, *La madrina de guerra* y otras comedias, están logrando lo que no consiguieron las operetas y zarzuelas representadas en el invierno. El mayor acierto de la actual campaña está en no hacer estrenos; de este modo, explotando todas las obras estrenadas en Lara durante los últimos años, mueve todas las sema-

nas el cartel y puede seguir ofreciendo precios muy reducidos.

En el Reina Victoria celebró su beneficio Teresa Saavedra, convertida ya en primera figura, por merced de su figura y su elegancia, y por ausencia de otras figuras femininas de mayor relieve. La Saavedra comparte hoy con la Vilar y la Lledó las preferencias de los asiduos concurrentes al Victoria. Su carrera artística ha sido rápida, aunque no tanto como la de otras límples de opereta. En la temporada lírica que hizo el empresario Arturo Serrano, en la Zarzuela, hace seis u ocho años—temporada en que se estrenaron *El Príncipe bohemio*, *Margot*, *La vida breve* y *Marusa*—destacó, entre las segundas límples, tras, que pronto adquirieron ante el público personalidad propia: la Crespo, hoy retirada, según creo, de la escena; la Escuer, que, poseedora de una bonita voz y una preciosa figura; es ahora una excelente límple cómica que pertenece a la compañía de Anselmo Fernández, y la Saavedra, que, en la temporada siguiente a la antes recordada, confirmó la buena impresión de sus primeras actuaciones, representando la opereta de Millán, *Las ategres chicas de Berlín*, y otras obras de parecido género.

Pasó luego al Reina Victoria, y allí, poco a poco, fué subiendo de categoría, hasta que el año pasado, el papel del príncipe, en *El Príncipe Carnaval*, que lo vistió, cantó y bailó primerosamente, fué su consagración. Al llegar este año *El Príncipe se casa!*, la Saavedra siguió siendo protagonista de la obra, obteniendo, además, en algunos números, éxitos personales. Conseguido así el derecho a beneficio, lo tuvo, y bien brillante por cierto, la otra noche, teniendo la alegría de ver que la empresa había adornado con rosas toda la sala, y de apreciar el número de sus admiradores por los regalos y cestas de flores que llenaron su cuarto.

Dentro de muy pocos días habrá en el Reina Victoria otro beneficio: el de los autores de la obra, Cadenas y Serrano, pues *El Príncipe se casa!* llega en esta misma semana al centenar de representaciones.

El teatro del Centro alterna *El amor de Príncipe*, aún boyante, con *La amazona del antifaz* y otras operetas de la compañía Puchol-Ozores, y parece dispuesto a seguir abierto todo el verano.

También funcionará, a lo que parece, durante el estío, Estava, cedido por el señor Martínez Sierra a la compañía Alcoriza, que trae nueva serie de dramas policíacos. Prede ser un negocio, pues el sitio es inmejorable, y la compañía—si no ha empeorado desde la última vez que estuvo en Madrid,—es discreta y bien conjuntada.

La Isaura y Antonio Martiáñez han dado por terminada su actuación en el teatro Fuencarral; pero no se marchan de Madrid. No hacen más que cambiar de barrio, proponiéndose, dentro de unos días, inaugurar una serie de representaciones en la Latina.

Tienen en su favor la circunstancia de que Novedades—el teatro rival,—ha dado ayer cerrojazo. Hasta para este coliseo, que otros años se ha mantenido brillantemente en junio y julio, ha habido ahora consecuencias de la crisis teatral. La temporada última ha flojeado bastante, sin que ello sea imputable a la empresa, que no se ha apartado de las normas en ella acostumbradas, ni a los autores, que no han llevado obras mejores ni peores que otros años. En Novedades se ha advertido la carestía de la vida como en cualquier otro teatro, y ello ha sido todo. Y seguramente habrá muchos empresarios que se darían por archicontentos si se les asegurara la suerte que, a pesar de todo, ha tenido ahora la empresa de Novedades.

Dos días antes de terminar la temporada se estrenó un sainete, titulado *La ciega de Santelmo*, original de los señores L'Hottellerie y Vela, bien entonado y con gracia, que dio ocasión a que Gómez Bur, el excelente tenor cómico, demostrara su valía innegable. El beneficio de Vicente Aparici, director de la compañía, también fué una brillante función.

Pocas cosas más dignas de comentario han desfilado por los escenarios madrileños. Las notas más interesantes, sin duda, las han ofrecido los aficionados, porque a ellos se ha debido la notable interpretación dada al primer acto del drama *Cuesta abajo*, de la condesa de Pardo Bazán, y al monólogo de la misma *El vestido de boda*, en la función celebrada en el teatro de la Princesa como homenaje a la memoria de la ilustre escritora. No fué el género dramático el más dominado por la Pardo Bazán, pero aún así, el talento y la fibra de la famosa novelista hacen de estos trabajos escénicos unos documentos muy interesantes para el estudio de un tema tan discutido como el de las novelistas en el teatro. La señorita Rosario Muro dió una prueba más de

su flexibilidad y sus entusiasmos, y la señora de Pellicer, las señoritas de Viciosa y Guilián, y los señores Spattorno, García Aynet, Puig y Pellicer, contribuyeron a que el tributo de admiración a la gran escritora, rendido por una sala que Sus Majestades los Reyes presidían, fuera en todo digno de su prestigio y de su obra.

En los círculos teatrales se había ya de la próxima temporada y se citan teatros, obras y compañías con todo detalle. Como luego suele suceder que ocurre lo contrario de lo que se anuncia, bueno será que nos limitemos, discretamente, a esperar.

G. FERNANDEZ SHAW

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.

MADRID TEATRAL

Inauguración de la temporada en el Retiro.—La compañía italiana de operetas del maestro Pancani.—Estreno de «Madame de Thebes» y su resultado.—El maestro León Bard y sus éxitos anteriores.—La temporada en el Centro.—En Apolo: beneficio de Ricardo Simó Raso.—Unos cuantos recuerdos.—Obras policíacas en Novedades.—Hay que aliviar las molestias del verano

Madrid 27 junio.

He aplazado hasta hoy la presente crónica por el deseo de poder dar cuenta de la presentación, en el teatro del Retiro, de la nueva compañía de opereta italiana. Con la llegada del calor el interés teatral decrece en Madrid de un modo extraordinario y son contados los espectadores que ofrecen algo digno de la atención y del comentario.

La llegada de una buena compañía extranjera lírica—según los sueltos anunciadores—constituía, pues, una indudable novedad dentro de la inopia en que de algún tiempo vivimos. Y como el local no puede ser más fresco, por estar al aire libre, y como el público se halla cada vez más ansioso de sitios donde poder expansionar el ánimo, anteayer llenáronse los jardines y agoláronse las localidades para el teatro; pero el propósito no pasó, en el público, de un buen deseo. Por dificultades surgidas a última hora hubo de aplazarse la función inaugural y ésta no se celebró anteayer, favorecida, dicho sea de paso, por un entradón.

Y vamos a la compañía italiana y a la nueva opereta que nos dió a conocer. Desde aquellos afortunados días en que nos visitó, con su derroche de arte y de esplendidez, la de Caramba, siempre que viene una compañía italiana de este género, se la compara, con objeto de apreciar su mérito, con aquella. No podía ser ésta una excepción, y justo es decir que las huestes que acudieron al maestro Enrique Pancani distan mucho de poder rivalizar, por muchos conceptos, con aquella notabilísima compañía.

Hay en el elenco que anoche conocimos una figura de positivo relieve: la tiple cómica señorita Dora Tehor, que es una muchacha muy graciosa y muy expresiva, que trabaja con entusiasmo fácilmente advertible. Ayer conquistó, desde el primer momento, las simpatías del público. Fué un caso algo parecido a la Scilla, aquella tiple cómica de Caramba, que se hizo cartel en Madrid en una sola noche.

Con la Tehor se destacan en la compañía italiana la tiple cantante Dora Domar, de buena escuela y agradable voz; el tenor Enrico Borghese; Armando Gianni, que es un actor de positiva vis cómica; Guido Checehi y algunos más. En total forman un conjunto aceptable, que puede hacer pasar muy agradables ratos a los asiduos concurrentes a los jardines.

La presentación no responde a lo que nos tenían acostumbrados las compañías italianas de operetas. Tiene algunos detalles que están bien, pero en general es desigual, y junto a efectos de innegables pretensiones hay decorados que parecen de compañías españolas de tercer orden. Eso debían cuidarlo mucho las empresas, porque hoy el público, acostumbrado a que se le ofrezcan las cosas con arte y con lujo, puede volver la espalda a una temporada que tiene el máximo de probabilidades de ser un buen negocio.

La opereta estrenada por los artistas de Pancani se titula *Madame de Thebes*, tiene tres actos y es original su partitura de Leon Bari. Esta firma ya era una garantía de éxito. Leon Bari, como nadie ignora, es el seudónimo del maestro Lombardo, uno de los más populares de Italia, que se halla al frente—o se ha hallado hace poco,—de una compañía de opereta. Cuando surgió la guerra europea, en todos los países aliados dejaron de hacerse obras alemanas y austriacas. Wagner en los teatros de ópera, Strauss en los programas de conciertos y Franz Lehar y Leo Fall en los coliseos dedicados a operetas fueron los que principalmente sufrieron las consecuencias. En Italia, donde la opereta vienesa había producido, como aquí, una verdadera revolución, tuvieron los compositores nacionales el amor propio de crear la opereta italiana y se estrenaron una porción de obras que, si bien no consiguieron alcanzar al grado de elegante frivolidad de las austriacas, lograron en cambio una general aceptación y algunas los honores de la exportación a Francia y, luego, a otras naciones. La más famosa de éstas fué *La duquesa del Bal Tabarin*, aplaudida con calor en el Reina Victoria de Madrid y cuyo autor era el maestro Lombardo, que escogió el seudónimo de «Leon Bari» por aquello de que se parecía a los nombres austriacos y creía que podría así influir en la opinión de la gente. Esto era una equivocación, pues el público, que a la larga es el que tiene siempre razón y al que no hay modo de engañar, poco caso hubiera hecho de «Leon Bari», si éste no hubiese escrito para *La duquesa* una partitura inspirada, llena de ligereza y gracia.

En *Madame de Thebes* no estuvo el maestro Lombardo tan afortunado, lo cual no quiere decir que la nueva partitura no tenga núme-

ros alegres y fácilmente pegadizos, que son gratos al oído de quienes solo piden al teatro la proporción de unas horas de entretenimiento. Si no hubiese comenzado anoche la representación tan tarde y no fuese el acto segundo tan extenso, seguramente se hubiesen repetido varios números. Las páginas sentimentales son de felices melodías, y las cómicas muy movidas y simpáticas.

El libro de *Madame de Thebes* no es, ni mucho menos, un dechado de moralidad. Llevar a la escena un adulterio es siempre, por mucha sentimentalidad en que se lo quiere envolver, un tema escabroso de derivaciones, no siempre ejemplares. Los apaches *Miche* y *Babá*, que después de frecuentar los ambientes sociales más elevados, vuelven a caer en su Montmartre originario, son dos tipos que se hallan entre la opereta verdaderamente vienesa, los dramas policíacos y las obras *grand guignolescas*, a las que los italianos son tan aficionados.

De todos modos, la obra resulta entretenida, y sería injusto decir que la concurrencia no salió anoche satisfecha del espectáculo.

Como la compañía trae preparado un extenso repertorio, se le puede augurar una brillante y provechosa actuación.

La empresa explotadora de los jardines, que ha preparado para este verano una porción de atracciones cultas en consonancia con lo que se merece el público de Madrid, debe ver recompensado su esfuerzo, a todas luces innegable.

En el Centro triunfan ahora nuevamente *Los quidicos*, merced al arte de la compañía Puchol-Ozores. Después del estreno de *El amor de Friné* no ha representado más que obras de repertorio, y en realidad no le ha hecho falta más.

En Apolo celebró su beneficio Ricardo Simó Raso, y ello fué suficiente motivo para que el teatro se llenara. Simó Raso, a quien algunos críticos han motejado el haber claudicado en demasía ante el astrakanismo reinante, posee bastante personalidad para no haber perdido, artísticamente, en el concepto elevado en que desde hace años se le tiene en Madrid.

Cuando apareció, sobre el mismo escenario de Apolo en que ahora es Rey, interpretando en unión de Panzano *Los dos pilletes*, todo el mundo descubrió en él un gran actor. Así era, en efecto, y la carrera de Simó Raso, pródiga en éxitos, fué segura y brillante. En Lara obtuvo su consagración, y las creaciones que del avaro de *Los intereses creados* y de otros tipos hizo serán inolvidables en cuantos las presenciemos. A Simó Raso se le encontraba una gracia natural innegable, pero sobre todo, un acierto extraordinario en la composición de los personajes. En la caracterización estaba y está su fuerte. Simó Raso era distinto en cada obra, y siempre sorprendía por una nueva modalidad de su figura.

Estando él al frente de la compañía cómica que actuaba en el teatro Cervantes—en la que se estrenó *Fortunato*, la preciosa comedia de los Quintero, que nunca ha sido apreciada en su verdadero valor,—llevó Muñoz Seca al teatro *Trampa y cartón*. Fué el éxito que todo el mundo recordará; tan decisivo, que Muñoz Seca insistió en el género, hizo *El modelo de Virtudes y su cur XXI*, y lo mismo él, que Simó Raso, intérprete de todos los protagonistas de estas obras, se vieron metidos, por la misma fuerza de la corriente popular, en pleno astrakanismo.

No fué, por tanto, suya la culpa de la aparente claudicación; y así como Muñoz Seca en *La señorita Angeles*, en *La verdad de la mentira* y en otras obras, ha vuelto por los fueros de su buen nombre literario, Simó Raso, en su actuación última de Lara, interpretando tipos complejos, ha demostrado que quien tiene aptitudes artísticas las aprovecha siempre que se le presenta ocasión para ello. Su interpretación del personaje episódico de *Así es la vida*, prueba lo que decimos, y *Bataclán* no se hubiera podido hacer en Madrid de no haber un actor de la flexibilidad de talento de Simó Raso.

En su beneficio de Apolo fué, con justicia, aplaudido y agasajado.

En Novedades ha comenzado a funcionar una compañía de obras policíacas que se presenta bajo el nombre de «Renacimiento». Es el director artístico y principal proyeccionador dramático, don Javier de Bur-

gos, y a su pluma se debe, en colaboración con la de don José Mesa Andrés, el primer drama estrenado, que abunda en trucos escenográficos y en efectismos de acción. Todas las campañas de género melodramático que se han hecho en Novedades han tenido en aquel populoso barrio gran aceptación. No hay por qué pensar que esta de ahora vaya a ser una excepción.

Zorrilla terminó su temporada en el Rey Alfonso. Y la Comedia y el Reina Victoria, haciendo frente al calor, siguen dispuestos a aliviarnos una parte, al menos, del siempre insupportable verano madrileño.

G. FERNANDEZ SHAW.

Madrid teatral

Mirando a la temporada que viene.—Los proyectos que hasta ahora se saben.—Teatros y compañías que se reforman.—Las novedades últimas: las operetas «Donde canta la alondra» y «¡Adios juventud!»—Esperando una obra de Mascagni.—Un nuevo sainete de Casero.—Los de Laña terminan en Apolo.—Satisfacciones del maestro Bretón

Madrid 6 de julio de 1922.

Pocos teatros hay abiertos; pero la actualidad teatral no falta. Lo que ocurre es que en vez de estar en las salas y en los escenarios, está en los círculos, corrillos y tertulias de café. Se comprenderá con ello que lo interesante, en vez de ser los estrenos actuales, es la temporada próxima, en torno a la cual giran las conversaciones de los mentideros. Hay muchas cosas resueltas y muchas por ultimar; pero ya andan por ahí gentes madrugadoras que lo saben y lo adivinan todo, y merced a ellas y a algunos crónistas bien informados, sábese, sobre poco más o menos, lo que serán las campañas de verano y de otoño en Madrid. Y de algo de lo que se dice he de hacerme ahora eco.

El Real hará en su futura temporada algunas innovaciones. Puesta sobre el tapete la cuestión de la nacionalización del Teatro Real, la empresa procurará dar la razón a don Luis París, que ha proclamado los deseos de aquélla de fomentar el arte lírico español. Veremos, pues, desde luego, *La Dolores*, interpretada por Ofelia Nieto e Hipólito Lázaro, que tan gran éxito han obtenido cantándola en Buenos-Aires. Y habrá uno o dos estrenos de obras españolas.

La Princesa funcionará con la compañía de la casa, o sea con la de Guerrero-Mendoza, que tiene, según los telegramas, el refuerzo de Emilio Thuillier, reintegrado a su antiguo puesto. Pepe Santiago, en cambio, se ha separado de la compañía, y se habla de que piensa formar una, con Isbert y otros elementos valiosos.

En la Comedia actuarán los mismos artistas que este año y algunos más, como el joven actor señor Perales, que se distinguió mucho interpretando *La señorita Angeles*, en el Centro.

En éste se abrirán las puertas de nuevo en agosto, para que Luisita Puchol, Ozores y los suyos, trabajen un par de meses, dejándolo luego el escenario libre a Bonafé y la Alba, que vienen este año por todo el invierno, con evidente contrariedad para Borrás, que si quiere actuar en Madrid tendrá que buscar teatro adecuado.

Eslava, Lara, el Infanta Isabel y otros teatros de comedia, continuarán sus campañas anteriores sin modificaciones sensibles, y el Rey Alfonso tendrá, según se dice, por primera figura, a Paco Alarcón, que es uno de los actores cómicos que tiene entre nuestro público más simpatías.

En los teatros de zarzuelas, revistas y operetas, habrá más novedades. Despierta gran interés la inauguración de Apolo por la compañía Velasco, ya conocida en Valencia. Se dice que la inauguración será con el *Ave César*, de Borrás y González Pastor, música de Lleó, y los comentaristas cuentan y no acaban de las bellezas de la partitura, que supera, según ellos, a todo lo hecho hasta ahora por el inspirado autor de *La Corte de Faraón*. Después de *Ave César* vendrán los estrenos de *El arco Iris* y de *La señorita del Año*; y luego, Dios y Eulogio Velas lo dirán.

Con la Zarzuela no se podrá contar, pues parece que ha sido subarrendado al empresario señor Fraga, explotador de numerosos teatros en el Noroeste de España, quien se propone cultivar la película con todas sus consecuencias.

En el Cómico, en cambio, habrá compañía de género chico para hacer sainete, zarzuelas y revistas. El teatro, subarrendado por diez años por el empresario argentino señor Losada, va a sufrir una reforma considerable. Ya ha entrado en él la piqueta, lo cual quiere decir que hasta octubre no podrá inaugurar. No sería extraño que por ser éste el teatro más dedicado al sainete lírico, fuese el que estrenase las obras de este género de los señores Alvarez Quintero y del señor Arniches, que han servido para el concurso de partituras de la Sociedad de Autores.

Una temporada de arte lírico bien orientada, y con garantías de provecho, es la proyectada por el maestro Guerrero y unos amigos suyos en el teatro Fuencarral. Al frente de la compañía viene Eugenio Casals, gran director y excelente artista, y entre los elementos ya contratados figuran la Rossy, la Castrillo y la Salvador. Harán repertorio de zarzuelas, grandes y chicas. Antes de esta campaña habrá una breve, que comienza esta noche, de Francisco Gómez Ferrer y su elenco. Debutan con *Mar y cielo*, para presentación del señor Medrano, primer actor de la compañía.

Martín y Novedades parecen decididos a continuar por los respectivos caminos que les han dado provecho igual o parecido y honra distinta.

Y Loreto Prado y Enrique Chico, que no quieren dejar de actuar en Madrid, lo harán en Price, donde

es posible que hagan más negocio que en el Cómico.

En cuanto al Retiro, apenas termine la compañía italiana de operetas, debutará la de Barreto-Balaster, que ha actuado mucho por Portugal y Galicia, y es aún desconocida, como tal conjunto, en Madrid.

Ya que habló del Retiro, referiré las novedades que nos ha ofrecido el maestro Pancani últimamente. Después de *Madame de Tebes*, se estrenó *Donde canta la alondra*, opereta con música de Franz Lehár, que, como todo lo de este autor, es un encanto. No tiene, sin embargo, la partitura fuerza suficiente para lograr un triunfo de la categoría de *Eva*, *La viuda alegre* o *El conde de Luxemburgo*. Es toda ella agradable; abundan los números elegantes y delicados, y en todos se advierte la personalidad del famoso compositor vienés.

Pero... por algo la compañía Bargués, que actuó la primavera última en Apolo, y que la traía en su repertorio, no se decidió a estrenarla. Representada en una temporada de verano, sin más fin que el de variar el cartel una noche y con el libro en italiano, ha podido ser un éxito. Y a los dos días se ha estrenado *¡Adios, juventud!*, del maestro Pietri. Esta, que empezó siendo una opereta, terminó en comedia; en una preciosa comedia, tiernamente sentimental, que aplaudimos en el teatro Eslava, traducida con el mismo título. El argumento, la fábula de los amores de los estudiantes alemanes, es el mismo. Las situaciones musicales están bien aprovechadas por el compositor; pero, en conjunto, la obra parece más endeble que la otra. Es, teatralmente hablando, como el bocato que sirvió para hacer después el cuadro definitivo.

En todas las operetas representadas ha seguido destacándose Dora Dormán, actriz de positivos méritos, que es el alma de la compañía Pancani. Hoy se estrena *Agua mansa*, también de Pietri, y el domingo, *Si*, de Mascagni, que es la mayor atracción que traen en su repertorio los artistas italianos, y que, indudablemente, ha despertado curiosidad en nuestro público.

En Apolo demostraron los de Lara la razón que les habla asistido al no querer estrenar durante su actuación en el teatro de la calle de Alcalá. El público de los estrenos, en este coliseo es más exigente que el de los demás teatros, y el sainete en dos actos, de don Antonio Casero, *Estudiantes y modistillas*, que fué sometido a su sanción, y que en Lara hubiese obtenido seguramente una excelente acogida, consiguió en Apolo llegar a puerto felizmente, después de no pocos peligros de naufragio.

Cierto que el madrileñismo, en la forma que lo cultivó López Silva, y que lo mantiene Casero, es un género que, ahora por lo menos, tiene menos partidarios; cierto también que el ambiente de la obra es tan simpático como poco nuevo; pero no por eso deja de tener aciertos muy estimables y frases y situaciones muy felices que pregonan el ingenio, bien acreditado, del popular escritor.

Estudiantes y modistillas tiene un primer cuadro precioso: pintura de tipos, movimiento, gracia, cuanto, en suma, requiere un sainete para ser bueno, aparece hábilmente combinado. Si el segundo cuadro y el segundo acto se hubieran mantenido al mismo nivel, la obra hubiese procurado a Casero uno de sus mayores triunfos. Aún así, en las noches sucesivas al estreno, la gente la ha escuchado con mucho gusto, riendo sus situaciones y aplaudiendo al autor y a los intérpretes, entre los que figuran, en primera línea, Leocadia Alba y Simó Raso.

Esta es la última semana de los de Lara en Apolo. Con la obra nueva ponen cada noche un título de repertorio de los que más entradas han dado durante la temporada. El excelente resultado obtenido por la campaña, acaso anime a don Eduar do Yáñez para repetir la combinación el año que viene.

Registremos, para terminar, la inauguración de un precioso teatro de verano en el Liceo América, con una representación de *La verbena de la Paloma*, dirigida por el propio maestro Bretón, en la misma noche en que llegó a Madrid la noticia del enorme éxito logrado por su ópera *La Dolores*, en el teatro Colón, de Buenos-Aires. Parece que para el ilustre compositor español ha llegado la hora de las satisfacciones. Bien merecidas las tiene quien, como él, consagró al arte toda su vida.

G. FERNANDEZ SHAW.

Mañana
Página histórica.

19-VII-922

De nuestra colaboración

MADRID TEATRAL

La opereta en los teatros de verano.—Reaparición de Luisita Puchol, en el Paraiso.—El estreno de «Sí», de Mascagni.—La actuación de la compañía Barreto-Ballester.—La actualidad en otros teatros.—El concurso de la Sociedad de Autores y su resultado.—Ahora, de los músicos depende.—Todos los esfuerzos aunados, darían el resultado que se persigue.—Hay que ser optimistas

Madrid 17 de julio de 1922.

El extranjero que se diese ahora una vueltecita por Madrid y no conociera nuestra capital, formaría una idea equivocada de nuestro teatro si juzgaba por lo que en los coliseos veraniegos se representa. Solo dos compañías importantes actúan en la actualidad en nuestra capital, y las dos son de opereta; compañías españolas excelentes, formadas por elementos valiosísimos, pero dedicadas, por razones de imperiosa necesidad, a cultivar con preferencia el género extranjero, esperando sin duda el momento en que surjan más cuantas zarzuelas u operetas españolas de fuerza que vuelvan a colocar nuestro teatro lírico popular en el lugar de preeminencia que otras veces ha tenido.

Estas dos compañías están haciendo, en teatros desde luego inferiores a su categoría, temporadas muy brillantes y provechosas. Además realizan una obra digna de ser advertida por cuantos se preocupan por el porvenir del teatro. Antes, los parques de espectáculos al aire libre tenían suficiente para atraer, en las noches de estío, al público, con ofrecer un aceptable programa de *variétés*. Ahora, esto no tiene interés; las *variétés*, que siguen triunfando en sus grandes templos como Maravillas y Romea, han perdido importancia en los demás sitios, y el teatro vuelve a ocupar, en los escenarios grandes y pequeños, el puesto que indebidamente se dejó arrebatado. Quienes se acuerden de las *campanas aburridas e insignificantes* de otros años en el Paraiso y el Retiro, y las comparen con éstas que realizan las compañías Puchol-Ozores y Ballester-Barreto, no tendrán más remedio que reconocer lo mucho que el buen gusto y la sana alegría han salido ganando.

La temporada del Paraiso ha ofrecido una deliciosa novedad: la reaparición de Luisita Puchol, que vuelve a su arte, después de breve ausencia, con los mismos o mayores encantos de antes. Ha hecho *La duquesa del Tabarín*, que no había representado aún en Madrid, y los aplausos con que fue acogida su labor le demostraron dos cosas: la gran admiración que inspira, y las muchas simpatías de que disfruta entre el público madrileño.

En el Paraiso, Luisa Puchol y Mariano Ozores no harán, según parece, más que obras de repertorio; luego, como es sabido, pasarán a dar cuarenta funciones al teatro del Centro, donde estrenarán una obra en la que hay fundadas grandes esperanzas. Se titula *La pampelona*, tiene tres actos, y es la partitura de Jacinto Guerrero. Ya esta firma es una garantía de éxito.

La compañía Ballester Barreto ha venido a substituir, en el teatro del

Retiro, a la italiana del maestro Pancani, que nos brindó, antes de despedirse, las primicias de la opereta de Mascagni, *¡Sí!*. Al público le gustó la obra; pero le había gustado más, la noche anterior, *Agua mansa*, del maestro Pietri. *¡Sí!* está por debajo de la fama del gran compositor italiano; se advierte que éste ha querido hacer un juguete en medio de su labor seria y fundamental, y ocurre que, teniendo la obra números muy inspirados, y siendo en general la música agradable, no destacan con vigor más que aquellas páginas en que se asoma, sin querer acaso, el temperamento dramático del autor de la imperecedera *Cavalleria Rusticana*. Los números cómicos son ágiles y movidos, pero están a la altura de cualquier aplaudido músico de operetas.

El libro es trivial y fasto en absoluto de originalidad, pues a cada instante recuerda a *La duquesa del Tabarín* y a *El conde de Luxemburgo*. Se reduce su argumento a una serie de aventuras tejidas en torno de *Sí*, que es el nombre de una famosa cantante de Folies Bergere.

El preludio del tercer acto, en el que Mascagni hace alarde de su dominio de la técnica; un baile muy bonito del segundo acto, y el dúo del primero, fueron los números más espontánea y sinceramente aplaudidos.

Dora Domar, Dora Theor, Borgheise y otros artistas de la compañía, pudieron apreciar esa noche y la posterior de su despedida los muchos afectos que habían conquistado en Madrid durante su corta actuación.

Barreto y Ballester, con sus compañeros, se presentaron a la noche siguiente. Ambos son aquí muy populares; el segundo, como actor concienzudo y de talento, y como excelente director de escena; el primero, como gracioso tenor cómico, que ha sido casi un ídolo, varias temporadas, en el teatro Victoria Eugenia. Barreto era en este teatro una institución; por lo menos, se lo parecía al público. Cuando, hace ya tiempo, Ramón Peña, después de estrenar *El capricho de las damas* y otras obras, se separó de la compañía del señor Cadenas, destacóse en ésta la figura de Barreto. Sus éxitos fueron muchos y repetidos, y pronto fue una de las primeras figuras de la compañía. El doctor japonés de *La dama blanca*, el galán joven de *¡A ver si cuidas de Amelia!*, y el Sofía de *La duquesa del Tabarín*, le acreditaron como actor, no solo de gracia, sino de gran acierto para la composición de los tipos. Hace un año y pico, Barreto sintió el deseo de independizarse, y, como tantos otros—a mi juicio equivocados,—formó rancho aparte, arrastrando en

su salida del Victoria a Ballester y a Rafaela Haro. Los tres formaron nueva compañía, y en Portugal y en el Noroeste de España han cosechado, durante varios meses, aplausos y dinero.

Ahora, sin la Harito, pero con la señorita Nadal, buena cantante, y con Victoria Pinedo, bella y sugestiva, han venido a Madrid para dar razón de su existencia, y prepararse para una nueva *tournee*, que puede serles muy provechosa. Buen elemento es, en la compañía, el barítono Severo Uliverri, que tan excelente temporada hizo el invierno pasado, al lado de Ramón Peña.

La obra de presentación fue *La duquesa del Tabarín*, que les valió muchos aplausos. Luego han hecho *El duquesito*, de Luis Pascual Frutos y el maestro Vives. Parece que tampoco están dispuestos a estrenar en todo el verano.

En el teatro Fencarral, la compañía Gómez Ferrer sigue dando su breve serie de representaciones. Como es un elenco discreto y bien conjuntado, cuenta siempre con auditorio numeroso y bien dispuesto. Todos los días cambia el cartel, y hace perfectamente.

En el Reina Victoria actúa ahora Raymond, el gran ilusionista. En realidad, nada tiene de extraño que en el teatro de los trucos congregate a la gente un hombre cuyo repertorio es una serie de juegos de magia. Raymond, al servicio de Cadenas, buscando efectos sorprendentes, sería para el invierno una positiva adquisición.

En Novedades, la compañía de dramas policíacos continúa meliendo el corazón en un puño a los ingenuos y entusiastas espectadores de la calle de Toledo. Todas las semanas un estreno, y en cuanto uno afloja, dos. Ahora está de tunda *El secreto del doctor Wolfrau*. El secreto es del señor Burgos y sus colaboradores, que han conseguido ver llena, a pleno calor, la sala del enorme teatro. Y es que el género policíaco, como antes el melodramático, tiene un constante número de adeptos que siguen las peripecias de una acción accidentada con el mismo interés que una película de aventuras, y con la misma ansiedad que uno de aquellos antiguos folletines por entregas que hicieron las delicias de las abuelas de nuestras cocinas.

Por fortuna, parece que ahora nos encaminamos con paso firme hacia la resurrección de la zarzuela española. El fallo dictado por el Jurado calificador del concurso abierto por la Sociedad de Autores, así permite esperar. El resultado no ha podido ser mejor; nueve obras premiadas, y ocho consideradas también como dignas de representar, con bonitas partituras. Si, como es de esperar, los compositores españoles de primera fila corresponden al esfuerzo de la Sociedad, del Jurado y de los libretistas, haciendo la música que pueden hacer—ya que saben, y que los libretos, puesto que han sido premiados, reunirán seguramente muchas situaciones líricas,—no tardaremos en ver de nuevo floreciente un género que había decaído y que no debe desaparecer porque es genuinamente español.

De los músicos depende ahora el porvenir de nuestro teatro lírico; cuentan con libros valiosos y con el apoyo decidido de la Sociedad de Autores para que las obras se estrenen en buenas condiciones. ¿Se puede trabajar con mayores alicientes?

Claro que no todo lo pueden hacer ellos. En mi opinión, los esfuerzos de cada autor, si son aislados, lograrán acaso la recompensa merecida; pero la obra de resurrección del género no se conseguirá más que uniendo todos ellos en una sola campaña, en un solo anhelo. Si hubiese un empresario—llámesle Asociación o particular,—con arrebato para arrendar un teatro grande, llevando una compañía buena, siempre que se le reservase el derecho a estrenar todas las obras premiadas, haría por el arte lírico nacional más beneficio práctico que una campaña con pretensiones en el Real. No sería difícil de encontrar tal empresario, pues nueve obras nuevas, de músicos de fama y de libros reconocidamente valiosos, no son de desdeñar ni mucho menos, y jamás ha contado una empresa, al comenzar una temporada, con una preparación semejante. Ese sería el único medio de que todas las zarzuelas y sainetes galardonados obtuviesen una pronta y adecuada interpretación, y, como consecuencia, una rápida difusión por España, que es lo que necesitó el género.

De todos modos, bueno es que, por el pronto, se haya demostrado que hay escritores en quienes se puede confiar mucho en el día de mañana. Y no todo habían de ser perspectivas teatrales pesimistas.

MADRID TEATRAL

Un simpático teatro de verano.—Las «varietés» declinan.—Una nueva tiple cómica de porvenir.—Estreño de una opereta de autores valencianos.—Exito de «Por la ventana». Los preparativos para la temporada de Fuencarral.—«La alsaciana», Sagi-Barba y los pueblos de Cataluña.—En Novedades: una obra de actualidad en perspectiva

Madrid 25 de julio de 1922.

Desde ahora cuenta Madrid con un nuevo teatro. No podemos decir que es un palacio del arte, pero tampoco habría razón para menospreciarle y no darle la importancia que merece. Teatro modesto, no aspira más que a hacer pasar unas horas agradables a los madrileños que le honren con su asistencia; «Teatro de Verano» se llama, y así es, en efecto, porque solo en estos meses va a funcionar como tal, ya que su débil armazón no le permitirá arrostrar los rigores del duro invierno; y correspondiendo a su título, la compañía que en él se ha presentado no tiene tampoco grandes pretensiones, no intenta hacer la competencia a nadie, y solo quiere satisfacer al público, poniendo en su labor un entusiasmo, un buen deseo y una tenacidad verdaderamente plausibles.

Si este teatrillo se hubiese inaugurado hace tres o cuatro años, habría sido dedicado a las *varietés*; pero hoy este género, si es malo, lo rechaza el público, y si es bueno, le cuesta a las empresas caro. Es lo que decía un antiguo empresario de variedades, enriquecido en el negocio, comentando los sueldos que da Campúa a las artistas notables en Maravillas: «Este Campúa ha estropeado las *varietés*».

De estas cosas ha salido beneficiado el teatro hace años preferido por las cupletistas y bailarinas, y por el cinematógrafo. Como el ave Fénix resurge entre sus cenizas y vuelve a ocupar el lugar que merece. Así, este «Teatro de Verano» se ha inaugurado con una temporada de zarzuela, en la que, como fin de fiesta, y como elemento secundario, figura una artista de *varietés*. Claro que el repertorio de género chico que ha comenzado a representar es propio para paladares un poco fuertes, pero si como defensores del buen gusto en la escena hemos de lamentar esas excepciones a los gustos populares, cada vez menos depurados, no por eso dejarnos de alegrarnos por el nuevo escenario conquistado por el teatro, y de reconocer el acierto tenido por la empresa al reprisar una obra del éxito de *Las Corsarias*, no representada en ningún coliseo próximo a la populosa plaza de Antón Martín, que es donde se encuentra el nuevo «Teatro de Verano». El numeroso público que acude a diario a éste, prueba lo bien visto que ha estado el negocio, y cómo no es muchas veces culpa de las obras ni de los autores el fracaso de las temporadas.

En el Retiro, la compañía Barreto-Ballester nos brindó una novedad interesante: el *debut* de la señorita Encarnación López, hija del notable tenor Rafael López y nieta del veterano don Pablo, que es apenas una mujer, y que reúne cualidades, ya sobresalientes, de tiple cómica. Se presentó con *El Duquesito*, de Frutos y Vives, y obtuvo un éxito creciente desde las primeras escenas. En noches posteriores la misma compañía ha presentado, excelentemente por cierto, *Las verónicas*. Según algunos periódicos, Barreto y Ballester están a punto de separarse para formar dos compañías aparte; es sensible, porque habían llegado a formar un cuadro artístico muy aceptable, con obras muy bien ensayadas, distintas en general de las que forman la base de casi todas las compañías españolas y extranjeras de zarzuelas y operetas. Quizás no sea todo más que un nuevo chisme de entre bastidores que añadir a los muchos que ruedan por ahí en estos días. Y sería de desear que, en este caso, lo fuera.

En el Paraíso, Ozores y la Puchol, que han *reprisado* el gracioso sainete *El chico del cafetín*, de Llores y Asenjo, cosechando muchos aplausos, estrenaron anoche una obra de autores valencianos, que ignora si en Valencia se conoce ya. Los libelistas son los señores Sofer Peris y F. Miñana, y el compositor el maestro Balaguer, autor de muchas partituras muy aplaudidas ahí, pero hasta ahora ignoradas del público madrileño. Sin embargo, como todo se sabe, la noticia de los éxitos de Balaguer era sabida desde hace tiempo por estas tierras, y el estreno despertó por eso verdadero interés, que se tradujo en una preciosa entrada en el Paraíso, a pesar de lo extremadamente fresca que estaba la noche, pues no sé si sabrán los lectores de Valencia que llevamos unas cuantas noches en que Madrid parece poco menos que una estación veraniega. ¡Hasta gabanes se ven de cuándo en cuándo!

La nueva obra se titula *Por la ventana*, tiene un acto, y justo es decir que no defraudó un solo momento a quienes esperaban mucho y bueno de libretistas y compositor.

El libro es una caricatura o parodia de las operetas; con lo cual resulta una opereta más. Ocurre la acción en París, y el argumento es una trama de amor que entretiene

durante una hora muy agradablemente.

La música, toda ella muy inspirada, tiene números ágiles y bien vistos, que fueron muy del agrado de la concurrencia, especialmente una romanza bien cantada por María Puchol, un quinteto cómico, unos hablables y una canción cómica, varios de los cuales obtuvieron los honores de la repetición.

María Puchol demostró nuevamente sus condiciones de cantante; Ozores y Bari estuvieron muy graciosos, y las señoritas Cerrillo, Pozuelo y Pintado, y el señor Carrasco, secundaron con discreción a las primeras figuras. Los autores fueron que saludar al final varias veces desde la escena, reclamados por el aplauso del público.

En el mismo teatro se prepara ahora el estreno de un vodevil en tres actos, con música de Gilbert, titulado *La señorita del teléfono*, en el que parece que hay fundadas muchas esperanzas.

La notable compañía que, bajo la dirección del maestro Jacinto Guerrero, comenzará a funcionar el 4 de agosto en el teatro Fuencarral, cultivando zarzuelas españolas, ha comenzado sus ensayos en el escenario del Español. Allí, en torno de Guerrero y de Eugenio Casals, se perfilan ya las obras que compondrán el cartel inaugural, y se preparan las que han de sucederlas. Se ha publicado ya la lista de la compañía, y se han hecho públicos los propósitos de la empresa, que se reducen a cuidar de un modo extraordinario el repertorio y estrenar solamente cuando éste flaquea. Una nota de las más interesantes de la temporada, será el reestreno de *La alsaciana*, obra que fué dada a conocer en malas condiciones al público madrileño por una condescendencia de sus autores, deseosos de favorecer al empresario de Apolo, don Eduardo Vila. Entonces, *La alsaciana*, que lleva en Barcelona varios cientos de representaciones, solo pudo alcanzar en Madrid, a pesar de su éxito, unas treinta o cuarenta, sin que llegara a popularizarse su música en los términos que en el resto de España. Interpretada ahora por buenos cantantes—tan buenos como los de Apolo, por lo menos,—esperan Ramos Martín y Guerrero mucho de su zarzuela, y pueden esperar, a juzgar por el resultado que en otras partes han conseguido. Prueba de esto es que el gran Sagi Barba y Luisa Vela,

que se han contratado por un precio muy respetable para realizar este verano una *tourné* por los pueblos de Cataluña, llevan como obra de fuerza *La alsaciana*, que es la novedad lírica más interesante del año, y en la que Sagi Barba obtiene un triunfo personal indiscutible.

A propósito de esta *tourné*, por cierto se han hecho en algunos círculos teatrales de Madrid juicios censurando el hecho de que Ramos y Guerrero hayan impuesto el pago de cincuenta pesetas como mínimo por cada representación de *La alsaciana* en los teatros de Cataluña, y diciendo que de ese modo se dificultaba en vez de favorecer la vida de las compañías modestas. Los que tal cosa dicen, no se han fijado en que los autores han reducido su imposición a Cataluña; y es natural que así lo hicieran, desde el momento en que casi todos los programas de ferias de los pueblos catalanes están hechos a base de *La alsaciana*, cantada por Sagi Barba. Y cuando las empresas no han dudado en ofrecer miles de pesetas al gran cantante por cada actuación, lo menos a que los autores—la otra parte que da el dinero—tienen derecho, es a marcar, en concepto de propiedad, una cantidad muy pequeña en proporción con la del contrato del artista; pues la mayoría de los pueblos de la excursión, de no existir esa determinación previa de los autores, hubiesen pagado, como tienen por costumbre, de diez a quince pesetas por acto, cuando no cinco o seis.

En el teatro Novedades, donde ahora se emociona la gente con *Los misterios de Nueva York* y otros melodramas policíacos de los señores González del Castillo y Burgos, preparan un estreno de actualidad, bajo el título de *Prisionero en el Rif*. Con mucha habilidad y no poca discreción tiene que estar hecha la obra para no herir sentimientos muy respetables y no resultar, en estos momentos en que las negociaciones para el rescate parece que van de veras, inoportuna. Como el estreno será dentro de unos días, pronto saldremos de dudas.

Y con lo dicho y lamentar la actitud de hostilidad existente entre el señor Fraga, empresario de treinta y tantos teatros españoles y el Sindicato de Actores, pongamos punto por hoy, en espera de mejores tiempos y más interesantes novedades.

G. FERNANDEZ SHAW

Licenciado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.M.

13-8-922

MADRID TEATRAL

La Asamblea de actores y el señor Fraga.—«¡Nosotros ya lo tenemos arreglado con nuestro empresario!»—La temporada lírica de Fuencarral.—La orientación que supone. Un homenaje a Chapí y un éxito para la compañía de Eugenio Casals.—¡Un buen director!—Las compañías de Barreto-Ballester y de Ozores.—El estreno de «Prisioneros en el Rif».—Otras notas de actualidad

Madrid 5 de agosto.

Asistíamos anteanoche a la Asamblea del Sindicato de Actores, en el teatro de la Princesa. Paco Méana explicaba a sus compañeros los agravios que los artistas tienen del señor Fraga, y les exponía la ineludible necesidad de que, a costa de los mayores sacrificios, y con la suma de todos los esfuerzos, se aprestasen a la lucha contra ese empresario, que, en los numerosos teatros que tiene arrendados en diferentes puntos de España, piensa funcionar únicamente con películas, restando así a los actores españoles, y, por consiguiente, a los autores, un número importante de escenarios. Se acordó ir a la lucha y dar un voto de confianza a la directiva, para que proceda respetuosa, pero enérgicamente. Y con este, la Asamblea parecía terminada. No fué así, sin embargo. Varios actores apuntaron otro peligro: el de que los demás empresarios hicieran causa común con el señor Fraga. Por imposible se desechó pronto la suposición, no sin que la sospecha dejara de hacer inquietante efecto en el concurso. La Asamblea siguió para ocuparse de cosas más baladíes, y entonces, Jacinto Guerrero, acercándose a mí y sonriendo, como siempre, murmuró: «Por mí ya pueden hablar lo que quieran, nosotros ya lo tenemos todo arreglado con nuestro empresario». Y así es, en efecto: el teatro Fuencarral, inaugurado ayer con una magnífica compañía de zarzuela grande y género chico; no tiene que temer a que su empresa haga causa común con nadie más que con todos los elementos que allí se han congregado en torno del autor de *La il-saciana* y de Eugenio Casals, para hacer, con el esfuerzo de todos, una gran campaña lírica que pueda ser como la iniciación de una nueva época de florecimiento de nuestra zarzuela. Justo es decir, porque todos ellos lo merecen, que todos los elementos que integran el espectáculo de Fuencarral han puesto de su parte una buena fe y un buen deseo, heredados a los cuales ha podido ser un hecho el comienzo de esta temporada. La orquesta y sus directores, los coristas, la Asociación de maquinistas, y, desde luego, el Sindicato de Actores, han dado todo género de facilidades, dentro de las que eran posibles, para que la campaña artística pudiera ponerse en marcha. Era el único modo de emprender una obra en la que están directamente interesados todos los elementos líricos. Después de una conducta así, la empresa no puede sino estar al lado de quienes se portan con ella tan bien, y nada de extraño tiene que tranquilizara en absoluto al maestro Guerrero, director artístico, cuando éste le interrogara sobre su conducta a seguir en el asunto Fraga.

Anoche fué, como digo, la inauguración de Fuencarral, y el público no pudo responder mejor al artístico llamamiento: llenó la enorme sala por tarde y noche, y prodigó sus aplausos espontáneos y entusiastas. Dos notas se destacaron en la función inaugural: el homenaje a Chapí, y el triunfo de Casals como actor y como director de escena. Siempre que se forma una buena compañía de zarzuela, con elementos que desean demostrar de modo palpable sus méritos, surgen las obras imperecederas del inolvidable compositor alicantino; y como al público le siguen gustando, lo mismo que siempre, las partituras de Chapí, y solo quiere que se las interpreten bien, acude a oír las con fruición y agradece todo esfuerzo en ese sentido. La composición del programa inaugural a base de obras de Chapí, solo tenía, además, una significación: la de decir al público: «Esta es nuestra orientación; éste el trabajo que pretendemos realizar; ésta la iniciación de una campaña basada en las mejores producciones de nuestros músicos de zarzuela, y encaminada a la resurrección de un género que no puede desaparecer.»

Todo ello lo pudo advertir anoche fácilmente el público que presencié la representación de *El tambor de Granaderos*, *La venta de Don Quijote* y *La tempestad*; y al advertirlo, proporcionó un merecido éxito al señor Casals. Las tres obras fueron presentadas con un esmero y con un cuidado no muy corriente, por desdicha, en las compañías de género chico. El hecho de que un coro, no en un número musical, sino en una escena hablada, sea ovacionado

por el perfecto conjunto logrado con una gradación de matices y una composición de grupos y actitudes muy acertadas, es una prueba bien evidente del entusiasmo y la atención puestas por estos humildes artistas, y del trabajo impropio e inteligente realizado por Casals como director de escena.

Pero no fué esto solo. En las tres obras, Eugenio Casals como actor, en primer término; Julia Castrillo, Matilde Rosy, Elena Salvador, Natalia Dayna, Francisco Arias, el tenor cómico Rebull, Palop, Román y otros, trabajaron tan a conciencia, que lograron unas interpretaciones ajustadísimas, con la colaboración de la orquesta, bien llevada por el maestro Estevarena.

En *La tempestad* fueron repetidas las romanzas del barítono y del tenor del primer acto, y muy aplaudidos el dúo de triples, el concertante final del segundo acto y el terceto del tercero. En *El tambor* se aplaudieron todo los números desde el preludio, y se repitió el famoso *rata-plán*, y en *La venta* subrayó el público con sus aplausos todos los números y parlamentos.

Permitaseme al hablar de esta obra, en la que puso mi padre—autor del libro—todos sus amores, y para la que hizo Chapí una de sus más bellas partituras, decir públicamente que la compañía de Casals logra, al interpretarla, un conjunto notabilísimo, muy cerca de la perfección. Desde luego—y aparte de la que obtuvo cuando, en tiempos de Bonifacio Pinedo, se estrenó en Apolo,—es la versión más teatral de *La venta de Don Quijote* que yo conozco. Eugenio Casals, que hace, además, una verdadera creación del personaje de Cervantes, realiza, a mi juicio—que en esta ocasión puede parecer interesado, pero que en conciencia no lo es,—una labor plausible, llevando al teatro obras que tienen por misión algo más que hacer reír y satisfacer los gustos, muchas veces chabacanos, de la masa general del público.

Parece que el propósito que anima a los directores de esta campaña, que nace bajo tan buenos auspicios, es no estrenar por el momento nada, y cuidar, en cambio, mucho el repertorio. Luego estrenarán obras de autores de prestigio, siendo muy probable que la primera sea una zarzuela del maestro Luna.

En el teatro del Retiro continúa su temporada la compañía Barreto-Ballester, que ha puesto últimamente en escena *La mujer ideal* y *Los pá-piros*, que han servido para que los asiduos concurrentes al bello parque de recreos hayan admirado nuevamente la belleza de Victoria Pinedo, el arte de Ballester y la gracia de Barreto. Es un hecho ya la separación de estos dos excelentes actores: cada uno forma compañía por separado, y marchan, uno, al Sur, y otro, al Norte de España. La Pinedo va con Ballester, y Barreto se lleva a Uliverri, Abolafia y otros elementos de la actual compañía. Uno y otro llevan varias obras nuevas en cartera.

En el Paraíso no se ha estrenado, al fin, *La señorita del teléfono*, de Gilbert. ¿Por qué razón? Porque los adaptadores han pensado que es preferible aguardar a que la compañía Puchol-Ozores actúe en un teatro importante, que ofrezca mayores garantías. En el Paraíso, forzosa-mente tienen que variar a menudo el cartel, porque siempre hay el mismo público, y estrenar una obra para que a las cuatro o cinco representaciones sea substituída en el cartel, no es cosa que pueda agradar a ningún autor. Dícese que Ozores piensa actuar pronto en un teatro céntrico, y que entonces, además de *La señorita del teléfono*, dará a conocer *El preceptor*, de Torres y Asenjo y el maestro Font, y *La reina de las praderas*—de Arroyo, Lozano y el maestro Guerrero,—que antes se titulaba *La pamperrita*.

Mientras tanto, en el Paraíso se defienden con *El gran premio* y *La casta Susana*.

En Novedades se estrenó *Prisioneros en el Rif*, del señor Guillén. Fué un éxito; lo cual ya es mucho conseguir con un argumento que ofrecía no pocos peligros. Como es natural, los pasajes melodramáticos, en los que se toca la cuerda patriótica, son los que más afecto produjeron en el público. Para la próxima semana se prepara otro estreno. Es lo malo de este género: que las obras, por mucho éxito que tengan, no duran en el cartel ni quince días.

Apolo, el Cómico, Romea y algunos otros teatros, están en obras de reforma importantes. Las de Apolo son lo suficientemente grandes para que la compañía de Velasco no pueda presentarse tan pronto como hubiese querido. Sin embargo, a fines de septiembre es de esperar que se halle ya triunfante en la calle de Alcalá *El arco iris*.

Mañana, en Parisiana, se celebra la fiesta del *canto jondo*, a beneficio de la Asociación de la Prensa. Para tomar parte en ella ha venido el nú-

cleo principal de cantaores que concurren al reciente concurso de Granada, organizado por Falla y Zuloaga. La fiesta ha despertado aquí gran interés, y promete ser un éxito.

El verano madrileño, con las amenidades ya relatadas y otras menos dignas de comentario, va pasando con relativo agrado, entre el sofocante calor que padecemos a diario.

G. FERNANDEZ SHAW

De nuestra colaboración

MADRID TEATRAL

Un festival artístico interesante en El Escorial.—La corte de Carlos III, «La Tirana», «Las preciosas ridículas», «La Caramba» y «El Trípoli».—Una tonadillera del día.—La popularidad de una canción antigua.—Las últimas novedades en Madrid.—Debut de un bajo en Fuencarral.—Loréto y Chicote en Price

Madrid 24 agosto.

Ignoro si, por la huelga de Correos, habrá llegado oportunamente a conocimiento de los lectores de LAS PROVINCIAS mi crónica anterior, en que anunciaba mi propósito de dar cuenta de la fiesta artística organizada en el vecino Escorial, por aquella colonia veraniega, que tantas pruebas de cultura da constantemente.

Desde luego, dicho festival ha sido la nota más interesante dada en estos últimos días, desde el punto de vista teatral, en la provincia de Madrid. Como otras muchas personas, al Escorial fui el otro día, y tuve la satisfacción de contemplar un verdadero espectáculo de arte, a cargo de una distinguida compañía de aficionados, dirigida por don Xavier Cabello Lapiedra, autor de varias obras teatrales muy aplaudidas y distinguido y brillante escritor.

Tuvo la fiesta un escenario tan bello como la terraza anterior de la llamada Casita de Arriba, artístico edificio de reducidas dimensiones que el Rey Carlos III, gran enamorado y protector del Escorial, mandó construir para que sirviese de recreo a su hijo el Infante don Gabriel. En tal sitio, pues, desarrollóse el espectáculo, que no fué sino una reproducción de otra fiesta celebrada en el mismo sitio, en el siglo XVII, ante la Real familia de Carlos III.

Por eso el acto comenzó con la supuesta llegada de aquel Monarca, con su corte, que fué recibido en la entrada de la Casita por el Infante don Gabriel y la Infanta doña Ana María Victoria. Colocados estos personajes a un lado de la escena, a modo de espectadores, comenzó entonces la verdadera representación teatral.

Ante nuestros ojos apareció la Tirana, que parecía arrancada del cuadro famoso de don Francisco de Goya. Encarnaba este personaje la señorita Rosario Muro, cuya primorosa declamación puso una vez más de relieve al recitar una salutación escrita expresamente para el acto por don Luis Gabaldón.

Después una notable orquesta, dirigida por el maestro don José María Franco, el afortunado autor de la partitura de *El emigrante*, interpretó, entre otras páginas musicales, una del maestro Solar del siglo XVII, que había sido encontrada en los archivos del Monasterio y de la cual se sabe, por constar un documento que lo acredita que fué tocada también en la fiesta que ahora han reproducido los veraneantes del Escorial. Es una sencilla melodía, no exenta de ligereza, propia para una fiesta cortesana.

Vimos luego la representación de *Las preciosas ridículas*, de Molière, que don Ramón de la Cruz tradujo y adaptó a nuestra escena y que, para este caso, redujo bastante, con buen criterio, el señor Cabello Lapiedra. El ingenio del gran comediógrafo francés brilla en este sainete como en cualquiera de sus obras principales. Las agudas sutilezas del diálogo nos parecen sin embargo hoy, al través de don Ramón de la Cruz, de una ingenuidad irremediable. Alusiones de época hay que no podemos ahora apreciar en su justo valor; otras de carácter general, en cambio, conservan toda la hermosa tozania que tenían al nacer. Los dos bailes de que consta el sainete fueron ejecutados primorosamente, en detalle y en conjunto. Como es sabido son dos bailes que forman contraste: uno es el *minué* que bailan las preciosas ridículas con toda ceremonia y empaque, y otro unas seguidillas que las criadas de la casa danzan en cuanto sus señoras desaparecen. Ambos números fueron aplaudidos con verdadero entusiasmo, viéndose obligados los bailarines a repetirlos.

Un pequeño entreacto y ante la

conurrencia apareció «La Caramba», la célebre tonadillera que hizo, en su tiempo, una verdadera revolución. «La Caramba» era en esta ocasión la señorita Isabel Viciñana, que, dicho sea de paso, está haciendo también una verdadera revolución entre aquella colonia veraniega. La señorita de Viciñana, que es la primera tiple de la compañía de aficionados del Escorial, que luego tantas funciones benéficas da en Madrid, es una preciosa joven que hace tres años apenas si tenía un hilo de voz. Pero sintiendo aficiones escénicas, estudió, educó su garganta y hoy posee una voz extensa y bien limbrada, que ya quisieran muchas tiples notables de zarzuela. Hace dos años cantó ya muy bien *Molinos de viento* y luego *Manzelle Nitouche* y el verano pasado *La canción del olvido*, *El emigrante* y otras zarzuelas. Como es una muchacha entusiasta e inteligente ha progresado mucho, al mismo tiempo, como actriz, y hoy tiene una desenvoltura en la escena extraordinaria. Entre la colonia del Escorial cuenta, como es lógico, con incondicionales admiradores. La señorita de Viciñana, si alguna vez quisiese dedicarse en serio al teatro, tendría un gran porvenir seguro.

Se comprenderá con lo dicho que «La Caramba» había de tener, como tuvo, una notable intérprete en Isabelita Viciñana. Con picardía, intención y gusto cantó esta, entre otras, las conocidas tonadillas «El señorito» y «La chusca». Si era así la tonadillera que oyó Carlos III y cantaba con la gracia con que a nosotros nos encantó la señorita de Viciñana, está perfectamente justificada la fama de «La Caramba».

Pero no terminó con ello la fiesta. Aún quedaba lo que, para mí al menos, era más interesante por tratarse de una obra antigua que adquirió gran popularidad y que, en la actualidad, solo los aficionados a cuestiones literarias y musicales conocen. Me refiero al sainete de don Ramón de la Cruz *Los maestros de la Raboso o El Trípoli*, cuya música del maestro Estevé llegó a estar en todos los labios de mañolas y majas.

¿No recordáis la letra? He aquí su estribillo:

«Con el tripili, tripili, trápala,
la jotita buena
se canta y se baila.
¡Arza pa arriba!
Dale con gracia;
que me robaste
el alma.»

Y no evoca en vuestros oídos esta letra recuerdos de otros tiempos; acaso canciones escuchadas a vuestras abuelas durante la niñez? El público congregado en la «Casita de arriba», formado por personas en su mayoría de Madrid, acogió con júbilo la canción, como sintiéndose rejuvenecido. Y aplaudió con agradecimiento a los tres únicos artistas que toman parte en la interpretación de este sainete: la Raboso, que era la misma señorita de Viciñana, y los dos profesores, enamorados suyos, que estaban encarnados en los señores Landero y Pellicer.

El espectáculo concluyó volviendo a desfilan el cortejo del Rey Carlos III ante la complacida concurrencia, entre la que figuraba la Infanta doña Isabel, que había acudido, con ese objeto, desde La Granja.

Ahora los veraneantes del Escorial preparan la «fiesta de la danza»; una especie de historia de la danza al través de las edades y de los países que, seguramente, será un espectáculo también muy interesante. Ambas fiestas, llevadas a un teatro de Madrid este invierno, tendrían, a pesar de lo que desmerecería el cambio de escenario, un éxito provechoso.

La vida teatral madrileña sigue,

entre tanto, por cauces de una monotonía perfectamente estival. Se concibe el ansia con que la gente acoge luego, todos los años, los primeros espectáculos de Otoño. Se pasa el verano condenada a un régimen de abstinencia tan grande que, cuando se abren los teatros para sus temporadas de invierno, se llenan durante muchas noches seguidas, aunque sus carteles no ofrezcan atracciones de interés.

Y menos mal que este verano hemos tenido dos buenas compañías de opereta y una excelente de zarzuela. Ellas han realizado—y aún realizan—una excelente labor, que los madrileños debemos agradecer. La de Ozores-Puchol, que continúa cosechando aplausos en el Retiro, ha estrenado *La araña azul*, que tanto éxito obtuvo la temporada de 1919-20, en el Reina Victoria, y la compañía de Eugenio Casals, en el teatro Fuencarral, ha renovado sus triunfos, poniendo en escena *La viejecita*, que, a pesar de su título, no envejece cuando obtiene, como ahora, apropiada interpretación, y la ópera *Marina*, con la que se ha presentado un nuevo bajo, Juan Ferret, que correspondió con su labor, como cantante y como actor, al buen nombre de que venía precedido.

En Price se preparan ya Enrique Chicote y Loréto Prado para la temporada que se proponen hacer hasta diciembre. No ha asustado a los populares artistas haberse quedado sin el Cómic, y, lejos de resignarse a no actuar en Madrid, han tomado otro teatro, céntrico también, y mucho mayor. Están, además, animados por el justo éxito y el bonito negocio obtenidos la primavera última en Barcelona, que no han sido sino el anuncio de lo que puede ser la próxima campaña que harán, allá para el invierno, en la Ciudad Condal. Madrid no puede ser menos que Barcelona, y ya que aquí alcanzaron Loreto y Chicote su fama y su popularidad, no dejará ahora, seguramente, que otra capital le aventaje en admiración y cariño a los madrileñísimos artistas.

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW

12-9-922 De nuestra colaboración

MADRID TEATRAL

¡Se acabó el paréntesis del verano!—A pesar del conflicto con Fraga, se suceden las inauguraciones de temporadas.—Los teatros populares.—«Mi marido se aburre», en el Rey Alfonso.—El Infanta Isabel y «París».—Las alegres chicas del Reina Victoria Novedades próximas.—Una refundición interesante.—Esperando el estreno de «Arco Iris»

Madrid 7 septiembre.

En poco más de una semana se ha animado la vida teatral madrileña. A pesar del conflicto entre los empresarios que preside el señor Fraga y el Sindicato de Actores; a pesar de las enconadas discusiones y de los pesimismos, raro es el día que no abra de nuevo sus puertas algún teatro de Madrid. ¿Por qué no confiar en que no tardará en pasar lo mismo a los de toda España? Si los intereses de autores, actores y empresarios pueden parecer a veces encontrados, no lo son en la realidad, siempre que unos y otros procedan de buena fe; y, en último caso, tanto los que aportan el producto de su inteligencia y los que ponen su esfuerzo personal, como los que aventuran su dinero, están ligados por tantos lazos, que a todos conviene una pronta avenencia, pues mientras ésta llega, solo perjuicios, en mayor o menor grado, sufrirán unos y otros.

Los teatros de Madrid, como digo, no parecen haberse enterado, con excepción de la zarzuela, de esos conflictos. Entre empresas, autores y compañías reina, por lo visto, la mejor armonía, y las temporadas se han inaugurado con esperanzas de sobra, aunque con varia fortuna.

De los teatros que han actuado durante el centro del verano, solo Fuencarral sigue abierto y dispuesto, según la marcha próspera del negocio, a continuar en el otoño. Las reposiciones de *La viejecita*, *Lola Montes*, *Marina* y *Maruxa* han sido resonantes éxitos, que han tenido la virtud de la justicia.

Los teatros ya inaugurados son Novedades, Martín, la Latina, el Rey Alfonso, el Infanta Isabel, la Comedia y el Reina Victoria. Y próximos a inaugurarse están el Español, Apolo, Price y el teatro Imperial. Antes de llegar el otoño funcionará, por tanto, una docena de teatros, dispuestos a rivalizar en hacerse merecedores del favor del público. Esto, sin contar los coliseos dedicados a otros géneros. Así se explica que las muchas personas que hay en Madrid aficionadas al teatro, lean con cierta indiferencia las noticias referentes a los pleitos entre empresas y compañías. Mientras que haya espectáculos de su gusto, ya pueden reñir cuanto gusten Sociedades y Sindicatos.

Novedades inauguró con la misma compañía del año anterior, de la que son figuras principales María Lacalle, Aparici, Gómez Bur y Vivas. En el cartel no hubo más novedad que el estreno de una zarzuela, titulada *La casa de los abuelos*, original el libro de los señores Manzano y Sepúlveda (premiados con otra obra en el concurso de la Sociedad de Autores), y la música del maestro Ubeda. Muy bien ponderados los elementos dramático y cómico, con unos cantables muy cuidados y con una partitura muy agradable, *La casa de los abuelos* fué recibida con constantes aplausos. Es obra que se hará mucho, a mi juicio, en Madrid y en provincias.

Martín abrió con importantes reformas en la sala—modernizada con gusto—y con algunas variaciones en la compañía. La más notable de éstas es el ingreso de la tiple Cipri Martín, que ha vuelto desde la *varieté* al género que cultivó primitivamente. La Labrador y la Barandiarán siguen siendo figuras sobresalientes; pero a mi juicio, el más valioso elemento es la tiple cómica Laura Blasco, de indudables aptitudes y simpatía espontánea. De ellos, continúa Videgain, Heredia y Loygorri. La ausencia de Calota Paisano ha sido muy sentida. El primer estreno será el de una obra de Paso y Lerma, fuertecita de color. Sin embargo, parece que la empresa está dispuesta a suavizar los tonos este año, sustituyendo «el verde subido» por obras picarescas, graciosas y de lujosa presentación. Menos mal. No debe olvidar el señor Mendizábal que es una equivocación alejar a las señoras de un teatro. Un hombre supone una localidad ocupada; una mujer, dos: la saya y la de quien la acompaña.

En la Latina, el gran actor Miguel Muñoz, teniendo en cuenta el gran resultado de la campaña popular que hizo el año pasado en Fuencarral, ha iniciado otra con el mismo carácter en barrio tan a propósito como el de la calle de To-

ledo. En Flandes se ha puesto el sol, *La tierra* y demás obras grandes de su repertorio han conseguido grandes entradas y muchos aplausos, en los que ha participado, con Muñoz, la primera actriz Marta Grau. Se anuncia el estreno de *Los Santos mártires*, de López Mariano, cuya personalidad dramática se ha acusado recientemente con poderoso relieve.

La compañía que bajo la dirección artística de Paco Alarcón ha formado el señor Losada para el Rey Alfonso, no pudo comenzar su actuación bajo mejores auspicios. El público se divirtió en grande con *Mi marido se aburre*, juguete cómico de don Antonio Paso. Es una obra llena de concesiones al *astracán*, pero no exenta de pasajes de verdadera comedia. Por el deseo de forzar las situaciones cómicas, resulta en muchos momentos artificiosa; mas, una vez aceptado de buen grado el artificio, no hay razón para llamarse a engaño en el resto del *vaudeville*. Un matrimonio no tiene hijos y el marido se entristece. Para buscar un remedio, se concierta la boda de un criado y una criada de la casa y lo que nazca será proñijado por aquéllos. Pero cuando el nuevo ser llega al mundo, los padres se niegan a separarse de su hijo; lo cual no obsta para que ya haya acudido la alegría al antes entristecido hogar. Los incidentes que del sencillo argumento se derivan son los que producen la verdadera trama cómica. La señorita Andrés y Benito Cobefia destacaron, con Alarcón, en la interpretación del nuevo juguete.

El Infanta Isabel comenzó con mal pie, cosa extraña tratándose de un empresario de la vista de Arturo Serrano. La comedia italiana *París*, con que se presentó la nueva compañía formada bajo la dirección de Paco Hernández, y de la que son figuras principales Carmen Jiménez y José Portes, no fué del agrado del respetable. En realidad, carece de las condiciones de animación y ligereza que suelen tener las obras del Infanta Isabel. El público la encontró pesada y falta de interés y protestó contra ella. Ya no figura en el cartel. Varios cronistas, al relatar lo sucedido, culpan a los traductores, señores Tedeschi y González Olmedilla, por adaptar una comedia que no lo merecía. No se debe traducir—vienen a decir—sino aquello que sea digno de tal mudanza. Tienen razón; pero seguramente los señores Olmedilla y Tedeschi podían decir que si escogieron *París*, fué porque les pareció merecedora de la traducción; porque lógico es pensar que no hay traductor que crea que aquello que trasplanta no tiene méritos para ello. Podrá haber sido lo de *París* una equivocación, nunca un propósito de hacer pasar gato por liebre. La labor literaria del señor González Olmedilla es garantía, además, de obras futuras en que el notable escritor podrá tomarse el desquite. Y en cuanto al señor Tedeschi, siempre será digno de alabar en el su deseo de dar a conocer en España los éxitos mayores del teatro de su país.

La Comedia no ha sufrido apenas variación en su elenco, a la cabeza del cual siguen la Redondo y Valeriano León. La centenaria *Es mi hombre*, volvió a llenar la sala del bonito coliseo de la calle del Príncipe. Dícese que Tirso Escudero se las prometió muy felices para este año. El sabrá por qué.

Las alegres chicas del Reina Victoria volvieron a alegrar nuestras noches, bailando y cantando a los sonos de la música de *El Príncipe se casa!* Parecen aún más bonitas que antes. Y más jóvenes. He aquí la mitad del secreto del constante éxito del teatro de Cadenas. Este año, la antedicha revista, con un par de cuadros nuevos, tiene seguras aún muchas entradas. Después, Cadenas, por lo visto, volverá al antiguo camino de la opereta y *La presidenta* primero, con otro título y con música de Vives y *Dedé*, *La bouche* y otros éxitos recientes de París, admirarán durante el invierno y la primavera al buen público madrileño, que sabe agradecer cuantos esfuerzos se hacen en su honor.

De los teatros próximos a inaugurarse, el Español abre con la compañía de Margarita Xirgu, que romperá plaza estrenando *La niña de Gómez Arias*, refundida por Arquina; después vendrá Ricardo Cal-

vo con los suyos y luego Borrás. ¡Qué gran compañía permanente podría hacerse con los principales elementos de las tres!

En Price se presentarán el sábado próximo Chicote y Loreto, con las obras que más gustaron el año pasado en el Cómico. La temporada no será larga, porque los simpáticos artistas han contraído compromisos en Barcelona, donde tan bien les ha ido en la primavera última.

El coliseo Imperial ha cambiado su nombre por el de Teatro Imperial, y va a El una compañía dirigida por Fresno, que se propone realizar una campaña de arte.

Y Apolo también anuncia su inauguración muy reformada y notablemente embellecida. Todo Madrid está lleno de carteles anunciando a la compañía Velasco y al *Arco Iris*. Para los valencianos no sería una novedad. Ya conocen la obra. Pero entre el público madrileño hay verdadera expectación.

G. FERNANDEZ SHAW.

Madrid teatral

La Xirgú en el Español.—Loreto y Chicote en Price.—Un coro de muchachas guapas.—Esperando una revista.—Las obras de Apolo.—Noticias de estrenos.—Los «coros ukraianos».—El «Teatro Imperial», inaugura nombre y temporada.—La campaña de Casals.—Anuncio de actuaciones.—Punto en boca

Madrid 17 septiembre

Con *La noche del sábado*, acaso la obra que, con *Los intereses creados*, forma la cumbre de la labor teatral de Benavente, se presentó en el Español la compañía que acaudilla Margarita Xirgú.

Sigue la ilustre actriz en el pleno dominio de su arte magnífico y depurado; la voz, el gesto y el ademán, responden a su talento artístico con docilidad de esclavo y alarde de facultades; y las interpretaciones que la Xirgú nos presenta, son así, cuando responden a su temperamento, verdaderamente notables, y hoy por hoy, insuperables. *La noche del sábado* es obra que se ajusta por completo a sus aptitudes, y aún cuando ya era su interpretación por esta actriz conocida en Madrid fué para muchos una interesante novedad, y para todos un grato aliciente, muy suficiente para llenar la hermosa sala de nuestro teatro municipal. El público, que saboreó con deleite los primores de la comedia de Benavente, significó con sus calurosos aplausos a la Xirgú la complacencia con que había visto su retorno y el deseo de que realice entre nosotros una buena campaña. Los distinguidos actores que acompañan a la gran trágica, fueron también aplaudidos.

El estreno de *La niña de Gómez Arias*, será en la semana que ahora comienza.

Loreto y Chicote se presentaron también en Price, y dieron un mentís a los que pronosticaban que, fuera del Cómico, no podrían hacer negocio en Madrid. El público ha respondido al llamamiento de sus dos antiguos amigos, y como Price es grande, solo con las entradas de sábado y domingo tienen cubiertos los gastos. La compañía es, sobre poco más o menos, la misma de siempre; pero tiene una novedad, y no pequeña, que la gente ya ha advertido y comentado: «Chicote—oí decir ayer en un café—se ha traído una colección de chicas guapas que marea». Y así es, en efecto: el coro de segundas tiples no tiene nada que envidiar al de ningún otro teatro; y eso ahora se estima más que si tuviese unos cuantos actores que supiesen recitar como recitaban los antiguos intérpretes de nuestro teatro. En cambio, entonces no había en los escenarios tantas jovencitas guapas como ahora. ¡Y váyase lo uno por lo otro!

Hasta ahora, Chicote se ha limitado a hacer las obras de más éxito de la temporada anterior y algunas de su antiguo repertorio, como *Las estrellas*, en que Loreto está hecha una gran actriz. El primer estreno, ya anunciado al pie del cartel, será el de una revista de gran espectáculo, titulada *¡Es mucho Madrid!*, original el libro de don Manuel Fernández, y la música del maestro don Juan Antonio Martínez. Se trata de una obra que, con el título de *¡Que es gran Barcelona!*, ha obtenido este verano un gran éxito en el Cómico, de la Ciudad Condal. Para Madrid han sido cambiadas algunas escenas, para dar a la revista color e interés local, y subsisten las demás y los números de música. Si, como es de esperar, obtiene la obra aquí un gran éxito, veremos a sus autores cambiándole otra vez el título, reformándola convenientemente y llevándola a la sanción del público de Valencia. Y entonces, lo que habría que decir, sería: *¡Es mucha obra!* Cosa que bien pudiera suceder, pues las referencias que de ella existen no pueden ser mejores.

Apolo tuvo que retrasar la inauguración de su temporada, por culpa del locaut del ramo de la madera, a consecuencia del cual quedaron interrumpidas las obras de carpintería del vestíbulo y del interior de la sala. No tardará mucho, sin embargo, el esperado acontecimiento. La propaganda del *Arco Iris* continúa en las calles: ahora han aparecido unos carteles, con unos patillos pintados, y el público se pregunta, intrigado, para qué serán esos patillos. Los que han visto la obra en Valencia, en Barcelona y recientemente en San Sebastián, guiñan un ojo y dicen: «¡Ya verás, ya verás!» Y luego aseguran que ellos tienen unos patillos iguales a los que se tocan en *Arco Iris*. Y con estas cosas y otras parecidas, la expectación crece, y el

deseo de aplaudir a Velasco, por su esfuerzo, de todos conocido, también.

Ningún teatro nos ha ofrecido, en la última decena, un estreno. El Rey Alfonso está paladeando el creciente éxito de risa de *Mi marido se aburre*; la Comedia continúa con *¡Es mi hombre!*, y el Infanta Isabel, en vista de la mala acogida de *¡París!*, se ha dedicado a cultivar el repertorio cómico de fines de siglo pasado y comienzos de éste, montando, entre otras obras, *El doctor Jiménez* y *El matrimonio interrumpido*.

Los estrenos principales del año están siendo hasta ahora en San Sebastián, donde las compañías de Martínez Sierra, de Alba y Bonafé y otras están dando a conocer las obras que constituirán la base de sus temporadas de invierno en Madrid. *El pavo real*, *¡Carne a las fieras!*, *El conflicto de Mercedes*, *El dilema*, *De lo vivo a lo pintado*, *Regina*, *¡Benditas máscaras!* y *Los rosales*, son títulos de obras ya estrenadas en la capital de Guipúzcoa, que no tardaremos en verse representar en Estava, el Centro y Lara. Sus autores son de los más conocidos hoy y—¡cómo no!—entre ellos figura el infatigable Muñoz Seca, a quien corresponden tres de esos títulos, que pertenecen a un prólogo y ocho actos.

La Zarzuela, dedicada por entero al cinematógrafo, tuvo unas cuantas sesiones artísticas con los *Coros ultramarinos*, cuyo verdadero mérito quedó probado en un concierto que dieron la otra tarde, cantando páginas raras de gran sabor popular y de una atrayente sencillez, y obras modernas de insospechados efectos. Los demás días en que se limitaron a servir de fondo al desarrollo de ciertos pasajes de la película *Las águilas de Napoleón*, no consiguieron transmitir al público en todo su valor la emoción estética de sus cantos, quizás por la falta de una orquesta adecuada que les hubiese servido, como en otros días, de eficaz complemento.

El reformado «Teatro Imperial» abrió ayer sus puertas con *Amores y amorios*, de los señores Álvarez Quintero. Las dos figuras principales de la compañía—Matilde Moreno y Fernando Fresno,—tuvieron una acogida favorabilísima. La sociedad que se ha construido en empresa de este teatro, cuenta, entre otros socios, con los nombres de los señores Contreras Camargo, Martínez Cuenca, Fresno y otros literatos y artistas conocidos, que son una garantía de éxito y de una temporada de arte. Por lo pronto, la dirección cuenta con un programa definido, con una serie de obras preparadas y con unos actores aptos para el género elegido. Si todos los teatros comenzasen sus temporadas con bases tan sólidas, otro sería el resultado total de los negocios escénicos. Ahora ya sabemos que la compañía ha complacido. No falta más que el pequeño detalle de que las obras que se estrenen gusten.

Eugenio Casals, después de algunas exploraciones por el campo del sainete, ha vuelto, en el teatro Fuencarral, a dedicar sus preferencias a las zarzuelas de importancia musical, que son las que más resultado están dando allí. La *reprisse* de *La truja* ha sido un triunfo para la compañía y unos cuantos entradones para la empresa. Otro tanto ha ocurrido con *La alegría del batallón*, en la que Casals hace del tipo que estrenó Moncayo en Madrid una verdadera creación, que recuerda la muy notable que del mismo tipo hace también Paco Tomás, el buen actor valenciano que tan gratos recuerdos dejó en Madrid.

En Romea se están dando las últimas sesiones de *varietés*, porque a primeros de octubre se presentará la compañía de comedias Plana-Díaz, que se propone actuar durante el otoño y el invierno y cuenta, según parece, con el apoyo de varios autores de prestigio, que le han entregado o prometido obras. Distinguidos literatos darán, además, conferencias una vez a la semana, sobre temas teatrales. Eso puede ser interesante.

Los ilustres María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza han publicado en carteles y periódicos

los anuncios de su próxima temporada.

Las obras que piensan estrenar prometen una campaña lucida: una tragedia, *Leonor de Aquitania*, de don Joaquín Dicenta; un episodio novelesco en tres actos y en verso, *El doncel romántico*, de don Luis Fernández Ardavín; un drama en verso, *Florece el jazmín de España*, de don Eduardo Marquina; otras obras de Rincón Lazcano, García Vellgo, Muñoz Seca y Linares Rivas, y la traducción del *Hernani*, de Víctor Hugo, hecha en verso por Oteiza y los hermanos Machado. Por fortuna, parece que Fernando de Mendoza está repuesto de la dolencia que, con pertinacia, le ha perseguido durante los pasados meses.

Y no hay más, por ahora, si no es los comentarios obligados entre gente de teatro al pleito entre autores, actores y empresarios y sus derivaciones. En estos conflictos no es lo peor el conflicto en sí, sino las ramificaciones y complicaciones que va teniendo. Sin embargo, no hay por qué dudar de la buena fe ni del buen desob de nadie, y como ambos, indudablemente existen, ¿por qué no buscar en una solución no lejana? En estas pleitos, cuanto más se hable es peor. Por eso yo, por si acaso, hago punto.

G. FERNÁNDEZ SHAW.

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

MADRID TEATRAL

El Reina Victoria vuelve al "vaudeville" con música.—Una bonita partitura del maestro Vives.—Nueva compañía en el Infanta Isabel.—Éxito de "El paraíso cerrado". Romea reconquistado por Talía: la compañía Plana-Díaz y la fiesta de la Raza.—En el Rey Alfonso: Después de "Mi marido se aburre", "Agapito se divierte".—Un nuevo éxito de Luna.—"Debut" de Elena Fordi

Madrid 15 octubre.

Con muy buen criterio ha pensado Cadenas que empeñarse en una competencia de fastuosidad en las presentaciones con Velasco sería pueril y nada provechoso para ninguna de las dos empresas. Durante los pasados años ha demostrado él plenamente lo mucho que sabía hacer para presentar fastuosamente las obras. *El as*, *La mujer artificial*, *El Príncipe Carnaval* y *El Príncipe se casa*, produjeron, cada una en su género, un efecto grande y siempre sorprendente. Cadenas, teniendo valor para gastarse el dinero de verdad, aun con riesgo de perderlo—y el recuerdo de *Mejistrófeta* es elocuente,—y poseyendo un sentido artístico moderno y depurado, ha representado en la historia de la escenografía española, un avance extraordinario, que el público madrileño deberá siempre agradecerle.

Ahora se ha inaugurado Apolo, y si Cadenas sabía exponer pesetas en una revista, Velasco ha demostrado que no le va en zaga, y la gente, tan aficionada siempre a las comparaciones, ha comenzado en seguida a aquilatar méritos y gastos de una y otra empresa. Y como es lógico, al ver *Arco Iris*, lo primero que al público se le ocurrió fué: «¡A ver qué hace ahora el Reina Victoria!»

Pues no, señor. Cadenas, que es más listo de lo que parece—y ya parece bastante,—ha eludido las comparaciones y ha vuelto al primitivo género, que le dió provecho en los días de Eslava. Cuando la ocasión le sea propicia, volverá, sin duda, a asombrarnos con los imprevistos trucos de sus revistas a estilo parisién; pero, por lo pronto, la opereta, y sobre todo el vodevil atrevido, con música, volverán a reinar en el teatro de la Carrera de San Jerónimo.

Claro que la moral, que ya andaba por allí de capa caída, no gana tampoco mucho con el cambio; ganar, en realidad, sólo lo consiguen el bolsillo del empresario, que obtiene ingresos con muy pocos gastos, y los oídos de los espectadores en el caso de que, como ahora, la partitura puesta al vodevil sea agradable y sugestiva.

Viene todo esto a cuento del éxito brillante que ayer tarde obtuvo en este teatro *El ministro Giroblan*, adaptación de Cadenas y González del Castillo, con música del maestro Vives. Esta misma obra francesa, nos había hecho reír con sus atrevimientos de acción y de diálogo hace unos años, con el título de *La presidenta*. Arreglada convenientemente para darle situaciones líricas, pasó a manos del autor de *Maruca*, y de ellas ha salido convertida en una pimpante opereta, cuya partitura tiene unos cuantos números finos, exquisitos y graciosos, dignos en todo de la inspiración y de la maestría de su autor. El final del primer acto, el dúo del segundo y un terceto y unos couplets del tercero, se repitieron por solicitud unánime del auditorio.

El libro, aunque suavizado en algunas escabrosidades antiguas, sigue siendo—harlo conocido es—muy subido de color. El acto segundo, en que aparece la bella señorita Paquita Torres en un «deshabillé» muy «deshabillé», no puede menos de ser, por mucho que quiera atenuarse, un espectáculo propio para paladares fuertes. ¿Hace bien el señor Cadenas en alejar así a las señoras de su teatro? ¿Le conviene? Allí él con sus intereses y su conciencia; pero lo cierto es que el público que ayer llenaba al teatro subrayó con su satisfacción la triste verdad de que cada vez está más estragado el gusto del público en el teatro. Y si al público le gusta y a él quiere complacer el señor Cadenas...

De la interpretación, aparte de la señorita Torres, que obtuvo un éxito como mujer, se destacaron Laura Pinillos, la señorita Lledó, la señora Mesejo y los señores Moncayo, Lorente y Bori. Este hacía su presentación en el Victoria, y estuvo muy gracioso durante toda la obra.

El maestro Vives, aplaudido con preferencia, se presentó en escena a recibir los aplausos del público, acompañado de los adaptadores y los intérpretes principales.

En el Infanta Isabel hubo cambio de compañía. A la de Hernández y la Jiménez, ha sucedido la de Sepúlveda y la Moneró, que es la encargada de la temporada oficial. Pasó *El tiempo de las cerezas* y llegó *El paraíso cerrado*, también obra extranjera, aunque pasada por el tamiz del señor Reparaz, en vez de por el de los señores Gutiérrez, Roig y Luis de los Ríos.

El paraíso cerrado es un nuevo fruto del sutil ingenio de Henneguin, siempre humorístico y punzante, si bien con un humorismo que por aquí nos parece, a veces,

un tanto exótico. Conocido es el pasado bíblico que se refiere a cómo Abraham consiguió hacer compatibles, en su casa, su propia mujer y otra que no tenía, ciertamente, los mismos derechos. Fundado en esto, el autor ha urdido una farsa en la que el protagonista, nuevo Abraham, pretende seguir su ejemplo. Pero como Germana, su esposa, es más lista y más buena que él, malogra la consecución del propósito, puesto que ella, al final, es la única que vence, con gran satisfacción del marido.

Obra muy francesa, ofrecía peligros para la transplatación; pero el arte y la práctica que en estos menesteres tiene el señor Reparaz, eran una garantía de acierto. Así fué, por fortuna, y la concurrencia, que aplaudió la obra sin reservas, mostró al terminar francamente su agrado, haciendo partícipes de sus elogios a las señoritas Lajos y Moneró y a los señores Navarro, Barrajón, Del Pino y González.

Desde hace varios días viene actuando en Romea—un escenario reconquistado por el teatro—la compañía de comedias Plana-Díaz. Hubo una época en que la comedia que pudiéramos llamar casera, o, si se quiere, burguesa, no tenía más teatro que Lara, y, todo lo más, la Comedia. De ahí los negocios de estos coliseos. Hoy, además de ellos, que siguen cultivando el género, existen el Infanta Isabel, el Rey Alfonso, el Cómico, el teatro Imperial y Romea, todos con buenas compañías, o, por lo menos, con buenos elementos en ellas. De ahí que sea un verdadero milagro que todas puedan vivir.

La temporada de Romea ha comenzado con dos notas simpáticas e interesantes: las conferencias de eminentes literatos sobre temas teatrales o de actualidad y la atención prestada a la Fiesta de la Raza. Ha sido, en efecto, la única compañía que el día 12 se ha acordado de que el acercamiento espiritual de América y España debe ser algo más que una frase hecha, y hay que fomentarlo con actos que ante todo hablen al espíritu. El conocimiento del teatro americano en España debe ser justa correspondencia de la difusión del repertorio español en las repúblicas de origen ibérico. ¡Lástima que la obra estrenada por Antonia Plana no fuera de las más afortunadas del teatro argentino! *La conquista*, del doctor Iglesias Paz, le pareció al público un poco fatigosa y faltó de interés.

Desde el momento en que, al comenzar la obra dice un personaje cuál es la tesis que se va a desarrollar, el público sabe lo que va a ser la acción, y como en ningún momento resulta chasqueado—cosa que a la gente siempre le gusta,—termina por aburrirse, aun cuando la idea capital de la comedia tenga, en cierto modo, novedad. Consiste ésta en demostrar que una mujer, después de casada, debe continuar haciendo, día por día, la conquista de su marido. Desgraciada de la que se abandone y crea que ya tiene sujeto al esposo y esclavizado a sus pies.

Será víctima del más cruel desengaño. Ha de irle enamorando sin cesar, proporcionándole, en su hogar, cuantos atractivos pudiese él buscar fuera. La obra es Antonia Plana, que está hecha una gran actriz.

El señor Fernández Lepina ha logrado otro éxito en el Rey Alfonso como adaptador de otra comedia extranjera que lleva el título de *Agapito se divierte*. Es lo indicado después de *Mi marido se aburre*. Lo bueno para la empresa es que el público se divierte con las dos obras. La estrenada anteayer nos ofrece a un pobre señor que no lo pasa nada bien ni mucho menos; pero, en cambio, sí se divierte «lo suyo» un fresco que toma su nombre y pasa por él. Esto, como se comprenderá, da motivo a una porción de situaciones de gran fuerza cómica, que el público ríe y agradece de buena gana. Pacó Alarcón tiene amplio campo para lucir su vis cómica, y aun cuando en ocasiones abusa de ella y exagera, lo cierto es que está muy gracioso y que mantiene a la gente en constante hilaridad. ¡Que no es poco!

Otro estreno de la última decena ha sido el de *El apuro de Pura*, de Paso y el maestro Luna, en Martín. La noche de la primera representación hubo momentos que parecieron de verdadera apoteosis para el músico. Luego, si no en esas proporciones, ha continuado el enorme éxito, sobre todo en un número, en el que Luna ha tenido uno de sus grandes aciertos. El libro es muy gracioso y lo sería también aunque no tuviese muchos chistes y frases de dudoso gusto, puestos para satisfacer las exigencias de los habituales del teatrillo: carne a las fieras. Y como Paso es, en lides teatrales, un maestro, al que no se

toma en serio como autor, yo no sé por qué, y como Luna no ha ido a salir del paso ni mucho menos, *Los apuros de Pura*, tendrán la virtud—ya que carezcan de otras,—de llenar muchas noches el remozado coliseo de la calle de Santa Brígida.

El antiguo teatro Benavente, que hoy se llama Olympia, inauguró anoche una temporada de *vaudeville* picaresco con la compañía de Elena Fordi, popular en Barcelona por las interpretaciones realistas que da a las obras de su repertorio. Ayer la emoción del debut le quitó algo de desenvoltura, pero el público, formado en su mayoría por hombres solos, se dió con ello por satisfecho, sin duda pensando más que en el trabajo de aquel momento, en el de representaciones sucesivas. Asquerino, Allens Perkins y otros actores muy estimables forman parte de esta compañía.

De novedades en perspectiva, sólo se anuncia el estreno de *Larrea* y *Lamata*, de García Alvarez, en el Cómico. Y más tarde, la llegada de la compañía Guerrero-Mendoza, que tan buenos recuerdos traerá de Valencia.

G. FERNANDEZ SHAW.

11-X-22

MADRID TEATRAL

Las tres cosas de Eulogio Velasco: la reforma de Apolo, la compañía lírica y la revista «Arco Iris». --El gran éxito de la presentación. --El Cómico, también reformado e inaugurado. --La Alba y Bonafé, reaparecen. --Dos comedias extranjeras obtienen buenos éxitos. --Otras novedades. --El eclipse, en el teatro, de una reina de la opereta

Madrid 5 octubre.

Tres cosas sometió Eulogio Velasco al fallo del público al presentarse, con los suyos, en Madrid: la reforma del teatro de Apolo, una compañía cuyos elementos eran en su mayoría aquí desconocidos y una obra nueva, que venía precedida de fama. Las tres lograron sanción, no solo favorable, sino entusiasta. Eulogio Velasco no podrá estar ciertamente quejoso del público de Madrid, que además le llena ahora todas las noches el teatro, a pesar de que los precios no son—ni podían ser—los que tenía por costumbre abonar allí.

Bien es verdad que el esfuerzo de los Velasco—¿cómo no recordar hoy también a Pato, cuya memoria no se apartaba la otra noche de su hermano?—merece esa recompensa de nuestro público. Apolo ha quedado muy bonito; sigue tan cómodo como antes y tiene una nota de modernidad, riqueza y elegancia extraordinaria. El gran acierto ha sido que, a pesar de la reforma, Apolo sigue siendo Apolo, lo cual para los madrileños, un poco apegados a la tradición, es cosa importante. Lo más reformado ha sido el vestíbulo, al que se ha dado una amplitud mayor, que permitirá a la gente formar cola sin mojarse en los días de lluvia, ante los despachos de billetes.

La compañía no pudo producir mejor efecto. Desde luego, los más calurosos aplausos fueron para el arte y la belleza de la señora Zuffolá y la señorita Caballé, y para la prodigiosa agilidad y el gran concepto de ritmo del bailarín Antonio Bilbao. Hoy estas tres figuras son ya populares en Madrid. Mauri y el veterano Valentín González fueron vueltos a ver con verdadero gusto. Junto a ellos, la señora Esplugues, los señores Bódalo, Navarro, Palomera y Palacios, y todas las segundas tiplees, jóvenes y bonitas, contribuyeron a la óptima impresión que en detalle y en conjunto hizo la compañía.

Arco Iris, la nueva revista, sorprendiendo por su fastuosidad, aun cuando se esperaba ya mucho de ella. Para su estreno aquí habíase hecho decorado y vestuario nuevos, y fué tal el alarde de lujo y de buen gusto que hizo Velasco, que no hubo cuadro ni número que no fuese acogido con aplausos; y, en honor de la verdad, aun gustaron más los trajes que las decoraciones. La obra, que antes tenía dos actos, llegó a Madrid con tres, por habersele añadido dos cuadros y algunos personajes, entre ellos un «niño bien», que fué muy acertadamente presentado por el señor Palacios. El libro de don Tomás Borrás, aun siendo un pretexto para lo demás, fué escuchado con agrado. Escrito con gusto y sin las charrerías que en este género abundan, tiene algunas escenas, como la de los cubanos y la del modo de engañar las mujeres, que obtuvieron por sí solas gran éxito. De la música de los maestros Benloch y Antú, gustamos especialmente el número del Harem, el del pavo real y el de los jardineros.

Otro teatro reformado y elegantizado ha sido el Cómico, que en manos del señor Losada parece tener un porvenir brillantísimo. Este coliseo parece completamente nuevo; condición que era imprescindible para llevar a él un público distinguido. La inauguración fué hace tres o cuatro días con la compañía cómica de comedias de Pedro Zorrilla, que puso en escena *La frutería de Frutos*, y ensaya otra obra, de García Álvarez, titulada *Larrea y Lamata*. Como puede advertirse, el retruécano en los títulos sigue imperando. La compañía de Zorrilla está muy bien acoplada, y ha sido recibida por el público con gran cariño.

Con verdadero placer volvió a ver la gente a las huertes que acaudillan Irene Alba y Juan Bonafé en el teatro del Centro. Esta compañía ha quedado ya de dueña y señora del coliseo de la calle de Abocha. Las brillantes temporadas hechas en años anteriores le han dado esta exclusividad, viéndose Borrás, que también parecía asegurado allí, precisado a guardar turno en el Español para poder actuar en Madrid. Con la Alba y Bonafé han venido María Fernanda Ladrón de Guevara, Romea, Rivelles y otros artistas, distinguidos.

Se presentaron con *La señorita Angeles*, de Muñoz Seca, que fué, como se recordará, el éxito más considerable del año pasado, y como siempre, fueron aplaudidos con mucho cariño. Por ahora nada han estrenado ni anuncian, pero se sabe que tienen varias cosas preparadas, y algunas ya estrenadas este verano en San Sebastián.

En otros teatros ha habido, como novedad, los estrenos de dos comedias extraordinarias adaptadas a nuestra escena: *Avelino Perdiguero*, en la Comedia, y *El tiempo de las cerezas*, en el Infanta Isabel.

Avelino Perdiguero es una comedia caricaturesca de tres autores franceses: Garlindon, Armont y Maucoussi, y ha sido traducida por el notable literato argentino don Enrique García Velloso. Obra francamente cómica, no tiene más propósito que el de entretener, lo cual consigue casi siempre. Avelino es un pobre chico que está enamorado de Rosario, bella mecanógrafa, que presta sus servicios junto a un señor acomodado. Los novios desean casarse, pero Avelino no tiene dinero. La muchacha se propone agenciar para su novio el dinero que necesita; da cuenta a su jefe de que existen amenazas de robo y consigue así que Avelino, fingiendo ser un policía, se introduzca en la casa y cobra buenas propinas por evitar el delito. Pero lo más gracioso es que el robo se efectúa. ¿Cómo? Pues porque la hija del dueño de la casa se enamora de Avelino y, como tiene celos de Rosario, no se le ocurre otra cosa que hacer desaparecer un collar de perlas... que luego surge en un bolsillo de la muchacha. Pero cuando ésta, acusada y sin posible defensa, está a punto de salir de la casa, una señora que está enterada de todo deshace el embrollo y pone las cosas en su lugar. El final, como se comprenderá, es que los dos enamorados, protegidos por esta señora, pueden casarse y ser felices.

El público acogió con complacencia la obra, que viene a ser una caricatura, un poco retrasada, de las comedias policíacas que tan en auge estuvieron hace unos años. No se entusiasmó, pero tampoco mostró impaciencia, otorgando al final su visto bueno.

En la interpretación, además de la señorita Redondo, se distinguieron los señores León y Tordesillas, éste en la composición muy afortunada de un tipo.

Así como *Avelino Perdiguero* tiene hacia lo safrico, *El tiempo de las cerezas* deriva hacia lo sentimental.

Es original esta segunda obra de M. Hansewyck Wattine y ha sido adaptada por plumas tan prestigiosas en estos menesteres como las de los señores Gutiérrez Roig y Luis de los Ríos. Comedia placida, de un sentimentalismo simpático, en la que juegan el amor y el interés, interesa en muchos momentos y entretiene en los restantes. Obtuvo un buen éxito.

El argumento no tiene gran novedad, puesto que, en síntesis, se reduce a aquello de «dos que quieren a una», con la variante de que aquí son «dos mujeres que quieren a un hombre». Como es lógico, la que triunfa al fin es el personaje simpático de la obra, con lo cual la comedia termina, no solo a gusto de la muchacha triunfadora, sino a satisfacción del público. Carmen Jiménez, María Bassó y Paco Hernández dieron vida a los tres personajes principales, y la señorita Martínez y el señor Portas se destacaron en la acción secundaria.

La razón social Luis de los Ríos-Gutiérrez Roig, que tanto y con tan gran acierto viene estrenando hace

unos años, empieza esta temporada con buen pie.

Los restantes teatros nada nuevo ofrecen. Sigue el Español explotando el éxito de *La niña de Gómez Arias*, y el Rey Alfonso el de *Mi marido se aburre*, que, en vez de disminuir, va creciendo a medida que regresa la gente del veraneo.

En Fuencarral, Eugenio Casals continúa su brillante campaña, solo con repertorio lírico. *La Czarina*, *Jugar con fuego* y *Bohemios* han proporcionado nuevas entradas y nuevos éxitos a las señoras Rossy y Castrillo y a los señores Arias, Casals, Païop y Reboull. La persistencia en la cuidadosa presentación de las obras y en los precios baratos es la mejor aliada de esta excelente compañía.

Esta noche se estrena en Martín la nueva obra de don Antonio Paso y del maestro Luna, *El apuro de Pura*.

Con ella rompe el fuego este año el teatro de la calle de Santa Brígida. Se dice que es obra un poco fuertecita. Si no lo fuera, se llamarían a engaño los alegres concurrentes de Martín, que han convertido este teatro en una especie de sucursal de barrio del Reina Victoria.

La primera tiple de la compañía Cadenas hasta el año pasado, o sea la atrayente Consuelo Hidalgo, aparecerá mañana en Maravillas como «estrella» de varietés. Cuando ella lo hace, será indudablemente porque le convendrá desde el punto de vista económico; pero es lástima que, teniendo tan notables aptitudes para el cultivo de la opereta, se consagre a un género notoriamente inferior, en el que no alcanzará más notoriedad que la que tiene y acaso pierda condiciones artísticas. Los sinceros admiradores de la Hidalgo confían en que no tardarán en verla reintegrada al teatro.

Mientras tanto, el pleito de Fraga subsiste. La opinión contemporizadora de los hermanos Quintero puede influir de una manera eficaz en la solución del asunto. Ello es de desear por el bien de cuantos del teatro viven.

G. FERNANDEZ SHAW.

MADRID TEATRAL

El éxito de "Paloma, la Postinera" --Un drama que hace reír... hasta donde quieren los autores.--Triunfo de don José María Granada, con "El niño de oro" --Andalucía y las obras andaluzas.--Inauguración de Lara: estreno de "Grano de mostaza" --Una nueva obra de los señores Alvarez Quintero, en el Centro.--Otras novedades de varia suerte.

Homenaje merecido

En la galería de tipos populares femeninos con que los admirables saineteros Angel Torres del Alamo y Antonio Asenjo han enriquecido al teatro español, está *Paloma, la Postinera*, que el público de Romea aplaude calurosamente todas las noches, es digna hermana de *Margarita la Tanagra* y de *Rocío la canastera*. Copia fiel de tipos y costumbres; gracia natural en el diálogo, derivada de las situaciones, emoción bien ponderada al final: tales son los componentes principales de esta nueva comedia que comparte con *El niño de oro* y con *Arco Iris* los favores del público de Madrid.

Torres y Asenjo, trabajadores y fecundos han vuelto a tener un acierto pleno; por lo menos así lo proclama unánimemente la concurrencia que llena a diario la sala del teatro en que actúa el matrimonio Plana-Díaz, con un cuadro artístico muy estimable. La vida teatral de esta pareja de autores se caracteriza por una serie de obras que obtiene, por regla general, buenos éxitos, y por unos cuantos triunfos grandes, de cuando en cuando, que laboran y mantienen en primera línea el prestigio de sus firmas.

El chico del cafetín, *Las pecadoras*, la mencionada *Margarita la Tanagra* y algunas más han proporcionado a Asenjo y Torres del Alamo fama y dinero. *Paloma, la Postinera*, lleva el mismo camino; y como irá este año acompañada por *Isidra la novelera*, que se anuncia en Eslava, la refundición de *Los polvos de la madre Celestina*, en el Español; la opereta de Gilbert, *La señorita del teléfono*; otra opereta con música del maestro Font, y otra obra que, según tengo entendido, será por primera vez juzgada por el público de Valencia, con música del maestro Balaguer, fácil es predecir a estos autores una temporada por todos conceptos brillantísima.

Pero hablemos de *Paloma, la Postinera*. Drama es, según reza el cartel, y según, en efecto, resulta al terminar; pero sainete—y sainete divertidísimo—es en su mayor parte, con una constante observación de tipos y con un acierto continuo de frase. En el primer acto vimos en un taller de sastrería madrileño, del que es maestra Paloma, una mujer toda pasión y crueldad, amante y desdeñosa, que trae a mal traer a Juan Antonio, un mozo enamorado de ella hasta las cachas, y juguete suyo al mismo tiempo. En el taller suenan las risas y los dichos de oficiales y aprendizas, que encantan a todos y, desde luego, al público. ¿Qué de particular tiene, entonces, que Juan Antonio, desdeñado y despechado, se fije también en Patro la oficiala, que le ofrece un cariño tranquilo en el que ve una pronta y verdadera felicidad? Pero Paloma, cuando lo que creía tan seguro se le escapa de entre las manos, advierte todo el amor que por él sentía, y resuelve reconquistar a Juan Antonio. Con esto nos hallamos ya en pleno segundo acto, en el que domina el ambiente de una típica verbena madrileña. La acción dramática no tiene, sin embargo, su resolución hasta el acto último, ya en Málaga, donde se encuentran las dos mujeres frente a frente. La pasión que las domina las lleva a una lucha sangrienta, y sobre el fondo de solares y malagueñas, infensamente trágicas, Patro la tranquila, exasperada por su rival, le asesta una puñalada, que pone fin a la vida de Paloma, y con ella, al drama. Como la parte dramática no surge hasta el mismo final, y el público ni la presente, hace aun más efecto; y así, la obra divierte y emociona, gusta e interesa, merced a la hábil combinación del argumento principal y los elementos episódicos.

Antonia Plana, en el difícil papel de la protagonista, que tan diversos matices brinda a su interpretación; Díaz, en un tipo muy gracioso y muy real; la señora Zurita, en la oficiala, y los demás artistas que figuran en el reparto de esta obra, contribuyeron con su esfuerzo correspondiente al gran efecto que, en conjunto y en detalle, logró,

desde las primeras escenas, el drama. No hay éxito grande sin la afortunada colaboración de cuantos elementos integran una obra. Por eso en los aplausos dedicados a *Paloma, la Postinera*, pueden adjudicarse una parte los autores y otra, siempre apreciable, los artistas de Romea.

Coincidiendo con este éxito, ha habido en la Comedia el de *El niño de oro*, de don José María Granada. Ya el año pasado, con ocasión del estreno de *Manolito Pamplinas*, en Eslava, apunté algo de la rápida carrera teatral de este autor, que ha abandonado la misión sacerdotal ejercida durante varios años para dedicarse, al parecer por entero, al cultivo del género dramático, por el que siente una vocación irresistible. José María Granada, como le llama ahora el público, por ser el seudónimo que usa; Lázaro O'Lein, como le denominaban los admiradores de sus primeras obras; José María Martín López, como se llama él en realidad; y el *curita*, como cariñosamente le nombran sus amigos, ha obtenido ahora, con *El niño de oro*, su consagración. En la noche del estreno, el público no solo le aplaudió con entusiasmo al final de los tres actos de la comedia, sino que le obligó a salir a escena varias veces durante la representación, para premiar frases felices o situaciones de efecto. Después la crítica, con una unanimidad casi absoluta, ha prodigado sus elogios a José María Granada, saludando en él a un autor, ya formado, del que hay derecho a esperar muchas cosas buenas. En sucesivas representaciones, la obra no cesa de dar llenos. El día 9 se celebrará un banquete en honor del ingenioso autor... ¿Se puede dudar del éxito?

El niño de oro nos presenta una Andalucía distinta de la de los hermanos Quintero. En realidad, Andalucía tiene facetas tan diversas, que no basta decir de una obra que tiene carácter andaluz para indicar su ambiente. Así, el teatro popular de los Quintero es un fiel trasunto de la vida sevillana; las obras andaluzas de «Parmeno», un reflejo de las preocupaciones y costumbres de las gentes del campo de Huelva; y algunas zarzuelas de Fernández del Villar, y el mejor drama de López Merino, una copia de Málaga y sus vecinos. Todas estas obras, andaluzas; y, sin embargo, ¡qué distintas de ambiente! El autor de *El niño de oro* nos muestra en toda su pintoresca mezcla el cuadro de Granada, su tierra natal, en la que ha encontrado todas las fuentes para su inspiración. Es discutible si los tipos gitanos que por la escena desfilan son característicos de Granada o no, puesto que la gitanería pudiera ser considerada como una raza internacional; pero desde el momento que en la ciudad del Darro abundan hasta el punto de formar un barrio, presentarlos en una obra granadina no solo no es quitarle a ésta sabor local, sino más bien, a mi juicio, reforzar la pincelada de color. El cuadro de zambra gitana con que culmina el segundo acto, es, sin duda, un innegable acierto, y está muy oportunamente colocado. Los demás tipos de la obra, absolutamente granadinos, están dibujados con rasgos firmes, y el diálogo no decae un solo momento en gracia y ocurrencias. Muchas veces son anécdotas, incluso conocidas en Granada, las que regocijan al público, y el arte del autor ha estado en saberlas escoger primero, y lo que es más difícil, en acertar a contarlas después.

Algunos entusiastas de *El niño de oro* han llegado a decir que éste es el verdadero teatro andaluz; la exageración de esto no es necesario proclamarla. Tan verdadero es este teatro, como lo es el ruminoso e indiscutible de los Quintero, que tuvo, además, el mérito de llegar antes, cuando en las comedias entonces al uso no se conocían más personajes andaluces que los asistentes de los militares, torpones y analfabetos.

Para elogiar a una persona, no hay que molestar a otras; tanto más, cuando se trata de escritores ilustres a quienes debemos admiración y gratitud, y que constituyen

un legítimo timbre de orgullo para España.

En la interpretación de *El niño de oro* se destacan la señorita Redondo y los señores León y Tordesillas, sobre el ajustado conjunto que consigue la compañía de don Tirso Escudero.

Inauguró Lara, y la Rodrigo, Leocadia Alba, Simó Raso e Ysbert tuvieron ocasión de apreciar nuevamente los muchos devotos que en Madrid tienen. *Doña Clarines* fué saboreada con el placer de siempre. Por la noche dió la compañía a conocer la comedia de los señores Tellaeché y Serrano Anguita, *Grano de mostaza*. El hecho de que una parte del público mostrara impaciencia en el último acto, por su excesiva duración, fué suficiente para que se creyese la obra fracasada o poco meritos. Tanto es así, que los autores quisieron retirarla del cartel; pero don Eduardo Yáñez, que tenía confianza en ella, se negó; y la comedia, aligerada, da ahora buenas entradas y proporciona aplausos a sus autores. Comedia limpia, honrada, escrita con nobleza de intención y con fluidez de diálogo, merecía esta segunda acogida, o, mejor dicho, esta rectificación de juicio. Si las obras de aspiraciones altas y de pronósticos plausibles tropiezan con la indiferencia o la repulsa del público, no se podrá culpar luego a autores bien encarrilados hoy de una desviación hacia campos teatrales de una categoría inferior, pero mucho más productivos. Las principales partes de la compañía de Lara trabajan en *Grano de mostaza* con la probidad artística en ellos habitual.

Tampoco tuvieron en la noche del estreno el santo de cara los insignes autores de *Las vueltas que da el mundo*, representada en el teatro del Centro. En mi opinión, la equivocación de los Quintero ha estado, en este caso, en el título. El público, teniendo esto en cuenta, adivinó, desde el principio, la acción y el desenlace de la comedia, y ésta perdió interés y hasta pareció fatigosa. Y como la gente exige mucho a los autores consagrados, no quiso conformarse con lo ofrecido por quienes saben hacer mucho más. El señor rico y la muchacha caprichosa, que vienen a parar en la pobreza, teniendo que resignarse a la nueva vida, no conmovieron ni interesaron. Todo ello no quiere decir que la comedia no tenga indiscutibles aciertos, que harían la reputación de un autor novel.

En Price, José Ramos Martín y el maestro Barrera lograron un buen éxito con *El niño de la suerte*, melodrama de entonación y contrastes propios para la compañía Prado-Chicote. En Novedades, la reposición de *La alsaciana* ha sido un acontecimiento; en el Infanta Isabel, el entremés ¡*Plancha!*, de los señores Muñoz Seca y Pérez Fernández, hizo reír mucho, y en Martín, ¡*De la China...* na!, no logró vencer al respetable.

Hoy se han reunido autores, actores y empresario en torno de Larios de Medrano, para mostrarle su gratitud con un banquete, por lo que laboró para conseguir la solución del pleito de Fragas. Merecido tenía el homenaje. Lo que hace falta ahora, es que lo pasado no haya servido a todos de enseñanza y de escarmiento.

GUILLERMO FERNÁNDEZ SHAW

31-X-922

MADRID TEATRAL

La compañía de Ricardo Calvo en el Español.--Estreno de un sainete "a la manera clásica".--Un gracioso cuento llevado a la escena.--El éxito de risa de "Larrea y Lamata", en el Cómico y el ingenio del Sr. García Alvarez.--Un "debut", un reestreno y un novel intento.--Inauguración de Eslava con "El conflicto de Mercedes".--Otras novedades en perspectiva

Madrid 26 octubre.

Brillante fué anteanoche la inauguración de la temporada central del Español. Terminada la actuación de la ilustre Margarita Xirgu, que a estas horas despierta la admiración diaria del público valenciano, ha comenzado su campaña Ricardo Calvo con su compañía, en la que figuran, como elementos principales, la señora Roca y la señorita Seco. La función inaugural fué con el famoso drama de Calderón, *No hay burlescos con el amor*, tan acertadamente refundido hace unos quince años por el inolvidable Zeda, y con el estreno de un sainete, "hecho a la manera clásica" por los señores Paso (hijo) y Silva Aramburu, y titulado *Los pícaros doctores o Amor que vuelve a nacer*.

El drama de Calderón, intenso, humano, produjo la misma emoción de siempre. En él encuentra Ricardo Calvo frecuentes ocasiones para lucir sus facultades de declamador, y anteaer las aprovechó brillantemente, siendo con justicia aplaudido. En el éxito participaron las dos primeras actrices de la compañía.

El sainete de Silva y Paso es, ante todo, una obra de buen gusto. Por espacio de tres cuartos de hora vive el público en un ambiente muy siglo XVII, como se dice ahora. Doctores, escribanos, alguaciles, timoratas damas y otras figuras de la época desfilan ante el espectador, poniendo en acción un cuento viejo muy conocido: el de un avispado sujeto que dice que ha inventado un procedimiento para hacer que resuciten los muertos. Y como llega a hacer creer en la eficacia de su supuesto invento, llegan hasta él numerosas personas interesadas en que sus muertos no resuciten y le pagan espléndidamente su abstención. El que ha heredado al alcalde, al que debía a un amigo que falleció, el que disfruta del amor de una viuda...; todos acuden a impedir la resurrección de la persona que puede perturbar su feliz existencia, y el inventor medra a costa de la ignorancia de la gente. Claro que este cuento solo puede ponerse en acción buscando una época en que las supersticiones y creencias de las gentes se hallaban en un período punto menos que primitivo.

El diálogo, en general, está cuidado. La interpretación fué excelente y el éxito muy honroso.

Los señores Paso y Silva se hicieron, pues, acreedores a los aplausos que en su honor sonaron.

Comienza Calvo su temporada bajo muy buenos auspicios. Ahora lo que hace falta es que cuide mucho los estrenos y las presentaciones; porque la que ha dado al drama de Calderón... no es, francamente, lo que de él había merecido a esperar.

En el Cómico se estrenó *Larrea y Lamata o ¿qué hacemos con el difunto?*, de García Alvarez, y obtuvo, como era de esperar, un gran éxito de risa, acrecido en sucesivas representaciones. La nueva obra del autor de *La tragedia de Lavina* es, como todas las suyas, un alarde de gracia, aunque ésta resulte en ocasiones un poco gorda. García Alvarez, el rey de la simpatía personal, es uno de los autores cómicos más valientes de España. Fíado en su ingenio, en su conocimiento del teatro y en la gran simpatía con que sabe que le mira el público—por lo menos el de Madrid,—se atreve con situaciones y cosas que otro autor no piensa siquiera intentar por temor al "respetable". No olvidemos que él es el autor del primer acto de *La frescura de Lafuente*, cuya acción se desenvuelve en un cementerio, y cuyos personajes dicen: "¡Buenas y fúnebres! y ¡Santas y cadavéricas!" y que a él se debe el número de "las hermanas cadáveres" de *El niño judío* en que se hace una parodia de la *Danza macabra*, de Saint Saens.

Pues ambas cosas, explotadas por el lado cómico, tuvieron un gran efecto: el mismo que se había propuesto el saladísimo autor; pero dígame si no era expuesto llevarlas a la escena. Ahora, en esta *Larrea y Lamata*, que mantiene a la gente, durante su representación, en constante hilaridad—sobre todo en el primer acto,—saca al personaje principal, que es el que interpreta Zorrilla, para que le ocurran varios divertidos episodios. Y uno de ellos es que, en medio de una escena amorosa, siente este personaje los efectos de unos polvos de Jalapa que ha tomado por equivocación. Esto produce en el público una gran carcajada, que aumenta en proporciones al ver a Zorrilla abandonar la escena; pero ello no obsta para que luego los mismos que han reído sean los primeros que lamenten que un autor de tan fino y lozano ingenio como García Alvarez, recorra a veces a efectismos de esa índole para halagar los gustos, no siempre refinados, del público.

De todos modos, dicho queda que la obra no cesa de ser reída, y aplaudida y que da ocasión a Zorrilla para demostrar lo excelente actor que es, tanto con la palabra como con el gesto.

El empresario señor Losada no puede quejarse de cómo empieza para él la temporada en Madrid. Los dos primeros estrenos del Rey Alfonso le han dado dinero; éste del Cómico parece que lleva camino de hacer lo mismo. Y satisfecho debe estar el empresario, cuando ya ha comenzado, por su cuenta, la construcción de otro coliseo en Madrid,—en la calle de Atocha, cerca del teatro del Centro,—para dedicarlo al género lírico.

En el Infanta Isabel hizo su presentación Pedro Sepúlveda,—sustituto de Paco Alarcón,—con el protagonista de la comedia de Fernández del Villar, *Constantino Pla*. La gracia de Sepúlveda se basa en la naturalidad; recuerda algo a la de Rafael Ramírez, con la diferencia de que aquél es más igual trabajando que éste. Como ya ha estado Sepúlveda otras temporadas en el Infanta Isabel, la concurrencia le recibió como a un antiguo amigo.

El gran éxito del año pasado en este teatro, *La prisa*, está siendo explotado ahora por la compañía Alba-Bonafé en el Centro; y ello basta para mantener buenas entradas en el amplio local.

Loreto y Chicote han reforzado el cartel de Price colocando junto a *Es mucho Madrid!*, otra revista titulada *La felicidad de España*, que es refundición, arreglo, modernización o como quieran ustedes llamarla, de otra estrenada hace algún tiempo con el título de *Las hijas de España*. Vistosá, con la vistosidad que antes se daba aquí a las revistas, animada e ingeniosa, cumple su misión de entretener durante una hora al espectador de buena fe, que acude a pasar un rato agradable.

Apolo no ha tenido, por suerte suya, que reforzar nada. A pesar de los precios altos la gente sigue llenando a diario el teatro y haciendo repetir los mismos números de *Arco Iris*, que en la noche de su estreno han comenzado ya, no obstante, los ensayos de *¡Ave, César!*, de González Pastor y Tomás Borrás, para la cual se dice que ha escrito Vicente Lleó la más inspirada de sus partituras. El barítono Ortiz de Zárate vendrá a estrenar la obra, y la empresa hará—¿quién podrá dudarlo?—un esfuerzo digno de su ya bien conquistada fama de rumbosa.

Novedades tuvo un estreno de no gran importancia: *La banda de Saboya*, con la que hacían sus primeras armas en el teatro dos jóvenes periodistas, muy estimados en Madrid: los señores Adame y Jardiel Ponceña. Tiene la obra cosas estimables y aciertos verdaderos, y acusa un loable esfuerzo por hacer algo fuera de lo constantemente trillado pero las inexperiencias irremediabiles en todo el que empieza, deslucieron el buen éxito que el resto de la producción merecía. Así y todo, los señores Jardiel y Adame han demostrado aptitudes, que permiten esperar aciertos plenos. Cuentan con juventud, con entusiasmos y con voluntad. Y estos aliados son de gran importancia para vencer en la lucha que comienzan.

La compañía de Martínez Sierra se presentó anoche en Eslava, y no hay que decir que tuvo la acogida efusiva de todos los años. Para los madrileños es ya esta compañía imprescindible. No se concibe la temporada teatral sin Eslava abierto. Este invierno los admiradores de Catalina Bárcena pueden disfrutar de su arte desde el primer día; por fortuna, la ilustre actriz viene perfectamente de salud, y no necesita, como el año pasado, tomarse unos meses de descanso.

La obra inaugural fué *El conflicto de Mercedes*, del señor Muñoz Seca. Recientemente juzgadas la obra y su interpretación por el público valenciano, tócame solamente

decir que la entretenida comedia fué muy del agrado de nuestro público. En realidad, la escasa novedad de su argumento, está compensada por las graciosas derivaciones originales que el señor Muñoz Seca, con su inagotable inventiva, le ha buscado. Y la obra llega a feliz término, después de haber hecho pasar al auditorio un rato muy agradable. La variedad de matices que, en la protagonista, demuestra una vez más Catalina Bárcena, y el natural desenfado que da Collado a su papel, son eficaces auxiliares del autor para el éxito de la obra.

Se anuncian numerosos acontecimientos de mayor o menor interés. En Romea, Torres del Alamo y Asenjo estrenan esta noche *Paloma, la postinera*. Lara prepara para el sábado la inauguración de su temporada con *Doña Clarines* y el estreno de la comedia en tres actos, *Grano de mostaza*, de los señores Serrano Anguita y Tellaeche; el Infanta Isabel tiene organizado un cartel en el que figurarán *La rebótica*, *Tenorio musical* y el estreno del juguete cómico, de los señores Muñoz Seca y Pérez Fernández, *¡Plancha!*; el Español y la Latina ensayan el *Tenorio*; Fuencarral, la reprise de *Curro Vargas*, y Martín, el estreno de una humorada, de don Angel Caamaño, con música del maestro Calleja, titulada *De la China... ná!*

Indudable interés ofrecerá la reapertura de Cervantes por la compañía que acaudilla la bella Mercedes Pérez de Vargas. Muchos admiradores tiene la hermosa actriz en esta capital y excelente el repertorio que parece que trae; pero todo es poco si quiere hacer una lucida campaña en un teatro tan ingrato, por su mala situación, como el de la Corredora de San Pablo.

La inauguración de la Princesa es esperada, como es lógico, con deseo verdadero. De *El doncel romántico*, la nueva obra de Fernández Ardavin, se dicen muchas cosas buenas; y con curiosidad expectante se aguarda también la breve serie de representaciones que, en el mismo teatro, darán dentro de unos días, el gran actor francés Signoret y la compañía que con él viene de París.

La perspectiva teatral madrileña no es, pues, nada despreciable.

G. FERNANDEZ SHAW.

Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.

De nuestra colaboración

Madrid teatral

Benavente y su consagración universal.--Una iniciativa... que ahí está.--El triunfo en Eslava de "El pavo real".--El más legítimo éxito de Marquina.--Dos banquetes significativos.--El ejemplo de la temporada de Fuencarral, para el mantenimiento e impulso de la zarzuela española.--La Pérez de Vargas en el teatro Cervantes.--Tres estrenos: "El burlador de Medina", "El madrigal de la cumbre" y "La chifladura de Anita".--Acontecimientos en perspectiva

Madrid 16 noviembre.

Fecunda en acontecimientos teatrales o relacionados con el teatro ha sido la última decena: concesión del Premio Nobel a don Jacinto Benavente, estreno de *El pavo real*, banquetes a Eulogio Velasco y los autores de *Arco Iris* y a Eugenio Casals y sus auxiliares en la campaña de Fuencarral, presentación de la compañía de Mercedes Pérez de Vargas y una porción de estrenos de menor importancia... Temas todos que merecen atención y comentario, siquiera con la brevedad que impone los límites de una crónica.

Motivo de inmensa y legítima satisfacción para todos los escritores españoles ha debido ser la concesión a Benavente del premio que anualmente otorga la Academia de Stokolmo. Supone la consagración universal de nuestro insigne dramaturgo, cuyas obras y cuya fama habían traspasado en estos últimos años las fronteras. Los públicos de Berlín y Nueva York habían rendido entusiasta tributo al arte de nuestro compatriota, y otras naciones se preparan para difundir sus admirables producciones.

Benavente se halla aún por tierras de la América española, en anhelos de reconquista espiritual. Para él, felicitándole, han partido de España numerosos cablegramas; pero, seguramente, muchos menos de los que han debido llegar a sus manos como expresión del sentimiento de su país. Aquí la noticia ha sido, como era lógico, recibida con general regocijo; mas esta tampoco es ha traducido en acto alguno de relieve que pudiese demostrar al mundo que también sabemos honrar a los nuestros. Tan solo unas palabras, cálidas y efusivas, bien entonadas y bien dichas, antes de comenzar la representación de *Rosas de otoño*, en Cervantes, pronunció la bella Mercedes Pérez de Vargas la otra noche. Las frases fueron muy oportunas y el público las subrayó con una ovación.

Pero aún es tiempo de reparar la injusticia de actores y de empresarios para quien representa en el teatro español el más alto nivel artístico contemporáneo. Dentro de poco regresará Benavente a España. En seguida se hablará de un homenaje. Y yo pienso que ningún homenaje podría complacerle tanto como el de representar ese día—el de su llegada a España,—obras cuyas en todos los teatros de comedia que funcionan y aun en los de zarzuela con elementos para ello. Esas funciones podían tener carácter benéfico y sus productos destinarse a los asilos—o a algún asilo—de niños; de esos niños para quienes Benavente creó un teatro y por los cuales ha manifestado siempre un creciente interés.

Desde las columnas de LAS PROVINCIAS brindó la iniciativa a que nos pueden ponerla en práctica. Y a buen seguro que, si tal hicieran, el autor de *Los intereses creados*, no solo se conmoviera agradecido, sino que acaso cambiaría de rumbo las ideas que en su cerebro se agitan con respecto a la poca consideración que, según él, se le ha tratado últimamente en España.

En Eslava, la compañía de Martínez Sierra nos ofreció anteanoche el espléndido obsequio del estreno de *El pavo real*. El público de Valencia acaba de aplaudir con calor y de apreciar en todo su mérito esta comedia poética que, a mi juicio, es la obra más completa de don Eduardo Marquina. Poco he de añadir a las autorizadas opiniones ya exteriorizadas en Valencia; pero séame lícito decir que la acogida tributada al poema—que verdaero poema es—por la concurrencia reunida en la sala de Eslava, fué desde las primeras escenas entusiasta, revistiendo al final de los actos caracteres de verdadera ovación. Los más bellos pasajes líricos fueron gustados por el auditorio en toda su pureza y subrayados con aplausos espontáneos; lo cual demuestra que aunque sé diga que al público se le ha estragado el gusto por las obras al uso, no lo tiene tanto que no perciba la belleza y no se emocione con ella, siempre que ésta le sea servida bien de verdad. Y es que hay que reconocer que si *El pavo real* posee pasajes y fragmentos de una delicadeza y de una emoción extraordinarias y momentos de una dulce poesía, tiene también una hábil construcción dramática, que hace que la obra, no solo encante, sino a la vez, interese. Y este es el mayor acierto del señor Marquina: haber sabido ser poeta y autor al mismo tiempo, en una feliz concentración de ideas y de sentimientos.

La fábula india que, al través de la comedia, desfila ante el público, se prestaba, no solo a que el poeta fuera rienda suelta a su inspiración, sino a que otras artes—en este caso

complementarias—colaboraran brillantemente en la presentación de la obra. Así, la música, merced a la señorita María Rodrigo, completó, con sus melodías de sabor oriental, el ambiente de ensueño, y la pintura, por obra de los pinceles de Fontanals, dió el fondo apropiado a las figuras, a las actitudes y a los versos. Obra que debía ser lujosamente presentada, lo ha sido con verdadera esplendidez, en un derroche de riqueza y de buen gusto, propio de una persona como el señor Martínez Sierra. Si no fuera por los méritos intrínsecos de la comedia, bastaría su presentación—todos los trajes han sido confeccionados de nuevo y muchas decoraciones se han pintado ahora en Madrid—para que todo el público de nuestra ciudad desfilara por Eslava.

¿Ocurrirá esto? Eso—como afirma el dicho vulgar—es harina de otro costal. Yo creo que sí; pero la gente que puede apreciar todas las bellezas de *El pavo real* es tan inferior en número a la que prefiere el astracán a caño libre o las truculencias a todo efecto! Algo perjudica a la impresión de conjunto el excesivo número de cuadros, que obliga a mutaciones y produce una inevitable fatiga en el espectador. De todos modos, puede darse cada espera por bien empleada. Para Marquina fué una gran noche la de anteaayer. Con él compartieron el triunfo Catalina Bárcena, Marló, Collado y los demás artistas de Eslava, que salieron airoso de su empeño, a pesar de luchar con los inconvenientes que ofrece la dicción de un género con el que hoy están familiarizados muy pocos actores españoles.

Amplia sensación de arte; gustoso regalo para paladares educados... *El pavo real* es un paso importante para el florecimiento del teatro poético en España.

El banquete a Eulogio Velasco y a los autores de *Arco Iris* significó satisfacción por el éxito de la brillantísima temporada de Apolo. Coincidiendo con la centésima representación a teatro lleno, autores, actores y empresarios reunieron en torno de Velasco. De él hay derecho a esperar mucho en el porvenir, ya que tanto ha ofrecido en el presente. De desear es que los proyectos existentes tengan una bella realización y que el triunfo siga acompañando al inteligente empresario valenciano.

El homenaje a Casals tuvo otra significación. Era el reconocimiento de lo mucho y muy importante que ha hecho el gran actor en favor del género lírico nacional. Sin un solo estreno, reponiendo con todo cuidado y cariño las obras más famosas de nuestro repertorio de zarzuelas grandes y chicas, Casals lleva tres meses en el teatro Fuencarral realizando una campaña provechosa. Con la reprise del *Curro Vargas*, no representado en Madrid hace muchos años, culminó el otro día su labor de director de escena. La hermosa obra de Manuel Paso, Joaquín Dicenta y el maestro Chapí fué presentada e interpretada—y ya es empeño difícil—con una justeza y una discreción tales, que el público, comprendiéndolo así, rindió a Casals y a todos sus compañeros el tributo de su mayor admiración. Esta temporada ha demostrado que la zarzuela española estaba siendo injustamente preterida por los empresarios. Cuidándolas de ensayos, como si fuesen obras nuevas, y procurando que los decorados y trajes sean adecuados y de buen gusto, basta un cuadro de buenos y entusiastas cantantes y de estudiosos artistas para que el público responda, llenando a diario un teatro, como en Fuencarral ocurre. Es una lección que no deben desaprovechar las empresas que creen que la salvación de sus negocios está en estrenar una obra, buena o mala, todos los viernes.

La presentación en Cervantes de Mercedes Pérez de Vargas nos ha hecho recrearnos, una vez más, ante la belleza y la elegancia de esta actriz, cuyo repertorio, de una probidad artística plausible, permite esperar una campaña noble de alta comedia. La señorita Pérez de Vargas ha ganado como actriz y no ha perdido como mujer; lo cual ha sido muy grato para sus admiradores. Su arte es más flexible, su voz más armoniosa, su gesto menos artificioso.

En *Rosas de Otoño* supo emocionarnos de verdad. En la compañía que bajo su dirección actúa, se destaca Espantaleón, actor de recursos, que cuenta con muchas simpatías, conquistadas en buena lid, entre nuestro público.

En el Rey Alfonso el señor González del Toro nos presentó a *El burlador de Medina*, que es un infeliz al que alquilan para conquistador, que luego se lo cree él mis-

mo, y que, al final, resulta burlado. La obra pertenece al género gordo, con chistes y situaciones astrakónicas; pero como hace reír y da ocasión para que Paco Alarcón haga una vez más alarde de su vis cómica, la gente se dió anoche por muy satisfecha y aplaudió al final de los actos. *El burlador de Medina* no dará más prestigio al nombre del señor González del Toro, pero sí proporcionará algunas buenas entradas al Rey Alfonso.

Más merecedora de aplauso es la obra estrenada ayer en Lara. En ella se hacen patentes las cualidades dramáticas de un distinguido escritor que, si persevera, puede conquistar en el teatro un puesto honroso: nos referimos al periodista zaragozano don Juan José Lorente, autor de la comedia *El madrigal de la cumbre*. Obra de sinceridad, de honradez de procedimientos, tiende—y lo consigue en buena parte,—a ser fiel reflejo de la vida misma, presentándonos un conflicto humano con personajes reales, en cuya composición acredita el señor Lorente dotes innegables de observador. El argumento se reduce a la renuncia de su cariño mutuo hacen dos enamorados; a quienes la vida obliga a caminar por otros derroteros. Y así como Guadalupe, víctima de la fatalidad, se resigna a prescindir de lo que sabe que es su dicha, Juan Ignacio hace el sacrificio de su segura felicidad aviniéndose a seguir ligado, por ser su deber, a su esposa legítima, que no merece ciertamente ese rasgo de abnegación. Apasionamiento, ternura, desencanto, están tratados en la comedia con mano hábil. Al público le gustó la obra y aplaudió al señor Lorente y a los intérpretes, entre los que descollaron la señorita Rodrigo, Raquel Martínez, Luis Peña, Simó Raso y Balaguer.

Don Pablo Parellada, a quien tantos ratos de sano regocijo debemos todos los españoles, estrenó en el Infanta Isabel *La chifladura de Anita*, juguete cómico sin grandes complicaciones, francamente ingenioso y de una placidez encantadora; lo indicado para el juvenil y aristocrático público del lindo teatro de la calle del Barquillo. Es una consecuencia del género polifónico, tomado en broma por el siempre intencionado Melitón González. Las luces que dirige Pedro Sepúlveda interpretan el nuevo juguete con acierto.

Las conferencias literarias de Romea, la reposición de *Si fué don Juan Andalus* en el teatro Imperial y la aparición de *La alsaciana* en Novedades, completan el cuadro de atracciones que los teatros de Madrid han ofrecido.

Para esta noche se anuncian la inauguración de la temporada argentina por la compañía de Munilla Alipi, en la Zarzuela, y el estreno de *El hotel de los enamorados*, libro del señor González del Castillo y música del maestro Luna, en el Cómico, y para el sábado el del juguete cómico de los señores Muñoz Seca y Pérez Fernández, *El Goya*, en el Cómico. También están muy próximas la inauguración de la Princesa, con *El doncel romántico*, del señor Fernández Ardavin, y la representación de *Las mocedades del Cid*, refundida por don Juan y don Miguel de Castro.

De las inmoraliades que la compañía de Elena Toray hace desfilan por la escena del Olympia, más vale no hablar. Y es lástima, porque, tanto esta actriz como muchos de los artistas que le acompañan, tienen aptitudes indudables, y los au-

tores y adaptadores de las obras demuestran una habilidad escénica mal aprovechada.

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW

MADRID TEATRAL

«El doncel romántico» y su estreno en la Princesa.--Los méritos del Sr. Fernández Ardavín y sus obras.--Las representaciones de la compañía argentina de Muño-Alippi, en la Zarzuela.--Teatro popular y arte joven y vigoroso.--Un gran éxito merecido.--La «comedia famosa», de Guillén de Castro.--«Las mocedades del Cid», obtiene, refundida, una acogida calurosa.--Otros estrenos.--Un nuevo triunfo del maestro Luna.--Ruth Drapper, en Madrid

Madrid 25 diciembre.

El doncel romántico no eleva el prestigio dramático que el gran poeta Luis Fernández Ardavín alcanzó justamente con *La dama del armiño*, pero tampoco lo rebaja. El señor Ardavín sigue en el mismo plano escénico, y sus obras, que suponen todas nobles y alentadores esfuerzos, seguirán despertando gran interés y suscitando verdadera expectación. Hay en él inspiración y fibra dramática; cuanto ha estrenado, revela un extraordinario temperamento; es, además, muy joven, y quizás por esto mismo, y porque el público tiene conciencia de lo que vale, sigue esperando de él la obra cumbre que definitivamente le incumbiere a la galantería, hoy exigida, de primeras figuras de nuestro teatro contemporáneo.

El folletín dramático con que la Compañía Guerrero-Mendoza ha inaugurado su temporada, tiene un buen acto, que es el primero; uno magnífico—el tercero,—y los otros tres bastante inferiores, aunque en ellos haya bellezas y aciertos aislados, dignos de la pluma del autor. La representación tenía para nuestro público el doble atractivo: el de la fábula dramática en sí, con la pompa de su desarrollo en verso, y el de la reproducción de una época tan interesante como aquella en que llegaron en España al grado máximo de exaltación los sentimientos puramente románticos.

¡El romanticismo! Ahora, visto ya de lejos, se nos aparece con todos los encantos de su atractivo y febril ideología. Los nobles arranques, las gallardas empresas, las sublimes abnegaciones, adquieren tal realce ante nuestros ojos de hombres de una época materialista, que hasta el ser dotado de menos sensibilidad tiene que rendirse ante la fuerza arrolladora de aquel torrente de bellezas y pasiones. Pero el romanticismo fué más que eso; vivió bajo la amenaza de la implacable tristeza; fué apasionado, pero sombrío, y por eso, cuando no lo pintamos luchando por la libertad o por otra idea generosa, lo evocamos con las figuras de Werther o de Figaro.

Ese ha sido, a mi juicio, uno de los mayores méritos del señor Fernández Ardavín. Nos ha dado una sensación precisa y completa de época y de ambiente. Y ya eso es, por sí, suficientemente importante para que le debemos estar agradecidos. Otro mérito de *El doncel romántico* es su frondosa, cuidada e inspirada versificación. Las escenas finales del acto tercero, la descripción de la muerte de Larra y otros fragmentos, son páginas que heuran a quienes las escriben y que deleitan a quienes goce a cuantos gustan de estos selectos regalos del alma y del oído.

¿Dónde ha estado entonces la causa de que la obra no haya sido todo lo alabada que se creía? En la elección o en el desarrollo del argumento. Al público no le fué, desde el principio, simpática la trama, y ya eso fué un obstáculo para la aceptación rotunda, entusiasta y sin reservas.

El vizconde de Campo Real, o sea el doncel romántico, se enamora de una mujer de belleza crepuscular y de mucha historia; se enamora apasionadamente de Carmen Sevillano, desafia a quienes hablan mal de ella, y en un momento propicio hace llegar a sus oídos la música de un tierno madrigal. La Sevillano, como es lógico, se siente halagada, y surge una cita para el día siguiente. Pero he aquí que, cuando ella le espera, y aleja a su ahijada Carolina, para tener el campo libre, surge un antiguo amigo, que revela a Carmen una terrible verdad: el vizconde de Campo Real es hijo de la Sevillano. Ella, horrorizada, escribe al muchacho, renunciando a la cita; pero él acude de todos modos, y una escena, que comienza en pasión desbordada, termina en una maldición. Esta es la parte mejor de la obra, que virtualmente queda terminada. En el cuarto acto, el doncel lucha con la idea del suicidio; no puede soportar el peso de su infortunio, sobre todo cuando sigue amando como antes a Carmen; ha buscado el cariño de Carolina, como tabla de salvación, que no se aparta de su madre, pero ello no basta, y al fin solo en el cañón de una pistola pone su esperanza. No llega, sin embargo, aún el temido momento, y en el último acto vemos al vizconde en una escena con la madre y con la prometida, que acaba con la muerte, al fin, del muchacho y el desmayo de Carmen Sevillano.

Estos amores paternales de madre e hijo, no convencieron, a pesar de su romanticismo, en la medida deseada. No obstante, dicho queda que el éxito fué, en buena parte de la obra, grande..., y que todos los entusiastas admiradores de Fernández Ardavín seguimos confiando en que, muy en breve, llevará al teatro la obra indiscutible que le coloque en el plano de los consagrados.

La interpretación fué, como era de esperar, tratándose de los ilustres artistas de la Princesa. *El doncel* halló feliz encarnación en Fernando Mendoza y Guerrero, que le dió todo el fuego que el tipo requería; María Guerrero fué la Carmen Sevillano con que el autor pudo soñar, y Fernando Díaz de Mendoza puso toda su autoridad y su talento a servicio del personaje a quien está encomendada de modo especial la misión de dar ambiente de la época. Los demás artistas contribuyeron al excelente conjunto. La presentación fué un alarde de riqueza, buen gusto y propiedad: una verdadera resurrección del Madrid de aquellos tiempos. Así se hacen las cosas.

Otra novedad, e importante para el público aficionado a teatros, ha sido la brillantísima actuación, en la Zarzuela, de la compañía argentina Muño-Alippi. Desde la noche de la inauguración, en que fueron acogidos estos actores con verdadero entusiasmo, hasta la fecha, el hermoso coliseo de la calle de Jovellanos se ve lleno todas las noches. Y es que si las obras ofrecen para nosotros un sugestivo encanto, los actores nos han sorprendido con los recursos de su arte. Y el público se interesa y se divierte, y es el primero que está haciendo la propaganda de esta compañía «de intercambio hispano-americano», tan oportuna y felizmente venida. El señor Muño, desde luego, es un gran actor. Domina todas las cuerdas, y desde la nota trágica a la cómica, todas le son igualmente familiares. Viendo esta gran flexibilidad, sin querer se acuerda el espectador de Novelli. Entre nuestros actores, el que más ha logrado esta diversidad de matices, es Paco Morano. Alippi también es un artista sobrio y seguro.

Cinco obras nos han hecho conocer los actores argentinos hasta ahora; obras de carácter distinto, pero que tienen como lazo de unión el arte sano y fuerte con que están construidas: *Cuidado con los ladrones*, cuadro con trazos de *grand guignol*, pero con un fondo de realidad muy sugestivo; *La borrachera del tango*, comedia bien construida, de simpático ambiente, que es acaso la que más éxito ha tenido; *El último gaucho*, leyenda criolla, realizada por cantos y bailes populares, tales como una zambra, un gran pericón, milongueros y vidalitas; *Las víboras*, drama de auténtica factura argentina y acción rectilínea, que se desenvuelve en un rancho, y en la que la forma literaria está casi anulada por el aroma popular que de las escenas trasciende, y la comedia en cuatro cuadros, *Hasta la hacienda baguala cae al jaguel con la seca*, de corte fino, diálogo pulcro e interesantes situaciones, que cautivó anoche, desde las primeras escenas, por su simpática ingenuidad y su atrayente alegría.

Sería una injusticia, al anotar el éxito de estas obras y de los dos actores que figuran al frente de la compañía, no escribir los nombres de los demás artistas. La señora Cornaro, las señoritas Bernal, Tesé y Climent y los señores Climent, Betoldi, Garza, y Afedio y Curno contribuyeron, en efecto, con su labor muy estimable, a la brillante interpretación que el repertorio argentino obtiene.

Después de la visita de Camila Quiroga el año pasado, esta excursión de Muño, Alippi y sus compañeros, ha hecho que, de un modo definitivo, quede consagrado en España el teatro argentino con las mismas consideraciones con que lo está en aquel país, desde hace mucho tiempo, el teatro español. Ambos teatros hermanos—uno de gloriosa tradición y madurez presente, y otro, robusto y vigoroso, con los entusiasmos y aun las inexperiencias, a veces admirables, de la juventud,—deben vivir aquí y allí juntos, compenetrándose y nutriéndose con la misma savia, puesto que sus ramas proceden del mismo tronco.

Los hermanos don Juan y don Miguel de Castro, inspiradísimos poetas y hermanos de los no menos notables escritores don Cristóbal y don Luis, nos regalaron anoche, en el Español, con la refundición de la obra más famosa de Guillén de Castro, el gran dramaturgo valenciano de nuestro siglo de oro. La exhumación de *Las mocedades del Cid*—en la que, como nadie ignora, se inspiró Corneille para escribir su tragedia inmortal,—ha sido un completo acierto. La cultura, el buen gusto y el sentido de la realidad de los refundidores, han convertido la primera parte de la «comedia famosa» en un drama perfectamente al alcance del público de hoy, con los momentos dramáticos perfectamente ponderados y los lugares de acción suficientemente simplificados. Bastante verificación han introducido de su propia cosecha los señores Castro en la obra; y está ella tan esme-

radamente hecha, que el público no advierte la diferencia entre lo original y lo añadido. Ciertamente que en las refundiciones, como más de un crítico ha apuntado, debe respetarse cuanto se pueda el diálogo primitivo; pero si en *Las mocedades del Cid* los refundidores han introducido partes nuevas importantes, es porque el trabajo así lo requería. La prueba es que la concurrencia se interesó ayer desde el primer momento por las figuras del Cid y de Ximena y las siglas con creciente curiosidad al través del episodio de la muerte del conde de Orgaz por Rodrigo y de los demás hechos legendarios relacionados con los amores del Cid y de las luchas entre Castilla y Aragón en que intervino la figura.

«de este hombre. Y no es maravilla que atemorice a Castilla un hombre que asombra al mundo.»

Ricardo Calvo en el protagonista; Ricardo Calvo, Josefina Rocas, Porredón y Rafael, dieron a sus respectivos personajes el valor y la prestancia que requerían. En honor de don Juan y don Miguel de Castro—y desde luego del ingenio del autor,—sonaron muchos y muy calurosos aplausos en la sala de nuestro teatro municipal.

El cómico registró hace unos días el éxito de risa de la astrakanada *El Goya*, de los señores Muñoz Seca y Pérez Fernández. Un primer acto de mucho enredo, que mueve a franca risa. Y un segundo que decae visiblemente. El público se divirtió mucho y no aplaudió después; lo que sucede casi siempre con estas obras desdenajadas en que se fuerza la hilaridad. Esta noche se estrena en el mismo teatro *La solución Potober*, comedia cómica traducida del francés.

En Price el maestro Luna estrenó una preciosa partitura—tres números sobre todo, comparables a lo mejor suyo,—puesta al libro del juguete cómico del señor González del Castillo; *El hotel de los enamorados*. La obra resultó un poco larga, pero gustó francamente, siendo aplaudidos sus autores y especialmente Luna, que se vio obligado a repetir una veneciana, una canción de tenor, un fox-trot y otros lindísimos números. De los intérpretes se destacaron Mary Isaura, Loreto y Chicote.

Mercedes Pérez de Vargas comenzó los estrenos de su temporada en Cervantes con el de *Juego de damas*, comedia norteamericana simpática e ingenua, que obtuvo un buen éxito.

Para hoy están anunciados, además del de *La solución Potober*, el de *El príncipe virtuoso*, de los señores Martínez Kleiser y Rodríguez de Celis, en el Infanta Isabel, y el de *Amor hasta la muerte*, de Sidney Garrik, el célebre autor norteamericano. La presentación de Ruth Drapper en la Princesa también será esta tarde. Trátase de una artista que representa escenas—compuestas por ella misma,—en las que simula hablar con personajes imaginarios a los que da vida con sus simuladas contestaciones. Actriz de gran flexibilidad, que domina sobre todo el gesto, ha de alcanzar, por lo que pudimos colegir cuantos asistimos ayer a una sesión preparatoria, un triunfo grande y merecido.

G. FERNANDEZ SHAW.

13-XI-22

De nuestra colaboración

MADRID TEATRAL

Festivales de música popular en Price.—Homenaje a Chueca y Valverde.—El sainete «La chica del sereno».—Una nueva comedia de Linares Rivas.—La temporada de teatro argentino.—«¡Roma se divierte!» en el Reina Victoria.—Éxito de «El clavo», en Romea.—Inauguración del Real.—El abono reatio.—Unos buenos «Maestros cantores». La obra de un exministro de la Corona.—Dos revistas nuevas.—Esperando las obras de Pascuas

Madrid 8 diciembre.

La idea de Enrique Chicote de organizar unos festivales de música popular en Price no ha podido obtener mejor aceptación por nuestro público. Cuando anoche asistimos al espectáculo que la gente daba entusiasmándose con la música de perdurable lozanía de los maestros Chueca y Valverde, pensábamos en la gran fuerza de este género chico español, que por ser el verdaderamente nacional, no debe morir... o será un crimen que muera. Consistió el festival en la representación de los números más salientes de obras que fueron tan populares como *La Gran Vía*, *El año pasado por agua*, *El capote de paseo*, *El chaleco blanco* y las notas graciosas e inspiradas de *El caballero de gracia*, *La pobre chica*, *Los tres ratas* y otras deliciosas creaciones de aquellos fertilísimos ingenios resonaron alegres y juguetonas, rejuveneciendo a todos, como si no hubieran pasado por ellas muy cerca de cuarenta años. Después de Chueca vendrán Chapí, Jiménez y otros. La lista es corta, pero selecta. Y al éxito, a juzgar por el primer instante, parece asegurado para estos festivales.

En el mismo teatro ha habido durante los pasados días un estreno: el de un sainete titulado *La chica del sereno*, original de don Enrique Calonge, en el que éste demuestra una vez más sus felices dotes de observador. Obra sencilla de procedimientos, en la que están combinados los elementos dramático y cómico, da ocasión a que la pareja Lórete-Chicote que o emocióne nuevamente a su público habitual. La música, de los maestros Soutullo y Vert, sirve cumplidamente las situaciones del libro.

La temporada del Centro no consigue adquirir la brillantez lograda en anteriores ocasiones. ¿La razón? Exclusivamente, desgracia. Autores prestigiosos han ofrecido obras... y las han entregado. Lo que pasa es que el éxito no ha correspondido a las esperanzas puestas en ellas. Comedias bonitas, dignas de sus autores ilustres, no han llegado al público en la medida necesaria para dar a la temporada brillantez. Y ello no es culpa ni de los dramaturgos, que han puesto en sus obras el mismo cuidado que en otras que les hicieron famosos, ni de los excelentes artistas que siguen siendo tan excelentes como cuando se hicieron, entre nosotros, populares. Como Dios nos hizo... comedia en tres actos de don Manuel Linares Rivas, abunda en sutilezas y primores de diálogo, como toda obra del autor de *El aboleo*. ¿Qué le falta? ¿Nervio? ¿Interés? El público pasó muy complacido los primeros actos, y en el tercero frunció el ceño. En las sucesivas representaciones la acogida ha sido ya franca y efusiva. Sin embargo, la gente continúa así; esperando el éxito del año. Quizás sea la obra que los señores Muñoz Seca y Fernández Ardavín están preparando, en colaboración, según se dice, para las próximas Pascuas. Y ello nos complacerá, por los autógrafos y por la compañía que acudieron Irene Alba y Juan Bonafé.

En la Zarzuela, cada cuatro o cinco días nos brinda la compañía argentina un nuevo estreno. Acaso esto la perjudique, porqué como las obras mejores de su repertorio son las que ha dado en primer término, las demás, notoriamente inferiores, no pueden acrecentar en manera alguna el interés del público madrileño. Desde luego, las diversas manifestaciones del arte argentino siguen inspirándonos las mismas simpatías; pero las comedias que no tienen ambiente popular y que no poseen para nosotros el encanto de conocer tipos, costumbres, cantos, bailes y modos de hablar de aquel país, no pueden sino demostrarnos las diversas fases por que va atravesando, en su juventud, este teatro sincero y entusiasta, que lleva camino de alcanzar un puesto apreciable en la dramaturgia universal. *Los dientes del perro* y *¡Cuidado con los ladrones!* han sido las obras últimamente estrenadas. Con ellas alterna en el cartel una «gran fiesta criolla» de gran visualidad y poderoso poder de atracción, que entusiasma verdaderamente al público.

Se estrenó en el Reina Victoria la opereta de Gisbert, *¡Roma se divierte!*, adaptada por los señores Cadenas y González del Castillo. Bonita música, argumento pícaro y presentación suntuosa. Dicho queda que el teatro de la Carrera de San Jerónimo tiene aseguradas las Pascuas. La música del maestro Gilbert—autor de *La casta Susana* y otra porción de operetas que están dando la vuelta al mundo,—es inspirada y alegre. Gilbert es un autor de fácil vena melódica, y ese es el secreto de sus rápidos triunfos sobre públicos de temperamento muy diferentes. El libro es un argumento sin gran novedad, que tiene, sin embargo, el

acierto de volver el género de opereta a los cauces de los antiguos bufos. Y como éstos cuando están bien hechos gustan siempre, lo mismo en estos tiempos que en los de Offenbach, el resultado no ha podido ser más satisfactorio. El ambiente romano prestábase a un alarde de suntuosidad en la presentación de los cuadros plásticos y a unas cuantas notas de picardía en la exhibición de figuras femeninas. Tratándose de Cadenas, no hay que decir que todos los momentos han sido bien aprovechados y que los espectadores del Reina Victoria asisten a una evocación de la Roma galante, con muchas de sus bellezas y con no pocas de sus libertades. Se presentaba en esta obra María Marco, la excelente tiple cantante tan admirada en Madrid, que llevaba ausente de nuestros escenarios cinco o seis años. La voz de la Marco se conserva muy bien, y como se trata de una verdadera artista, el público la hizo objeto, desde el primer instante, de una cariñosa acogida. Con ella compartió los preferentes aplausos de la concurrencia el gran Pepe Moncayo, muy gracioso en todo momento, que sacó efectos constantes a su papel, con resortes de buena ley. Laura Lillo, la Lledó y otras artistas del Reina Victoria lucen como romanas el mismo garbo que tienen acreditado como madrileñas.

Una antigua comedia francesa, de Jean Aicard, convenientemente traducida, ha subido al cartel del Rey Alfonso. Los traductores han ocultado sus nombres; es una modestia plausible que debe hacerse siempre que no se tiene confianza en la obra o en la traducción. No es este precisamente el caso de *Un señor de frac*, comedia cómica, ni mejor ni peor que muchas de las que están desfilando este otoño por los teatros madrileños llamados «de verso». *Un señor de frac* tiene el inconveniente de ser una obra demasiado francesa; es decir, de no amoldarse su contextura a las costumbres y gustos del público español. Hubiera necesitado, para su verdadera animación, más que una adaptación sencilla, una transformación completa. Esto era casi imposible y, sobre todo, no merecía la pena; por lo cual, sin duda, juzgaron los traductores que lo mejor era que corriese así fortuna, para ver si «llenaba» estos días hasta el estreno de la obra de Pascuas. Y eso hay que reconocer que está conseguido, porque la gente pasa un rato agradable, ríe con frecuencia y da por bien empleado el dinero que ha dejado, al entrar, en la taquilla.

Un gran éxito de risa ha sido en Romea el juguete cómico *El clavo*, original del señor Fernández del Villar. Como el lector podrá suponerse, está basado el argumento en el conocido cuento de aquella persona que le bastó con que le permitiesen en una casa poner un clavito y concluyó por hacer el dueño de toda ella. Eso es lo que le ocurre a la linda muchachita que, por culpa del problema de los alquileres, se ve precisada a ocupar un solo cuarto muy modesto en el domicilio de una familia, y termina por casarse con el señorito de la casa y por ser, como es lógico, la dueña allí. El ingenio del señor Fernández del Villar, tantas veces demostrado, campea en toda la obra con rasgos oportunos y frases felices; todo ello en medio de un ambiente de gran simpatía, que es otra cualidad que este autor sabe infundir a sus producciones. El éxito de interpretación corresponde en primer término a Emilio Díaz, que está, en su agradecido papel, muy afortunado de tipo y de expresión.

Con *Los maestros cantores* se abrieron las puertas del Real, en función presidida por los Reyes. El abono de este año ha dejado mucho que desear. Las familias aristocráticas, que tienen otros muchos sitios de reunión—no hay que olvidar la cantidad de abonos benéfico-aristocráticos que hay en varios teatros y cinematógrafos madrileños,—no han juzgado, como otras veces, ineludible su presencia en la hermosa sala del regio coliseo y aun cuando en las listas de abono de éste figuran muchos nombres conocidos en la denominada alta sociedad, a buen seguro que la empresa se halla dolida de no encontrar, en quienes pueden prestarlo, el apoyo que merece esfuerzo de la categoría del suyo. Porque desde Fleta y Lázaro, hasta Kirchoff y la Dakmen, los mejores cantantes existentes hoy en el mun-

do, han sido ahora contratados por el Real. ¡Triste cosa sería que llegase el momento de que no hubiese quien se prestase a ser empresario del Real, precisamente en una época en que la afición musical en España está en un período de resurrección. Claro es que estos entusiasmos musicales están precisamente en la clase media, y ésta, por sus recursos, no es suficiente para mantener un espectáculo tan caro como el Real.

Los maestros cantores obtuvieron un gran triunfo, en el que participaron Carlota Dakmen, Gualterio Kirchoff, el barítono Crabbé y el director de la orquesta, maestro Franz Heßlin, que dió una versión muy clara del gran poema wagneriano.

Un exministro de la Corona, el conde de Coello de Portugal, llevó a la escena de Lara, encubierto por el pseudónimo de «Jaime de Zaragoza», una comedia bien desarrollada, que no tiene, para los gustos de hoy, más defecto que el de estar hecha con arreglo a patrones antiguos. Es un género de comedia que ha pasado de moda; lo cual no quiere decir que esté mal. Desde luego es un teatro más sano y más honrado, y por eso mismo más ingenioso que el *astrakán* de hoy y sus sucedáneos. *Las de Ulloa* obtuvo sanción favorable y se ha aplaudido durante unas cuantas noches.

De todo, menos de ingenio, tiene en cambio *La hora tonta*, revista estrenada en Martín. Obra perfecta, tiene de plausible varios números de música que acreditan la inspiración del maestro Alonso. También la revista en dos actos *¡Cocheo... a Novedades!*, ha logrado un gran éxito, en el que la parte principal corresponde a la sualidad. El ingenio de don Ernesto Polo ha tejido unas escenas de mucha gracia.

Están en puerta las obras de Pascuas. La Princesa rompe el lunes plaza con *Los frescos*. ¡Allá ve remos!

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW

De nuestra colaboración

MADRID TEATRAL

Teatros que se cierran y teatros que se abren.—La inauguración de Eldorado.—Ramón Peña y su compañía.—«Otelo», en el Real.—¡Esos coros!...—Estreno de «Los frescos», del señor Muñoz Seca, en la Princesa.—Homenaje a Benavente, en el Cervantes.—Una poesía de Marquina.—Los últimos estrenos de la compañía Muñio-Alippi.—«La coplica nueva», en Novedades.—Obras de Pascuas

Madrid 16 diciembre.

Ocupadas todas las empresas en preparar los carteles de Pascuas, pocas son las atracciones con que nos han obsequiado en los últimos días. Ahora raro es el teatro donde no se ensaya con toda actividad una comedia, una zarzuela o una opereta. Las obras cómicas, más o menos desquiciadas, tienen la primacía, y todas las empresas—aun las que peor llevan el negocio—se las prometen muy felices. Después... Dios dirá. Por lo pronto, hasta el 7 de enero, la senda es fácil y llana; cuando comience luego la cuesta arriba, el que haya hecho buena provisión de pesetas y de obras subirá contento y sin sentir apenas la fatiga; los demás... No será el primer año que haya muchas empresas que se queden en el camino.

Por lo pronto, ya se anuncia el término de varias temporadas; y no ciertamente por malos negocios. Las que ya se sabe que acaban para fin de año lo tenían así previamente acordado. Por ejemplo: la argentina de Muñio-Alippi, en la Zarzuela, que dará paso a una gran compañía lírica con Sagi Barba de primera figura; la de Fuencarral, tal como ha sido hasta ahora, bajo la dirección de Eugenio Casals, y acaso la de Loreto y Chicote, si no pudiesen aplazar estos artistas compromisos que tienen contraídos con varias empresas de provincias. La temporada del teatro Imperial es la que ha roto plaza con la disolución de la compañía que actuaba bajo las órdenes de Matilde Moreno y Fernando Fresno. División de opiniones sobre la forma de encarar el trabajo fueron la causa de la discordia que originó el cierre. Y es lástima, porque ahora, en los días que se aproximan, hubiesen podido desquitarse todos de pasados sinsabores, inevitables ya. Pocos días antes del cerrojazo, el señor Lucio (hijo) estrenó una obra cómica, en tres actos, titulada *El Banco de España*, que gustó lo suficiente para no tener la vida efímera que le ha cabido en suerte, por culpas bien ajenas a la obra y al autor. Esta obra, sin embargo, le ha bastado a don Celso Lucio para demostrar sus aptitudes dramáticas. «De casta le viene al galgo», pudiéramos decir aquí. Y por lo visto, el joven autor se propone seguir en el teatro las afortunadas huellas de su padre, el que fué durante muchos años asiduo colaborador de don Carlos Arniches, en numerosos sainetes y zarzuelas de género chico.

Pero si la compañía de Matilde Moreno ha estado por terminada su actuación en el Imperial, no por eso estará este teatro mucho tiempo cerrado. Para el 22 se anuncia su reapertura con una compañía, al frente de la cual figura Antonia Hegro y Manuel Paris; la misma que hace poco estuvo en la Zarzuela, representando el *Tenorio* y estrenando *El señorito Ladislao*, de Antón del Olmet y Vidal y Planas. La decisión de que vaya esta compañía al Imperial es muy reciente, pues

el primer acuerdo fué el de llevar a la compañía Puchol-Ozores, para hacer vodevils con música ligera, o sea, operetas sin coro y sin complicaciones orquestales. Cuando ya la compañía se preparaba a comenzar los ensayos, surgieron dificultades que impidieron el negocio. Ahora parece que Ozores y la Puchol se preparan para presentarse, en enero, en otro teatro de Madrid.

Si hay teatros que cierran, también los hay que se inauguran. Y ahí está el flamante Eldorado, bonito y elegante, construido en la plaza del Carmen, sobre el solar en que estuvo el antiguo salón Chanflecher, templo de la sicalipsis, antes de que la sugestiva Chelito se dedicase a cultivar, en su repertorio, la moralidad. El nuevo teatro, es pequeño, pero no carece de elementos de defensa; el sitio, por lo céntrico—a dos pasos de la Puerta del Sol,—es inmejorable, y la temporada, hallándose al frente un actor del prestigio de Ramón Peña, puede ser provechosa. Todo depende de las obras que se estrenen; parece que los autores de más categoría han ofrecido su concurso. En ese caso, el éxito es seguro, por que la compañía, en la que figuran Eloisa Muro, Asquerino, Cuevas y otros elementos estimables, ofrece garantías de buenas interpretaciones. La obra de inauguración fué *Petit café*, en la que Peña obtuvo el gran éxito de siempre. Después han hecho *Mi tía Ramona*. Pero el repertorio no es suficiente para mantenerse con brillantez en una época en que hay, entre los teatros de Madrid, una gran competencia.

En el Real, después de *Los maestros cantores*, hemos visto *Otelo*, corriendo el papel del moro veneciano a cargo de nuestro compatriota el tenor Brunet, la parte de Desdémona a cuenta de la Dakmen y el tipé retorcido y antipático de Yago a la habilidad del barítono Izal. En conjunto, la interpretación de la partitura de Verdi—sin duda, la más hermosa de las puestas por distintos compositores a diversas tragedias «shakespeareanas»,—satisfizo bastante al auditorio, que si no se mostró entusiasmado en instante alguno, tampoco ocultó su complacencia y su admiración al terminar el dúo final del acto primero y en los momentos culminantes de los otros dos actos.

Los que se portaron francamente mal, fueron los coros, que desafinaron conscientemente, a pesar de los esfuerzos del maestro Villa, acodado, como siempre, al frente de la orquesta. Esto de los coros del Real ha llegado a preocupar seriamente a la empresa, porque rara es la noche que no hacen de las suyas; y como, en virtud de determinadas cláusulas del Sindicato de coristas, no puede aquella modificar los coros a su gusto, no tiene más remedio que resignarse a que el público proteste. Y con ello no ganan nada ni la empresa, ni el arte, ni el público.

La Princesa, según dijimos, se

adelantó a las Pascuas estrenando una comedia en tres actos de don Pedro Muñoz Seca, titulada *Los frescos*. Por lo mismo que hemos elogiado muchas veces las obras de este autor, cuyos aciertos en el género cómico no se pueden negar, nos creemos con derecho para considerar una equivocación la sufrida por el señor Muñoz Seca con esta comedia. El error ha estado, a nuestro juicio, en querer hacer una obra graciosa... para la Princesa; y ocurre que, para ser una comedia, resulta demasiado burda; y para ser un juguete cómico, pesa y tiene poca gracia. Podrá influir también el ambiente de aquella sala, donde aún resonaban los ecos de las bellas estrofas de *El doncel romántico*. No obstante, en ese mismo escenario se estrenó hace dos años *La plancha de la marquesa*, del mismo señor Muñoz Seca, y la gente se divirtió de lo lindo. El asunto de la nueva obra se reduce a una exposición de las tretas de que se valen unos frescos para engañar a tres confidadas majeres. Las incidencias que de tales tretas se derivan, forman la trama cómica, tejida en un cañamazo de chistes que procuran, sin conseguirlo siempre, huir del astrakán.

El señor Muñoz Seca se propone estrenar, dentro de unos días, una

(Signe)

nueva obra en el teatro del Centro. De todas veras deseamos que vuelva con ella a conseguir un triunfo de la calidad de sus mejores tiempos.

El teatro Cervantes tornó a dar la nota de buen gusto organizando una función de homenaje a don Jacinto Benavente. La compañía de Mercedes Pérez de Vargas representó *La princesa Behé*, con todo cariño y esmero. La gentil actriz halló en su gesto y en su voz adecuados matices para dar a la protagonista toda la fuerza artística que en sí tiene el personaje. Después de la representación, Eduardo Marquina leyó una vibrante poesía, dictada por una gran admiración hacia el insigne dramaturgo que ha tenido, con el premio Nobel, una consagración universal.

En el Español, mientras ultraman los ensayos de *Los polvos de la madre Celestina*, que se estrenará probablemente el martes, alternan las representaciones de *Las mocedades del Cid* con las de *Reinar después de morir*, en la que tanto Carmen Seco como Ricardo Calvo obtienen un legítimo éxito.

La Comedia, teatro mimado este año por la suerte que le llegó en forma de *Niño de oro*, no parece darse prisa por variar el cartel. De oro ha resultado, en verdad, el niño para el empresario, señor Escudero, que ya puede mirar sin preocupaciones la perspectiva del resto de la temporada.

En la Zarzuela hubo nuevos estrenos. El de *Maleva* sirvió para presentarnos dos cuadros de los suburbios de Buenos Aires. Gente del hampa, lo peórcito de la ciudad, vive un drama intenso que sugiere por el choque de las pasiones en libertad e interesa por la pintura de ambiente y de tipos. El de *La isla de don Quijote* nos presenta a unos hombres y una mujer viviendo una existencia semisalvaje en medio de una selva. De pronto, llega un hombre de la ciudad con alientos y propósitos colonizadores,

con ánimos de redimir a aquella gente; pero en vez de un efusivo acogimiento, solo halla hostilidad; una hostilidad tan sostenida, que malogra todo noble propósito. La única mujer que allí habita es la que comprende la obra de redención del extraño; claro que, para comprenderla, lo primero que ha hecho es sentir amor hacia él. Y cuando este sentimiento explota, cuando sobreviene la escena capital del drama, el mozo que de antiguo vive con la ilusión de esa mujer, no puede reprimir su odio hacia el intruso, y le mata. Obra de caracteres rectilíneos, no es la mejor, ni mucho menos, de las representadas por la compañía argentina en su temporada actual, pero demuestra en su autor, señor Martínez Paiva, una acertada percepción del teatro. Con ésta, como en todas las obras que vienen desfilando estos días por la Zarzuela, se ha evidenciado que el señor Muñio es uno de los actores que más dominan el gesto dramático; y que el señor Alippi es un magnífico come liante, y sobre todo, un extraordinario director de escena.

En Novedades, para completar el cartel, se estrenó una obra aragonesa, en un acto, original del señor Navarro Serrano, con música del veterano maestro San José. Se titula *La coplica nueva*, y es una zarzuela en la que se alternan, bien ponderados, los elementos cómico y dramático.

El señor Navarro, que con otras obras de ambiente baturro, demostró lo mucho que domina ese género, encontró en el maestro San José un concienzudo colaborador. Todos los números de la zarzuela fueron muy aplaudidos y varios repelidos con general complacencia.

Los demás teatros, nada nos han dado... para darnos en la próxima semana todo lo que pueden: Avila, ¡Ave, César!; el Infanta Isabel, *La pimpinela escarlata*; el Gómicó *El cardo de Avilés*; Romea, *La Casa de Salud*; Cervantes y el Rey Alfonso, dos adaptaciones de los señores Gabaldón y Gutiérrez Roig; Price, la revista *Hoy*, de Ramos Martín, con música de Rosillo, y el Español, ya hemos visto que *Los polvos de la madre Celestina*.

Si los madrileños no pasan este año felices Pascuas, no será ciertamente por falta de esfuerzo en autores, actores y empresarios.

G. FERNANDEZ SHAW.

MADRID TEATRAL

El acontecimiento de «Ave César».—El resultado de su estreno.—La música de Lleó. El argumento.—La Zuffoli, enferma.—La sorpresa de las Pascuas: el gran éxito de una comedia seria.—«La pluma verde», triunfadora.—Nuevo éxito de Arniches.—Dos obras para niños de Asenjo y Torres del Alamo.—La nueva revista «Hoy».—Otra razón social que estrena dos obras cómicas.—Una magia de Paso y otro juguete gracioso de su hijo.—«La Primpinela escarlata», en el Infanta Isabel.—Otros estrenos.—Notas del Real. Reaparición de Raquel Meller en Maravillas

Madrid 28 diciembre.

Con el estreno de ayer tarde en Lara, se terminó la serie de novedades ofrecidas por los teatros madrileños con motivo de las fiestas de Pascua y Año Nuevo. Muchos han sido los estrenos; nuestro público no puede quejarse ciertamente ni de autores ni de empresarios. Ellos han procurado colaborar, con el turrón y el pavo, en la grata misión de hacerle pasar estas fiestas lo más alegremente posible, y justicia será decir que en la mayor parte de los casos han conseguido sus propósitos.

Sin duda, la obra que había producido más expectación, es *Ave César!*, del librado maestro Vicente Lleó, con libro de los señores Llorrás y González Pastor. ¡Así estaba la sala de Apolo en la noche del estreno! Completamente llena, y no ciertamente por amigos de los autores ni de la empresa. La obra obtuvo un gran éxito, si bien, a mi juicio, no todo el que merecía. ¿Por qué? Pues por lo desviado que está el público del buen camino en estas cuestiones. Las operetas ligeras, las revistas, los pasatiempos líricos, de los que yo no puedo ni debo renegar, han acostumbrado a la gente a un género ligero, superficial, que no pasa de agradarnos durante unos minutos. La partitura de Lleó, hermosísima, es una cosa mucho más importante; es preciso oírlo con atención, saborearla con calma, saber apreciar sus bellezas; y para eso, el público tiene ahora poca paciencia. Se dirá que en el Real, y en cuantas temporadas de ópera o género lírico importante se efectúan, la gente responde llenando los teatros y aplaudiendo con entusiasmo. Entonces es que el público fué a Apolo equivocado, creyendo que iba a ver otro *Arco Iris*. Y aunque la obra de Lleó ha obtenido una presentación fastuosa—en la que el arte de Velasco ha triunfado una vez más,—en ella, esto era secundario. No había *fox trots*, ni *one steps*, ni danzas del oso. En ese aspecto, el gran éxito de *Arco Iris* perjudicó a *Ave César!*

Aún así, dicho queda que el triunfo de la obra fué indudable. La partitura se imbuía por sus extraordinarios méritos, y lo mismo los dos concertantes del primer acto—uno de ellos sobre todo, de un vigor y una riqueza de dicción extraordinarios,—que el dúo cómico, tres veces cantado, el coro de las vendedoras del amor, acaso el más bonito, y el concertante de los gladiadores del acto segundo, son páginas de un insuperable acierto, en las que la inspiración del gran músico valenciano se muestra unas veces elegante y graciosa, y otras briosa y arrolladora, como fiel expresión de aquel temperamento todo espontaneidad. En el acto último, la ofrenda a Afrodita, los couplets del Satiricón y la pantomima, merecen también elogios sin reservas.

El libro está escrito como era de esperar, dados los nombres de sus autores. La parte bufa está tratada con una fina ironía, que no puede llegar tampoco a todos los paladares. Aún así, hubo muchas escenas que se celebraron mucho, como era natural.

Y sentado esto, diré lo más brevemente posible, algo del argumento de *Ave César!*. Se basa la obra en el extraordinario parecido de dos hermanas: una, Lucrecia Vestal, que vive en Roma, es modelo de virtud y está próxima a casarse con un gallardo romano; la otra, Lucrecia Citerea, que llega de Alejandría y es una alegre cortesana, famosa por sus escándalos. En la ausencia del senador Luciano, padrino de la Vestal, intenta el César conquistar a ésta por la fuerza, cosa que no consigue gracias a la intervención de Marcial, que la protege con su investidura de senador. Vuelve a su casa la Vestal, y, cuando parece que no va a pasar más, desembarcan Lucrecia Citerea y el Sátrapa, viejo a su servicio, dispuestos a la conquista de Roma. Su llegada, con canciones livianas y alegria desbordante, vuelve la animación al cuadro, que termina en un vibrante himno a Roma, «da del lúbrico aroma». El primer cuadro del segundo acto es en la ría Patricia. Lucrecia Citerea está sin dinero y acepta los amores de Lupercio, joven liberto, de cuyo dinero nadie hace caso; pero Lupercio es en seguida desbancado por el propio Emperador, a quien Lucrecia en seguida se rinde. Marchase

ésta, y, poco a poco, aparece la Vestal, buscando a su amado para arrancarle del mal camino. Surge de nuevo el Emperador, que cree que sigue siendo ella la misma; pero la Vestal le rechaza, y entonces, el César, enojado, la condena a ser devorada por las fieras. En el segundo cuadro de este acto estamos en pleno circo romano: legionarias, gladiadores, pueblo... Llega la hora del sacrificio de la Vestal; pero en ese momento, su prometido se arroja a la arena, proclama la inocencia de su amada, le secunda el pueblo, y el Emperador tiene que otorgar el perdón. En el tercer acto asistimos a una orgía. El César, con Lucrecia Citerea, que ha surgido de nuevo, se muestra encantado y arrepentido de haber pensado en su muerte. Sigue la orgía: bailes, una pantomima. Al fin, la aparición de Luciano con la Vestal lo aclara todo, y termina la obra a plena satisfacción.

Eugenia Zuffoli, en las dos Lucrecias, estuvo sencillamente admirable, demostrando que no solo en las revistas es una primera figura. Para ella fueron los más calurosos aplausos. Mauri, en el Sátrapa, muy bien de caracterización y de gesto. El tenor cómico Palacios dió un avance notorio en su carrera. Valentín González y Navarro dieron de sí cuanto podían en la difícil interpretación de la partitura, y José Luis Lloret demostró ser un barítono de envidiables facultades, muy bien dirigidas, como cumple a un compositor de su prestigio. Los coros de Apolo, muy bien ensayados. Una lástima es que la enfermedad de la Zuffoli haya obligado hoy a suspender las representaciones de *Ave César!*

Como el espacio no da para más, haré una breve síntesis de las obras que hemos conocido en otros teatros. La sorpresa de las presentes Pascuas fué el éxito de *La pluma verde*, en el Centro. La misma compañía temía que la obra no llegara a seguro puerto; los augurios, en los círculos teatrales, no podían ser más pesimistas. Y resultó el éxito grande de las presentes fiestas. Una vez más se ha demostrado que el público, en conjunto, es el único que entienda de teatros, o, por lo menos, el que, por ser inapreciable, vuelve locos a cómicos, autores y empresarios. *La pluma verde* no es, además, una obra de Pascuas. Comedia sentimental, con el elemento cómico muy bien ponderado y huyendo siempre del *estrachán*, comenzó por sorprender, y luego por interesar, y terminó gustando mucho y muy de verdad. ¿Cómo es posible esto—se decía la gente.—siendo en día 25 y firmando la obra los señores Muñoz Seca y Pérez Fernández? Y, sin embargo, así fué. El argumento, que enunciado no tiene interés ni gracia—una señora que para expiar una mala acción supuesta se impone el sacrificio de salir a la calle con una pluma verde para que la gente se meta con ella, por cursi,—da motivo a una serie de lances y de escenas, muy bien vistas y tratadas con el gracejo y el dominio de la técnica que poseen ambos experimentados autores. En la interpretación de la obra—de ambiente andaluz por cierto,—se distinguen la Alba y Bonafé. Pero puede decirse que, en este caso, se ha hecho toda la compañía acreedora al elogio.

Otro éxito legítimo ha sido el de *La tragedia de Marichu*, en Eslava. Don Carlos Arniches se equivoca muy pocas veces, y, teniendo por protagonista de sus obras a Catalina Bárcena, es seguro el acierto. Esta tragedia que le ocurre a la infeliz Marichu, es muy divertida, y da ocasión para que autor e intérpretes se nos muestren una vez más como reyes del contraste. Eslava se ve lleno todos los días, y esa es la mejor prueba del resultado de la obra.

Angel Torres del Alamo y Antonio Asenjo han procurado alegrarnos los días de Pascuas con dos comedias propias para niños. La más importante se representa en el Español, y es una refundición y modernización de la famosa magia de don Juan Eugenio de Hartzenbusch, *Los polvos de la madre Celestina*, que hizo las delicias de nuestros abuelos. La obra ha perdido algo de su primitivo sabor, pero indudablemente está mucho más al alcance de nuestro público de hoy. Y como conserva los principales trucos y el primitivo encanto, con-

grega en el Español a toda la chiquillería de Madrid que puede ir al teatro. La otra farsa infantil la han titulado, los señores Asenjo y Torres del Alamo, *Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno*, y la han estrenado, con buen éxito, en Price. También hace pasar un rato entretenido, puesto que cuenta, además, con la cooperación de Loreto Prado, Enrique Chicote y Castro.

En Price forma cartel, con esta obra, una nueva revista de Pepe Ramos Martín, a la que ha puesto siete deliciosos números de música—de los que se repitieron seis el día del estreno,—el maestro Rosillo. Un *fox trot* oriental en caricatura, un baileable, un *schotis* y un fado cómico son los mejores. Del libro merecen especial aplauso dos cuadros sainetescos: el que reproduce un tranvía, y el que tiene por lugar de acción tres palcos de la plaza de Toros de Madrid.

La razón social Luis de los Ríos y Gutiérrez Roig ha estrenado también un par de obras, de distinto carácter. La de los Ríos es *El hombre de las diez mujeres*, y consiste en una comedia de lujosa presentación, en la que han sido intercalados chistes indígenas y situaciones cómicas. El empresario, señor Losada, demostró ser hombre espléndido y de buen gusto, y Paco Alarcón nos probó que es un hombre de mucha suerte con esas diez preciosas mujeres que tiene a su alrededor. La otra obra de los señores Gutiérrez Roig y Luis de los Ríos, es un juguete cómico de verdadera gracia, a base de equívocos y situaciones. Se llama *El convenio de Vergara*, y arranca del convenio que hacen dos amigos para una conquista amorosa. Mercedes Pérez de Vargas continúa siendo, en Cervantes, tan admirada como aplaudida.

¿Podía el infatigable ingenio de Antonio Paso dejarnos este año sin obra suya de Pascuas? De ningún modo. Y a cargo suyo y de la compañía que en el Cómico acaudilla Zorrilla, corrió la magia, que responde al título de *El cerdo de Avilés*. No se trata, como pudiera alguien suponerse, de un señor Avilés que es muy sucio. No. Este cerdo es muy auténtico, y su rabo es un talismán, con el que Zorrilla hace una porción de viajes por extrañas tierras. Las piezas que le ocurren tienen mucha gracia, y las cosas que él y otros personajes dicen, más. Nuevamente Paso se ha hecho acreedor a nuestra gratitud.

Su hijo, en colaboración con el de Joaquín Dicenta, tampoco han quedado mal, ni mucho menos, con *La casa de la Salud*, estrenada en Romea. Acordándose del éxito del año pasado con *El cuarto de gallina*, quisieron repetir la suerte, y acaso lo consigan, porque la obra y acaso hace reír mucho, que es lo que ellos se proponían.

En el Infanta Isabel, Federico Reparaz y Juan Ignacio Luca de Tena triunfaron con los primores, la gracia y el interés de *La primpinela escarlata*, adaptación de la preciosa novela de la baronesa D'Orcy. Muy bien puesta la obra en escena, está llevando mucha gente al teatro de la calle del Barquillo. Es obra especialmente para señoras... y toda obra de este género es de resultado.

La Princesa nos dió a conocer el drama *Madre*, de Martí Orberá, que gustó mucho, interesándose de verdad la gente en las situaciones culminantes. No digo más de esta obra porque ya es conocida, según creo, del público de Valencia.

Don Fausto Hernández Casajuna se ha consagrado en Madrid como autor de envidiable ingenio con su divertido juguete *El ingenioso Hidalgo*, que Peña hace en Eldorado; Martínez Sierra nos mostró la traducción de una comedia francesa, con el título de *¡Hagan juego!*, que la nueva compañía del Teatro Imperial supo interpretar acertadamente, y Lara se adelantó a las inoportunidades con un *vaudeville* de trazos caricaturescos, muy bien observados, escritos por el señor Fernández Lepina, con el título de *Mi compañero el ladrón*. Muño, el gran actor de la compañía argentina, tuvo un brillantísimo beneficio.

En el Real, Kirchoff y la Dakmen han entusiasmado al respetable con *Lohengrin*. Y dando un salto enorme de género y de teatro, acabará diciendo que anoche, en Maravillas, Raquel Meller encontró a sus fervorosos admiradores de siempre.

1923

41

De nuestra colaboración

MADRID TEATRAL

Las representaciones de Zacconi: cuatro noches inolvidables.—Reaparición de Hipólito Lázaro, en el Real.—Ofelia Nieto y su voz de oro.—Se fueron los cantantes alemanes. «La divina comedia», en la Princesa.—El regreso y «debut» de Consuelo Mayendía. Estreno de «El escándalo», en Eldorado.—Fin de dos temporadas.—Otras campañas en perspectiva.—Raquel Meller y sus admiradores

Madrid 7 enero.

Dos acontecimientos de muy diversa índole se han disputado en estos últimos días las preferencias del público de Madrid: la actuación de Ermette Zacconi en el teatro del Centro, y la presentación de Hipólito Lázaro en el Real. Los divos de la tragedia y de la ópera han vuelto a imperar, y no hay más remedio que reconocer que crítica y público se han rendido ante el arte maravilloso de ambos, cada uno en su género.

Zacconi, para muchos, há sido una novedad. El gran trágico italiano, cuya fama no ha sido superada por nadie, hacía muchos años que no venía a Madrid. No pocas personas recordaban sus resonantes triunfos, sus impresionantes interpretaciones de *Espectros* y *La muerte civil*, y hablaban de él como de algo muy grande que se cree no volver a ver. «Cuando estubo en Madrid Zacconi...» decían.—Y luego agregaban: «¡Aquello sí que era hermoso!» Pues hé aquí que Zacconi ha vuelto, con más años, eso sí, pero no decadente. Es un caso de extraordinario vigor físico y de temperamento artístico. Dudo de que derroche de facultades parecido al que ha hecho este formidable artista en las cuatro representaciones que nos ha ofrecido, pueda hacerlo ningún actor, por muy joven y vigoroso que sea. Da este hombre la sensación de algo excepcional. Y como tal hay que considerarlo.

Ha interpretado Zacconi *La muerte civil*, de Giacometti; *I disonesti*, de Rovetta; *Tristi amori*, de Giacomosa, y *Don Pietro Caruso*, de Bracco. No se puede negar la fuerza dramática de estas obras, que han dado la vuelta al mundo, pero sí es de lamentar que, figurando en el repertorio del gran trágico italiano otras de un valor muy superior, haya escogido éstas, acaso mal aconsejado, para el público madrileño. Claro que todas ellas ofrecen a Zacconi amplio campo para que muestre la diversidad de sus aptitudes; pero, ¿no han de brindarle ocasiones análogas de lucimiento *Otelo* o *El Rey Lear*, que se cuentan entre sus más famosas interpretaciones? El antiguo dramón de Giacometti, que en España nos es familiar por haberlo representado, traducido, Tallaví, Morano y otros buenos actores, es truculento, impresionante, y hasta puede decirse que de mal gusto. Además, el público, para ver cómo Zacconi reproduce en el último acto, con maravilloso verismo, un caso de muerte por estrignina, tiene que soportar toda una obra falsa y pesada; luego, si el espectador es amigo de emociones fuertes, lo da todo por bien empleado, y si tiene un temperamento un poco nervioso... se arrepiente de haber ido al teatro, porque queda bajo los efectos de la enorme impresión sufrida; todo lo cual no obsta para que la admiración hacia Zacconi sea, en todo caso, extraordinaria.

En todas las obras que ha representado, pero especialmente en *I disonesti*—drama naturalista localizado en un medio burgués,—se ha destacado, junto a la labor del insigne actor, la de la primera actriz Inés Cristina, artista de gran temperamento, plétorica en recursos dramáticos y maestra en el arte de emocionar.

Para quienes han asistido estos días al teatro del Centro, serán las veladas de Zacconi inolvidables. A buen seguro que la nueva serie de funciones que él ilustra actor anun-

cia en la Princesa serán también otros tantos acontecimientos. Las obras que allí interpretarán son más adecuadas a su elevado nivel artístico. Y bien podemos de antemano asegurar que constituirán incomparables fiestas de arte.

Hablemos ahora de Lázaro. El célebre tenor español se presentó con *Aida*, en unión de nuestra bella compatriota Ofelia Nieto. La sala del Real se vió llena «hasta los topes», cosa que no había ocurrido aún en esta temporada, ni mucho menos. Cuando Hipólito Lázaro terminó el año pasado su brillante temporada, fué sucedido, como se recordará, por Pieta, cuya hermosa voz despertó, no solo ovaciones entusiastas, sino apasionados comentarios... y las inevitables y odiosas comparaciones entre los *divos*. Ahora el público ha acudido a hacer una especie de revisión de valores. De ahí que el *debut* fuese para Lázaro de gran importancia.

Una vez más, sin embargo, se ha demostrado que el oro de ley siempre luce y se aprecia, y que es perfectamente compatible el triunfo del tenor catalán y el éxito del cantante aragonés.

En toda la obra fué muy aplaudido Lázaro, pero en el *Celeste Aida!* y el gran concertante, cuando sus notas agudas y potentes sobresalen del conjunto de los coros, el entusiasmo del respetable se desbordó, reconociendo en el gran tenor las admirables condiciones que el año pasado, al *debutar*, le fueron concedidas sin regateos.

Ofelia Nieto parece más guapa y mejor tiple que nunca. El timbre de voz de esta mujer es de los más bonitos que han resonado en la sala del Real. Y como cada día es más actriz, sus victorias son siempre crecientes. Puede afirmarse que la Nieto se halla ahora en la plenitud de su arte.

En el Real también ha seguido siendo muy aplaudido el cuadro de artistas alemanes. Mañana se despiden de nuestro público Kirchoff y sus compañeros, con *Tristán e Iseo*. Tristán es una de las creaciones wagnerianas que mejor interpreta aquí. No es aventurado suponer una buena entrada en nuestro primer coliseo lírico.

En la Princesa ha logrado un éxito muy legítimo un autor valenciano: don Sinibaldo Gutiérrez Más, adaptador de una interesante obra inglesa titulada *La divina comedia*. Hacía ya algún tiempo que no veíamos la firma de Sinibaldo en los carteles de estrenos. Sinibaldo, durante varios años vivió en Madrid, trabajó mucho y estrenó con gran fortuna numerosas comedias en los principales teatros. Yo me honré con su amistad, y le admiré como escritor y como persona. Después le perdí de vista. ¿Marchó a Gándía? Eso creo; pero el estreno de *La divina comedia* ha despertado en mí su recuerdo, y el éxito logrado me ha producido una gran satisfacción. La nueva obra tiene un asunto simpático y un desarrollo de acción perfectamente clara. Un banquero está a punto de quebrar. Su hijo, que le quiere lo que un hijo debe querer a un padre, se propone salvarle de la ruína. Pero, ¿cómo? Este es el problema. Por fortuna, una muchacha, inteligente y buena, enamorada de él, halla la solución no bien conoce toda la trama que ha dado por resultado la crítica situación del banquero. Puesto que todo ello es perfectamente novelesco, ¿por qué no escribir entre los dos una novela que sea reproduc-

ción exacta de la vida? Muchas veces se ha dicho, y con razón, que la realidad supera en ocasiones a la imaginación más exaltada. Y aquí resulta que la novela, solo con reflejar la realidad, tiene un interés enorme, y, como halla en seguida editor que la toma bajo su protección, produce a sus autores grandes rendimientos, que bastan para evitar la quiebra del Banco. Comedia placida y de un medio tono cautivador, acredita en M. Clayton, su autor, un espíritu observador felicísimo. La traducción está, como es lógico, muy bien hecha. En la interpretación se distinguieron la señorita Tapias, segura de su papel y compenetrada con el espíritu del personaje; el señor Capilla, sobrio y acertado, y don Fernando Díaz de Mendoza y Guerrero, que puso su juventud y sus entusiasmos al servicio de su simpático personaje. El público quedó muy complacido de la nueva comedia.

En Apolo va despejándose el horizonte que pareció unos días cerrarse a causa de la enfermedad de la señora Zuffoli, con la consiguiente interrupción de representaciones de *¡Ave César!* Por fortuna, la notable tiple ya está muy mejorada, y para en breve se anuncia su reaparición; y, por si esto no bastase, la otra noche hizo su reaparición en Madrid, con varios números nuevos de *Arco Iris*, la popular Consuelo Mayendía, que acaba de regresar de una excursión de varios años por tierras americanas, en las que ha cosechado abundantes aplausos, y de las que se ha traído mucho dinero. Vuelve la Mayendía con la misma gracia, la misma desenvoltura y el mismo característico modo de cantar que la dieron fama en España. Su aparición fué premiada con aplausos muy cariñosos, que significaban complacencia y saludo de bienvenida. Cantó tres números; nuevos en Madrid, y hubo de repetirlos, a satisfacción de todos. La Mayendía es un valioso elemento más en la notable compañía de Eulogio Velasco.

En Eldorado estrenó Julián Moyrón una comedia en dos actos, que obtuvo muy honrosa acogida. ¡Lástima de que en ella salga poco menos que glorificado el adulterio, y por boca de quien, en modo alguno podría glorificarlo! Como Moyrón es un autor que ha soltado hace tiempo los andadores, la obra está bien planeada, y *El escándalo*—que nada tiene que ver con la novela de don Pedro Antonio de Alarcón—fué aplaudido con verdadera efusión. Ramón Peña, a cuyo cargo corre el principal papel, estuvo saladísimo, siendo muy acertadamente secundado por Eloisa Muro, Carlos Allens Perkins y Mario Albar.

En la Zarzuela ha terminado su brillantísima campaña la compañía argentina de Muiño y Alippi. Al beneficio de aquél, siguió el de éste,

con el estreno de otra obra, original del propio Alippi, que fué asimismo del agrado del público. La impresión que, en conjunto, ha dejado esta compañía, no puede ser mejor. Entre actores y público se estableció desde el primer momento una corriente de cordialidad, que no ha de olvidarse, seguramente, en Madrid. En cuanto a Muiño, ha dejado fama de ser uno de los actores más completos que hemos visto en España. La Casa de Galicia dió una fiesta en honor suyo, presidida por el embajador de la Argentina, y ella fué una nota elocuentísima de fraternidad hispano-americana.

También ha terminado su temporada, en el Gómico, Pedro Zorrilla, con sus huéspedes.

Para substituir a Muiño y Alippi, se anuncia una temporada lírica de importancia, que tendrá como base el estreno de *La montaña*, de Ramos Martín y Guerrero, cantada por Sagi Barba y Luisa Vela, y para reemplazar a Zorrilla se prepara la presentación de una compañía dirigida por el matrimonio Puchol-Ozores, en una temporada de la que son empresarios varios autores. El primer estreno será el de *El preceptor*, libro de los señores Torres del Alamo y Asenjo y música del maestro Font.

Raquel Meller, en Maravillas, sigue congregando a la aristocracia madrileña y a la que no es aristocracia. Y es que el sentimiento artístico no es privativo de ninguna clase social.

GUILLELMO FERNANDEZ SHAW

De nuestra colaboración

MADRID TEATRAL

Skakespeare y Zacconi.—Fiestas de arte en la Princesa.—El gran triunfo de «El Rey Lear».—«La città morta», de D'Annunzio.—El «Hamlet», de Ricardo Calvo.—Estrenos en el Español.—Beneficio de María Guerrero: «Una bala perdida» y «Romance de doña Blanca».—Una comedia francesa en el Rey Alfonso.—La nueva temporada lírica del Cómico: éxito de «El preceptor».—Otras novedades.—La vuelta de la Xirgu.—En espera de una nueva obra de los Quintero

Madrid 19 de enero.

De las cinco grandes tragedias que escribió William Shakespeare, tres de ellas hemos aplaudido con entusiasmo en menos de una semana. A ellas se unirá mañana una comedia del mismo inmortal autor. Por Madrid ha pasado una ráfaga de arte supremo, que ha hecho vibrar todas las fibras de nuestro corazón.

El enorme éxito obtenido por Ermete Zacconi en su primera actuación, le decidió a volver para dar ocho representaciones más. Las obras elegidas ahora fueron muy superiores a las otras, en general, y ellas han proporcionado y proporcionan al gran actor nuevos extraordinarios triunfos, y al público madrileño verdaderas fiestas de arte, de las que guardará imborrable recuerdo.

Lo más saliente de esta nueva actuación de Zacconi, lo constituyen, sin duda, las obras de Shakespeare elegidas para su representación: las tragedias *Otelo* y *El Rey Lear* y la comedia *La fierecilla domada* o *La doma de la Tarasca*.

Si a esto se une la consideración de que Ricardo Calvo, en el Español, ha hecho la otra noche *Hamlet*, con gran éxito, se advertirá la razón de quienes aseguran que la obra del famoso dramaturgo inglés es imperecedera.

El Rey Lear, la tragedia del amor paternal; *Otelo*, el drama del amor conyugal, y *Hamlet*, el dominio del pensamiento, forman, unidos a *Romeo y Julieta*, la tragedia del amor naciente; y *Macbeth*, el triunfo de la voluntad, el florón más preciado de la maravillosa corona shakespeariana. Ni las obras históricas de los ciclos romano e inglés—incluso los célebres *Ricardo III* y *Enrique VIII*—ni las comedias de diversa índole, algunas tan hermosas como *El sueño de una noche de verano* y *Las alegres comadres de Windsor*, se pueden comparar en profundidad de ideas y diversidad de sentimientos con esas cinco grandes tragedias. En ellas el genio de William Shakespeare llega a cimas que parecían inaccesibles para el pensamiento humano, sin que pueda decirse que no hay pasión o sentimiento en el corazón de los hombres que no haya sido descubierta y desarrollada por este insuperable autor.

Ver obras de Shakespeare es siempre exquisito regalo; pero verlas representadas por quien, con justicia, está considerado como el primer actor del mundo, es algo que se sale con mucho de los límites de lo normal. Así, es natural que la sala de la Princesa se haya llenado para presenciar las representaciones de *Otelo* y de *El Rey Lear*. El celoso moro de Venecia, popular entre nosotros, mereció en gran parte—todo hay que decirlo—a la bella partitura que Verdi le puso al convertir el drama en ópera,—tiene en Zacconi un escalofriante intérprete. Los que se acuerdan de Rossi reconocen que Zacconi lo hace, por lo menos, tan bien como aquel famosísimo comediante. Las terribles y encotradas pasiones que se agitan en el pecho del desgraciado *Otelo*; sus torturas, sus arrebatos, su cólera, al fin, hallan en Zacconi una expresión arrolladora. Pero si a gran altura raya el ilustre actor en este drama, a más aún, si cabe, alcanza al personificar la grandiosa figura del *Rey Lear*. ¡Noche inolvidable la de ayer, en la que el público de la Princesa, subyugado por la grandeza de la obra y el arte supremo del actor, púsose varias veces de pie, movido por el resorte del entusiasmo!

¿Quién ignora la leyenda del *Rey Lear*? El *Rey Lear* tenía tres hijas; cuando las fue a casar con nobles duques, quiso saber, antes de dotarlas, cuánto le quería cada una. La mayor le dijo que más que a su vida; la segunda que más que a su alma, y la tercera que le quería como era su deber y tanto como él valía. El *Rey*, indignado por el desamor que creyó ver en la menor de sus hijas, la desheredó y repartió sus Estados entre las otras dos, a quienes, ya casadas, hizo entrega de la Corona. La menor casó con el *Rey* de Francia, que se enamoró de ella y la quiso sin dote; y a Francia marchó, proscrita por su padre. Pero el *Rey Lear* comienza a sufrir desventuras; y una hija primero, y otra después, desagradecidas, en cuanto son poderosas, lo maltratan y lo abandonan. Y el *Rey*, que llega, casi a mendigar y se vuelve loco por el dolor, halla, al fin, amparo y consuelo en el hogar de la hija menor, que es la que de verdad le quiere. Pero es tarde ya para la felicidad. La Reina de Francia muere a manos de una de sus hermanas, y es el propio *Rey*, viejo, demente y medio agonizante, el que entra en escena con el cadáver en sus brazos, junto al cual no tarda en expirar él también. Los momentos de suprema angustia del *Rey*, sus arrebatos, su demencia y toda su varia intervención, produje-

run, como queda dicho, enorme impresión en un público que no cesó de saborear bellezas en la obra y no dejó de admirar a su genial intérprete. Zacconi, en vista del excepcional éxito de *El Rey Lear*, ha anunciado que lo repetirá el martes, en su beneficio. De las demás obras que el gran trágico ha representado también en Madrid, merece ser destacada *La città morta*, de D'Annunzio, obra que desconocimos aquí, y que, a pesar de su asunto a primera vista antipático, interesa, cautiva y emociona, merced a los primores del diálogo, acaso demasiado profuso, pero siempre bello. El caso de un joven arqueólogo, enamorado de su hermana, que al darse cuenta de que otro hombre la quiere, prefiere matarla, para que jamás deje de ser pura, ha sido tratado por D'Annunzio con verdadero arte de poeta: En esta obra, además del mérito de Zacconi, pudimos advertir las extraordinarias cualidades de Inés Cristina, ya advertidas en la reciente actuación de esta compañía en el teatro del Centro.

Como las temporadas del Español y de la Princesa están terminando, hemos asistido ya a los beneficios de varias de las primeras figuras de ambos. En el de Ricardo Calvo vimos *Hamlet*, que es la obra de Shakespeare que mejor interpreta nuestro compatriota. La psicología del Príncipe de Dinamarca ha sido estudiada con verdadero empeño por Calvo, quien da del personaje una versión muy aceptable. Por el noble intento merece, además, el primer actor del Español un ferviente elogio. En el beneficio de Carmen Seco se ha estrenado *La ilustre fregona*, adaptación en verso, de don Diego de San José, de la novela ejemplar de Cervantes. Está hecha la obra con el esmero literario, la cultura y el buen gusto que tiene sobradamente acreditados este escritor, especializado en las descripciones y relatos de nuestro siglo de oro. La comedia gustó, y Carmen Seco compartió menudamente con el señor San José los aplausos que les fueron otorgados.

En el mismo teatro, y para beneficio de Fernando Porredón, hubo otro estreno: el de la comedia en dos actos, *El hombre que perdió el tiempo*, original del señor Silva Aramburu, comedia bien construida, de acción lógica y limpio lenguaje, que mereció una sanción muy favorable.

Acontecimiento, como siempre, fué el beneficio de María Guerrero en la Princesa. La ilustre actriz no necesitaba haber Revado novedades al cartel de su teatro para verlo lleno por sus innumerables admiradores. Ella representa uno de los mayores prestigios de nuestro teatro, y sería insensato pretender discutir su fama. Dos obras nuevas ofreció, sin embargo, al público madrileño: *Una bala perdida*, de don Enrique García Velloso, y *Romance de doña Blanca*, de don Luis Fernández Ardavin. La primera es una comedia moderna, en la que acaso la excesiva verbosidad restó interés al desarrollo de la acción; pero en la que nuevamente se advierten las cualidades de notable literato del simpático autor argentino, a quien consideramos ya aquí como uno de los nuestros. La segunda es un breve cuadro, hecho a la manera clásica, en el que la inspiración y el arte de versificador del señor Ardavin corren parejas. María Guerrero, en ambas producciones, estuvo admirable, siendo aplaudidísima y viéndose luego lleno su cuarto de regalos.

En el *Rey Alfonso* hemos conocido la traducción de una comedia de Félix Gandera, escabrosa en su original y sutilmente picaresca en la adaptación hecha por Carlos de Batlle. El tema del divorcio no es nuevo, ni mucho menos en el teatro francés; pero está aquí manejado con habilidad escénica, y *De corazón a corazón* hace pasar un rato muy entretenido, sobre todo, en su segundo acto, que es el mejor hilvanado. El diálogo es fácil y ameno, y los personajes no son muñecos. Con esta obra se presentó en el *Rey Alfonso* Francisco García Ortega, que obtuvo una efusiva acogida.

La nueva temporada lírica del Cómico ha comenzado bajo los mejores auspicios. La compañía Puchol-Ozores—en la que figuran elementos tan valiosos como la señorita Clement, el tenor cómico Alba y los barítonos Marín, Iglesias y Rubio,—hizo excelente impresión, y la obra nueva con que se presentaron fué un éxito completo desde las primeras escenas. *El preceptor*, opereta de los señores Torres del Alamo y Asenjo, con música del maestro Font, hizo las delicias de la concurrencia. El libro es muy gracioso, con situaciones y con chistes pertenecientes al personalísimo modo de trabajar de estos autores. El muchachito tímido ante las mujeres, que luego resulta más avispado que su preceptor—ya suficientemente listo,—es un nuevo tipo que pueden agregar Asenjo y Torres a la gale-

ría de sus aciertos teatrales. La música de la obra está verdaderamente bien; con ella, el maestro Font, uno de los reyes de variedades, abonda este otro género, en el que le aguardan, sin duda, grandes triunfos. Un precioso dúo en el primer acto, el dueto cómico que le sigue, una canción, dos bailables y el número del «Bombero del amor», son páginas que dan a Font derecho para colocarse en la primera línea de los músicos jóvenes que aspiran a ser los príncipes de nuestro público.

Prize estrenó *Los arlequines de seda y oro*, de Amichattis. Gustó sin exceso, porque la gente no se mostró de acuerdo con las acusaciones del autor contra las corridas de toros. Pero por lo mismo que es un asunto en el que el público tiene opinión, no tendría nada de particular que el drama de Amichattis, tan aplaudido en Barcelona, diera aquí dinero. En la obra no trabajan Loreto y Chicote. El actor Soler, que se presentó haciendo el protagonista, es un artista de mérito.

Margarita Xirgu anuncia su próxima temporada en el Español. Se presentará en *La calumniada*, y el primer estreno será el de *Cristallina*, de los ilustres hermanos Álvarez Quintero. Las referencias que hay no pueden ser mejores. Todo hace esperar que la nueva producción más del privilegiado talento y de la maestría de quienes son honra y orgullo de nuestro teatro.

G. FERNANDEZ SHAW.

MADRID TEATRAL

El clamoroso triunfo de «La montería».—Guerrero y Ramos Martín, vencedores.—El barítono Lloret, se consagra en Madrid.—Un número que se canta ocho veces.—El género lírico de enhorabuena.—«La Dolores», en el Real.—Hipólito Lázaro y Ofelia Nieto, cantan la obra bajo la dirección de Bretón.—Ocho estrenos: «La fiebre verde» y «La tamborilera».—Otras noticias

Madrid 26 enero.

El clamoroso triunfo obtenido anoche por *La montería*, en el teatro de la Zarzuela, estaba previsto. Lo que no estaba previsto era el escándalo que antes de comenzar la representación se produjo al saber el público que el señor Sagi Barba había vuelto a ponerse enfermo, y no podía trabajar. Manolo Merino, el ingenioso escritor y autor dramático, representante actual de la empresa, tuvo que hacer gala de toda su presencia de ánimo y todo su talento para conjurar el conflicto con que amenazaba un público indignado y paeslo de pie. Serenaronse al fin, un tanto, los espíritus, y la orquesta, bajo la dirección de Jacinto Guerrero, autor de la nueva partitura, dejó oír las primeras notas de *La montería*. Cinco minutos después se repitió, entre atronadores aplausos, el primer número de la obra. ¿Quién se acordaba ya del escándalo pasado? Aquello era muy bonito, y no había más que hablar. Fue la primera victoria conseguida por el maestro Guerrero y por su colaborador Pepe Ramos Martín, autor del libro. Lo que fué el resto del resultado, ya lo habrá adelantado a los lectores de Valencia el telégrafo. El segundo número, a cargo casi por entero del barítono, valió a José Luis Lloret, que horas antes se había encargado del papel, una de las mayores ovaciones de su vida de cantante; se repitió luego también el número de los monteros con las trompas de caza, y para no cansar, diré que se repitieron igualmente los demás números del acto. El libro, al mismo tiempo, había entrosado, y cuando cayó el telón, la concurrencia en masa tributó a los jóvenes y simpáticos autores y a los principales intérpretes una continuada ovación, de las escuchadas pocas veces en el teatro de la Zarzuela. Las profecías, por esta vez, se habían cumplido. El fallo entusiasta del público de Zaragoza era ratificado plenamente por el de Madrid. Llegó el segundo, y apenas le vantado el telón, surgió el número *bomba*, el número popular; el que a estas horas cantan ya los ciegos en las calles y el que recorrerá en triunfo toda España. ¿Es el mejor? No, sin duda alguna; pero es el de más efecto, y no olvidemos que el maestro Guerrero, que si se ha consagrado ahora como músico, se ha acreditado también como autor hábil y de picardía, no dejó de pensar, al hacerlo, que lo escribía para el teatro. Es un tango, coreado, que cantó con intención y gracia Victoria Pinedo, y que el público, aplaudiéndoselo en seguida y cantándolo con los artistas, obligó a que se tocara siete u ocho veces. Fueron unos instantes de verdadero delirio. Se dió luz a la sala, y Guerrero, lleno de emoción y de alegría, volvióse hacia el auditorio y dirigió, cara el público, el número. Siguió luego la representación, y aunque las restantes páginas de la partitura fueron muy aplaudidas, no eclipsaron el éxito del tango. Y la obra llegó al final entre las más efusivas demostraciones de complacencia.

Hay, pues, *Montería* para rato. Cuantos sinceramente nos interesamos por el porvenir del género lírico en España, debemos considerarnos de enhorabuena. Guerrero no es ya una esperanza: es una realidad que ha afirmado anoche la personalidad que había destacado con *La alsaciana*. El brillante resultado por él obtenido debe animar, con noble deseo de emulación, a los demás jóvenes compositores que valen mucho también y pueden con Guerrero hacer resurgir un género tan genuinamente español como la zarzuela. Rosillo, Granados, Balaguer, Moreno Torroba, Estela y algunos más pueden, si quieren, seguir la senda ya trazada; y ellos, con Pepe Serrano, Vives, Luna y algún otro consagrado, son muy suficientes para realizar la obra que es preciso hacer sin pérdida de momento.

Volviendo a *La montería*, es justo decir que si grande y definitivo fue el triunfo del compositor—tanto por la inspiración y brillantez de la partitura, como por el efecto teatral que tiene,—no pequeño fué el de Ramos Martín, que supo hacer, con un asunto no de gran novedad, un libro muy interesante siempre, muy ponderado, muy de buen gusto y lleno de preciosas situaciones musicales. Al resultado de muchos números contribuye muchas veces la situación, y esa es la razón de que muchos ilustres comediógrafos, que no ven los momentos musicales, no acierten a tener grandes éxitos en el género lírico, aun cuando colaboren con los músicos más prestigiosos.

La acción de *La montería* transcurre en Inglaterra y en los estados de un viejo lord británico, cuyo hijo se enamora de una bella aldeana, hermana del más leal servidor del lord, Pippo, el criado, se entera de estos amores—peligrosos para la honra de su hermana,—y decide ponerles término; pero lord Edmundo, el hijo del viejo lord, sigue en

sus devaneos con Marta, sin preocuparse de estar ya comprometida con una linda *girl*, también de noble familia. A pesar del celo de Pippo, lo irremediable llega; mas todo tiene arreglo en esta vida, y el viejo lord, obligado a hacer justicia, repara la falta de su hijo, accediendo al matrimonio de éste con la aldeana.

La señora Rossy, que tuvo que sustituir también de pronto a Luisa Vela, se hizo acreedora a los aplausos que le fueron otorgados y que compartió con Victoria Pinedo—en toda la obra sugestiva,—y Ballester, muy a tono con su simpático papel. Dicho queda que para Lloret y para los autores fueron las principales ovaciones de la noche.

Mientras que en la Zarzuela ocurría todo esto, en el Real se glorificaba o poco menos al ilustre maestro Bretón, que había vuelto a empuñar la batuta para dirigir la representación, en castellano, de su célebre ópera *La Dolores*. El hecho de que cantaran la obra Ofelia Nieto e Hipólito Lázaro, había llevado al regio coliseo un público numerosísimo. La representación fué una sucesión de ovaciones para Bretón, para el tenor y para la tiple. Y no digo más, porque las rondallas estuvieron a punto de echar a perder una de las más bellas páginas de la obra. Lázaro, cantando *La Dolores*, ha paseado en triunfo el nombre de España por América; otro tanto le ha sucedido a la Nieto. Por eso los aplausos de anoche significaron admiración, pero debieron significar también gratitud. Para el maestro Bretón fué noche de emoción intensa. ¡Cuántos años pasados desde el estreno de *La Dolores* hasta verla ahora ocupando el lugar que merece! Anoche se dió un paso importante para la implantación de la temporada de ópera española.

En el Español se presentó de nuevo la compañía de Margarita Xirgu, después de dos meses de ausencia. El debut fué con *La calumniada*, que la gente saboreó y aplaudió.

Mercedes Pérez de Vargas renovó el cartel de Cervantes, estrenando la comedia *La fiebre verde*, de don Antonio L. Buenretiro, con ilustraciones musicales del maestro Alonso. La obra es una sátira del púego, presentándonos los peñeros y catástrofes morales a que nos lleva la fiebre que se ha apoderado de los habitantes de las grandes ciudades por el tapete verde. Para demostrar sus asertos, el autor nos conduce a sitios donde el vicio impera; mas está hecho todo con la suficiente habilidad para que la obra la pueda ver todo el mundo y el fin moral se consiga de todos modos. El señor Buenretiro se acredita, una vez más, de dramaturgo experto. Mercedes Pérez de Vargas, como actriz, muy entonada, y como mujer, muy guapa.

Las ilustraciones musicales bonitas, como del maestro Alonso. Pero donde éste ha logrado un excelente éxito ha sido en Novedades con la partitura de *La tamborilera*, obra de ambiente montañés, cuyo libro se debe a los autores de *El secreto de la Cibeles*. El libro es entretenido y tiene notas tiernas de gran efecto, y la música, inspirada en motivos populares, es un verdadero acierto.

Zacconi terminó su actuación, repitiendo para su beneficio *El Rey Lear*. El público madrileño le despidió aclamándole, de pie. Seguramente se habrá llevado de aquí un gráfimo recuerdo. Dos días antes dió por terminada su temporada la compañía Guerrero-Mendoza. Com-

promisos adquiridos en otros sitios le ha obligado a abreviar su campaña, prescindiendo, incluso del beneficio, ya dispuesto, de Fernando Díaz de Mendoza.

¿Estrenos próximos? Cuatro se anuncian. El juguete cómico *Yo quiero tener un hijo*, de los señores Rodríguez de la Peña, en Lara; la comedia de don Luis Manzano, *Alcalde de los Gandules*, en el Infanta Isabel; la opereta de los señores López Monis y maestro Alonso, *María Brizard*, en el Cómico, y la revista de gran espectáculo *La tierra de Carmen*, en Apolo.

Eso sin contar con *Crystalina*, que ya está terminada de ensayos en el Español.

Deseámosles a todas brillantes éxitos y que ningún nuevo conflicto teatral les amenace con interrumpir sus representaciones. Porque estamos en una época en que surge un conflicto donde y cuándo menos se piensa.

GUILLERMO FERNÁNDEZ SHAW.

De nuestra colaboración

MADRID TEATRAL

«Cristalina», de los señores Alvarez Quintero, logra en el Español un resonante éxito. «El Príncipe Igor», en el Real.—Borodin y la música rusa contemporánea.—Una ópera española en perspectiva.—Nuevas comedias: «Mi prima está loca», «Yo quiero tener un hijo», «Alcalá de los Gandules» y «El grillo del hogar».—Un drama de actualidad y una comedia lírica.—Novedades diversas

Madrid 8 febrero.

Para poder dar cuenta del estreno de *Cristalina*, he demorado hasta hoy la redacción de estos renglones. De las once obras nuevas que hemos conocido en Madrid durante la última decena, la obra de los señores Alvarez Quintero, representada anoche por vez primera en el Español, había de ofrecer el máximo interés literario, por llevar el marchamo de una de las más prestigiosas firmas españolas, y por ser representada por una actriz de los méritos indiscutibles de Margarita Xirgú.

Sabíamos que los dos primeros actos de la comedia habían sido leídos por sus ilustres autores en Alicante, produciendo a la compañía gran entusiasmo; que el tercero le había sido dado a conocer ya en Madrid, y que la obra había sido ensayada con todo cariño e interés. Y desde hace días se venían diciendo muchas cosas en elogio de *Cristalina*. Naturalmente, por tanto, la expectación que reinaba en la atestada sala del Español al levantarse anoche la cortina.

Y el éxito fue, como se esperaba, grande, rotundo, unánime. Desde las primeras escenas advirtiéndose que *Cristalina* era uno de los mayores aciertos de los Quintero; y al triunfo iniciado en el primer acto, siguió en progresión creciente hasta el final, sin que el público pudiera demostrar su entusiasmo a los ilustres autores, por no haber acudido éstos al teatro. Obra sana, limpia, casi toda riante y canarina, y solo en unos instantes ensombrecida por una ráfaga de dolor, conmueve directamente al espectador, que llega a compenetrarse con el alma, buena y cristiana, de la protagonista. Porque eso es el tipo que a maravilla encarnó anoche Margarita Xirgú: transparente y lleno de luz; de una luz intensa que irradia resplandores de felicidad a cuantos viven a su lado. «Cristalina» es una muchacha de simpática y pintoresca charla, de risas constantes, de encantadora sugestión—deliciosa creación quinteriana,—que vive dichosa con su esposo en un hogar que es todo bienestar y alegría. De pronto aparece un hombre que llena de angustia el espíritu de «Cristalina»; es el hombre vil que ultrajó su inocente mocedad y huyó, y que ahora, cuando ya ha desaparecido su recuerdo, se interpone de nuevo en su felicidad. Vuelve el dolor a conturbar el ánimo de la muchacha. ¡Si su esposo se entera, por el vil seductor, de su pasado!... Pero no. «Cristalina» no puede ocultar la verdad ni vivir en un equívoco insostenible. Esta misma revela al marido—viejo marino que mejor que nadie conoce las virtudes de su mujercita—toda la verdad. Y como es verdad lo que dice, el esposo la cree; y vuelven para aquel hogar honrados los días luminosos, propios de quienes viven con la conciencia pura y pueden llevar siempre la frente muy alta.

De la parte técnica de la obra y de las bellezas del diálogo, es innecesario hablar. Baste decir que es de los Quintero, para hacer su mejor elogio.

Los que creemos que el teatro debe ser escuela de buenas costumbres y motivo de grato esparcimiento, no podemos menos de felicitarlos al ver triunfar obras como *Cristalina*, en las que alientan los más hermosos ideales y los más bellos sentimientos.

Margarita Xirgú matizó el personaje de la protagonista con todo su arte de gran actriz, y fué también muy aplaudida. Y Alfonso Muñoz y los demás artistas del Español contribuyeron a formar un buen conjunto.

De índole muy diversa ha sido otro acontecimiento teatral de estos días. Me refiero al estreno de la famosa ópera de Borodin, *El Príncipe Igor*, que, al cabo de treinta años, desde su éxito clamoroso en San Petersburgo, ha llegado a Madrid, cuando ya era conocida fragmentariamente por nuestro público. Los trozos más bellos nos los ofreció hace unos años la compañía de «Bailes rusos» de Sergio Diaghilev. Aquellas danzas populares y semi-bárbaras, destacadas sobre un exótico decorado de Leo Bakst, no se olvidarán fácilmente a cuantos asistieron a aquellos espectáculos de arte moderno. Después, la Orquesta Filarmónica ha dado, bajo la dirección del maestro Pérez Casas, varias versiones de otros fragmentos de la ópera. Por esa anteañoche, *El Príncipe Igor*, concepción hermosa, en la que vibra todo el espíritu de la raza eslava, no pudo despertar todo el entusiasmo que merece, desde el momento en que la interpretación, sobre todo por parte de los coros, no pasó de discreta.

Borodin, compositor de gran inspiración, fué uno de los que más influyeron en el florecimiento musical de Rusia que ha dado en estos últimos años artistas de los méritos de Mussakoff, Glazounoff, Rimsky, Korsakoff, y, más reciente-

mente, Stravinsky, el autor de *Petrouska* y *El pájaro de fuego*.

Cuando Borodin murió, *El Príncipe Igor* estaba sin terminar. Rimsky y Glazounoff completaron la obra del maestro, que luego ha sufrido importantes cortes, hasta dejar reducidos a tres actos los cuatro de que constaba el original. En todos lados, la ópera ha sido un gran éxito, y aquí, a pesar de las dificultades con que se ha tropezado, ocurrió lo mismo. Lo de menos es, en esta obra, el argumento—un Príncipe que va a la guerra con su hijo, que ambos caen prisioneros, que el muchacho se enamora de la hija del Rey vencedor, y que ambos Soberanos llegan a la paz por haber visto la solución de que se casen los dos jóvenes;—lo más importante aquí, es la intervención del pueblo, unas veces divirtiéndose, y otras en són de súplica o de protesta. Aparte de los bailables y otras páginas ya conocidas en Madrid, son dignas de mención dos romanzas de tiple, un dúo entre los muchachos, y un número cómico entre unos músicos vagabundos borrachos, que produce verdadero efecto.

El cuadro de artistas rusos que había estrenado a principios de temporada *Boris Goudonov*, volvió a demostrar su preparación y sus aptitudes, sobresaliendo la labor de la señora Smirnowa, del señor Zaporozetz, que es buen cantante y buen actor, y de los señores Choumoff, Raisoff y Robriakoff.

La empresa del Real, que el sábado estrenará una ópera española—*Polanda*, de don Vicente Arregui,—es acreedora a alabanzas y alientos, por la seriedad con que va cumpliendo cuanto prometió a principio de temporada.

De los teatros de comedia han reingrado su cartel el Rey Alfonso, Lara, el Infanta Isabel y Estava. La obra nueva del Rey Alfonso es *Mi prima está loca*, comedia de autores argentinos—los señores Collazo e Intchausti,—que gustó bastante por su misma ingenuidad. Los modismos argentinos están ahora en boga en Madrid, y son acogidos en el teatro siempre con gran simpatía. *Mi prima está loca* no es ni mejor ni peor que la generalidad de las obras que nos dieron a conocer Muñio y Alippi; cumple muy bien su cometido de hacer pasar un rato agradable... y basta. Paco Alarcón se distingue entre los intérpretes.

En Lara estrenaron los hermanos Rodríguez de la Peña un juguete cómico titulado *Yo quiero tener un hijo*, con escenas cómicas bien vistas y bien desarrolladas, que dan pie para que la siempre admirable Leocadia Alba haga las delicias de la gente. Esta obra, y la actuación de Cándida Suárez como cupletista, han hecho el milagro de llenar de nuevo este teatro, tan castigado por las obras de la Gran Vía.

La nueva comedia del Infanta Isabel, es *Alcalá de los Gandules*. Al escribirla don Luis Manzano, se inspiró a medias en la realidad; y a medias en el repertorio quinteriano; pero lo cierto es que la obra resultó muy entretenida e ingeniosa, y que está dando muy buenas entradas al teatro de la calle del Barquillo.

Martínez Sierra, en Estava, ha comenzado un espectáculo nuevo, que dedica a las familias. Así como otros años ha hecho, por las tardes, teatro de los niños, ahora hace este otro más ampliado, pero propio para que lo pueda ver todo el mundo. Y deja para por las noches obras que, como *Los gorriones del Prado*, cuyo estreno se anuncia para la próxima semana, no son a propósito mas que para paladares hechos a condimentos fuertes. La primera obra del espectáculo de familias ha sido una escenificación, debido a Martínez Sierra, de *El grillo del hogar*, de Dickens. Conocido es este delicioso cuento, en el que el gran novelista inglés hace gala de humor y de ternura. En la adaptación teatral se conservan ambas notas muy ponderadamente; las bellezas literarias y el arte de la emoción se compenetran, y aquel hogar feliz de un matrimonio inglés, en el que vemos el cruel desengaño de una ciegucecita, produce una impresión de la que no es fácil olvidarse. ¡Y qué bien, de figura y de voz, está Catalina Barcena en esta comedia!

De teatros de verso, el de la Latina ha estrenado el drama *Responsables*, de Luis Antón del Olmet y Joaquín García, con gran éxito. Es una obra escrita con el fin principal de conmover la opinión ante un asunto de interés vital para la nación como es de las responsabilidades por la guerra. El propósito se vio satisfecho, pues el público subrayó con sus aplausos los pasajes más importantes de la producción.

En el Cómico, la compañía Puchol-Ozores logró un éxito con *Maria Brigard*, libro de López Monis y música de Alonso, de la que se repitieron casi todos los números. El libro—basado en el deseo de una muchacha literata, que, para poder escribir una novela de la clase media, entra a servir en una casa,

donde todos presumen de lo que no son,—es un verdadero acierto que vale a López Monis, a diario, muchos aplausos.

En el teatro Imperial se representa un juguete cómico de mucha gracia, que se titula *El director es un hacha*, y en Martín, *El regalo de boda*, zarzuela bufa, con bastante picante, de don Fernando Luque y los maestros Vert y Soutullo.

Esta noche se estrenará en Cervantes *La honra de cada día*; mañana, en Apolo, *La tierra de Carmen*, y próximamente, en el Cómico, *La Princesa Olvidada*. La cuesta de febrero hay que subirla a todo trance.

G. FERNANDEZ SHAW

Regado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.M.

MADRID TEATRAL

Dos importantes novedades líricas.—Éxito de la ópera española del maestro Arregui, «Yolanda», y de la ópera alemana «Monna Lisa».—«La tierra de Carmen», en Apolo. ¡Viva el rumbo!—Dos estrenos más: «S. S. S.», en la Comedia, y «Los gorriones del Prado», en Eslava.—Una obra del señor Marín Alcalde y una opereta del señor Gilbert.—Otras cosas

Forzoso es decir que el interés teatral le ha dado, durante los últimos días, nuestro primer crítico lírico. La empresa del Real, después de habernos dado a conocer dos importantes obras rusas y de haber presentado con los honores merecidos *La Dolores*, ha estrenado una ópera de un músico español y otra de un compositor extranjero, ya famoso, al que ha traído a Madrid para dirigir los ensayos de su producción. Realmente, los aficionados madrileños a la música deben estar agradecidos a la seriedad y al buen deseo de la empresa.

Don Vicente Arregui, nuestro compatriota, que en varias obras de concierto y en diferentes partituras de zarzuelas había mostrado aptitudes notables para el cultivo de la música en sus manifestaciones más elevadas, consiguió con su ópera *Yolanda*, premiada hace años por el Estado, un triunfo grande, del que participaron, como admirables intérpretes, Ofelia Nieto e Hipólito Lázaro.

Con *Yolanda* había sufrido el maestro Arregui un calvario de muchos años. Lázaro la conoció la temporada pasada, y tanto le gustó la partitura, que la apadrinó... y ahí está el éxito. Es alentador para los músicos españoles ver que, ya que hay varios compatriotas nuestros que son como cantantes primeras figuras mundiales, no se olvidan de sus paisanos y han de ser, por lo que comienza a verse, admirables propagadores de la música española en el extranjero. Es ésta, pues, una ocasión que nuestros músicos no deben desaprovechar.

El libro de *Yolanda*, hecho por los señores Catarineu y Díez Canedo, está basado en una leyenda danesa y tiene todo el encanto de un *Hed* escandinavo. En la sencilla fábula de la hija del Rey, ciega, que al fin recobra la vista, ha encontrado el músico situaciones apropiadas para escribir unas páginas inspiradas, en las que dominan, como notas principales, la emoción y la ternura, que fueron acogidas con entusiasmas aplausos por el auditorio del Real. Bien es verdad que si bellas son tales páginas, de modo espléndido fueron cantadas por los dos ilustres artistas antedichos.

Tratándose de un compositor como Arregui, considerado como un maestro, no es de extrañar que la labor orquestal sea, acaso, lo más importante de la obra.

Si hermosa fué la noche del estreno de *Yolanda*, no fué menos la de ayer, en que el gran músico alemán Max Schilling recibió el homenaje de admiración y simpatía de nuestro público, impresionado por las bellezas indudables de su ópera *Monna Lisa*. Schilling, que es hoy uno de los compositores de mayor prestigio en Alemania, ha logrado en esta obra obtener los mayores efectos de sonoridad orquestal conseguidos hasta ahora en el teatro. Los trozos de más alarde de orquestación impresionaron mucho, pero gustaron menos que algunos pasajes melódicos, muy inspirados, que fueron los que de verdad se aplaudieron. El abuso de los recitados—técnicamente admirables.—fatigó, en cambio, un poco.

El argumento de *Monna Lisa* resulta interesante. A un convento de cartujos, de Florencia, llegan unos *touristas*, a quienes un lego, convertido en *cicerone*, refiere la historia del edificio que fué en el siglo XV morada de Francisco Giocondo y su segunda mujer Monna Lisa, cuya sonrisa inmortalizó el pincel de Leonardo de Vinci. Cuando el lego enseña a los visitantes la sala que fué testigo de la tragedia que surgió entre los dos esposos, se transforma la estancia y aparece la habitación histórica, con los personajes principales de la acción. Monna Lisa se ha enamorado de Juan Salviati. Su marido, Francisco Giocondo, sorprende un diálogo de los amantes, y, valiéndose de engaños, encierra a Salviati en la cámara secreta de sus tesoros, arrojando después la llave a Arnó. Por casualidad—esas casualidades sin las cuales no serían posible muchas cosas en el teatro ni en la vida.—la llave es encontrada por una hija de Giocondo, que inocentemente se la devuelve a Monna Lisa. Esta libra a su amante, y es el marido el que, más tarde, ve cerrarse tras sí, para siempre, la puerta de la trágica cámara, mientras que Monna Lisa, vengativa, prorrumpe en una carcajada sarcástica. Nueva transformación, y la estancia vuelve a ser la sala del convento de cartujos. El lego sigue su relato, y, al final, cree reconocer en la misteriosa viajera la misma sonrisa enigmática de Monna Lisa. La señora Hafgren, el señor Roda y el tenor Lauventhal merecieron, por la interpretación de los principales personajes, elogios y aplausos, si bien el tenor fué extrañado algo por no estar nuestro público acostumbrado a ciertos procedimientos de la escuela alemana.

Un gran éxito, principalmente de presentación, fué *La tierra de Carmen*, en Apolo, con la que Eulogio Velasco ha hecho en Madrid nuevo alarde de su esplendor y de su

buen gusto. El libro, de Paso, Primelles y Borrás, es entretenido y gracioso; la música, de Quinto Valverde y Luna, de verdadero efecto. Y hubo un número, el del *Torrito*, que entusiasmó al respetable. Revista de gran espectáculo, es un magnífico regalo para la vista ese desfile de bellas decoraciones—lunas de luz y de color,—de trajes lujosos y llamativos y de mujeres guapas. Las distintas regiones de España, artísticamente exaltadas, adquieren forma plástica sobre el escenario de Apolo. Y como las señoras Zuffoli y Mayendía, la señorita Caballé y el señor Mauri bajan con verdadero arte, el público, en la noche del estreno y en las sucesivas, no tuvo por qué ocultar su gran complacencia y aplaudir sin regateos de ninguna clase.

Menos suerte tuvo el teatro de la Comedia, que tan favorecido había sido esta temporada desde el estreno de *El niño de oro*. El juguete cómico del señor Muñoz Seca, *S. S. S.*, no alcanzó el mismo entusiasta éxito que otras producciones del autor de *El rayo*. Como el juguete tiene, sin embargo, muchos chistes y situaciones cómicas, la gente se ríe y da por bien empleado el rato que el autor le ha hecho pasar, distrayéndole de sus diarias cavilaciones. El papel Muñoz Seca no ha bajado esta temporada, aunque haya quien diga lo contrario, pues el triunfo de *La pluma verde*, que sigue aún dando dinero, le basta para que el nombre del afortunado comediógrafo siga figurando en primera línea para las empresas y para el público.

En Eslava hubo un tropiezo: el de *Los gorriones del Prado*, del señor Vidal y Planas. Los dos primeros actos pasaron, y el tercero fué tomado a broma. Como se trataba de un drama, el fallo no pudo ser más elocuente; pero bueno sería saber si entre los derechos del público figura el de adoptar una actitud que hace salir forzosamente de situación a los espectadores de buena fe y a los actores. En realidad, cuando a la gente no le gustase una obra, debía marcharse, y ya con ello demostraba bien claramente su juicio. Se dirá que esto de ahora ha ocurrido siempre, y que no hay obra buena que sufra las iras o las burlas de un público sin merecerlo; mas lo cierto es que muchas producciones mediocres pasan sin pena ni gloria, y, a lo peor, la gente se ensaña con trabajos de más mérito.

Por lo que a *Los gorriones del Prado* se refiere, no podía ser un éxito por la inconsistencia de su

trama dramática. Dejando aparte los atrevimientos de ambiente y lenguaje, el público de Eslava encontró inexperiencias y falta de interés. Y ello fué la causa de que ocurriese lo que apuntado queda.

La compañía de Mercedes Pérez de Vargas ha estrenado en Cervantes la comedia *La honra de cada día*, original del distinguido periodista don Alberto Marín Alcalde, en la que se plantea un problema interesante de carácter social. La obra gustó, saboreando el señor Marín Alcalde las mieles del éxito.

El Cómico continuó su campaña dando a conocer, con éxito, la opereta del famoso compositor alemán Gilbert, *La Princesa Olala*, obra perteneciente a la serie de operetas sin coros hechas por varios músicos alemanes y austriacos, en vista de las dificultades económicas con que aquellos teatros han tropezado. *La Princesa Olala* ha sido en el extranjero uno de los mayores éxitos; la adaptación española ha servido para que Luisa y María Puchol, Ozores, Iglesias, Bretaña y otros artistas de Cómico demuestren una vez más lo mucho que valen.

En Lara se anuncia para muy en breve el estreno de *La mala ley*, de Linares Rivas; en la Zarzuela, el de *Las mariscatas*, de Tellauche, con música del maestro Calleja; en Cervantes, *Los enemigos de la mujer*, adaptación de la novela de Blasco Ibáñez, por Marquina, y en Romea se estrena uno de estos días *La flor de Córdoba*, de don Francisco Vía. Y, mientras tanto, autores y empresas van preparando lo mejor de cuanto disponen para el Sábado de Gloria.

G. FERNANDEZ SHAW

De nuestra colaboración

MADRID TEATRAL

El triunfo de «La mala ley», en Madrid.—Críticos y juristas.—Lo que es la nueva obra de Linares Rivas y lo que plantea.—Una comedia cordobesa, que hace, en una noche, el prestigio de un autor.—Un boceto de Romero de Torres.—En el Centro: «Los malcasados», de «Parmeno», terminada por los Quintero.—Otros estrenos.—Un espectáculo de arte: «El pájaro azul».—Chicote y Loreto se despiden

Madrid 25 de febrero.

Uno de los mayores éxitos del año teatral, en Madrid, ha sido, sin duda alguna, el de la comedia de don Manuel Linares Rivas, *La mala ley*. Al mismo tiempo que en nuestro teatro Lara, ha sido estrenada la obra en el Poliorama, de Barcelona, donde solo obtuvo una buena acogida. Y con este motivo, algunos periódicos de la Ciudad Condal, ya llegados a Madrid, habían de la diferencia de criterio, de gusto o de puntos de vista de los públicos de ambas poblaciones.

Creo que en otra ocasión traté ya este mismo tema, que ahora suscitan los cronistas barceloneses. Desde hace años, en efecto, se viene dando el caso de que obras que en Barcelona obtienen clamorosos éxitos, apenas si pasan aquí, y al contrario. Es preciso que se trate de aciertos rotundos e indiscutibles para que el fallo sea completamente igual en ambos lados. Y la razón no puede ser otra que el distinto temperamento de los dos públicos.

El parecer del público de Valencia, en cambio, está casi siempre—porque la compenetración absoluta es imposible—de acuerdo con la opinión del de Madrid. Esto lo saben los empresarios tanto como los autores y artistas. Una obra que se estrene—por primera vez en España—en Valencia, y obtenga un triunfo, es para Madrid una letra a la vista.

Hablando, pues, de *La mala ley*, es lógico suponer que las ovaciones que resuenan todas las noches en Lara en honor de Linares Rivas, tendrán en Valencia una reproducción más o menos exacta. Con todo lo cual, dicho queda que la obra ha obtenido un gran éxito de público. ¿Le ha pasado lo mismo con la crítica? En realidad, ésta, al examinar la comedia, lo ha hecho bajo dos distintos aspectos: el dramático y el jurídico. En el primero, todos los críticos convienen en que *La mala ley*, técnicamente, está construida por mano maestra, teniendo primores de diálogo y hallazgos de frases y de situaciones de seguro efecto en el auditorio. Jurídicamente, la obra está siendo más discutida, y es que un asunto como el de las legítimas de los hijos, que tal como el autor lo presenta es clarísimo—y la condenación de la mala ley, por tanto, evidente,—se presta a una porción de observaciones, contraposiciones y controversias... que son la fuente principal del dinero que ha de dar la obra.

Como en otras producciones suyas, el señor Linares Rivas afronta aquí un problema social. No son preocupaciones de la vida de la clase media española, como en *Cobardías* y en *La vida sigue*, sino conflictos de más importancia, como en *La garra*, los que ahora le han preocupado. Los defectos que, a su juicio, tienen los artículos del Código civil, que regulan la sociedad de ganancias, le han dado pie para hacer una interesantísima trama, fundada en la ingratitud humana. Don Lorenzo, durante su matrimonio, supo acrecer su fortuna. Envidió y quedó con varios hijos, a quienes entrega, como renta, una cantidad determinada. Pero la suerte ahora le es menos propicia, y ha perdido de su fortuna aquella parte que le correspondía a él legalmente. Y cuando los hijos, ya mayores, le exigen la entrega de su legítima, don Lorenzo, que fué el que hizo aquella fortuna, no tiene más remedio que entregar a aquéllos sus respectivas porciones hereditarias, quedándose él, como suele decirse, en la calle. Y como el hecho de que la persona trabajadora que ha conquistado una posición y se ve luego arruinada por tener que distribuir su dinero entre quienes no saben siquiera lo que es el trabajo, es de un indudable efecto teatral y se presta, dado el talento del señor Linares Rivas, a una porción de alegatos, felicísimos de forma, la gente está suspensa durante toda la representación de los labios de los actores y

no puede reprimir sus impulsos de entusiasmo.

En *La mala ley*, el triunfo de interpretación correspondió a Simón Raso, que dió a su personaje una sensación de absoluta realidad. Junto a él, la señorita Rodrigo, Leocadia Alba, la señora Catalá Luis Peña y los demás artistas de Lara dan a la nueva comedia el tono adecuado.

Lara se llena todas las noches. Habrá visto don Eduardo Yáñez que las obras de la Gran Vía no son siempre un obstáculo para que el público acuda a su lindo teatro de la Corredera de San Pablo.

Otro éxito grande, sobre todo en su primer acto,—reputado por muchas autorizadas personas como uno de los actos más completos hechos en estos últimos tiempos,—ha sido el logrado en Romea por la comedia *La flor de Córdoba*, con la que ha hecho, y bien gallardamente por cierto, sus primeras armas escénicas el ya reputado actor don Francisco Vico. El interés a pasión, el ambiente y el color se hermanan en esta producción, muy honrada y muy española, en la que se desarrolla el drama de una mujer, «que quiso ser buena y no lo pudo ser» y que se ve obligada a ser siempre, para el hombre que ama, la otra; es decir, la sombra o la representación del amorío fácil, frente a la mujer legítima, encarnación del amor verdadero. Alrededor del tipo de *Caprichito*, que tal es el nombre de la desdichada, vienen otros—simpáticos o desagradables,—pero pintorescos todos, que forman el brioso conjunto que da carácter a la comedia. Durante unas horas el espectador de Romea (vive en Córdoba), y por el no fuera suficiente para ello el arte del dramaturgo, un precioso decorado, para el que Romero de Torres pintó un boceto admirable, trasladada la imaginación, como por encanto, a la tierra de los Califas.

Antonia Plana, que está haciendo en Romea una temporada brillantísima, supo comunicar a su personaje toda la emoción que requería y fué aplaudidísima. De estos aplausos participaron Emilio Díaz, su hija y el señor Noguera.

Con *La flor de Córdoba*, el señor Vico ha conquistado un puesto muy estimado entre los autores llamados a ocupar, en la generación que llega, la primera fila.

En el Centro, merced a un nobilísimo rasgo de los hermanos Álvarez Quintero, ha podido estrenarse una comedia que dejó sin terminar el malogrado «Parmeno». Para nadie es un secreto que la personalidad teatral de López Piniillos se la dieron sus dramas, recios y vibrantes, que iban directos al corazón del público. Pero el autor de *Esclavitud* gustaba también, de cuando en cuando, de hacer sus excursiones al campo del humorismo, tan cultivado antes por él en las crónicas que en el *Heraldo* pusieron los primeros jalones de su prestigio literario. La comedia *A tiro limpio*, estrenada hace años en el Infanta Isabel, y otras del mismo género, acusan ese aspecto de la labor teatral de «Parmeno». A la misma clase pertenecía *La uarta*, comedia de la que solo tenía hechos su autor un par de actos cuando le sorprendió la muerte. Y aquí del rasgo de los siempre admirables hermanos Quintero. Ellos, que ya el año pasado habían hecho una labor ardua e ingrata, haciendo posible la representación de *Antón Caballero*, de Galdós, no tuvieron inconveniente en acometer esta empresa, tanto más difícil por tratarse de un autor cuyo temperamento era tan distinto del suyo; pero con esas dotes de asimilación y adaptación de que tantas pruebas tienen dadas, lograron que el tercer acto, por ellos escrito, no parezca un añadido, sino un complemento. Y *Los malcasados*, así resulta una comedia uniforme, transparente, graciosa y movida, que la gente oye con deleite, y, si no aumenta el

prestigio teatral de Piniillos, lo mantiene muy dignamente en la altura a que lo elevó su autor. La familia de «Parmeno» y el público deben estar, pues, muy agradecidos a estos hombres; siempre dispuestos a todo generoso esfuerzo. El argumento de la nueva comedia se reduce a los tances cómicos a que da lugar la aparición, en el hogar de una mujer casada en segundas nupcias, del primer marido a quien se ha tenido por muerto y surge de pronto como un resucitado. Esto, que tomado en serio, hubiese podido dar lugar a un drama cuando menos, enfocado en cómico; se presta a una porción de situaciones, de las que sacan mucho partido Irene Alba, Bonafé, Romea y otros artistas de la excelente compañía que en el Centro actúa.

En el Rey Alfonso obtuvo un buen éxito una comedia de los señores Prado y De Miguel, que se titula *Cuando rie la mujer*. Los medios de que se vale un indiano para conseguir la conquista de una muchacha que al principio siente por él una verdadera repulsión, están llevados con habilidad escénica suficiente para que la gente se interese y aplauda al final de la obra. La protagonista corrió a cargo de la señorita Barrón—que de Esclava ha pasado al Rey Alfonso con los honores de primera actriz,—y con ella participaron en el éxito la señora Astori, Faco Alarcón y el señor Roa.

Una sensación de arte vigoroso, muy moderno y muy interesante, nos la han dado en la Comedia los artistas rusos que integran la compañía de *El pájaro azul*. La música, la coreografía, el decorado y el vestuario tienen la misma importancia y forman un sorprendente conjunto. En algunos fragmentos, como en el de *La dama de piqué*, esa perfección llega a un grado superlativo.

Con las funciones de hoy, la compañía Prado-Chicote ha dado fin a su temporada en Price. Resuelto su pleito con el Sindicato de Actores y cariñosamente despedidos por nuestro público, los populares artistas emprenden una excursión por varias provincias.

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW.

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.

De nuestra colaboración

MADRID TEATRAL

El doble éxito de «Las mariscalas» y lo que representa.—Una zarzuela castizamente madrileña.—«Currito el de las guitarras», en el Infanta Isabel.—El señor López Merino, sainetero.—La necesidad y los inconvenientes de suavizar las obras: el estreno de «Apaches».—En el Cómico triunfa «El tío Paco».—Otra ópera española.—Más estrenos próximos

Madrid 6 marzo.

La plausible orientación y el buen gusto de que han dado, ante todo, pruebas los autores de *Las mariscalas*, merecían ser subrayadas con los entusiastas aplausos que el público de la Zarzuela otorgó la otra tarde a los señores Tellaeche y Calleja. Claro que si el acierto más completo no hubiese acompañado a tan buenas intenciones, de nada hubiesen servido éstas: porque la gente necesita, para aplaudir una cosa que le guste, lo primero; y si lo aplaudido es bueno, mejor. Pero con esta obra no hay duda: la crítica la ha elogiado sin reservas por lo que es y por lo que representa, y el público le hizo una calurosa acogida porque, sencillamente, le gustó mucho.

Transcurre la acción de *Las mariscalas* en Madrid, durante los primeros años del pasado siglo. Majas y chisperos desenvuelven en torno de «La Primorosa» una trama entretenida, en la que participa un tipo tan bien visto y tan de la época como un bailarín francés, que tiene su perfecta encarnación en Bori, el gran tenor cómico tan querido en Valencia. Pero el libro, además de ser entretenido, tiene el mérito de ofrecer preciosas situaciones musicales al compositor—condición indispensable en todo buen libreto de zarzuela.—y como éstas han sido aprovechadas por el lantás veces aplaudido Rafael Calleja con toda la maestría, habilidad e inspiración de que siempre que quiso dio pruebas, la partitura de *Las mariscalas* resulta una verdadera joya musical, en la que se engarzan seguidillas, boleros y fandangos con la gracia madrileñísima y el sabor popular con que lo hubiera hecho, de resultar, el propio don Francisco Asenjo Barbieri.

Empresa difícil, en estos tiempos en que la revista y la opereta han orientado los gustos, en los teatros de género chico, hacia lo vistoso y lo frívolo, era presentar una obra que se aluviese en todo a los moldes de nuestra zarzuela clásica, y que, sin embargo, no fuese reputada de anticuada. Dicho queda que el propósito se vio realizado, y que el público, que ya escuchó el prólogo con simpatía, comenzó a ver la obra con complacencia, se interesó pronto y no tardó en mostrar su franca satisfacción. Para Tellaeche, que tan buen año teatral lleva—su comedia *El honor de los demás* es uno de los mayores éxitos recientes de Morano,—debe servir el triunfo de *Las mariscalas* de estímulo para seguir cultivando el género lírico, tan necesitado de que todos aporten, en su beneficio, su granito de arena; y para Calleja ha de ser demostración de que el público de Madrid no le ha olvidado ni en su admiración ni en su cariño, y solo desea ocasiones en que poder evienciar una y otro.

En la interpretación de la nueva zarzuela se distinguen, además de Bori, la señora Rossi, el barítono José Luis Lloret y Bañaster, que se ha hecho acreedor también al aplauso como director de escena.

El Infanta Isabel nos ha mostrado la flexibilidad del talento dramático del señor López Merino. En España tenemos la mala costumbre de catalogar a las personas. Fulano, por ejemplo, ha publicado un excelente libro de poesías. Fulano queda reconocido como excelente poeta; pero que no intente luego hacer una obra filosófica, aunque tenga más conocimientos que Luis Vives; la gente solo le dará beligerancia como poeta, claro es que salvo contadas excepciones. Pues algo de eso había pasado con el señor López Merino. Su primera obra, *Pedro Fierro*, había sorprendido tanto por su vigor dramático, que, en seguida, dijimos que en él había la base

de un gran dramaturgo. Sus posteriores estrenos, pertenecientes al mismo género, hicieron que nos confirmásemos en nuestra primitiva idea. Por eso cuando Arturo Serfano anunció que en su teatro, dedicado al género cómico, iba a dar a conocer una nueva obra del autor de *Padres*, quién más, quién menos, se sentía: una obra dramática de López Merino no podía encajar en el marco de aquel teatro.

Y es que no nos hacíamos a la idea de que el joven autor hubiese escrito una comedia francamente cómica, y, sobre todo, pinforesca. Porque eso es lo que, principalmente, es *Currito el de las guitarras* o *El gordo de Navidad*; una comedia llena de luz y de color, en la que el ambiente lo es todo, y en la que el gracejo de diálogo madrileño y sus modismos van dibujando tipos de verdadero samete que distraen e interesan.

En *Currito el de las guitarras*, lo de menos es el argumento, porque se reduce a un hilo muy fino, pero lo suficiente para ir uniendo tipos y episodios. Estos producen el efecto apetecido, y basta. Al final, con un cuadro de artistas venido expresamente de Málaga, se produce una fiesta *di cante*; es lo único en que se puede advertir influencia de *El niño de oro* sobre el señor López Merino. Pero como al auditorio, dueño y señor, le pareció de perlas esto último, y el resto de la obra le había hecho reír de buen grado, el éxito fue franco, y el autor de *Pedro Fierro* quedó ya autorizado para poder estrenar cuantas obras le vengan en gana del corte y género que se le antoje. La señorita Moneró y el señor Sepúlveda, primeras figuras del Infanta Isabel, desempeñaron los principales papeles con fortuna indiscutible.

Eslava dio a eu cartel un nuevo título. Martínez Sierra no se duerme, y así tiene su teatro siempre animado. Ahora le tocó el turno a *mon Homme*, la famosa comedia francesa que Cora Laparcerie nos mostró en toda su crudeza, el año pasado, en la Comedia y que ahora ha traducido el señor Gutiérrez Roig, poniéndole el título de *Apaches* y quitándole los atrevimientos de palabra y de acción del original. «Le ha quitado la salsa», han dicho algunos. «La obra, sin aquello, no es nada», han añadido otros. Pero la realidad es que en Eslava no se podía representar si no es así. «En tal caso, responden aquéllos, no se ha debido traducir». Pero, ¿es que no resultaría interesante? Y como el propósito del traductor no ha debido ser otro que el de entretener a los espectadores de Eslava durante unas horas, ha de dar su trabajo por bien hecho, y su tiempo por bien empleado. La compañía del teatro del Pasa hizo de San Ginés interpretó *Apaches* con todo esmero.

Al Cómico vino *El tío Paco*, y no precisamente, como decían los maliciosos, con la rebaja, sino con un aumento en el prestigio del nombre de sus autores. *El tío Paco* es la adaptación madrileña, hecha por Torres de Alamo y Asenjo, de la opereta de Gilbert *La señorita del teléfono*. De la opereta han quedado la música, toda ella muy agradable, y el argumento. Sobre esto han construido los señores Asenjo y Torres del Alamo la obra a su manera, dándole ese sello personal, inconfundible de toda su producción. Como el juguete cómico—que eso es, en realidad,—está lleno de situaciones y equívocos y salpicado de felices frases, *El tío Paco* resulta muy divertido. De la partitura se repitieron varios números—algunos de ellos con originales trucos,—mereciendo uno el honor de ser cantado tres veces. En este número, como en toda la obra, está graciosísimo

Mariano Ozores, que hace un delicioso alemán en caricatura. Con él y con los adaptadores, compartieron los aplausos de la noche Luisa y María Puchol, y los barítonos Martín e Iglesias.

En otros teatros se preparan novedades de interés. El Real despidió anteayer a Lázaro, con grandes ovaciones, y estrena esta noche una ópera española, *Jardín de Oriente*, libro de Martínez Sierra y música de Turina. Es la segunda ópera española que da a conocer este año la empresa de nuestro primer teatro lírico. Además, ha puesto en escena *La Dolores*. Las cosas van cambiando.

Otro estreno hay esta noche: el del juguete cómico en tres actos, de don Fernando Luque, *El hijo de la Carolina*, en el Rey Alfonso, para la función de beneficio de la señorita Gil Andrés.

En Cervantes conoceremos mañana *Los enemigos de la mujer*, adaptación teatral de la novela de Blasco Ibáñez, hecha por Eduardo Marquina, y en Eslava anuncian el estreno de *El dilema*, comedia de Juan Ignacio Luca de Tena.

Con esto y poco más, los teatros madrileños tienen ya gas suficiente para llegar hasta Semana Santa.

Después para el Sábado de Gloria, Dios dirá.

G. FERNÁNDEZ SHAW

De nuestra colaboración

MADRID TEATRAL

Los dos últimos estrenos de Eslava: «El dilema», del señor Luca de Tena, y «Corazón de mujer», de don Honorio Maura.—La escenificación de «Los enemigos de la mujer». Reparación de Fleeta en el Real, con «Rigoletto».—Vilches da quince funciones entre dos viajes a América.—El «Ballet», sobre hielo.—Otros estrenos: dos comedias divertidas y una bonita zarzuela

Sigue figurando Eslava, regentado por el señor Martínez Sierra, al frente del movimiento teatral madrileño. En los últimos días nos ha dado a conocer dos obras de dos escritores de positivos méritos que se hallan al frente de un brillante porvenir. La primera, *Li duema*, es original de don Juan Ignacio Luca de Tena; la segunda, *Corazón de mujer*, de don Honorio Maura. Uno y otro están obligados, por sus apellidos, a hacerse dignos de la mayor estimación, y uno y otro, al emprender análogos derroteros, parecen resueltos a conseguir lo que sus apellidos les imponen.

El señor Luca de Tena no es ya nuevo en lides teatrales. Después de su primer ensayo, hace dos años, en Eslava, y del éxito de su zarzuela *El emigrante*, el año pasado, ha obtenido el año último, en el Infanta Isabel, un legítimo triunfo con la escenificación de *La Pimpinela escarlata*, que ha pasado del centenar de representaciones.

El dilema, que venía ya con el fallo favorable de San Sebastián, es una comedia bien escrita y hábilmente desarrollada, en la que se plantea al protagonista—un oficial del ejército—un conflicto de honor. Un escritor—periodista de combate—ha publicado un artículo que el regimiento a que pertenece el oficial ha considerado ofensivo para la corporación; se ha hecho un sorteo para designar quién ha de desafiar al autor del artículo, y la suerte designa a este oficial. En el hogar del militar sucede al propio tiempo una escena conmovedora. La hijita de éste ha estado a punto de ser atropellada; pero merced al heroísmo de un hombre que ha expuesto su vida por salvar a la criatura, no ha sufrido la niña el menor daño. Cuando el padre se entera de la nobilísima acción, casi no acierta a expresar al salvador de su hija toda la gratitud que hacia él siente. Y aquí del dilema. Resulta que el autor de esta acción generosa y el autor del artículo ofensivo es la misma persona. Y el padre, obligado por el mandato del Cuerpo, que exige la reparación de la ofensa, se ve en el trance de batirse con ese hombre, a quien debe gratitud eterna, y lo mata en el desafío.

Tal es el caso. De la habilidad con que el señor Luca de Tena lo ha desarrollado, puede juzgarse con solo decir que la obra obtuvo un éxito franco, en el que participaron los principales elementos de la disciplinada compañía de Eslava.

Corazón de mujer es la primera comedia que estrena don Honorio Maura y Gamazo. ¿Es una obra definitiva? no. ¿Es una obra estimable? Sí. Desde luego se puede afirmar que si el autor no llevase el apellido que lleva, la comedia se hubiese estrenado también, y el éxito obtenido habría sido el mismo. Obra muy bien escrita, casi siempre entretenida, con un diálogo lleno de sutilezas e ironías que acreditan ingenio e intención, y con tipos bien vistos, aunque a veces algo caricaturescos, tenía forzosamente que gustar, a pesar de las naturales in-experiencias que pueda tener. Su principal defecto está en el exceso de cosas que hay que contarle al público; consecuencia de que muchas cosas importantes de la acción ocurren durante los entreactos. Ese es error de plan o de asunto. Por eso bien puede esperarse que el señor Maura logre en una nueva comedia un acierto pleno.

El ambiente de *Corazón de mujer* es la sociedad madrileña. Ello ha bastado para que en los círculos aristocráticos sea la obra muy comentada, discutiéndose si el autor ha sabido o no reflejar costumbres y modos de expresarse de nuestra alta sociedad. El argumento es sencillo. Flora, una muchacha de alto linaje, se casa, sin estar enamorada, con un hombre de negocios que la hace desgraciada. Llega de América su primo Jaime, y ella, que

hasta entonces ha sabido resistir a toda clase de solicitudes amorosas, cae en las redes de Jaime, le entrega su alma y se siente feliz. Pero aparece María Estar, prometida de Jaime en la Argentina, y se presenta a Flora para reconquistar lo que ha perdido. Flora se resigna, renuncia al hombre en quien puso toda su ilusión, y busca el desquite para su desengaño en el puro amor de su hija, que llena de alegría la casa con sus risas infantiles.

Catalina Bárcena tiene en *Corazón de mujer* felicísimos momentos de voz y de gesto. Baena, Ricardo de la Vega, la señora Corona y la señorita Leal, dan a la comedia una excelente interpretación.

En la noche de su beneficio estrenó Mercedes Pérez de Vargas, en Cervantes, *Los enemigos de la mujer*, de Blasco Ibáñez, escenificada por Eduardo Marquina. La obra gustó sin entusiasmar, a pesar de sus indiscutibles méritos, pues en ella, la pericia del autor de *El pavo real* se puso bien elocuentemente de relieve, dando interés teatral a un relato novelesco, admirable como de Blasco Ibáñez, pero que tenía el inconveniente de llegar a nuestro público de teatro con varios años de retraso. Y la falta de oportunidad es muchas veces causa de ausencia de interés. Los horrores de la guerra han pasado ya, por fortuna, y hoy son otras las preocupaciones que pesan sobre la humanidad. Además, el patriotismo francés, en la medida que requiere la obra, no lo siente nuestro público. Por eso en Madrid esta proclama pro-Francia, esta especie de himno guerrero que ha de despertar nobilísimos sentimientos en favor de los franceses, no pudo encontrar más ecos que los aplausos efusivos y cariñosos con que el auditorio acogió las bellezas del drama, y al trabajo de la primera actriz que celebraba su beneficio. El asunto es el mismo de la novela, y su momento culminante, aquel en que pasan un oficial convaleciente y una enfermera entre el conjunto abigarrado de mujeres fáciles, jugadores y judíos que pueblan las estancias del Casino de Monte-Carlo.

En el Real, el acontecimiento ha sido la reparación de Fleeta. El primer día, por el cansancio del viaje, no lució todo lo que era de esperar; pero en los sucesivos, cantando *Rigoletto*, ha enloquecido a tirios y troyanos, llamando tirios a los de las butacas, y troyanos a los temibles «inteligentes» de las alturas. La voz de Fleeta es algo sencillamente asombroso. Los agudos no los prodiga tanto como Lázaro, pero en cambio tiene una media voz de un timbre tal, que emociona. Además, canta con mucho mejor gusto que el año pasado. Es un artista de facultades extraordinarias, que ha hecho, en conocimientos, un progreso evidente.

Ernesto Vilches, de regreso de México, y después de los años y medio de excursión por América, está dando quince representaciones en la Princesa; quince solamente, porque está otra vez con un pie en el estruendo... para volver a la Argentina. Sigue siendo el mismo gran actor de siempre, lleno de recursos y pródigo en matices y en escrupulosidad de presentación. Hasta ahora ha hecho dos obras de repertorio; de esas obras que nadie hace aquí más que él: *El eterno Don Juan* y *Wu Li Chang*. Anuncia el estreno de una comedia inglesa, *Lady Frederic*, traducida por el señor Reparaz, con la que por ahí ha obtenido muchos éxitos. Los méritos de Vilches y de la López Heredia, y lo entretenido de las obras merecían que el público de Madrid se hubiese mostrado en estos días más deseoso de ir a la Princesa. Luego nos quejamos de que nuestros actores se vayan a América. Y es que aquí pierden el dinero, y allí se hacen ricos. Es triste decirlo, pero es verdad.

Algo parecido está ocurriendo con el «Ballet sobre hielo», que es un espectáculo único en su género, origi-

nal y muy artístico, y a nuestro público apenas si le llama la atención. La versión de *Scherazáda* que dan es digna de verse. Y los trabajos semicoreográficos de los artistas rusos deslizándose sobre el hielo, y especialmente de *Charlotte*, la primera bailarina, merecen algo más que una acogida cordial.

Una comedia muy divertida es *El paso del camello*, del señor Fernández del Villar, en la que éste, burlando, expone el grado de superficialidad a que se ha llegado en nuestras juventudes. La obra está plagada de chistes y situaciones, y tiene hasta su poquito de música. Dará muy buenas entradas al Infanta Isabel.

No es menos entretenida *El hijo de la Carolina*, del señor Luque, cuya gracia de buena ley se hubiese acreditado en esta ocasión, de no estarlo ya muy suficientemente.

Y otro éxito brillante y justo ha sido, anteanoche, el de la opereta *La Reina Topacio*, en la Zarzuela, con libro de los señores Silva y Paso (hijo), y música del maestro Fornés. El libro es muy gracioso, y de la partitura, toda ella inspirada y de muy elegante factura, se repitieron varios números. El maestro Fornés es uno de los compositores jóvenes españoles de más porvenir. Y si no, al tiempo.

G. FERNANDEZ SHAW

4-4-23

De nuestra colaboración

MADRID TEATRAL

De la cuaresma al Sábado de Gloria.—Los últimos estrenos de marzo.—Las obras de un periodista y un novelista.—Tres nuevos entremeses de los Quintero.—Los estrenos del sábado: «Rosa de Francia», «La moza de Esquivias» y «Cri-Cri».—Varias inauguraciones: las compañías de Borrás y de Esperanza Iris.—Otras novedades.—Una gran temporada lírica en perspectiva.—Los circos

Madrid 1.º de abril.

He aplazado hasta hoy la redacción de estos renglones, con el propósito de poder dar cuenta lo antes posible de las novedades ofrecidas por los teatros de Madrid en la noche del Sábado de Gloria. De las obras estrenadas en los últimos días de la temporada anterior, solo dos merecen especial atención, principalmente, por los nombres de sus autores, muy prestigiosos ya en otros campos literarios. Claro está que me refiero a don Luis Araquistain y a don Pío Baroja. El primero, ilustre periodista de ideas avanzadas, cuyos estudios sociológicos y trabajos de crítica le han valido un sólido prestigio, ha abordado el teatro con paso firme, demostrándonos con su primera producción que en él hay un dramaturgo de cuerpo entero, dominador del diálogo y dueño de la técnica. *Remedios heroicos*—que tal es el título de su drama—revela una pluma experta en lides dramáticas. Estrenado por la compañía de Margarita Xirgú, días antes de terminar la temporada en el Español, obtuvo un éxito grande, sobre todo, en el segundo acto, que es donde se halla la escena capital de la obra; esa escena, que hace pensar en si se habrá escrito todo el drama solo por darse el autor el gusto de llegar a ella. La obra no tiene, a mi juicio, más defecto—y en realidad no es ese el nombre—que es su asunto antipático: un muchacho, neurasténico, que se cree enfermo y lo atribuye a herencia de su padre, ya difunto, que se hallaba herido de muerte cuando lo engendró; un médico que aconseja a la preocupada madre que mienta a su hijo para quitarle aquella obsesión, y le diga que su verdadero padre no fué el que él ha tenido siempre por tal; la escena capital en que la madre hace a su hijo esta revelación, con la sorpresa, para el muchacho y para el público, de que resulta verdad lo que dice, y la locura del mozo; al hallarse ante una tragedia moral mucho mayor que la física que le aniquilaba. Con estos elementos, el señor Araquistain ha construido su primer edificio dramático, dándole bases tan sólidas, que se impuso desde el primer momento, a pesar de lo poco que se prestaba el argumento a la favorable disposición del público. Alfonso Muñoz, en el protagónico, y Margarita Xirgú, en el papel de la madre, hallaron en la obra muchos momentos para lucir sus aptitudes.

Pío Baroja, el gran novelista, también ha afrontado el teatro, aunque con menos decisión, pues su ensayo *Adiós a la bohemia*, ya publicado hace algún tiempo, no es sino una pálida muestra del talento de su autor. Este es el primero que reconoce que no domina lo mismo el teatro que la novela; de otro modo, no hubiera confiado al señor I. Ares Rivas la escenificación de sus principales obras adaptables. De todos modos, *Adiós a la bohemia* sirvió para que Mercedes Pérez de Vargas cerrara, con toda clase de honores,

su larga y honrosa temporada de invierno en el teatro Cervantes.

Otros estrenos habidos antes de Semana Santa, fueron los de *Lady Frederick*, comedia inglesa traducida por el señor Reparaz, en la Princesa, de dulce placidez y riqueza de matices, propios para la compañía de Ernesto Vilches; *Mi pobre muñeca*, obra en tres actos de doña María Álvarez de Burgos, en el mismo teatro, en la que Vilches crea un tipo de sabio alemán, que parece más atento a la ciencia que al corazón, y luego resulta una víctima de éste; *La campana de la Vela*, comedia de costumbres granadinas, en Romea, con la que se han revelado como expertos autores, de diálogo fácil y suelto, los señores Rubio Molinedo y Gómez Suárez; *Grande es Castilla*, juguete cómico de los señores Díaz Escrig, en el teatro Imperial, perteneciente al género imperianesco; *Castillos en el aire*, tres actos, del novelista don Augusto Martínez Omedilla, que obtuvo en Cervantes una cortés acogida, y *El premio a la virtud*, juguete cómico de los señores Candela y Plañol, en el Centro, que fué protestado, siendo mejor que muchas obras que gustan por ahí, y alguna más que pueda escapar ahora a mi memoria.

Los ilustres Serafín y Joaquín Álvarez Quintero nos regalaron con tres nuevos entremeses que son tres joyas: uno en el beneficio de Margarita Xirgú, titulado *Ganas de reír*; otro, en el de Concha Catalá, en Lara, con el título de *Acacia y Melitón*, y otro, *El cuartito de hora*, escrito especialmente para el beneficio de María Caballé, en Apolo. No hay que decir que los tres gustaron muchísimo, sabiendo a poco.

Terminada la temporada de invierno y llegado el paréntesis de la Semana Santa, todos los teatros aprestárense a renovar sus carteles, y anoche, raro fué el que no ofreció una sugestiva novedad. Alguno, como el Cómico, sufrió la contrariedad de tener que suspender el estreno anunciado por dificultades surgidas a última hora, y otros, como la Comedia y Romea, los aplazaron deliberadamente para no coincidir con los demás. Pero el festo celebró alborozadamente el Sábado de Gloria, ofreciendo los mejores paños de sus respectivas arcas.

Estrenos hubo solamente tres: *Rosa de Francia*, en el Rey Alfonso; *La moza de Esquivias*, en Eslava; y *Cri-Cri*, en el Reina Victoria.

Con *Rosa de Francia*, preciosa comedia poética de los señores Marquina y Fernández Ardavin, se presentó la compañía Cobena-Oliver, de la que es ahora figura principal Carmita Oliver Cobena. Proporcionó la obra un éxito más a sus ilustres autores, cuya feliz colaboración puede dar muchos días de gloria a nuestro teatro poético. *Rosa de Francia*, abundante en primorosos versos, en momentos de tierna emoción y en escenas de gracia sutil, es una delicada vitela de abanico, de un supremo encanto.

Tiene por base las figuras del ado-

lescente Rey Luis I de España y de su esposa la Reina María Isabel, llegada de Francia y encerrada, de pronto, en los para ella estrechos confines de los jardines de La Granja y del Buen Retiro. Los dos jóvenes Soberanos, que no han llegado a comprenderse, se entretienen en devaneos amorosos. Hasta que, por casualidad, se encuentran, y al llegar las mutuas explicaciones, viene la comprensión y la felicidad. La interpretación de *Rosa de Francia* fué excelente, aun cuando no es esta obra de las que más de relieve ponen el gran temperamento dramático de Carmita Oliver. Hubo muchos y muy calurosos aplausos para autores e intérpretes, y hubo una satisfacción íntima en el público, por asistir a un espectáculo de verdadero arte.

La moza de Esquivias, estrenada para beneficio de Catalina Bárcena, consiste, como dicen sus autores los señores Arniches y Martínez Sierra, en una sucesión de episodios de la vida de una muchacha lugareña, que, en unión de un aventurero, viene a Madrid y sufre unas cuantas aventuras, en las que se entremezclan los elementos sainetesco y melodramático. Toda la obra fué aplaudida, especialmente en su acto primero, que es un completo acierto. Alrededor de las dos figuras principales, encarnadas por la Bárcena y Colado, giran numerosos personajes secundarios, para interpretar los cuales tienen que doblar y aun triplicar papeles los actores de Eslava. Catalina Bárcena recibió muchos regalos y muy nutridos aplausos de sus admiradores.

Cri-Cri, la revista del Principal Palace, que los valencianos han admirado en ese teatro de Apolo, triunfó anoche en el Reina Victoria, y dará seguramente muchos llenos. Es un espectáculo de gran *Musical-Hall*, en el que el recreo de la vista lo es todo. Todos los cuadros fueron calurosamente acogidos, pero de modo especial la *Españolada*. Los artistas, procedentes de Barcelona, eran en su mayoría conocidos de nuestro público desde que interpretaron, en el Ideal Rosales, ¡*Chauffeur... a Rosales!*

El gran actor Enrique Borrás inauguró su temporada en el Español con *El abuelo*, que es uno de sus grandes triunfos. Tuvo lleno el teatro, y ovaciones a granel.

En la Zarzuela hizo su presentación la compañía de Esperanza Iris, que anuncia, entre otros estrenos, el de *Benamor*, opereta con música del maestro Luna. Anoche, con *La duquesa del Bal Tabarin* y con varios cuentos y canciones de su repertorio, la gran artista mejicana reverdeció sus bien conquistados laureles. Su facilidad de palabra y su peculiar gracejo cautivaron como siempre, haciendo esperar una brillante temporada.

El Real comenzó una breve actuación de primavera con la inmortal *Carmen*, en la que Miguel Fleita obtuvo un nuevo enorme éxito, compartido con María Callao.

Miguel Muñoz, con sus huestes, pasó desde la Latina a Cervantes, y allí debutó con *Cyrano*. Concha Torres, que tan buen recuerdo dejó el año pasado de su temporada en el Cómico, se presentó en Fuencarral, dispuesta a hacer una campaña dramática. Ernesto Vilches repuso, en la Princesa, *La cena de los cardenales*, de Julio Dantás, traducida en verso por Villaespasa. Y Manuel Mérimo formó empresa en la Latina para presentar una magnífica compañía lírica—integrada por la Iglesias, la Vela, Ortiz de Zárate, Castro, Marcén y otros notables artistas,—que obtuvo una clamorosa acogida, poniendo en escena *Maruxa*, *El asombro de Damasco* y *El dúo de la Africana*.

El circo de Parish y el Americano, rivalizando esta vez, abrieron sus puertas con el mayor estrépito posible.

¿Podemos pedir más los madrileños? Pues aún hay en cuatro o cinco teatros importantes estrenos en cartera.

G. FERNANDEZ SHAW

De nuestra colaboración

Madrid teatral

«La dama alegre», en castellano.—La personalidad dramática del señor Puig y Ferrer.—Otra revista de gran espectáculo: «Nuevo Mundo».—Gracia, vistosidad, música... y mujeres bonitas.—«La locura de don Juan», en la Comedia.—Un drama en verso de gran éxito.—Esperanza Iris y «La condesa de Montmartre».—Otros estrenos: «La hija de nadie», «La piscina de Buda» y «El faro»

Madrid 8 de abril.

Los teatros que en la noche del Sábado de Gloria se abstuvieron de estrenar, ya han lanzado las novedades que tenían preparadas para comenzar sus temporadas de primavera. Romea, el Cómico, la Comedia, el Español, la Zarzuela, Cervantes, el Centro y Martín, renovaron con varia suerte sus carteles, dispuestos a caminar hacia el prometedor mes de mayo, tan bueno para los teatros por las noches, pues ya en Madrid, las secciones de tarde, empiezan a aflojar, para no recobrar hasta el otoño su brillantez.

La empresa y la compañía de Romea merecen un incondicional aplauso por habernos dado a conocer *La dama alegre*, del señor Puig y Ferrer, que tan buen éxito acababa de obtener, traducida al francés, en un teatro de L'Oeuvre, de París. *La dama alegre*, dicho sea en honor de la verdad, no ha entusiasmado aquí; pero ello no quiere decir que no hayan sido apreciados sus méritos, que son muchos e indudables, y que no se haya reconocido en su autor un temperamento dramático del que hay derecho a esperar obras definitivas.

Bien traducida del catalán al castellano por don Valentín de Pedro, e interpretada con excelente deseo, no exento de aciertos, por la compañía Plana-Díaz, ha servido, desde luego, esta obra para demostrarnos que no se debe hablar de decadencia del teatro español cuando constantemente surgen dramaturgos—luego hablaré de otro de distinta índole,—que pueden vigorizar con savias nuevas el árbol, aún frondoso, de nuestra producción. Claro que el señor Puig y Ferrer no puede ser considerado como un valor que aparece ahora en la escena; pero desde luego, esta obra es la que, en el extranjero y en Madrid, le ha puesto—dicho sea en términos teatrales—en circulación.

La dama alegre es Marta, mujer que con su risa y con su constante hablar de su alegría pone el adecuado marco a una vida desordenada y licenciosa, en la que, habiéndose siempre de amor, jamás llega a conocersele. El drama, sin embargo, no surge para Marta, sino para su hijo, que al volver a su hogar, concluido su internado en el colegio, se halla de pronto ante una madre muy distinta de la que soñó. Y cuando el muchacho oye el diálogo de su madre con uno de sus amantes, no puede resistir a la impresión que en su ánimo le produce, y se suicida, truncando, acaso pasajera y ya esto es suposición nuestra,—la alegría de la dama alegre. Sobre el diálogo, rectilíneo de acción y honrado de procedimientos, el drama del señor Puig Ferrer merece ser aplaudido en Madrid. Lo fué, en efecto, y ya puede considerarse incorporado al repertorio castellano. Ahora... el señor Puig Ferrer tiene la palabra.

En el Cómico se estrenó la nueva revista de gran espectáculo *Nuevo Mundo*. Gustó de verdad. La empresa echó la casa por la ventana, no regateando un solo céntimo para que el «respetable» quedara archisatisfecho por la vistosidad y lujo de la presentación. Antonio López Moñé y Ramón Peña idearon un sencillo argumento y trazaron unas graciosas escenas, que dieron pie al maestro Millán para escribir una partitura alegre y de preciosas melodías a Mariano Ozores, para dibujar unos bellos figurines, y al escenógrafo y al sastre, para cumplir amplia y artísticamente su cometido. Un viaje informativo de dos periodistas para asistir a una Asamblea de mujeres en el Palacio de la Paz, de La Haya, y las derivaciones e incidencias que del viaje se producen son los pretextos para una porción de cuadros de gran fuerza plástica. De la partitura se repitieron siete u ocho números, siendo de advertir que los que más complacieron al auditorio fueron aquellos en que, con más acentuación, se evidenciaba la delicadeza y el buen gusto del compositor. El número de madame Crisantheme—en el que la señorita Fabra se reveló como una tiple ligera de gran agilidad de garganta—el fado y el número del *bibelot* son tres joyas que por sí solas bastarían para acreditar a un músico.

De los intérpretes descollaron Luisa Puchol, graciosa, desenvuelta y atractiva; su hermana María, muy acertada en la composición de dos tipos; la citada señorita Fabra, y Ozores, Iglesias y Breñaño, sobre quienes recae, en unión de aquéllas, el peso principal de la revista.

En la Comedia se ha estrenado la nueva tragedia grotesca, de don Carlos Arniches, *La locura de don Juan*, y aun cuando el público, que esperaba mucho de la obra, no se sintió del todo satisfecho, pudo hallar en ella frecuentes ocasiones en que emocionarse o divertirse, respondiendo a aislados, pero indiscutibles aciertos, propios de un maestro en estos menesteres, como Ar-

niches. Si *La locura de don Juan* la firma un desconocido, se acredita como autor; pero el actual presidente de la Sociedad de Antores Españoles, el público—su público—le exige mucho y no se contenta ya con que le ofrezca un condimento de buena clase. Ha de ser de clase superior, y si no, se considera defraudado. En la nueva obra de la Comedia, la gente ha creído ver una semirepetición de *Es mi hombre*, encontrando analogías en tipos y procedimientos. Y solo esta creencia, ya ha servido para que el interés no se mantuviera a la misma altura que en aquella famosa comedia. Así y todo, la obra está dando excelentes entradas en la Comedia.

El primer estreno de la compañía de Borrás, en el Español, ha sido el de *La seca*, drama rústico del poeta almeriense Alvarez de Sotomayor, ya conocido del público de Valencia y ya juzgado por esa crítica. El éxito aquí fué clamoroso. Los parlamentos en verso que el autor ha puesto en boca de Enrique Borrás, fueron más de una vez interrumpidos con frenéticos aplausos. Y al final de los tres actos fué el señor Alvarez de Sotomayor ovacionado.

Ahora bien... Fuimos a ver la obra de un poeta, y nos encontramos la producción de un hombre de teatro, de un dramaturgo, que sabe llegar al público con afectos que, si no son muy nuevos, son muy seguros. Los versos de *La seca*, que acreditan fuerte temperamento y gran facilidad, son parlamentos teatrales más que poesías líricas. Es una obra de teatro en verso, no una obra poética. Lo cual no quiere decir que no pueda hacer el señor Alvarez de Sotomayor, si se lo propone, teatro poético.

Como obra teatral, la única objeción que puede hacerse a *La seca*, es la falta de novedad en el argumento. Recuerda a *El señor feudal* y a toda esa serie de obras campesinas en que el amo es presentado como un tipo perverso, que abusa de sus colonos y criados, y de sus familias. Obra de ideas extremas, sus frases violentas llegan fácilmente a la galería, tanto más estando dichas con picardía teatral y teniendo por intérprete un actor de las facultades de Borrás, para quien se ve que ha sido escrito el drama. En resumen, con el estreno de *La seca* ha habido una nueva obra de gran éxito, y la aparición de un autor que, como declamamos al principio de esta crónica, viene a asegurar nuestra esperanza en la no decadencia de nuestro teatro.

Esperanza Iris comenzó sus estrenos en la Zarzuela por el de la opereta de Stolz, *La condesa de Montmartre*, adaptada por el señor Giraff. Stolz es hoy uno de los compositores austríacos de más prestigio, y aquí no conocíamos aún más obra suya que el famoso *fox trot Salomé*, que precisamente ha sido intercalado en esta opereta. *La condesa de Montmartre* se estrenó con muy buen éxito el otoño pasado en Barcelona, y al ir a esta ciudad, el mes pasado, Esperanza Iris, se resolvió a montarla. Por eso no figuró entre las novedades que ofreció esta compañía, en diciembre, en Valencia. Aquí, *La condesa* ha producido muy buen efecto, si bien es verdad que, gracias, principalmente, al trabajo admirable de la artista mejicana. La partitura es agradableísima, y de ella se repitieron algunos números. El *fox* fué el que más gustó. Como siempre, la presentación y la interpretación estuvieron muy cuidadas, y el público no cesó de sentirse complacido, aplaudiendo al final sin reservas.

La hija de nadie, en Cervantes, tuvo menos éxito. ¿Culpa del autor o del traductor? Fuere de *Amichattis* o del señor Avelilla, lo cierto es que al público no le agradaron ni las crudezas del diálogo ni las ambientes agrios y poco simpáticos por los que va pasando una infeliz hospiciada que concluye siendo víctima inocente de un crimen. Obra realista, le pareció a la gente demasiado y no pudo hacer otra cosa ésta que expresar su simpatía a la señora Grau por su esfuerzo en el pró de la comedia. En cuanto a los autores, su talento, muchas veces probado, les hará triunfar plenamente en otra ocasión.

La vena cómica de los señores Paso y Dicenta (hijos), halló amplio campo en la obra *La piscina de Buda*, cuya partitura dejó terminada Vicente Lleó. La sal que de continuo desarrollan estos autores, se vió ahora aumentada con unos granos fuertes de mostaza, propios para el paladar del público de Martín. El condimento, así sazonado, le supo a perlas a la gente, y como la música es graciosa y alegre, el éxito fué completo desde las primeras escenas.

El *paro*, de los hermanos Rodríguez de la Peña, es un juguete cómico que hizo pasar un buen rato a los concurrentes al teatro del Centro.

G. FERNANDEZ SHAW

25-4-923

De nuestra colaboración

MADRID TEATRAL

Ante la inmediata actuación de una actriz francesa.—Vera Sergine y el público madrileño.—La breve temporada de Carmita Oliver Cobeña.—En Romea: un beneficio y un estreno.—«Simón y Manuela», hacen reír al público.—Una coupletista, actriz de comedia.—La campaña de Esperanza Iris.—El resultado de «La Montería», en la Latina. Un espectáculo nuevo

Madrid 18 de abril.

Al crítico teatral de un periódico madrileño le ha escrito Vera Sergine unos renglones, correspondiendo a unas bellas frases de bienvenida. «Querido—dice la ilustre actriz francesa, que pasado mañana se presentará en el teatro de la Princesa—que sepa usted toda la alegría y toda la emoción que experimento al presentarme ante el público español, al que espero que no he de proporcionar ninguna decepción. Pondré, pues, toda mi alma, sensible, dolorosa y apasionada, para conquistarlo, y confío en que tendrá en cuenta mi sinceridad absoluta. El 20 de abril va a latir muy fuerte mi corazón.»

Vera Sergine, triunfadora en París, viene a España en viaje de conquista espiritual. Enamorada de nuestro sol y de nuestras costumbres, se ha sentido atraída siempre—por lo menos así lo dice—hacia esta «tierra fuerte y pasional»; pero no ha querido venir hasta tener bien cimentado su prestigio de artista. Ahora, logrado el triunfo del año pasado en *L'Insoumise*, y el de este mismo mes con la *reprisse*, en el Odeón, de *Resurrection*, de Tolstoy, adaptada por Bataille, no ha dudado más y ha emprendido, con Renoir, esta *tournee* artística, que es de esperar que le sea provechosa.

Según la mayoría de los críticos de París, Vera Sergine es la actriz más interesante, más humana y más sincera de cuantas suscitan la admiración en los teatros de aquella capital. Aunque no sea tanto, bastará con que el público madrileño advierta en ella a una artista de temperamento y de entusiasmos juveniles para que no le escalime ni su asistencia ni su aplauso. El repertorio que la compañía anuncia es variado y de positivo interés. Lo único que hace falta, pues, es que la compañía, en general, sea, por lo menos, aceptable, y la presentación escénica decorosa... aunque rompa la tradición establecida para las compañías extranjeras de *tournee*.

En el Rey Alfonso dió por terminada su breve actuación, por tener que embarcar para la Argentina, la compañía Cobeña-Oliver. Para beneficio de la admirable Carmita Oliver Cobeña se representaron *La chica del gato*, de Arniches, y *La seria*, de los hermanos Quintero. Ambas obras se prestan mucho al lucimiento de una artista de sus condiciones, y no hay que decir que el público estuvo encantado viéndola y escuchándola. Es mucha actriz esta mujer casi niña. Para remate de la brillante función, Enrique Borrás leyó una preciosa poesía de Marquina, en honor de la beneficiada, y Miguel Muñoz se asoció al homenaje en nombre de los actores españoles.

Con una temporada tan breve como la hecha por Carmita, nos hemos quedado con la mel en los labios. Solo la encantadora y graciosa *Rosa de Francia*, y las dos obras antes nombradas, ha puesto en escena. Y quienes saben que en *La niña boba*, en *El vergonzoso en palacio*, en *Relaxo*, en *Madame Pepita* y en otras comedias, hace verdaderas creaciones, y quienes han leído que entre las obras que últimamente ha estrenado hay algunas tan interesantes como *Las andanzas de Clorinda*, *Madame Butterfly* y *La gitana*, no han podido menos de lamentar la brevedad de esta actuación, que hubiese sido, a buen seguro, muy brillante. Con decir que la ilustre Carmita Cobeña no ha llegado a trabajar ahora en Madrid, está dicho todo.

No andamos tan sobrados de valores dramáticos en España, para que no tengamos que echar de menos, en los próximos meses, figuras como Margarita Xirgú, Carmita Oliver, Ernesto Vilches y Emilio Thuillier, que se hallan a estas horas, al frente de distintas compañías, camino de Buenos-Aires.

En Romea, al beneficio de Antonia Plana, ha seguido el de su marido Emilio Díaz. Fue ayer, con el estreno de un juguete cómico confeccionado por la acreditada razón social Antonio Paso y Joaquín Dicenta (hijos). Los procedimientos utilizados con tanta fortuna en *El cuarto de gallina* y *La casa de Salud*, los han servido nuevamente para hacer pasar un buen rato al público: situaciones forzadas y equívocas, y chistes de todos calibres. Y la gente pasa la representación en una continua carcajada. De ahí que *Simón y Manuela*—el título ya es significativo, si se tiene en cuenta que con esos dos nombres llamamos en Madrid a los coches de alquiler y a los coches abiertos—obtuviera un gran éxito y afirmase económicamente el final de la excelente temporada de la Plana y Díaz en Madrid.

En el Infanta Isabel, *El paso del camello*, que ha dado un precioso resultado, se ha visto reforzado ahora con la actuación, como fin de fiesta, de la cancionista María Tubau, recién llegada de París. Esta muchacha, que tiene, ante todo, elegancia, y sabe decir muy bien, comenzará a trabajar en breve como actriz de comedia. Menos mal que con ella pasa lo contrario que con

otras artistas, que, después de ser actrices, abordan el *couplet* y se llevan desengaños muy lamentables.

La campaña de Esperanza Iris en la Zarzuela continúa, si no con toda la gran brillantez a que la gran artista tiene derecho, con la suficiente para que pueda ir montando las novedades más interesantes que tiene en cartera. La reposición de *Nancy* proporcionó a la Iris muchos aplausos. Hoy estrenará *Canción de amor* o *La serenata de Schubert*, ya conocida en Valencia, y no tardará en darnos a conocer, según ha anunciado, *La niña Lupe*. Tanto como las obras, cuida la simpática tiple mejicana las canciones y cuentos de su país, con los que forma sus fines de fiesta. En realidad, en este género, apenas si la Iris tiene rival; y de que el público así lo estima, es prueba el hecho de que nadie abandona el teatro hasta que ella ha dicho el último cuento o ha entonado la última canción. Un poco atrevidos son aquellos o éstas algunas veces; pero el buen público lo perdona todo, en pago al arte y la gracia que Esperanza Iris derrocha en su interpretación.

La temporada que de verdad está de enhorabuena, es la de la Latina. En aquella barriada, *La montería* está siendo otro río de oro. Con dos días de anticipación hay que pedir billetes, y las ovaciones, luego, son tan grandes o mayores que las que en Apolo suenan con la misma obra, *reprisada* el Sábado de Gloria. En la Latina ha encontrado la popular zarzuela de Ramos Martín y Guerrero unos intérpretes excelentes: la primera tiple señorita Iglesias, la tiple cómica señorita Guzmán—muy gra-

ciosa y atrayente en el *¡Hay que ver!*—el tenor Arturo de Castro, que canta la parte de barítono arreglada por el propio Guerrero, y el primer actor Eduardo Marcén.

Con *La montería* tiene la Latina asegurado el cartel hasta el verano. Después se estrenará allí, probablemente, una revista que permita afrontar sin miedo los rigores estivales, ya que es el único teatro de Madrid que posee un verdadero sistema de refrigeración.

Un espectáculo de verdadero arte, que hasta ahora no se había cultivado en España y es muy usual, en cambio, en el extranjero, es el que pudiéramos llamar de «teatro de cámara», ya que en la música de cámara se basa. Han sido sus introductores en España Angeles Ottein, la ya famosa tiple ligera que en los Estados-Unidos ha logrado resonantes triunfos, y el barítono Armando Crabbé. En la Comedia hicieron pasar ayer un delicioso rato a la selecta concurrencia allí reunida, cantando *lieders* y otras canciones, e interpretando breves óperas. En su repertorio figuran ya *La serva padrona*, *Las bodas de Juanita*, *El maestro de capilla*, *El secreto de Susana* y otras. Este espectáculo, ligero, interesante y muy artístico, es una de tantas consecuencias de la carestía de la vida. Los negocios teatrales en grande hay que hacerlos ahora exponiendo mucho dinero. Y los artistas que no quieren resignarse a estar a merced de ellos, organizan estos y otros espectáculos escogidos, con los que consiguen honra y provecho.

G. FERNANDEZ SHAW

Begado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.

MADRID TEATRAL

El éxito de «Embruajamiento», en Madrid.—Un homenaje a la memoria de «Parmeno». La actuación de Vera Sergine.—Una gran actriz, una excelente compañía y un repertorio mal escogido.—La primera obra teatral de la señorita de Millán Astray.—Inauguraciones de temporadas.—«Las hijas del tío Sam», en Novedades.—Otras noticias

Madrid 27 de abril.

Grande, rotundo, fué el triunfo obtenido en el Español por *Embruajamiento*, el drama póstumo de *Parmeno*, estrenado ya en otros teatros de España por la compañía de Enrique Borrás. Tenía López Pinillos puestas grandes esperanzas en esta obra, que consideraba como la resultante de su experiencia de autor dramático; y cuando se sintió desfallecer y comprendió que llegaba, para él, anticipada su última hora, hizo un supremo esfuerzo para acabarla, y, una vez conseguido el propósito, se la envió a Borrás... y ni a los ensayos pudo ya asistir.

Nos ha correspondido ahora a los madrileños conocer el drama de *Parmeno*, y justo es decir que la acogida no pudo ser más entusiasta; por lo que parece, más entusiasta que en parte alguna. Esto no tiene nada de particular. En Madrid se halla el núcleo principal de los admiradores de Pinillos, y lógico es que éstos, al encontrarse con una obra que, en realidad, merece la pena, aprovechan ocasión tan propicia para rendir un justo homenaje a la memoria del gran dramaturgo desaparecido en plena producción, cuando más fundamento había para esperar de él obras considerables.

Embruajamiento, en mi opinión, tiene un defecto, que es el de su asunto antipático. Habrá quien sostenga que esto no es un defecto. Pues, si no es tal, es, por lo menos, un inconveniente. Claro que, en este caso, el público no ha dado por bueno, teniendo en cuenta el vigor de la obra. El primer acto lo considero también artificioso en buena parte; pero, aceptado el artificio, que el autor necesita para el conveniente desarrollo de su trama, el segundo acto es el mejor que ha salido de la pluma de *Parmeno*. Al finalizar éste fué cuando culminó la otra noche el entusiasmo de la gente.

Hermana espiritual de *Esclavitud*, tiene la nueva obra unos caracteres definidos con sobrios y firmes trazos, y mantenidos durante todo el drama sin claudicaciones. Podrá decirse que es obra agria y áspera, y que el caso que presenta —el de un padre y un hijo portendido por la misma mujer— no es muy agradable de ver, pero no podrá hacerse la menor objeción a la construcción dramática del drama, hecha con mano de maestro y con temple de escritor vigoroso.

Borrás contribuyó en buena parte al éxito de *Embruajamiento*. Su Juan Herrera puede ponerlo al lado de sus mejores creaciones. Dicción, gesto, actitudes... Todo lo puso el gran actor al servicio del personaje de Pinillos. La señora Vila, Pío Davi y Ruiz Tafay completaron a conciencia la excelente interpretación del drama.

Cambiamos de escenario. Vera Sergine y su compañero Pierre Renoir no pueden quejarse de la acogida que les ha tributado, en Madrid, el público de la Princesa. Todas las funciones han sido dadas con el teatro lleno, y en todas ha estado presente la familia Real. La hidalguita española tampoco ha sido desmentida, por esta vez. Sabemos tratar a los extranjeros que nos visitan con una consideración y un afecto que, desde luego, merecen, pero que no siempre fuera de España hallan, ilustres artistas, compatriotas nuestros.

Desde luego, Vera Sergine nos ha demostrado lo que todos sabíamos: que es una gran actriz, bella y elegante, que domina el matiz y sabe transmitir al público una emoción artística directamente. Pero nos ha probado también otra cosa: que, en la confección de los programas de *tournées*, tienen los organizadores franceses muy pocas veces en cuenta los gustos de los públicos ante los cuales van a trabajar. Se fían solamente de los éxitos de París, y no basta. Porque ni *Le scandale*, de Bataille, ni *L'insoumise*, de Freudaie, son obras propias, no ya para el auditorio de la Princesa, sino para cualquier público español, entre otras cosas, por haber en ellas planteados problemas que aquí no interesan porque no pueden existir. Aparte de esto, el pabellón cubrió bizarramente la mercancía; y, en este caso, el pabellón ha sido el idioma francés. Parece que en francés, las cosas crudas tienen menos crudeza, o, por lo menos, nos lo figuramos; porque habría que haber visto las caras del aristocrático abono de la Princesa, si todas aquellas frases tan monamen-

te dichas por Vera Sergine y tan galantemente expresadas por Pierre Renoir, hubiesen sido pronunciadas por dos buenos actores españoles, en castellano liso y llano; fielmente traducidas. De ahí que muchas comedias de gran éxito de París, que pasan al ser representadas por compañías francesas, son luego rechazadas al estrenarse en Madrid, traducidas: o se suavizan y pierden toda la gracia, o se dejan como están, y no hay quien las represente. *L'insoumise* es una mujer francesa que se casa con un moro rico; él la abandona y se vuelve a su harem; pero ella va tras él y se encuentra, de pronto, convertida en su esclava. Luego se fuga y torna a París, donde conquista de nuevo el corazón del moro. La obra es la lucha entre las dos opuestas consideraciones de la mujer: la parisiense, toda independencia, y la mora, en perpetua esclavitud. Si no fuera nada más que esto, la obra nada tendría de particular. Son el diálogo y el detalle de su desarrollo los que suscitan las objeciones a que antes aludíamos.

El último día de su actuación estrenó Vera Sergine otras dos obras en tres actos: *Un soir*, de Gabriel Traviéux, y *Le ben qui reprend mal*, de J. J. Bernard. Ambas se basan—teniendo ambientes distintos—en el caso de una mujer casada que se ve en peligro de adulterio. Y en ambas, aunque con diferentes procedimientos, la mujer en peligro se salva. El parecido ideológico de ambas comedias, y hasta el hecho de hacer las dos protagonistas la misma actriz, hicieron que el espectáculo—formado por las dos obras en la misma noche—resultase un tanto monótono. De todas maneras, Vera Sergine, Renoir y el resto de la compañía, bastante aceptable en su conjunto, recibieron la calurosa manifestación del agrado con que el público madrileño ha seguido toda su actuación.

En el Centro se reveló como autora de porvenir la señorita Pilar Millán Astray, hermana del organizador del Tercio extranjero. Como novelista era ya apreciada; pero este paso, de más consideración, supone un evidente progreso en su carrera literaria. *Al rugir el león* es una comedia muy bonita, que posee el indefinible encanto del ambiente gallego, tan atrayente y tan teatral. Los resortes dramáticos, bien manejados, más parecen de una mano experta que de una pluma novel. La trama es sencilla e interesante; los episodios, entretenidos. *Al rugir el león* es algo más que un ensayo: es una promesa.

Todos los actores del Centro, pero especialmente la incommensurable Irene Alba, interpretan la comedia con acierto y con cariño.

Dos inauguraciones de temporadas hubo también en estos días: en Eslava y en el Rey Alfonso. En Eslava se presentó la compañía de Vila, a cuyo frente se hallan Rosario Leonís, Ortas y Galleguito. La obra de debut fué *El número 15*, en la que los tres tienen muchas ocasiones de lucimiento. Y como «dos de Apolo»—como la gente los llama, pues no en vano han trabajado allí muchos años—tienen entre nosotros enormes simpatías, muy justamente logradas, el recibimiento no pudo ser más efusivo. A los dos días, la muerte de la madre de Ortas obligó a variar el cartel, para respetar el dolor de éste. Y ahora la Leonís renueva, en la «cancción española» de *El niño judío*, antiguos laureles conquistados.

En el Rey Alfonso actúa desde el sábado último la compañía que dirige Luis de Llano, en la que figura como primera actriz María Banquer. Ha hecho *La concha*, *Manolito Pamplinas* y otras comedias de repertorio, y prepara el estreno de una traducción francesa, con el título de *Los héroes*. Anuncia también una obra cómica de García Álvarez, que se denominará *El testamento de un vivo*.

En Novedades obtuvo un gran éxito una revista—humorada la llaman sus autores,—de los señores Palacio Valdés y Aracil, con música de los maestros Vela y Muguertza. Se llama *Las hijas del tío Sam*; el público acogió jubilosamente las ingeniosidades del diálogo e hizo repetir varios números de música.

Lara celebró, con una función a beneficio del público, la centésima representación de *La mala ley*, y Cervantes anuncia para esta noche el estreno de *El mayorazgo de Labraz*, adaptación de la conocida novela de Pío Baroja, por Eduardo M. del Portillo.

Las audiciones de ópera de cáma-

ra, en la Comedia, por Angeles Oftein y Armando Grabbé, han seguido ofreciendo una interesantísima nota de arte. La representación de *El secreto de Susana* fué una verdadera delicia.

G. FERNANDEZ SHAW

MADRID TEATRAL

El calor y la temporada teatral.—Teatros que cierran y campañas que terminan.—Novedades en perspectiva.—Los últimos estrenos: «El testamento de un vivo» y «El pan nuestro»...—Un éxito merecido.—Dos obras líricas esperadas con interés.—Acontecimiento en la Princesa: presentación de Cecile-Sorel.—La gran actriz en «L' aventuriere». Lo que es esta obra

Madrid 12 mayo.

Con la llegada del impropio calor de que disfrutamos, ha coincidido el cierre de varios teatros o la terminación de varias temporadas: unas porque tenían de antemano fijadas sus fechas de terminación, y otras, porque no han podido resistir a la natural repulsa del público a meterse en locales cerrados, con la angustiosa temperatura actual.

Terminó Miguel Muñoz su breve campaña en Cervantes, de la que ha sido nota de interés el estreno de *El mayordomo de Labraz*, adaptación de la famosa novela de Pío Baroja. No puede decirse que esté mal hecho el arreglo—por el contrario, hay vencidas en él dificultades de monta;—pero la novela tiene un vigor descriptivo y narrativo del que necesariamente tenía que carecer la obra teatral. Por eso la comedia no despertó en el público el entusiasmo que era de esperar, aun cuando se hiciera justicia al valor intrínseco de la obra y al loable esfuerzo de los adaptadores, que fueron el señor M. del Portillo y el propio Baroja.

Para reemplazar a la compañía Muñoz se ha presentado en Cervantes la que dirige Concha Torres, que acaba de dar unas cuantas representaciones en el teatro Fuencarral. En éste comienza en la presente semana una compañía de ópera barata, a base de repertorio italiano. Inaugura con *Aida*, y se propone «hacer» desde la ligera *Lucia* hasta las obras más famosas de Puccini. Como labor divulgadora—dada la economía del negocio,—no está mal.

Novedades cierra sus puertas uno de estos días. Los artistas de la compañía de género chico que ha venido actuando durante el invierno, marchan a provincias. Y en el teatro de la calle de Toledo debutará Manrique Gil, con sus compañeros, para hacer el melodrama con todas sus consecuencias.

Anteayer terminó en el Infanta Isabel la actuación de la primera compañía de Arturo Serrano, para que hoy comience la segunda, que dirige Paco Hernández. *El paso del camello*, que ha llegado hasta cerca de las noventa representaciones, se ha portado muy bien. Para decir

verdad, es una comedia que se adapta, como anillo al dedo, a los gustos del público de ese teatro. La clase media adinerada—o que pasa por serlo,—es la que ocupa casi todo el barrio de Salamanca. Y este barrio es el que da el principal contingente al lindo teatro de la calle del Barquillo.

Hablarle a ese público de sus gustos y de sus preocupaciones, contarle cosas relativas a nombres que le son familiares y aderezarlo todo con una entretenida trama, son elementos que no tienen más remedio que dar por resultado éxito y dinero. Y no hay que olvidar que el señor Fernández del Villar es un comediógrafo muy inteligente, muy hábil y ya muy práctico.

El debut de la compañía de Paco Hernández, en la que figura como primera actriz Carmen Jiménez, será con la comedia *El tiempo de las cerezas*, estrenada en el otoño último.

Con *La garra* y otra obra de repertorio terminó su temporada, en Romea, la compañía Plana-Díaz. Ha sido una de las más brillantes de este año en Madrid. Lo mismo Antonia Plana que Rafael Díaz y que otros distinguidos artistas de la compañía, han dejado en nuestro público un gratísimo recuerdo y han conquistado el derecho de volver el año que viene.

Lara, que gracias a *La mala ley*, termina también muy lucidamente, celebra estas noches sus últimas funciones. No han llegado a estronar, como se anunció, los señores Alvarez Quintero. Esto hace suponer que su anunciada comedia será la que rompa plaza en la temporada próxima.

Estrenos en otros teatros ha habido dos: en el Rey Alfonso, *El testamento de un vivo*, de García Alvarez, y en el Centro, *El pan nuestro...*, del señor Hernández Mir.

El testamento no fué del agrado del respetable, que no estaba de humor aquella noche, y digo aquella noche, porque en representaciones sucesivas la gente se ríe, que es lo único que se proponía el señor García Alvarez. Que la obra tiene chistes de gracia muy gorda, ¿quién puede dudarlo? Pero ¿quién podía esperar otra cosa? Gracia gor-

da y chistes buenos y malos tienen también otras aplaudidísimas obras del mismo autor. Lo que ocurre—y ello ya no es tan lamentable,—es que la gente va reaccionando un poco contra el *astrakín* a palo seco. Y prueba de esto es que el mayor éxito obtenido este año por el señor Muñoz Seca ha sido *La pluma verde*, preciosa comedia, en la que aquel procedimiento solo apunta muy de tarde en tarde.

El pan nuestro, sainete madrileño en tres actos, es la primera obra teatral que en Madrid ha estrenado don Guillermo Hernández Mir, literato ya prestigioso que fué premiado, en reciente Concurso, por su novela «El patio de los naranjos». En el sainete estrenado en el Centro por la compañía Alba-Bonafé, hay numerosos aciertos, que acreditan a un buen autor: ambiente, tipos, soltura en el diálogo, gracia... Basta una sencilla trama, de la que es eje un panadero de buen corazón, para que el efecto buscado se logre y el público quede muy complacido.

En la noche del estreno, el señor Fernández Mir tuvo el gusto de recibir los aplausos de aquél, en unión de Irene Alba, Juan Bonafé y los demás excelentes intérpretes de su obra.

Dos estrenos se avecinan que han despertado gran interés: el de *El rey nuevo*, en Apolo, y el de *Benamor*, en la Zarzuela. Aquél—libro de Muñoz Seca y Pérez Fernández y música de Guerrero—está anunciado para mañana; éste—libro de Paso y González del Toro y música de Luna,—para fines de la semana que corre. De ambos dependen muchas cosas y en ambos hay grandes esperanzas. ¡Allá veremos!

El verdadero acontecimiento puede calificarse el de esta noche en la Princesa. Da la primera de sus tres anunciadas representaciones la famosa actriz francesa Cecile Sorel, que ha venido esta vez en unión de Albert Lambert, *sociétaire*, como ella, de la Comédie Française.

Para poder adelantar a los lectores de LAS PROVINCIAS algu-

na impresión, he asistido esta tarde al ensayo general de la obra de presentación, que es la comedia de Emile Augier, *L' Aventuriere*.

Hablaré brevemente, primero de la artista y luego de la obra.

Cecile Sorel se halla en el apogeo de su talento y de su fama. Aunque no han pasado en vano doce años desde la última vez que vino a Madrid, sigue siendo la mujer bella y arrogante, que si cautiva con su voz, su gesto y su ademán, encanta por la suprema elegancia de sus vestidos, que la ha dado renombre universal. Viéndola representar *L' Aventuriere*, se comprende en seguida que tenga tantos admiradores. M. Lambert, como los demás actores, cuidan especialmente la dicción, lo cual, en una obra en verso, como ésta, es esencial.

L' Aventuriere es una creación de la Sorel. Obra de juventud, de entusiasmos, de imaginación, la estrenó Augier a los 25 años, cuando comenzaba su triunfal carrera de autor. El éxito no fué entonces grande, ni mucho menos. En 1860, o sea doce años más tarde, la reestrenó Augier, reformada en gran parte, y obtuvo un triunfo resonante, lo cual no impidió que el ilustre crítico Sarcey, entusiasta de la obra, se lamentase de la reforma, diciendo que con las mutilaciones hechas la comedia había perdido su mérito principal: la fragancia.

El argumento de *L' Aventuriere* puede reducirse a esto: el viejo Monte Prada, caballero francés con hijos ya crecidos, se enamora de una muchacha, Doña Clorinda, hija de un hidalgo de Burgos, a quien acompaña un Don Anibal que pasa por su hermano. Doña Clorinda es una aventurera de vida alegre, que se halla segura de su conquista, puesto que ni ruegos familiares, ni consejos amistosos, logran torcer el propósito de casamiento que ha concebido Monte Prada. Pero llega Fabricio, el hijo de éste, y decidido a salvarlo, se disfraza y aparece ante la muchacha y ante su padre como un Príncipe italiano, que no tarda en hacer el amor a Doña Clorinda y en cautivarla. Monte Prada sorprende a ambos en una escena de amor, y entonces Fabricio se descubre, abriendo los brazos a su padre, que el fin comprende y se arrepiente.

Seguramente la concurrencia, presidida por los Reyes, que acuda esta noche al teatro de la Princesa, prodigará sus aplausos a la obra, llena de preciosos versos, y a sus felices intérpretes.

Las otras dos obras que Cecile Sorel representará en Madrid, serán *Le misanthrope*, de Molière—su gran creación,—y *Princesse d'Amour*, de Pajon.

Rindamos por adelantado tributo de admiración al arte de la gran comedianta.

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW

De nuestra colaboración

MADRID TEATRAL

El gran éxito de la ópera «Amaya», en el Real.—Guridi y su personalidad musical. «Benamor» y su triunfo en la Zarzuela.—Un homenaje al maestro Luna.—Algo del argumento de la nueva obra.—Otros estrenos.—Dos nuevos éxitos de Jacinto Guerrero: «El Rey nuevo» y «Cándido Tenorio».—Más novedades: «Cinema», en el Infanta Isabel, y «El desaparecido», en la Comedia

Madrid 18 Mayo.

Dos acontecimientos principales ha habido últimamente en los teatros de Madrid. Los dos de índole lírica, aun producidos en esferas distintas y con diferentes aspiraciones. Ha sido el primero la representación de una ópera española que ya venía sancionada de Bilbao, y ha sido el segundo el estreno de una zarzuela, que ha de producir a empresa y autores mucho dinero. Consagremos, pues, a ambos sucesos artísticos preferente atención.

La ópera *Amaya* representa la consagración del maestro Jesús Guridi como uno de los compositores españoles más capacitados para figurar en nuestra vanguardia musical: riqueza de ideas, extraordinario dominio de la técnica y grandeza de concepción son las cualidades más salientes de la partitura de *Amaya*, acogida ahora por el público del teatro Real con las mismas muestras de entusiasmo con que hace tres años la recibió el auditorio del coliseo Albia, de Bilbao.

Jesús Guridi era ya conocido de los madrileños, no solo por sus notables obras sinfónicas, que figuran en el repertorio de las grandes orquestas, sino por su zarzuela *Mirrentxu*, estrenada hace unos ocho años, en la que ya apuntaban las grandes aptitudes que ahora ha demostrado poseer el joven compositor vasco.

No pueden quejarse éste ni ninguno de los que le han secundado en su empresa lírica, de la medida en que nuestro público ha sabido apreciar el esfuerzo artístico realizado. Primero en las dos audiciones de la Sociedad coral de Bilbao, realmente magnífica, y luego en el par de representaciones de la ópera, las ovaciones se han sucedido. Ambas cosas lo valen, desde luego; pero no deja de ser una prueba de la cordialidad y el entusiasmo con que el público madrileño premia a todo el que lo merece y de la efusión que no sabe regatear en cuanto le llegan, con procedimientos nobles, al corazón.

Amaya es una epopeya vasca. El libro, excelente, está escrito por el señor Atroita-Jauregui, sobre el argumento de la novela de Navarro Villoslada *Amaya o los vascos en el siglo VII*. El choque de la religión pagana con el cristianismo, que ya iba ganando prosélitos en las montañas de Vasconia; el ambiente heroico que en toda la obra domina y una sencilla, pero emocionante trama, son los principales elementos dramáticos del argumento. Nos hallamos en el siglo VII. Los vascos desean por Rey a Teodosio de Gofñ y quieren que éste se case con Amaya, descendiente de Aitor, cuyo linaje es el que tiene preferencia al Trono. Pero Amagaya, la de Amaya, que rinde culto al paganismo, procura que su sobrina se case con Asier, que profesa esta misma religión. Amaya, que ama a Teodosio, huye con él y se casa. Intenta Asier, aunque en vano, rescatarla para sí—breve escena que sirve para que en Teodosio apunten los celos;—bailan los *espadantaris* la danza de las espadas en honor de los recién casados, y marcha Teodosio a luchar con los godos. Pero en el camino, un infame ermitaño le dice que su esposa le engaña. Torna al hogar, ve en la obscuridad dos bultos, y cegado por los celos, los atraviesa con su espada. Amaya, la esposa fiel y amante, que ha permanecido en vela esperándole, se espanta, porque Teodosio ha matado a sus propios padres. Entonces, él huye y decide hacerse ermitaño. Perdona al infame Asier que, disfrazado, le indujo a volver a su casa, y que ahora agoniza herido y promete, en unión de la piadosa Amaya, erigir allí mismo un templo a la grandeza de Dios. Muy sucintamente relatado, éste es el libro.

De la música, los mejores momentos son la escena del plenilunio y la canción de Amaya en el acto primero; otra romanza de la muchacha y la *espadantza* en el segundo, las trágicas situaciones del tercero y, sobre todo, el epílogo, de una extraordinaria belleza, en la que el compositor traduce todo su fervor religioso. En esta parte Guridi consigue en la orquesta sonoridades de emocionante grandeza.

La interpretación de *Amaya* fue inmejorable. Baste decir que Ofelia

Nieto, el excelente tenor Fagoaga y el bajo Olaizola, tuvieron a su cuenta los principales papeles, y que lo demás corrió a cargo de la masa coral magnífica de Bilbao, de los especializados bailarines vascos y de la gran orquesta del teatro, dirigida esta vez por el maestro Saco del Valle, que puso de su parte sabiduría y entusiasmo. E inútil es decir que Guridi y sus auxiliares fueron aplaudidísimos en todos los actos.

La zarzuela *Benamor*, que eso y no otra cosa es la nueva obra de los señores Paso y González del Toro con música del maestro Luna, ha proporcionado a éste uno de sus mayores triunfos de su carrera. En la noche del estreno, el entusiasmo delirante del público adquirió tales caracteres, que fué un gran homenaje de admiración al ilustre autor de *Molinos de viento*. En *Benamor*, Luna ha unido a una serie de bellísimas melodías—tan frecuentes en su producción,—un alarde de conocimientos técnicos modernos y una habilidad esencialmente teatral, de rápido y seguro efecto. Por eso, siendo toda la obra muy aplaudida y repitiéndose casi todos los números, las demostraciones entusiastas se desbordaron en la canción española del acto primero, en tiempo de jota y en el quinteto *Por una mujer*, del segundo acto, que son los números que más poseen aquellos elementos.

La acción de *Benamor* se desarrolla en Persia y está inspirada en un cuento oriental, que ha servido solo de punto de arranque para el libro de los señores González del Toro y Paso. Nos hallamos en el corte del joven sultán. Darío, hombre tímido a quien nada dicen las hermosas hurras de su harem, y nos enteramos de que la Princesa Benamor, hermana del Sultán, ha de casar en breve esposo entre los Príncipes que acuden de lejanas tierras a solicitar su mano. Pero he aquí que la Sultana madre acude a Gran Visir Abedul para que le ayude a resolver un grave conflicto que se avecina. En Persia es tradición que el primer hijo de un Sultán ha de ser varón y el segundo hembra; y en cuanto no hacen así precisamente han de ser matados. La Sultana tuvo primero una hija y luego un hijo... y le faltó el varón para matarlos. Los disfrazó de niños... y así resulta que, sin que ellos mismos lo sepan, el Sultán Darío es hembra y la Princesa Benamor varón. Abedul, el Visir, comprende que se trata de algo grave, pero no se entera de lo que le refiere la Sultana, porque está en uno de esos momentos de sordera aguda que tiene a raíz de cada aventura amorosa. Pero se libra muy bien de confesar su falta a la Soberana. Aparece Benamor, a quien le «revienta» mucho la idea de pensar que tiene que casarse con un Príncipe, sea el que sea. Y empiezan a llegar los aspirantes a la mano de ella: un Adonis, de una ingenuidad encantadora; un fiero guerrero, fanfarrón, que forma vivo contraste con aquél, y un aventurero español, arrogante y bravo, que desde el primer instante conquista las simpatías... del Sultán. Cada uno canta su canción, siendo la de Juan de León—que tal es el nombre del aventurero,—la que tanto entusiasmo produjo en el público. Benamor, aprovechando la expectación producida por el concurso de adoradores se escapa, hallándose en el segundo acto en una plaza de Ispahan, enamorándose de una esclava persa. Surge una nueva escena de la Sultana y Abedul, y éste confiesa que no oyó nada del secreto que antes le confió. Encuentran en una tienda de lona para seguir la conversación; sajen el Sultán y Benamor, que se han encontrado y oyen lo que habla la Sultana; es decir, que se enteran del verdadero sexo de cada uno. La alegría en los dos se desborda, y ambos, con los tres pretendientes que llegan y se disputan aún a Benamor, cantan el que no tardará en ser célebre quinteto. El resto del argumento se puede suponer. Hay muchas incidencias derivadas de las ocasiones que Benamor busca para abrazar a todas las mujeres que se le presentan, sin peligro alguno. Y fácil es colegir que, pues las cosas en claro, el Sultán—o sea la Princesa—se casa con Juan

de León, y Benamor—o sea el muchacho,—ocupa el puesto de su hermana, con harem, y todo.

Esperanza Iris está en la obra de liciosa; Enrique Ramos, demostrando ser muy buen cantante y excelente actor, y Mimi Derba, Pilar Escuer, Galeno, Banquells y Ruiz Paris contribuyen al acertado conjunto. La danza del fuego, muy bien bailada por los Cronwell, es un momento de arte, cuya presentación no desmerece de la de los Bailes rusos.

En otros teatros hay que registrar dos nuevos éxitos del maestro Guerrero: *El Rey nuevo* en Apolo, con libro de los señores Muñoz Seca y Pérez Fernández, y *Cándido Tenorio*, en Eslava, con letra del señor Fernández del Villar. Es la primera de estas obras una opereta bufa, a base de la situación de un pastor que pasa por Rey. El diálogo es gracioso, los incidentes cómicos abundan y la música tiene, en su factura y en su inspiración, el sello, ya inconfundible, de Guerrero. *Cándido Tenorio* es un ingenioso sainete andaluz, con una partitura luminosa y alegre, de la que se repitieron anoche varios números. Uno, que bailan Ortas y Galleguito lo oyó el público, conplacidísimo, tres veces.

En el Infanta Isabel se estrenó la comedia de don Luis de Vargas, *Cinema*, que es una amena crítica de lo que apasionan los héroes de cinematógrafo a las muchachas de cines, y en la Comedia *El desaparecido*, que es un melodrama moderno de interés creciente bien ponderado, cuya adaptación se debe al señor Alberti. Ambas comedias fueron muy aplaudidas.

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW

De nuestra colaboración

MADRID TEATRAL

30-4923

La última junta de la Sociedad de Autores.—Varios acuerdos interesantes.—Hacia una nueva casa social.—Novedades en los teatros: «Don Francisco de Quevedo», resucitado. Una obra anticuada, que aun puede verse.—Gran éxito de una zarzuela: «Canción bohemia» y el maestro Mediavilla.—Otras notas

Madrid 27 mayo.

Si en las juntas generales de la Sociedad de Autores se pudiese un poco menos de pasión y dominase más, en cambio, el espíritu práctico, los debates en ellas serían, no solo más breves, sino más eficaces. Y si los socios, interesados en la buena marcha de aquella, llevasen los asuntos estudiados en forma de poder discutir serena y razonadamente con la directiva, tanto mejor. Digo esto porque en la junta de ayer tarde, de gran importancia para los autores españoles, constantemente surgían las discusiones apasionadas, con grave perjuicio del interés común de los reunidos. Y con frecuencia se habló de cosas que se hubieran llamado al conocer bien los asuntos de que se trataba.

De todos modos, la junta hizo algo... y no fué poco. La devolución del importe de las cantidades devengadas por el alquiler del archivo musical, fué la primera cuestión. ¿Qué duda cabe de que esta medida sería de una gran importancia económica para muchos antiguos autores? Pero, después de oír algunas palabras sensatas, la junta se convenció de que esto, por el momento, es imposible. Es preciso, antes de acometer la operación financiera que permitiera a la Sociedad esa devolución, dar al archivo nuevo impulso; ponerlo en condiciones de constituir una garantía económica. ¿Cómo? Lo primero, a mi juicio, trabajando con ahínco libretistas y compositores. El problema está—y ese es el mismo del género chico—en que puedan formarse numerosas compañías de zarzuela. Y mientras que no haya una serie de obras de positivo gran éxito, no habrá compañías que se lancen por determinadas provincias poco propicias para los negocios teatrales.

Prosperó, en cambio, el acuerdo de devolver a los autores el dinero que hasta 1920 les descontó la Sociedad por gastos de administración. Los autores recibirán ese dinero en bonos, susceptibles de pignoración solamente en la misma caja de la Sociedad.

Pero el asunto que más apasionó los ánimos, fué el de la construcción de nueva casa social. Las dificultades de toda índole con que tropieza actualmente toda construcción en Madrid, y los antecedentes de malos negocios hechos por la Sociedad con sus anteriores fincas, hicieron que varios socios se creyesen en el caso de oponerse a la propuesta de la directiva; pero como esta llevaba el asunto perfectamente estudiado, mantuvo por boca del señor Arniches sus puntos de vista, que prevalecieron al fin, otorgando la Asamblea un voto de confianza a la directiva para que presente, en próxima junta, un anteproyecto, que podrá ser admitido o rechazado por los autores.

Aparte de otras consideraciones, hay una que aconseja la nueva casa, y es las malas condiciones que reúne la actual, donde ningún servicio se halla regularmente instalado. Una Sociedad de la importancia intelectual y económica de ésta, debe tener ya su casa propia, y adecuada a sus necesidades particulares. Y esto, solo un edificio de nueva planta lo puede tener. ¿Está en suficiente estado de florecimiento la Sociedad para acometer la empresa? Esto, nadie mejor que la junta directiva lo sabe, y si ella lo propone, ¿por qué dudar de su razón?

Otro asunto, relativo a pequeño derecho, quedó para otro día.

La actualidad teatral ha dado poco de sí en los pasados días. Lo más importante ha sido, sin duda, una función de aficionados en el teatro

de la Princesa. El interés estuvo, principalmente, en la obra representada: la comedia de don Eulogio Florentino Sanz, *Don Francisco de Quevedo*, que hizo las delicias de los abuelos, y, a pesar de lo que ha envejecido de técnica, aún puede hacer las de nuestros hijos.

El personaje de Quevedo es muy teatral. Se comprende. Es el ingenio venciendo constantemente a la fuerza; el talento imponiéndose al Poder, representado en este caso por el conde duque de Olivares, favorito de Felipe IV. Y es además, por voluntad del autor, la idea del bien, que inspira al poeta contra las maquinaciones perversas del valido. Quevedo, enamorado platónicamente de la Infanta Margarita de Saboya, comienza por librar a ésta de la muerte; consigue luego que ésta pueda hablar con el Rey, para demostrar que los fracasos de Portugal son culpa del conde duque, y termina por buscar la conciliación del Rey y la Reina al demostrar a aquél que su esposa no tuvo arte ni parte en la exaltación amorosa que costó la vida al conde de Villamediana. Claro es que la obra termina con la caída del Poder de Olivares. La intriga, en general, es interesante, y la acción, aunque pesada, bien mantenida. La versificación tiene el mérito de estar hecha muy en armonía con la que se componía en el siglo XVII; los trozos de poesía de Quevedo, intercalados en el diálogo, muy oportunos.

Estas obras, un poco antiguadas, necesitan buenas interpretaciones. Y a ésta, por fortuna, se la dieron excelente la señorita Rosario Murc—de quien en otra ocasión me ocupé con el debido elogio en estas columnas,—la señorita de Vela y los señores López Montenegro—en el protagonista,—Vela, Rubén de Castilla, G. de la Serna y otros distinguidos aficionados.

La función fué a beneficio de la Asociación de Pintores y Escultores, y los aplausos resonaron sin cesar, en honor de los intérpretes.

De estrenos, el más importante ha sido el verificado anoche en el teatro de la Latina, con el que se ha dado a conocer un músico, el maestro Mediavilla, al que espera un brillante porvenir si cumple todo lo mucho que promete. La partitura de *Canción bohemia*, que anoche conocimos, es preciosa. De una factura muy elegante, de una línea melódica muy original y de una gran teatralidad, es música muy bella: que encanta y emociona. Todos los números de la obra fueron ayer repetidos, y uno se cantó tres veces. El libro de *Canción bohemia*, original de los señores don Victorino Tamayo y don Virgilio de la Pascua—autores también de uno de los libretos premiados en el concurso de la Sociedad de Autores,—tiene el gran acierto de haber proporcionado un ambiente lírico y muchas situaciones musicales al compositor. Además, su asunto, tiernamente romántico, está bien tratado y dialogado con gran pulcritud. Es obra *Canción bohemia* que merece su difusión por España.

En el Español, el reputado periodista don Miguel Portolés ha estrenado un entremés con el título de *Sin vocación*, que cumple a maravilla su misión de hacer pasar un rato muy agradable a la concurrencia que acaba de impresionarse con los dramas del repertorio de Borrás.

Nuevo Mundo, la revista de López Monis y Peña, con música de Millán, que figura en el cartel del Cómico, llegó la otra noche a la centésima representación. Y para la función del beneficio escribió el maestro Millán dos nuevos núme-

ros cómicos, que obtuvieron la repetición. Uno de ellos, sobre todo, cantado con *camelo* por Ozores, Bretaño e Iglesias, es verdaderamente muy gracioso y de positivo efecto.

Siguen terminando temporadas. El Centro, donde celebró anoche su beneficio María Fernanda Ladrón de Guevara con *La loca aventura*, anunció sus últimas representaciones. Otro tanto le pasa al Infante Isabel.

En el Español substituirá el día 1.º de junio, a la compañía de Borrás, la de Gabuellas, que estrenará *Mala madre!*, de Antón del Olmet, y en el Cómico, a la de Puchol-Ozores, la de María Palou, que se presentará con el estreno de *¡Calle, corazón!*, de Felipe Sassone.

Para los primeros días de junio terminará también en Eslava la compañía de don Juan Vila, de la que se separará—ya es cosa hecha—Casimiro Ortas, que marcha a la Habana, y en la que entrarán Sagi Barba y Luisa Vela, que se presentarán en Barcelona, acaso con *Benamor*.

Dos teatros de barrio, Fuencarral y Novedades, cultivan ahora, con gran resultado por cierto, géneros ruculentos. En el primero, la compañía Alcoriza, con dramas policíacos, y en el segundo, la de Manrique Gil, con melodramas, meten a la gente el corazón en un puño. Y como estos géneros tienen muchos partidarios, meten también en taquilla muchas pesetas a diario.

G. FERNANDEZ SHAW

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.

De nuestra colaboración

MADRID TEATRAL

La simpatía del teatro de Felipe Sassone.—«¡Calla, corazón!», en el Cómico.—Un éxito de María Palou.—La compañía Gatuellas en el Español: dos obras distintas.—Un estreno en el Centro y otro en Apolo.—La opereta «Mamá Felicidad».—Novedades en la Zarzuela.—Artistas portugueses

Madrid 8 Junio.

Hacia más de tres años que Felipe Sassone, al frente de la compañía de María Palou, nos había abandonado para emprender una larga excursión por las tres Américas. En el Perú, su tierra natal, obtuvo el homenaje que su talento merecía, y en las demás repúblicas que luego recorrió, hasta Méjico, la *tournée* fue una serie de éxitos para el brillante y simpático escritor y para la gran actriz, ya formada, que ha sabido conquistar por allá el mismo prestigio de que por aquí disfruta.

Natural era que, al presentarse de nuevo ante el público de Madrid, Sassone quisiera darle a conocer una de sus más queridas comedias. Y así ha sido. «¡Calla, corazón!», estrenada con calurosa acogida en el teatro Cómico, es una obra que tiene las cualidades principales del teatro de Sassone.

Simpatía, emoción, bella verbosidad y cosmopolitismo. La simpatía es acaso la característica de todas sus comedias. Recordemos *La princesa está triste*, *La señorita está loca*, *A campo traviesa* y otras más, y advertiremos en seguida esos ambientes luminosos y esos diálogos cordiales y fluidos que dan a las obras ese atractivo especial que se llama simpatía.

«¡Calla, corazón!» es acaso la producción más afortunada de Sassone; no se puede decir que la mejor planeada, porque ya el autor, en las autocriticas que publicó antes del estreno, nos advirtió la forma en que la había escrito; teniendo la idea fundamental, creando los personajes, infundiéndoles vida, y luego procediendo según lo que los temperamentos de esos hombres y mujeres le iban dictando. Por eso la verdadera acción dramática no empieza hasta el tercer acto, de los cinco que tiene la comedia. Los primeros gustan, porque los tipos y sus conversaciones encantan; pero no interesan, porque no pueden interesar hasta que la trama surge.

El argumento se basa en el sacrificio de Soledad, una muchacha de muy buen sentido que no vacila en acudir a una *garçonnière*, en donde su hermana, casada, tiene una cita con un hombre galante, para impedir que ésta se deje arrastrar alucinada. Y cuando el marido—su cuñado—llega, es ella, Soledad, la que se declara culpable, conjurando así la tragedia, que hubiera podido terminar con la paz del matrimonio.

Porque lo que interesa más a la muchacha, es eso, la felicidad conyugal; la de ella, que es su hermana, y la de él, que es el hombre a quien ella ama en silencio, y por quien, gustosa, ha sacrificado hasta su honra. Y con su secreto sentimental se aleja de allí, para que de ningún modo—ni siquiera tampoco por ella—pueda ser perturbada esa paz. En el quinto acto, Soledad consigue a su vez verse contenta en Nueva York, recobrado su prestigio y viviendo merced a un antiguo amigo que la amaba, también en silencio, y que ahora, caballerosamente, sin la menor sombra de equívoco alguno, procura su felicidad. Al rededor de todo esto desfilan tipos deliciosos—entre ellos un alemán, entendido a maravilla por Teófilo Palou,—que completan y animan el conjunto.

María Palou tiene en «¡Calla, corazón!» numerosas ocasiones de lucimiento, y, como es artista de gran sensibilidad, las sabe aprovechar transmitiendo al personaje de Soledad toda su simpática emoción. Los demás actores secundan con acierto a la primera actriz.

En la noche del estreno, el público prodigó al autor y a los intérpretes sus aplausos, siempre efusivos.

En el Español se presentó la compañía de Ramón Gatuellas, en la que aparece como primera figura femenina Blanca Jiménez. El *debut* fue con la obra del malogrado Luis Antón del Olmét, «¡Mala madre!». La crudeza de la obra hizo que el público no «entrara» en ella, aun cuando se mantuviera respetuoso en los límites de su protesta, rindiendo tributo de consideración a la memoria del excelente escritor, asesinado en plena juventud. En «¡Mala madre!» hay un noble afán de hacer una obra recia, a la manera de las que tanto prestigio dieron al también fallecido *Parmeno*; pero la forma de expresarse los personajes, y aun las situaciones, son tan excesivamente realistas, que la gente—en Madrid, al menos—no pudo disimular su disgusto. El Ayuntamiento, considerando que en un teatro municipal no podía darse un espectáculo poco grato para la mayoría del público, suspendió las representaciones de la obra de Antón; y el señor Gatuellas, respetuoso con la decisión, estrenó a los dos días otra obra, del repertorio moderno francés, traducida por don Carlos de Batlle, muy ducho ya en estos menesteres.

La hora de amar—que así se titula la nueva comedia—es lo contrario de «¡Mala madre!»; nada de situaciones fuertes, nada de efectismos, nada de problemas que nos preocupen y nos inquieten. Los tres actos en que se desenvuelve su acción son dulcemente sentimentales, presentándonos a un muchacho, convaliente de un desengaño amoroso, que conoce a una joven, Paquita, bella y seductora. Los dos jóvenes llegan a enamorarse, y cuando el primer amor del muchacho surge, creyendo que su victoria es segura, se encuentra con que la gentil Paquita le ha suplantado, y en el muchacho no queda de aquel desengaño más que el recuerdo. Blanca Jiménez, Gatuellas y los demás artistas de la estudiosa compañía que ahora actúa en el Español, pusieron de su parte toda su voluntad para lograr el buen éxito que, en efecto, consiguió la comedia.

No ocurrió lo mismo a la compañía Alba-Bonafé, en el Centro, con el juguete cómico en tres actos *Mi señora se presenta*, original de autores tan bien reputados como los señores Fernández de la Puente y Fruct. Y es lástima, porque tiene la obra un primer acto muy bien hecho, que promete mucho. La equivocación estuvo, a mi juicio, en repetir luego los efectos más de la venta, dando ocasión a que el auditorio se impacientase. Pero es de justicia anotar—ya que con esta obra los críticos se limitaron a consignar que no fue del agrado del público, y que los autores, demasiado respetuosos con el fallo, retiraron del cartel el juguete cómico al día siguiente,—que tanto por las situaciones, un poco ingenuas, pero muy cómicas, como por el diálogo, gracioso en general, *Mi señora se presenta* tenía derecho a no gozar en Madrid una existencia tan efímera como la que le cupo en suertes. Irene Alba, Bonafé y el galán cómico, cuyo nombre no recuerdo, defendieron la obra muy bien hasta el final.

El mismo día, en el teatro de Apolo, fué el éxito de *Mamá Felicidad*, de don Carlos Allens Perkins y el maestro Acevedo. Trátase de una opereta—que han estrenado ahora también Peña y la Zuffoli en Barcelona,—de libro entretenido y de música muy inspirada, abundante en fáciles melodías que están recordadas con el dominio de la técnica que posee este compositor, tan conocedor de los secretos orquestales,

Mamá Felicidad fué puesta en escena con tino y con arte, y desde el primer momento complació al público... lo cual, en Apolo, no es cosa tan sencilla, ni mucho menos. En la interpretación se destacaron Conéelo Mayendía, el tenor cómico Palacios, y Navarro.

En la Zarzuela, cuya temporada acabará en la semana próxima, ha habido algunos cambios. Se despidieron el barítono Enrique Ramos y la tiple Miraf Deiba, que marchan a Méjico, y se presentaron, en sus lugares, Perera y Julia Castrilló, que fueron muy aplaudidos en *Benamor*. Mañana debuta Sagi Barba, para dar tan solo algunas audiciones de esta obra.

También mañana se presentará en el Rey Alfonso una compañía de cancionistas portuguesas, que serán acogidas, sin duda, con todo el cariño y la simpatía que nos inspiran los artistas de la nación vecina.

G. FERNANDEZ SHAW

De nuestra colaboración

MADRID TEATRAL

Pocas cosas.—El caso notable de «La Montería».—La revista «Cri Cri», en el Retiro. Obras nuevas.—«Marcelino», en la Comedia.—La personalidad teatral del señor Viu. El éxito de «¡Calla, corazón!».—Los teatros populares.—Próxima temporada de género lírico

Madrid 21 Junio.

Pocas novedades teatrales está habiendo este mes en Madrid. Es natural. Es el fin lógico de muchas temporadas; y los autores se resisten a estrenar en esas condiciones, y es el comienzo de muy pocas compañías que, aun cuando vienen dispuestas a ganar honra y provecho, basan sus negocios más en la representación de un repertorio escogido que en los estrenos de obras, cuyo mérito no está ni puede estar comprobado.

Uno de los pocos teatros que siguen, por ahora, la temporada comenzada hace algún tiempo, es el de La Latina, en el que ha habido, anteanoche, un acontecimiento: el beneficio de los autores de *La montería*, con la centésima representación de esta obra allí. Hay que tener en cuenta que esto jamás había pasado, pues cuando la popular zarzuela empezó a hacerse en La Latina, llevaba ya, en los teatros del centro de Madrid, cerca de doscientas representaciones. Ello quiere decir que el éxito de esta obra acaso no tiene precedentes en cuanto a difusión y popularidad. Ciertamente *La Corte de Faraón* se representó seiscientas representaciones seguidas en Eslava, y otras tantas *Alma de Dios*, en el Cómico; pero ambas tienen solo un acto, y no es lo mismo. De todos modos, el maestro Jacinto Guerrero y su colaborador Pepe Ramos Martín, pueden considerarse legítimamente satisfechos de lo buena que les ha salido esta hija que en buena hora produjeron durante el verano último. Como éste aprovechen el tiempo con la misma fortuna, pueden encargando los planes para los palacios que seguramente pensarán construir.

En La Latina, el barítono Carbonell ha cosechado, en *La montería*, muchos aplausos. Como la dirección de este teatro no se duerme, ha reprisado también, últimamente, *Candido Tenorio* y *La cara de Dios*, que que alternan en el cartel con aquella zarzuela.

En el Reina Victoria terminó la compañía del Principal Palace, de Barcelona. Varias de las figuras principales han regresado a la Ciudad Condal. El resto de la compañía sigue aquí y ha sido contratado para representar *Cri-Cri* con las debidas reformas—para que no se dañe la moral,—en el teatro de la zona de recreos del Buen Retiro. Ya han comenzado su actuación; pero como las noches están aún muy frescas, el éxito económico no les ha acompañado hasta ahora.

Tres teatros que en el final de sus temporadas han procurado nuevos alicientes para su cartel, han sido la Comedia, el Centro y Apolo. El primero ha estrenado un juguete cómico; los dos últimos preparan obras nuevas para mañana: en Apolo, el sainete *Toros y cañas*, con el que hace sus primeras armas en los teatros de Madrid el notable literato don Sabino A. Misón, y en el Centro, *El agua del Lozoya*, comedia cómica francesa adaptada con este título al castellano por don Antonio Fernández Lepina.

El juguete cómico de la Comedia se titula *Marcelino*, y es original del señor Viu. Cuando en el pasado invierno estrenó este señor su comedia *La flor de Córdoba*, en Romea, público y crítica, de acuerdo, reconocieron en él uno de los valores jóvenes más positivos y de los que más podía esperar nuestro teatro. *Marcelino* es obra de índole distinta

a la de aquella, por lo cual no se puede comparar una producción con otra para estudiar el progreso del autor en su carrera dramática. Comedia esencialmente cómica, hecha sin otro propósito que el de proporcionar a la gente un rato agradable, cumple su cometido a maravilla, y prueba que, efectivamente, el señor Viu posee los recursos escénicos con el mismo dominio que un comediógrafo consumado. Acaso en estas obras cómicas pueda peligrar más un autor inexperto: una situación, un diálogo que no hace gracia o que fatiga, puede acabar con una obra, y en cambio, a una escena en serio, le basta con estar discretamente hecha para que un público sin mala fé la escuche con agrado. Por eso en *Marcelino*, el señor Viu, sin proponérselo, ha hecho lo que pudiéramos llamar una ratificación de aptitud. Las peripecias por que pasa el héroe de su comedia, encarnado en Valeriano León, tienen el suficiente interés teatral y la necesaria fuerza cómica para que el público esté acudiendo todas las noches a la Comedia, en número tan lucido, que Tirso Escudero pueda darse el gusto de decir que su teatro no se ha enterado aún de la época del año en que nos encontramos. En la interpretación justo es consignar el nombre de la señorita Redondo, que comparte con el señor León los diarios aplausos del auditorio.

Otro teatro que se ve todas las noches concurridísimo, es el Cómico. Bien es verdad que *¡Calla, corazón!*, la bella comedia de Sassone, ha sido la obra de esta primavera. Muy a propósito para los gustos del público y muy optimista, ha tenido la virtud de congregarse en el teatro de la calle de Mariana Pineda a todas las familias aristocráticas de Madrid. Y eso, ya se sabe que es mucho dinero.

Los teatros esencialmente populares tampoco pueden quejarse. Noveidades encontró un filón en la reprochable *Santa Isabel de Céres*. No había sido explotado el drama de Vidal Planas en aquel barrio, y las frases y las situaciones, escritas para la galería, produjeron el efecto de siempre. Además, por incomprendible sentimiento de curiosidad, la gente del pueblo se vio atraída por la obra del autor de un crimen reciente. Encuentra doble sentido a frases del drama; evocar ante las escenas de la cárcel la figura del dramaturgo que vuelve a verse tras las rejas de una celda; recordar con este motivo incidentes de la muerte del señor Anón del Olmet y episodios relacionados con ellos, tiene siempre un atractivo especial para las clases populares; amigos de folletines más o menos novelescos y más o menos vividos.

En Fuencarral, la compañía Aicoriza, continuando su plan de obras policíacas, ha puesto en escena últimamente las hazañas de *Judex*, divididas en varias obras, y *Los dramas de París*. El cinematógrafo ha enseñado mucho al público, agrupando su imaginación, sobre todo, en las películas de series, en que el interés queda suspendido de un día para otro, con el empeño de averiguar quién es el traidor, cosa que no deja de conseguirse alguna vez. Por eso, en el teatro de este género, está el peligro en que la gente, aficionada ya a estas averiguaciones, se adelanta al autor, y cuando llegan las sorpresas... no lo sean. De ahí la habilidad que los señores Bur-

gos, Linares Bocerra, Mesa, Castro, González del Castillo y otros cultivadores felices del género, tienen que utilizar para que el público no solo *entre* en situación, sino que, luego, no se les vaya de las manos.

Se anuncian varias temporadas nuevas de género lírico. De ellas, parece que la más importante será la que dentro de poco comenzará en Maravillas. Será director de la compañía Eugenio Casals, cuyo nombre es una garantía de acierto, a juzgar por lo bien que lo hizo el año pasado en Fuencarral. Parece, además, que cuenta con obras nuevas de prestigiosos autores.

Y... nada más. Han comenzado los preparativos para el próximo otoño; pero aún es prematuro hablar de esto, porque, en cosas de teatro, cualquiera puede profetizar con tres meses de anticipación!

G. FERNANDEZ SHAW

De nuestra colaboración

11-VII-923

MADRID TEATRAL

El desierto estival.—Las últimas novedades.—Un bonito sainete, que apenas si ha sido representado.—«El agua del Lozoya» y los actores del Centro.—Un homenaje a Felipe Sassone y María Palou.—Planes para el Otoño que viene.—Tres temporadas líricas en perspectiva.—¿Resurgirá la zarzuela española?

Madrid 6 Julio.

Pocas poblaciones grandes sufren como Madrid los efectos del verano y del verano. En el aspecto teatral le sucede a la capital española una cosa que apenas si tiene explicación: se queda casi sin espectáculo, y los que funcionan lo hacen con un carácter de cosa interina o secundaria. Nos hallamos aun en los comienzos de Julio, están funcionando las Cortes—lo cual es tanto como decir que muchas familias han retrasado sus excursiones estivales,—hay en Madrid una población considerable, que se advierte en cafés, calles y tranvías, y sin embargo, ya han tenido que cerrar casi todos los teatros, y los que aun siguen abiertos están a punto de dar el cerrojazo.

Apolo cerró el domingo último, después de haber dado también a centésima representación a *La montañesa* y de haber estrenado, con muy buen éxito, el sainete *Toros y cañas*, retirado del cartel tres días después por diferencias surgidas entre los autores y la empresa. Y es lástima que esto sucediera, porque la obra de los señores Micón y Vidal y el maestro Calés, reúne condiciones muy estimables para haber dado unas cuantas buenas entradas, ya que prestigio a los autores se lo dió con solo la noche de su estreno. Es *Toros y cañas* un sainete madrileño bien visto, con tipos y diálogo acertados y con gracia en las situaciones y en la frase. Para los libretistas debe servir este estreno, más que de otra cosa, de aliento para seguir trabajando, puesto que han evidenciado y les han sido reconocidas aptitudes para el género. En cuanto al maestro Calés logró, al serle repetidos varios números, un precioso éxito, que será seguramente base inicial, de los muchos que puede conseguir en el teatro.

Fuéron cerrando los demás coliseos madrileños igualmente, y hoy

solo permanecen funcionando el Centro, el Córnico, Puencarral y Novedades, aparte del teatro del Retiro que solo tiene vida en esta época.

En el Centro, donde la compañía Alba Bonafé ha hecho una temporada de más de nueve meses, es aplaudido ahora a diario un juguete cómico extranjero, adaptado por los señores Lepina y Domínguez, con el título de *El agua de Lozoya*. Es obra de enredo, abundante en situaciones y con chistes de todas clases a centenares. La gente se de buena gana, pasa el rato lo más agradablemente posible, olvidándose del asfixiante calor que aquí se siente incluso por las noches, y aplaude con gratitud la labor de los adaptadores.

Los del Córnico han hecho una lucidísima campaña, interpretando solamente *¡Calla, corazón!*, reputada ya como la obra más completa de Sassone. La otra noche fué la función de homenaje al brillante escritor y a María Palou, feliz intérprete de su obra: *Cuartillas de López Alarcón*—el director artístico del Español, que, sin duda atareado por las obligaciones de su cargo, se olvida más de lo que debiera de su condición envidiable de gran poeta;—elogios de Martínez Sierra, muy bien recitados por la señorita Redondo; inspirada poesía de Manuel Machado, y para final, encantadora charla, para dar las gracias, del propio Sassone, maestro en el difícil arte de improvisar ante el público con amenidad y gracia, que quiere decir tanto como hacer gala de una extraordinaria agilidad de ingenio. E inútil es decir que el teatro estuvo lleno, y que los aplausos sonaron entusiastas en honor de los homenajeados.

Sassone y la Palou, con su compañía, preparan una nueva excursión por tierras de América del Sur. No es aventurado predecirles una serie continuada de triunfos.

En el Retiro está dando sus últimas funciones la compañía del Príncipe del Palace Barcelonés, que representa *Crí Crí*. Será substituída probablemente por la que ha funcionado hasta el domingo último en la Latina, integrada por elementos líricos excelentes.

Para en breve se anuncia ya la actuación de Eugenio Casals y sus compañeros en Maravillas, pero aún nada se ha hecho público.

Con tan escaso presente forzoso es pensar, para no ser pesimistas, en el panorama teatral, que comienza a vislumbrarse, del próximo otoño. Sábense ya algunos planes y organizaciones, y bueno será ir hablando de ellos.

En Apolo empezará en Septiembre la actuación de la compañía formada por el maestro Vives para su próxima tournée por América. Va de director artístico el notable autor dramático don Manuel Fernández de la Puente, y de primer actor Güell, el creador, en el teatro de la Zarzuela, de tipos tan graciosos como el aragonés «Grigorio», de *La patria chica*, y el portugués de *El tesoro*. Entre otros elementos figurarán en la compañía Mary Isau, el tenor Casenave, el bajo Redondo del Castillo, el tenor cómico Palacios y otros muy conocidos del público de Madrid, además de varias primeras tiple y un par de barítonos, aún desconocidos en el teatro, pero en los cuales Vives fía mucho.

La temporada será de dos o tres meses y en ella Vives estrenará una o dos obras,—que está estrenando en su rincón catalán de San Pol de Mar,—repondrá alguno de sus primeros éxitos, como *Don Lucas del Cigarral*, en cuya partitura ha hecho algunas reformas, y representará obras líricas muy conocidas, tales como *El barbero de Sevilla* (la traducción castellana de don Adolfo Benilla y San Martín) y *El barberillo de Lavapiés*, de Barbieri.

Desde Madrid la compañía irá a Barcelona y en Marzo embarcará para la Argentina. En Apolo, al marcharse Vives, comenzará la compañía Velasco, formada con elementos de este año pasado y con buena parte de los que ahora están en Buenos Aires representando *Arco Iris* y *La tierra de Carmen*.

En la Zarzuela se propone Esperanza Iris continuar su temporada, explotando todavía, en primer término, el gran éxito de *Benamor*. Cuentan Palmer y la Iris con promesas de obras de conocidos autores, y, desde luego, del maestro Luna. Para Noviembre o Diciembre vendrán Sagi Barba y la Vela, y en tonces podrán hacer esos estrenos de zarzuelas españolas.

En el Córnico, Antonio López Monís, que será empresario único, ha reformado su compañía notablemente. En ella ha entrado, como figura principal, Rafaela Haro, que tantas simpatías tiene entre nuestro público. Y parece que la primera obra que se estrene será una zarzuela cómica con libro de José Telleche y música del maestro Millán.

En los teatros de verso también habrá modificaciones, pero no son tan conocidas, o por lo menos no se habla tanto de ellas en los corrillos y tertulias teatrales.

¿Nos hallaremos ante una posible resurrección de nuestra zarzuela? Los compositores españoles van a tener en Madrid, en Valencia y en Barcelona, teatros dedicados a género lírico suficientes para que esa resurrección tan anhelada se realizase. Serrano, Vives, Luna, Calleja y Barrera entre los consagrados hace tiempo, y Millán, Guerrero, Rosillo, Granados, Estela, Balaguer, Alonso, Calés y tantos otros entre los jóvenes, pueden hacer si quieren—pues lo que ocasión propicia ya se les presenta,—ese milagro. Algunos de ellos ya han dado el año anterior pasos para intentarlo. ¿No surgirá lo que se espera, de una noble emulación? Los músicos tienen la palabra.

G. FERNANDEZ SHAW.

De nuestra colaboración

MADRID TEATRAL

Un éxito de Enrique López Alarcón.—«¡Vivir!», en el Cómico.—La compañía Herrero Tordesillas.—En otros teatros: compañías líricas.—«La Reina de las Praderas», en el Retiro.—Los estrenos de obras al aire libre.—La temporada de zarzuela española, de Casals, en Maravillas.—Opereta, con Barreto, en Fuencarral

Madrid 22 Julio

Hasta el estreno de anoche en el Cómico, puede decirse que no ha habido novedad importante en los teatros de Madrid. La de ayer sí lo fué, tanto por el éxito que obtuvo la obra, como por la categoría literaria y dramática de su autor.

Enrique López Alarcón es uno de los poetas españoles prestigiosos que con más acierto y fortuna cultivan el teatro. Su fama de poeta quedó hecha con aquel célebre soneto *Soy español*, al que siguieron varias composiciones que pueden ser citadas como modelos. En el teatro hizo sus primeros trabajos en colaboración con Cristóbal de Castro, y fruto de aquella unión fué *Gerineldo*, la deliciosa obra poética que obtuvo más consideración que número de representaciones. Después, con el malogrado Godoy, escribió *La tizona*, que ha sido uno de los éxitos más considerables del teatro poético español en los últimos tiempos. Pero en López Alarcón, además de un gran poeta, hay un experto dramaturgo, como lo ha demostrado un sinnúmero de veces al frente de la dirección artística del Español. Por eso sus muchos admiradores lamentaban tanto que hombre de tales condiciones no produjese sino muy de tarde en tarde. Ahora, Alarcón no solo ha estrenado esta obra, que se titula *¡Vivir!*, sino que parece que tiene en cartera, terminadas, otras no menos importantes. Y con ello ha demostrado lo único que le faltaba demostrar: que también es trabajador.

¡Vivir!, estrenada por la compañía Herrero-Tordesillas, con el concurso de Miguel Muñoz, a cargo del cual ha corrido el papel de protagonista, es una verdadera tragicomedia. El espíritu de poeta delicado y el ingenio del escritor malagueño hacen que el diálogo sea en todo momento entretenido; después, cuando la acción se impone, triunfa el dramaturgo con todos los resortes y efectos indispensables, y el conjunto de la obra resulta excelente, dando al público la sensación de una labor recia y honrada, bien concebida y con mano firme desarrollada.

Juan Ramón, hombre de origen humilde, ha logrado llegar, merced a su talento y a su esfuerzo, a una brillante posición social. Su matrimonio con Ana María no le trae la felicidad con que soñó. Ana María, perteneciente a una familia aristocrática, hija de condes, es una mujer frívola y mundana, y no puede, por el ambiente en que se ha educado, ser la compañera ideal del hombre trabajador a quien ha encumbrado su propia actividad. Como es lógico, surge la disparidad de caracteres, lo mismo en la ciudad que en el cortijo, a donde Juan Ramón decide trasladarse para evitar motivos de disgusto. Pero el hombre de quien, en realidad, está enamorada Ana María, acude al cortijo. Ella, influida ya por el cambio de ambiente, empieza a ver claro en su vida. Y cuando se advina que comienza a querer a su marido, y, para cambiar de conducta, participa a su amante su resolución de separarse de él para siempre, los sorprende juntos Juan Ramón y mata a la adúltera. El cuarto acto, de menos valor artístico, da ocasión al primer actor para que luzca sus facultades artísticas: Juan Ramón, cuando se entera de que su mujer, arrepentida, estaba decidida a implorar el perdón, es acometido por el remordimiento y se suicida.

La obra alcanzó un completo éxito, siendo requerida la presencia de López Alarcón en escena al final de todos los actos; pero, desde luego, los que más gustaron, fueron el segundo y el tercero.

Miguel Muñoz puso sus conocidas cualidades dramáticas al servicio del personaje de Juan Ramón; María Herrero evidenció nuevamente

que es una de las actrices más comprensivas con que contamos hoy, y Tordesillas estuvo afortunado en su intervención joco-seria, compartiendo con ellos los aplausos la señorita Posada.

Se estrenó un decrudo de Fontanels y Mignoni, que puso en la representación una nueva nota de arte.

Con el Cómico, son cinco los teatros que funcionan actualmente en Madrid. Menos mal, porque otros veranos, ni eso hemos tenido. En Novedades actúa la compañía Alcoriza, de obras policíacas, que presenta el repertorio que acaba de hacer en Fuencarral. Y en los otros tres—Maravillas, Fuencarral y Retiro—hay compañías líricas que, aun cuando tienen distintas orientaciones, han coincidido en hacer *La montería*. La popular zarzuela se representa al mismo tiempo por una compañía Ballester-Pinedo, que fué la que la estrenó en la Zarzuela; por la de Eugenio Casals, que ha formado un elenco muy notable, y por la de Pedro Barreto, que cultivará luego, con preferencia, la opereta.

Las huestes de «Ballester-Pinedo» se presentaron en el Retiro con el estreno de la opereta extranjera *La Reina de las Praderas*, cuyo libro ha sido rehecho por los señores Arroyo y Lozano, y a cuya partitura—original del maestro Jarno—agregó Jacinto Guerrero varios números fáciles y alegres, muy a propósito para el carácter de la obra. *La Reina de las Praderas*, que había estado a punto de estrenarse en la última temporada en la Zarzuela y se ha representado mucho en Barcelona y otras provincias, gusto sin reservas; pero yo aconsejaría a los autores, cuando tuviesen confianza o ilusión en una obra, que no consintiesen su estreno en el Retiro. Estas representaciones al aire libre son, para autores y actores, deslucidísimas; únicamente los espectadores de las primeras filas de butacas oyen y pueden apreciar el mérito o los errores del diálogo, y aún de buena parte de la música; para la mayoría del público, los actores son figuras de película que se mueven y gesticulan, sin que se les oiga lo que dicen. Y así no hay manera de conseguir efectos artísticos de ninguna clase. Una muchacha que estaba la otra noche detrás de mí, decía: «A mí me gusta que los cómicos se enfaden, porque es cuando brillan y les oigo».

Como *La Reina de las Praderas* tiene un libro me, a pesar de las dificultades apuntadas, pudo ser seguido con interés por el público y la música es toda muy agradable, el éxito fué franco desde el primer momento y hubo aplausos para todos, y especialmente para la hermosa Victoria Pinedo. De todos modos, pueden los autores tener la seguridad de que, hasta que su obra no se represente en teatro adecuado, no podrá tener la acogida que merece. Es el caso de *La Dogaresa* y de tantas otras zarzuelas sacrificadas en Madrid durante el verano.

Los de Maravillas siguen el camino trazado por Casals, en Fuencarral, el año pasado. *Debutaron* con la reposición de *Juar con fuego*, en la que constituyó atractivo principal el tenor Peñalver, de bonita voz y buena escucha. La conocida zarzuela, que fué deleite de nuestros abuelos, aburrió un poco... porque no pasa el tiempo en balde; pero, como siempre, encantaron sus preciosas melodías. Casals se presentó al día siguiente con *La generala*, y hace tres días repuso *La montería*. Ahora prepara una obra, *Viento en popa*, que fué uno de los más sonoros éxitos del maestro Jiménez, y que hace muchos años que no se representa. Si le acompaña el acierto en la elección de obras resucitables, podrá hacer tan buena temporada como la del año pasado.

En la presentación de Barreto en Fuencarral, ha sido principal atracción *El as*, puesto a todo lujo, con efectos muy parecidos a los del *Reina Victoria*. Acaso la opereta es el único género que aún no ha sido explotado bien en aquel teatro popular. Para asegurar el resultado, Barreto ha tenido cuidado de reunir una compañía muy aceptable, de la que son elementos conocidos Dionisia Lahera, el barítono Ortiz de Zárate, el tenor cómico Cuevas y la afamada tiple Carlota Sanford, que se ha decidido a hacer papeles de tiple de carácter, en los que podrá adquirir nuevos legítimos éxitos. Probablemente, Barreto hará las obras por él estrenadas en el *Reina Victoria*. Solo con eso tiene asegurada una brillante actuación.

Junto a los cinco teatros que funcionan, apenas si hay dos o tres escenarios de alguna importancia dedicados a *varietés*. Ha comenzado la decadencia del género. ¿Por falta de nuevas artistas? ¿Por escasez de autores? A mi juicio, exclusivamente, porque es un género que se está anticuando y necesita, de algún modo, renovación.

G. FERNANDEZ SHAW

De nuestra colaboración

MADRID TEATRAL

El calor y la afición al teatro.—El fresco del Buen Retiro.—Estreno de «La estrella errante».—El barítono y compositor José Luis Lloret.—La temporada de Casals en Maravillas.—Una parodia de «La montería»: «¡Hay que ver!», «¡Hay que ver!».—Termina la campaña de opereta en Fuenccarral.—La preparación de la próxima temporada.—Los homenajes a Benavente

Madrid 10 Agosto.

Sin teatros casi, y con un calor achicharrante, hemos entrado en el mes de Agosto perezosa y malhumoradamente. ¿Quién tiene gana de risa con esta sofocación constante que embota los sentidos y deprime el espíritu? No. Por mucha que sea la afición al teatro y por muchos atractivos que tengan las típles buenas o bonitas, no es posible acudir a encerrarse entre cuatro paredes para presenciar un espectáculo de un par de horas, por lo menos. Es preciso que las empresas hagan verdaderas diabluras y que toquen todos los resortes de la *rectame* para que en un verano tan cruel como éste no se queden sin una sola pseta.

De ahí que el teatro que se ve más concurrido sea el del Buen Retiro, que está al aire libre. Allí, por las noches, se respira. No es demasiado lo que se disfruta, pero algo es algo, y tampoco hay que ser exigentes.

En las representaciones teatrales del Retiro, el público es el que sale mejor librado: ve obras de su agrado, representadas por una excelente compañía, y, mientras tanto, siente el halago del airecillo que corre. En cambio, los artistas y los autores no pueden resultar más perjudicados: aquéllos, porque tienen que desgastarse si quieren que medio se les oiga, y éstos, porque tienen que resignarse a que la gente juzgue sus obras, solo por lo que ve y nunca por las palabras sueltas que oye.

Si no ocurriera eso, seguramente estaría representándose aún la bella zarzuela *La estrella errante*, que hace unos ocho días se estrenó con muy buen éxito. El libro, del señor Oliveros, está bien hecho y ofrece una serie de ocasiones de lucimiento al músico, y la partitura, del señor Lloret, está formada por varios preciosos números, ricos en melodías, entre los que se destacan un fox-trot de elegante factura y un tango, cantado por la Pinedo, que fueron repetidos.

La estrella errante se había estrenado ya en Barcelona, con resultado tan satisfactorio, que logró cerca de cien representaciones. Estrenada en Madrid en las condiciones apuntadas, hay derecho a esperar que se represente la próxima temporada en un teatro lírico.

José Luis Lloret, el músico de veintidos años que figura, además, entre los barítonos preferidos del público de Madrid desde su éxito estrenando *La montería*, puede hacer, sin embargo, más, y debe intentarlo si no quiere que otros compositores jóvenes de valía le pisen el terreno.

La compañía Ballester-Pinedo termina el próximo domingo en el Retiro, y emprenderá una excursión por Alicante, Murcia y Andalucía, a base de *Benamor* y *La montería*. Aquí será substituída por la de la Latina, que ha sido reformada para la actuación en dicho teatro durante el próximo invierno.

En Maravillas, la compañía de Eugenio Casals se desenvuelve con arreglo al programa anunciado. De obras antiguas que han sido con justicia desempolvadas, merecen citarse *Viento en popa*, de Jerónimo Jiménez, y *Campanero y sacristán*, del maestro Caballero. Ambas tienen unas partituras muy bellas, que se escuchan con gusto, aun olvidándose de la simpatía que inspiran todas las cosas pretéritas.

La novedad en Maravillas la ha constituido el estreno de *¡Hay que ver!* *¡Hay que ver!*, parodia de la popular *Montería*, hecha por los señores Lozano, Vela y maestro Fuentes. Está hecha la parodia con gracia, siguiendo, en caricatura, los principales episodios y números de la obra parodiada. La música, en muchos momentos tiene motivos de la partitura de Guerrero, a los que Fuentes ha sacado punta para conseguir determinados efectos cómicos.

El coro de *¡Hay que ver!* obtuve, especialmente, una regocijante acogida, teniendo que ser, como otros números, repetido.

También se ha destacado hasta ahora, en la actuación de la compañía de Casals, la intervención lírica del tenor Cayetano Peñalver, de admirables facultades y precioso timbre de voz. En *Marina* y otras obras que ha cantado, ha dejado bien afirmado su prestigio.

El reinado de la opereta en Fuenccarral toca a su término. Para el día 15 se anuncia la presentación de Egmond de Bries, lo cual quiere decir que Barreto y los actores que trabajan a sus órdenes concluirán uno de estos días. Han hecho todo el repertorio de operetas modernas de éxito, y, en honor de la verdad, la que mejor resultado económico les ha producido, ha sido *El as*.

Ya empiezan a verse por Madrid actores contratados para las futuras campañas. En varios teatros habra el día 20 reunión de compañías, pues el 1.º de Septiembre romperán los fuegos. Ya veremos el calibre de las balas con que disparará cada uno.

Desde luego, uno de los primeros en presentarse será Morano, en el Español, que tiene grandes esperanzas de hacer una buena temporada. Ya está el ilustre actor en Madrid, completamente restablecido de la herida que sufrió, hace unos meses, en París.

También ha llegado el maestro Vives, para ultimar los preparativos de su campaña en Apolo. Dice que ha formado una compañía lírica importantísima y hay que creerle, si se tiene en cuenta que figuran en la lista tres primeros tenores, entre

ellos, Casenove; seis o siete típles de primera línea, entre ellas, la Isaura; el barítono Latorre, el bajo Redondo del Castillo, el primer actor Ricardo Güell y otros muchos buenos elementos. La obra de presentación será *El barbero de Sevilla*, en castellano, cantada por los cantantes que he citado. Luego, para presentación de los demás artistas, se pondrán en escena *El barbero de Lavapiés*, *Maruxa* y *El tesoro*. El primer estreno será el de una obra de Vives, titulada *Doña Francisquita*.

La temporada durará hasta primeros de Diciembre, en que vendrá a Apolo la compañía criolla que ha contratado Delgado en Buenos-Aires.

No es posible hablar de teatros en Madrid, sin registrar—con toda la satisfacción que, como a españoles nos corresponde,—la feliz llegada de don Jacinto Benavente después de su triunfal excursión por América.

Ya se han celebrado en honor de nuestro gran dramaturgo varios actos de homenaje, y se anuncian otros. Pero ni aquéllos ni éstos tienen la importancia que la figura de Benavente merece. Acaso sea que la época estival no sea propicia. Hay poca gente en Madrid, y quizás se aguarde a que esto se halle más animado. De todos modos, a mi juicio, el homenaje a Benavente debía tener un carácter nacional; algo en que se pudiera poner de relieve la admiración que sus compatriotas sienten hacia quien ha sabido poner muy alto en el extranjero el nombre de España.

G. FERNANDEZ SHAW

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.

De nuestra colaboración

25-1111-223

MADRID TEATRAL

La próxima temporada.—Lo que preparan para el próximo Otoño los distintos teatros. La carestía de la vida, los negocios teatrales, los empresarios y los autores.—Un estreno: «El médico de San Telmo».—Reposición de «La Bruja», en Maravillas.—Varias notas.

Madrid 21 Agosto.

El paréntesis del verano toca a su término. En Septiembre puede que haga en Madrid tanto calor como en Agosto, pero la actividad en la población se reanuda a despecho de toda suerte de rigores de temperatura, y la gente vuelve a acudir a los teatros con el mismo deseo con que el sediento acoge las primeras gotas de agua que llegan a sus labios. Hacer una buena temporada en el comienzo del otoño, es cosa bastante fácil en Madrid; lo difícil es continuarla luego. Por eso muchos empresarios no gastan al principio todas sus reservas, sino que las guardan para después. Lo malo es que no todos piensan lo mismo, y se da el caso de que por asegurar pronto, hay veces en que, en Septiembre—y si no ya lo veremos este mismo año,—lanzan a un tiempo varios teatros sus novedades más importantes, haciéndose daño con una competencia que a ninguno aprovecha.

El que sale ganando es el público. Este otoño no podrá tener queja. Aparte de la compañía Rambal, que dentro de unos días se presenta en el Centro, funcionarán: la de Morano, en el Español; la de la Comedia, cuyo primer estreno será el del juguete cómico en tres actos, de los señores Paradas y Jiménez, *La copa del olvido*; en el Reina Victoria, la nueva compañía formada por el señor Cadenas, que estrenará en primer término una opereta en tres actos del maestro Guerrero; en el Infanta Isabel, la compañía A de Arturo Serrano, en la que ha ingresado como primera actriz la famosa Consuelo Hidalgo; en Apolo, la del maestro Vives; en Martín, una nueva, reformada, que dirige el señor García Ibáñez, y que estrenará en primer término una zarzuela de los señores Paso y Guerrero; en el Cómico, la que presentarán con *El bello don Diego*, de los señores Tellaache y Millán, y en Maravillas y Fuencarral las mismas compañías que ahora actúan. La del Retiro, de la que son figuras principales Marcén, Emilia Iglesias y Arturo de Castro, pasará a la Latina, y no sería extraño que el primer estreno que hiciesen fuese el de una obra del maestro Luno.

Más adelante, la Zarzuela con

Sagi Barba y la Vela; para, con su compañía, sin variación, que tras como regalo el de una nueva comedia del señor Linares Rivas; el Rey Alfonso y otros teatros abrirán también ufánamente sus puertas.

Y nuevamente, ante los teatros llenos y animados, volveremos a escuchar el comentario de los eternamente descontentos:

—¡Parece mentira! ¡Y luego se dice que no hay dinero y que la vida es cara!

La carestía de la vida, en efecto, ha influido directamente en la marcha de los negocios teatrales. Antes; contando con obras y con la garantía de una buena administración, se podía dar por seguro el éxito económico de una temporada. Ahora una empresa de este género es mucho más aventurada. En primer lugar, se expone mucho más dinero, puesto que los alquileres de los teatros comienzan por ser mucho más caros, y en segundo término, el margen de ganancia está muy reducido. Hay teatro en Madrid, cuya hoja de gastos es superior al ingreso total del teatro por la noche. Es decir que, para no perder, tiene que tener asegurada siempre la entrada de la tarde.

¿Cómo hay, sin embargo, más empresarios cada vez? Eso es lo inexplicable, pero no deja de ser la realidad; por lo cual hay que pensar o que los negocios no son tan malos como dicen, o que las empresas gustan de sacrificarse.

Porque no se limitan éstas a formar compañías y montar obras, con una noble emulación para los elementos artísticos, sino que se disputan los artistas de mérito y las obras de éxito, ofreciendo primas importantes por contratos y por exclusivas. Esto último, que ha sido uno de los temas de discusión recientes en el Sindicato de Actores, no dependa, como alguien ha podido creerse, del autor. Lógico es que el autor pretenda sacar de una obra suya afortunada el mayor beneficio posible, puesto que luego, si sufre una equivocación, no hay empresa ni actor que quiera representarle la nueva producción. Y si en la concesión de exclusiva, halla un modo de obtener ese beneficio, tanto será si no se decide. Pero quienes tienen principalmente la culpa del sistema de exclusivas, son los empresarios, quienes al querer con-

seguir, para ellos solos, una obra determinada, no tienen inconveniente en ofrecer el oro y el moro.

Esto es con la carestía de la vida y con la inseguridad de los negocios teatrales. En realidad, las empresas solo deben ser merecedoras de gratitud... Y en primer término, de los mismos actores que se quejan y que hoy disfrutan sueldos con los que, en otros tiempos, no hubiesen podido siquiera soñar.

Un solo estreno ha habido en estos últimos días en Madrid: el del drama en tres actos *El médico de San Telmo*, representado por la compañía de Manrique Gil, que está dando una breve serie de funciones en el Cómico. Son autores del nuevo drama don Amaro G. Miranda y don Arturo Mori, cuyos nombres bastan para garantizar una obra de excelentes cualidades dramáticas. El señor Miranda ya había evidenciado su aptitud en anteriores producciones teatrales. El señor Mori, durante largo tiempo de inteligente crítica teatral en las columnas de *El País* y de otros periódicos madrileños, ha demostrado un criterio claro y definido sobre el teatro. Escritor joven y de talento, está capacitado como pocos para hacer obras de verdadero empeño.

En *El médico de San Telmo*, acogido por el público con unánime aplauso, plantean sus autores un asunto de índole melodramática. Un muchacho, despechado porque cierta joven casada, de quien está enamorado, la rechaza, se venga y logra llevar al hogar de ella la ruina y el dolor. Claro está que él paga con su vida su infame acción; pero el daño ya está hecho, y las infamias propaladas siguen haciéndose por sí solas, camino.

El diálogo, siempre sobrio, y la acción rectilínea, acusan arte y temple de dramaturgos en los señores Mori y Miranda.

En la interpretación se distinguió, además del señor Gil, a cuyo cargo corrió un difícil papel, el señor Mistral, que realizó una labor muy meritoria, siendo aplaudido en un mutuo.

En Maravillas, la novedad última ha sido la reposición de *La bruja*, por la compañía de Casals. Matilde Rassy y Cayetano Peñalver dieron a la hermosa partitura de Chaix todo el relieve preciso, consiguiendo la más favorable sanción del auditorio.

Ahora preparan en aquel escenario la representación de *Rigoletto*, refundida en un acto. Si, como es de esperar, la refundición está bien hecha, puede dar gran resultado; pues para mucha gente, aunque pueda parecer mentira, es aun desocho de la preciosa partitura de Verdi.

En Fuencarral, el refuerzo de Edmond de Bries, como final de fiesta, ha logrado lo que la empresa se proponía: llenar el teatro.

G. FERNANDEZ SHAW

De nuestra colaboración

MADRID TEATRAL

Once teatros a primeros de Septiembre funcionando.—¡No es posible!—Morano y el «Samson» de Bernstein.—Las principales inauguraciones.—Cadenas y sus típles.—El comienzo de la temporada lírica del maestro Vives.—Esperanza Iris y Sagi Barba, en la Zarzuela.—«El bello don Diego» y su éxito.—Otras notas

Madrid 9 Septiembre.

Ningún año han comenzado tan pronto en Madrid tantos teatros en temporada de otoño. Y como aun no ha regresado sino una mínima parte de los veraneantes, que son los que mayor contingente dan luego a los teatros, todos los coliseos que han abierto sus puertas ven sensiblemente disminuidas las buenas entradas a que tenían derecho dado el esfuerzo hecho por cada una y dados los excelentes programas que al público ofrecen. Once compañías teatrales funcionando en los primeros días de Septiembre son demasiadas compañías. Antes no ocurría esto hasta principios de Octubre, y cuando una empresa se aventuraba a comenzar el negocio antes era fiada, naturalmente, en la ventaja de ser la única. Pero hace unos años inauguró el Reina Victoria a mediados de este mes, y el resultado económico fué excelente: otros empresarios quisieron luego seguir su ejemplo, y así ha llegado el caso de este año, en que no hay población teatral en Madrid suficiente aún para el número de espectáculos que funcionan.

El Español, el Centro, el Rey Alfonso, el Reina Victoria, Apolo, la Zarzuela, el Cómico, Maravillas, Martín, Fuencarral y la Latina; rivalizan en atraer al público con novedades de más o menos interés. Y ya anuncian para este mismo mes sus presentaciones, la compañía de Francisco Alarcón, en el Infanta Isabel, y la Loreto Prado y Enrique Chicote, en Price.

En el teatro municipal triunfa el arte fuerte y realista de Francisco Morano. Se presentó con *El abuelo*, una de sus indiscutidas creaciones, y el público pudo darse el gusto de dedicar sus aplausos, no solo al gran actor, sino a sus dos hijas Angeles y Fifi, en las que hay algo más que dos promesas de excelentes actrices. Para debut de Amparo Fernández Villegas fué escogida una de las mejores producciones de Benavente: *Señora ama*. La naturalidad que la obra requiere halla en estos actores apropiada interpretación. Es un trozo de vida, arrancado de la realidad, el que el espectador recibe. Y anteanoché Morano nos brindó el primer estreno de la temporada, dándonos a conocer *Samson*, de Bernstein, en castellano. Como *El ladrón*, como *La zarpa*, este drama del gran autor francés, se distingue por la sucesión de sus efectos y por el artificio en su desarrollo. ¿Qué duda cabe de que el tipo central es falso? Pero, ¿cómo negar también su extraordinario teatralismo? *Samson* no resiste al examen de una crítica severa—y tanto hace quince años cuando fué estrenado en París, como en Madrid, se ha evidenciado,—pero, en cambio, no hay público que no se sienta subyugado por sus efectos.

Unos marqueses arruinados casan a su hija Ana María con Brachart, rico negociante, que debe a su esfuerzo de hombre rudo y luchador la posición brillante de que disfruta. Ana María se sacrifica, porque no siente amor por su marido. Por eso cuando llega otro hombre, al que de verdad quiere, no tiene inconveniente en ser adúltera. Brachart sospecha, y para averiguar el fundamento de sus temores, finge un viaje. Los amantes, en efecto, se reúnen; el marido regresa de improviso, y surge una escena violenta con ella, en la que Ana María termina por confesar. Brachart se desespera, increpa a su esposa, y al fin adopta una resolución como venganza: la de arruinarse, arrastrando en la caída al amigo infiel que le robó su honor, y cuya fortuna estaba unida a la de él. Como *Samson*, prefiere perecer él con cuantos le rodean. Y cuando, ya en la pobreza, ha de huir escapando de la responsabilidad de la catástrofe económica, se halla con que en el corazón de Ana María ha florecido el verdadero amor. Y son los dos juntos los que huyen, seguros de no divorciarse ya.

Obra de gran actor, se presta a que Morano logre, en la interpretación del protagonista, una sucesión de triunfos. Varias veces el público interrumpió al artista con bravos y aplausos, y al terminar la obra tributó a Morano una ovación, de la que participaron Amparo Fernández Villegas y, en segundo plano, los demás intérpretes del drama.

En el Centro está terminando s:

brillante actuación la compañía Rampal, que ha tenido el innegable acierto de poner en escena la adaptación teatral, hecha por el señor Linares Becerra, de la famosa novela de Blasco Ibáñez, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Los momentos culminantes de la novela y las ideas capitales de ella, no solo subsisten, sino que parecen adquirir mayor relieve al tomar forma corpórea. Claro que nunca podrá tener el drama la estimación de la novela, puesto que por algo nació la obra así; pero el éxito obtenido es suficiente prueba del mérito intrínseco de la obra y de la habilidad de la escenificación.

Poca suerte tuvo en su inauguración anteayer el Rey Alfonso. Y es lástima, porque tanto la meritísima actriz Adela Carbone, como el actor señor Roa, han dado muestras otras veces de gran habilidad teatral, y no cabe duda de que poseen experiencia. Sin embargo, *La hermanstra*, obra que sirvió para presentación de la compañía de Pedro Zorrilla, no llegó a interesar a la concurrencia, y por eso no pudo satisfacer precisamente. Acaso la principal razón de lo sucedido fuera que el público esperara un juguete cómico de astrakán, y se encontró con una obra limpia y bien intencionada, que, si de algo peca, es de inocencia. No tendría, no obstante, nada de particular que *La hermanstra* lograra, al fin, vida más o menos larga en los carteles. El género cómico dislocado, ya ha perdido adeptos, y estas comedias plácidas, en las que se mezcla lo sentimental y lo gracioso, vuelven a gozar de predicamento.

En el Reina Victoria comenzó el señor Cadenas con la ya centenaria *¡Roma se divierte!*, en la que vimos con gusto de nuevo a Moncayo y a ese ramillete de bellas típles de que siempre se sabe rodear aquél. Este año las novedades de este teatro serán una nueva reforma de *El Príncipe se casa*, una obra nueva, libro del señor Cadenas y música del maestro Guerrero, y las traducciones de dos operetas muy aplaudidas en el extranjero: *Ta bouche* y *La bayadera*.

Apolo abrió sus puertas con *El barbero de Sevilla*, para presentación de Casenave, Jatorre, Redondo del Castillo y la gentil Mary Isaura, y con *El barberillo de Lavapiés*, para debut de Lola Díaz del Riachón, Palacios y Vara de Rueda. Ambas tuvieron una admirable interpretación y una acogida verdaderamente entusiasta, destacándose el éxito de la señorita Isaura y del señor Jatorre, que hicieron una Rosina y un Figaro de prodigiosas facultades. El sábado, con *El tesoro*, se ha presentado el resto de la compañía, integrado por el primer actor Ricardo Güell, que fué aplaudidísimo; las típles Isabel Soria y Cora Raga y los señores Hernández y Flaquer. El comienzo del dilatado plan artístico del maestro Vives no ha podido ser más afortunado.

Esperanza Iris volvió con *Benamor* a la Zarzuela, volviendo a ser saboreada por el público la deliciosa partitura de Luna. Esta noche reaparece con esta obra Emilio Sagi Barba. Con el doble aliciente de la zarzuela y sus intérpretes, ya tiene Juan Palmer suficiente para ver el teatro lleno por un rato largo.

El maestro Millán y el notable escritor José Tellache lograron en el Cómico, con *El bello don Diego*, un éxito de resonancia. Es una obra que vuelve por los fueros de la antigua zarzuela española. En su graciosa intriga, en su diálogo, en sus típles, fluye la vena cómica que tanta fama dió a muchos autores del pasado siglo. Para un libro tan acertado, Millán escribió una partitura letórica de bellas melodías. Casi todos los números se repitieron, y algunos no tardarán en hacerse populares. De los intérpretes se destacaron Rafaela Haro y Bori.

En Maravillas, Casals puso últimamente en escena *Figaro*—reducción a zarzuela de *El barbero de Sevilla*—y hoy repondrá, con honores de estreno, *Las mariscalas*, del maestro Calleja. Martín ultima los preparativos del estreno de *La luz de bengala*, de Paso y Jacinto Guerrero, de la que se cuentan muchas maravillas. Y Fuencarral y la Latina se defienden con repertorio de opereta y zarzuela.

¿Pueden quejarse los teatros del público de Madrid? De ningún mo-

do. Por mucho que las empresas hagan, no lograrán que la gente regrese del veraneo hasta fines de mes, por lo menos. Y entonces, en Octubre, será cuando de verdad podamos ver quiénes son capaces de mantenerse a flote y quiénes se van al foso.

G. FERNANDEZ SHAW

Los ensayos de Doña Fran-
cesquita en Apolo y su estrena
en la noche del 17 de oc-
tubre impidieron a fueller
sus continuas con regula-
ridad su colaboración en
Las Provincias. Al comen-
zar el año 1924 reunió
la publicación de sus esó-
ricas; pero ya fueron esca-
sas y sin la periodicidad
que hasta entonces habían
tenido.

De nuestra colaboración

MADRID TEATRAL

La temporada del Real.--«Fantochines».--La afición musical en Madrid.--Resumen de las últimas novedades teatrales.--«Los villanos de Olmedo» y «El surco».--Tirso de Molina, resucitado.--Los éxitos de «Currito de la Cruz».--«Una noche en Venecia» y «La muerte del dragón».--Otros estrenos: «La dichosa honradez», de Arniches, y «Los gavilanes», del maestro Guerrero.--Las actuaciones de las compañías argentina Rivero-De Rosas, e italiana de Niccodemi

Madrid 5 Enero.

Termina ahora la primera parte de la temporada teatral. Por causas bien ajenas a mi voluntad, no he consagrado, en el último mes del pasado año, la debida atención a las novedades, de muy diversa índole, que han desfilado por los escenarios madrileños. Ha habido, en tre ellas, dos que merecen defendido comentario. Pero, antes de ocuparnos de ambas—las compañías argentina e italiana que han actuado simultáneamente en los teatros de Apolo y la Princesa,—hemos de hacer un rápido resumen de los éxitos logrados por autores compatriotas en diferentes coliseos.

El Real se inauguró con una brillantez desusada y está haciendo una excelente temporada en el doble aspecto artístico y económico. El nuevo comisario regio don José de Roda ha sido el mago. Después de unas representaciones muy buenas de *Tristán e Iseo* y de un mediano *Barbero de Sevilla*, en el que la admirable Angeles Oteín obtuvo un triunfo personal, presenciamos la reposición de *Fantochines*, esa deliciosa comedieta trica, ideada por el feliz ingenio de Tomás Borrás, a la que Conrado del Campo ha puesto una partitura rica en bellas melodías y en finos y graciosos matices. El éxito de la obra, al que contribuye la interpretación de la Oteín y Trabé, prueba cómo Conrado del Campo, no es solo el compositor de la técnica formidable, sino el maestro pleno de inspiración y de recursos llamado a patáear muchos días de gloria. Esta noche hay un gran acontecimiento musical: el estreno de *El caballero de la rosa*, de Straus, del que ya se conocen algunos fragmentos... que aumentan la expectación. La novedad de los conciertos por la orquesta del Real, en medio de semana, ha sido igualmente muy bien acogida. La afición a la buena música ha aumentado en estos últimos tiempos aquí, de modo tan considerable, que permite que la Orquesta Filarmónica en Price y la Sinfónica en el Monumental Cinema den, semanalmente, conciertos, que congregan devotos en tal número, que se ven siempre llenas ambas enormes salas. Eso, sin contar los conciertos públicos de la Banda municipal, ni los muchos de virtuosos que en teatros más pequeños se suceden frecuentemente. Y otra prueba de esta afición ha sido el éxito logrado por las audiciones recientes de ópera de cámara, en la Comedia.

Borrás ha hecho, en el Centro, una lucida actuación. Al éxito de *El bandido de la sierra*, siguieron los estrenos de *Las alas rotas*, de Muñoz Seca; de *Los villanos de Ol-*

medo, de López Martín, y de *El surco*, de don Francisco Vía. *Los villanos* representó un nuevo paso en el teatro en verso comenzado por su autor con *Blasco Gimeno*. La exaltación de la raza en recios y vibrantes parlamentos sigue siendo la nota predominante en este notable poeta. En cuanto a *El surco*, es lástima que el tercer acto desluciera—por desviar el asunto, y como consecuencia el interés,—un éxito que en los primeros actos llevaba camino de consagrar al señor Vía como dramaturgo de primera categoría. Ahora Borrás pasa a la Latina, para hacer una temporada esencialmente popular, que le dará provecho, de seguro.

La razón social Ricardo Calvo-Miguel Muñoz, después de explotar durante las Pascuas, en el Español, *La almoneda del diablo*, que ha hecho las delicias de la gente menuda, no ha querido abandonarnos sin hacer algo digno del teatro y de la compañía, y nos brindó la otra noche una reposición de *El condenado por desconfiado*, de Tirso de Molina, refundido por los ilustres poetas Manuel y Antonio Machado. Dado el género que acostumbra hoy a cultivar los actores dramáticos en España, es muy difícil que obras de la complicada concepción de ésta, obtengan una adecuada interpretación. Aún así, Calvo, Muñoz, la señora Herrero y el señor Tordesillas salieron muy airoso de su empeño, haciéndose acreedores, por su esfuerzo y buen deseo, a la gratitud de los aficionados a nuestro teatro del siglo de oro.

Lara encontró en *Currito de la Cruz*, de Linares Rivas y Pérez Lugín, un nuevo filón que agotar, cuando aún no está agotado el de *La mala ley*. La nueva comedia, basada en la novela de Lugín del mismo título, interesa y entretiene, siendo en muchas ocasiones la parte episódica la que despierta el principal interés. El personaje que interpreta Leocadia Alba—una criada gallega,—es un acierto extraordinario. El éxito ha sido grande y legítimo. Estaba nos dió la nota altamente poética con *Una noche en Venecia*, de Marquina, digna hermana de *El pavo real*, aunque de técnica totalmente distinta. Obra de acción y de mucho ambiente, será de las que perdurará en el repertorio de nuestra dramática y ha de representarse, si hay justicia y buen gusto aún, en toda España. Para las pasadas fiestas se estrenó luego *La muerte del dragón*, que ha sido un gran éxito para el señor Muñoz Seca. Fastuosamente representada, esta farsa para niños y para grandes, escrita en verso y llena de trucos ingeniosos y de diá-

logos graciosísimos, ha congregado estos días a un público infantil, y aun crecido, siempre numeroso. *La mujer misteriosa*, de don Honorio Maura, estrenada últimamente, es un ensayo de crítica social, en el que Catalina Bárcena y Manuel Colado evidenciaron una vez más sus merítisimas condiciones artísticas.

Te portas como quien eres, en el Rey Alfonso, ha sido para José María Granada una carta de importancia, pues el público fué a exigirle, teniendo en cuenta que es el autor de *El niño de oro*. Y no es poco lograr lo que logró, a pesar de que el sainete es madrileño y no andaluz, y de que algunos pasajes de la obra le parecieron a la gente un tanto impropios de un escenario. Con todo, el público ríe. Y es que José María Granada tiene mucha gracia.

La misma noche del estreno anterior hubo en la Comedia el de *La dichosa honradez*, de Arniches y Estremera. Caso extraño, aunque no nuevo en el teatro: el público del estreno no mostró en el tercer acto la efusividad que en los anteriores, y el público de días sucesivos, puede decirse que es con el acto que más se divierte. ¡Vaya usted a entender a la gente! La obra está dando dinero. Hubiera bastado con decir que es de Arniches.

Los del Infanta Isabel marchan bien a *El filón*, de Muñoz Seca, ha seguido *El celoso extremeño*, graciosa y entretenida comedia del señor Serrano Anguita, ya incorporado definitivamente a la falange de nuestros buenos autores. Viene del campo del periodismo, en donde es figura sobresaliente.

De los teatros de género lírico, la Zarzuela nos brindó el estreno de *Los gavilanes*, de los señores Ramos Martín y Guerrero. Es una bonita zarzuela, muy bien orientada, que ha dignificado un nuevo esfuerzo en favor de la restauración de nuestro género grande, tan floreciente hace años, por obra de *El juramento*, *El anillo de hierro*, *La tempestad* y otras producciones análogas. Con la música, el maestro Guerrero ha querido probar que sabe hacer algo más que marchas, fox trots y otras melodías «alegres y pegadizas». Emilia Iglesias, Eugenia Zuffoli, García Soler, Peña y, sobre todo, el tenor Vendrell compartieron los aplausos con los autores. El mismo Guerrero obtuvo otro éxito con los breves números que puso al vodevil *Teodoro y Compañía*, estrenado en el Reina Victoria. Los adaptadores, señores Cadenas y Reparaz, han conservado toda la gracia del original alemán; pero justo es decir que buena parte del favorable resultado se debió a la señorita Iborra y al señor Monca-

yo, que estuvieron muy afortunados de vis cómica. En el Cómico, *La mujer de nieve* no entusiasmó, a pesar de tener una partitura preciosa de Rosillo y Moreno Torroba, y *El ingenio de papá*, de López Monis y Faixá, gustó lo suficiente para que las Pascuas fuesen lucidas. Chicote y Loreto Prado, en la Latina, lograron el éxito mejor con la humorada *Comedias y comediantes*, de Paso y Dicenta (hijos) y los maestros Millán y Faixá. Martín se ha defendido con *El chivo loco*, que tiene algunos números inspirados del maestro Alonso, y Novedades y Fuencarral han cultivado el género melodramático, *post-policiaco*, que ha corrido a cargo de las compañías de Rambal y Alcoriza.

Pero con ser tantas y tan variadas las novedades ofrecidas por los teatros madrileños, las notas más interesantes, desde el punto de vista de la curiosidad dramática, las han dado las compañías argentina e italiana. Ambas nos han hecho asomarnos a ambientes que, aun siéndonos familiares, siempre nos parecen nuevos.

En la compañía argentina que ha actuado en Apolo, hemos advertido un primer actor, Enrique de Rosas, de cuerpo entero, que domina lo mismo la nota trágica que la cómica; una actriz excelente, la señora Rivero; un conjunto aceptable y unas obras, en general, flojas. Si exceptuamos las de Florencio Sánchez, las comedias cómicas que últimamente han puesto en escena, y la *Acidalia*, de Niccodemi, que solo es propia para paladares fuertes, la producción argentina da la impresión de no haber llegado aún a su madurez de edad. Actores y actrices los hay, en cambio, allí excelentes. Parravicini, Muñoz, Alippi, De Rosas, la Quiroga y la Rivero, pueden compararse con los mejores artistas de otros países. Como la compañía argentina pasa ahora a Price, para proseguir su actuación, tiempo hay de estudiar otras modalidades de su arte.

Pero lo que ha constituido un verdadero acontecimiento, lo que nos ha hecho vibrar de emoción una noche y otra, ha sido la serie de representaciones dadas por la compañía italiana, dirigida por Dario Niccodemi, que viene de Buenos Aires y se dirige a Roma. Cuatro revelaciones hemos tenido: una actriz, dos autores y una compañía. La actriz, Vera Vergani, es una de las artistas más completas que hemos conocido. Bella y elegante, posee todas las cualidades para triunfar en el teatro: voz, gesto, ademán, brío, emoción, figura. Es algo extraordinario que conmueve con mucha frecuencia y cautiva siempre. En Madrid deja perdurable recuerdo.

Los autores que hemos conocido son Niccodemi y Pirandello. Del primero habíamos aplaudido tres obras, traducidas. Ahora hemos visto, casi entera, su producción dramática. Niccodemi, por su modo de hacer, es un dramaturgo francés que escribe en italiano. Sus comedias son del corte de las modernas francesas. Posee la cualidad de dar interés creciente a sus obras. Y en *L'ombra*, *La volata*, *La nemica*, *L'aignette* y otras, la riqueza de sus recursos, naturales o artificiales, triunfa siempre. Como conferenciante, Niccodemi, además, nos ha encantado con sus charlas amenas y sugeridoras.

A Pirandello—el autor de moda en el mundo—no le conocimos aún; y todavía hoy solo le conocemos al

través de *Seis personajes en busca de autor*, que ha constituido el clou de la temporada italiana. La obra ha impresionado y ha dado origen a comentarios apasionados y vehementes. ¿La ha entendido el público? A nuestro juicio, no. La va entendiendo, merced a las apostillas de los críticos y personas de selección literaria que explican la anormalidad y el simbolismo del teatro de Pirandello.

En cuanto a la compañía, baste decir que es el mejor conjunto de artistas extranjeros que ha venido desde hace mucho tiempo a Madrid.

G. FERNANDEZ SHAW

De nuestra colaboración

Madrid teatral

La crisis del teatro y la preponderancia del cinematógrafo. Causas y razones.—La ópera «Tierra baja», en el Real. Dos novedades en el «Ideal Concert» de Eslava: «La gallina romántica» y «La fadista enamorada».—Don Conrado del Campo, músico fácil.—Un estreno en el Rey Alfonso. Varias obras en preparación

Madrid 29 Enero.

La siempre temida cuestión de Eno está siendo para los negocios teatrales madrileños de prueba. Pocos son los teatros que se defienden, y solo dos o tres los que ganan dinero. El público muestra su retraimiento; pero no por falta de afición, sino por escasez de recursos. Nos hallamos en pleno régimen de economías, impuestas, en parte no despreciable, por los conflictos que en muchos hogares ha representado la incompatibilidad de varios empleos públicos por las limitaciones naturales que se imponen a los bolsillos después de las fiestas de Navidad y antes de las de Primavera. Contribuye también a este retraimiento del público, el excesivo coste de las localidades de muchos coliseos. Bien es verdad que con lo caros que están hoy todos los elementos que integran un espectáculo público, éste no puede resultar luego barato, porque los empresarios no suelen ser altruistas y no quieren resignarse a perder; pero lo cierto es que a ocho pesetas butaca, es muy difícil tener un teatro con buenas entradas todas las noches. Y ese es el precio a que están la mayoría de los coliseos madrileños.

¿Qué ocurre? Pues que el negocio lo hacen los cinematógrafos, que, como tienen unos presupuestos mucho más limitados, pueden hacer, con ventaja, una competencia constante. Ahora en Madrid se da el caso de que una empresa—la de Segarra—explota al mismo tiempo cinco cines grandes; algunos como el de Fuencarral y el Monumental Cinema, donde caben muchos millares de espectadores. Y raro es el día que no están los cinco llenos. Claro que la butaca es a tres reales, a peseta y a dos pesetas; pero la diferencia es siempre grande y la gente, que lo que quiere es pasar un rato distraída, no duda.

Hace falta que una obra pegue de verdad, que un artista entusiasme, que una presentación destumbe o que un conjunto sorprenda, para que el público, sin mirar los precios, acuda al teatro, llenándolo. Ahí está, por ejemplo, el caso de *La mala ley*. Ya ha pasado de las doscientas representaciones. Cuantas veces la anuncian, a precios pólulares (que lo son relativamente), se agolpan las localidades. Y la Comedia, con el gran éxito de *Su desconsolada viuda*, se ve asimismo todas las noches llena.

En el Real ha pasado algo que merece también ser comentado. El abono de moda de los sábados se cubrió como hace muchos años no ocurría; pero resulta que las demás noches apenas si va otro público que el de las localidades al-

tas. ¡Y es tan desconsolador ver la hermosa sala de butacas con seis o siete docenas de personas! Los domingos por las tardes, si hay lleno; pero no bastan esta función y la del sábado para mantener un espectáculo de la categoría de aquél.

El estreno de *Tierra baja* del maestro d'Albert, ha servido especialmente para convencernos aún más de la gran fuerza dramática que tiene la famosa obra de don Angel Guimerá. La partitura, en general, no satisfizo; mejor dicho, no interesó un solo momento. El público siguió la ópera, fijando más la atención en la acción dramática que en la música, y al final de cada acto, aplaudió a los excelentes artistas alemanes y al director de orquesta Walter Rabl, que interpretaron la obra, con el cariño y la voluntad que ponen en todo lo que hacen. *Tierra baja* se ha representado centenares de veces en Alemania y Austria. No es extraño; pues allí no era conocido el drama de Guimerá, y solo éste ya merece difusión en términos no vulgares.

En Eslava, el variado espectáculo *Ideal Concert*, ha aumentado su atracción con dos obras nuevas, que han servido para presentación de una tiple de tan sugestivos encantos como Eugenia Zuffoli. Esta artista, que desde que se separó de la compañía Velasco, no había vuelto a gozar de la predilección del público madrileño—pues to que su actuación última en la Zarzuela estuvo supeditada al género esencialmente lírico que en este teatro se cultivó,—ha encontrado ahora nueva ocasión de personal lucimiento, tanto en la farsa grotesca alemana *La gallina romántica*, como en el entremés *La fadista enamorada*.

La primera le pareció al público un tanto ingenua. Transcurre la acción un poco aburrida de sus amores con el gallo, pero acata la tiranía del rey del corral. Llega el cigüeño y mantiene con ella un amoroso diño. Pero la gallina se siente indisputada, y cuando vuelve el gallo se le comunica. Va éste en busca del médico, y al regresar con él, encuentra a la gallina muy mejorada. La razón es clara:—la gallina ha puesto un huevo, que aparece sobre un carrito, a la vista del público. El doctor abre el huevo y surge un pollito de cigüeña. Y con el consiguiente asombro de todos los circunstantes, cae el telón. La música, de Walter Schuff, es agradable, pero no tiene la suficiente fuerza para entusiasmar. Eugenia Zuffoli está monísima en su papel de gallina; Spaventa hace un arrogante gallo, con acento argentino, y Baena y Pérez de León desempeñan con gracia y desenvoltura sus respectivos cometidos.

La fadista enamorada probó, sobre todo, una cosa: que don Conrado del Campo, el gran compositor, catalogado como músico sabio, también sabe hacer, cuando quiere, canciones sencillas y melodiosas, que fácilmente conquistan el oído del público. Tres fados tiene el gracioso entremés de Torres del Alamo y Asenjo, y de ellos se repitieron dos, por votación unánime del auditorio. La Zuffoli hace una portuguesa enamorada, verdaderamente encantadora, y Collado un portuguesito, enamorado también, pero muy cómicamente tímido.

Todos estos alicientes, con los cuales ha ido entreteniéndose Maritrez Sierra a su público de Eslava, han servido para dar tiempo a los ensayos de la nueva comedia que los señores Arniches y Abati han escrito expresamente para Catalina Bárcena. Se titula *Angela María*, y su estreno está anunciado para el 1.º de Febrero. Desde luego se sabe que es una comedia muy cómica.

En el teatro del Rey Alfonso han querido dar variedad al cartel—en el que ya figura la 80 representación de *Te portias como quien eres*,—con un juguete cómico de los señores Prada y Mihura, titulado *El diablo son las mujeres*. Los dos primeros actos fueron aceptados con complacencia, pero en el tercero el interés decayó y la obra no pudo arribar a puerto sin tropiezos. De todos modos, los aficionados a pasar el rato agradablemente, no dejarán de acudir a ver a la señora Victorero y al señor Espantaleón, que hacen una labor de excelentes artistas.

Apdo, después de estrenar *La leyenda del beso*, «reprissó» *La tierra de Carmen*, y prepara ahora *La montería* y *Mamá Felicidad*, para dar tiempo a presentar *Arco Iris*, con todas las reformas últimas, que ha de proporcionarle, seguramente, unas cuantas buenas entradas. El primer estreno será, según noticias fidedignas, el de una zarzuela cuyo libro es de Antonio Paso y Tomás Borrás, y cuya música está haciendo Pablo Luna.

El Cómico anuncia para muy en breve el estreno de *La entrometida*, nueva comedia de Felipe Sassone, y el Español el de una obra francesa, traducida por Carlos de Balde, con el título de *El timbre de alarma*.

La Zarzuela ensaya *Don Lucas del Cigarral*, cuya reposición se quiere que sea a mediados de Febrero, y Lara la nueva comedia de los señores Alvarez Quintero, en la que se tienen grandes esperanzas.

La compañía Guerrero Mendoza, próxima ya, no tardará en abrir de nuevo las puertas de la Princesa. Y una nueva compañía de verso, de la que son figuras principales Ruiz Tatay y Martínez Tovar, debutará muy pronto en el teatro Martín.

Todo esto, claro está, si dentro de un mes la empresa Sagarsa no ha tomado, para cinematógrafos, todos los teatros de Madrid.

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW

De nuestra colaboración

MADRID TEATRAL

Comienza la temporada.--El éxito de «La muerte del ruiseñor».--El recuerdo de Gayarre y el arte de Romeu.--«La negra», en Eslava.--Dos ilustres actrices: Lola Membrives y Rosario Pino.--Varias inauguraciones y varios estrenos.--La explotación del repertorio antiguo, bien interpretado.--Reaperturas de teatros, próximas.--Nuevos coliseos

Madrid 17 de Septiembre.

Después del obligado paréntesis del verano y de una breve actuación de la compañía de zarzuela de Barrelo en el teatro del Centro, ha comenzado la actividad en los diversos coliseos que tienen la grata misión de endulzar las horas a los vecinos de esta Villa y Corte.

Con grandes entusiasmos artísticos y con muchas esperanzas económicas parece que comienza la temporada. Pero, ¿cuándo no ha ocurrido así? ¿Qué empresario no ha abierto las puertas de su teatro sin la ilusión de un buen negocio, y qué autor se ha aventurado a estrenar una obra sin la creencia de que ella ha de reportarle algo de provecho o de honra? Y el caso es que en la temporada pasada, los desengaños fueron no pocos, y que muchas campañas no consiguieron responder ni a las más modestas ilusiones.

Hoy, sin embargo, el optimismo reina en cada teatro y en cada empresa. Allí cada cual con sus creencias, y Dios repartía entre todos la buena suerte.

Por lo pronto, los del Cómico no pueden quejarse. *La muerte del ruiseñor* les está dando un magnífico resultado, que no es sino consecuencia del brillante éxito obtenido por la obra en su estreno, celebrado en la noche en que se inauguró la temporada. Los señores Contreiras, Camargo y López de Saa pueden legítimamente ufanarse del triunfo de su bella comedia. Con poesía, con delicadeza y con buen sentido escénico han llevado al teatro la figura del famoso y malogrado Julián Gayarre, desde los días en que se reveló, en su pueblo del Roncal, como prodigioso tenor, a la noche trágica en que, cantando la romanza de *Los pescadores de perlas*, se quebró su voz de cristal, para quebrarse después su vida.

El nobilísimo esfuerzo de los autores no se hubiera visto, a buen seguro, convertido en realidad, si no hubiesen contado con la valiosísima cooperación de un actor como José Romeu, en quien concurren todas las condiciones necesarias para encarnar a maravilla la figura imperecedera de Gayarre: juventud, entusiasmos por su arte, gran dominio de la escena, buena escuela de declamación... y una preciosa voz de tenor, no muy extensa, pero muy bien timbrada, que es muy suficiente para dar idea del tipo, y que ha tenido la virtud de que muchos que conocieron y oyeron a Gayarre, hayan podido evocar ahora, dulcemente emocionados, otros tiempos en que también poseían el inapreciable tesoro de la juventud.

Para los autores y para Romeu, por sus respectivos aciertos, y para el veterano La Riva, por la excelente interpretación que hace de la figura de Don Marcos Zapata, han sido los aplausos principales, tributados por un público que a diario ocupa todas las localidades del teatro Cómico.

También con estreno comenzó su temporada el teatro de la Comedia. Mas el resultado no ha sido el mismo, porque la obra cómica de los señores Paradas y Ximénez, *¿Qué pasa en Cádiz?*, no llegó a interesar lo suficiente para que haya podido seguir figurando en el cartel. Y es lástima, porque, por lo menos, tenía un primer acto gracioso y bien observado, con tipos arrancados de la realidad. El público espera ya mucho de los señores Paradas y Ximénez, por lo mucho bueno que han producido, y les exige lo que cree que pueden seguir dando.

La misma noche que la Comedia abrió sus puertas Eslava, con la compañía de don Juan Vila, de la que es director don Juan Alarcón, y director artístico don José Fernández del Villar. De éste fue la comedia inaugural, titulada *La negra*. Y bueno es decir que crítica y público han estado conformes al estimar *La negra* como la obra más acertada y completa del autor de *Alfonso XII*, 13. Obra en la que felizmente se aflan y complementan los elementos cómico y sentimental, hace reír y sentir, que es lo que, seguramente, se ha propuesto el autor. *La negra* es, como se

comprenderá, la mala suerte que persigue a un individuo, llamado por cierto Ventura, en todos los actos de su vida. Allí donde va o donde interviene, es causa de que se produzca un incendio u otra calamidad por el estilo. Claro que el señor Fernández del Villar, lo que ha querido es demostrar que eso de la mala suerte o la buena estrellita en una determinada persona carece en absoluto de fundamento. Porque a Ventura, al final, le toca el premio gordo, y resulta tan afortunado como hubiera podido serlo otro mortal cualquiera. Alarcón, en este protagonista, que emociona y divierte, y Tordesillas en un tipo francamente cómico, llevan el peso de la comedia, a la que da la compañía de Vila, en conjunto, una excelente interpretación.

Otro teatro de comedia que ya está funcionando, es Lara. En él actúa la compañía de la admirable Lola Membrives; más admirable cuanto más se la ve trabajar. Hasta ahora no ha hecho estrenos, pero la reposición de *La noche del sábado* ha servido para que hayamos podido apreciar en todo lo que vale su talento de actriz. Y de paso, para que nuevamente hayamos gustado las bellezas de esa comedia, que es una de las que mejor acreditan el talento de Benavente. Para mañana se anuncia el estreno de *La otra honra*, nueva obra del ilustre dramaturgo. Huelga decir que, como siempre, hay expectación.

Esta noche, Rosario Pino, en el Centro, inicia también un corto número de representaciones, antes de emprender una excursión por provincias, y acaso por tierras americanas. La obra de presentación es *Por los hijos*, del dramaturgo catalán Ignacio Iglesias, traducida por el señor Nadal. A buen seguro que Rosario Pino, dueña aún del secreto de su arte, obtendrá un nuevo triunfo, en el que se traduzca toda la admiración y toda la simpatía que Madrid siente hacia ella.

Un estreno muy lucido ha sido el que Loreto Prado y Enrique Chicote ofrecieron, como primicias de su campaña de otoño, en la Latina. *Cómo se hace un hombre* es un sainete muy bien visto y desarrollado por los señores González del Castillo y Berguá, con unos números alegres de música de Jacinto Guerrero. En la noche del estreno, casi toda la partitura se repitió. Y hubo número, como el de la cocaína, que tuvo que ser cantado cuatro veces.

En la noche de enfrente, los de Novedades explotan también otro éxito: el de *Soledad y Compañía*, del señor Vürgas y el maestro Alonso. Esta obra había sido estrenada el año pasado, en Barcelona, con el mismo resultado excelente. Dentro de un ambiente asainetado, se destaca el tipo de «la Sole», madrileña castiza, vendedora de periódicos, que ha encontrado una graciosa intérprete en María Lacalle, cada vez más popular entre el público de aquella extensa barriada. El maestro Alonso, actual empresario en Novedades, ha reunido una compañía muy a propósito para explotar con resultado el género lírico, que otras veces ha tenido allí tanta aceptación. En *La alsaciana*,

La fiesta de San Antón y otras obras, se ha demostrado esa calidad de la compañía, en conjunto y en detalle.

El teatro Martín, con nueva empresa, al frente de la cual figura el señor Chiappi, ha comenzado con una compañía, acaso demasiado numerosa para la capacidad económica de aquella sala. La cantidad de artistas se explica considerando que en el teatro se van a explotar, al mismo tiempo, dos géneros: uno, familiar, por la tarde, y otro, alegre, por la noche. Perteneciente al primero es la nueva zarzuela *Pasión de esclavo*, libro de los señores Sepúlveda y Gabirondo, con una bella partitura del maestro Pover, a quien esperan grandes éxitos. Es una zarzuela dulcemente emotiva, que prueba el buen gusto de sus autores. Con *Pasión de esclavo* se ha presentado al público de Madrid una tiple de grandes méritos, que ya en Barcelona gozaba de un sólido prestigio. María Jaureguizar posee una voz extensa y bonita, y una arrogante figura. Su triunfo en la zarzuela de Pover fué resonante. Para la sección de la noche estaba preparado *El gallo de Morón*, cuyo estreno, por especiales razones, ha sido aplazado hasta esta noche.

Una nueva demostración del gran negocio que puede seguir siendo en Madrid la interpretación, bien cuidada, de obras conocidas del repertorio, es la actuación simultánea de las compañías de Manrique Gil y Manuel Llopis, en Fuencarral, y de Arias y Povedano, en El Cisne. Los primeros realizan una campaña dramática, cultivando el género de verso y de alta comedia. Desde los dramas de Echegaray a las modernas producciones de Linares Rivas, han llevado a la escena un vasto repertorio, que ha hecho el milagro de llenar a diario el teatro Fuencarral.

Los de El Cisne han repetido lo que en otra ocasión hizo, con el mismo resultado, Eugenio Casals. Las zarzuelas grandes y chicas, le gran éxito, a partir de hace treinta años, obtienen aceptable presentación. Y el público acude lo mismo a oír *El anillo de hierro* y *Jugar con fuego*, que a escuchar *Maruxa* y *Molinos de viento*.

Se aproxima el comienzo de otras temporadas. El Infanta Isabel empieza mañana, con la comedia extranjera *Hay que vivir*, traducida por don Luis Olive, y Apolo anuncia para la próxima semana su reapertura con *La bejarana*, que tan buen resultado le dió en la primavera última. Se dice que el primer estreno será el de un sainete de don Carlos Arniches.

Tres nuevos teatros funcionarán este invierno en Madrid: el Portalba, con una compañía reunida por don Tirso Escudero, para cultivar la comedia en sus varios aspectos; el Alkazar, construido por el señor Cadenas para hacer obras de gran espectáculo—tiene un prodigioso escenario,—y el coliseo de Pardiñas, muy amplio, destinado a explotar género popular.

Las empresas no harán negocios pero lo cierto es que cada día hay más empresarios y más teatros.

G. FERNANDEZ SHAW

= 1925 =

De nuestra colaboración

Madrid teatral

Un gran acierto de Marquina y Hernández Catá.--El triunfo de «Don Luis Mejía», en el Teatro Español.--Lo que es la nueva obra.--«Don Luis» y «Don Juan».--Algo del argumento.--La forma.--La interpretación

Madrid 20 de Enero.

Obra de un valor literario y dramático considerable. Exito entusiasta, que se ha traducido en frecuentes interrupciones de la representación con aplausos y exclamaciones admirativas.—Tal es *Don Luis Mejía*, drama en verso, original de don Eduardo Marquina y don Alfonso Hernández Catá, estrenado el sábado último en el Teatro Español.

Don Luis Mejía, el rival de Don Juan Tenorio, que en la obra de Zorrilla queda en un plano secundario, adquiere ahora vida propia, importancia principal, relieve extraordinario. No es otro Don Luis. Es el mismo de Zorrilla—y ese es el mayor acierto de los autores,—pero desarrollado en forma que enaltece el tipo de Mejía, diferenciándolo esencialmente del de Don Juan. En esa diferencia está la razón de sus derrotas. A Tenorio le basta una hora para olvidar a las mujeres que conquistó. Mejía no puede olvidarlas. Y es que Don Juan es un burlador, y Don Luis un enamorado: «Por eso un continuo afán—le malogra sus placeres.—Por eso siempre serán—las mujeres de Don Juan—y Don Luis de las mujeres».

Otro acierto de la obra de Marquina y Hernández Catá, es que Don Juan no salga a escena. Se le presiente, se adivina su proximidad, se sabe que está o ha estado a pocos metros, se ve un guante suyo... Se siente, en suma, la ráfaga de huracán que levanta a su paso. Y es Don Luis, apasionado y sentimental, el que llena y absorbe nuestra atención con aventuras derivadas del drama legendario o con otras nacidas en la imaginación de los autores de hoy.

Por una somera descripción del argumento podrá verse cómo éste es así, y cómo en buena parte de la acción de *Don Luis Mejía* corre, henchida de emoción dramática, pagalela a la de *Don Juan Tenorio*.

El primer acto transcurre en París, en el palacio de Mejía, al que sirve su fiel criado Gastón. Amo y servidor se proponen ir a la feria de Versalles, a la que es fama que concurren las más bellas mujeres de París. Preséntase de pronto, en forma airada, el Príncipe de Lorena, que acusa a Don Luis de haber seducido a su hermana Clara—enferma óncella a quien él tenía cuidadosamente recluida en sus habitaciones, y de retenerla ahora oculta en el palacio.

La acusación de Lorena es falsa. Mejía no reconoce a Doña Clara, ni ha podido seducirla; pero como sus explicaciones no convencen al hermano ofendido, y éste profiere amenazas y desplantes, responde en forma adecuada a Lorena, teniendo frases de agravio para Doña Clara y aceptando el reto de cruzar en Versalles su acero con aquélla.

Márchase el francés, y cuando don Luis prepara armas y caballos para marchar con Gastón a Versa-

lles, aparece doña Clara de Lorena que, en efecto, estaba en casa de Mejía, oculta desde la noche anterior en que llegó, siguiéndole.

¿Habrá que decir que durante la explicación don Luis queda prendado de la enamorada enferma? Porque doña Clara está enferma, casi delirante, y ya, habiendo visto y hablado a Mejía, no teme a la muerte... Y don Luis abandona sus proyectos de ir a la feria y renuncia esa noche a toda aventura por permanecer en su casa, velando a la enferma: haciendo por una mujer aquello de que no hubiese sido capaz en su vida don Juan Tenorio.

El acto segundo es en Sevilla. Estamos en el patio que da entrada a la casa de Mejía. Este, de vuelta de París, saborea la delicia inefable de respirar el ambiente de Sevilla. Un enojoso incidente que surge entre él y un amigo es cortado por la llegada de una mendiga, cuyo timbre de voz impresionó vivamente a don Luis. Queda éste luego solo y surge una escena con Lucía, la criada de doña Ana de Pantoja, prometida del galán. Lucía, morisca que conquistó una noche el amor de don Luis, es la mujer que habla a éste a los sentidos. Lucía está despechada y, en sus labios brota el odio, por celos, que siente hacia su señora. Interrumpe el coloquio doña Leonor, la madre de don Luis, que indignada, ordena salir de allí a la criada. Como Mejía, obediente, hace suya la orden materna, Lucía se va jurando venganza.

Doña Leonor atea su conducta liviana a su hijo, y le reprende por no haber formalizado y llevado a feliz término, ante el altar, sus relaciones con doña Ana de Pantoja. Don Luis, en quien el amor materno—de mujer, al fin—hace mella, promete sumiso variar de conducta y hacer su esposa a doña Ana.

Vase la madre y llega, cubierta la cara por negro antifaz, la propia doña Ana. Viene trémula. Un hombre la seguía. Sale don Luis a ver quién era. A nadie columbra. Doña Ana no tarda en darse a conocer. Está también ofendida con don Luis, a quien prometió su mano y de quien don Luis, como hemos visto, se olvidó. Sabe, además, la rivalidad que hay en Sevilla entre don Luis y don Juan y los escándalos que ambos están dando. Ella se ve asediada por don Juan. No cabe duda de que él mismo era el que ha llegado, requebrándola, hasta la casa de Mejía. Este se enardece. ¡Cumplirá su promesa de casamiento! ¡Pruebe don Juan a disputarle la dama! Y, como es de noche, ordena a sus criados encienden antorchas y con ellos marcha, escoltando a su prometida, hacia la casa de doña Ana de Pantoja.

Seguimos en el tercer acto en Sevilla; pero en el interior de casa

de doña Ana. Han ocurrido acontecimientos. Lucía, despechada, ha hablado por aquella misma ventana que al fondo vemos, con don Juan, y le ha prometido franquear la entrada. Así lo ha hecho, efectivamente. Y según luego nos enteramos por doña Ana en una de las mejores escenas de la obra, Tenorio ha llegado al aposento de la Pantoja, ha simulado al principio ser don Luis y luego ha atentado contra su honor... y el del propio Mejía. En cuanto a éste, lo que sabemos es que cuando llegó a las inmediaciones de la casa, fué sorprendido y maniatado por los criados de Tenorio.

Lucía se recrea en su obra; doña Ana sufre y decide marchar a un convento. Llegan don Luis y sus amigos. El ha conseguido escapar de sus enemigos y acude a remediar el mal... que está hecho. Su escena con Lucía es de gran intensidad dramática. La acusa y la desprecia. Aparece doña Ana. ¡Ya es tarde, don Luis! Y relata, emocionada, horrorizada, lo ocurrido. Allí está, como prueba, el guante, encontrado por el propio don Luis, que don Juan dejó caer al saltar por la ventana. Y los acentos de desesperación y venganza de Mejía—quien con esta hazaña de Tenorio pierde dama y pierde apuestita,—ponen fin a la violenta escena y al acto. Don Luis va a jugarse la vida con don Juan.

El epílogo tiene dos partes, aunque las dos con el mismo lugar de acción. Es la entrada de la quinta de don Juan, a orillas del Guadalquivir. Al fondo, cruza el río. A su otra orilla se adivina la ciudad. Coinciden ante la quinta las que podemos llamar «las mujeres de don Luis». Doña Ana, que se dirige al convento; Lucía que ha seguido los pasos del galán hasta la misma puerta de la finca, y la mendiga... que no es otra que aquella doña Clara de Lorena, que ha venido, como alucinada, en pos de Mejía y que, por su misma locura febril, hasta ha olvidado el nombre de aquel a quien sigue. Pero cuando lo escucha en labios de las otras mujeres, sufre intensísima emoción; parece recobrar por unos instantes la lucidez. Y es ella la que advierte la lucha que en el palacio de don Juan se desarrolla y la que, desfalleciendo ella al mismo tiempo, ve la muerte de don Luis. Doña Clara y Mejía mueren al mismo tiempo. Hay un momento de obscure, y allí se encuentran, camino de la eternidad, las almas de los dos enamorados. Doña Clara, el amor puro, salva a don Luis y le da vida inmortal.

En cuanto al ropaje poético con que los señores Marquina y Hernández Catá han vestido su obra, baste decir que han procurado y conseguido hacer un drama gemelo del *Tenorio*. Las octavillas italianas, las quintillas, las cuartetas y las seguidillas, en rica rima de consonantes, sirven con toda su

fuerza musical y su vigor lírico, a las situaciones dramáticas y a las bellas ideas de que está esmaltada la obra.

En la representación, muy esmerada por parte de todos, sobresale la labor de don Fernando Díaz de Mendoza y Guerrero, a cuyo cargo corre la difícil misión de dar vida al protagonista. El señor Mendoza tiene voz, figura, juventud, entusiasmo. ¡No es poco! El tipo de Mejía es, además, uno de los que mejor encuadran en sus cualidades de actor. Su ilustre madre de adecuado relieve a su breve intervención.

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.

Madrid teatral

Las traducciones y las obras que merecen ser traducidas. «Knock o el triunfo de la medicina». -Una opereta en Estava y una comedia en el Reina Victoria. -Nuevo éxito de don Honorio Maura. -Presentación de Fleeta en el Real. ¿Fleeta a Valencia? -Una gran compañía de zarzuela. -Próximos estrenos

Madrid 4 de Marzo.

La resolución adoptada por la Sociedad de Autores de gravar con un tanto por ciento, mayor del corriente, los derechos por administración de las traducciones de obras extranjeras, tiene un innegable fondo, en justicia; pero puede dar lugar a que obras de verdadero mérito, que deben ser conocidas en castellano, dejen de ser trasladadas a nuestro idioma. Que la producción endeble—y aun la corriente—del extranjero llegue a dominar en nuestros escenarios con perjuicio de la nacional, no solo es triste, sino absurdo. Y, sin embargo, más triste sería que comedias antiguas e modernas que dan la vuelta al mundo, y que tienen un valor dramático y literario considerable, quedasen sin ser difundidas en España por las trabas puestas a los traductores.

El caso de *Knock o el triunfo de la Medicina* puede servir de ejemplo. Su éxito excepcional, obtenido el año pasado en París y repetido en cuantos sitios se representó luego; las críticas laudatorias que mereció y los apasionados comentarios que suscitó entre los médicos franceses, eran razones más que suficientes para aconsejar su traducción. Prueba de ello fué la serie de solicitudes que recibió el representante de M. Jules Romains, prestigioso autor de la comedia. Fué el más afortunado—porque logró su propósito—don José María Linares Rivas y éste, en unión de su ilustre padre, hizo el trasplante a nuestra escena. La obra se estrenó la otra noche en el Cómico, por la compañía Díaz-Artigas, y su éxito fué, como era de esperar, brillantísimo.

Han encontrado los críticos cierta afinidad espiritual entre esta farsa y las famosas comedias de Moliere, en que se satirizan los procedimientos de ciertos médicos. Claro que este *Knock de Romains* no tiene nada que ver con los galenos de antaño. Este *Knock* viene a ser el símbolo del médico ultramoderno, que, absorbido por su ciencia, ve en todo ser humano un enfermo. Busca la enfermedad, la cultiva, la organiza, y depara así brillantes ocasiones de actuación a la Medicina. No se sabe si es un místico de su ciencia o un farsante que industrializa su carrera. Pero de lo que no cabe duda es de que el pueblo, en donde reinaba a la llegada del doctor *Knock* una salud enviable, cuenta, a los pocos meses de su apostolado, con centenares de enfermos, si bien es cierto que perfectamente catalogados con diagnósticos precisos e inquietantes y con detallados planes de tratamiento. En el pueblo se ha terminado la alegría; la preocupación por las respectivas dolencias acaba por dominar a todos. No está contento de verdad más que el farmacéutico. Es el triunfo de la Medicina.

Fernando contraste con *Knock* está el médico a la antigua, el anterior facultativo del pueblo, en cuyos labios están muchos de los reproches que el autor dirige a las exageraciones de la Medicina moderna. Pero Santos, el doctor viejo, es vencido también por *Knock*, que le descubre una oculta dolencia, llevando también a su ánimo la preocupación y el desasosiego.

Solo con lo apuntado se comprenderá el interés de la obra traducida por los señores Linares Rivas. En la interpretación se destaca el señor Artigas, que ha puesto todos sus entusiasmos en el estudio del complicado tipo del protagonista. Los demás artistas de su compañía le secundan con acierto.

Entre los señores Martínez Sierra y Cadenas, en su doble carácter de autores y empresarios, ha habido un intercambio curioso. En el mismo día, don Gregorio Martínez Sierra, alma de Eslava, ha estrenado una comedia en el Reina Victoria, y don José Juan Cadenas, dueño y señor de los destinos del Reina Victoria y el Alkazar, ha dado a conocer una opereta en Estava. Parece paradójico, ¿verdad? Y mucho más, si se considera que uno de los teatros de Cadenas está dedicado a opereta, y que en Estava actúa preferentemente una compañía de comedia.

No obstante, la realidad ha demostrado que ambos autores tenían razón y motivos para sus decisiones. Tanto *Katia la bailarina*, opereta austriaca con música de Gilbert, como *El hombre que quiere comer*, comedia de Tristan Bernard, en cuya adaptación ha colaborado, con el señor Martínez Sierra, don Joaquín Aball, gastaron anteaer mucho.

La primera es una de las producciones que se hicieron en Viena después de la guerra: pocos personajes, acción sencilla, diálogo fácil y música bonita. Todo depende de la figura principal. En esta ocasión, Cándida Suárez, con su belleza, su gracia y su arte personal, dió a *Katia la bailarina* todo el relieve requerido y obtuvo un gran

triunfo. José Luis Lloret, el barítono de la voz aterciopelada, la señorita Santaularia, Baena, Pérez de Ledn, Ricardo de la Vega y Galdón, contribuyeron a hacer pasar un rato delicioso a la concurrencia.

El hombre que quiere comer es una deliciosa comedia, en la que el sutil ingenio francés campea a su gusto.

La protagonista en la obra es el hambre; el hambre, que obliga al personaje, encarnado por el señor González a cometer, para comer, una porción de bajas acciones. En su desgraciada situación, llega a plantear el robo a una dama, pero hé aquí que cuando está oculto, esperando la ocasión para cometer el delito, ve entrar por la ventana a un ladrón profesional. Y como él es un caballero, aunque ahora no lo parezca, se olvida de que iba también a robar, y descubre y detiene al ladrón. Lo demás, fácil es de presumir. La señora, a quien no ha hecho el galán mal efecto, ni mucho menos, le declara su gratitud, y cuando él le confiesa toda la verdad, noblemente, le perdona. La señora Adamuz, cada día más actriz, da con el señor González, a la comedia, el matiz semi-cómico que requiere.

Don Honorio Maura afianza su personalidad de autor. Su última obra, *La vuelta al redil*, demuestra una mano experta, un dominio de la escena evidente. Para sus primeros estrenos, acaso haya podido ser útil su ilustre apellido. Hoy bien puede creer el señor Maura que a él, a sus méritos bien probados, debe el puesto que ocupa entre los comediógrafos españoles. Su última producción tiene interés y tiene amenidad. Y no es tan sencillo hermanar en unas cuantas escenas ambos elementos.

No he de terminar estas notas sin recoger dos acontecimientos del Teatro Real. Fué uno la repetición de *La Walkyria*, con un éxito muy merecido para María Lléser; ha sido el otro la presentación de *Fleeta*, el incommensurable *Fleeta*, con *Carmen*. Anoche, el famoso tenor baturro, que ha llegado de América cargado de laureas y de oro, se jugaba una carta importante en su carrera. Quería saber el exigente público madrileño si el divo seguía en posesión de sus prodigiosas facultades. Y pronto supo a qué atenerse. Sonó la voz de plata del aragonés, y no se hicieron esperar los primeros aplausos, prólogo de la ovación que sonó luego en el aria famosa, y de las que se renovaron en el último acto. *Fleeta* viene tan bien como se fué. Y así le fué reconocido, a pesar de las reservas y prejuicios con que el público fué al teatro.

En Madrid dará doce funciones. Después... acaso los valencianos sean los primeros que le oigan cantar.

Otro acontecimiento lrico para Madrid, es la presentación, anunciada para esta noche, de la gran compañía de zarzuela, procedente del Tivoli, de Barcelona. Hay a su frente cantantes muy prestigiosos, y entre las obras que piensan estrenar, se tienen grandes esperanzas en *Por una mujer*, del maestro Lambert; *La gaviota*, del maestro millán, y *La joven Turquia*, del maestro Luna; todas ellas grandes éxitos en aquella ciudad. Esta noche, al teatro de la Zarzuela se verá como en sus más brillantes noches. Ha venido Lambert y dirigirá su obra, escogida para la inauguración.

En otros teatros, preparativos por ahora: en el Español se anuncia *La casa en orden*, del dramaturgo inglés Pinero; en Fontalba, *El tío Quico*, de Arniches; en Maravillas, *Los campanilleros*, de Muñoz Seca y Pérez Fernández, y en Apolo, *Autómata*, revista de Mario Vitoria. Todo es poco en estos tiempos de ayunos y abstinencias... de público.

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW

De nuestra colaboración

Madrid teatral

Un acontecimiento madrileño: la inauguración del Alkazar y «Madame Pompadour».—En otros teatros: las últimas obras estrenadas.—Quince primeras actrices trabajan en los principales coliseos de Madrid.—Desde María Guerrero a Carmen Jiménez, pasando por Margarita Xirgu y Rosario Píno.—La dolorosa pérdida de otra actriz de valía: Mercedes Pérez de Vargas

Madrid 2 Febrero

Varias son las obras nuevas animadas para este año, que tienen por fondo la sala francesa durante el reinado de Luis XV. Solo que nosotros separamos existen una zarzuela de los señores Ramos Martín y García Pacheco con música del maestro Luna; *El parque de los ciegos*, de los señores Fernández Ardavin y Palencia, con partitura del maestro Guerrero, y *Madame Pompadour*, la nueva opereta de Leo Fall, que ha servido a don José Juan Cadenas para la fiesta inaugural del nuevo teatro Alkazar, elevado, con rumbo y elegancia, en el mejor trozo de la calle de Alcalá.

La inauguración del Alkazar ha sido un acontecimiento para Madrid; por lo menos para el Madrid que gusta de divertirse. El teatro es precioso, cómodo, simpático, atractivo. El espectáculo—análogo al cultivado en años anteriores en el Reina Victoria—es frívolo, agradable, de un constante buen gusto, desde el punto de vista del arte. Y uno y otro aliciente, el de la novedad del teatro y el de la continuidad de un espectáculo, son muy bastantes para que el Alkazar esté contando por llenos las representaciones que da de *Madame Pompadour*.

Una aventura de amor de la famosa cortesana de Luis XV da motivo para unos cuantos números bonitos y para un alarde de presentación escénica. Decorados, trajes, todo, en fin, ha sido escrupulosamente estudiado por el señor Cadenas, logrando una verdadera reconstitución artística de aquella época.

En la protagonista se reveló como cantante de voz grata la señorita Lajos, a quien ya habíamos admirado en otros teatros como actriz. Del elemento femenino fueron también muy aplaudidas Julia Fons y Victoria Pinedo. Teresa Saavedra y Paquita Torres fueron saludadas de nuevo, con complacencia, por sus admiradores. De ellos, Moncayo y Gardía, destacaron su trabajo.

En el Alkazar se ensaya ahora *Afrodita*. Según los bien enterados, en esta obra, es donde se advertirán los muchos recursos de escenografía de que está dotado el nuevo teatro.

En el otro coliseo inaugurado esta temporada, el Fontalba, está dando muy buenas entradas la comedia *Mamá es así*, adaptada, del francés, por los señores Gabaldón y Gutiérrez Roig. Es una comedia ligera, muy a la moderna, que entretiene y hace pasar al espectador un rato agradable. Además da ocasión para admirar una vez más la voz de plata de María Gómez—la mamá, aún joven, amiga de diversiones,—y la belleza de Josefina Tapias,—la hija, ya mujer, formal y víctima de las alegrías de su madre. El buen arte de Ruiz Tafay, Romea y Luis Peña completa el buen conjunto de la interpretación. Una cosa es digna de ser anotada.

En el Fontalba se presentan hoy las obras con verdadera suntuosidad. El aristocrático dueño del teatro tiene puesto su amor propio en eso Quiere y queda. Hace muy bien. En breve se estrenará en este mismo teatro una obra francesa, cuya traducción ha sido hecha por Eduardo Marquina.

Mientras que la compañía Guerrero-Mendoza realiza su anunciada temporada popular en la Latina, donde tan buen negocio hizo el año pasado Enrique Borrás, se ha presentado—y actúa con buenas entradas—la de Margarita Xirgu, que trae en cartera varias obras nuevas de interés. El debut ha sido con *Cristalina*, una de sus más completos aciertos, ofreciendo esta obra, por lo pronto, la novedad de que, en el desempeño del papel de la protagonista, alterna con la Xirgu Rosario Píno. Este rasgo de la gran actriz catalana, brindando ocasión a su ilustre compañera para trabajar en un buen teatro de Madrid, merece un no regateado aplauso.

Otra buena actriz, Josefina Díaz de Artigas, después de afirmar su personalidad en la interpretación de la interesante comedia de Molinar, *El cisne*, ha dado un nuevo paso en su carrera, dando vida a la protagonista de la última comedia de don Honorio Maura, *Como la hiedra al tronco*. El tipo de «María Clara», la mujer tierna e insinuante, que ha de elegir entre el amor de dos hermanos, adquiere en ella vigor dramático, que presta a la comedia calor de realidad. La obra ha sido conceptuada, por la crítica y por el público, como la mejor de las producidas hasta ahora por el señor Maura. La compañía del Cómic—quizás, porque se lo merece—sigue estando de enhorabuena.

Catalina Bárcena pocas novedades nos ha ofrecido últimamente. Sin embargo, su breve intervención en la llamada *Revista de Estava*, se destacó de tal modo, que puede decirse que, merced a ella principalmente, sigue manteniéndose en el cartel la opereta *El jardín encantado de París*. Recita un anónimo y poco más. Pero, ¡qué modo de recitar! ¡Qué gracia tan fina, tan personal! Es una admirable artista. Esta noche se estrenó en Estava *Romancera*, parodia de *Cancionera*, de los Quintero. La han hecho Asenjo y Torrés del Alamo. Tendrá gracia, sin duda.

En la Princesa, la actriz catalana Elena Jordi está realizando una temporada de un género picaresco, que linda en lo francamente alrevido. Ha estrenado, hasta ahora, dos vodeviles franceses, muy graciosos. El último, titulado *¡Te ha guiñado un ojo!*, ha acreditado, además, las cualidades dramáticas de sus traductores, los señores Adame y Jardiel, que son dos de los periodistas jóvenes madrileños de más brillante porvenir. La Jordi está obteniendo éxitos muy lisonjeros. Para actuar en Madrid no le perjudica más que la persistencia del acento catalán. Aún así, este defecto lo

tiene ahora mucho más corregido que hace unos meses, cuando actuó aquí por primera vez. Luis Llano y otros excelentes artistas, colaboran con la Jordi en la campaña actual de la Princesa.

Anita Adamuz, aquella primera dama a quien vimos trabajar hace años, en Price, junto a Enrique Borrás, ha vuelto esta temporada a Madrid convertida en una excelente actriz, perfectamente dueña de su arte. La actuación suya y de Manuel González, el primer galán de la Comedia durante muchos años, consagrado hoy como un primer actor muy completo, se está destacando por la interpretación soñada y ajustada que saben dar a las comedias. En su campaña de Reina Victoria, están cultivando con preferencia género francés, pero el repertorio de esta compañía, cada vez más acreditada en provincias, muestra que, por lo menos, tanta atención como al arte extranjero dedica a la producción nacional, cuando lo merece.

Pero no acabó aquí el número de las primeras actrices que actualmente trabajan en los escenarios madrileños. Sin contar las dos hermanas Leocadia e Irene Alba y Loreta Prado—cada una con sus excepcionales méritos y con su respectiva clase de labor,—que en Lara, Maravillas y Puencarral siguen recibiendo el diario homenaje de afecto de sus admiradores, tenemos a la notable Marfa Herrero en el Centro, haciendo ahora el juguete, muy divertido, de Paso y López Monje, *¡Mujercita mía!*, y cantando canciones como fin de fiesta; a María Banquer, en el Rey Alfonso, que con *La bondad*, de Muñoz Seca; *Pimentón*, de Fernández del Villar, y *La perla azul*—una adaptación de Gabaldón y Gutiérrez Roig,—ha ganado mucho ante la crítica y ante el público de Madrid; a Eloisa Muro, ama y señora hoy de las simpáticas del Infanta Isabel; a Aurora Redondo, que después de intervenir muy acertadamente, con un tipo episódico, en *La tela*—que es, en la Comedia, el éxito cómico del año, por virtud de Muñoz Seca y Pérez Fernández, secundados por Oriás,—se propone salir muy en breve a provincias, como primera figura, en unión del que entonces será ya su esposo, Valeriano León; a Concha Catalá, a Carmen Jiménez...

Pero, ¿cómo cerrar estas notas consagradas a recoger triunfos de bellas e ilustres artistas, sin hacer nos eco del dolor que ha experimentado hoy Madrid, al conocer la muerte de una de sus actrices predilectas? Mercedes Pérez de Vargas, «Merceditas», como segun la llamándola mucha gente, no pudo vencer la cruel enfermedad que desde hace meses minaba su naturaleza. En plena juventud, en el apogeo aún de su belleza y de su arte, abandona la vida; es la flor azaharada, fragante, que, de pronto, se quiebra por su fallo. Su recuerdo perdurará en cuantos la vimos interpretar deliciosamente, en la Comedia, buena parte de la producción de don Jacinto Benavente.

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW

De nuestra colaboración

Madrid teatral

Valencia en Madrid.--Dos compositores valencianos de mérito.--«Carmeleta», en Apolo, y «El mastín de la Pedrosa», en Novedades.--Disraeli, en el teatro.--Un drama de interés histórico y anecdótico.--«Torre de marfil», en Eslava. Dos obras cómicas de diversa índole.--Nueva modalidad de Pirandello.--Un «debut» afortunado en el Real

Madrid 22 de Febrero.

El arte valenciano ha recibido en estos días obvio homenaje de admiración del público madrileño: en Apolo y en Novedades, dos compositores levantinos, jóvenes y de valía, han visto coronados sus esfuerzos por las mareas del éxito, que son las más sabrosas mieles que puede apetecer un autor, lo mismo cuando ya las ha gustado en varias ocasiones, que cuando por primera vez se enfrenta con el auditorio que ha de juzgarle.

Carmeleta, zarzuela dramática, libro de los señores Asenjo y Torres y música de don Francisco Balaguer, obtuvo una acogida felicísima, que debe servir para que, tanto sus autores como otros cultivadores del género lírico, se aficionen a seguir inspirándose en los ambientes, tan variados y tan sugeridores, de las distintas regiones españolas, para crear obras que sean reflejo del temperamento de nuestro pueblo: de su modo de ser y de su manera de sentir.

En *Carmeleta*, la acción se desarrolla en plena huerta valenciana. El conflicto, derivado de una desventurada historia de amor, se resuelve dramáticamente porque, tal como se plantea, no consiente el carácter de los personajes, fielmente reflejados, resolverlo de otro modo. Pero no se crea por esto que las tintas negras recargan el cuadro. Con habilidad, de que tantas muestras tienen oídas los tantas veces aplaudidos saineteros madrileños, han entremezclado escenas cómicas y situaciones graciosas, aprovechadas estas últimas con gran acierto por la fácil inspiración del músico. Tres números cómicos tiene la zarzuela, y los tres fueron repetidos por voto unánime.

Pero la partitura de *Carmeleta* es algo más: aspira a mayores consideraciones y consigue ser, en su conjunto, una amplia manifestación lírica de la huerta valenciana, con sus bailes famosos y con sus cantos, siempre henchidos de poesía.

Por eso el público, al advertir el noble alicento del maestro Balaguer, y al darse cuenta de que se hallaba ante un compositor a quien esperan muchos días triunfales, le dedicó sus aplausos caturoses, que eran justo premio a la brillante labor hecha y estímulo para la que debe realizar en el porvenir.

Junto a Rosillo—levantino también,—Granados, Guerrero, Moreno Torroba y otros compositores jóvenes, el maestro Balaguer ha alcanzado, por sus propios méritos, un puesto en la consideración del público madrileño.

Tampoco ha dejado éste de acordarse de otro compositor valenciano: Enrique Estela. Con *La hebreá* logró muy joven lo que muy pocos consiguen en Madrid. Y, desde entonces, nada de empeño ha vuelto a ofrecernos, a pesar de que se sabe que una ópera suya, *Tierra levantina*, está terminada hace acaso más de un año.

Volviendo al estreno de Apolo, diremos que en la interpretación, Lola Rosell lució su buen arte de cantar; que Navarro, Castro e Iglesias, la secundaron con mucho acierto, y la Galindo y Paco Gallego pusieron su vis cómica, que es mucha, al servicio de los graciosos tipos que les tocaron en suerte.

Los aplausos que sonaron en Novedades fueron en honor del maestro alicantino Francisco Capo y del poeta Alvaro de Orríola, autores de la música y el libro de la zarzuela, también dramática, *El mastín de la Pedrosa*. Las rivalidades de un marqués y un pastor por el amor de una mujer, y los episodios que van surgiendo al margen de esa acción, dan ocasión para una jugosa partitura, en la que se destacan un *racconto*, un bailable de carácter popular, un brioso dúo y un intermedio de factura delicada y admirable orquestación. Con los autores compartieron el éxito la tiple señorita Santoncha, el barítono Maynou, cada vez mejor de facultades; el tenor Faustino y los demás actores de la bien acopiada compañía que dirige el maestro Alonso.

En teatros de comedia no han faltado tampoco las novedades. En el Infanta Isabel subió a la escena *Disraeli*, el famoso político inglés, dramatizado por Parker y puesto en condiciones de ser entendido en España por don Manuel Linares Rivas. La figura del que luego fué lord Beaconsfield, que tiene tan gran interés histórico, puesto que tanto influyó en el desarrollo del poderío inglés, adquiere relieve dramático merced a una intriga de amor y de espionaje, en la cual se van entanzando unas cuantas anécdotas, más o menos conocidas, de la vida de *Disraeli*. Aun así, la obra atrae más por el interés que despierta la personalidad del protagonista que por los accidentes de la acción escenificada. José Calle alcanza en la interpretación del personaje eje de la comedia, uno de los éxitos más considerables de su carrera artística. Sobriedad, justeza, ironía... Vale mucho Calle, y en esta ocasión lo ha

demostrado plenamente. La señorita Vilar, la señora Muro y los señores Mora y Sepúlveda, completan al buen conjunto.

Don Gregorio Martínez Sierra nos brindó, en su teatro de Eslava, el estreno de *Torre de marfil*, ya favorablemente sancionada por los públicos de San Sebastián y otras poblaciones del Norte.

De una novela breve, del mismo título, del propio señor Martínez Sierra, surgió la obra teatral, que tiene, sobre aquella, el encanto de que los personajes, al adquirir vida, nos interesan más. Nos interesan, sobre todo—como comprenderán cuantos conozcan la novela,—la muchachita modista que a maravilla interpreta Catalina Bárcena, y el joven estudiante rico, que corre a cargo del señor Cresmo. Se nos hace terriblemente antipática la marquesa, madre de él, que se opone, por la diferencia de clases, a la boda de los dos jóvenes enamorados, y nos encanta, con su revuelo juvenilmente retozón, la modistilla, encarnada por Milagritos Leal. Una comedia, como puede advertirse, ingenua, sentimental, que deja al final un agri dulce sabor de melancolía. Todos los actos fueron muy aplaudidos, y al término de ellos fué llamado a escena el señor Martínez Sierra.

Risa para todo el año. En tratándose de Antonio Paso—esta vez en colaboración con Ricardo González del Toro,—ya se tiene asegurado el regocijo. Y eso les pasará a los espectadores que vayan estas noches al Rey Alfonso para ver el juguete *Los autores de mis días*. Que no pidan una absoluta lógica en el plan y en el desarrollo de la obra; que no pretendan que les asombren con pensamientos profundos ni con sencillas sentencias siquiera. Pero si quieren pasar un buen rato, los graciosos autores harán desfilar ante sus ojos una porción de peripécias y regalarán sus oídos con una serie de saladísimas ocurrencias que les harán dar por bien empleado el tiempo y el dinero gastado en el teatro. Y digo lo del dinero porque en toda España, la gente se mira mucho antes de gastarse una peseta para divertirse. Estamos en plena crisis de la post guerra, y sin que neguemos otras razones que pudieran influir, esa difícil situación económica general es la principal causa de los deplorables negocios teatrales que este año se están haciendo.

En la Princesa, la compañía de Elena Jordi estrenó la farsa de Pirandello *El hombre, la bestia y la virtud*, regocijada y desconcertante, cruda en el fondo e irónica en la forma. Parece un vodevil fuerte y es algo más, porque en algunos momentos adquiere cualidades de sátira. El público, interesado siempre, se divirtió a lo largo de la representación y no regateó sus aplausos ni a la bien cuidada traducción ni a los principales intérpretes: la Jordá, muy acertada; Luis de Llano, muy entonado, y Fernando Porredón, muy gracioso.

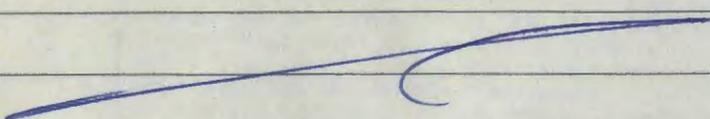
En el Cómico ha ofrecido interés la repetición, por la compañía Díaz-Astorgas, de *Cuando florezcan los rosales*, de Marquina, y en Lara se anuncia un nuevo estreno: el de la comedia de don Honorio Maufa, *La vuelta al redil*.

Un *debut* ha habido en el Real: el de la señorita Ivonne Gall con la *Manon*, de Massenet. Es una tiple elegante y de bonita voz, que sabe manejar con arte. El público le dió su *placet* cordialísimo. Utilizando la frase de un conocido autor cómico, podremos decir, con leves modificaciones, que «*Manon* le va al pelo a la Gall».

GUILLELMO FERNÁNDEZ SHAW

La última crónica del
MADRID TEATRAL fue la
del 4 de marzo, pegada
en este inodromo, por
inadvertencia, tres pá-
ginas antes.

Con ella se extinguió
una colaboración
de cinco años



CRONICAS DE LA REAL CASA

Publicadas desde 1920 a 1928
en el DIARIO DE BARCELONA, y
firmadas por ITURRALDE.

Barcelona - 10 Septiembre
1920

CRONICAS DE LA REAL CASA EL ESCORIAL Y LAS HABITACIONES DE FELIPE II

Madrid 5 de septiembre. 1920

De los reales sitios de verano, descritos han quedado en estas crónicas los Palacios de Miramar, la Magdalena y San Ildefonso. Réstanos hablar, para cuando la actualidad o la oportunidad nos lo indiquen, de las Reales residencias de Aranjuez y El Pardo, tan frecuentadas en todo tiempo por SS. MM. y AA. En cuanto a El Escorial, del que hoy nos vamos a ocupar, es de una permanente actualidad y, no una, sino muchas, — y siempre pocas, — crónicas merece por el valor artístico e histórico que tiene y representa.

Ahora, en los meses de verano, El Escorial adquiere una extraordinaria animación. Situado en plena sierra, a hora y pico de Madrid, es, sin duda, el punto predilecto de verano para las familias distinguidas que, por distintas razones, no pueden apartarse mucho de la capital. La infanta doña Isabel acude con frecuencia, desde La Granja, para asistir a fiestas organizadas por aquella animada colonia veraniega y S. M. el Rey, cuando viene a Madrid, requerido por asuntos políticos, hace excursiones siempre a El Escorial, visitando el Hotel o el Parque de moda y viviendo en las habitaciones del Real Palacio, en el mismo Monasterio. Reciente está el día en que marchó allí y bailó, por la noche, con varias de las distinguidas señoritas de aquella "colonia".

Claro está que en verano, como en invierno, decir "El Escorial" es decir "el monasterio del Escorial": la monumental fábrica que la fe de Felipe II hizo levantar sobre los peñascos de la sierra "a dedicación y en nombre del Bienaventurado S. Lorenzo, por la particular devoción que tenemos a dicho Santo y en memoria de la merced y victorias que, en el día de su festividad, de Dios comenzamos a recibir".

Estas palabras del prudente Rey, en la carta de fundación del Monasterio, muestran bien a las claras el espíritu, eminentemente religioso, que al hijo de Carlos V guió, cuando concibió el magno proyecto. La gran idea tuvo en un artista de los vuelos de Juan de Herrera magnífica realización, siendo en poco tiempo un hecho el magnífico edificio, alarde de grandiosidad y de arte, que hubo de ser considerado como la octava maravilla del mundo.

El monasterio, enclavado en una falda de la Sierra Carpetana, rodeado de montes por Norte y Poniente y dominando por Oriente y Mediodía un dilatado horizonte, forma un paralelogramo rectángulo, que comprende una superficie de 500.000 pies. De piedra berroqueña o de granito, el edificio pertenece en su mayor parte al orden arquitectónico dórico. Sobre los hermosos frescos, obras maestras de la pintura mural. El coro, notable por sus tallas, lo es también por los centenares de libros que guarda, cuyas hojas son pieles enteras de macho, tersas y blancas, admirablemente miniadas,

La iglesia, los claustros y las galerías abundan en frescos, obras maestras de la pintura mural. El coro, notable por sus tallas, lo es también por los centenares de libros que guarda, cuyas hojas son pieles enteras de macho, tersas y blancas, admirablemente miniadas.

Famosísima es la Biblioteca; verdadero tesoro bibliográfico, de incalculable valor, donde solo los incunables, los códices y los libros contenidos en ella bastarían para justificar la fama del Monasterio.

No menos célebres son los panteones de los Reyes y los infantes de España, cuya entrada se halla entre el altar mayor y la sacristía, en el ángulo Este-Sur del Monasterio. El de Reyes, de 36 pies de diámetro por 38 de altura, es de mármoles oscuros y bronce dorados. Frente a la puerta de entrada está el altar, que es de mármol verde, de Génova. A la derecha de éste se hallan enterrados los Soberanos reinantes; a la izquierda, sus consortes que han tenido sucesión, y excepción hecha de Felipe V y Fernando VI, en él se hallan todos los Reyes de España, desde Carlos V, hasta la fecha. Felipe V está sepultado en La Granja con doña Isabel de Farnesio y Fernando VI en las Salas Reales, de Madrid, con doña Bárbara de Braganza.

El panteon de Infantes es mucho mayor y mas alegre, pues está decorado con mármoles blancos. Consta de nueve cámaras y contiene las cenizas de todos los príncipes e infantes y de las Reinas sin sucesión. En la cámara quinta se halla el sepulcro de don Juan de Austria y en la sexta la "Rotonda" o mausoleo de párvulos, poligonal de veinte lados, de mármol de Carrara, donde hay enterrados 36 infantes que murieron de tierna edad.

Notabilísimos son también el retablo del altar mayor y el tabernáculo, los ornamentos de la sacristía, el tesoro artístico que se conserva en las Salas Capitulares, el trascoro y un sinnúmero de riquezas que avaloran en imponderable grado el enorme mérito intrínseco del edificio.

Los altares y capillas del templo pasan de cuarenta. En ellas y en las distintas salas admiranse cuadros de Fernandez de Navarrete, Zuccaro, Luque, Carvajal, Peregrini, Juan de Urbino, Cincinato, Sanchez Coello (del que hay una magnífica colección), Guido Reni, Jordán, Matei, Simoneti, Coxcie, Ticiano, Montiel, Seghers, Ribera, el Greco, Carducci, Juan Gomez, Tintoretto, Rafael Sanzio, Crespi, Veronés y el famoso de "La Sagrada Forma", de Claudio Coello, que representa la primera función que se celebró en el altar de la sacristía, en tiempos de Carlos II.

El retablo del altar mayor, el tabernáculo y los enterramientos Reales costaron 800.000 pesetas; el panteon 450.000; los ornamentos de la iglesia un millón cien mil y los materiales del templo, 800.000.

En el edificio hay once aljibes y 88 fuentes. Los libros del coro son 217; los oratorios, 13; los refectorios, 7; los altares del templo, 50; las torres, 9; las ventanas, 2.600; las puertas, 12.000; los claustros, 15; las escaleras, 86; las celdas, 300; las pinturas al óleo, 16.000, y las murales, 540. El patio de Reyes es hermosísimo.

La construcción del edificio duró veintinueve años (de 1563 a 1584) y la del panteon, nueve.

Contigua al Monasterio se halla el Palacio Real, arreglado en tiempos de Carlos IV, que contiene riquísimos pormenores en sus tapices, sus muebles y en cuantos adornos hay en sus salones y gabinetes.

Más interesante, desde el punto de vista histórico, es el aposento que se conoce con el nombre de "Habitaciones de Felipe II", reformado en fecha reciente bajo la acertada dirección del conservador de la Real Armería don José María Florit. Llamase así este aposento, porque en él vivió Felipe II, siempre que venia al Monasterio y en él murió despues de penosa enfermedad. Tenia mas bien el aspecto de una alcoba sencilla y pobre y así se conserva. Da a la parte del Mediodía y está dividido en tres departamentos. El pavimento es de ladrillo y las paredes de yeso, blancas. En una de las salas pequeñas fué donde murió el Rey. Comunica por una de las puertas con el altar mayor. En este departamento se conservan una cama antigua, una pila pequeña de agua bendita, tres monogramas de Felipe II y una pieza de

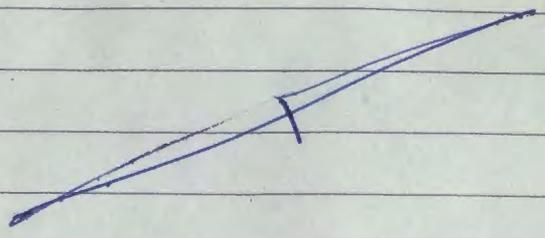
erdoban. En la sala mayor hay la mesa, el sillón, el estante, el tintero, la carpeta y algunos de los libros del Rey; una esfera de bronce, parte de un astrolabio, una piedra imán, varios sillones de cuero, antiguos, una crucifixión, de plata sobredorada, regalo del Papa Gregorio XIII a la gran duquesa de Toscana y varias interesantes obras artísticas.

El arte con que ahora aparece todo dispuesto en las habitaciones de Felipe II dice mucho de la cultura, la inteligencia y el buen gusto del señor Florit, tanto que los excursionistas que a diario acuden a visitar el Monasterio, no dejan de recorrer las habitaciones privadas donde murió el Monarca fundador, en medio de extremadas sencillez y pobreza, y altas dentro de una imponente suntuosidad.

¿Quién había de decir en aquellos años en que Felipe II, recién nacido, era bautizado en el convento de San Pablo de Valladolid, que años mas tarde, por la fe del nuevo cristiano, había de elevarse un monumento orgullo de la Religión y admiración de generaciones.

Aturralde.

Legado Guillermo Fernández Shaw, Biblioteca. FJM.



-14 Agosto de 1921-



BARCELONA. — FIESTA DE SAN ROQUE EN LA PLAZA NUEVA.

(Fot. Brangué.)

CRÓNICAS DE LA REAL CASA

LO QUE HAY Y LO QUE NO HAY EN LOS SITIOS REALES

Madrid, 14 agosto

A causa de las dolorosas circunstancias por que España atraviesa, y por virtud de las personas reales que al frente de España figuran, no hay este verano en los reales sitios muchas cosas que ha habido otros veranos y hay, en cambio otras que hace tiempo no había.

El lector se preguntará, con razón, qué entendemos por Sitios Reales. Pues aquellos que tienen, oficialmente, esta denominación y aquellos otros que, sin tenerla, merecen tal calificativo porque en ellos pasan las reales personas temporadas en diversas épocas del año. Así, Santander y San Sebastián, son hoy tan reales sitios, como La Granja, El Escorial o Aranjuez, con la única diferencia de que sus Palacios son modernos, —construidos para los Reyes actuales,— en vez de antiguos o todo lo más modernizados.

Pues en unos y otros puntos, en los que se preparaban para este verano, como es natural, fiestas divertidas y actos de puro entretenimiento, han sido suspendidos en su gran mayoría; y los que se celebran son con fines puramente benéficos o patrióticos. Y es que el alma popular, íntimamente ligada con el sentir de los Reyes, se ha compenetrado con ellos en estas horas de dolor para nuestro país, y ha secundado con entusiasmo y con emoción las iniciativas que S. M. y A. o sus representantes han tomado para fortalecer la acción de nuestras tropas en Africa, para aumentar y perfeccionar los servicios de la Cruz Roja y para ayudar a las familias de los muertos en la campaña.

En Santander, centro de la actual actividad de nuestra Reina, han nacido ideas como la de la suscripción por los

heridos, la fiesta de la Bandera, la creación de nuevos hospitales y otras muchas a las que hicimos referencia en nuestra crónica anterior. Los partidos de «polo» que estaban anunciados se han suspendido, así como otros deportes. Otros actos que no podían aplazarse, como las carreras de caballos y las regatas, se han celebrado sin la presencia de S. M. el Rey, con lo cual han perdido considerable interés. Lo han tenido, en cambio, las funciones teatrales, de carácter patriótico, a las que han asistido las familias más distinguidas de Santander y la flor de su colonia veraniega.

En San Sebastián, la Reina D.^a Cristina se adelantó a toda otra iniciativa, con uno de esos rasgos que demuestran cuánta es la bondad de su alma. Al Rey y al Gobierno ofreció un hospital para cuarenta camas. Y como su oferta fuera aceptada, al día siguiente buscó edificio adecuado, y desde entonces se ha dedicado a la debida instalación de los servicios del establecimiento. Claro está que no podrá ser este hospital para los heridos graves que requieran asistencia inmediata, pero sí para aquellos a quienes un viaje no produzca importante perjuicio. La Reina doña Cristina ha querido que su hospital esté dotado de todo lo mejor y lo está consiguiendo. En cuanto a personal, las damas enfermeras de San Sebastián y los muy notables médicos que se han ofrecido son garantía de éxito. Y junto a esto, que no ha habido otros veranos y junto a los actos *pro patria* que se han organizado, se han suspendido, en cambio, todos aquellos en que el Rey hubiese tomado parte.

En la Granja, la Infanta D.^a Isabel, gran organizadora de diversiones y gran excursionista, no podía menos de sentir latir su corazón al unísono del de España. En aque-

lla colonia veraniega produjeron los acontecimientos de Africa gran efecto; no se trataba sólo del interés por los compatriotas que luchaban en los campos de Melilla, sino de los muchos jóvenes que, en cumplimiento de inexcusables deberes, tenían que marchar de allí para incorporarse a sus regimientos, destinados a campaña. Y la sensación de la guerra se sintió, por tanto, en el Real Sitio de San Ildefonso, más directa, más cercana, más brusca. La Infanta acudió una mañana a su clásico *corro* en los jardines y, como siempre, se vió rodeada por muchas aristocráticas damas. La conversación versó sobre el tema que necesariamente tenía que versar, por ser la preocupación de todos, y entonces la Infanta, siempre animosa, señaló la necesidad de hacer *algo* que pudiese ser útil a la obra común; contribuir, en una palabra, de algún modo, al esfuerzo que la nación requería de todos sus hijos para una obra en la que se ventila el honor nacional; y entre las ideas que en el *corro* de la Infanta surgieron se destacó una, la de celebrar una gran tómbola patriótica,—que tuvo unánime aceptación.

Los trabajos para la organización de esta tómbola se hallan muy adelantados y el entusiasmo que en La Granja reina es grande; por lo cual no es aventurado afirmar que el resultado de los actos patrióticos del Real Sitio de San Ildefonso,—porque habrá varios,—será digno de aquella espatiolísima colonia y de la noble Infanta que la preside. E inútil es decir que se han dado al olvido cuantos actos de pura diversion se habían proyectado al comenzar el estío.

En el Escorial, do de el Intendente de la Real Casa y Patrimonio, conde de Aybar, reside con su familia durante el verano, ocupando la señorial Casa de los Ministerios, fueron los sucesos de Melilla vallas que se levantaron para impedir toda clase de proyectados festejos. Una gran corrida de toros, a la usanza de los tiempos de Carlos III, que iba a celebrarse en la Lonja—acto de importancia parecida a los habidos otros años en la propia Lonja, en el patio de Reyes del Monasterio o en la Herrería,—fué suspendida. Todas las fiestas que para el día de San Lorenzo,—patron del Real Sitio,—había organizado el Ayuntamiento, se dejaron para mejor ocasión y lo mismo aconteció con algunas verbenas y bailes que en el Parque de Alfonso XII estaban planeándose.

Pero si todo esto cayó por su propio peso,—que en este caso ha sido el peso de la lógica y del deber,—eleváronse, en cambio, bajo el patronato del Intendente, o sea de la Casa Real, varias nobilísimas ideas. Y unas cuantas personalidades prestigiosas, en unión de las autoridades, dedicáronse a la ardua tarea de hacer, entre la colonia veraniega y el pueblo, una cuestacion con el fin de entregar su producto a S. M. el Rey y que el Monarca le diese el destino que creyera más oportuno. Desde el donativo más humilde se admitió y ha habido vecino modesto de El Escorial que ha entregado veinte céntimos, restados de su mísero jornal del día. La recaudación ha pasado de doce mil pesetas, ellas servirán para que el Soberano tenga una nueva muestra del patriotismo de los que viven en el Real Sitio de San Lorenzo y para que, en su nombre pueda aliviar unas cuantas desgracias o socorrer unas cuantas necesidades.

En la parte material eso ha sido lo hecho hasta ahora por El Escorial y su colonia. Pero ha habido algo más: en sufragio por los muertos en las operaciones de Melilla se celebró una misa de campaña. Iba a ser en el hermoso paseo de los Terreros, mas a causa de la ola de verdadero frío que, durante los pasados días, reinó sobre los pueblos de la Sierra del Guadarrama, no pudo celebrarse al aire libre, sino dentro del monasterio, con lo cual el acto, con la presencia de los alumnos de carabineros, la comunidad de Padres Agustinos, las autoridades, la colonia y el pueblo, tuvo una grandiosidad extraordinaria. Hubo plática y responso y hubo en los fieles gran devoción. ¿Qué mejor homenaje a la memoria de los héroes que sucumbieron entregando la vida por la Patria?

En Aranjuez, sitio real mas de primavera que de veraneo también ha habido cuestaciones y funciones patrióticas y en El Pardo lo mismo, aunque, naturalmente, de menos importancia.

En Sevilla, los telegramas nos han dicho las muchas cosas que ya se han hecho y las que se proyectan. El hecho de estar al frente de aquella capitania general el infante don Carlos ha dado especial interés a las iniciativas patrióticas. Las damas en ermeras tendrán en el Palacio de San Telmo, local adecuado para sus humanitarias tareas, las cuestaciones han sido varias y los ofrecimientos y rasgos de esplendidez, innumerables.

Mientras que el infante se multiplica en Sevilla para atender al cumplimiento de las necesidades militares que las atenciones del ejército de Africa requiere, y mientras que su hijo el infante don Alfonso de Borbón, completo en los campos de Melilla, las penalidades de la lucha con los demás oficiales de Pavía, su augusta esposa la infanta doña Luisa, que había marchado de veraneo con los infantes a Chipiona, ofrece sus servicios personales como enfermera—puesto que lo es y muy buena,—y organiza al mismo tiempo en la propia Chipiona suscripciones públicas entre las familias que allí forman también colonia veraniega.

Se dirá que no son solamente los sitios reales o los de residencia real los que se están distinguiendo por su ardiente patriotismo y su gran esplendidez. Evidente; pero a nosotros nos toca destacar la nota de la conducta de aquellos, puestos que son los que forman, ante el país, el complemento de la acción del Rey ante los sucesos actuales. Son como el fondo luminoso,—por la luz de la Fé, en los actos sagrados ideales,—sobre el que se destaca la figura de D. Alfonso XIII que ha encarnado ahora una vez más el más bello concepto del deber.

En Madrid, en el Sitio Real por excelencia, D. Alfonso ha veraneado este año. Ha renunciado a sus jornadas de estío en las playas y en la Sierra y, recluso en su mansión de la Corte, se ha consagrado a las espinosísimas obligaciones de su cargo. No es un problema político ni un problema militar el que le preocupa es un problema nacional. Y, por eso es en Alcázar de Oriente donde ve S. M. transcurrir el mes de Agosto con el pensamiento puesto en nuestro presente y la mirada fija en el porvenir de España.

ITURRALDE

CRÓNICA DE MADRID

16 de agosto.

Hermoso espectáculo ofrecido por el pueblo madrileño la víspera con motivo de la salida del regimiento inmemorial del Rey para Melilla.—Consejo de ministros de la víspera.—Publicación de la anunciada nota oficiosa del ministerio.—Telegrama significativo del señor Cambó.—Propósitos plausibles.

Ayer, poco después del mediodía, salió de Madrid para Melilla el segundo batallón del regimiento inmemorial del Rey núm. 1, decano de la española infantería, llevando en su cuadro alrededor de 400 soldados de cuota pertenecientes a las familias mas ilustres, honorables y adineradas de la corte. El bizarro coronel que manda la unidad y que marcha a frente del batallón a Africa, D. Leopoldo de Saro, haciéndose eco del deseo unánime de soldados y oficia-

les, respetuosamente solicitó del capitán general de la region se permitiera desfilas al regimiento por las calles céntricas de Madrid al recorrer el trayecto desde el cuartel de la Montaña, donde estaba alojado, a la estación de Atocha. Por considerar la primera autoridad militar de la provincia desfilas a la hora de mayor calor la tropa harto penoso, no se accedió a la petición, pero ello no impidió que una muchedumbre inmensa invadiera la explanada de la estación ferroviaria, tributando a los soldados, al tiempo de llegar, una ovación indescriptible. El entusiasmo rayó en locura, confundiendo los vitores a España, al Rey y al ejército con los gritos de ¡Venganza! y ¡No dejar un vivo! y otro aun mas fuertes y significativos.

Al abrirse las puertas de paso al anden, una formidable ola humana se precipitó hacia ellas, tomando por asalto los mas audaces la mayoría de los coches del tren que estaba dispuesto a partir, verdaderos racimos de criaturas colgaban de los asientos y

tor, o un escultor o un literato o un comerciante o un fabricante, o un constructor, esto es cosa ya que proviene de lo que cada sujeto lleva dentro de sí, pero no falla que el que aprendió desde joven a ver, que el que desde joven ha logrado ver bien, este será mejor comerciante, mejor conductor, mejor literato, mejor escultor que el inerte de ese poderoso instrumento. Y para ver no hay duda de que son las artes del dibujo el medio y la prueba; quien dibuja ha de precisar más que quien canta, quien dibuja ha de decir bien claro lo que puede decirse nebuloso en los otros medios de exteriorización del pensamiento, quien dibuja una cosa no puede escaparse de dar fé del carácter que la cosa dibujada toma a través de su sensibilidad, del carácter, si se quiere, que él atribuye a la cosa dibujada; pero el que dibuja no puede jamás escamotear ni tan solo disimular este carácter.

Si se quisiera que en las escuelas se pensara en este problema del dibujo, en el intento que él es para la educación de la instrucción y por ende para la preparación del individuo a la vida social. Yo quisiera que los maestros abandonaran ya de una vez de considerarlo en la escuela como un juego o como una manifestación de *spirit-fort*, aspecto que esta práctica suele tomar en ocasiones en nuestros

L. FOLCH.



LONDRES.—EXTERIOR DE LA HABITACION AUTOMÓVIL DE LUJO QUE HA SIDO LA NOTA SALIENTE EN UNA DEMOSTRACION EFECTUADA EN GREAT-PORTLAND-STREET.
(Fot. Trampus.)

CRÓNICAS DE LA REAL CASA

LA CASITA DE ARRIBA Y LA CASITA DE ABAJO

Madrid, 21 de agosto.—Volvió S. M. el Rey de su reciente viaje a Santander y continuó en Palacio, atendiendo los acontecimientos, de tan gran interés para la patria con los que se suceden y avecinan en tierras africanas. Continúa el Monarca sus diarias conferencias con los ministros y solo se permite S. M. hacer por las tardes pequeñas excursiones a sitios cercanos a Madrid, en los que pasa algunas horas... para tener luego a la corte. Un día va a La Granja para tener un día con la infanta doña Isabel; otro realiza una excursión por las alturas del Guadarrama; otro—como ha sucedido en una de las últimas tardes—, acude al Sitio del Escorial y recibe el homenaje del pueblo de la colonia veraniega.

En el Escorial poco se detiene S. M. El grandioso edificio, que Felipe II imaginó y creó, no supone—se comprende—gran atracción para las personas de la familia Real. En él reposan los restos de sus predecesores y si, por un aspecto, es lugar querido y venerado, por otro no puede menos de ejercer cierta impresión en el ánimo de quien necesariamente ha de considerarlo como panteón de familia.

Por eso, cuando el Rey visita el Escorial, prefiere S. M. detenerse en el "Parque de Alfonso XIII"; para ver a personas conocidas, ir a los hoteles o visitar sencillamente "la casita de abajo" y "la casita de arriba", como son llamadas allí familiarmente la "casa del Príncipe", que en los jardines inmediatos a la estación guarda muchas riquezas reales, y la "casa de la Reina" que, ya en el camino de Zarzalejo, en la parte alta, domina uno de los panoramas mas bonitos del pintoresco Real Sitio.

La casita de arriba se halla al final del gran trozo de monte llamado "la Herrería", que rodea el monasterio y la "huerta de los frailes" por la parte de Mediodía y se extiende hasta el comienzo del Pinar. En el interior del recinto de la casita, el aspecto de la naturaleza cambia por completo. Junto al campo, poco cuidado, de la Herrería, junto a las higueras y los robles, el cantueso y el tomillo, surge de pronto un precioso jardín francés parecido al de San Ildefonso. Es un jardín de varios pisos, con sus balustradas de piedra, sus estanques llenos de pesca—, por lo

que también se llama "la casita de los peces"—, y sus muchos jazmines, blancos y olóricos, que desfilan su blancura sobre el fondo verde vivo de sus ramas. La casa, de piedra, responde al mismo estilo que el jardín; es, como la de abajo, una consecuencia de la llegada de los Borbones a España, evidenciada arquitectónicamente, en primer término en La Granja por el Rey Felipe V.

La casita de arriba, que en su interior no ofrece interés alguno por estar desde hace años deshabitada y convertida en depósito de la Sección Hidrográfica de aquella zona, tiene el gran atractivo de los dulces recuerdos que evoca. Ella fué la preferida por la Reina María Luisa de Saboya, esposa de don Fernando VI, para pasar temporadas de grata paz; ella, decorada con el gusto que siempre acreditó la buena Soberana, le prestó amable refugio durante largas veladas; y ella presenció la adoración que la Reina tenía por las flores y vió cómo S. M. misma plantó los jazmines que trepan por sus muros, exhalando un perfume penetrante y proclamando al mismo tiempo la delicadeza de sentimiento de aquella Reina tan bella y tan femenina.

La "casita de abajo" está en la parte inferior del jardín del Príncipe; jardín magníficamente atendido, al que divide una gran avenida sombreada por castaños y pinos, que pone en comunicación la puerta de entrada con la entrada al recinto de la casita. Este recinto—la parte especial correspondiente a la casa—es, como el de la casa de arriba, de estilo francés, con paseos limitados con macizos de boj, cortados en línea recta, con altos pinabete y verbenias de California y con bancos de piedra, rematados en artísticos jarrones de porcelana.

La casita del Príncipe es, exteriormente, del mismo estilo que la otra. Tiene tres pisos—el tercero más pequeño que el segundo y el segundo menor que el primero—, y cuenta, como anejos, con otros dos edificios a los lados, que se destinan a las dependencias.

Esta casita, cuyo exterior nos da idea de la riqueza y de las dimensiones de sus estancias, fué construída por orden del Rey Carlos III para residencia y recreo de su hijo el príncipe de Asturias, que fué

después Carlos IV. Ante la puerta de la casa, una columnata de piedra sostiene una terraza pequeña, cuyo piso se halla á la altura del principal.

La impresión que la visita al interior de la casa produce es extraordinaria. No sólo admira la cantidad de buenos cuadros que allí se conservan, sino la maravilla de los mármoles, de las sedas, de los bronces, de los artesanos y de los pavimentos. Las habitaciones de la planta baja son preciosas; la que pudiéramos llamar vestíbulo, es digna de especial admiración por su techo, pintado admirablemente sobre láminas de oro. En un trozo en que está saltada la pintura, aparece visiblemente el oro del fondo. Un cuadro de Carache, representando á San Juan Bautista, ocupa el centro del testero principal.

A la izquierda del vestíbulo se halla una sala, de estilo pompeyano, con un techo pintado en yeso, que se considera como una de las mejores muestras de este estilo. Los muros están tapizados con tejidos de Valencia y adornados con cuadros, que son vistas de Aranjuez. También pompeyano es el salón inmediato, en el que se destaca, por su belleza, un cuadro de Ribera, que reproduce "La degollación de San Juan Bautista", y dos de Goya y, por su curiosidad, la famosa "liebre" de Montalvo, que sólo se aprecia mirando el lienzo muy de cerca. También merece mención, en esta estancia, el "Sanson entre las columnas del templo", de Lucas Jordán. De allí se pasa á la Sala de Durero, llamada así porque en ella se conservaban los cuadros de Alberto Durero, que fueron recientemente trasladados al Palacio de Madrid. En ella hay ahora dos lienzos pequeños de Teniers; el techo, pintado al óleo, es también de mérito.

En la misma planta y enfrente del vestíbulo—y por lo tanto, de la entrada—, está el comedor, habitación amplia y alegre, de dimensiones insospechadas. Ocupa el centro la mesa, de caoba, con patas de bronce, en la que tiene gran valor el artesonado de la tapa, finisimamente tallado, que se ve, merced á una combinación de espejos. La cara superior de la tapa es una composición hecha con muestras de las distintas clases de mármoles usados en el edificio. Decorando el comedor, que está todo en estilo Imperio, hay una "Santa Catalina", de Guido Remi, y una "Santa Cecilia", del Dominiquino. Los cortinajes, verdes y amarillos, de seda, con borlas jaspeadas en los dos tonos, sirvieron de modelo para varios del Palacio Real de Oriente. Y á continuación del comedor, terminando esa parte de la planta baja, existe una pequeña habitación ochavada, de estilo Renacimiento, en cuyas paredes hay cuatro bustos romanos y en cuyo centro, sobre un velador, se eleva un templete, de alabastro transparente, que en su parte superior recuerda el cimborrio del monasterio y que en su interior tiene una estatuilla del Rey Fernando VII.

Las demás estancias de la planta baja, ó sean las del ala de la derecha, son: un salón Imperio con magníficos relojes de bronce—que abundan en la casita, como en todos los Sitios Reales—, con una copia de "El jardín del amor", de Rubens, y sobre todo, con unos célebres bodegones de López Enguidamus, de los cuales uno mueve á general admiración por el prodigioso modo de estar pintados un vaso de agua y una sandía; otro salón, decorado con paisajes de Aranjuez y de la Isabela, debidos á Danvila y otra sala más, con otros cuadros de la misma clase y con los

techos adornados por grecas doradas de extraordinaria diversidad de dibujos y tamaños.

Se sube al piso principal—o segundo—, por una estrecha escalera de mármol español de los colores blanco, negro y grana, que se parece á la que, en el monasterio, conduce al Panteón de Reyes. El piso principal, como el tercero, pertenece á lo que se llama el "reservado de SS. MM."; el pavimento de todas sus estancias es de marquetería, hecho con maderas finas de América. En la primera sala de la izquierda hay una serie de retratos de la Familia Real de tiempo de Carlos III, Carlos IV y Fernando VII y una bonita sillera tapizada con sedas. Los herrajes de las puertas, muy bonitos, son de hierro cincelado y parecen de níquel. En la estancia inmediata se admiran unos altos relieves hechos con pasta de arcilla, en grupos escultóricos en marfil, de una pieza, que se destaca el que representa "El juicio de Salomón", por Carchini. Otra habitación, más grande, tiene, como las demás de este piso, techo Renacimiento y paredes tapizadas con riquísimas sedas bordadas. Las salas del ala derecha en esta planta son tres: una, cuya decoración en seda es asombrosa, y lo bien que se conserva—parece del día—, á pesar de dominar en ella los colores rosa y celeste, tan fáciles de ser desvirtuados por la acción del tiempo; otra, cuyos bordados de los muros, parecidos á los trabajos chinos y japoneses, se deben á la habilidad de un hombre—don Juan López Robledo—, que nace poco más de un siglo y cuarto supo dibujar con sedas de colores, no solamente las figuras, sino las caras, cosa que los mismos japoneses no han hecho muchas veces, y cuya sillera, bordada en oro y plata, es obra de la Reina Amalia de Sajonia; y otra, en la que se conservan 225 preciosos ejemplares de porcelanas de "biscuit", hechos expresamente para allí por la famosa y desaparecida fábrica del Buen Retiro.

Al tercer piso se llega por dos escaleras laterales parecidas á la anterior; una ostenta en sus muros lienzos pintados por Maella, que representan "La batalla de Clavijo", la de "Las Navas de Tolosa" y "Guzmán el Bueno" y la otra dos cuadros, también de Maella, que reproducen dos momentos distintos de la visita de San Felipe á la isla de Mahón. En el tercer piso hay un solo salón, pompeyano, en el que sobresalen una estatua en mármol blanco del Rey Carlos IV, para quien se hizo la casa y dos cuadros de Guido Remi, representando á San Agustín y Santa Mónica.

Tal es la "casita de abajo", á diario visitada por numerosas personas, sobre todo en verano. A tomar el té en ella van algunas veces las personas reales y bajo su amparo, entre las bellezas del Jardín del Príncipe más de una vez se ha congregado la colonia veraniega para celebrar animadas fiestas.

Aun, entre sus arboledas, parecen resonar los acordes de aquellos conciertos que dió la orquesta benedita y las risas de aquella verbena benéfica que tan gratos recuerdos dejó.

Ahora la avenida de castaños del jardín está como los salones de la casita, silenciosa. Y es que este verano todo ha enmudecido; porque la gente que allí piensa en algo lejano que le preocupa y que el Rey—, hace tan sólo rápidas excursiones, á veces únicamente con el pensamiento, á los sitios donde la expansión y el bullicio viven.

Iturza de

MUSEOS Y ARCHIVOS DE BARCELONA

Museo de Arte y Arqueología (Palacio Real del Parque).—Abierto desde las nueve de la mañana hasta la una de la tarde, y desde las tres hasta la puesta de sol.

Museo Provincial de Antigüedades (Capilla de Santa Águeda, Plaza del Rey).—Abierto desde las once de la mañana hasta la una de la tarde.

Museo de Historia Natural (Museo Martorell, en el Parque, Paseo de las Magnolias).—Abierto todos los días, excepto los lunes, de diez de la mañana a una de la tarde, y de tres a cinco.

Museo de Cataluña (Ex Restaurant de la Exposición, en el Parque).—Consérvanse en él, clasificados, los ejempla

res tipos de fauna, flora y gea, catalanas, estando, además dedicado a la Paleontología y Oceanografía de Cataluña (Abierto todos los días, excepto los lunes; de diez de la mañana a una de la tarde, y de tres a cinco).

Biblioteca pública para Ciegos (Pasaje de Torres Amat número 6).—Abierto los días laborables, de diez a una; los días festivos de diez y media a doce y media de la tarde.

Museos y Laboratorios especial de Patología del Vegetal Consejo Provincial de Fomento (Aragón, 287, principal) PUBLICO.—Abierto todos los días laborables, de diez a una y de cuatro a seis de la tarde. Avisando anticipadamente también puede visitarse los días festivos.

12 Noviembre 1921

UNA VISITA AL ESCORIAL

Pocas veces ha tenido la vida palatina tanta actividad como ahora. Los múltiples actos derivados de la campaña de Melilla son insuficientes para que tanto el Rey como las Reinas tengan que dedicar todas sus horas disponibles al ejercicio del piadoso deber que, en estos instantes, les imponen las circunstancias. Visitas a los hospitales, organización de recursos, audiencias a quienes van y vienen de la guerra, funciones o ceremonias patrióticas, actos religiosos y otros muchos deberes—aparte de los privados del Rey—se suceden a diario, marcando una de las épocas más intensas por que ha pasado, en estos últimos años, la Corte española.

Tales obligaciones, que España ha sabido advertir y apreciar cómo se cumplían, no han sido, sin embargo, obstáculo para que nuestros Reyes continúen rindiendo el acostumbrado culto a las antiguas tradiciones. ¿Por qué interrumpir la práctica de otros actos que, por ser también piadosos, no solo no contrastan con sus actuales deberes sino que, más bien, los complementan? Así, al llegar ahora este mes de noviembre—mes en que, por tradición, todos honramos la memoria de los seres queridos que nos abandonaron, la familia Real española ha dedicado el tributo de su recuerdo y sus oraciones a aquellas augustas damas y nobles varones que fueron sus antecesoras en el Trono español. Y si en los días 1 y 2 de este mes todos hemos llevado unas cuantas flores a las sepulturas de las personas cuya memoria vive en nuestro corazón, en las de los Reyes e infantes que fueron no han faltado este año tampoco coronas de flores ni en los templos y las estancias regias han dejado de elevarse amorosas plegarias.

El culto a nuestros muertos es en nuestro país, como en toda nación culta, sagrado. Por eso es bueno que los católicos Monarcas que nos rigen den ejemplo en tales días siendo los primeros que, sinceramente, hondamente rindan este homenaje a sus padres y abuelos.

* * *

Por considerarlo de interés y de actualidad fuimos el otro día a visitar las tumbas de los antiguos Reyes españoles. No están, como es sabido, en Madrid ni en cementerio alguno. Su última mansión ha sido el grandioso Monasterio de San Lorenzo del Escorial, entre cuyos pétreos muros duermen los que guiaron la nación española su sueño de siglos.

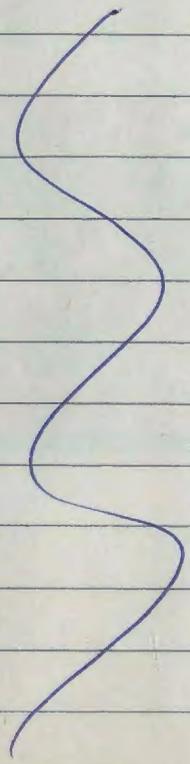
Famosos son en el mundo entero los panteones de Reyes y de Infantes del Escorial. La magna idea de Felipe II, realizada por Juan de Herrera, tiene en los panteones una de las notas más impresionantes. Tal es la severidad del recinto, que a ratos parece grandioso y a veces austero.

Cuando llegamos, aun estaban frescas las flores depositadas sobre las tumbas de aquellos seres queridos para la Familia Real y para nuestro pueblo, que en fechas recientes nos abandonaron, dejando entre nosotros afectos, simpatías y recuerdos.

¿Cómo son los panteones? ¡Quién no los conoce! Son, como nadie ignora, dos: el de Reyes y el de Infantes. Para bajar a ambos hay que descender por una escalera que se halla entre el altar mayor de la Basílica y la sacristía. La escalera sirve para ambos panteones hasta el duodécimo escalon; pero al llegar aquí se bifurca, conduciendo el brazo de la izquierda al panteon de Reyes y el de la derecha al de Infantes.

Bajando por el primero trece escalones mas, llegase a una puerta de dos hojas, fabricada de mármol y bronce. En ella figura una inscripción latina que, traducida, dice: "Sitio dedicado por la piedad de los Austrias a los despojos mortales de los Reyes Católicos, que aguardan el día ansiado bajo el altar mayor, consagrado al Redentor del linaje humano. Carlos V, el más esclarecido de los Césares, deseó este lugar de reposo postrero para sí y para los de su estirpe; Felipe II, el más prudente de los Reyes, lo diseñó; Felipe III, príncipe hondamente piadoso,

Legado Guillermo Fernández Shaw, Biblioteca. F.J.M.



dió comienzo a las obras; Felipe IV, el grande por su clemencia, constancia y religiosidad, le agrandó, hermoseó y terminó el año del Señor de 1654.

Está formado el panteon por un octógono de 36 pies de diámetro por 38 de altura y 113 de perímetro, hallándose todo él construido con mármoles oscuros y broncees dorados. Frente a la puerta de entrada se encuentra el altar, que es de mármol verde, de Génova, y tiene adornos de gran valor. Los ángeles son obra del artífice milanés Cesari; el candelabro, de Virgilio Franchi, de Génova, y el Crucifijo, de Pedro Tacca.

Los Soberanos reinantes están enterrados a la derecha del altar mayor y los de sus consortes con sucesion, a la izquierda. Excepcion hecha de Felipe V y Fernando VI, en él se hallan todos los Reyes de España, desde Carlos V hasta la fecha. Se hallan, pues, en este panteon: Carlos V (1520—1558); Felipe II (1527—1598); Felipe III, (1578—1621); Felipe IV, (1605—1665); Carlos II, (1661—1700); Luis I, (1707—1724); Carlos III, 1716—1780); Carlos IV, 1748—1819); Fernando VII, (1784—1833); Isabel II (1831—1904); Alfonso XII, (1857—1885), y don Francisco de Asís, rey consorte, esposo de doña Isabel II.

Las Reinas se hallan: la Emperatriz Doña Isabel, (1503—1539); Doña Ana, cuarta mujer de Felipe II, (1549—1580); Doña Margarita, mujer de Felipe III, (1584—1611); Doña Isabel, mujer de Felipe IV, (1634—1696); Doña María Luisa, primera mujer de Felipe V, (1688—1714); Doña María Amalia, mujer de Carlos III, 1724—1760); Doña María Luisa, mujer de Carlos IV (1751—1819), y Doña María Cristina, mujer de Fernando VII, (1806—1878).

Como es sabido, los restos mortales de Felipe V están sepultados en La Granja, con los de doña Isabel de Farnesio, y los de Fernando VI se hallan en las Salesas Reales de Madrid, al lado de los de doña Bárbara de Braganza.

Los de la infortunada Reina Mercedes, compañera que fué durante muy poco tiempo del Rey Don Alfonso XII, se encuentran en una de las nuevas capi-

llas de la cripta de Nuestra Señora de la Almudena, la futura Catedral de Madrid, que lleva más de un cuarto de siglo en construcción y cuyas obras, si bien avanzan, son tan lentas, que acaso nuestros hijos las puedan ver terminadas.

Mucho más alegre que el panteon de Reyes del Escorial es el de Infantes, pues está construido a base de blancos mármoles. Se llega a él, volviendo al punto en que se bifurca la escalera a que antes nos referíamos, y bajando por la derecha. Fué comenzado este panteon en tiempos de Doña Isabel II y terminado en 1886.

Consta de nueve cámaras, unidas entre sí por una galería, y contiene las cenizas de todos los príncipes e infantes de España, y de las Reinas que no han tenido sucesion.

Sería extensísima la lista de todas las personas enterradas; por eso nos limitaremos a citar las más importantes.

En la cámara primera están, entre otros, los duques de Montpensier y las Infantas Cristina y Amalia de Orleans, sus hijas, sobre cuyos sepulcros hay dos estatuas de mármol de Carrara, de tamaño natural. En esta cámara está también el sepulcro destinado a guardar los restos de la malograda Doña María de las Mercedes, Princesa de Asturias, hermana de nuestro Rey.

En la cámara segunda hay doce sepulcros vacíos, y en la tercera se hallan las cenizas de la Infanta Doña Pilar, hija de Doña Isabel II y del Infante Don Cayetano, hijo político de la misma Reina.

En el centro de la cámara cuarta se eleva un severo monumento de mármoles oscuros, destinado para enterramiento de la Infanta Doña María Teresa, desaparecida prematuramente de entre nosotros.

En la cámara quinta se alza el sepulcro de Don Juan de Austria, hijo natural de Carlos V, el famoso caudillo de Lepanto. La sepultura está en el centro; sobre ella yace la estatua del gran militar, de tamaño natural, vestida en arnés de guerra, con el Torsion de Oro y con la espada entre las manos. Todo el sepulcro es de mármol blanco de Carrara.

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.

En la cámara sexta se halla la famosa "Rotonda", pieza poligonal de veinte lados, de mármol blanco sobre zócalo de mármoles obscuro. Hay enterrados en esta cámara 36 Infantes, que murieron siendo niños. En esta habitacion existe un cuadro muy valioso, de Lavinia Fontana, boloñesa, representando la Sagrada Familia". El niño Jesús duerme y San Juan Bautista hace señas para que no le despierten.

En las otras tres cámaras se hallan en total hasta treinta y dos Reinas consortes y Príncipes e Infantes más, cuyos nombres evocan toda una larga época de nuestra historia.

Recorriendo aquellos subterráneos, bajo la grandiosidad del Monasterio en estos días del mes dedicados a los que se fueron, se siente el ánimo sobrecogido y se piensa con persistencia en los que ahora van entregando, allá en Marruecos, sus vidas por la Patria. Por todos, por los que hicieron la España de nuestro ayer y por los que la defienden hoy, suban al cielo nuestras oraciones.

Iturralde.

Madrid, noviembre.

VIERNES 28 DE JULIO DE 1922

VERANEOS DE REYES

Ya está el Rey veraneando en las provincias del Norte. Santander primero y San Sebastián serán, durante el estío sus principales puntos de veraneo, aparte de la semana o poco más que pase el mes que viene en Decauville y otras playas de moda francesas. Las demás personas de la Real familia, con la única excepcion del infante don Fernando, siguen disfrutando del descanso veraniego en sus respectivas residencias y la Emperatriz Zita de Austria, con su madre y con sus hijos, marchará probablemente a Avilés para resguardarse durante el mes de agosto de los rigores del calor.

Lo que han hecho las personas Reales de España lo han realizado al propio tiempo los distintos Soberanos y jefes de Estado europeos que, en llegando esta época, buscan en residencias campestres o en rientes playas las brisas que mitiguen el calor del verano. El Rey Victor Manuel de Italia, cuya familia está ya en la magnífica posesion real de Racconigi, de que luego hablaremos, se halla en una villa cercana a Roma, en donde le retienen sus deberes constitucionales, pues sabido es el espineso problema que se le planteó con motivo de la obligada dimision del Gobierno Facta. El de Inglaterra también retrasó su veraneo a causa de la boda de lord Luis Montbatteun con miss Ashley; pero ya se halla en el castillo de Balmoral. M. Millerand, presidente de la República francesa, hace constantes excursiones a Rambouillet. Los Reyes escandinavos, belgas y balcánicos también han abandonado sus palacios de invierno y descansan de las preocupaciones del resto del año.

En Francia cada presidente ha tenido un distinto gusto. M. Thiers prefería Rambouillet, rodeado de hermosos bosques y dotado de una temperatura fresca, deliciosa; M. Carnot sentía, en cambio, predileccion por Fontainebleau, cuyo precioso palacio le encantaba; Félix Faure era un entusiasta de Rambouillet, pues siendo él gran cazador, la espléndida finca le ofrecía abundantes atractivos para sus excursiones cinegéticas; no veraneaba, sin embargo, allí, porque desde joven lo hacía en El Havre; ciudad en la que poseía, como particular, una hermosa "villa" titulada "La cote", donde hacía, aun siendo presidente, la vida de cualquier ciudadano acomodado. M. Loubet y M. Fallieres iban a Rambouillet y M. Poincaré puede decirse que ha veraneado, en los años de su presidencia, en los campos de batalla.

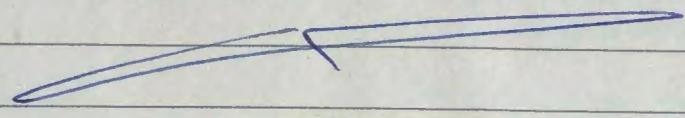
El Rey Alberto y la Reina Isabel de Bélgica suelen veranear en Ostende, la playa que fué de moda, que más tarde resultó medio destruída por la invasion alemana y convertida por los germanos en base de submarinos. La misma ciudad veía pasar en los meses estivales, antiguamente, al viejo Rey Leopoldo, con sus grandes barbas blancas, cuya esposa, la Reina Enriqueta, iba a veranear a Spa.

La residencia veraniega de los Reyes de Italia es.

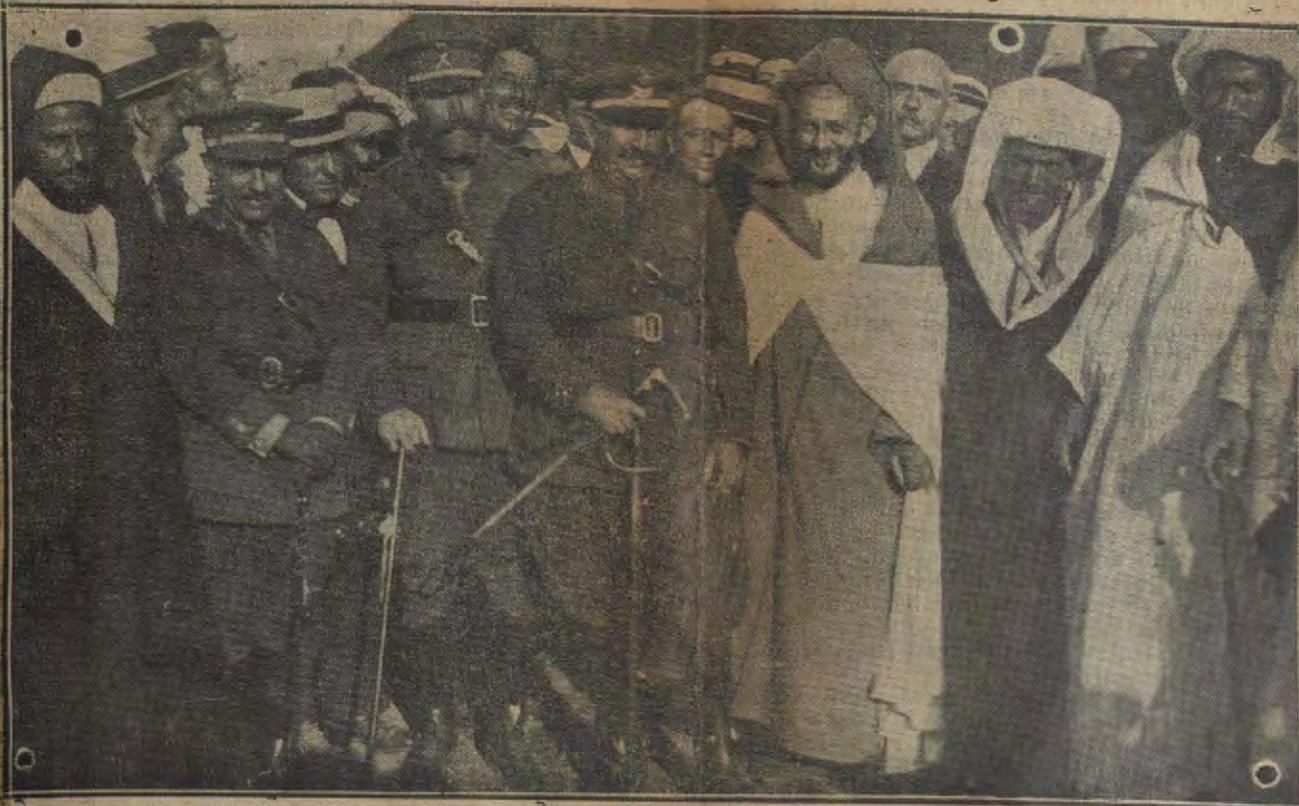
pre realizando largos viajes en su yate de recreo. Puede decirse que veraneaba sobre el mar. Ahora, recluido en su retiro de Holanda, no veranea, pero la "villa" que ocupa es tan hermosa que en realidad no será el calor precisamente lo que más angustie al ex Emperador, dedicado ahora a la tarea de corregir las últimas pruebas de sus "Memorias" sobre la guerra.

El Emperador Francisco José de Austria-Hungría pasaba tradicionalmente los veranos en Ischl, donde hacía la vida de un simple particular, levantándose al amanecer y recorriendo la montaña con una agilidad impropia de su edad, ya avanzada. Ischl es una población encantadora, con alrededores en extremo pintorescos, donde se disfruta de una agradabilísima temperatura. Por eso sigue siendo punto de cita en verano de las familias ricas de Viena. Claro que ya no son las mismas; pero la animación en Ischl es parecida y tanto el balneario, al que acuden por centenares las personas, como el "Kurhaus" (casino) y los muchos paseos de la población se ven en esta época concurridísimos, siendo el viejo Palacio Imperial como una sombra que había de cosas que fueron, de grandezas que pasaron y de tradiciones que se van... Ahora los herederos del Trono de Francisco José están muy lejos de Ischl; se hallan en la acogedora España y será un noble palacio asturiano el que dará alojamiento a quienes, si no hubiese surgido la guerra europea, estarían al frente de un gran pueblo que caminaba con paso firme hacia el progreso.

El finado Rey Carlos de Portugal y su viuda la Reina Amelia, por cuya salud temíamos hace unos días, pasaban las primeras semanas del estío en el castillo de la Penha, en Cintra, colocado sobre una eminencia, y la segunda parte del verano en el precioso puerto de Cascaes. Muerto el Rey y destronado al poco tiempo su hijo don Manuel II, la Reina Amelia se trasladó a Inglaterra, en donde reside comúnmente todo el año.



Legado Guillermo Fernández Shaw Biblioteca F.M.



MELILLA.— El Alto Comisario con los generales Lossada y Gómez Jordana, acompañados del ministro de Hacienda del Jalifa, Ben Nuno, caíd de cafdes Abd-el-Kader y los hijos de Mellilla, en el valle de Farjana con motivo de la conmemoracion de la toma de dicha plaza.

(Fot. de nuestro corresponsal en Mellilla D. J. Luque.)

LA CONSERVACION DEL MONASTERIO DEL ESCORIAL

Una informacion aparecida en un periódico madrileño, una carta publicada dias después por otro colega y una contestacion escrita por el Intendente de la Real Casa, conde de Aybar, han puesto de actualidad un tema tan interesante para todo enamorado de nuestras joyas artisticas como el de la conservacion del Monasterio de San Lorenzo en el Real Sitio del Escorial.

Hecha la primera informacion, en síntesis, que el Monasterio corría, en algunos sitios peligro de hundimiento a consecuencia de unas goteras que existen desde hacia tiempo en varios bóvedas de la iglesia y en la cúpula central, que, desde luego, podían considerarse perdidos algunos frescos debidos al pincel de Lucas Jordan y que, en buena parte, todo ello se debía a que muchas planchas de plomo del tejado del Monasterio habian sido substituidas, durante la guerra europea, por otros de cinc. Añadia la carta hecha pública por otro periódico que no eran esos solos los males que ocurrían o amenazaban al hermoso edificio; que la bola y la aguja que se elevan sobre el cimborio estaban a punto de desprenderse dada la inclinacion que habian tomado últimamente y que, si esto ocurriera, la pesada bola iría a caer posiblemente sobre las salas capitulares, destruyendo muchas de las bellezas allí acumuladas. El conde de Aybar, en su respuesta, afirmaba, despues de lamentarse de lo que él estima como una campaña de alarma inmotivada, que el monasterio no corre peligro de ninguna clase, no habiendo la menor amenaza de hundimientos por pequeños que fuesen; que los deterioros que se observan en algunos de los frescos de las bóvedas fueron consecuencia de una gran nevada que cayó hace cinco años; que las goteras que entonces, sin que nadie pudiese evitarlo se formaron, fueron inmediatamente corregidas y que de la restauracion de las pif-

turas está encargado el notable artista don Gabriel Palencia, que pondrá manos a la obra tan pronto como termine — y ya le falta poco — la reparacion de los frescos de la gran sala de la Biblioteca del mismo monasterio, que se habian estropeado tambien por manchas de salitre. Al final aludía el conde de Aybar a la conveniencia de que el Estado pagase al Real Patronato del Escorial las cantidades que en el momento presente le adeuda.

Para poder apreciar unas y otras afirmaciones y formar juicio sobre este interesante asunto me trasladé anteayer al Escorial. Allí visité la Iglesia tantas veces recorrida, estuve en la Biblioteca, di un vistazo al monasterio todo y sostuve una larga conversacion con una persona muy autorizada, de quien escuché una razonada ratificacion y ampliacion de lo escrito por el intendente de la Real Casa.

Procuraré ser claro y sucinto en mi referencia.

Sabido es que el grandioso templo que ocupa el centro del monasterio está embellecido, en sus bóvedas, por primorosos frescos que pintó Lucas Jordán en el reinado de Carlos II. Son ocho, de gran tamaño y fueron pintados en solo veintidos meses. Representan, comenzando a contar desde la derecha del altar mayor: "El misterio de la encarnacion", "Los israelitas atravesando el Mar Rojo", "El triunfo de la Iglesia militante", "La Resurreccion", "La pureza de la Santísima Virgen", "La victoria de los israelitas sobre los amalecitas", "El juicio de San Jerónimo", y "Muerte, sepelio y ascension de la Santísima Virgen".

Maravilla lo bien conservados que están los colores y es una pena que, en efecto, en tres bóvedas, se adviertan las consecuencias de esa nevada a que se refiere el conde de Aybar. El que más estropeado está es el de la primera bóveda de la izquierda, segun se entra en el templo por la puerta principal. Reproducción

"El triunfo de la Iglesia" y hay dos o tres figuras de ángeles casi borradas por la humedad que produjo la gotera. Las dos bóvedas más cercanas al altar mayor también presentan manchas. En cuanto a la cúpula central, en cuya parte interior no hay pinturas, solamente se ve la piedra en magnífico estado de conservación.

En la Biblioteca, que está situada sobre el zaguan del pórtico principal, está todavía el andamiage puesto para la restauración de los frescos. Nadie ignora que desde el remate de la magnífica estantería de caoba, ébano, cedro, naranjo, terebinto y nogal—diseñada por Juan de Herrera—hasta arriba, se halla todo pintado al fresco. Por debajo de la cornisa hay 16 historias labradas por Bartolomé Carducho y en la bóveda siete compartimientos de la misma pintura con las representaciones de las artes liberales ejecutadas por Peregrini. En estos frescos había hace unos años grandes manchas de salitre, que hoy, merced al arte del señor Palencia, no solo han desaparecido, sino que no se nota en qué sitio existieron.

Recorriendo el monasterio adviértese que necesitan también algún arreglo—ya ordenado—otros sitios, como la escalera principal del convento, la sala de las Batallas, algunos cuadros del claustro alto y año el Calvario de Van der-Weyden, que se halla en las Salas Capitulares; pero todo ello no puede ser obra de un día, ni se puede realizar hasta que en muchos sitios haya desaparecido en absoluto la humedad, ya que las causas que la originaron fueron inmediata y oportunamente corregidas.

Quando horas más tarde refería yo las impresiones de mi visita a la autorizada persona del Escorial a que antes aludí, pude comprobar que los inevitables desperfectos por mí notados eran cosas no solo advertidas, sino ordenadas corregir desde el primer momento.

"Puede usted asegurar—me dijo—que jamás ha estado el monasterio en un estado de conservación tan perfecta como ahora y que nunca fué tan cuidadosamente atendido. No solo el Patronato del Escorial, sino la Comunidad de Padres Agustinos ponen en ello tal empeño, que toda persona que entienda de esto tendrá que reconocerlo así.

"Respecto a las informaciones periodísticas aparecidas no creo que respondan a una campaña con determinados fines, sino a un noble deseo de que se conserven lo mejor posible una maravilla como el monasterio y cuantas joyas guarda. Pero, permítame usted que vaya refutando algunas de aquellas informaciones.

"El daño en algunos frescos es verdad, pero, ¿qué más pudo hacerse que recorrer, en cuanto la terrible ventisca cedió algo, todos los tejados y proceder rápidamente, allí donde la nieve acumulada había producido goteras, a repararlas todas? Hubiese sido inútil restaurar en seguida las pinturas, y hasta hace muy poco no han estado verdaderamente secas esas bóvedas.

"En cuanto a temores de hundimiento en estas bóvedas y en la cúpula, son una puerilidad. Precisamente hace muy poco fueron la admiración de unos arquitectos extranjeros que alabaron entusiastamente sus condiciones de solidez. Los frescos de Lucas Jordán tampoco deben considerarse perdidos ni mucho menos; primero porque la parte estropeada es muy pequeña y después porque existen magníficas fotografías con arreglo a las cuales los restauradores podrán reproducir exactamente los trozos desaparecidos.

"Respecto de las planchas de plomo es una mali-

cia desprovista en absoluto de fundamento. Aquí ni se quita de los tejados el plomo viejo, ni se pone ni se ha puesto una sola plancha de zinc. Lo que se hace es substituir las planchas de plomo viejas que la fuerza del viento arranca, desprendiéndolas de las grapas que las sujetan, por otras de plomo nuevo; cosa que no se puede remediar, porque las viejas solo en muy contados casos tienen el tamaño primitivo, que es el imprescindible para el sistema de la techumbre. El plomo viejo—que es únicamente como digo, el que el viento inutiliza—se va reuniendo hasta tener tres o cuatro mil kilos, cosa que sucede cada cuatro o cinco años, y se vende entonces por el Real Patronato a la Plomifera Española. Hay, pues, en los tejados del monasterio plomo viejo y plomo nuevo, y sus dos colores pueden ser los que hayan inducido a creer o sospechar que se trataba de plomo y zinc. Ya ve usted: hasta se ha llegado a decir que las planchas antiguas que se cambiaban por zinc eran de dos centímetros de espesor. Eso es no tener idea de los espesores y el peso del plomo. Si esas planchas tuvieran tal espesor, a estas horas se hubiera hundido o poco menos el monasterio, agobiado por el peso de su techumbre. La que existe—y ello da idea de lo que es—necesitaría 17 trenes de mercancías de quince unidades para trasladarla a otro punto.

"Todo ello, aparte de que el zinc no está ahora más barato que entonces y de que la honorabilidad de las personas a cuyo cargo está todo esto es más que suficiente garantía para desechar toda malicia. Acaso estas afirmaciones hayan tenido como fundamento el hecho de que hace algunos años se pusieron de zinc algunos tejados del Palacio Real de Aranjuez, porque así lo juzgaron conveniente, para su conservación. Dada la menor solidez del edificio, los arquitectos de la Real Casa.

"Algo parecido puede decirse de la posibilidad de que la bola del cimborrio caiga sobre las Salas Capitulares. Eh primer término la inclinación de la aguja que la atraviesa existe desde hace varios siglos; en segundo, la aguja, que es del grueso del brazo de un hombre, está firmísima; en tercero, la bola, si cayese, iría lógicamente a parar al patio de los Evangelistas o a otros de los interiores, y en cuarto, que si cayese sobre las Salas Capitulares, tendría que atravesar dos armaduras fuertísimas y después dos series de bóvedas de piedra. Como usted ve, las alarmas están, por fortuna, desprovistas de fundamento.

"Ahora se están realizando reformas en las pizarras de la torre Sudoeste y en cuanto se terminen se harán en la Nordeste. Como estas obras precisas andamiajes especiales hay que realizarlas periódicamente.

"Volviendo a hablar de la techumbre le digo que, en cuanto se advierte la menor cosa o hay fuerte viento o lluvia, recorren los pizarreros los tejados de parte a parte, recomponiendo todos los desperfectos.

"Hoy por hoy no hay en todo el edificio una sola gotera; ni grande ni chica. ¡Y ya tiene eso importancia en una construcción de esas enormes dimensiones."

Terminó mi interlocutor su interesante conversación afirmando que lo que el Estado adeuda al Real Patronato del Escorial por remanentes y bienhechores asciende a unos doce millones de pesetas.

Y esto es lo que, en una breve visita al vecinísimo Sitio, pude ver y escuchar sobre tema tan importante como la conservación del magnífico monasterio del Escorial.

Iturralde

MUSEOS Y ARCHIVOS DE BARCELONA

Biblioteca de la Cámara de Comercio y Navegación.—Abierta los días laborables de nueve y media a una y de tres y media a ocho; los domingos, de diez a una.

Museo de Arte y Arqueología (Palacio Real del Parque).—Abierto desde las nueve de la mañana hasta la una de la tarde, y desde las tres hasta la puesta de sol.

Museo Provincial de Antigüedades (Capilla de Santa Agueda, Plaza del Rey).—Abierto desde las once de la mañana hasta la una de la tarde.

Museo de Cataluña (Ex Restaurant de la Exposición, en el Parque).—Consérvanse en él, clasificados, los ejemplares tipos de fauna, flora y gea, catalanas, estando, además, dedicado a la Paleontología y Oceanografía de Cataluña. (Abierto todos los días, excepto los lunes; de diez de la mañana a una de la tarde, y de tres a cinco.

Biblioteca de l'Escola Elemental del Treball (Urgel, 182, Casa Batlló).—Especialidad en obras de enseñanza técnica para obreros. Abierto todos los días laborables, de seis a ocho de la noche.

LA VISITA DEL HIJO DEL KRONPRINZ

La presencia, desde hace unos días, en España, del hijo mayor del ex Kronprinz alemán, ha despertado recuerdos que parecían dormidos y ha avivado sentimientos en quienes, lejos de los países que un día fueron llamados Imperios Centrales, nos habíamos habituado a hablar, de los personajes que entonces los gobernaban, como de héroes de una leyenda dorada y heroica, que tuvo un ocaso iluminado con trágicos resplandores sangrientos.

En los años anteriores a la gran guerra, y aún durante ella, los lectores sabíamos, por lo menos en Europa, las vidas y milagros de los miembros de las principales familias reinantes o imperantes. Pero llegó la paz; y, antes de ella, la transformación que en sus regímenes experimentaron los pueblos vencidos. Durante algún tiempo, seguimos los pasos de los príncipes en desgracia, conducida nuestra imaginación por las noticias de los correspondientes: los Emperadores alemanes, desterrados en los Países Bajos; los de Austria-Hungría, en Suiza; otros príncipes expatriados también.

Fué pasando el tiempo; la política, solicitada por nuevas preocupaciones, derivadas de la contienda, absorbió otra vez el interés. Llevada por las ideas fijas de reconstrucción económica y reconstrucción nacional. Los hombres de Gobierno pasaron a ser figuras eminentes y las personas Reales, conservando para sus partidarios honores y preeminencias, quedaron reducidas, en aquellos países, a interesantes personajes representativos de un pasado, que no sabemos si ha de volver.

Esta duda acaso sea la razón por la cual aparezcan estos príncipes aún como herederos de ser tenidos en cuenta como algo más que egregias reliquias vivientes. Si una revolución derribó al Emperador de Alemania del Trono, ¿no podría otro movimiento popular volverle? Y si el reinado de Guillermo II es imposible, (acaso no lo sea tanto, el de sus descendientes directos. No paréceme probable, dada la evolución habida en el pueblo germano, pero el hecho de que el mariscal Hindenburg vaya a tener en las próximas elecciones presidenciales alemanas una votación, desde luego lucida—resulte o no elegido—es prueba de que la posibilidad de que los Hohenzollern vuelvan a reinar no es cosa que pueda ser, como en general se pretende, absolutamente descartada.

¿Cómo desconocer, pues, el interés que tiene que despertar en los monárquicos españoles la visita del primogénito del que fué y sería heredero del Trono alemán? El príncipe Guillermo Federico, que ha conocido una infancia escasa al principio de lujos, halagos y honores y prefada después de inquietudes y sobre saltos, ha llegado a su juventud cuando el Imperio que su abuelo heredó próspero y pujante, busca nuevos cauces por donde dirigir la corriente de su inagotable actividad productora. Culto e inteligente, ha encontrado en los viajes una agradable compensación para su alejamiento de Berlín; hijo amante, ha acompañado ahora a su madre, delicada de salud, a las Canarias y, de regreso a Eu-

ropa, no ha querido dejar de hacer esta visita, prometida hace tiempo, a nuestros Reyes, sus augustos padrinos.

El príncipe Guillermo Federico Francisco José Christian Olav, es, como queda dicho, el hijo mayor del matrimonio del ex Kronprinz príncipe Federico Guillermo y de la princesa Cecilia, duquesa de Mecklemburgo. Nació en Marmor-Palais, cerca de Potsdam, el 4 de julio de 1906. No ha cumplido aún, por tanto, los diez y nueve años.

Las circunstancias que se dieron en el bautizo de este príncipe fueron excepcionales. Hay que tener en cuenta que entonces el poderío alemán estaba en su apogeo y el Imperio rodeado del máximo prestigio.

Se celebró el acto en el Palacio imperial de Potsdam, residencia de Guillermo II y la Emperatriz Augusta. Y el recién nacido tuvo un número excepcional de padrinos y madrinas. Bastará, para que se pueda comprobar, con decir quiénes fueron: los Emperadores de Alemania, Austria-Hungría y Rusia; los Reyes de la Gran Bretaña, Italia, España y Noruega; príncipes Enrique y Eitel de Prusia; Regente de Brunswick; Grandes Duques Miguel Nikolaevitch de Rusia y Carlos Teodoro de Baviera; Emperatriz de Alemania, Reina de Grecia, Grandes Duquesas Luisa de Baden y Anastasia de Mecklemburgo Schwerin; princesa Alejandra Augusta de Dinamarca, actual Reina, como esposa de Christian X; y princesas Ruperto de Baviera, Adolfo de Schoamburg-Lippe y Teodora de Sleswig-Holstein.

Túvose para el nombramiento de estos padrinos buen cuidado con que figurasen en la lista todos los antecesores vivos del príncipe: entre ellos, su bisabuelo el Gran Duque Miguel; su abuelo Guillermo II y sus abuelas la Emperatriz Augusta y la Gran Duquesa Anastasia.

También fué curiosa la circunstancia de que seis de los veinte personajes citados, o sean el Emperador Francisco José, el Rey Eduardo VII, el príncipe Enrique de Prusia, el Regente de Brunswick, la Gran Duquesa de Baden y la princesa Adolfo habían sido también padrinos y madrinas del Komprinz.

Los cronistas de entonces, al relatar la brillante ceremonia del bautizo, hacían notar que, aunque el nuevo vástago de la Dinastía de los Hohenzollern haría el número cinco de los Emperadores de Alemania, se daba el caso de que su bautizo era sólo el segundo que se celebraba con toda solemnidad en Potsdam a partir de la proclamación del Imperio en Versalles el 18 de enero de 1871.

Después del príncipe Guillermo, nacieron: en la misma residencia de Marmor, el príncipe Luis Fernando, que tiene ahora 17 años; en el Palacio Real de Berlín el príncipe Federico, que cuenta trece, y la princesa Alejandrina, que acaba de cumplir los diez; y en el Palacio de Cecilienhoff, cerca también de Potsdam, la princesa Cecilia, que vió la luz en septiembre de 1917, o sea un año antes del armisticio que puso término a la contienda europea.

Todos los hijos varones del Kronprinz, lo mismo que antes todos los hijos del Kaiser, han sido educados con arreglo a severas disciplinas. Estudiaron las primeras letras bajo la dirección de profesores particulares y luego la segunda enseñanza en un colegio, asistiendo a las clases con los demás alumnos. Con la segunda enseñanza alternaron la instrucción militar y, versados ya en el manejo de las armas y en los deberes del soldado, matricularonse en la Universidad de Bonn. Claro que el príncipe Federico aun no ha terminado la segunda enseñanza; pero sus hermanos mayores sí han comenzado ya sus estudios superiores, que alternan con viajes y diversas obligaciones sociales.

Durante estos últimos años, los príncipes hijos del Kronprinz han vivido en el mencionado Palacio de Cecilienhoff; pero sus hermanas las princesas Alejandrina y Cecilia siguieron a sus padres a la ciudad de Oels, en Silesia, donde han permanecido hasta fecha reciente. Allí la Kronprincesin Cecilia, ya delicada, era vista frecuentemente por las tardes, paseando con sus hijas por el bello parque de la Fasancric, que engalana buena parte de los alrededores de la ciudad. El príncipe Guillermo Federico—nuestro huésped de ahora—iba a pasar allí algunas temporadas; lo mismo que a la residencia holandesa de su augusto abuelo, confinado en Doorn, aunque en la grata compañía de su nueva esposa la princesa Herminia de Reuss.

El príncipe Guillermo, posible Soberano en el porvenir de un gran pueblo, sigue, pues, recibiendo, en sus enseñanzas y en sus viajes, la misma educación que obtendría si continuase en su Trono de Kaiser. Habla a la perfección varios idiomas, es un gran tirador y un buen jinete. Cultiva además, como hombre moderno, una porción de deportes.

Su conocimiento de España y la simpatía que por nuestro país y sus personas pueda adquirir el príncipe durante su estancia entre nosotros, acaso un día sean de algún modo favorables para nuestros intereses. Y siempre sean o no los Hohenzollern personas que influyan en la política de su país, esta visita habrá sido un nuevo lazo que estreche afectos y amistades.

ITURRALDE

Madrid, abril.

Crónicas DE LA NOBLEZA ESPAÑOLA

publicadas en LAS PROVINCIAS
de VALENCIA.

= 25 - XII - 926 =

NUESTRAS INFORMACIONES

DE LA NOBLEZA ESPAÑOLA

La Navidad en los salones madrileños

Madrid 21 diciembre, de 1921.

Suenan en las calles tambores y panderos. La fiesta tradicional de la Natividad del Señor vuelve a alegrar las tardes frías y obscuras del invierno madrileño con «villancicos» y fabeles. Pasan los pavos orgullosos; triunfa en los escaparates el furro. Ha llegado nuevamente la fiesta del Hogar.

En los linajados palacios, en las casas señoriales, en las aristocráticas residencias, preparáanse a celebrar la Natividad y el nuevo año; mas no como antes, fastuosamente, sino con actos íntimos, con verdaderas veladas familiares que acaso tengan más sinceridad, pero que, evidentemente, poseen menos tradición. La conmemoración ruidosa, brillante y alegre del Nacimiento del Redentor, ha huido poco a poco de los salones madrileños y se ha refugiado en los hoteles, donde hay magníficas cenas, artísticos Arboles de Noel y música a todo pasto para los enamorados de la danza.

¿Quiere esto decir que en las ricas mansiones solo habita tristezas? Nada de eso. En ellas, como en todos los hogares de España, ha sido, ante todo, el pensamiento en los compatriotas que luchan en extrañas tierras, y el recuerdo de quienes entregaron generosamente sus vidas. No por eso, sin embargo, dejan de solemnizarse la inolvidable fecha. Y en cada palacio o en cada noble casa se elevan votos por futuras prosperidades y se pronuncian palabras en acción de gracias por las mercedes recibidas.

Comencemos por el Real Palacio. Tradicionalmente se ha celebrado la Noche Buena en el Alcázar de nuestros Reyes. Ahora, en la noche del 24, se congregan allí todas las personas Reales que se encuentran en Madrid, y comen en familia. En la Capilla Real se celebra la misa del Gallo, con «villancicos» antiguos; después, el día último de año, hay en el templo palatino, por la tarde, un solemne *Te Deum*, con plática religiosa, que ha estado a cargo, durante mucho tiempo, del Patriarca de las Indias, obispo de Sión.

El Príncipe de Asturias y los Infantitos han tenido muchos años su Nacimiento; pero su principal diversión ha sido siempre el Arbol de Navidad, colocado en un salón perteneciente a las habitaciones de la Reina doña Cristina. Allí, en la tarde del 25, se reúnen Sus Altezas con sus augustos primos (este año solo están en Madrid los hijos del Infante don Fernando), y son obsequiados por la augusta abuela con una grata fiesta, en la que desempeñan papel no despreciable los muchos juguetes de que está cargado el Arbol. Con frecuencia acuden a esta fiesta también algunos niños aristocráticos que fraternizan con los infantitos. Los hijos de los marqueses de Bendaña, el pequeño de los condes de Aybar, y algunos más, han disfrutado en más de una ocasión de la alegría de esta reunión familiar.

Don Alfonso XIII tuvo también, cuando pequeño, su Nacimiento; pero si hemos de remontarnos un poco, ningún Belén tan lujoso, tan bien hecho y de tanta...

aquel que el Rey Carlos IV mandó construir, a principios del siglo pasado, en uno de los salones contiguos a la cámara de Gasparini. El mismo Monarca, si no mienten las crónicas, dirigió los trabajos y construyó personalmente un puento de maderas y las labradas puertas del palacio de Herodes. Las figuras del Nacimiento eran muy notables; los pastores, de un palmo de altos, fueron hechos en Granada, y junto a ellos, no desmerecían los guardias y donas que daban escolta a los Reyes Magos, las mozas que cercaban el portal de Belén, ni los labradores que acudían con ofrendas para el Hijo de Dios.

No obstante, lo que más llamaba la atención era el fondo alegórico, debido al pincel de Bayeu, ese gran artista que enriqueció con sus obras los Palacios Reales de España. Y ante el valioso lenzo, una cascada de agua verdadera, caía desde considerable altura en un manso río que pesaba luego, no lejos del portal.

Famoso fué este Nacimiento, no solo por su mérito artístico, sino porque ante él, Fernando VII, entonces Príncipe de Asturias, leyó unas intencionadas *pastorelas*, atisvas veladamente a Godoy, que produjeron la indignación mal contenida de éste, el enojo de la Reina María Luisa y el disgusto del Sobrano.

En las casas aristocráticas célebres eran, a fines del siglo último, las cenas de Noche Buena, en el pa-

lacio del duque de Fernán Núñez, en donde se reunían las más ilustres familias de la nobleza de Madrid; las de casa del primer marqués de Melián, aquel poeta y escritor notabilísimo,—en torno del cual se congregaba lo más selecto del mundo literario madrileño, y las dispuestas por la duquesa Angela de Medinaceli, de grata memoria, en el viejo palacio del Cardenal de Lerma, al que acudían no solo distinguidas personas de la aristocracia, sino numerosos artistas, a quienes la duquesa dispensaba protección y estimulaba sinceramente.

El general conde de Cheste, que durante tantos años dirigió la Academia Española, obsequiaba también a sus amistades con grandes banquetes de Pascua. Y la finada duquesa de la Torre—viuda del que fué Regente del Reino,—y la anterior condesa de Vilches y el marqués de la Regalía, y, ya recientemente, la marquesa de Squitache, gustaron también de invitar a sus amigos con espléndidas cenas, antes de las cuales se ofrecía siempre a la adoración de los concurrentes, como final de la misa del Gallo, un Niño Jesús de talla, muellemente reclinado sobre un almohadón guarnecido de finísimos encajes.

Pero esas fiestas pasaron, y no queda sino el grato recuerdo de ellas. Como también, por desdicha, no han de volver aquellas fiestas infantiles que, en torno de un Arbol magnífico de Navidad, organizaba la señora de Avial, en obsequio de su encantadora hija María Teresa. Aquella niña murió, y con ella se fueron muchas risas y muchos gozes.

Ahora, las fiestas de niños, son pocas; mas, en realidad, no faltan. Entre todas se destaca siempre—y seguramente se destacará este año,—el brillante festival que los señores de Copuela celebran, reuniendo alrededor de su hija Mercedes a muchos aristocráticos niños.

De *Nacimientos* conocidos en nobles casas, es, sin duda, el más valioso, el del duque de Medinaceli, que hace cuatro o cinco años, con fin benéfico, fué expuesto al público en uno de los pabellones inmediatos al palacio de la plaza de Colón. Lo componen figuras italianas de extraordinario mérito, talladas en madera. Su altura es de medio metro, aproximadamente, pero no todas tienen el mismo tamaño, por lo cual fueron colocadas, en la ocasión a que me refiero, de modo que se cumpliesen las leyes de la perspectiva. Las figuras de los Reyes Magos son notables especialmente, y la del niño Jesús, verdaderamente valiosa. El conservador de la armería, señor Florit, dirigió los trabajos de instalación, y ante el *Nacimiento* puede decirse que desfiló todo Madrid.

Otra colección de figuras de *Nacimiento* de gran valor, es la de los duques de Parcent. Son del siglo XVIII. Las encontró la duquesa en Nápoles durante uno de sus viajes recientes, las mandó restaurar y las expuso, en unión de unos grupos notabilísimos que representan escenas de *La Degollación de los Santos Inocentes*, encerrados en los sótanos de la Academia de Bellas-Artes, en una sala de la misma Academia, hace un par de años. Fué una exposición organizada a beneficio de los niños austríacos; durante las horas de visita, unos coros de niños del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús cantaban villancicos. La exposición logró un éxito completo. Ahora, las figuras de *Nacimiento* de la duquesa de Parcent han vuelto al palacio de la calle de San Bernardo, en donde algunas de ellas, por merecerlo su valor, ocupan lugar preferente en el magnífico salón de los primitivos, del que algún día nos ocuparemos.

Otras mansiones nobles tienen notables colecciones de figuras de Navidad—los Alba, los Heredia-Su-

nola, los Fernán Núñez;—pero ni alcanzan el mérito de las mencionadas, ni son conocidas en el mismo grado por el público.

La Navidad aristocrática de Madrid ha huido a los grandes hoteles para solemnizar alborozadamente la fecha del advenimiento al mundo del Hijo de Dios. En ellos se anuncian brillantes fiestas, espléndidas cenas, cuanto la gente joven puede apetecer para pasar alegremente la noche tradicional.

Sin embargo, los nobles de más rancio abolengo, las familias más linajudas, no acuden a los grandes centros de diversión. O van a la misa del Gallo en sus capillas, en San Pascual o en San Jerónimo, y después se congregaron íntimamente, para comer el pavo de Navidad. Rendidos, aunque sin fiestas brillantes, su acostumbrado culto a la tradición.

ITURRALDE

DE LA NOBLEZA ESPAÑOLA

LOS JARDINES Y EL PALACIO DE LIRIA

Madrid 10 enero.

En la calle de la Princesa, arteria principal del barrio de Argüelles, y dando frente a la calle de Ventura Rodríguez—nombre del famoso arquitecto autor de los planos del edificio,—álzase el magnífico palacio de Liria, suntuosa residencia madrileña de los duques de Berwick y de Alba.

Rodeado por espléndido y bien cuidado parque, que en unos sitios tiene la belleza grave y robusta de los vergeles españoles, y en otros la elegancia de los jardines ingleses, la señorial mansión alberga dos seres felices, unidos recientemente por lazos de amor. Y el palacio—verdadero museo de joyas artísticas e históricas, en número y calidad, que no admiten competencia,—es al mismo tiempo vieja casa de noble abolengo, entre cuyos muros se vive media Historia de España, y hogar alegre y risueño de dos personas cultas y progresivas, con ilusiones y juventud, que han sabido llenar los severos salones con risas y han puesto sobre el matiz antiguo de los muebles, de los tapices, de los cuadros y de los hierros de antaño, la nota vibrante y lozana de la vida moderna.

Ningún palacio particular de Madrid ofrece para el visitante tanto interés como el de los duques de Alba; tantas son las bellezas en él acumuladas al través de los tiempos.

El Palacio primitivo, propiedad del conde duque de Olivares—título que, entre otros treinta y dos, de los cuales catorce tienen grandeza, posee el duque de Alba,—fue derribado a mediados del siglo XVIII, y en el mismo terreno edificó don Ventura Rodríguez el nuevo, cuya planta forma un cuadrilongo con dos lados pertenecientes a las dos fachadas principales, adornadas con columnas dóricas en los centros y con pilastras en los costados. Ambas fachadas se diferencian entre sí en el adorno de su parte central, más elevada, pues mientras que la que se destinó a principal, ostenta los escudos de armas de la familia, la que da al jardín, que se utiliza como más importante, tiene en su frente las cifras de la casa.

El interior del palacio, de dos pisos principales, es verdaderamente regio. De un hall magnífico arranca la escalera de honor, en cuyo centro se halla un retrato ecuestre del cardenal Infante D. Enrique, por Trayer, y en cuyas paredes laterales figuran varios retratos de miembros de la real familia de los Estuardos y Berwick.

El final de la escalera pone en comunicación con el gran salón de ingreso, que ocupa el centro de la fachada del jardín, adornado con cuadros cinéuticos de Pablo de Vos y varios trofeos venatorios.

Esta estancia comunica con el salón Biblioteca, en el que se halla una verdadera riqueza cultural, ordenada y catalogada por la paciencia y el talento del ilustre investigador señor Paz y Meliá. Allí, en el centro, está la mesa en que la duquesa Rosario, de imperecedera memoria, madre del duque actual, preparó, eficazmente auxiliada, los varios libros que constituyen un verdadero monumento erigido a la memoria de la casa de Alba. Y adosados a los muros los armarios y las estanterías que contienen innumerables joyas bibliográficas: incunables, antiquísimos manuscritos, códices con preciosas miniaturas, Biblias, breviarios, magníficos misales e infolios, en cuyas páginas, prodigios caligráficos de paciencia benedictina. Allí, en los inapreciables archivos, figuran dos hojas del diario de Cristóbal Colón, y junto a ellas autógrafos, datos y noticias de Catalina de Médicis, al cardenal Granvela, don Juan de Austria, la Emperatriz María, el almirante Oquendo, el marqués de Pescara, María Estuardo, Arias Montano, Teniers, Tiziano, Ronsseu y otras muchas ilustres figuras.

A continuación de la Biblioteca están, sucesivamente, el salón de baile, el imperial, el gabinete de los Goya, el comedor, las salitas de las estampas y el gran salón del Duque, y después, en el mismo piso, el salón de tapices y el del billar.

El gran salón, uno de los más hermosos del palacio, está adornado con famosos paños de los Gobelinos; son los soberbios tapices de *Los amores de los Dioses*, que Luis XV mandó tejer, por cartones de Boucher, a la histórica fábrica francesa, para agasajar con ellos a un duque de Huéscar. Completan la decoración de la estancia los hermosos retratos, de algo más que de tamaño natural, también en tapicería de los Gobelinos, del Emperador Napoleón y de la Emperatriz Eugenia—tapiz este último tejido por algodón, que se copió del famoso retrato de Winterhalter,—y el retrato del duque Carlos, muerto en Nueva York, obra de Raimundo Madrazo, sobre el cual un reverberante proyecta su luz para hacer resaltar las facciones nobles y simpáticas del ilustre muerto, que luce

en el retrato la roja casaca de esmaestranés de Sevilla.

El comedor, magnífica estancia también, tiene como principal adorno los tapices de la famosa serie de las Indias, que es una de las mejores en el retrato la roja casaca de los posee.

El llamado salón de tapices recibe este nombre, porque en sus muros están los paños tejidos en Flandes, que reproducen momentos de las batallas allí ganadas por el famoso duque de Alba. Y en ese salón, en el que parece flotar el espíritu del caudillo español, aparecen, además, la mesa de Muhlberg, la coraza del duque abollada por la bala de un arcabuz, y como presidiendo éstas y otras reliquias valiosas, el retrato del conquistador de Portugal, a quien dió vida el pincel de Tiziano.

El gabinete de los Goya se llama así, porque de sus paredes penden, entre otros, tres magníficos retratos, debidos al pincel del inmortal artista aragonés: el de la duquesa doña María Cayetana de Silva, cantada por Quintana y por Arriaga; el de doña María Gabriela Palafox, y Portocarrero, marquesa de Lázán, reconocido como una de las obras más afortunadas de Goya, y el de doña María Francisca de Sales Portocarrero y Zúñiga, condesa de Montijo, con sus cuatro hijas. También se halla un excelente retrato del conde de Montijo y de Teba, padre de la Emperatriz Eugenia, debido a don Vicente López.

En los demás salones de ambos pisos, así como en las habitaciones particulares de los duques—en cuyo dormitorio se destaca un *Cristo en la Cruz*, del Greco,—figuran, entre los muebles y los artesonados, los tapices y las porcelanas, muchos más cuadros de gran valor. El competente crítico don Angel Barcia Pabón, que estudió y catalogó las colecciones artísticas del palacio, reconoció como de gran mérito 268 obras pictóricas.

Entre ellas, aparte de las referidas, merecen mención: *La anunciación*, con el retrato del primer conde de Alba, don Fernando Alvarez de Toledo, tabla de escuela española, que perteneció a la colección cordobesa; retrato del gran duque de Alba, por Key; de la duquesa de Berwick y Veragua, por Vattier, y de la Emperatriz Eugenia, por Winterhalter, y otros tantos de diferentes asuntos, pintados por Velázquez, Murillo, Carreño, Esquivel, fray Angélico, Giordano, Palma el viejo, Perugino, Guido Reni, Rafael Sanzio, Andrea del Sarto, Tiziano, Veronesi, Van Dyck, Rembrandt, Rubens, Teniers, Lebrun, Van-Leo y Mengs, entre otros muchos.

Tal es, en conjunto, la residencia madrileña de los duques de Alba; digna de los nobles señores que la habitan. En ella, durante los años que vivió la duquesa Rosario, madre del duque, hicieron las principales reformas y celebráronse brillantísimas fiestas. Muerta la duquesa, no volvieron a abrirse aquellos salones hasta el 7 de febrero de 1907, en que hubo un espléndido concierto en honor de los Reyes. Asistió la más selecta sociedad madrileña, y el tenor Anselmi y otros artistas del Real lucieron sus preciosas voces. Luego se han sucedido otras fiestas, más o menos importantes, siendo, desde luego, la principal, una preciosa *Garden Party*, que hace tres años se celebró una tarde en los deliciosos jardines de Liria, a beneficio de la Cruz Roja española. Fué organizada por la marquesa de la Mina y otras aristocráticas damas. Hubo una tómbola, para la que vendió papeleras Su Majestad la Reina, y se logró un magnífico resultado económico.

Después, nuevamente el dolor reinó en las estancias del palacio. La anciana ex Emperatriz Eugenia, hija del duque, que había venido a nuestro país para pasar una temporada al lado de sus sobrinos, sufrió una delicada operación en la vista, y poco más tarde, debilitada su naturaleza, expiró bajo el mismo sol de España que sus ojos vieron al nacer. Y nuevamente, para llorar a la augusta dama muerta, volvieron al palacio de Liria el Rey don Alfonso y la Reina doña Victoria, ahijada de la Emperatriz.

Pasó el tiempo, y el duque de Alba, don Jacobo Fitz James Stuart y Falco, duque de Berwick, Liria, Jérica, Huéscar y Montoro, conde duque de Olivares, marqués del Carpio, conde de Lemos, Lerín, Siruela, Miranda y Monferrey, gran condestable de Navarra y poseedor de otros muchos títulos y dignidades, creyó llegado el momento, atendiendo a dictados de su corazón, de contraer matrimonio. Fué su elegida una bella señorita, perteneciente a una de las más antiguas familias de la nobleza española: doña María del Rosario de Silva y Gurtubay, marquesa de San Vicente del Barco, hija de los duques de Altaga y nieta de los duques de Híjar, condes de Ribadeo, varias veces también grandes de España. La marquesa de San Vicente del Barco—*Totó* Allaga, como la llamaban

las personas de su intimidad,—pese así a ser duquesa de Alba. El enlace fué bendecido en Londres, y al comenzar el año 1921, los nuevos esposos ocuparon su palacio de la calle de la Princesa.

Este año han tenido los nobles aristócratas varias reuniones de un carácter exclusivamente íntimo, pues el luto por la duquesa de Fernán Núñez, tía del duque, les ha impedido dar fiestas. De todos modos, nunca han faltado seis o siete invitados a su mesa, alternando las personas aristocráticas con las figuras más sobresalientes en política, literatura o artes.

Además, durante todo el mes pasado ha habido allí una serie de conferencias—más bien charlas,—a cargo del catedrático de la Central, señor Morante, sobre temas de divulgación cultural, a las que han acudido con los dueños de la casa ilustres señoras y señoritas, como las duquesas de Montellano, Durcal y Almazán, las condesas de Cuevas de Vera y Maza, la señorita Paloma Falco y otras.

Ahora los duques de Alba se proponen emprender un largo viaje por Egipto, Italia y Oriente, y acaso cuando regresen, en plena primavera, vuelvan a abrirse para la aristocracia madrileña los artísticos salones de su palacio.

El duque, muy culto y muy artista, gusta de estos viajes que, con frecuencia realiza, y que alterna con empresas de un valor patriótico indudable, como fué la organización de la Exposición de arte español en Londres. Es diputado a Cortes, senador por derecho propio, gentilhombre de cámara de Su Majestad, con ejercicio y servidumbre, maestrante de Sevilla, académico de la Historia, perteneciente al Patronato del Museo del Prado y al Consejo del Instituto Nacional de Previsión, su nombre figura siempre al frente de toda obra de importancia nacional. Cazador entusiasta, ha ido a África varias veces; gran jugador de polo, supieron hacerse famosos, él y su hermano el duque de Peñaranda, conde de Montijo, en Londres; poseedor de las riquezas vinculadas a la casa de Alba, tiene en España y en el extranjero grandes heredades, entre las que figura el hermoso palacio de Sevilla. Mas, por encima de sus propiedades y de sus aficiones, el duque de Alba parece siempre consagrar preferente atención a lo que fué norma de sus antecesores: el servicio de su patria y de su Rey. Y los sirve indudablemente, dedicándose a laborar en pro de la cultura patria y de la prosperidad nacional.

ITURRALDE.

NUESTRAS INFORMACIONES

16-VI-922 DE LA NOBLEZA ESPAÑOLA

Los condes del Asalto y "Castell Grigny"

Madrid 11 junio.

En su reciente viaje a Barcelona, Su Majestad el Rey se ha puesto en contacto directo con la nobleza catalana, que ha rivalizado en prodigarle sus atenciones. No necesita, en verdad, don Alfonso XIII ir a la Ciudad Condal para recibir testimonios de afecto y de adhesión de las familias ilustres de Cataluña. En su Palacio de Madrid recibe constantemente a damas, grandes de España, gentilhombres, mayordomos, títulos del reino y otras personalidades de aquella región y con ellos y con cuantos representan vive compenetrado en el mismo grado que con la nobleza del resto de España. Pero ahora, durante los días de su estancia en Barcelona, las familias aristocráticas que allí residen—y que tan gran esfuerzo han realizado contribuyendo a que sea una realidad el Palacio Real barcelonés,—han aprovechado la oportunidad para hacer al Monarca una pública demostración de su cariño, de su lealtad y de su devoción.

Como es lógico, Su Majestad ha regresado a Madrid muy satisfecho y agradecido por tales atenciones. Los marqueses de Comillas, la condesa de Alcubierre, los condes de Güell, los marqueses de Sentmenat, la baronesa de Maldá, la condesa de Torroella de Montgri, los condes del Asalto y tantos más, son nombres que honran a la nobleza catalana. Unos por su linaje, legítimamente orgullosos de antepasados célebres, y otros por méritos propios, todos pueden envanecerse de sus títulos y de sus blasones. Entre ellos, hemos de fijarnos hoy en un noble matrimonio que, teniendo en sus ascendientes preclaros españoles, ha sabido honrar de tal modo el título heredado, que hace dos años recibió la satisfacción y el honor de que don Alfonso XIII les concediera la Grandeza de España. Hemos nombrado, pues, a los condes del Asalto.

¿Qué origen tiene este título, al que va unida desde hace tan escaso tiempo la Grandeza? El condado del Asalto fué otorgado en 15 de septiembre de 1763, por Su Majestad el Rey don Carlos III a don Francisco González y Bassecourt,

navio de la Real Armada, don Vicente González y Bassecourt, marqués de González de Quirós, durante el sitio y asalto de las armas británicas al Castillo del Morro de la Habana en 1762. Cuando ya había sido tomada la capital, siguió defendiéndose en el castillo por espacio de tres meses, obligando a los ingleses a volar la fortaleza. Salvado de la explosión, aún continuó el bravo marino, con un puñado de valientes, haciéndose fuerte, saliendo, en un nuevo ataque, a defender la brecha abierta. Allí, rodeado de enemigos, murió gloriosamente, abrazado a la bandera de España, que no quiso abandonar ni un instante.

«Tan ejemplar heroísmo—dicen las crónicas,—tuvo enorme resonancia en toda España. Para honrar la memoria del héroe, Carlos III concedió el título, con pensión vitalicia a su hermano don Francisco, y la Academia de San Fernando fundó en 1763 dos premios extraordinarios para el pintor y el escultor que mejor supieran interpretar el glorioso hecho de armas.»

Don Francisco y don Vicente González Bassecourt eran hijos de don Juan González Valor y Quintela, marqués de González de Quirós, caballero de Santiago, teniente general de los ejércitos de Su Majestad y comandante general del reino de Navarra, y de su esposa doña María Catalina Bassecourt, marquesa de Grigny y de Borghetto, gran cruz de María Teresa de Austria y dama de la Reina doña Isabel de Farnesio, hasta que, en 1757, a petición del Infante don Felipe de Borbón, duque de Parma y Guastalla, fué nombrada aya de sus hijos en Parma, de donde no regresó hasta 1765, en que lo hizo acompañando a la Infanta doña María Luisa de Borbón, que, contando apenas quince años, vino a España para contraer matrimonio con el Rey Carlos IV.

Concedido, como queda dicho, el título de conde del Asalto a don Francisco González y Bassecourt, lo unió éste a los de sus padres, siendo gentilhombre de Su Majestad, gran cruz de Carlos III, teniente coronel de Reales Guardias españolas, y, más tarde, en 1775, gobernador y capitán general del ejército y Principado de Cataluña, y presidente de su Real Audiencia.

Durante la época de su mando dejó tan gratos recuerdos y favoreció de modo tan especial el engrandecimiento de Barcelona, logrando del gobierno el derribo de las primeras murallas, que el pueblo barcelonés, agradecido, quiso perpetuar su memoria dando su nombre a la primera calle del ensanche.

Heredado más tarde el condado del Asalto por doña Fernanda García Alesón y Pardo Rivadeneira, hija de don Carlos García Alesón y

Pinet—conde del Asalto, marqués de Ceballos Carvajal y barón de Casa Davalillo, mayordomo de la Reina doña Isabel II,—contrajo la condesa matrimonio con don Carlos Morenes y Tord, barón de Cuatro Torres, gran cruz de Isabel la Católica, gentilhombre de Su Majestad, académico correspondiente de la Historia e individuo de honor de la Arqueológica tarraconense. Natural de Tarragona y de ilustre estirpe catalana, obtuvo varias veces la representación en Cortes por aquella provincia, haciéndose acreedor a que sus paisanos le nombraran hijo predilecto de la capital y que fuera colocada con su nombre una lápida en el salón de actos del Ayuntamiento.

El actual conde del Asalto es hijo de los anteriores. Don Ramón Morenes y García Alesón, que ostenta también los títulos de marqués de Grigny y barón de Cuatro Torres, es ingeniero agrónomo, senador vitalicio, gentilhombre de Su Majestad con ejercicio y servidumbre, gran cruz de Isabel la Católica, maestrante de Zaragoza, académico correspondiente de la historia, individuo de la Arqueológica Tarraconense y de la Comisión de Monumentos, exsecretario primero del Congreso y secretario segundo del Senado.

Ha pertenecido siempre al partido conservador, presentando por vez primera su candidatura para diputado a Cortes por la circunscripción de Tarragona, en 1899. En aquella legislatura perteneció a la comisión de Presupuestos. Cuando fué elegido por segunda vez, desempeñó los cargos de secretario segundo y primero. Al surgir en 1908 el movimiento solidario catalán, el conde del

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.M.

Asalto se lanzó sin vacilación alguna a la lucha frente a las corrientes avasalladoras que se extendían por todo el Principado, obteniendo en aquellas elecciones el mayor número de votos. Pocos días después, don Alfonso XIII le otorgó la senaduría vitalicia, cuando solo contaba el conde 40 años.

Ante el estado de la política catalana, creyó el conde del Asalto que era su deber no abandonarla, y trabajó con todo entusiasmo por restablecer corrientes de confraternidad en defensa de altos intereses. Su labor, unida a la de otros nobles patriotas, dió pronto sus frutos, y así ahora, con motivo del viaje regio, han podido verse los resultados.

Está casado el conde del Asalto con una distinguida dama: doña María Carvajal y Hurtado de Mendoza, de quien ha tenido numerosos hijos, el mayor de los cuales es un bravo militar que en la última campaña de Marruecos se ha comportado brillantemente. El oficial de caballería don Carlos Morenes y Carvajal, vizconde de Alesson, es piloto aviador, y, como tal, ha realizado numerosos vuelos sobre el campo enemigo, corriendo muchos e importantes peligros. Hace unos años realizó el «raid» Madrid-Tetuán, en tres horas y cuarto.

El segundo hijo de los condes del Asalto, don Ramón, es abogado; el tercero, don Fernando, es alumno de la Academia de Artillería, y el cuarto, don Luis, ingresó recientemente en la misma Academia. No se puede, en realidad, ser más patriota que este padre que, de cuatro hijos, ofrece tres de ellos al ejército.

La condesa del Asalto es, a su vez, hija de los difuntos marqueses de Aguilafuente, y nieta, por tanto, de los duques de Abrantes y Linares.

En Madrid tienen estos nobles aristócratas una residencia cómoda y elegante, digna de ellos; pero, a decir verdad, sus preferencias son para el viejo castillo de Guadamur, que algún día describiremos, y, sobre todo, para su magnífico palacio de Tarragona, ya cerca de la provincia de Barcelona, en la zona más rica del bajo Panadés.

Rodea al palacio espléndida finca de frondosa vegetación, y, tanto por su belleza como por las condiciones excepcionales de sus terrenos, riqueza de agua y facilidades en sus vías de comunicación, las gentes del contorno la conocen con los nombres de «La perla del Panadés» y «La joya del Panadés».

Su verdadero nombre, sin embargo, es «Castell-Grigny». La casa señorial, los jardines y las construcciones agrícolas, reformadas por completo en estos últimos años, se hallan en el centro de la finca, que consta de 500 hectáreas. El conde del Asalto, que es un entusiasta de su carrera de ingeniero agrónomo, ha implantado modernos cultivos y construido lagos y pequeños pantanos, montando toda la parte industrial eléctricamente y aumentando su riqueza en términos incalculables.

La casa, de elegante y sencillo estilo, acredita el buen gusto de sus dueños.

Vista desde el lago próximo a ella, semeja un castillo medioeval,

con una torre grande a la derecha y dos torrecillas. Sin embargo, mirado de frente, desde el paseo central del jardín, el edificio acusa su silueta moderna en las líneas elegantes de su fachada principal y en la monumental escalera de piedra, que baja desde la explanada que se extiende ante la casa hasta el plano muy inferior, del bien cuidado jardín. En el interior del palacio merecen mención especial el despacho del conde, con muebles españoles estilo Renacimiento; el gabinete de la condesa; el hall, con precioso artesanado y una imagen antigua de la Virgen, y la galería que se abre sobre el jardín, hermoso sitio que recuerda los más bellos claustros de nuestros conventos.

Cuantos acuden a «Castell-Grigny» saben que allí han de encontrar amable hospitalidad; quien pregunte en toda la comarca y en toda la provincia de Tarragona, y aun en Cataluña entera, por los condes del Asalto, solo escuchará frases de gratitud y de cariño para quienes han procurado y procuran grandes y constantes beneficios al pueblo catalán, haciendo una labor patriótica y fructífera, en incesante contacto con el país y atentos siempre a sus necesidades y aspiraciones. Y eso, no solo el pueblo, sino el Rey, ha sabido apreciarlo.

ITURRALDE

DE LA NOBLEZA ESPAÑOLA

14-VII-922

LA CASA DE SASTAGO

Madrid 11 julio,

En la céntrica y populosa calle de la Luna, en un trozo del Madrid antiguo, parte del cual ha caído a golpes de piqueta por imposiciones de la moderna Gran Vía, se eleva un viejo palacio con trazas de vestusto caserón, en cuyo interior se conservan numerosas bellezas artísticas, y en el que vive una noble familia española, continuadora de uno de los más ilustres linajes del reino.

Es el palacio de Sástago; la mansión en que vivió aquella condesa de Sástago—camarera mayor que fué de Palacio y abuela del actual poseedor del título,—y residencia ahora de la condesa de Alcubierre, madre del de Sástago y una de las damas que más respetos y simpatías disfrutaban en la sociedad de Madrid y en la de Barcelona.

En él se han celebrado muchas y brillantes fiestas; unas en honor de los Reyes y otras eminentemente aristocráticas. La última fué con motivo de un grato acontecimiento: la boda de la hija menor de la condesa de Alcubierre, la gentil marquesa de Espinardo, con el marqués de Valterra. Y aquel día, con los afectos de las familias distinguidas invitadas al acto, se hizo patente el cariño popular de que gozan los condes de Sástago y los suyos. Nada tiene de extraño, pues la condesa de Alcubierre y sus hijos hacen constantemente tal cantidad de obras caritativas en aquel barrio que sería una ingratitude enorme en el pueblo no corresponder con afectos a los favores recibidos.

Los representantes actuales de la casa de Sástago no hacen más que continuar las nobles tradiciones de familia. En el conde, don Luis Beltrán Escrivá de Romaní y Sentmenat, se unen tres ilustres ramas españolas: la de la primera casa de Sástago, a la que pertenece el apellido Alagón de los primitivos condes, y que el actual lleva en cuarto lugar; la de los Escrivá de Romaní, valenciana, por enlace del barón de Beniparrell con doña María Antonia Fernández de Córdoba y Alagón, poseedora de los títulos de los Sástago, y la de Sentmenat, por su madre, la condesa de Alcubierre, hija de los marqueses de aquel título, pertenecientes a la nobleza de Cataluña.

Así, en el año 1908, cuando el conde actual se cubrió como grande de España ante Su Majestad el Rey, pudo pronunciar palabras de lealtad y de recuerdo con un legítimo orgullo.

«Sucesor soy—vino a decir—de aquellos Alagones que en la obscuridad de los tiempos confundían su origen con el principio mismo de la monarquía en Aragón, que gozaban la rica hombría de sangre y de naturaleza, inmemorial y sin comienzo conocido; que figuraron en primer término en los gloriosos anales de la Reconquista; que vivieron la vida misma de aquellos Reyes, combatiendo a su lado, casándose con sus hijas, siendo sus consejeros, sus camareros y sus Virreyes, hasta obtener la dignidad conde de la justicia del Rey Católico.»

Y añadió a continuación:

«Permitidme evocar el recuerdo gratísimo y venerado de la décimoquinta condesa de Sástago, mi abuela, camarera mayor de vuestra augusta madre, de quien yo he recogido, con el nombre, el apasionado amor a la dinastía y la adhesión incondicional a vuestra Real persona. Ello fué quien, enlazándose con el jefe y cabeza de los Escrivá de Romaní, barones valencianos de Beniparrell, marqueses catalanes de Monistrol, juntó estos títulos a los suyos aragoneses y castellanos, que, muchos por ello y por la muerte en vida suya de mi malogrado padre, se han reunido prematuramente en mí.»

Así es, en efecto. El conde de Sástago tiene, además de este título, los de marqués de Aguilar, de San Dionís y de Monistrol de Noya y barón de Beniparrell, siendo señor y pariente mayor de la casa de Alagón, gran Camarero de la Corona de Aragón, licenciado en Derecho, caballero de la Real Maestranza de Valencia, gentilhombre de cámara de Su Majestad, con ejercicio y servidumbre.

El condado de Sástago fué concedido por el Rey Católico en 1511 a don Blasco de Alagón, rico hombre y señor de Sástago, de Alcubierre y de Pina. La grandeza de España la otorgó el archiduque pretendiente don Carlos en 1711—siendo confirmada luego por Felipe V— a don Cristóbal Fernández de Córdoba Alagón y Bazán, marqués de Penalba y Virrey de Sicilia. Los Alagones pasaron por sucesivos enlaces: con los Villahermosa, con los Penalba y por último con los Escrivá, al casar, como ya se ha visto, la condesa María Antonia con el barón de Beniparrell. Los Escrivá, nobles conquistadores de Valencia, heredados allí por el Rey don Jaime I, formaron en la segunda mitad del siglo XIV el apellido Escrivá de Romaní por el matrimonio de Jaime Escrivá con Geraldona de Romaní.

Del matrimonio del representante de esta casa don José María Escrivá de Romaní y de Duasay con la condesa de Sástago, nació un hijo, don Joaquín, que casó con doña María del Pilar de Sentmenat y Pati-

ño. Ambos usaron los títulos de marqueses de Aguilar y de Monistrol; como él murió muy joven, el condado de Sástago pasó, al fallecer la condesa, al nieto mayor, concediendo el Rey entonces a la viuda el condado de Alcubierre, también con grandeza de España. Hijos de ésta y del finado marqués de Monistrol son, pues: el actual conde de Sástago; doña María de las Mercedes, que casó con el marqués de Marbais—hijo de los duques de Serres, recientemente fallecido; don Alfonso, conde de Gimes de Brabant, con grandeza, soltero, y doña María de Lourdes, marquesa de Espinardo, que es la recién casada con el marqués de Valterra, hijo del conde de Santafé. Otra hija de los marqueses de Monistrol fué doña María del Pilar, fallecida a los veinte años, que llevó el título de marquesa de Penalba.

El conde de Sástago está casado con una bella y distinguida dama: doña Josefa Patiño y Fernández Durán, hija de los también grandes de España marqueses del Castelar.

En cuanto a la suntuosa morada que tradicionalmente es residencia de los Sástago, baste decir que, como edificio, es especialmente notable por la gran altura de techos de sus estancias. No se construye ahora así. En los tiempos modernos en que han nacido los rascacielos, no se comprende edificar una casa bastante alta y ponerle solo dos pisos principales.

La gran escalera, dorada, es magnífica. En uno de sus muros aparecen, bajo el águila de dos cabezas, las armas de los Sástago y los Monistrol. En el rellano hay una tetera preciosa, que da idea de los primores del arte del siglo XVIII. Fué sacada a la calle por última vez en los primeros días de la restauración, cuando la camarera mayor de Palacio, condesa de Sástago, iba a visitar las estaciones con la Corte. Varios reposteros y cuadros completan el adorno de la bella y señorial escalera.

De las estancias, merecen mención los salones, poblados de joyas de arte, y la biblioteca. Esta es una de las mejores de Madrid, sobre todo desde el punto de vista histórico.

Los códices y libros de horas, los

pergaminos y las colecciones de manuscritos que allí se guardan y custodian, constituyen un verdadero tesoro bibliográfico.

En los salones se destacan en primer término varios tapices góticos; los mejores de esta clase, sin embargo, se hallan en la linda capilla de la casa, y están considerados por su belleza y por su magnífico estado de conservación, entre los más valiosos de Europa. También hay en los salones magníficos tapices flamencos de los Pastores y los Gobelinos.

De cuadros recordamos un tríptico famoso de Van Eyck, traído de la casa de los Sástago, de Zaragoza; una tabla admirable de Van der Weyden; varios lienzos, representando a los Evangelistas, de Juan de Juanes, y unos preciosos Tiepols, que regaló, no hace mucho, a la condesa de Alcubierre su pariente el barón de Erbes, y que seguramente harían las delicias del primer coleccionista de Tiepols del mundo, el señor Sedelmeyer, que hace tres o cuatro años expuso en París las obras de su propiedad, atrayendo la atención de los inteligentes en materia de arte.

Pero no son esas solamente las obras pictóricas que en el palacio existen. Dignas de admiración son también un retrato de cuerpo entero del duque de Alagón, gran amigo que fué de don Fernando VII; otro, de la anterior condesa de Sástago, debido al pincel de Madrazo, y otro de su marido el marqués de Monistrol. Belló retrato es, asimismo, el de la condesa de Alcubierre, pintado por Béjar, en el que la dis-

tinguida dama luce mantón de Manila, así como los tres elegantes pasteles en que el propio Béjar reprodujo los bustos de las tres hijas de la condesa.

Merecen asimismo la general admiración las porcelanas del Heliro, que decoran un salón. Entre ellas figuran unos candelabros, cuyos hermosos se encuentran en el Museo del Vaticano.

Otras joyas artísticas que la ilustre familia posee, se hallan en la casa de Zaragoza y en la deliciosa residencia de Torreblanca, que en la provincia de Barcelona ofrece grato descanso. Allí la condesa de Alcubierre y sus hijos pasan temporadas muy agradables, en unión de distinguidas personas a quienes invitan.

Entonces es cuando el viejo caserón madrileño de la calle de la Luna enmudece y sus ventanas se cierran. Y entonces dicen las gentes menesterosas de los barrios de la Estrella, Muñoz Torrero y Tudescos: «Hay que tener paciencia y esperar a que vuelvan. ¡Son tan buenos para nosotros!»

¿No es cierto que unos nobles que saben ejercer la caridad, son doblemente nobles?

IPURRALDE

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.

DE LA NOBLEZA ESPAÑOLA

El marqués de la Torrecilla,
jefe superior de Palacio

LOS SALABERT

Madrid 10 Octubre.

Una de las primeras figuras de la nobleza española es hoy, sin duda alguna, el marqués de la Torrecilla. El alto cargo que desempeña en Palacio, cerca de Sus Majestades, además, un relieve extraordinario. Su nombre es pronunciado con respeto por todo el mundo, y en el regio alcázar con verdadero cariño.

Don Andrés Avelino de Salabert y Arteaga, marqués de la Torrecilla y duque de Ciudad Real, es desde hace ya varios años jefe superior de Palacio y mayordomo de Su Majestad el Rey. Estos dos altos puestos, los desempeñaban antes siempre dos personas distintas—el marqués de la Mina y el duque de Sotomayor, por ejemplo;—pero desde que fue nombrado el marqués de la Torrecilla, unieronse ambos cargos en su persona. Siendo él, desde luego, la suprema autoridad en Palacio, después de la del Rey, y aún en muchos superior a la del mismo Rey, claro es que por delegación de Su Majestad. Los demás jefes de Palacio—la duquesa de San Carlos, el marqués de Viana, el de Benavente y el general Miláns del Bosch—tienen su misma categoría, pero su autoridad está supeditada a la del jefe superior.

El Rey siente por él un afecto basado en una íntima y verdadera amistad. Siendo una de las personas que más gozan de la confianza regia, natural es que su consejo siempre pese mucho, para cualquier decisión, en el ánimo de Su Majestad. Y como el marqués de la Torrecilla es hombre inteligente, culto, de sano y buen sentido y de una lealtad a toda prueba, su labor al lado del Rey no puede sino ser beneficiosa para don Alfonso y para el país. Las relaciones que con la más alta sociedad aristocrática y con el mundo diplomático y el político mantiene, le hacen poder ser, en todo caso, un consejero competente; todo esto, claro está—y ese es su mayor mérito,—dentro de una exquisita discreción; pues ya es sabido que don Alfonso XIII sabe tener juicio propio en los problemas nacionales para intervenir en ellos sin olvidar la práctica de los deberes a que le obligan los preceptos de la legislación vigente.

Es el marqués de la Torrecilla, además de duque de Ciudad Real, marqués de Navahermosa, conde de Aramayona y vizconde de Lináez. Grande de España dos veces, fue varias veces diputado a Cortes, y en la actualidad es senador por derecho propio. Además de los cargos palatinos citados, desempeña los de Sumiller de Corps y Guardasellos de Su Majestad. Pertenece a la Orden militar de Calatrava y a la Real Maestranza de Valencia, y posee el collar del Toisón de Oro y el gran collar de la Orden de Carlos III.

El título de duque de Ciudad Real fue creado por el Rey don Felipe IV en 1613, a favor de don Alonso Idiáquez Butrón y Múgica, conde de Viantra y de Aramayona, comendador mayor de la Orden de Santiago. En 1888 fue rehabilitado el título, con grandeza de España.

El marquesado de la Torrecilla se creó en 3 de julio de 1689, siéndole concedido a don Félix Ventura de Aguerri y Rivas. La grandeza le fue conferida, en 1875, a don Narciso de Salabert y Pinedo, VII marqués de la Torrecilla, padre del actual.

Don Andrés Avelino de Salabert es el único hijo varón del matrimonio de aquel noble prócer, que llevaba también los marquesados de Torre de Esteban Hambrán y de Valdeolmos, con doña María Josefa de Arteaga y Silva, hija del señor de la casa de Lazcano, persona que gozó en Madrid de grandes respetos.

Hermanas del marqués de la Torrecilla—hijas todas del mismo matrimonio,—son la duquesa de Santa

Mauro, la marquesa de Valdeolmos y la condesa de Torre Arias.

La duquesa viuda de Santo Mauro, doña Casilda, llevó de soltera el título de condesa de Oñalia, y casó en primeras nupcias con el anterior duque de Medinaceli. De aquel enlace nació el actual duque don Luis Fernández de Córdoba Figueroa y Salabert. En segundas nupcias contrajo matrimonio con don María Fernández de Hiestrosa y Ortiz de Mioño, duque de Santo Mauro, de noble familia montañesa—hermano del marqués de Camarasa,—que falleció hace un par de años, siendo mayordomo mayor de Su Majestad la Reina.

De este casamiento nacieron tres hijos: doña Casilda, esposa actual del marqués de Santa Cruz; doña María, condesa de San Martín de Hoyos, que permanece soltera, y don Rafael, oficial de la Armada, que llevó primeramente el título de conde de Estradas y hoy ostenta ya el ducado de Santo Mauro. En reciente viaje, volviendo en la «Nauutilus» de la Habana, demostró el duque tal serenidad y pericia, durante una tempestad que puso al buque en peligro, que fué recompensado por el gobierno con los premios debidos a los marinos heroicos.

La duquesa viuda de Santo Mauro fué, durante varios años, camarera mayor de la infortunada Princesa de Asturias y ayá de los Infantes don Alfonso y doña Isabel de Borbón.

Doña Fernanda de Salabert y Arteaga, marquesa de Valdeolmos, estuvo casada con el fallecido conde de Villagonzalo, siendo sus hijos don Fernando Maldonado y Salabert, marqués de la Scala, casado con doña Esperanza Chavarri, y doña María Luisa, esposa de don Fernando Roca de Togores, marqués de Torneros, perteneciente a la ilustre casa de los marqueses de Molins. En segundas nupcias se ha casado, recientemente, la marquesa de Valdeolmos con don Julio Quesada-Cañaveral y Piédrola, duque de San Pedro de Galatino y conde de Benavente y de las Villas.

Doña María de los Dolores de Salabert y Arteaga, condesa de Torre Arias, hermana menor del marqués de la Torrecilla, llevó de soltera el título de marquesa de la Torre de Esteban Hambrán. Casó luego con el actual conde de Torre Arias, y de él tuvo, por hijos, al marqués de Santa Marta, a la condesa de Velayos y a don Narciso Pérez de Guzmán, muerto heroicamente el año pasado en Marruecos, y a quien dedicamos entonces una crónica en estas mismas columnas.

Tal es la familia del jefe superior de Palacio, puesto que él es soltero. Hombre joven aún, pudiera un día sorprender a todos con la noticia de su boda; mas, por ahora, nada se sabe, ni nada se dice con visos de cosa cierta.

El marqués de la Torrecilla vive solo en su magnífico y antiguo palacio de la calle de Peligros, número 2, que hace esquina a la calle de Alcalá. Es, pues, el edificio inmediato a la iglesia de las Calatravas. No se puede pedir lugar de residencia más céntrico. En él tiene su dueño una verdadera riqueza en muebles, lapices y cuadros antiguos, heredados en buena parte y adquiridos por él en otra, pues el marqués ha tenido siempre gran afición por los estudios de arte, y en sus numerosas excursiones por España y por el extranjero ha adquirido frecuentemente objetos de valor. Esta afición le ha llevado a especializarse en tal sentido; así, ha sido uno de los principales elementos de la floreciente Sociedad de los Amigos del Arte, y cuando el año pasado su presidente don Eduardo Dato, cayó villanamente asesinado, la Sociedad no dudó en elevar a su presidencia al marqués de

la Torrecilla, dándole con esto una prueba de alta consideración.

En sus aficiones artísticas tiene, además, el marqués un aspecto muy curioso: el de coleccionista, lujo que, por regla general, se permiten los hombres de dinero y de buen gusto. La colección principal del jefe superior de Palacio es de esculturas, pinturas y dibujos de todas clases que se refieran al caballo, considerado éste en todas sus clases y en todas las épocas. Recientemente, el marqués de Camarasa ha publicado, en una edición monumental, una especie de catálogo anotado de esta colección, y basta ojearlo para darse cuenta de la verdadera importancia de aquella y de su valor, al principio incomprendible.

Cuenta el marqués con otras muchas propiedades, entre ellas el famoso castillo de Butrón, en las Vas Congadas, que perteneció a sus más remotos antepasados, y un coto de caza en los alrededores de Madrid, en el que todos los años se verifican, cuando menos, un par de batidas, a las que concurre el Soberano.

Ya está la corte en Madrid. El marqués de la Torrecilla ha reanudado, de modo directo, el ejercicio de sus funciones. Siempre afable, siempre caballero, él es quien tiene que autorizar a todo el mundo para que cumplimente al Rey. Por algo es el jefe superior de Palacio.

ITURRALDE.

De la nobleza española

La casa Santa Cruz

Madrid 21 octubre.

La familia de los grandes de España marqueses de Santa Cruz, es una de las más ilustres de la nobleza española. Además, es la que acaso más lazos de unión tiene en la actualidad con la familia Real. Baste decir que a dicha casa pertenecen la camarera mayor de Palacio, la teniente aya de los Infantitos y el primer oficial de la secretaría particular del Rey, y, al propio tiempo, persona de su mayor confianza. Y, por parentesco, una persona perteneciente a la misma familia, caso, no há mucho, con otra que ostenta el título de Infante de España.

En su antiguo y señorial palacio de la calle de San Bernardino viven, desde el día de su boda, hace diez años, don Mariano de Silva y Carvajal, Vargas, Téllez Girón y Dávalos, marqués de Santa Cruz de Mudela, del Viso y de Villasor, y su joven y bella esposa doña Casilda Fernández de Henestrosa y Salabert, hija de los duques de Santo Mauro. Con ellos viven sus hijos, y en otro departamento del mismo palacio, la madre de él, duquesa de San Carlos, y la hermana, condesa del Puerto, en unión ésta de sus hijos.

El palacio de la calle de San Bernardino, residencia secular de los Santa Cruz, es un viejo caserón que, exteriormente, apenas si ofrece interés; pero, en su interior, conserva numerosas obras de arte, muchas de las cuales tienen un gran valor histórico, como son las armaduras, cascos y otros elementos de combate que han ido siendo heredadas, por sucesivas generaciones, dentro de la misma casa.

Y es que la familia Santa Cruz es, sin duda, una de las que más claro y conocido abolengo cuenta en nuestro país. Muchos fueron, en efecto, los insignes varones que ilustran los antecedentes de los Santa Cruz; pero entre ellos, uno, que fué el que alcanzó la grandeza de España, haciendo famoso un título que, desde entonces, ha sido pronunciado siempre con respeto y con veneración.

En la plaza madrileña de la Villa, frente al Ayuntamiento, se eleva una sencilla estatua, dedicada a perpetuar la memoria de don Alvaro de Bazán, insigne marino, capitán general de las galeras de España en tiempos de Carlos V y Felipe II, que se cubrió de gloria, como es sabido, en el famoso combate de Lepanto, proporcionando un resonante triunfo a don Juan de Austria y logrando la derrota de la Media Luna, por obra de la Santa Cruz.

En realidad, el origen de la ilustre familia de los Bazán es anterior, pues arranca de don Lope de Bastán o Bazán, que mandó los ejércitos de Navarra en la batalla de Fraga. Según Fernández de Bethencourt, la filiación continuada de esta familia comienza en don Juan Pérez de Bazán, señor de La Guardia, Viana, Monreal y otras villas, alférez mayor del Rey Sancho *el Fuerte*, el cual tomó parte en la batalla de las Navas de Tolosa.

La casa de Santa Cruz se formó en la segunda rama de la de los vizcondes de Palacios de la Valduerna. El primer marqués de Santa Cruz de Mudela, creado por Felipe II en 19 de octubre de 1569, y luego grande de España en 1583, fué el antedicho don Alvaro de Bazán y Guzmán, señor de las villas de Viso, Ginelas, Gerafe y Valdepeñas, alcaide de Gibraltar, consejero de Estado y uno de los más insignes marinos de su época. Desde luego es la mayor ilustración de la noble familia.

La línea de varón de la casa Santa Cruz se extinguió, pasando, por entronque, sus títulos y estados a la de Silva, rama menor de la gran casa de Cifuentes, que reconoce su ascendencia en el Rey Fruela II de León.

Entre otros antepasados ilustres del actual marqués de Santa Cruz, figuran, además, el padre y el abuelo del primer marqués, que fueron también notables guerreros; su hijo, don Alvaro de Bazán, asimismo gobernador de Milán y capitán general de las galeras de Nápoles, Portugal y España; don Pedro de Bazán, gobernador y capitán general de los Abruzzos; don Alvaro de Bazán y Manrique de Lara, virrey de Sicilia; don Jerónimo de Pimentel, cuarto marqués por enlace, virrey de Cerdeña y capitán general de la caballería de Milán; don Francisco Diego de Bazán y Benavides, virrey de Sicilia y marino ilustre; don Alvaro, mayordomo mayor de la Reina doña Isabel de Farnesio; don José Joaquín de Silva Bazán, director de la Academia Española; don José Gabriel de Silva, que unió a los títulos de los Santa Cruz los condados de Monte Santo y Pie de Concha, y fué mayordomo mayor de Fernando VII, embajador en París y Londres, presidente del Estamento de Próceres y director de la Academia, y don Francisco de Borja, abuelo del actual marqués. Fué

vicepresidente del Senado, caballero del Toisón, caballero y mayor-domo mayor de la Reina doña María Cristina de Borbón, y luego, jefe superior de Palacio.

El padre del marqués de Santa Cruz fué don Alvaro de Silva Bazán y Fernández de Córdoba, que perteneció al cuerpo general de la Armada y casó con doña María Luisa de Carvajal y Dávalos, actual duquesa de San Carlos, camarera mayor de Palacio, dama de la Reina y de la Orden de María Luisa.

La casa Carvajal tiene su origen en el Rey Fruela II de León, uno de cuyos hijos fué señor de la villa de Carvajal, en aquel reino. Pero el tronco indubitado de este gran linaje comienza en el conde don Gonzalo González de Carvajal, rico hombre y gran servidor del Rey Fernando I de León. Don Diego González de Carvajal, hijo de otro don Gonzalo, fué a Extremadura, y allí casó con doña Sara de Vargas, de la ilustre casa de este nombre. Nietos de éste fueron los famosos hermanos Carvajales, a quienes Fernando IV el Emplazado mandó despeñar en Martos. De los Carvajales de Extremadura se derivaron varias casas, entre ellas, las de los duques de Abrantes, los condes de Torrejón y los duques de San Carlos. El tronco directo de esta última fué el célebre don Lorenzo Galindez de Carvajal, uno de los españoles más notables de su época, y consejero que fué de los Reyes Católicos, de la Reina doña Juana y del Emperador Carlos I.

Don Fermín Francisco de Carvajal y Vargas—uno de sus sucesores,—fué agraciado por el Rey Carlos III con el ducado de San Carlos, con la grandeza de España. Fué este señor teniente general de los Reales Ejércitos y correo mayor de las Indias. El último duque, padre de la actual duquesa, ha sido don Luis Joaquín de Carvajal y Vargas Queralt Manrique de Lara y de Silva, conde de La Unión, que casó con doña María Andrea Dávalos, condesa viuda de Villagonzalo.

En la unión, pues, del marqués de Santa Cruz y la duquesa de San Carlos, se enlazaron dos de las más ilustres familias españolas. De ambas es hoy representante el actual marqués, que ha heredado mucho de los méritos y virtudes de sus antepasados. Joven aún, ha llegado a alcanzar en política puestos tan significados como la subsecretaría de la Presidencia y otros análogos. Amigo íntimo de don Eduardo Dato, llegó a gozar de la absoluta confianza del inolvidable jefe del partido liberal-conservador. A su lado, unas veces subsecretario, y otras sin cargo oficial alguno, fué siempre un leal e inteligente consejero. Asesinado villanamente el señor Dato, no ha querido el marqués de Santa Cruz volver a figurar en política, limitándose a ejercer sus funciones de senador por derecho propio. En la Alta Cámara es vicepresidente. Ha sido diputado, y es vocal de la Diputación y Consejo Supremo de la grandeza de España, caballero de la Orden militar de Santiago, maestrante de Valencia y gentil hombre de cámara de Su Majestad, con ejercicio y servidumbre.

Hombre muy simpático, es la belleza misma, lo cual le hace tener grandes afectos entre las gentes humildes.

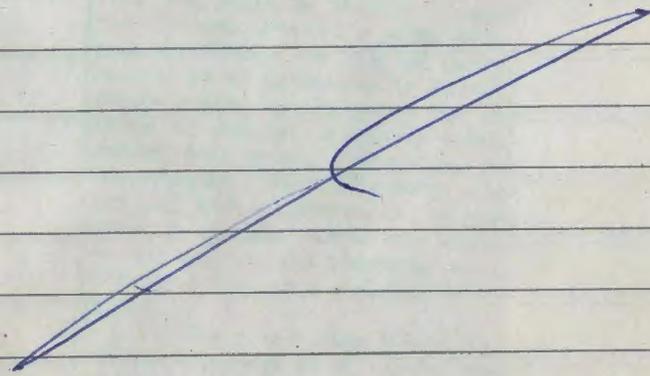
Hermana del marqués de Santa Cruz es doña María de la Encarnación de Silva y Carvajal, condesa del Puerto; que casó con don Andrés Urzáiz y Salazar, muerto hace unos diez años. Es la condesa teniente aya de SS. AA. las Infantas doña Beatriz y doña Cristina, y figura entre las damas que con más eficacia auxilian a la Reina doña Victoria en sus obras piadosas y patrióticas. También son hermanos del marqués de Santa Cruz don Luis María, duque de Miranda y conde de La Unión, culto diplomático, oficial primero de la secretaría del Rey y acompañante de Su Majestad en casi todos los viajes—como éste de Burdeos,—que está casado con doña María de la Concepción Aylor de Aragón, hija de los duques de Granada y Villahermosa, de la que tiene cuatro hijos, y doña Isabel, condesa de Castillejo, que contrajo matrimonio con el Príncipe austriaco Clemente de Metternich-Winneburg, con el que vivía antes en Viena, y ahora en Checoeslovaquia. Precisamente, la condesa del Puerto se halla ahora pasando una temporada en Praga, al lado de su hermana la Metternich. Esta es una mujer muy bella y elegante, que llama en todas partes la atención por ambas cualidades.

La casa Santa Cruz posee, desde hace muchos años, el secreto de la fabricación de un unguento llamado «bálsamo Santa Cruz», con el que es fama que se curan las enfermedades de la vista. Claro que ésto es imposible; pero lo que es indudable, es que el bálsamo posee excelentes cualidades para las afecciones de los ojos. En el palacio de la calle de San Bernardino se entrega el unguento a todo el que lo necesita, sin más requisito que la garantía de que es preciso el remedio.

La marquesa de Santa Cruz, que en el ejemplo de su madre la duquesa de Santo Mauro, ha podido aprender las cualidades que deben adornar a la dama española, ha hecho feliz a su marido, y forma con él y con sus hijos un hogar al que no acude jamás en vano la súplica de un necesitado.

ITURRALDE

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.



NUESTRAS INFORMACIONES

ga fine

19-XI-922

DE LA NOBLEZA ESPAÑOLA

EL LINAJE DE "LOS SAAVEDRAS

Madrid 21 noviembre.

Grán familia esta de los Saavedra, que cuenta en España con muchos y muy famosos ascendientes. Pocos linajes tienen una estirpe de tan continuada nobleza y de tradición tan estimada como el de estos señores que hoy ostentan el ducado de Rivas, los marquesados de Viana, Villalobar, Aranda y Ribera y el condado de Urbasa.

Títulos llevados por personas descendientes de un mismo tronco; guardan entre sí una relación que el tiempo no puede hacer desaparecer. Al citar cualquiera de ellos, hay que hablar necesariamente de los Saavedras; y es que este ilustre apellido es hoy gala y orgullo de muchas familias aristocráticas.

Los Ramírez de Saavedra de hoy son los descendientes de aquellos insignes varones de que hacen mención crónicas y nobiliarios. En aquella progenie se fundieron los timbres de los condes de Castellar, de quienes salió la gloriosa rama de los marqueses de Rivas, luego duques, y los blasones de los Ramírez de Madrid, tan realzados por aquel inclito guerrero, conquistador de Málaga y consorte de la célebre doña Beatriz Galindo la Latina, preciado ornamento de la corte de doña Isabel la Católica.

El esplendor de tan eximio linaje no se eclipsó ciertamente con el transcurso del tiempo. Don Angel de Saavedra, duque de Rivas, abuelo de los actuales representantes de la familia, valeroso soldado de la Independencia e insigne poeta y autor dramático, y sus nobles hijos, supieron sostener gallardamente el brillo de su estirpe.

El marquesado de Rivas fué creado en 25 de julio de 1641, a favor de don José Ramírez de Saavedra, general de artillería del ejército de Aragón. En 1792 fué convertido el título en ducado, siendo objeto de esta distinción don Juan Martín Pérez de Saavedra Ramírez de Madrid, que era también marqués del Villar, caballero mayor de la Princesa de Asturias y caballero gran cruz de Carlos III. El hijo segundo de éste, tercer duque de Rivas, fué el famoso autor de *Don Alvaro o la fuerza del sino*, don Angel Saavedra y Ramírez de Baquedano, marqués de Andía, de la Ribera de Tajuña, del Villar y de Villasinda, señor del Castillo de Rivas, de los montes de Urbasa, de Viana y de Vi-

llalobar. Esta ilustre figura de la aristocracia y la literatura española, que representa en nuestro teatro la cumbre del romanticismo, alcanzó en política los más elevados puestos, siendo consejero del Establecimiento de Próceres, y luego senador vitalicio, ministro de la Gobernación y de Marina, después presidente del Consejo de ministros, vicepresidente antes del Senado, embajador en París y en Nápoles, coronel de Estado Mayor y caballero del Toisón de Oro, cargos que supo alternar con los de director de la Real Academia Española, presidente de la de Bellas Artes de San Fernando y académico de número de la de Historia.

El duque de Rivas, nacido en Córdoba el año 1791 y muerto en Madrid en 1865, es, según el ilustre crítico don Manuel Cañete, el último de los grandes poetas genuinamente españoles.

«Entre los poetas de esta era— escribió aquel crítico al frente de la colección de obras del duque.—nadie le puede disputar el timbre de revelar como ninguno otro su abo- lengo literario.»

Hijo de los grandes de España don Juan Martín de Saavedra, ya citado, y doña María Dominga Ramírez de Baquedano, marquesa de Andía y de Villasinda, heredó en 1834 todos los títulos de su casa, por haber muerto sin hijos su hermano mayor. Heredero de estas grandezas, lo fué al mismo tiempo de la inspiración de nuestros mejores líricos y dramáticos del siglo de oro. Los primeros años de su infancia los pasó don Angel Saavedra en Córdoba. Huyendo de la fiebre amarilla, trajéronle a Madrid, y aquí estudió latín, francés y otras materias. Al fallecer, en 1802, su padre, ingresó en el Seminario de Nobles, donde pronto se distinguió por su amor al estudio, despierta inteligencia, feliz memoria y facilidad de comprensión. Desde muy joven mostró gran afición, además, por la poesía y la pintura, siendo ello causa de que uno de sus biógrafos haya dicho que fué poeta y pintor desde la cuna.

A los diez y seis años dejó el Seminario e ingresó en la milicia, donde bien poco después tuvo ocasión de demostrar su ardimiento y esultu patrio con motivo de la invasión francesa. Figuró en varias gue-

brillas en los días anteriores y posteriores a la batalla de Bailén y tomó parte en la de Ocaña, quedando por muerto en el campo entre multitud de cadáveres; gracias a que un soldado del regimiento del Infante, que había ido a recoger despojos, tropezó con él, y hallándolo vivo, lo puso sobre su caballo y lo libró de la muerte. Convaleciente de sus heridas, regresó a Córdoba.

Su vida continuó siendo prolíja en incidentes. En 1811 fué director de

un Seminario en Cádiz, donde trabó amistad con don Juan Nicasio Gallego y otros ingenios de la época, y donde sus aficiones literarias encontraron ancho campo para su desarrollo. Terminada la guerra de la Independencia, fijó su residencia en Sevilla, y escribió allí sus primeras obras publicadas. Enemigo de la política absolutista de Fernando VII, hizo el drama *Lanusa*, de enorme éxito político, y pronunció un violento discurso, que le valieron el destierro. Sus años de emigración, primero soltero y luego casado, fueron muchos, siendo Londres, Gibraltar, Nápoles, Malta, Marsella, Tours y París testigos de sus tristezas de la emigración. Durante esos años escribió sus mejores obras. El *Don Alvaro* lo hizo en Tours. Cuando, pasado el tiempo, ocupó el Trono de España doña Isabel II, don Angel Saavedra regresó y no tardó en ocupar, teniendo ya un altísimo prestigio literario, los más importantes puestos en la política, la diplomacia y las letras nacionales. De los últimos cargos que desempeñó fué el de embajador en París, dándose entonces el gusto de agasajar y colmar de honores al anciano y famoso pintor Ary Sheffer que, cuando él era emigrado y estudiaba pintura en la capital francesa, había tenido para el joven romántico español las más delicadas atenciones.

El hogar del duque de Rivas fué célebre en Madrid, siendo siempre citado como modelo de hogares. No era solo la religión y la virtud, el talento y la laboriosidad los que en él reinaban; era la cultura, el arte, el buen gusto, la selección de sentimiento. El duque había casado en Gibraltar con una noble dama andaluza; doña María de la Encarnación de Cueto y Ortega, de la que tuvo varios hijos, en cuyos nombres se puede advertir el espíritu verdaderamente romántico que a aquel hombre ilustre dominaba: Enrique, Octavia, Malvina, Gonzalo, Corina, Leonor, Ramiro, Teobaldo y Fausto. Todos ellos formaron la mejor recompensa que pudieron tener sus padres por las muchas vicisitudes por que habían pasado y por los grandes merecimientos y virtudes que atesoraban. Bien es verdad que la gloria literaria de don Angel de Saavedra, que es un orgullo para España, y llega a los dominios de la inmortalidad, se proyecta sobre todos sus descendientes, siendo el mayor timbre de honor que pueden ostentar y su mejor ejecutoria.

26-XII-922

Los condes de Agrela y los de Salinas

Madrid 21 diciembre.

De regreso de París, acaban de llegar a esta Corte los condes de Agrela con sus hijos los condes de Salinas. En la fiesta celebrada el otro día en la residencia del duque de Gor, para celebrar la boda de su hija la señorita María Álvarez de las Asturias Bohorques con el vizconde de Priego, fueron saludadas por sus muchos amigos la condesa de Agrela y su bella hija. Ambas han pasado gran parte del otoño en la capital francesa, y ahora han venido a Madrid para permanecer aquí los meses de invierno. Y la fiesta de Gor fué la primera a que concurrieron después de su regreso.

Los condes de Agrela son muy conocidos entre nuestra sociedad. Ocupan en ella una posición muy brillante y han dado en su residencia de la calle Añcha de San Bernardo numerosas fiestas, que se han caracterizado siempre por su distinción y suntuosidad. Su única hija, la que de soltera conocía todo el mundo por Rosario Agrela, figuró desde muy joven en el grupo de muchachas aristocráticas mimadas por la belleza y la fortuna. En torno suyo congregáronse numerosas señoritas distinguidas, y ellas fueron las iniciadoras de distintos bailes, con los que las estancias del palacio de Agrela se llenaron de juvenil alegría.

El conde de Agrela, don Mariano Agrela y Moreno, a quien le fué concedido en 1890 este título, siendo, por tanto, su primer poseedor, se halla casado con una distinguida dama que ha llamado siempre la atención por su belleza. Doña Leticia Bueno y Garzón aún conserva en su rostro y en su figura rasgos y detalles que demuestran aquella hermosura y que aún hacen a la condesa de Agrela digna de admiración.

El palacio que el matrimonio posee en la calle de San Bernardo es, por su aspecto externo, uno de los más elegantes de Madrid. La fachada, de estilo francés, está adornada con sencillas columnas estriadas y hace contraste, por su gracia y ligereza, con la vetusta fachada, toda severidad, de la señorial mansión que, en la acera de enfrente, es morada de la duquesa de la Conquista, camarera mayor de la Reina doña María Cristina.

El interior de la casa es también de exquisita elegancia, y responde al mismo gusto que la fachada. Díjese uno de aquellos lindos palacios franceses del siglo XVIII, como los que construía Gabriel, el famoso arquitecto del Petit Trianón y decoraba el escultor Guibert para los domicilios de algunas damas de la corte de María Antonieta, en una época, como aquella, de verdadero apogeo de elegancias.

Desde la entrada de la casa hasta el último detalle, todo, en esta residencia, está sujeto al estilo Luis XVI.

La suavidad de tonos en las telas que cubren las paredes; los retratos, hechos al pastel, con sus marcos de talla, en los que el tiempo ha oscurecido los derados; las graciosas porcelanas, de antiguo Sévres; varias cómodas adornadas con bronce, que, aunque no son antiguas, son copia exacta de las existentes en los mejores guarda-

muebles franceses, construidas por el famoso Riesener y cinceladas por Boule; las mesas y *pourcelain* reproducción fiel de los que produjeron los talleres de Carlin, el célebre ebanista del faubourg Saint-Antoine, que rivalizó con Riesener en ese arte, verdaderamente notable durante las postrimerías del siglo XVIII.

La nota que domina en una rápida visión del palacio, es la de una admirable armonía de líneas y colores, que se observa en muros, techos, muebles y cuadros.

Esta fué, desde luego, la idea que presidió al disponer sus dueños el arreglo de la casa. Tratóse, en efecto, de hacer resurgir una época en su parte más característica. Y este prodigio de evocación histórica pudo hacerse merced a una varita mágica, puesta en las manos de artista de una bella dueña de casa, que, conocedora de la época que se proponía resucitar, fué dejando en todas las estancias el ambiente apropiado, hasta constituir ese admirable conjunto para los que gustan de evocar las elegancias de todo género de retiro de Luis XVI.

Los aficionados al arte del mueble, que sientan devoción por aquellos primores de ebanistería que dejara el viejo Eben en el palacio de Fontainebleau; por aquellos dibujos de Beneman que se admiran en el Museo del Louvre; por aquellas finisimas labores de marquetaría a que tan dado era el ya citado Riesener, y por todas las admirables piezas que amueblan los departamentos del Petit Trianón ver-sallesco; cuantos sientan, en fin, la belleza del arte francés del siglo XVIII, pasarían un rato delicioso recorriendo las modernas estancias de los condes de Agrela, en las que, al valor artístico e histórico de cada mueble,—verdaderas joyas muchos de ellos,—se unen las comodidades y refinamientos inherentes a toda casa moderna montada a todo lujo. En mesas, especialmente, tiene el palacio una verdadera riqueza, siendo de admirar, en muchas de ellas, primerosas incrustaciones.

La entrada a la casa es también muy elegante. Un amplio zaguán, en el que entran los coches, conduce al *hall*, que se extiende a la derecha. Al fondo se divisa un precioso y bien cuidado jardín, que forma el complemento de la suntuosa mansión.

Las habitaciones particulares de los condes son ya de estilo diferente al resto del palacio, estando atendidas en ellas, preferentemente, la comodidad y la higiene.

La única hija de este matrimonio, la gentil *Polé* Agrela, unió la belleza de su madre—perteneciente a una conocida familia cubana, en la que figura también la condesa de Pecci, que reside en Roma,—a la gracia andaluza de la familia del padre, una de las más antiguas de Granada.

Hace tres años y medio—en abril de 1919,—la señorita de Agrela contrajo matrimonio con don Jaime de Silva y Mitjans, conde de Salinas, primogénito de los duques de Lécera y perteneciente, por tanto, a la gran casa ducal de Híjar.

Forman los duques de Lécera, como nadie ignora, uno de los matrimonios más ilustres y respetables de Madrid. Don Jaime de Silva y Campbell, que posee también el ducado de Bournonville, es senador vitalicio, gentilhombre de cámara de Su Majestad con ejercicio y servidumbre, maestrante de Zaragoza y caballero gran cruz de Carlos III. En 1885 casó con doña Agustina Mitjans y Manzanedo, hija del difunto don Francisco de Paula Mitjans y de doña Josefa Manzanedo e Intentas, actual marquesa de Manzanedo—hija del primer duque de Santofía y madre del actual duque.—Los duques de Lécera, que viven con la marquesa de Manzanedo en un espléndido palacio del paseo de Recoletos, esquina a la calle de Villanueva, del que algún día hablaremos, tienen seis hijos: doña María del Carmen, don Jaime, conde de Salinas; doña Agustina, doña María Luisa—casada en 1914 con don José Álvarez de Bohorques y Arteaga, marqués de Almenara, hijo de los condes de Torrepalma,—don José y doña Beatriz.

Hermanos del duque de Lécera son el duque de Híjar, doña Inés, doña Emma y doña Elena de Silva

y Campbell, y tres religiosas de San Vicente de Paul con los nombres de sor Rosa, sor Silya y sor Beatriz. Hermano mayor era el fallecido conde de Belchite.

De la duquesa de Lécera son hermanos: don Juan Manuel Mitjans y Manzanedo, duque de Santofía, casado con doña Sol Stuart Fitz-James, hermana de los duques de Alba y de Peñaranda; doña Josefa, condesa viuda de Crecente, y doña María, condesa del Rincón, esposa de don Carlos Larios y Sánchez, de la familia de los marqueses de Larios.

El conde de Salinas se halla, pues, emparentado con las más nobles familias españolas. El día de su enlace con la señorita de Agrela en el artístico templo de las Descalzas Reales, fué la boda un acontecimiento para nuestra sociedad. Fué suntuosa la ceremonia en aquella iglesia; fundada por la Princesa doña Juana, hermana del Rey Felipe II. Los Reyes don Alfonso y doña Victoria se dignaron apadrinar el enlace, representados por la condesa de Agrela y el duque de Lécera, dando así una prueba de su estimación a ambas familias.

En aquel enlace utilizóse, por primera vez en España, la costumbre francesa de las «demoiselles» de honor, encargadas de dar la bienvenida a la novia a su llegada al templo, y de formar luego, durante la ceremonia, su corte de amor.

Fueron aquel día estas «demoiselles» seis bellas señoritas, amigas íntimas de la novia, de las cuales, tres quedan hoy solteras, y tres están ya también casadas. Como que eran: Cristina Falco y Alvaréz de Toledo, hija de los marqueses de la Mira, después de Fernán Núñez, hoy esposa del conde de la Maza; Carmen Ramírez de Saavedra, hija de los marqueses de Viana, que casó al año siguiente con el duque de Peñaranda; *Totó* Aliaga, marquesa de San Vicente del Barco, hoy duquesa de Alba; Paloma Falco, hija de los duques de Montellano; María Rosa Pérez Seoane, hija del conde de Riudomes, y Beatriz Silva y Mitjans, hermana del conde de Salinas. Todas iban vestidas lo mismo: Llevaban preciosos trajes de tul de oro, con aplicaciones de oro de otro matiz, y sombreros-tocas de color marrón, que armonizaba muy artísticamente con las tonalidades de los vestidos. Pendientes al cuello llevaban medallas, regaladas por la señorita de Agrela. Estas medallas, de oro, orladas de brillantes, ostentaban en su centro el típico *flat-Penat* de la casa de Híjar.

Esta costumbre de las señoritas de honor se ha seguido luego en algunas otras bodas aristocráticas; pero hay que reconocer que no se ha aclimatado, pues los últimos enlaces de muchachas pertenecientes a nobles familias han seguido celebrándose con arreglo a las antiguas normas y sin este aditamento, que, si bien es encantador, no tiene en nuestro país tradición.

El conde de Salinas, como primogénito de grande de España, es gentilhombre de cámara de Su Majestad con ejercicio y servidumbre. La bella condesa es, sin duda alguna, una futura dama de la Reina. De este matrimonio han nacido dos hijos, que son el encanto de sus padres y sus abuelos.

Viven los condes de Salinas en el mismo palacio que los de Agrela, de la calle de San Bernardo, donde poseen un departamento aparte. Entre los recién casados jóvenes, éstos son de los que más frecuentan la sociedad y de los que más conoce la gente de Madrid. Con frecuencia se les ve solos, en un automóvil muy pequeño, cruzar por las calles lentamente, como recreándose en el paseo por la población. Y al público, que sabe quiénes son, le resultan simpáticos los condes de Salinas.

ITURRALDE

DE LA NOBLEZA ESPAÑOLA

18-1-923

Los marqueses de Argüeso y el castillo de Guadamur

Madrid 12 enero.

Entre los nombramientos de nuevas damas de la Reina con que Su Majestad el Rey ha mostrado su aprecio y consideración a varias distinguidas esposas de grandes de España o grandes de España por sí, figura el acordado a favor de doña María de las Mercedes Arteaga y Echagüe, marquesa de Argüeso, casada con don Luis Morenes y García-Aleson, hijo de los difuntos condes del Asalto, barones de las Cuatro Torres. Los marqueses de Argüeso gozan en la sociedad madrileña de generales afectos y simpatías. Por su brillante posición y sus atrayentes dotes personales, se hacen acreedores a estos sentimientos. Su firme lealtad monárquica, muchas veces demostrada, unida a otros indiscutibles merecimientos, les valió la reciente concesión de la grandeza de España al título que ostentan, y ahora, el nombramiento de dama de Su Majestad. Ambas distinciones han sido acogidas por nuestras familias aristocráticas con verdadera satisfacción, que es prueba del acierto habido en la designación regia.

Es la marquesa de Argüeso hermana del duque del Infantado, marqués de Santillana; de la marquesa de La Guardia y de la difunta condesa de Torrepalma.

Educada en el ambiente de arte y de cultura que se ha respirado siempre en el hogar de los Infantado, es doña Mercedes Arteaga una de las damas españolas más inteligentes e instruidas de nuestra sociedad actual.

En cuanto al marqués de Argüeso, hermano menor del actual conde del Asalto y mayor del marqués de Borghetto, es un perfecto caballero, gentil hombre de Su Majestad y perteneciente a la Maestranza de Valencia.

Hija de este matrimonio es la señorita Belén Morenes y Arteaga, considerada hoy en Madrid como una de las muchachas más bellas, cultas y simpáticas que frecuentan los salones aristocráticos. En la elegante residencia que sus padres poseen en la calle de Felipe IV, casi frente a la Academia Española, la gentil Belén Argüeso congrega a sus jóvenes amigas y da en su honor muchas agradables fiestas, que tienen el encanto de la intimidad. Su gran afición a la música la ha hecho ser una pianista consumada. Tanto maneja el piano, que la otra tarde en el brillante baile celebrado en el palacio de los duques de Tovar, cuando el sexteto que amenizaba la fiesta hubo de retirarse por tener que acudir a otro sitio, Belén Argüeso se puso al piano, y, secundada por otro aficionado que se hizo cargo de la *jazz-band*, substituyó tan acertadamente a la orquesta profesional, que los bailarines no solo no lamentaron el cambio, sino que mostraron encantados de la forma enérgica y animada con que la pianista supo mantener la animación.

Como queda dicho, en invierno, los marqueses de Argüeso residen en su casa de Madrid. Los veranos los pasan comúnmente en su espléndida finca guipuzocana de Villafranca, en la que la marquesa ha acumulado bellezas y comodidades, y en primavera y otoño van con frecuencia al histórico castillo de Guadamur, señorial mansión heredada de sus mayores, en la que han realizado también algunas reformas hijas de su buen gusto.

Como se comprenderá, este castillo ofrece un interés muy superior a las otras residencias, tanto por su valor intrínseco como por su carácter histórico y legendario. Era propiedad del difunto conde del Asalto, de quien lo heredó su hijo el marqués de Argüeso. El conde fué quien hizo de él importantes obras, restaurándole en la medida que el castillo merecía.

Se halla éste a dos leguas de Toledo, junto al pueblo de Guadamur, Gigante de piedra de sólida y gallarda traza, testigo de las luchas civiles que ensangrentaron los campos castellanos en los reinados de don Juan II y don Enrique IV, y ejemplo el más característico, entre los que en España se conservan, de las construcciones de los tiempos caballerescos, es uno de aquellos palacios-fortalezas que, a la vez, servían de morada a sus señores y constituían sólida defensa contra los contrarios en las revueltas intestinas.

Mucho ha cambiado el aspecto del castillo desde los días en que lo habitaban los López de Ayala, allá por los tiempos del Rey-poeta; pero su restauración se inspiró de tal modo en el respeto de la historia y en el amor al arte antiguo, que el viajero, al visitarlo ahora, se cree transportado, por artes de la imaginación, a aquellos calamitosos días de revueltas precursoras del feliz advenimiento al trono de Castilla de la inolvidable doña Isabel la Católica.

A primera vista produce este palacio-fortaleza, sucesor histórico del antiguo castillo roquero, un hermoso efecto, destacándose, arrogante y severo, sobre el azulado fondo de los montes toledanos. Su planta fundamental es un rectángulo, compuesto

de dos recintos amurallados paralelos, a los cuales rodea, en el exterior, ancho foso. Los baluartes de los ángulos tienen forma de torres circulares, mientras que los de las cortinas afectan figuras de tajamares.

El adorno principal del castillo es la gallarda torre del homenaje, que sobresale arrimada al ángulo de Poniente, no alcanzando menos de treinta y cuatro varas de elevación. Su coronamiento tiene seis airovas torrecillas asentadas en voladas repisas y enriquecidas con pequeñas bolas y pirámides. En los tercios de su altura circunda por completo el castillo un corrido andamio, con otros varios adornos, del cual solo quedan algunos modillones. Encima de esta galería hállase el adarve, blanqueado por circulares atalayas, rematadas por almenas con capiteles en forma de pirámides. Abiertos en el muro, varios ventanales, con rematados arcos, suministran al interior la necesaria luz.

Adviértese también en el muro, muchas veces repetido, el blasón de los Ayala, consistente en dos lobos pasantes, con ocho cruces de San Andrés, que los rodean a manera de orla. La portada del castillo es sencilla y airosa, y está formada por un arco de medio punto inscrito en un recuadro; entre éste y aquél aparecen varios escudos: uno reproduce las armas de los Ayala; otro, al de la casa de Castañeda, y otro, al de los Silva; ambas casas emparentadas con los Ayala. La puerta de entrada al recinto exterior hállase situada en el lado de Poniente. Su elegante arco está flanqueado por torres circulares, que coronan almenas con chapiteles. Sobre el arco surge un almenado matacán que ostenta en el frente el escudo del conde del Asalto, afortunado restaurador del castillo.

El interior de éste, restaurado... Pero hablemos antes un poco de su historia, para que la labor del restaurador sea más apreciada. La tradición hace remontar la fundación del castillo de Guadamur a remotísima fecha. Sin embargo, el único dato auténtico que existe fija su construcción en el siglo XV. Era entonces señor de la villa de Guadamur don Pero López de Ayala, primer conde de Fuensalida, aposentador mayor del Rey, alcalde mayor de Toledo y alcaide de los Reales Alcázares.

Según el conde de Cedillo—sucesor ilustre de don Pero López de Ayala,—fué la fundación del castillo contemporánea de las luchas famosas de los Ayala y los Silva, que dividieron en dos bandos a la ciudad de Toledo, y a las cuales puso término el enlace de don Pero con la hija de don Alonso Tenorio de Silva, adelantado de Cazorla y sobrino del célebre arzobispo Tenorio. Sábese, desde luego, que el recinto interior del castillo fué mandado construir entonces. El exterior y el foso son posteriores, pues se edificaron por orden del tercer conde de Fuensalida, contemporáneo del Emperador Carlos V, de quien fué su montero mayor.

La señorial fortaleza fué honrada, muchas veces, por las visitas de muy ilustres personajes. El erudito conde de Valencia de Don Juan ha recordado, entre estas visitas, la del Príncipe don Felipe el Hermoso y su esposa, la que después fué Reina, doña Juana, en cuyo honor organizó el conde de Fuensalida grandes diversiones. Las pinturas murales del comedor restaurado del castillo recuerdan las escenas principales de aquella honrosa visita.

El Emperador Carlos V—reciente la muerte de su mujer la Emperatriz Isabel de Portugal,—halló también en Guadamur refugio para su pena, y así consta en el libro del marqués de Foronda sobre las *Estancias de Carlos V*. Más tarde, Felipe II intentó convertir el castillo en cárcel para la Princesa de Eboli, pero los López de Ayala, sus dueños, se opusieron al intento. En el siglo XIX, los herederos de los Ayala sostuvieron un pleito con la casa de Frías, en la cual habían quedado vinculados el título y los bienes del condado de Fuensalida. Los Ayala perdieron el pleito, y el castillo, ya en ruinas, pasó a poder de la casa de Frías. Cuando esta casa se deshizo la compró un particular, de quien lo adquirió, allá por el año 1888, el conde del Asalto, dos de cuyas hijas se hallaban precisamente casadas con dos descendientes del ilustre don Pero López de Ayala.

El conde del Asalto invirtió en la restauración del castillo una suma incalculable de paciencia, de inteligencia, de arte y de estudio. Puede decirse que fué el venerable redentor de aquella venerable fábrica, de la que apenas si quedaban en pie los muros, gallardos y elegantes todavía, pero rotos por el tiempo. De entre los escombros, pieza por pieza, sacáronse fragmentos de piedras, maderas y otros materiales que ofrecieran el menor vestigio de talla o de escultura. Reunidos todos, pudieron reconstruirse con ellos trozos de antepechos y cornisas. Ter-

minada la reconstrucción interior del edificio, hízose la obra de ornamentación y decorado, dirigida por un elevado sentido de arte y procurando conservar su primitivo carácter con la mayor fidelidad posible. Así, el castillo parece hoy una reproducción del auténtico.

Del ancho zaguán del castillo arranca la moderna escalera, que contrasta con la antigua, por ser ésta mezquina y estrecha, mientras que la actual es ancha y elegante. Bajo un *dóselete*, adosado al muro de la meseta superior, aparece un San Jorge, de talla, del siglo XV, al cual alumbraba un farol de vidrios de colores. El artesanado es severo y elegante. El rectángulo central del castillo forma un artístico patio que cierran anchos arcos con dos series de galerías superpuestas.

En el piso superior hállase, lo primero, un hermoso salón de estilo germánico, con policromo artesanado. En uno de sus muros hay un gran cuadro que representa al famoso moro Armengol de Urgel. En la biblioteca contigua llama la atención la monumental chimenea, copiada de un antiguo modelo. Pero el comedor, situado en la parte baja de la Torre del homenaje, merece especial elogio. Antiguas maderas pintadas y doradas forman su artesanado, y las pinturas que cubren sus muros recuerdan, como antes dijimos, la visita de doña Juana y don Felipe el Hermoso. Sobre la puerta de entrada, forrada de cuero repujado, muéstrase un ángel abarcando el escudo de los Asalto. En el centro del testero principal destácase gótico armario, sobre el cual aparecen colocados platos hispano-árabigos de reflejos dorados y azules. Detalle interesante es la gran chimenea, cuyo hogar imita artístico arco, copiado de un modelo existente en Jaca. El piso superior de la torre lo ocupa la armería, pieza también de ricos ornamentos que encierra joyas valiosas. Viejos tapices cubren sus paredes, y muebles antiguos sirven de fondo a una rica colección de armaduras—algunas ecuestres, de las épocas de Carlos V y Felipe IV,—cascos, lanzas y toda clase de armas. Las demás estancias de la casa—entre ellas una de estilo mudéjar,—son también muy interesantes. En la capilla merece ser destacada una característica imagen bizantina de la Virgen.

Tal es el castillo de Guadamur en su época actual. A su vista parece que surgen de nuevo en la imaginación las históricas figuras de Enrique IV o de doña Juana la Loca. Pero no hay nada de ello. El palacio-fortaleza, que, en las habitaciones íntimas, reúne todos los adelantos de los tiempos modernos, es venturoso alojamiento de los grandes de España marqueses de Argüeso y de Campos, condes de Bñares de Villoda y de su encantadora hija Belén Morenes y Arteaga.

ITURRALDE

Próximo acontecimiento artístico en Valencia

2-2-72³

El nuevo «retablo» del señor Espinós, que se representará en las fiestas de la Coronación de la Virgen de los Desamparados

Madrid, miércoles 31.

Mañana, jueves, sale para Valencia el ilustre escritor don Víctor Espinós, con objeto de ultimar varios detalles relacionados con la representación del «retablo» que está haciendo por encargo del comité oficial para la coronación pontificia, en esa ciudad, de la imagen de Nuestra Señora de los Desamparados.

La obra del señor Espinós está ya casi terminada; yo he tenido la fortuna de escuchar ayer su lectura, y no puedo menos de felicitar de antemano al público de Valencia, que podrá presenciar en mayo un espectáculo de arte elevado, en el que palpitan los sentimientos más nobles que caben en un humano corazón. Hace unos dos meses hablé, en estas mismas columnas, de «Los retablos de Espinós», exponiendo el extraordinario éxito que en años sucesivos había logrado este autor sobre la escena del Teatro Real. Interpretados todos ellos por distinguidas jóvenes de la aristocracia madrileña, tales como las hijas de los duques del Infantado, los condes de Cedillo, los de Heredia Spínola, los duques de la Vega y los marqueses de Valdeiglesias, entre otras muchas, y contando con la entusiasta colaboración de las Juventudes católicas, y especialmente de la Federación de estudiantes, los retablos *Antaño*, *Declámas ayer...* y *El cielo y Madrid se casan*, obtuvieron la más cálida acogida, siendo apreciadas en sus justos valores sus bellezas literarias, su finalidad social y su importancia, tanto desde el punto de vista patriótico como del religioso.

En mi modesta opinión, el nuevo retablo que Espinós, valenciano de corazón, ha escrito para las fiestas marianistas, es el mejor que ha salido de su pluma de poeta. Acierto en la concepción de la obra, y envidiable fortuna en su desarrollo. En realidad, no podía ni debía apetecer más.

Siguiendo el procedimiento empleado al crear sus obras anteriores, comienza Espinós ésta con una loa, que es como un preludio espiritual que dispone el ánimo del espectador para cuanto va a ver y escuchar. La loa consiste en un diálogo bellísimo entre las figuras representativas de España y de Valencia. No he de adelantarse lo que dicen, pero tampoco he de callar que en este diálogo, además de quedar bien patente el objeto religioso de la obra, se evidencian los sentimientos de puro amor existentes entre Valencia y España; idea ésta que atienta al través de todo el retablo como afirmación del patriotismo constante y ejemplar de la región valenciana.

La obra consta luego de tres partes, que corresponden a otros tantos cuadros. La primera es la representación íntima de la devoción a la Virgen; la segunda, la evocación histórica de uno de los momentos más interesantes de la vida de Valencia, relacionado con la devoción marianista, y la tercera, la

exaltación religiosa. El pensamiento está llevado a la práctica en la siguiente forma: el primer cuadro representa a una familia en la huerta de Valencia, rezando a la Virgen. A lo lejos se dibuja la ciudad. Preside la reunión familiar la bisabuela, que es quien lleva el rezo, hasta que se va quedando dormida, teniendo al biznieto sobre sus piernas. Y es el propio niño—la devoción pasando al través de las generaciones,—quien reanuda, con su voz incipiente al rezo, que un momento había quedado interrumpido.

El segundo cuadro es una plaza de Valencia en el año 1570. Entre el abigarrado conjunto de marineros, pícaros y gente del pueblo, aparece el pregonero anunciando, en nombre del Virrey, la procesión de los cautivos, recién rescatados a los mahometanos, que acudirán a depositar las cadenas, de que ya se ven libres, a los pies de la *Mare de Deu*. En un grupo hablan tres personas; dos de ellas se reconocen. Son antiguos amigos, porque han luchado juntos en Lepanto. Uno es un personaje, el capitán Moncada; otro, manco y maltrecho, acaba de llegar de Argel, donde ha permanecido más de cinco años cautivo: es Miguel de Cervantes. El diálogo es interesante; pronto surge el recuerdo del combate, glorioso para la cristiandad, y pronto Cervantes, enardecido, describe aquel hecho insignificante, comenzado, como es sabido, bajo los auspicios de la Virgen del Remedio, Patrona entonces de Valencia, cuya festividad se celebraba aquel día inolvidable. Sucesora en la veneración de los valencianos fué Nuestra Señora de los Desamparados, y ya vemos de qué modo estaba ya arraigada en el pueblo esta devoción, merced a otro diálogo que mantienen cuatro pícaros que han remado mucho en las galeras del Rey, y que explican, al demostrar uno de ellos que sobre la Virgen no quiere ni admitir burlas, que Nuestra Señora es la que vela por los desamparados condenados a la última pena. ¿Pero es esta protectora—pregunta uno—de los condenados a muerte? A lo que el otro viene a contestar, para expresar la universalidad de la devoción: «Y acaso todos los hombres, desde que nacemos, no estamos condenados a la última pena?»

Vuelve a solicitar nuestra atención Cervantes, que escribe a su padre una carta dándole cuenta de su liberación, y pone el pliego en manos de un servicial mercader; llegan unos gitanos que cantan y bailan; una preciosa gitanilla dice la buena ventura a Cervantes, profetizando su porvenir de miseria y de gloria; vemos al manco inmortal impresionado por la figura de la gitanilla, y sobre cuadro tal, en el que flotan constantemente el recuerdo de Lepanto y la devoción a la Virgen, llega el solemne momento de la procesión de los cautivos, que va entrando en el templo, mientras suena el canto ambrosiano a voces solas, con que comienza el *Te-Deum* en acción de gracias por la liberación.

El tercer cuadro tiene un impreciso lugar de acción; pero baste decir que en él, España va evocando las principales advocaciones de la Virgen, las cuales van presentándose en unión de las más importantes figuras históricas y legendarias de las distintas regiones españolas. Y terminará este cuadro con una apoteosis que, tal como está planeada, ha de producir, seguramente, un extraordinario efecto. En la obra abundan los instantes de emoción y los parlamentos de gran belleza. Además, toda ella está hablada con la propiedad de estilo y galanura de lenguaje a que Espinós nos tiene acostumbrados.

La parte musical de la obra, escogida por el propio autor, será a base de cosas clásicas y populares. En el cuadro tercero se cantarán, probablemente, las famosas *Cantigas del Rey Sabio*, que, como se recordará, han sido puestas en notación moderna por el ilustre arabista don Julián Ribera, e instrumentadas por el maestro Bretón. Para conseguir esta colaboración, y sin perjuicio de obtener el permiso del señor Ribera, expuso el otro día su propósito, Espinós, a don Antonio Maura, como director de la Academia Española. Y el señor Maura, no sólo felicitó al autor del «retablo» por su nueva obra, sino que le participó que se mostraría orgulloso de poder contribuir de algún modo a un acto de arte tan sincero en una ciudad por la que siente tan gran afecto.

Respecto a la autenticidad histórica de las escenas en que interviene Cervantes, está comprobada mediante la consulta con don Francisco Rodríguez Marín, que es hoy, sin disputa, la primera autoridad en la materia. Y yo sé por el propio don Francisco, que, a su juicio, considera las palabras puestas en boca de Cervantes dignas de haber sido escritas o pronunciadas por el autor del *Quijote*.

Tal es el «retablo» que Espinós ha preparado, poniendo en su labor todos sus entusiasmos y toda su valía, para contribuir al esplendor de las fiestas en honor de la Virgen de los Desamparados.

Como en anteriores ocasiones, el éxito más completo compensará sus esfuerzos. Ahí en Valencia, tierra de artistas y de poetas, encontrará quienes, compenetrados con su obra, le secunden. Aquí, los artistas que dieron siempre realidad a los retablos, fueron, como queda dicho, distinguidos aficionados de nuestra aristocracia. ¿No harán lo mismo la sociedad valenciana y las Juventudes hermanas de nuestra Federación de Estudiantes?

En los días que pase ahora Espinós en esa ciudad, quedarán definitivamente resueltos éstos y otros detalles. Y en mayo, en el Mes de María, en el Teatro Principal de Valencia podrá celebrarse un espectáculo altamente artístico, que será un florón más en la corona de flores que, en tales días, tejerán los valencianos en honor de su excelsa Patrona.

DIEGO DE MIRANDA

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.

CRONICAS DE LA REAL CASA

LOS REYES Y EL ARTE TEATRAL

La audiencia concedida por Su Majestad el Rey al ilustre dramaturgo don Jacinto Benavente, antes de partir éste para América, nos sugiere algo que se evidencia todos los días, pero que, precisamente por verlo con tanta frecuencia, no le concedemos mayor importancia: el interés y la afición que don Alfonso XIII demuestra por el arte dramático, en sus distintas manifestaciones.

En la entrevista de Su Majestad y el señor Benavente, nuestro Soberano se mostró muy interesado por cuantos detalles de su próxima excursión le refirió el autor de *Los intereses creados*; le habló con gran entusiasmo de los países americanos de idioma español, y le expresó lo mucho que sentía no poder visitar por ahora aquellas tierras fraternales. También don Alfonso expresaría seguramente a nuestro gran escritor el deseo vehementísimo de que abandone la actitud que ha adoptado, negándose a estrenar nuevas obras suyas en España; y aun cuando la decisión del señor Benavente era firme y seria—fundada en la conducta, que él estima injusta, con que público y crítica española acogieron sus últimas producciones,—nada de extraño tendría que, al regreso de América, si Dios quiere en posesión de una buena fortuna, nos diera a conocer esa obra terminada, de la que ni el título se ha hecho público, que se propone estrenar en las principales poblaciones americanas que visite.

Lo cierto es que el Monarca, español y admirador ferviente como el que más de los grandes aciertos benaventinos, hizo en aquella ocasión cuanto de él dependió para establecer nuevos lazos de comunicación y cordialidad entre el enojado autor y los muchos miles de incondicionales suyos que en España existen.

No es la primera vez, ni mucho menos, que el Rey se interesa directamente por el porvenir de nuestro teatro. La anterior junta directiva de la Sociedad de Autores, y varios autores prestigiosos que el año pasado acudieron a cumplimentarle, con diferentes motivos, saben lo muy de cerca que Su Majestad sigue el movimiento teatral español, y cómo ha sido siempre el Rey un buen abogado de los autores cerca de los gobiernos.

Aparte de esto, puede decirse que los Reyes son extraordinariamente aficionados al teatro. No hay obra de gran éxito que dejen de ver—con las limitaciones fácilmente comprensibles,—ni artista nuevo de mérito que no acudan a conocer.

Los teatros preferidos son, sin duda, el Real y la Princesa. Al regio coliseo van Sus Majestades con mucha frecuencia. La gran comodidad de los palcos, la clase de espectáculo y hasta la costumbre establecida, hacen que el teatro Real goce de tal primacía. Este año ha sido para don Alfonso una gran satisfacción, y así lo ha expresado él repetidas veces, el hecho de que los principales éxitos de la temporada han sido para aplaudidos artistas españoles que gozan de fama mundial. Entre éstos figuran María Barrientos, Ofelia Nieto, Hipólito Lázaro y José Fleita, que han hecho enloquecer a la gente como en los buenos tiempos del gran Gayarre. Y los Reyes, cautivados, como todo el público, por el arte de estos cantantes extraordinarios, los han colmado de atenciones, llamándoles a su palco y alentándoles con cariñosas y entusiastas palabras.

Después del Real, la Princesa. María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza son para don Alfonso XIII bastante más que dos comediantes ilustres. Los marqueses de Fontanar, condes de Balazote, han sido durante muchos años los embajadores del espíritu español—del alma de la raza—en lejanos países que vibran con sangre heredada de nuestra propia sangre. Ellos, llevando y difundiendo nuestro arte, han hecho una labor altamente patriótica, que ha culminado en ese magnífico teatro Cervantes de Buenos Aires, que es como un monumento erigido al alma hispánica al otro lado del Atlántico. El Rey, que aprecia en todo lo que vale toda esta labor de años, tiene por el insigne matrimonio predilecciones perfectamente lógicas. Cuando María y Fernando están en Madrid, su primera visita es al Palacio de la plaza de Oriente. Después, ya es sabido: estreno o solemnidad artística en el teatro de la Princesa, es

siempre honrado con la presencia de los Soberanos. Tanto a estas funciones de gala de la Princesa como a las del Real, Sus Majestades asisten siempre con séquito de dama y grande de España, vistiendo éste, en su calidad de general, el uniforme de Cámara con ejemplar y servidumbre, frac azul oscuro. El año pasado, con ocasión del complicado montaje de la comedia de Benavente, *Y va de cuento*, el Rey quiso ver de cerca toda la tramoya, pasándose todo un acto en el escenario, muy entretenido. Este año también ha pasado muchas veces Su Majestad al interior de la parte no pública del teatro, pues sabido es que los señores Díaz de Mendoza tienen allí su residencia, muy artísticamente ahijada, y a ella ha acudido en más de una ocasión el Rey para significar a la ilustre actriz su aplauso y su admiración.

Ahora, con motivo del homenaje que en honor de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza se celebró el domingo pasado en Madrid, asocióse también a él nuestro Monarca, asistiendo en representación a las diversas ceremonias que se celebraron. Además, concedió a la Guerrero la banda de la Orden de María Cristina, por considerar que por su nobleza, su talento y su ejemplo, esta dama es merecedora por entero de tan preciado galardón.

Pero no se crea que solamente la Princesa y el Real van honradas sus salas con la presencia de las Reales personas. Todos los teatros de Madrid, según el espectáculo que ofrecen, son favorecidos por sus visitas. Últimamente, por ejemplo, la Reina recibió en la Comedia uno de los más espontáneos homenajes de afecto, al leer un actor unos inspirados versos en su obsequio; en Price, durante el último concierto de la Orquesta Filarmónica, el público tributó también a doña Victoria cariñosas manifestaciones; y vaya, para no citar más casos, el arte de Lola Membrives y la gracia del juguete cómico *El oficial de guardia*, atrajeron la atención del Monarca el otro día, durante unas cuantas gratísimas horas.

A propósito de las visitas que Su Majestad el Rey hace a los teatros, cuéntanse algunas curiosas anécdotas, cuya autenticidad no está comprobada. Dicese que no hace mucho fué a ver una obra cómica, que le hizo, como al público en general, mucha gracia. En uno de los entreactos, llamó a su palco a los autores, con quienes conversó un buen rato. Ya al final de la entrevista, dijo a uno de los ingeniosos comediógrafos:

—Me han dicho que prepara usted otro juguete cómico. Será aún más gracioso que éste, ¿verdad?

A lo cual repuso el interpelado, evadando, seguramente, las etiquetas palatinas:

—¡Que Su Majestad se cree eso, pero que no es eso!

Y el dicho popular madrileño, acomodado, un poco irrespetuosamente, a las circunstancias, hizo reír de buena gana a don Alfonso y a quienes le acompañaban.

En otra ocasión fué el Rey al teatro Reina Victoria, acompañado del marqués de Viana, con objeto de apreciar toda la obra que había hecho falta realizar allí para montar una de las lujosas revistas estrenadas por el señor Cadenas. Y más recientemente se presentó don Alfonso en el teatro de la Comedia, en una tarde de ensayo, para darse cuenta directa de cómo se preparan las obras para su estreno. Su Majestad charló con los artistas familiarmente, y no permitió que se alterara en lo más mínimo el régimen de los ensayos. Asesorado por el señor Muñoz Seca, se dió perfecta cuenta de todo, viendo efectos y haciendo observaciones que más tarde resultaron.

Algunas entrevistas regias en teatros han sido muy comentadas, desde el punto de vista político. No habremos de las frecuentes que oístebra con ministros y personalidades políticas en el antepalco del Real; esas son ya usuales y no se prestan a especiales comentarios. Famosa fué la que mantuvo Su Majestad en un teatro de Santander con don Benito Pérez Galdós, conferencia de la cual salió el gran escritor vivamente emocionado, reflejando en sus palabras un profundo agradecimiento hacia don Alfonso XIII.

Con los autores y artistas extranjeros han tenido también Sus Majestades constantes atenciones. Los más famosos cantantes que han desfilado por el Real—Storchio, la Galli Curci, la Dahmen, Anselmi, Schipa, Titta Rufo,—obtuvieron el honor de ser invitados por los Reyes para dar pequeños conciertos en Palacio. Y el año pasado, sin ir más lejos, al venir a Madrid la eminente Sarah Bernhardt, fueron tales las pruebas de cariño y de interés que recibió de los Soberanos, que no vaciló en acudir, medio impedida y achacosa, al alcázar regio, para significar su gratitud a los Reyes.

Como consecuencia de tales demostraciones, evidenciadas siempre por Sus Majestades hacia quienes han laborado en pró del arte dramático, han sido también muchos los públicos elogios hechos a don Alfonso XIII y a doña Victoria por autores y artistas extranjeros y españoles. De aquéllas acuden ahora a nuestra memoria las bellas palabras pronunciadas y escritas por el imperecedero Edmundo Rostand, ha

ce dos o tres años, y por Paul Hervieu, cuando vino a asistir al estreno de su obra *El destino manda*.

De autores españoles son bien significativos los siguientes renglones, que llevan la firma de don Jacinto Benavente: «Para los buenos españoles, decir hoy ¡Viva Alfonso XIII! vale tanto como decir ¡Viva España! Esta afinidad del sentimiento monárquico creo que será el mejor elogio que de nuestro Rey pueda hacerse.»

Y Eduardo Marquina, el autor ilustre de *En Flandes se ha puesto el sol*, cuya inspiración dramática ha vibrado tantas veces al unísono con el alma española, sintetizó, al final de una poesía dedicada al Soberano, su juicio del modo siguiente:

«Madre, mi España, no edictas bal
(días,
sino alma y carne, a esta fecha es
(tu ley,
toda tu ley va en decir: «¡Hijos
(míos,
ved lo que sois, como es Rey nues-
(tro Rey!»

Para la bondad y belleza de la Soberana, poetas y dramaturgos han tejido a centenares los madrigales, y ellos darían ocasión para otra crónica.

Mostrando interés por quienes, laborando por el arte, lo merecen, ayudándoles y alentándoles, los Reyes se han conquistado así este otro importante sector del alma española. Por eso, sin duda, otros ilustres dramaturgos, los señores Alvarez Quintero, que siempre se inspiran en el verdadero sentir del pueblo, escribieron la graciosísima e intencionada copla:

Aunque sin escritura,
ni juramento,
yo era republicana,
de nacimiento.
Pero hoy en día,
me ganó por Alfonso
la monarquía.

Y lo que le sucedió a la republicana andaluza de la copla, les ha sucedido, sin duda, a muchos que han ido conociendo y apreciando las prendas valiosas de nuestro Rey.

ITURRALDE

Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.I.M.

EL REY Y LA AGRICULTURA

Hubo un día—no hace de esto mucho tiempo—en que el marqués de la Frontera, secretario de la Asociación general de Ganaderos del Reino, no pudo menos que lamentarse ante Su Majestad del conflicto en que aquella se veía ante la imposibilidad de celebrar su proyectado concurso de ganados y su arrojada Exposición de maquinaria agrícola. En el sitio que siempre habían utilizado en la Moncloa no era posible, por distintas causas, emplazarla esta vez. Y no había en Madrid otro lugar apropiado, fácil de obtener.

—¿Cómo que no?—vino a decir don Alfonso XIII.—Tenéis la Casa de Campo, que yo, desde ahora, pongo a vuestra disposición, y me tenéis a mí, particularmente, como amigo y como productor, para ayudaros en cuanto pueda redundar en favor de la agricultura y la ganadería nacionales.

Y merced a este rasgo espontáneo y cordial—como todos los suyos—de Su Majestad el Rey, es hoy una admirable realidad el proyecto de la Asociación que el duque de Balcón preside. Por el propio Monarca se ha inaugurado la Exposición, permaneciendo en ella más de tres horas por la mañana, y ha sido tal la cantidad de público que por la tarde ha ido y tan entusiastas los elogios que éste ha prodigado a las numerosas instalaciones, que puede asegurarse que el éxito ha superado las esperanzas de sus organizadores.

Hermoso es el lugar de la regia posesión escogido por la Asociación para exponer los ganados, las aves, la maquinaria agrícola y los distintos productos derivados de la leche. En la parte Sur de la finca, la que linda con las inmediaciones de la carretera de Extremadura, han sido hechas las instalaciones entre frondosas arboledas y bellas avenidas. Se entra en la Exposición por la puerta más cercana al puente de Segovia, por lo cual quienes no disponen de autos o coches van en tranvía hasta el final de esa línea, y luego, durante un buen trayecto, andando. Pero ¡qué importa! La Exposición compensa del cansancio y el calor, y allí, aparte del interés que a muchos despierta, convida a todos a pasar, bajo sus frondas, un rato agradable.

...

Aquella frase que, poco después de su juramento, ante el Parlamento pronunció el Soberano: «Yo soy el primer agricultor de España», que pareció desde el primer momento testimonio de un inmejorable deseo, se ha visto luego confirmada en años sucesivos por una serie de actos que han probado que obedecía a una firme convicción. El Rey esta penetrado como pocos españoles de la trascendencia que para el porvenir de España tiene el progreso de nuestra agricultura. No somos nosotros solos quienes hacemos esta afirmación. Voces autorizadas lo han proclamado constantemente, indicando una buena parte del pensamiento de don Alfonso en lo que al mañana de nuestra nación se refiere. El ilustre exministro, vizconde de Eza, cuya competencia en cuestiones agrícolas es bien notoria, escribió en cierta ocasión: «Es de justicia hacer notar el cariño y la gran importancia que asigna el Monarca a la agricultura en la economía nacional. Más de una vez salió del Alcázar con el ánimo fortalecido contra los pesimismo que la vida diaria de la política engendra; constantemente tengo oído a don Alfonso el deber en que todos estamos de trabajar; nunca sostuvo conmigo otras conversaciones que las referentes a cuestiones agrarias y sociales, interesándose vivamente por cuanto supone trabajo, constancia y progreso. Ninguno de los actos de la Asociación de Agricultura de España quiere que le sea desconocido, y por su orden, debo comunicarle todo lo que hacemos o intentamos.»

Claro que de la fecha en que el vizconde de Eza escribió los anteriores renglones a la actual ha pasado don Alfonso, necesariamente, que hablar con él de otros asuntos—no olvidemos que el año pasado fué el vizconde de Eza ministro de la Guerra;—mas, a pesar de ello, tanto al exministro conservador, como a cuantas personas especializadas en asuntos sociales y agrarios han acudido a saludarle, les ha demostrado que su interés por el progreso de la agricultura es algo que constituye para él una verdadera preocupación.

Sin cesar, en efecto, ha demostrado el Monarca sus amores por el campo, habiendo presidido y afeitado numerosos Congresos y Cámaras. En sus viajes por España investigó siempre la situación agraria,

y en el recuerdo de todos está lo mucho que se interesó—y lo mucho que contribuyó a resolverlo—por el problema del campo andaluz, que presentóse con indudables caracteres de gravedad. La situación del labriego le ha preocupado de modo especial; demostración de este interés es la serie de veces que don Alfonso, sin darse a conocer, se ha detenido por esas carreteras a conversar con los trabajadores del campo, interrogándoles sobre las cosechas, sobre sus jornales y sobre sus aspiraciones. Y en la duda llaneza de los labriegos encontró más de una vez el Soberano base para proponer soluciones a su gobierno.

Pero no ha limitado a esto su labor. Personalmente, como particular, ha predicado con el ejemplo. En El Pardo ha hecho alumbramientos de aguas, ha comprado para aquellos terrenos maquinaria moderna, ha ensayado numerosos cultivos y ha convertido en un vergel toda la parte cercana a la Puerta de Hierro, dando en modestísimo arrendamiento huertas magníficas que antes eran tierras baldías.

En Aranjuez y en El Escorial, su obra en favor del arbolado ha sido inmensa, gastando en ello un dinero que le ha sido, por lo menos hasta ahora, muy poco productivo.

Según datos que tenemos a la vista, aparecidos en la notable obra que sobre nuestro Monarca escribieron los señores Antón del Olmet y Carraffa, las cantidades gastadas por el Rey fomentando la agricultura han sido las siguientes: en los ensayos efectuados en El Pardo y en las obras de reconstitución del suelo, 881.117'44 pesetas; en maquinaria agrícola, 171.610'59; en perforaciones artesianas y preparación de riegos, 224.556'19, y en el ensayo de construcción de un barrio para obreros, 54.366'18.

En El Escorial, el frondoso arbolado de las dehesas, ha llegado a tener, merced a los sucesivos esfuerzos, tan gran desarrollo, que el año pasado fué preciso proceder a una tala extensísima, siendo arrancados de allí muchos árboles y transplantados a otros terrenos, en los que serán base de futuras arboledas.

En Aranjuez son muchos los miles de pesetas gastados en la reconstrucción de presas en el Tajo, en la reparación de los cauces de riego y en otras obras de utilidad para los ribereños. Además se han realizado importantes trabajos para convertir en terrenos de regadío los de las dehesas del Rebollo, Legamarejo y Sotomayor, habiéndose instalado en esta última, para hacer llegar el agua a todas las alturas de la finca, turbinas y dinamos, motores y bombas. En dichas obras extraordinarias se han invertido 153.655'13 pesetas.

En La Granja, los vecinos de aquel Real Sitio pueden decir lo mucho que influyó la presencia del Soberano, varias temporadas, para el mejoramiento y embellecimiento de aquellos montes y jardines.

Si esto ha hecho Su Majestad como particular, nada de extrañar tiene que en asuntos de fronde nacional haya sido el más entusiasta impulsor. En las colonias agrícolas del monte Algaida y otras de Andalucía, en los sotos de Castilla y en las fincas de caza se ha detenido siempre a examinar los progresos agrícolas. Y los exministros de Fomento, como los señores Gasset y Villanueva, Cambó y Cierva, saben de qué modo los ha apoyado en las empresas hidráulicas a que han dedicado atención y estudio.

En uno de los últimos concursos de ganados de la Moncloa, visitó Su Majestad una tarde la instalación del Sindicato Nacional de Maquinaria Agrícola. Con gran atención escuchó las explicaciones que los directores le dieron de aquellas máquinas correlacionadas que por uno de sus cabos recibían cántaros de leche y por el otro iban entregando la mantequilla, no solamente hecha, sino hasta empaquetada. Apreció Su Majestad la instalación en todo lo que valía; mas no pudo reprimir una pregunta:

—¿Estas máquinas son de fabricación extranjera, verdad?

Y como su interlocutor le dijera que, en efecto, extranjeras eran y que las españolas las tenían en otro departamento, consagró a la visita de éstas todo el día siguiente, enterándose hasta de los menores detalles de fabricación.

En el concurso actual de la Casa de Campo, la intervención de don Alfonso ha sido más directa. Entrando en el terreno acotado de la Exposición, pronto puede advertirse una instalación extensa, sobre cuya puerta de entrada léense dos palabras: «Real Casa». En ella fi-

garan magníficos ejemplares de ganadería, procedentes de los distintos Reales Sitios: Caballos hermosos de la yeguada de Aranjuez, de los que pueden mostrarse orgullosos los Reales Sitios: Caballos hermosos sus criadores; vacas, borregos y otros muchos ejemplares, que demuestran la gran atención que al fomento de la ganadería presta el Real Patrimonio.

Pero dentro de la regia instalación hay una sección especial, dedicada a avicultura, que llama de modo singular la atención del público. En ella están las distintas aves de corral criadas por el Príncipe de Asturias en su Granja Avícola de El Pardo.

Sabido es cómo hace años despertó en el heredero del Trono su afición por la avicultura. Su profesor, señor González Ponte, supo cultivar y aumentar esa afición; y el Rey, en cuanto tuvo noticia de ella, juzgó convenientísimo impulsarla y cedió a su augusto hijo los terrenos de «La Quinta» de aquel Real Sitio, para que en ellos desarrollara sus prácticas de avicultor. Así ha sido. El Príncipe de Asturias, con gallinas de las mejores especies y con incubadoras, ha formado en su Granja una magnífica colección de aves, que es hoy su legítimo orgullo.

Esta colección, trasladada ahora a la Casa de Campo, es el resultado de los afanes y los entusiasmos del Príncipe. Su Alteza tiene puesto en ella su amor propio de productor, y ha acudido al concurso con la misma ilusión que hubiera podido hacerlo el más humilde labrador de Castilla.

Aun se hallan en la Exposición otras muestras del interés de Su Majestad por la producción nacional. Hace meses habló de la fabricación de embutidos y elaboración de las distintas sustancias nutritivas del cerdo, en Riofrio. Ahora, fuera de la instalación real y entre otros productos similares, aparecen las fabricaciones, magníficas y ejemplares, hechas allí.

¿Puede dudarse, después de lo dicho y demostrado, del lugar que, por virtud de su voluntad y su visión clara de las cosas, ocupa nuestro Rey en materia tan importante para la economía nacional como la agricultura y cuánto con ella se relaciona?

España tiene aun muchos terrenos baldíos. Necesitan agua que los riegue, labrador inteligente y tenaz que los cultive y protección de los altos Poderes para impulsar la obra. Hay mucho que hacer en este camino, y don Alfonso XIII es el primer convencido de la necesidad de hacerlo. Animos no le faltan; conocimiento de la materia tampoco; no precisa más que la colaboración de todos los que desean ver cuanto antes a España transformada en un país floreciente y poderoso.

¿Nos servirá a todos de algún estímulo ese esfuerzo admirable que hemos observado en la Exposición de ganadería de la Casa de Campo?

Por algo la Asociación General de Ganaderos ha echado el resto, como suele decirse; por algo el Rey no dudó un solo instante en poner la regia posesión al servicio del patriótico certamen.

ITURRALDE.

Madrid, mayo.

El capellán mayor de Palacio

La Real capilla ha sido esta mañana testigo de una de las más solemnes ceremonias religiosas que se han celebrado en Palacio durante los últimos años: la entrega, por el Nuncio Apostólico, monseñor Tedeschini, de la Rosa de Oro que Su Santidad Pío XI ha regalado a la Reina doña Victoria, como demostración de su alta estima y paternal afecto. Con todo detalle habrá adelantado el telégrafo cuando estas líneas se publiquen todo lo concerniente a este acto, por el cual se han visto congregadas hoy en el templo palatino, con las personas de la familia Real, las de todas las clases palatinas y el clero de la capilla Real con su nuevo procapellán mayor a su frente. No hemos de insistir ahora en nuevos pormenores respecto a la ceremonia; pero sí destacaremos el hecho de que ésta ha sido la primera solemnidad religiosa palatina a que ha asistido, en funciones de su nuevo cargo de procapellán mayor, el que hasta ahora ha sido Obispo de Salamanca, don Julián de Diego y García de Alcolea.

Era, en verdad, difícil para Su Majestad el Rey y para el Gobierno el nombramiento de la persona que había de sustituir al fallecido Obispo de Salamanca, don Jaime Cardona, cuyo recuerdo vivirá siempre en la memoria de cuantos le trataron. El sabio y virtuoso Prelado había llegado a ser en Palacio una verdadera institución. Más de un cuarto de siglo le había de ejercer su jurisdicción espiritual sobre Palacio, y en ese tiempo había conquistado, no solo respetos y admiraciones, ganados desde los días en que el Padre Cardona asombraba con los acentos de su encendida oratoria a los fieles madrileños, sino cariños y simpatías que solo el constante trato puede engendrar. Por eso cuando el noble anciano, pasados ya los ochenta años, bajó al sepulcro, dejó en Palacio un vacío muy difícil de llenar.

Había, sin embargo, entre los capellanes de honor de Palacio, uno en quien se fijaron inmediatamente todas las miradas. Muerto también aquel elocuente orador sagrado, que fué párroco de la Real capilla, don Luis Capena, el sucesor del Obispo de León no podía ser otro que un piadoso varón, ilustre canonista—y, como tal, académico de Ciencias Morales y Políticas,—auditor del Tribunal de la Rota y confesor de Sus Majestades: don Javier Vales Faílde. Nadie ignora que el nombramiento a favor de éste estuvo acordado, y que, en la mañana del último Jueves Santo, el señor Vales Faílde recibió felicitaciones de mucha gente enterada. Al día siguiente el ilustre sacerdote amaneció muerto en su domicilio, a consecuencia, según dictamen facultativo, de una embolia... Y nuevamente hubo que pensar en la provisión acertada de los cargos de procapellán mayor de Palacio y vicario ge-

neral castrense, que dejó vacantes al morir don Jaime Cardona.

En el clero palatino hay en la actualidad capellanes de extraordinarios merecimientos y grandes virtudes, llamados a ocupar puestos preeminentes en la Iglesia española: el que ha sido muchos años fiscal de la Real Capilla, don Gabriel Palmer, director de la iglesia y el hospital españoles en París; el actual rector de la iglesia del Buen Suceso, don Mariano Morlans; el del Colegio y Patronato de Santa Isabel, don Buenaventura Gutiérrez Sanguán, capellán que ha sido de los hijos del Infante don Carlos; don Gonzalo Morales de Satién, capellán de las Ordenes Militares, y otros más, tienen títulos y méritos sobrados para recompensas o ascensos venideros. Pero acaso por merecerlo muchos por igual, no desatándose ninguno con vigor sobre los demás, pensóse en la conveniencia de llevar a la procapellanía mayor palatina a alguno de los sacerdotes, ya Obispos, que más se hubiesen distinguido por su adhesión y afecto a la Real Casa.

En cuanto las corrientes fueron por ese camino, surgió el nombre de don Julián de Diego y Alcolea, una de las figuras más sobresalientes hoy en el Episcopado español. Su admirable labor, durante muchos años, al frente de la diócesis de Salamanca le daba, además, en cierto modo derecho para ser el elegido. Y cumplidas en Gracia y Justicia los trámites reglamentarios, hace unos cinco o seis días se publicó en la Gaceta su nombramiento de procapellán mayor de Palacio, y ayer, en el mismo diario oficial, el de vicario general castrense.

Don Julián de Diego y García de Alcolea es un hombre muy inteligente y culto, es la bondad misma. Bajo y un poco grueso, tiene una fisonomía muy simpática, con ojos claros, muy expresivos al hablar. Su conversación es amentsima.

Nació en el pueblo de Montanarres, de la provincia de Guadalajara, en 1859. Tiene, pues, 64 años. Cursó el bachillerato en el Instituto de Lugo, y la Teología y demás asignaturas pertenecientes al sacerdocio en el Seminario de Mondoñedo, graduándose en la Universidad Pontificia de Santiago.

Después de ordenarse fué catedrático de Metafísica, de Instituciones teológicas y de Sagrada Escritura del mencionado Seminario, canónigo magistral de Palencia, secretario de cámara y gobierno del obispado y rector del Seminario de aquella diócesis.

Reconocidos ya sus méritos y virtudes, fué nombrado Obispo de Astorga, en cuya diócesis realizó una admirable gestión.

Allí confió al ilustre arquitecto catalán señor Gaudí la construcción de un nuevo Palacio Episcopal, cuyas obras se terminaron a poco de dejar él aquel obispado; allí contribuyó a la fundación de un grupo

escolar, y fundó, entre otras cosas: un Montepío del clero asturiano, las escuelas de San Juan Bautista, un centro católico para obreros y otras Sociedades importantes.

En 1913 la Santa Sede le designó para el obispado de Salamanca, y en esos diez años su labor social ha sido por todos conceptos admirable. No solo ha creado Sociedades obreras y centros católicos de verdadera eficacia, en la capital y en los pueblos de la típica provincia castellana, sino que ha impulsado otras obras que ya existen y ha logrado extender de este modo la acción social católica por fábricas y talleres. En otro orden de actividades, merece también ser citado cuanto ha hecho y conseguido en favor del convento de Alba de Tormes, fundado por Santa Teresa de Jesús. Bien es verdad que para ello encontró firme apoyo en la familia Real, cuantas veces vino, para realizar unas u otras gestiones a Madrid.

Recientemente, con ocasión de las fiestas teresianas, el señor De Diego y Alcolea escribió notabilísimas Pastorales, siendo figura principal en la mayoría de las solemnidades religiosas.

Es el nuevo procapellán mayor de Palacio doctor en Sagrada Teología y licenciado en Derecho canónico.

Ha viajado mucho por Europa, habiendo recorrido las más importantes ciudades de Italia, así como Londres, París y Bruselas, habiendo adquirido en sus viajes una vasta cultura y un trato exquisito, que le hace el tipo de los Prelados mo-

deros. Algunos biógrafos suyos le llaman, no obstante, el «Obispo de los obreros», por el interés que, por ellos especialmente, se ha tomado en varias ocasiones.

El doctor De Diego y Alcolea ha pertenecido a varias antiguas instituciones católicas y a la junta de la Exposición histórico-europea, que se celebró en Madrid en 1892.

Ahora, en sus nuevos cargos, se le presentarán, seguramente, al ilustre Prelado nuevas ocasiones en que demostrar sus grandes merecimientos.

El día antes de la fiesta del cumpleaños de Su Majestad el Rey tomó posesión el hasta ahora Obispo de Salamanca del puesto de procapellán mayor de Palacio. Fué el acto en el salón grande de Mayordomía, ante el jefe superior, marqués de la Torrecilla. Después, el Prelado pasó a saludar a Sus Majestades. Por la tarde, con asistencia de todos los jefes de Palacio y del clero palatino en pleno, se celebró un acto religioso en la Real capilla, que constituyó el complemento de la toma de posesión. Ante el nuevo procapellán desfilaron, besando su anillo, todos los capellanes de Palacio y los demás concurrentes.

Al día siguiente, cumpleaños del Rey, pudo el señor De Diego y Alcolea oficiarse en la misa de ofrenda que, con asistencia de la Real familia, se celebró en el oratorio particular del Salón de Tapices. Pero la primera ceremonia importante en que el nuevo procapellán ha figurado ha sido la de hoy de la Rosa de Oro.

Publicado ya el nombramiento de vicario general castrense a su favor, no tardará el Obispo en tomar asimismo posesión de este cargo. Probablemente el acto se celebrará en uno de los cuarteles de Madrid, en fecha próxima.

El señor De Diego y Alcolea marchará luego a Salamanca, para despedirse de sus antiguos diocesanos, a quienes tanto quiere, y seguramente será objeto de un verdadero homenaje de simpatía en aquella tierra, donde tanto y con tan gran provecho laboró.

En Palacio, en tanto, se conside-

ran todos de enhorabuena, porque el acierto del Rey ha hecho que figure—como siempre figuró,—al frente de la dirección espiritual del Alcázar, uno de los varones de que con más motivo puede envanecerse la Iglesia española.

ITURRALDE

Madrid 20 de Mayo.

LA ESTANCIA DEL REY EN DEAUVILLE

Deauville es, sin duda alguna, la playa de moda más cara del mundo. Hace veinte años era casi desconocida; pero poco a poco fueron ella y la de Trouville arrebatando la supremacía a la de Biarritz y en 1913, el año antes de la guerra, había llegado a ser la suprema expresión de lo «chic» y lo elegante. Ni la de Ostende la aventajaba en prestigio entre el gran mundo. Visitada por Soberanos y Príncipes, por grandes, duques y multimillonarios, Deauville era inaccesible para todo aquel que no poseyera una fortuna grande. Un sitio donde un sencillo «sandwich» costaba 30 francos, no podía ser frecuentado sino por las clases más elevadas del universo. He ahí su renombre mundial.

Pero llegó la guerra. Y para todas las playas de la costa normanda, llegó la mala. Deauville y Trouville, acostumbradas a sentir la caricia de las olas del canal de la Mancha, vieron turbada su tranquilidad por la proximidad de la lucha; muy cerca, unos kilómetros al Norte, se hallaba El Havre, y allí el gobierno belga refugiado. Por las playas elegantes sopló viento de tragedia y los hoteles de moda transformaron se en hospitales.

Pero ¿quién se acuerda ya de aquellos angustiosos días? La paz vino al fin y en Trouville y Deauville volvió a reinar la paz y la alegría. Nuevamente fueron poniéndose ambas de moda y elevando sus precios. Hoy la seductora Deauville es, como antaño, reina de las playas del mundo y acoge en sus «villas» fastuosas y en sus hoteles suntuosos a los más ilustres huéspedes que nunca pudo playa alguna imaginar.

El Rey de España, el Príncipe de Gales, el Shah de Persia y el Maharaja de Kapurtata han coincidido allí con la gran duquesa Jorge de Rusia, el Príncipe Joaquín Murat, la Princesa Pedro de Aramburg, la duquesa de Morny y otras tantas personalidades conocidas en todo el mundo. Varios nobles ingleses han acudido con sus magníficos yates de recreo, que han dejado anclados en la bahía; esos yates que son pequeños palacios flotantes, en los que existe toda clase de comodidades.

La gran quincena deportiva ha comenzado ya en Deauville. Se dice que a ella concurrirán, además, el Rey Alberto de Bélgica y el Rey Fernando de Rumanía. En cuanto al Soberano español, sabidas son las simpatías de que disfruta en toda Francia. Es natural, por lo tanto, que en la hermosa playa no cese de recibir desde su llegada muestras de afecto.

Ocupa don Alfonso XIII, a quien acompañan el marqués de Viana y su hijo el joven oficial de nuestra Armada marqués de la Coquilla, el magnífico castillo de Clairefontaine en las cercanías de Hennequeville, a tres kilómetros de la playa. La quinta de Clairefontaine tiene una extensión de quince hectáreas y posee grandes arboledas y hermosos prados.

El Rey ha alquilado por los quince días dichos la espléndida finca, en la cual pasó en 1919 una temporada el jefe del gobierno inglés, señor Lloyd George, en una ocasión en que los médicos le aconsejaron unos días de reposo. Después, en 1920, residió allí el famoso banquero norteamericano M. Otto Kohn, que la decoró con interesantes obras de arte.

Ahora el Rey de España, que ha acudido a Deauville para presenciar las pruebas del concurso internacional de «polo», ha llevado al castillo de Hennequeville ocho de sus jacas destinadas a este deporte para tomar parte en «matchs» fuera de concurso. Parece que las «ponies» de Su Majestad han llegado un poco fatigadas y, por lo pronto, inutilizables; pero, así y todo don Alfonso ha podido demostrar en un partido sus condiciones de caballista y sus aptitudes de jugador de «polo», siendo objeto de repetidas manifestaciones de admiración por la aristocrática concurrencia que a estas luchas asiste.

Además de los partidos de «polo» y de carreras de caballos en el magnífico Hipódromo de Deauville, han solicitado la presencia de Su Majestad los grandes hoteles y las residencias de nobles señores españoles y extranjeros. En el Gran Hotel, en el de Europa, en el Sporting y en el Casino se han celebrado fiestas en honor del Soberano español.

También Su Majestad concurre frecuentemente a la inmediata playa de Trouville—una de las más bonitas de Francia, de 900 metros de longitud, dominada por el Hotel de las Rocas Negras,—o realiza excursiones por aquellos pintorescos alrededores, visitando sitios tan interesantes como las ruinas del Castillo de Lassay y de la iglesia de Saint Arnonet, y como el precioso Castillo de Hebertot, perteneciente al siglo XVII, que se eleva en un lugar eminente, cerca de la estación de San Andrés de Hebertot; pueblo conocido porque allí murió el famoso químico Yauquelin. Los bosques de Touques y de Saint Catien, el

Castillo de Bonneville y el de Agues sean son lugares también deliciosos, constantemente visitados por los veraneantes.

Como las carreteras han vuelto a estar muy cuidadas y en todos los pueblos cercanos hay elementos de todas clases; el ir y venir de los automóviles con excursionistas es interesante y favorece no poco al progreso de Deauville.

¿Cuál es el origen de esta playa? Parece que Deauville se debe a un capricho del duque de Morny, en tiempos del segundo Imperio. Antes no existía playa, siendo construida artificialmente, entre 1858 y 1860, merced a la previa edificación de un malecón de dos kilómetros de anchura, en el que se levantaron después las quintas y los hoteles, que hoy son atracción del mundo elegante.

La edificación de la pequeña villa se hizo con arreglo a una perfecta regularidad: calles largas y rectas, paralelas, cruzadas perpendicularmente por otras rectas también; una pequeña ciudad lineal. En la playa de Morny se hallaba antes una estatua del fundador de Deauville, que ha sido reemplazada recientemente por una fuente, cuyos surtidores forman artísticos juegos de agua.

La playa es muy extensa, quedando el mar muy retirado en las horas de la marea baja.

La calle más concurrida y «chic» es la de Goutand Byron, y, de sus iglesias, la más notable arquitectónicamente, es la de San Agustín, construida en 1865.

El Hipódromo, que está en las afueras de la villa, es espacioso y de inmejorables condiciones para las luchas hípcas. Al otro lado del Touques se halla el Parque del conde de Hautpoull, que es un lugar de verdadero encanto.

El Casino es lujosísimo. Por su teatro desfilan las notabilidades más aplaudidas de París y Londres y en sus salones reina todas las tardes y noches, una concurrencia muy distinguida.

Para los españoles suelen ser Trouville y Deauville playas muy frecuentadas, aunque no en el mismo grado que Biarritz.

Su principal clientela, sin embargo, está compuesta por ingleses, norteamericanos y rusos. Ellos mantienen la fama de aquellos lugares y ellos, sin darse cuenta, mantienen también los precios elevados de los hoteles.

El Rey de España no había estado nunca de temporada en Deauville. Era el único requisito que le faltaba a la aristocrática playa. Los franceses, que son muy prácticos, sabrán sacar todo el partido posible a la visita regia. No hay que olvidar las muchas simpatías que, desde la guerra, tiene don Alfonso XIII en Francia. Además, nuestro Rey es un gran «sportman» y a esto, que nos parece en España cosa muy o menos que baladí, se le concede en el extranjero gran importancia. La práctica de los deportes, los ejercicios al aire libre, como complemento y aún como base de una vida intelectual intensa, están cada vez más difundidos, lo mismo en Europa que en América. El Príncipe de Gales, que se está poniendo ahora en contacto con su pueblo y procura, como es lógico, conquistar personalmente para sí el afecto que su país siente hacia su real familia, no ha dudado en seguir la misma educación deportiva que el Rey de España, y recientes están los partidos de «polo» en que ha tomado parte durante su viaje a la India y el Japón.

Por eso la presencia en Deauville del heredero de Inglaterra y del Monarca español tiene el mismo significado, presentando, además para los españoles, la ventaja de que los lazos de cordialidad que afiance en estos días nuestro Rey, solo provechosos frutos habrán de reportarnos, en un plazo más o menos corto.

Desde Deauville regresará don Alfonso XIII a Santander para marchar con la Reina doña Victoria y sus augustos hijos a San Sebastián. Allí pasarán Sus Majestades casi todo el mes de septiembre, siendo probable que haga don Alfonso, durante ese mes, alguna rápida visita a Madrid.

El verano actual está siendo para el Rey más tranquilo que los anteriores. Debemos tener todos presente que el año pasado «veraneó» Su Majestad exclusivamente en Madrid. Claro que fueron muchas las angustias de nuestros compatriotas en el Rif; pero no es menos exacto que don Alfonso puso personalmente de su parte cuanto pudo por aliviarlas.

ITURRALDE.

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F. J. M.

